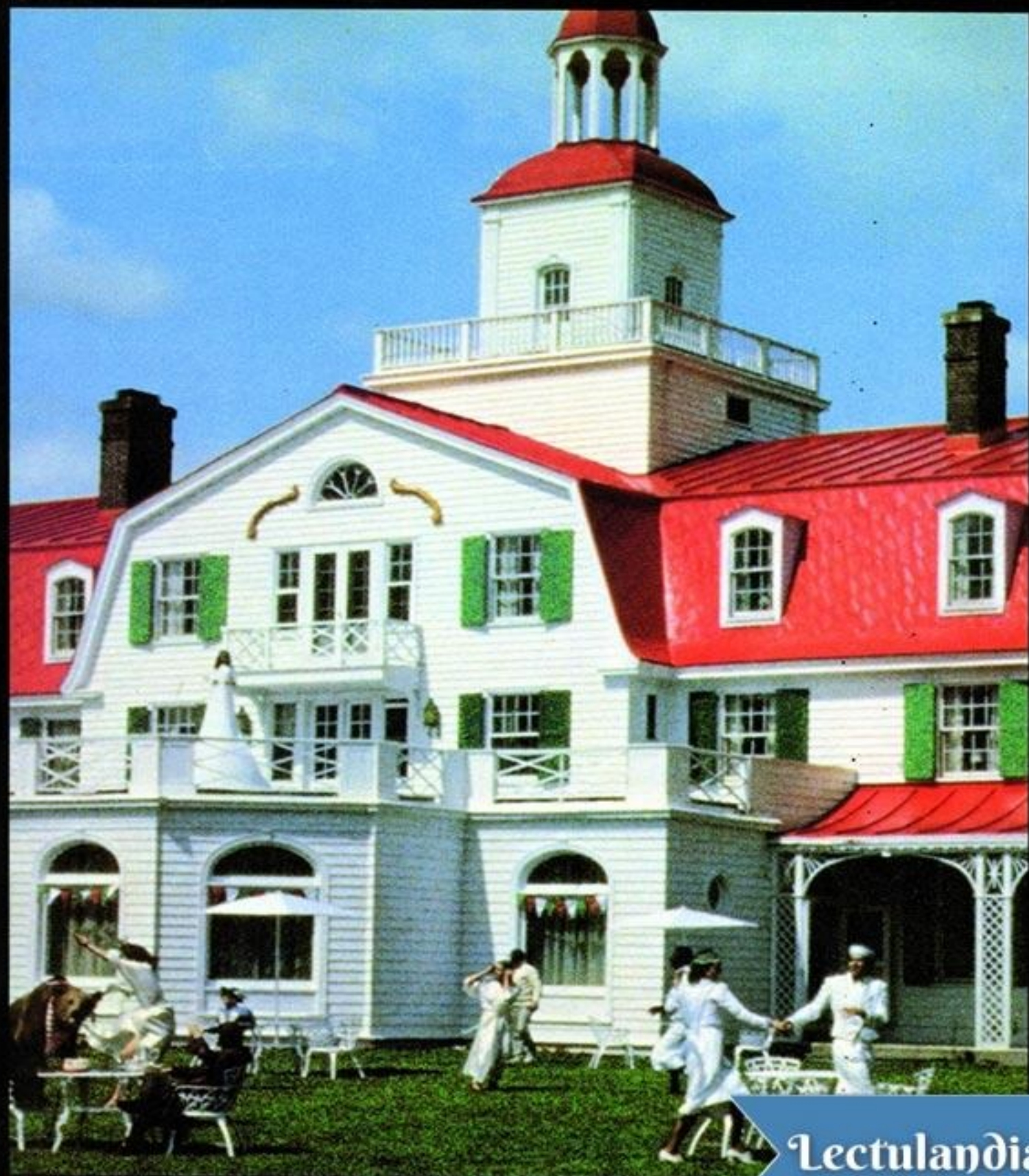


John Irving  
EL HOTEL  
NEW HAMPSHIRE



Lectulandia

Poco imaginaban los Berry que un oso danzando encima de una motocicleta y su amo, Freud, judío y vienés, iban a ser el origen de toda una saga de hijos y hoteles. Gracias a ellos fundarán el primer Hotel New Hampshire en una ex escuela de señoritas del estado de Maine, donde Franny, la hija mayor, vivirá una experiencia terrible; John, el narrador, empezará a levantar pesas; Frank, el primogénito, insistirá en perpetuar la imagen de *Patético*, el perro, y todo ello mientras Egg balbucea y la pequeña Lilly se encierra en su cuarto para crecer y escribir. Pero las cosas no acaban de funcionar y Freud telegrafía desde Viena y ofrece otro hotel, con oso incluido. Allí irá toda la familia, o lo que de ésta queda, a convivir en el segundo hotel, entre terroristas y prostitutas, y nada sino una bomba —y Lilly saliendo de su habitación con la novela prometida— conseguirá que vuelvan a Estados Unidos y al tercer Hotel New Hampshire, al lugar donde todo había empezado.

**Lectulandia**

John Irving

# **El Hotel New Hampshire**

ePub r1.0

Titivillus 30.05.15

Título original: *The Hotel New Hampshire*

John Irving, 1981

Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi esposa Shyla, cuyo amor ha  
dado luz y espacio a cinco novelas

El novelista está en deuda con las siguientes obras y desea expresar su gratitud a los autores: *Vienna fin-de-siècle*, de Carl E. Schorske; *A Nervous Splendor*, de Frederic Morton; *Vienna Inside-Out*, de J. Sydney Jones; *Vienna*, de David Pryce-Jones y los editores de Time-Life Books; *Lucia di Lammermoor*, de Gaetano Donizetti, la *Dover Opera Guide y Libretto Series* (presentada y traducida al inglés por Ellen H. Bleiler), y *La interpretación de los sueños*, de Sigmund Freud.

Un agradecimiento especial a Donald Justice. Y otro agradecimiento especial — además de un afecto especial— a Lesley Claire y al Sonoma County Rape Crisis Center, de Santa Rosa, California.

El 18 de julio de 1980, The Stanhope Hotel —de la calle Ochenta y uno y la Quinta Avenida— cambió de director y de propietario, convirtiéndose en The American Stanhope, un magnífico hotel que actualmente no se ve acosado por los problemas del Stanhope descrito en esta novela.

## El oso llamado *Estado de Maine*

El verano que mi padre compró el oso, ninguno de nosotros había nacido... ni siquiera habíamos sido concebidos: ni Frank, el mayor; ni Franny, la más alborotadora; ni yo, el siguiente; y ni siquiera los benjamines Lilly y Egg. Mi padre y mi madre eran chicos pueblerinos que se conocían de toda la vida, pero su «unión» —como la denominaba Frank— no se había llevado a cabo cuando papá compró el oso.

—¿Su «unión», Frank? —solía bromear Franny; aunque Frank era el mayor, a mí me parecía más joven que Franny, y ésta siempre lo trataba como si fuera un bebé—. Lo que quieres decir, Frank, es que aún no habían empezado a joder.

—Todavía no habían consumado su relación —dijo Lilly una vez; aunque era la menor, exceptuando a Egg, Lilly se comportaba como si fuera la hermana mayor, hábito que Franny consideraba irritante.

—¿Consumado? —dijo Franny.

No recuerdo cuántos años tenía Franny entonces, mas sé que Egg no tenía edad para oír semejantes conversaciones.

—Mamá y papá no descubrieron el sexo, sencillamente, hasta después de que se hicieron con el oso —dijo Franny—. Ese oso les dio la idea... era un animal ordinario y cachondo, que se frotaba contra los árboles, se hacía pajas e intentaba violar a los perros.

—Alguna vez *manoseó* algún que otro perro —intervino Frank, asqueado—. No *violaba* a los perros.

—Lo intentaba —insistió Franny—. Ya conoces la historia.

—La historia de *papá* —decía entonces Lilly con una repugnancia ligeramente distinta de la de Frank, pues éste estaba asqueado de Franny, pero ella de papá.

A mí —el hijo mediano y el menos porfiado— me corresponde pues poner las cosas en orden, o casi en orden. Éramos una familia cuya historia predilecta consistía en el relato del idilio entre mi madre y mi padre: cómo compró papá el oso, cómo se enamoraron mamá y papá, y cómo tuvieron, en rápida sucesión, a Frank, a Franny y a mí («¡Pim, pam, pum!», le gustaba decir a Franny); y cómo, después de un breve descanso, tuvieron a Lilly y a Egg («Pim, pam, pum, y fuera», dice Franny). La historia que de niños nos relataban y que nosotros nos contábamos una y otra vez a medida que crecíamos, tiende a centrarse en aquellos años de los que no sabíamos nada y que ahora sólo conocemos a través de las muchas versiones de nuestros padres. Yo suelo verlos con más nitidez durante aquellos tiempos que en los que de verdad recuerdo, pues los años en que estuve presente están coloreados, naturalmente, por el hecho de que fueron tiempos con altibajos... sobre los cuales tengo opiniones con altibajos. Con respecto al famoso verano del oso y a la magia del noviazgo de mis padres puedo permitirme un punto de vista más consistente.

Si papá cometía un desliz al narrar la historia —cuando contradecía una versión

anterior o dejaba sin contar nuestros fragmentos favoritos—, caíamos sobre él como pájaros enfurecidos.

—O mientes ahora o mentiste la última vez —decía Franny (siempre la más dura); pero papá negaba con la cabeza, inocentemente.

—¿No comprendéis? —nos preguntaba—. Vosotros imagináis la historia mejor de lo que yo la recuerdo.

—Ve a buscar a mamá —me ordenaba Franny, dándome un empujón para echarme del sofá.

En otras ocasiones, Frank bajaba a Lilly de sus rodillas y le susurraba al oído:

—Ve a buscar a mamá.

Mi madre era convocada como testigo del relato que, según nuestras sospechas, inventaba papá.

—Nos estás escamoteando las partes más jugosas a propósito —le acusaba Franny—, sólo porque piensas que Lilly y Egg son demasiado pequeños para oír todo lo referente a la jodienda.

—No hubo ninguna jodienda —decía mamá—. Entonces no existían la promiscuidad y la libertad de nuestros días. Si una chica pasaba la noche o el fin de semana con alguien, hasta sus iguales la consideraban una fulana o algo peor; en realidad, después de semejante cosa, a una chica así no le hacíamos mucho caso. «Dime con quién andas y te diré quién eres», solíamos decir. «La cabra tira al monte.»

Y Franny, tanto a los ocho años como a los diez, a los quince como a los veinticinco, ponía los ojos en blanco, y me daba un codazo o me hacía cosquillas, y siempre que yo le devolvía las cosquillas gritaba:

—¡Pervertido! ¡Magreando a tu propia hermana!

Y Frank, tanto a los nueve como a los once, a los veintiuno como a los cuarenta y uno, detestaba las conversaciones sobre temas sexuales y las expresiones como las que utilizaba Franny, y enseguida le decía a papá:

—Eso no importa. ¿Qué hay de la motocicleta?

—No, sigue con lo del sexo —le rogaba Lilly a mamá sin la menor picardía; y Franny me lamía la oreja con la lengua o producía el sonido de un pedo junto a mi cuello.

—No hablábamos libremente del sexo —decía mamá—. Había besos y caricias, suaves o intensos; por lo general en los coches. Siempre había zonas apartadas para aparcar. Había muchos más senderos, por supuesto, menos gente y menos coches... y en aquel entonces éstos eran espaciosos.

—O sea, que os podíais tender —decía Franny.

Mamá la miraba ceñuda y perseveraba en su versión de la época. Era una narradora veraz aunque aburrida —no podía competir con mi padre—, y cada vez que la llamábamos para verificar una versión, lo lamentábamos.

—Lo mejor es dejar que siga papá —acostumbraba a decir Franny—. Mamá es

demasiado seria —Frank fruncía el ceño—. Si fueras a hacerte una paja, te sentirías mejor, Frank —concluía Franny.

Pero lo único que Frank hacía era fruncir el ceño más aún, y a continuación decía:

—Si comenzarais preguntándole a papá por la moto o por algo concreto, obtendríais mejor respuesta que planteando cuestiones tan generales como la ropa, las costumbres de la época y los hábitos sexuales.

—Dinos qué es el sexo, Frank —proponía Franny.

Pero papá nos rescataba a todos con su voz de ensueño.

—Os aseguro que hoy no podría ocurrir. Podéis pensar que tenéis más libertad, pero también tenéis más leyes. Hoy no podría ocurrir lo del oso. No lo habrían *permitido*.

En ese momento guardábamos silencio, acallábamos nuestras trifulcas. Cuando papá hablaba, hasta Frank y Franny podían estar sentados lo bastante juntos como para tocarse entre sí y no pelear, y hasta yo podía estar sentado lo bastante cerca de Franny como para sentir su pelo en mi cara o su pierna contra la mía, y si papá hablaba yo no pensaba en ella. Lilly permanecía cadavéricamente quieta (como sólo ella sabía hacerlo) sobre las rodillas de Frank. Por lo general Egg era demasiado pequeño para escuchar y mucho menos comprender, pero siempre fue un niño tranquilo. Hasta Franny podía tenerlo en su regazo y él permanecía muy quieto; cuando era yo quien lo sostenía, se quedaba dormido.

—Era un oso negro, pesaba ciento ochenta kilos y solía ser un poco arisco —decía papá.

—*Ursus americanus* —murmuraba Frank—. Y era imprevisible.

—Sí —decía papá—, pero casi siempre bondadoso.

—Era demasiado viejo para seguir siendo un oso —decía Franny religiosamente.

Por lo regular, éste era el pie que necesitaba papá..., el pie a partir del cual empezó a relatarnos la historia por vez primera.

—Era demasiado viejo para seguir siendo un oso.

Durante esta versión, yo estaba en el regazo de mi madre, y recuerdo que me fijé para siempre a ese momento y a dicho lugar: el regazo de mamá, Franny en las rodillas de papá a mi lado, Frank con la espalda erguida, sentado con las piernas cruzadas en la raída alfombra oriental, junto a *Patético*, nuestro primer perro (al que un día habría que sacrificar a causa de su terrible pedorrera).

—Era demasiado viejo para seguir siendo un oso —empezó a decir papá.

Miré a *Patético*, un labrador cariñoso y corto de entendederas, y creció hasta adquirir el tamaño de un oso y luego envejeció, desplomado junto a Frank en maloliente desaliño, hasta que volvió a ser meramente un perro (aunque *Patético* jamás sería «meramente un perro»).

Aquella primera vez no recuerdo a Lilly ni a Egg..., debían de ser tan pequeñines que no estaban presentes, al menos en condiciones de comprender.

—Era demasiado viejo para seguir siendo un oso —dijo papá—. Estaba en las



últimas.

—¡Pero siempre estuvo en las últimas! —canturreábamos Frank, Franny y yo; nuestra respuesta ritual, aprendida de memoria. Y cuando Lilly y Egg la supieron al dedillo se sumaron también al coro.

—El oso ya no gozaba con su papel de animador —prosiguió papá—. Se limitaba a hacer las cosas como es debido. Y la única persona, animal o cosa que amaba era esa motocicleta. Por eso tuve que comprar la moto cuando compré el oso. Por eso fue relativamente fácil para él abandonar a su domador y venirse conmigo; para aquel oso, la motocicleta significaba más que cualquier domador.

Poco después, Frank azuzaba a Lilly, que estaba entrenada para preguntar:

—¿Cómo se llamaba el oso?

Frank, Franny, papá y yo gritábamos al unísono:

—¡*Estado de Maine!*

Ese estúpido oso se llamaba *Estado de Maine*, y mi padre lo compró, en el verano de 1939 — junto con una motocicleta Indian 1937 con sidecar de fabricación casera —, por doscientos dólares y las mejores prendas de su vestuario estival.

Aquel verano, mi padre y mi madre tenían diecinueve años; ambos habían nacido en 1920, se habían criado en Dairy, New Hampshire, y más o menos se habían evitado mutuamente mientras crecían. Es una de esas coincidencias lógicas que sirven de base a excelentes narraciones el hecho de que terminaran teniendo —para sorpresa de los dos— trabajos de verano en Arbutnot-by-theSea, un hotel veraniego que para ellos estaba muy lejos de su casa, porque Maine (en aquellos tiempos y para su modo de ver las cosas) estaba lejos de New Hampshire.

Mi madre trabajaba como doncella, aunque no tenía que llevar uniforme, y ayudaba a servir los cócteles bajo las tiendas en las reuniones al aire libre, a las que asistían jugadores de golf, de tenis y de croquet, además de los marinos que volvían de participar en alguna regata. Mi padre ayudaba en la cocina, acarreaba equipajes, arreglaba los *greens* del golf y se ocupaba de que las líneas blancas de las pistas de tenis estuviesen recién pintadas y rectas, y de que la gente sin sentido del equilibrio (que nunca tendría que haber subido a una barca) ganara y abandonara los muelles con el menor daño posible y sin salir empapada del percance.

Se trataba de trabajos de verano que los padres de mis padres aprobaban, aunque para mamá y papá fue una humillación encontrarse allí. Para ambos resultaba el primer verano lejos de Dairy, New Hampshire, y sin duda imaginaron que el elegante balneario era un lugar en el cual podrían presentarse a sí mismos —siendo como eran ilustres desconocidos— como personas extraordinarias. Mi padre acababa de graduarse en la Dairy School, el internado privado para chicos; había aprobado el ingreso en Harvard para el otoño. Él sabía que sería el otoño de 1941, porque se había impuesto a sí mismo la tarea de ganar dinero para pagar su educación; pero en el

verano del 39 y en Arbutnot-by-the-Sea, mi padre se habría sentido feliz dejando que los huéspedes y el resto del personal creyeran que se encaminaba directamente a Harvard. El hecho de encontrar allí a mi madre, que conocía sus circunstancias, lo obligó a contar la verdad. Podría ir a Harvard cuando tuviera dinero suficiente; en realidad era un éxito que le hubiesen aceptado, y a la mayoría de los habitantes de Dairy, New Hampshire, les habría sorprendido saber que iba a ingresar en Harvard.

Hijo del entrenador de fútbol de la Dairy School, Winslow Berry —mi padre— no encajaba en la categoría de universitario. Era el único hijo de un deportista, y su padre, a quien todos llamaban Entrenador Bob, no era hombre de Harvard..., de hecho, se le consideraba incapaz de producir material para Harvard.

Robert Berry había llegado al Este desde Iowa, después que su esposa murió al dar a luz. Bob Berry era un tanto viejo para ser padre primerizo y viudo... tenía treinta y dos años. Llegó en busca de una educación para su bebé ofreciéndose en trueque durante el proceso. Vendió su educación física a la mejor escuela preparatoria que le prometió aceptar a su hijo cuando éste tuviera edad suficiente para asistir a ella. La Dairy School no era un bastión de la educación secundaria.

En otros tiempos había aspirado a una posición semejante a la de las escuelas de segunda enseñanza de Exeter o de Andover, pero a principios de 1900 se había decidido por un futuro de compromiso. Cercana a Boston, aceptaba a unos centenares de muchachos que habían sido rechazados por Exeter y Andover, y a un centenar más que no habría sido aceptado en ningún otro sitio, a quienes impartía un plan de estudios corriente y atinado..., y también más riguroso que el de la mayoría de los docentes que daban clases allí, casi todos ellos profesores que también habían sido rechazados en otras escuelas. Ahora bien, aunque de segunda categoría entre las escuelas preparatorias de Nueva Inglaterra, la Dairy School era mucho mejor que las escuelas públicas regionales y especialmente mejor que la única escuela de segunda enseñanza de Dairy.

La Dairy School era el tipo de instituto capaz de hacer transacciones como la que hizo con Entrenador Bob Berry; por un salario insignificante y la promesa de que su hijo Win estudiaría allí (gratuitamente) cuando llegase el momento. Ni Entrenador Bob ni la Dairy School estaban preparados para un alumno tan brillante como resultó ser mi padre, Win Berry. Harvard le aceptó entre los aspirantes de primera clase, aunque por debajo del nivel de un becario. Si hubiese procedido de un instituto mejor que la Dairy School, probablemente habría ganado algún tipo de beca en griego o en latín; tenía facilidad para los idiomas y en principio había pensado especializarse en ruso.

Mi madre, que (por ser mujer) jamás podría haber ido a la Dairy School, asistía al seminario privado femenino del lugar. También éste significaba una educación de segunda categoría, pese a que representaba un progreso con respecto a la escuela pública, además de ser la única opción de los padres que deseaban que sus hijas se educaran sin mezclarse con los chicos. A diferencia de la Dairy School, que tenía

dormitorios —y un noventa y cinco por ciento de alumnos internos—, la Thompson Female Seminary sólo era una escuela privada diurna. Los padres de mi madre, que por alguna ignota razón eran mayores aún que Entrenador Bob, deseaban que su hija sólo se relacionara con los alumnos de la Dairy School y no con el resto de los chicos de la ciudad..., por ser el padre de mi madre un profesor retirado de la Dairy School (a quien todos llamaban Latin Emeritus) y la madre de mi madre la hija de un médico de Brookline, Massachusetts, que se había casado con un hombre de Harvard; la mujer abrigaba la esperanza de que su hija aspirara al mismo destino. Aunque la madre de mi madre nunca se quejó de que su ex alumno de Harvard la hubiese llevado a las afueras alejándola de la sociedad bostoniana, esperaba que mi madre — conociendo a algún chico adecuado de la Dairy School— fuese restituida a Boston.

Mary Bates, mi madre, sabía que mi padre, Win Berry, no era el tipo de chico adecuado de la Dairy en quien pensaba su madre. Harvard o no Harvard, era el hijo de Entrenador Bob... y un ingreso aplazado no era lo mismo que asistir a la universidad o poder permitirse el lujo de hacerlo.

En el verano del 39, el futuro inmediato de mamá no era muy halagüeño. Su padre, el viejo Latin Emeritus, había sufrido un ataque de apoplejía; babeaba y musitaba en latín, tambaleándose por la casa de Dairy mientras su esposa se preocupa de él sin éxito cuando la joven Mary no estaba allí para cuidar de ambos. A los diecinueve años, Mary Bates tenía padres de edad más avanzada que la mayoría de los abuelos, y el sentido del deber —si no la inclinación— de renunciar a las posibilidades de su propia educación universitaria para quedarse en casa y atenderlos. Ese trabajo de verano en el Arbuthnot significaba para ella una exótica vacación estival antes de iniciarse en las penosas tareas que le brindaría el otoño. Mirando al porvenir, sabía que cada año los chicos de la Dairy School serían más jóvenes, y que llegaría el momento en que a ninguno de ellos le interesaría restituirla a Boston.

Mary Bates se había criado con Winslow Berry, pero nunca habían ido más allá de un saludo con la cabeza o una mueca de reconocimiento.

—Cada uno de nosotros parecía mirar más allá del otro, no sé por qué —nos decía papá a sus hijos.

Quizá fue así..., hasta que se vieron por vez primera fuera del ambiente familiar en que se habían criado: la abigarrada ciudad de Dairy y el apenas menos abigarrado campus de la Dairy School.

Cuando el Thompson Female Seminary entregó a mi madre su diploma en junio de 1939, ésta se sintió herida al darse cuenta de que los chicos de la Dairy School ya habían celebrado su graduación y la escuela estaba cerrada; los muchachos más elegantes que no eran de allí habían vuelto a sus casas, y sus dos o tres «galanes» (como los llamaba ella) —de quienes esperaba que la invitaran a su baile de graduación— no aparecían por ningún sitio. No conocía a los muchachos de la escuela secundaria local, y cuando su madre le sugirió a Win Berry, mamá salió corriendo del comedor.

—¿Y por qué no invitar a Entrenador Bob? —gritó a su madre.

Su padre, Latin Emeritus, levantó la cabeza de la mesa, donde había estado dormitando.

—¿Entrenador Bob? —preguntó—. ¿Ese imbécil ha vuelto a pedir prestado el trineo?

Entrenador Bob, a quien también apodaban Iowa Bob, no era ningún imbécil; mas, para Latin Emeritus —cuyo derrame cerebral pareció empañar su sentido del tiempo—, el deportista contratado en el Medio Oeste no pertenecía a la misma liga que el claustro académico. Años atrás, cuando Mary Bates y Win Berry eran niños, Entrenador Bob había ido a pedir prestado un viejo trineo, famoso por haber permanecido tres años inmóvil en el patio delantero de la casa de los Bates.

—¿Tiene ese tonto un caballo para tirar de él? —había preguntado Latin Emeritus a su esposa.

—¡No, lo arrastrará él mismo! —respondió la madre de mi madre.

La familia Bates se asomó a la ventana y vio cómo Entrenador Bob acomodaba al pequeño Win en el asiento del conductor, empuñaba las barras de tiro con las manos a la espalda y ponía el trineo en movimiento; el enorme vehículo se deslizó por el patio cubierto de nieve y llegó a la resbaladiza calle aún bordeada de olmos en aquellos tiempos.

—¡Tan rápido como un caballo! —decía siempre mi madre.

Iowa Bob había sido el lateral más bajo que jamás jugara al fútbol americano en los Diez Grandes. Reconocía que una vez se sintió tan exaltado que *mordió* a un escurridizo defensa después de placarle. En Dairy además de cumplir sus funciones con el equipo de fútbol, era entrenador de lanzamiento de peso y de halterofilia. No obstante, para la familia Bates, Iowa Bob era demasiado simple para tomarle en serio: un hombre raro, fuerte y achaparrado, de pelo tan corto que parecía calvo y que siempre corría al trote por las calles de la ciudad, «con una tira de cuero de horrorosos colores alrededor de la crisma», solía decir Latin Emeritus.

Puesto que Entrenador Bob viviría mucho tiempo, fue el único abuelo que los chicos recordamos.

—¿Qué es ese ruido? —preguntaba Frank, alarmado, en medio de la noche, cuando Bob vino a vivir con nosotros.

Lo que oía Frank y lo que a menudo oíamos todos cuando Entrenador Bob se mudó con nosotros, eran los crujidos de las tracciones y los gruñidos de las flexiones en el suelo de la habitación del viejo (nuestro techo).

—Es Iowa Bob —susurró Lilly una vez—. Quiere mantenerse en forma eternamente.

Sea como fuere, no fue Win Berry quien llevó a Mary Bates a su baile de graduada. El pastor de la familia Bates, un hombre considerablemente mayor que mi

madre, pero libre de compromisos, tuvo la amabilidad de invitarla.

—Fue una noche muy larga —nos contó mamá—. Yo estaba deprimida. Era una extraña en mi propia ciudad natal. ¡Y sin embargo, poco después ese mismo pastor nos casaría a vuestro padre y a mí!

Ni siquiera podían haberlo imaginado cuando los «presentaron», junto con el resto del personal de verano, en el irreal verdor del mimado césped del Arbuthnot-by-the-Sea. Allí, hasta la presentación del personal era formal. Llamaban por su nombre a una chica de una fila de muchachas y mujeres, que salía al encuentro de un chico al que llamaban de una fila de muchachos y hombres, como si fueran a ser compañeros de baile.

—¡Ésta es Mary Bates, que acaba de graduarse en el Thompson Female Seminary! Nos ayudará en el hotel. ¡Le encantará navegar! ¿Verdad, Mary?

Camareros y camareras, cuidadores del campo de golf y *caddies*, personal de las embarcaciones, de cocina, de la lavandería, factótums, criadas, doncellas, el fontanero y los miembros de la banda. El baile de salón era entonces muy popular; los centros turísticos que se extendían más al sur —como los Weir de Laconia y Hampton Beach— atraían algunas de las orquestas famosas en verano. Mas el Arbuthnot-by-the-Sea tenía su propia banda, que a la fría manera de Maine imitaba el sonido de las grandes orquestas.

—Éste es Winslow Berry. ¡Le gusta que le llamen Win! ¿Verdad, Win? ¡El próximo otoño irá a *Harvard*!

Mi padre miró a los ojos de mi madre, que le sonrió y volvió la cara... tan incómoda por él como por sí misma. En realidad, nunca se había dado cuenta de que fuera tan apuesto; su cuerpo era tan duro como el de Entrenador Bob, pero la Dairy School le había inculcado los modales, la vestimenta y el estilo de peinado que preferían los bostonianos (no los iowanos). Daba la impresión de que ya iba a Harvard, significara esto lo que significase para mi madre.

—No sé qué significaba —nos decía a sus hijos—. Algo así como cultivado, supongo. Parecía un muchacho que sabía beber sin marearse. Sus ojos eran oscuros y brillantes, y siempre que no le mirabas tenías la certeza de que te estaba observando..., aunque nunca podías cogerle *in fraganti*.

Mi padre conservó esta característica toda su vida; siempre que estábamos a su alrededor, teníamos la sensación de que nos había estado observando atenta y cariñosamente..., aunque, cuando le mirábamos, parecía tener los ojos en otra parte, estar soñando o haciendo planes, pensando en algo difícil o remoto. Incluso cuando perdió totalmente la visión con respecto a nuestros planes y nuestras vidas, parecía *observarnos*. Se trataba de una extraña combinación de reserva y ternura... La primera vez que mi madre la sintió fue en esa lengua de brillante césped verde enmarcado por las aguas grises de Maine.

Entonces se enteró de que él estaba allí.

Cuando concluyeron las presentaciones y se dio instrucciones al personal de que debía prepararse para los primeros cócteles, la primera cena y el primer entretenimiento de la noche, mi madre llamó la atención de mi padre y éste se acercó a ella.

—Pasarán dos años hasta que pueda ir a Harvard —le dijo inmediatamente.

—Eso creía —dijo mi madre—, pero me parece maravilloso que te hayan aceptado —agregó enseguida.

—¿Por qué no iban a hacerlo? —inquirió.

Mary Bates se encogió de hombros, además que había adoptado a raíz de que nunca comprendía lo que decía su padre (que desde el ataque articulaba mal las palabras). Llevaba guantes blancos y un sombrero del mismo color con velo; estaba vestida para «servir» en la primera fiesta al aire libre, y mi padre se sintió impresionado por la forma en que el pelo le ceñía la cabeza, más largo atrás, alejado de la cara y sujeto de algún modo al sombrero y al velo, de manera tan sencilla y misteriosa que empezó a interesarse por ella.

—¿Qué harás en el otoño? —le preguntó mi padre.

Ella volvió a encogerse de hombros, pero, quizás a través del velo blanco, mi padre vio en sus ojos que mi madre abrigaba la esperanza de ser rescatada del escenario en que, tal como imaginaba, discurriría su futuro.

—Recuerdo que aquella primera vez fuimos amables el uno con el otro —nos contó mamá—. Ambos estábamos solos en un lugar desconocido y sabíamos el uno del otro cosas que nadie más conocía.

Imagino que, en aquellos tiempos, eso era intimidad.

—En aquellos tiempos no había *ninguna* intimidad —dijo Franny una vez—. Ni siquiera los amantes se tiraban un pedo cuando estaban juntos.

Franny era contundente... y yo solía creerla. Hasta su lenguaje era adelantado con respecto a la época... como si siempre hubiera sabido adónde se dirigía y yo nunca pudiera alcanzarla.

Aquella primera noche en el Arbutnot, la banda interpretó su imitación de la gran orquesta, pero había muy pocos huéspedes y menos bailarines aún; la temporada comenzaba, y en Maine empieza lentamente..., pues allí hace mucho frío, incluso en verano. El salón de baile tenía una plataforma de madera lustrada que parecía extenderse más allá de los soportales abiertos con vista al mar. Cuando llovía, tenían que poner toldos en los pórticos porque la sala de baile estaba abierta por los cuatro costados y la lluvia entraba, salpicando la brillante pista.

Aquella primera noche, como atención especial con el personal —y gracias a que había pocos huéspedes y casi todos se habían acostado para entrar en calor—, la banda tocó hasta tarde. Mi padre y mi madre, al igual que el resto del personal, fueron invitados a bailar durante más de una hora. Mi madre siempre recordó que la araña del salón de baile estaba estropeada y parpadeaba tenuemente; irregulares manchas de

color moteaban la pista de baile, que aparecía suave y lustrosa bajo la pálida luz, hasta el punto de que el suelo parecía tener la textura de una vela.

—Me alegro de encontrar aquí a un conocido —susurró mi madre a mi padre, que la había invitado formalmente a bailar y lo hacía con rigidez.

—Pero tú no me conoces —replicó papá.

Y papá nos explicó:

—Lo dije para que vuestra madre volviera a encogerse de hombros.

Y cuando ella se encogió de hombros, pensando que era muy difícil hablar con él, tal vez un muchacho superior, mi padre se convenció de que la atracción que sentía por mi madre no era casual.

—Pero *quiero* que me conozcas —agregó— y quiero conocerte.

(«¡Psss...!»), decía siempre Franny en este punto del relato.)

El sonido de un motor ahogó los acordes de la banda, y muchos de los bailarines abandonaron la pista para averiguar de qué se trataba. Mi madre agradeció la interrupción: no sabía qué decirle a papá. Caminaron sin cogerse de la mano hasta el pórtico que daba a los muelles; bajo las luces que oscilaban en los cables vieron una gabarra langostera que se hacía a la mar. La barca acababa de dejar sobre el muelle una oscura motocicleta que ahora rugía, acelerada, quizá para liberar sus tubos del húmedo aire salino. El motorista parecía aguardar el sonido apropiado antes de meter la velocidad. La moto llevaba un sidecar en el que iba sentada una oscura figura, voluminosa e inmóvil, como la de un hombre entorpecido por el exceso de ropa.

—Es Freud —dijo alguien del personal.

Otros miembros más antiguos del servicio gritaron:

—¡Sí! ¡Es Freud! ¡Es Freud con *Estado de Maine!*

Tanto mi padre como mi madre pensaron que «*Estado de Maine*» era el nombre de la moto. Pero la banda dejó de tocar al ver que se quedaba sin público, y algunos de los músicos se unieron a los bailarines en el pórtico.

—¡Freud! —chillaba la gente.

Mi padre siempre nos dijo que se entretuvo imaginando que *el* Freud pasaría en cualquier momento bajo el pórtico montado en la moto y se presentaría al personal bajo las potentes luces que bordeaban el impecable camino de grava. Aquí llega Sigmund Freud, pensó papá: se estaba enamorando, de modo que todo era posible.

Mas éste no era *aquel* Freud, por supuesto; *aquel* Freud había muerto ese mismo año. *Este* Freud era un judío vienés cojo, de apellido impronunciable, que durante los veranos que había trabajado en el Arbuthnot (desde 1933, cuando dejó su Austria natal) se había ganado el nombre de Freud por su capacidad para aliviar las angustias del personal y de los huéspedes; era un animador, y dado que provenía de Viena y era judío, el nombre de Freud pareció natural a algunas de las contadas inteligencias que residían en el Arbuthnot-by-the-Sea. El nombre pareció especialmente apropiado cuando en el verano de 1937 apareció Freud en una nueva motocicleta Indian con un sidecar fabricado con sus propias manos.

—¿Quién monta detrás y quién en el sidecar, Freud? —bromearon las chicas que trabajaban en el hotel..., pues estaba tan terriblemente marcado de cicatrices y señales de viruelas («¡hoyos de los forúnculos!», los llamaba él) que ninguna mujer llegaría a amarle.

—Nadie monta conmigo excepto *Estado de Maine* —respondió Freud, y soltó el toldo de lona del sidecar, donde iba sentado un oso negro como el azabache, más musculoso que Iowa Bob y más precavido que cualquier perro callejero.

El oso, Freud se lo había llevado de un campamento de explotación forestal del norte del estado y había convencido a la administración del Arbuthnot de que podía adiestrar a la bestia para entretener a los huéspedes. Cuando emigró de Austria, Freud llegó a Boothbay Harbor en barco, desde Nueva York, y en el membrete de su papel de escribir, en letras mayúsculas, anunciaba dos tipos de profesiones: EXPERIENCIA COMO DOMADOR Y GUARDIÁN DE ANIMALES; BUENAS APTITUDES MECÁNICAS. Como no había animales disponibles, reparó los vehículos del Arbuthnot y los guardó en posición de descanso durante los meses no turísticos, en que aprovechó para ir de mecánico a los campamentos forestales y a las fábricas de papel.

Durante todo ese tiempo, le contó más tarde a mi padre, había estado buscando un oso. Los osos, decía Freud, se encuentran donde hay dinero.

Cuando mi padre vio desmontar al hombre de la moto bajo el pórtico del salón de baile se asombró ante los vítores de los miembros veteranos del personal; y cuando Freud ayudó a bajar a la figura que ocupaba el sidecar, la primera idea de mi madre fue que el pasajero era una mujer muy anciana, quizá la madre del motorista (una mujer robusta envuelta en una manta oscura).

—¡*Estado de Maine!* —gritó alguien de la banda e hizo sonar la trompa.

Mis padres vieron que el oso empezaba a bailar. Bailó, alejándose de Freud, sobre sus patas traseras; luego se dejó caer sobre las cuatro patas y dio un par de vueltas alrededor de la moto. Freud permaneció montado y batió palmas. El oso llamado *Estado de Maine* también empezó a aplaudir. Cuando mi madre sintió que mi padre le cogía la mano —ellos no aplaudían—, no se resistió: le devolvió idéntica presión. En ningún momento apartaron la mirada del corpulento oso artista, y mi madre pensó: tengo diecinueve años y mi vida está empezando en este momento.

—¿*Realmente* sentiste eso? —preguntaba siempre Franny.

—Todo es relativo —respondía mamá—, pero eso es lo que sentí, sí. Sentí que mi vida *comenzaba*.

—¡Cristo! —fue la expresión de Frank.

—¿Te gusté yo o el oso? —preguntaba papá.

—No seas tonto, era todo en general —contestaba mamá—: Era el comienzo de mi vida.

Y esas palabras tenían la misma cualidad decisoria que las de papá con respecto al oso («Era demasiado viejo para seguir siendo un oso»). Yo me sentía inmerso en la historia cuando mi madre decía que aquél era el *comienzo* de su vida; era como si yo



podiese *ver* la vida de mamá como la motocicleta: poniendo una marcha y, tras mucho acelerar, salir, dando bandazos.

¿Y qué habría imaginado mi padre al buscar su mano sólo porque un langostero había puesto un oso en su vida?

—Yo sabía que sería *mi* oso —nos contó papá—. Ignoro el porqué.

Y quizá fue este conocimiento —el hecho de ver algo que sería suyo— lo que le hizo buscar la mano de mi madre.

Se comprenderá ahora por qué los chicos hacíamos tantas preguntas. La historia es muy vaga, de esas que prefieren contar los padres.

Aquella primera noche en que vieron a Freud y su oso, mi madre y mi padre ni siquiera se besaron. Cuando la banda dejó de tocar y el personal se retiró a los dormitorios femenino y masculino, respectivamente —edificios tan elegantes como el hotel principal—, mi padre y mi madre bajaron al malecón a contemplar las aguas. Si hablaron, nunca nos contaron lo que se dijeron. Debía de haber allí algunos veleros elegantes y acaso había anclados uno o dos langosteros en los embarcaderos privados de Maine. Posiblemente había un bote, y mi padre sugirió tomarlo prestado para dar un breve paseo; tal vez mi madre se negó. Fort Popham era una ruina entonces, no la atracción turística de nuestros días; pero si había luces en la costa de Fort Popham, debían de ser visibles desde el Arbutnot-by-the-Sea. Además, la ancha desembocadura del Kennebec, en Bay Point, tenía una boya de campana y una luz, y ya en 1939 debía de haber un faro en Stage Island; mi padre no lo recordaba.

En aquellos tiempos, probablemente la costa era oscura, de modo que, cuando el balandro blanco navegó hacia ellos —venía de Boston o de Nueva York: de cualquier modo, del sudoeste y la civilización—, mi madre y mi padre debieron de verlo claramente con la vista fija en él todo el tiempo que tardó en llegar al muelle. Mi padre cogió los amarres; siempre nos dijo que estaba al borde del pánico y sin saber qué hacer con el cabo —ignoraba si debía atarlo o tirar de él— cuando el hombre del smoking blanco, pantalones y zapatos de etiqueta negros saltó cómodamente de la cubierta, subió por la escala de mano hasta el muelle y cogió el cabo de sus manos. Sin el menor esfuerzo, el hombre condujo el balandro más allá del extremo del muelle antes de volver a arrojar el cabo a bordo.

—Eres libre —gritó el hombre a la embarcación.

Mi madre y mi padre aseguraban que a bordo no había ningún marinero, pero el balandro se alejó mar adentro —mientras sus luces amarillentas se debilitaban como una copa que se hunde— y el hombre del smoking se volvió hacia mi padre y le dijo:

—Gracias por la ayuda. ¿Eres nuevo?

—Los dos somos nuevos —respondió papá.

La impecable vestimenta del hombre no se había visto afectada por el viaje. A pesar de que el verano apenas había comenzado, estaba muy bronceado; ofreció a mi madre y a mi padre cigarrillos de una primorosa caja negra y chata. Ellos no fumaban.

—Esperaba llegar al último baile —dijo el hombre—, pero tengo la impresión de que la banda ya se ha retirado.

—Sí —replicó mi madre.

A los diecinueve años, ni mi madre ni mi padre habían visto a nadie semejante a aquel hombre.

—Tenía una confianza insultante —nos contó mi madre.

—Tenía dinero —decía papá.

—¿Han llegado Freud y el oso? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió papá—. Y la motocicleta.

El hombre de smoking blanco fumaba ávidamente, pero con elegancia, mientras observaba la oscura mole del hotel; había muy pocas habitaciones iluminadas, mas las hileras de luces exteriores puestas para alumbrar los senderos, los setos y los muelles brillaban en el bronceado rostro del hombre, le hacían entrecerrar los ojos y se reflejaban en el negro mar en movimiento.

—Freud es judío, ¿sabéis? —dijo el hombre—. Está bien que haya salido de Europa cuando lo hizo, ¿sabéis? Dentro de poco, Europa no será un buen lugar para los judíos. Me lo ha dicho mi agente de bolsa.

Esta solemne noticia debió de impresionar a mi padre, ansioso como estaba por ingresar en Harvard —y en el mundo— y aún ignorante de que una guerra interceptaría sus planes por un tiempo. La presencia del hombre del smoking blanco provocó que mi padre le cogiera la mano a mi madre por segunda vez aquella noche, y otra vez ella le devolvió idéntica presión mientras aguardaban amablemente a que el hombre concluyera su cigarrillo, o se despidiera, o siguiera su camino. Pero todo lo que dijo fue:

—¡Y el mundo no será un buen lugar para los osos!

Mostró sus dientes tan blancos como la chaqueta del smoking cuando rió, y a causa del viento mi padre y mi madre no oyeron el siseo de su cigarrillo al tocar el agua, ni el sonido del balandro al acercarse otra vez. Súbitamente, el hombre saltó a la escala y sólo cuando se deslizó rápidamente peldaños abajo, Mary Bates y Win Berry se dieron cuenta de que el balandro blanco estaba bajo la escala y que el hombre acompañaba el tiempo perfectamente para dejarse caer en cubierta. Ningún cabo pasó de manos. El balandro, que no se hizo a la vela, sino que empezó a traquetear lentamente impulsado por otros medios, viró hacia el sudoeste (otra vez Boston o Nueva York) —sin miedo a la travesía nocturna—, y lo último que les gritó el hombre del smoking blanco se perdió en el chisporroteo del motor, el choque del casco contra las olas, y el viento que empujaba a las gaviotas (que se balanceaban en las aguas como emplumados sombreros de fiesta que los borrachos hubiesen arrojado allí). Mi padre lamentó toda su vida no haber oído lo que dijo el hombre del smoking blanco.

Fue Freud quien explicó a mi padre que aquel hombre había sido el *propietario* del Arbuthnotby-the-Sea.

—*Ja*, era él —dijo Freud—. Llega así un par de veces por verano. Una vez bailó con una chica que trabajaba aquí..., fue el último baile; nunca volvimos a verla. Una semana más tarde vino otro individuo a buscar sus cosas.

—¿Cómo se llama? —preguntó papá.

—Quizás Arbuthnot. Alguien dijo que es holandés, pero nunca oí su apellido. Sin embargo, lo sabe todo sobre *Europa...*, ¡te lo aseguro!

Mi padre se moría de ganas de preguntar por los judíos, pero mi madre le dio un codazo en las costillas. Estaban sentados en uno de los *greens* de golf, fuera de horas de trabajo... mientras el verde se volvía azul bajo la luz de la luna y la bandera roja ondeaba en el hoyo. El oso llamado *Estado de Maine* no llevaba el bozal e intentaba rascarse contra la delgada asta de la bandera.

—¡Ven aquí, estúpido! —dijo Freud al oso, pero éste hizo caso omiso de él.

—¿Su familia sigue en Viena? —preguntó mamá a Freud.

—Mi única familia es mi hermana, y no sé nada de ella desde marzo del año pasado.

—En marzo del año pasado los nazis ocuparon Austria —dijo mi padre.

—*Ja*, ¿me lo vais a decir a *mí*? —respondió Freud.

*Estado de Maine*, frustrado por la falta de resistencia del asta —para rascarse—, sacó la bandera del hoyo y la lanzó, volteándola, fuera del *green*.

—¡Santo cielo! —exclamó Freud—. Si no nos vamos a otra parte, empezará a cavar agujeros en el campo de golf.

Mi padre volvió a poner en el hoyo la estúpida bandera que llevaba marcado el número 18. Esa noche, mi madre no tenía que servir y seguía vestida con su uniforme de doncella; corrió delante del oso, llamándolo.

El oso rara vez corría. Se bamboleaba, arrastrando los pies, y nunca se alejaba demasiado de la moto. Se frotaba tanto contra ésta que la pintura roja del parachoques bruñía como el cromo y la punta cónica del sidecar estaba mellada a causa de sus empujones. Repetidas veces se había quemado con el tubo de escape, por frotarse contra la máquina demasiado pronto tras un recorrido. De modo que los tubos tenían siniestras manchas de pelo de oso chamuscado, como si la propia motocicleta hubiese sido (en otros tiempos) un animal peludo. Como contrapartida, *Estado de Maine* tenía parches carbonizados en su manto negro, donde le faltaba el pelo, o chamusquina chata y parda, del color mate de las algas secas.

Para todos era un misterio saber para qué había sido entrenado el oso, incluso para Freud.

La «función», que representaban en las reuniones al aire libre, a última hora de la tarde, resultaba más un esfuerzo de la moto y de Freud que del oso. Freud daba vueltas y vueltas con el oso en el sidecar, sin su toldo, con el oso por piloto en una carlinga abierta y sin controles. Por lo general, *Estado de Maine* llevaba puesto el bozal en público: era un objeto de cuero rojo que a mi padre le recordaba las caretas que en ocasiones usan los jugadores de vilorta. El bozal hacía que el oso pareciera

más pequeño; encogía más aún su cara ya arrugada y alargaba su nariz de tal modo que parecía, más que nunca, un perro con excesivos kilos.

Daban vueltas y más vueltas, y precisamente antes de que los aburridos huéspedes reemprendieran sus conversaciones y abandonaran aquel insólito espectáculo, Freud frenaba la motocicleta, desmontaba con el motor en ralentí y se acercaba al sidecar, donde hostigaba al oso en alemán. Aquello era divertido para la multitud, sobre todo porque alguien que hablara alemán resultaba divertido; pero Freud persistía hasta que el oso se bajaba lentamente del sidecar y montaba en la moto, en el asiento del conductor, con sus pesadas zarpas en los manillares, sin que sus cortas patas traseras alcanzaran los pedales ni los frenos. Freud subía al sidecar y ordenaba al oso que condujera.

No ocurría nada. Freud permanecía sentado en el sidecar, protestando por la falta de movimiento; el oso se aferraba porfiadamente a los manillares, se sacudía en el sillín y pateaba como si pedaleara en el agua.

—¡*Estado de Maine!* —gritaba alguien.

Entonces el oso asentía con una especie de desconcertada dignidad y se quedaba donde estaba.

Freud, rugiendo en un alemán que a todos les encantaba oír, se apeaba del sidecar y se acercaba al oso sentado ante los mandos. Intentaba mostrar al animal cómo debía hacer funcionar la máquina.

—Embrague —decía Freud, y sostenía la gran zarpa del oso sobre el mando del embrague—. ¡Acelerador! —gritaba, y aceleraba la moto con la otra pata del oso. La Indian 1937 llevaba la palanca de cambios montada al lado del depósito de gasolina, de modo que durante un angustioso momento el conductor tenía que apartar una mano de los manillares para cambiar la velocidad—. ¡Cambio! —gritaba Freud, encajando de golpe la palanca.

Con lo cual, el oso procedía a cruzar el césped, el acelerador a ritmo uniforme, sin incrementar ni disminuir la marcha, pero avanzando resueltamente hacia los compuestos y esmeradamente acicalados huéspedes. Los hombres, aunque acababan de practicar deportes, llevaban sombreros; hasta los nadadores del Arbutnot-by-the-Sea usaban trajes de baño con pechera, aunque los años treinta vieron prosperar cada vez más los bañadores de pantalón corto para los hombres. Mas no en Maine. Las hombreras de las chaquetas, tanto de hombres como de mujeres, eran almohadilladas; los hombres usaban pantalones de franela blanca, anchos y holgados; las deportistas llevaban zapatos de montar con calcetines, y para «vestir» usaban el talle natural y las mangas frecuentemente abombadas. Todos ellos producían una variopinta agitación cuando se les acercaba el oso perseguido por Freud.

—*Nein! Nein!* ¡Estúpido oso!

Y *Estado de Maine*, cuya expresión bajo el bozal era un misterio para los huéspedes, seguía avanzando sin desviarse, pesado sobre el manillar.

—¡Estúpido animal! —gritaba Freud.

El oso se desviaba, siempre a través de alguna tienda, sin tocar un solo poste ni enganchar los manteles de hilo blanco que cubrían las mesas llenas de comida y la barra.

Los camareros lo perseguían sobre la ubérrima extensión de césped. Los tenistas le jaleaban desde las pistas, mas cuando el oso se acercaba a ellos, abandonaban el juego rápidamente.

El oso sabía o no sabía lo que hacía, pero jamás chocó contra un seto ni fue a demasiada velocidad; nunca llegó a los muelles ni intentó abordar un yate o un langostero. Freud siempre lo alcanzaba cuando le parecía que los huéspedes ya habían visto suficiente. Montaba en la moto detrás del oso; se abrazaba al ancho lomo y guiaba al animal y la Indian 37 hasta el lugar de la tertulia.

—¡Aún debemos resolver algunos fallos! —gritaba a la multitud—. Tiene algunas pegas, pero *nichts* de preocupaciones. ¡Todo saldrá bien en menos que canta un gallo!

Ésa era la función. Nunca cambió. Eso era todo lo que Freud había enseñado a *Estado de Maine*: aseguraba que era todo lo que éste podía aprender.

—No es un oso tan inteligente —le dijo a papá—. Lo cogí de viejo. Creí que andaría bien. Fue domesticado de cachorro, pero en los campos forestales no le enseñaron nada. Esa gente carece de modales de cualquier clase. También ellos son como bestias. Tienen al oso como un animalito doméstico, lo alimentan lo suficiente para que no se ponga desagradable, pero lo dejan holgazanear y volverse perezoso. Como ellos. Además, me parece que este oso tiene un problema alcohólico gracias a esos leñadores. Ahora no bebe, no se lo permito..., pero se comporta como si quisiera hacerlo, ¿sabes?

Papá no lo sabía. Pensaba que Freud era maravilloso y la Indian 1937, la máquina más hermosa que había visto en su vida. En los días de descanso, mi padre llevaba a mi madre a pasear por los caminos costeros, los dos abrazados y con frío por el aire salino, pero nunca estaban solos: la motocicleta no podía alejarse del Arbutnot sin *Estado de Maine* en el sidecar. El oso enloquecía si la motocicleta intentaba salir sin él; eso era lo único capaz de hacerlo correr..., y un oso puede correr con asombrosa rapidez.

—Adelante, intenta alejarte —le dijo Freud a papá—. Pero será mejor que la empujes camino abajo, hasta la carretera, antes de poner en marcha el motor. Y la primera vez que lo intentes no lloves contigo a la pobre Mary. Ponte mucha ropa gruesa, porque, si te coge, te llenará de arañazos. No se volverá loco, pero estará muy nervioso. Adelante, haz la prueba. Pero si te vuelves después de algunos kilómetros y él sigue detrás, lo mejor será que te detengas y lo traigas de regreso. De lo contrario tendrá un ataque al corazón o se perderá; es muy estúpido. No sabe cazar ni hacer nada. Si uno no lo alimenta, está perdido. Es un mimoso, ya no es un animal. Es apenas el doble de inteligente que un pastor alemán... lo cual no es inteligencia suficiente para estar en el mundo.

—¿El mundo? —preguntaba siempre Lilly, con los ojos desorbitados.

Pero, en el verano del 39, el mundo era nuevo y hermoso para mi padre, con los toques de timidez de mi madre, el rugir de la Indian 1937 y el penetrante olor de *Estado de Maine*, las noches frías de Maine y la sabiduría de Freud.

Su cojera se había originado, naturalmente, en un accidente de moto; le habían encajado mal la pierna.

—Discriminación —afirmaba Freud.

Freud era bajo, fuerte, alerta como un animal y de un color peculiar (una especie de oliva verde cocida a fuego lento hasta quedar casi tostada). Su pelo era negro y liso, y un mechón le crecía en la mejilla, justo debajo de un ojo: un punto de pelo suave como la seda, mayor que muchos lunares, como mínimo del tamaño de una moneda, más distintivo que cualquier marca de nacimiento, y una parte tan natural del rostro de Freud como una lapa adherida a una roca de Maine.

—Se debe a que mi cerebro es tan grande —dijo Freud a mamá y a papá— que no deja lugar en la cabeza para el pelo, por lo que éste se pone celoso y crece un poco donde no debiera.

—Tal vez era pelo de oso —dijo Frank una vez con toda seriedad.

Franny chilló y me apretó tan fuerte el cuello que me mordí la lengua.

—¡Frank es tan raro! —gritó—. Muéstranos tu pelo de oso, Frank.

En aquella época, Frank se acercaba a la pubertad; estaba adelantado para su edad y se sentía muy turbado. Pero ni siquiera Franny podía distraernos del hechizo hipnótico de Freud y su oso; los chicos estábamos tan atrapados por ellos como debieron de estarlo mi madre y mi padre aquel verano de 1939.

Algunas noches, nos contó papá, acompañaba a mi madre hasta su dormitorio y se despedía de ella con un beso. Si Freud dormía, papá desencadenaba a *Estado de Maine* de la motocicleta y le quitaba el bozal para que pudiera comer. Lo llevaba a pescar. Encima de la moto había una lona alquitranada, una especie de tienda abierta que protegía de la lluvia a *Estado de Maine*. Papá dejaba su equipo de pesca envuelto en el ala de la lona para dichas ocasiones.

Iban los dos hasta el muelle de Bay Point, más allá de la hilera de embarcaderos del hotel, atestado de langosteros y botes de pesca. Se sentaba en el extremo del muelle y papá arrojaba lo que él llamaba cucharillas para pescar abadejos. *Estado de Maine* se los comía vivos. Una noche hubo un altercado entre ambos. Habitualmente, papá pescaba tres o cuatro abadejos, lo que era suficiente —tanto para él como para *Estado de Maine*—, y volvía al hotel. Pero una noche los abadejos no picaron y, después de una hora sin un solo bocado, papá se levantó para devolver al oso a su bozal y a su cadena.

—Va mos —le dijo—, esta noche no hay peces en el mar.

*Estado de Maine* no se movió.

—¡Venga! —insistió papá.

Pero *Estado de Maine* tampoco permitió que papá se fuera.

—¡Grrr! —gruñó el oso. Papá se sentó y permaneció en actitud de pescar—.

¡Grrr! —se quejó *Estado de Maine*.

Papá arrojó una y otra vez el sedal, cambió de cucharilla, lo intentó todo. Si hubiese podido cavar en el fango llano hasta encontrar lombrices almejeeras, habría podido practicar la pesca de fondo en busca de platijas, pero *Estado de Maine* se mostraba hostil cada vez que papá intentaba dejar el muelle. A mi padre se le ocurrió la idea de saltar al agua y nadar hasta la playa para ir a buscar a Freud a su dormitorio y volver luego a capturar a *Estado de Maine*, atrayéndolo con comida del hotel. Sin embargo, poco después papá captó el espíritu de la noche y dijo:

—De acuerdo, ¿quieres pescar? ¡Cogeremos un pez, maldita sea!

Poco antes del amanecer apareció en el muelle un pescador de langostas para echarse a la mar. Empezó a sacar sus trampas, en las que lamentablemente también llevaba carnada. *Estado de Maine* olió el cebo.

—Será mejor que se lo dé —sugirió papá.

—¡Grrr! —confirmó *Estado de Maine*.

El pescador dio al oso toda la carnada.

—Le pagaremos —dijo papá—. Será lo primero que hagamos.

—Sé qué me gustaría hacer a mí «lo primero» —dijo el pescador de langostas—. Me gustaría poner a ese oso en mis trampas y usarlo de señuelo. ¡Me gustaría verlo comido por las langostas!

—¡Grrr! —repitió *Estado de Maine*.

—Mejor que no lo provoque —dijo papá al pescador, que coincidió con él.

—Ja, ese oso no es tan listo —dijo Freud a papá—. Tendría que habértelo advertido. Es muy especial con respecto a la comida. En los campamentos forestales lo alimentaban demasiado; se pasaba el día comiendo porquerías. Ahora, de vez en cuando cree que no come lo suficiente... o que quiere un trago o algún otro capricho. Tienes que recordarlo: nunca se te ocurra sentarte a comer si antes no lo has alimentado. Eso no lo soporta.

O sea, que *Estado de Maine* siempre era alimentado antes de la función en las reuniones al aire libre, pues por todas partes había manteles de hilo blanco llenos de *hors d'oeuvres*, selectos pescados crudos y carnes asadas; y si *Estado de Maine* hubiese tenido hambre, habrían surgido dificultades. Pero Freud atiborraba al oso antes de la función, y éste, hinchado, conducía la motocicleta serenamente. Permanecía plácido, incluso inexpresivo ante los manillares, como si la mayor necesidad física a punto de acometerlo fuese un impresionante eructo o la imperiosa urgencia de mover el vientre.

—Es una función estúpida y estoy perdiendo dinero —dijo Freud—. Este lugar es demasiado elegante. Aquí sólo vienen los esnobs. Tendría que irme a algún sitio más popular, donde haya bingo y no sólo baile. Tendría que ir a lugares más *democráticos*, donde hagan apuestas con peleas de perros, ¿sabes?

Mi padre no lo sabía, pero debió de maravillarse de la existencia de tales lugares, más borrascosos que los Weirs de Laconia o incluso Hampton Beach. Lugares donde

había más borrachos y se gastaba el dinero con indiferencia para una función en la que actuaba un oso. Sencillamente, el Arbuthnot era demasiado refinado para un hombre como Freud y un oso como *Estado de Maine*. Incluso demasiado refinado para apreciar aquella motocicleta, la Indian 1937.

Sin embargo, mi padre se dio cuenta de que Freud no quería alejarlo de allí. Éste lo pasaba bien en el Arbuthnot, aunque el oso no había resultado ser la mina de oro que esperaba. Lo que Freud necesitaba era un oso diferente.

—Con un oso tan estúpido no tiene sentido que trate de aumentar mis ingresos —dijo a mis padres—. Y uno tiene otros problemas cuando anda por lugares baratos.

Mi madre tomó la mano de mi padre y se la presionó a modo de advertencia... quizá porque comprendió que él imaginaba esos «otros problemas», esos «lugares baratos». Pero mi padre pensaba en sus estudios en Harvard; le gustaba la Indian 1937 y el oso llamado *Estado de Maine*. No había notado que Freud hiciera el menor esfuerzo por amaestrar al oso, y Win Berry era un chico que creía en sí mismo; el hijo de Entrenador Bob era un joven que se imaginaba capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera.

Previamente había planeado que, después del verano en el Arbuthnot, iría a Cambridge, tomaría una habitación y buscaría trabajo, quizás en Boston. Llegaría a conocer los alrededores de Harvard y se emplearía en las inmediaciones para matricularse en cuanto tuviera el dinero. De esa forma, imaginaba, hasta podría conservar un empleo de media jornada y asistir a las clases en Harvard. Por supuesto, a mi madre le encantaba ese plan porque el viaje de ida y vuelta Boston Dairy era fácil de hacer en el Boston & Maine; entonces los trenes corrían regularmente. Ya imaginaba las visitas de mi padre —largos fines de semana— y quizás alguna escapada, aunque dentro de lo correcto, que ella podría hacer a Cambridge o a Boston para verle.

—¿Qué sabes tú de osos, de todos modos? —le preguntó—. ¿O de motocicletas?

Tampoco le gustaba la idea de que —si Freud no estaba dispuesto a separarse de su Indian ni de su oso— papá viajara a los campamentos forestales con Freud. Win Berry era un muchacho fuerte, pero no vulgar, y mamá suponía que los campamentos eran lugares vulgares de los que papá no saldría siendo el mismo, o de los que no saldría.

No tenía por qué preocuparse. Aquel verano y la forma en que terminaría estaban planificados más amplia e inevitablemente de lo que cualquier acuerdo trivial entre mi madre y mi padre podía prever. Aquel verano del 39 era inevitable como la guerra europea, como pronto se denominaría, y todos ellos —Freud, Mary Bates y Winslow Berry— se vieron tan levemente sacudidos por el verano como gaviotas zarandeadas en las violentas corrientes de la desembocadura del Kennebec.

Una noche de fines de agosto, cuando mamá ya había servido la cena y tenido el tiempo justo para cambiarse, poniéndose las botas de montar y la falda larga que usaba para jugar a croquet, fueron en busca de papá a su dormitorio para que prestara



ayuda a un herido. Papá pasó corriendo por el campo de croquet, donde mamá le esperaba mazo al hombro. Las bombillas de luces semejantes a las de Navidad, colgadas de los árboles, iluminaban el campo de juego de manera tan fantasmal que, a los ojos de mi padre, mi madre «parecía un ángel empuñando una cachiporra».

—Enseguida estaré contigo —le dijo papá—, alguien se ha herido.

Ella y un grupo de hombres le siguieron; todos bajaron corriendo hasta los amarraderos del hotel. En el muelle había un gran barco con el motor en marcha, radiante de luces. A bordo tocaba una banda con demasiados instrumentos de viento; el penetrante olor a combustible y los escapes del motor se mezclaban en el aire salado con el aroma de fruta aplastada. Parecía que a los invitados les sirviesen un gigantesco cuenco de ponche con frutas y bebidas alcohólicas que luego derramasen sobre sus cuerpos o con el cual lavasen la cubierta. En el extremo del muelle yacía un hombre tendido, con las mejillas sangrantes: había tropezado al subir la escala de mano y se había desgarrado la cara con una cornamusa.

Era un hombre corpulento, con el rostro amoratado por el baño azul de la luz lunar. Se incorporaba, tenso, en cuanto alguien le tocaba.

—*Scheiss!* —exclamó.

Mi padre y mi madre reconocieron la palabra «mierda» en alemán, aprendida en las diversas representaciones de Freud. Con la ayuda de varios hombres jóvenes lograron poner en pie al teutón. Éste había sangrado copiosamente manchando el smoking blanco, que parecía lo bastante grande como para contener a dos hombres; su fajín negro azulado evocaba una cortina y su corbata de lazo a juego sobresalía de su cuello como una hélice retorcida. Tenía una papada incipiente y olía fuertemente al ponche de frutas servido a bordo. Vociferó algo a alguien. Desde la cubierta llegó un coro de voces en alemán y por la escala subió una mujer alta y bronceada llevando un traje de noche con adornos de encaje o ruche amarillo: diríase una pantera vestida de seda. El herido la cogió y se inclinó sobre ella tan pesadamente que la mujer, a pesar de su evidente fuerza y agilidad, cayó sobre mi padre, que la ayudó a mantener el equilibrio. Era mucho más joven que el hombre, observó mi madre, y de la misma nacionalidad; hablaba con él en un alemán fluido como un cloqueo, mientras el hombre seguía gimiendo y gesticulando groseramente en dirección a los miembros del coro alemán que permanecían a bordo. La corpulenta pareja subió zigzagueando por el muelle, camino de grava arriba.

En la entrada del Arbuthnot, la mujer se volvió hacia mi padre y le dijo, dominando su acento:

—Necesitaré puntos, *ja?* Supongo que *tendriéis* un médico.

El encargado de la recepción susurró a papá:

—Ve a buscar a Freud.

—¿Suturas? —dijo Freud—. El médico vive en Bath y es un borrachín. Pero yo puedo coser a cualquiera.

El encargado corrió hasta los dormitorios gritando el nombre de Freud.

—¡Coge tu Indian y trae al viejo doctor Todd! Lo pondremos sobrio en cuanto llegue. ¡Date prisa, por Dios!

—Tardaré una hora, si es que logro encontrarle —replicó Freud—. Usted sabe que yo puedo hacer una sutura. Consígame la ropa adecuada.

—Esto es diferente —insistió el encargado—. Creo que es diferente, Freud... me refiero al tipo. Es alemán y se ha cortado *en la cara*.

Freud liberó de la ropa de trabajo su cuerpo aceitunado y picado de viruelas y empezó a peinarse el pelo húmedo.

—Tráiganme la ropa —dijo—. Traer al doctor Todd es muy complicado.

—La herida es en la *cara*, Freud —replicó papá.

—¿Y qué es una cara? Piel, *ja*? —razonó Freud—. Lo mismo que las manos o los pies. He suturado montones de pies en mi vida. Cortes hechos con hachas y sierras..., ¡esos estúpidos leñadores!

Fuera, los otros alemanes del barco arrastraban baúles y pesados equipajes desde el muelle hasta la entrada, cruzando el *green* del hoyo dieciocho.

—Mira a esos cerdos —dijo Freud—. Están pisoteando el césped y dejando marcas en las que la pelota quedará atascada.

Entró el jefe de comedor en la habitación de Freud, el mejor de los dormitorios para hombres. Nadie sabía cómo había ido a parar allí Freud. El jefe de comedor empezó a desnudarse.

—Todo menos la chaqueta, bobo —le dijo Freud—. Los médicos no usan chaqueta de camarero.

Papá tenía un smoking negro que coincidía más o menos con los pantalones negros del camarero, y se lo llevó a Freud.

—Lo he dicho un millón de veces —protestó el jefe de comedor, aunque resultaba extraño ejerciendo su autoridad completamente desnudo—. En el hotel tendría que haber un médico residente.

Cuando Freud terminó de vestirse, dijo:

—Y lo hay.

El encargado de la recepción volvió corriendo al edificio principal. Papá observó que el jefe de comedor miraba, defraudado, las ropas abandonadas por Freud; no estaban muy limpias y olían profundamente a *Estado de Maine*; evidentemente, no quería ponérselas. Papá salió corriendo para alcanzar a Freud.

Los alemanes, que ahora estaban en el camino de entrada, hacían rechinar un enorme baúl contra la grava; por la mañana, alguien tendría que rastrillar los guijarros.

—¿No hay suficiente personal en este hotel? ¿No pueden ayudarnos? —gritó uno de los alemanes.

En el immaculado trincherero de la sala de servicio que se encontraba entre el comedor principal y la cocina, estaba tendido como un cadáver el enorme alemán de la mejilla herida, con su pálida cabeza apoyada en el smoking doblado que jamás

volvería a ser blanco; su oscura corbata de lazo semejante a una hélice colgaba floja de su cuello y se le había levantado el fajín.

—¿Es un *vuen* doctor? —preguntó al encargado.

La joven gigante del traje de noche con ruche amarillo apretó la mano del alemán.

—Excelente —respondió el encargado.

—Especialmente para suturar —intervino mi padre.

Mi madre le apretó la mano.

—Me parece que éste no es un hotel muy *civilizado* —dijo el alemán.

—Está en *der desierten* —comentó la atlética mujer bronceada, mas inmediatamente contradujo sus propias palabras con una carcajada—. Pero el corte *nicht* es tan malo, creo —dijo a papá, a mamá y al encargado de la recepción—. Me parece que no necesitamos un médico demasiado *vueno* para curarlo.

—Basta con que no sea judío —dijo el alemán y carraspeó.

Freud estaba en la salita, aunque no le habían visto entrar. Tenía dificultades para enhebrar la aguja.

—Estoy segura de que no es judío —rió la princesa bronceada—. ¡En Maine no *tienen* judíos! —Cuando vio a Freud no se sintió tan segura de su observación.

—*Guten Abend, meine Dame und Herr* —los saludó Freud—. *Was ist los?*

Mi padre contó que Freud, con el smoking negro, era una figura tan pequeña y deformada por las cicatrices que inmediatamente daba la impresión de haber robado la ropa; de hecho, la ropa parecía robada a dos personas distintas como mínimo. Hasta su instrumento más visible era negro, un carrete de hilo negro que sostenía con los guantes de goma gris que usaban los lavaplatos en la cocina. La mejor aguja que encontraron en la lavandería del Arbutnot resultaba demasiado grande en las pequeñas manos de Freud, como si éste hubiese cogido la que utilizaba para coser las velas de las embarcaciones de regatas. Y quizás eso era lo que había hecho.

—*Herr Doktor?* —preguntó el alemán, palideciendo. La sangre pareció restañarse instantáneamente.

—*Herr Doktor Professor Freud* —dijo Freud, acercándose y mirando la herida de reojo.

—¿Freud? —inquirió la mujer.

—*Ja* —confirmó Freud.

Cuando derramó el primer vaso de whisky en la herida, el líquido penetró en los ojos del alemán.

—¡Ánimo! —dijo Freud.

—¡Estoy ciego, estoy ciego! —canturreó el alemán.

—*Nein*, usted *nicht* está tan ciego —aclaró Freud—. Pero tendría que haber cerrado los ojos.

Vertió otro vaso de whisky en la herida y se puso manos a la obra.

Por la mañana, el encargado le pidió a Freud que no actuara con *Estado de Maine* hasta que se marcharan los alemanes, que se irían en cuanto cargaran abundantes

provisiones en su barco. Freud se negó a permanecer vestido de médico e insistió en reparar la Indian 37 con su traje de mecánico, de modo que con ese atuendo lo encontró el alemán, en el lado de las pistas de tenis que daba al mar, no exactamente oculto de los jardines del edificio principal y los campos de juego, aunque discretamente fuera de escena. La carota vendada del alemán estaba terriblemente hinchada, y el hombre se acercó a Freud cautelosamente, como si el menudo mecánico de la moto pudiese ser el alarmante hermano gemelo del «Herr Doktor Professor» de la noche anterior.

—*Nein*, es él —afirmó la alemana bronceada, que le llevaba del bracete.

—¿Qué está arreglando el doctor judío esta mañana? —preguntó el alemán a Freud.

—Es mi pasatiempo —respondió Freud sin levantar la vista.

Mi padre, que le alcanzaba las herramientas de la moto —a la manera de un asistente de cirugía—, apretó con fuerza la llave inglesa.

La pareja de alemanes no vio al oso. *Estado de Maine* se estaba rascando contra el vallado de las pistas de tenis, empujando violentamente el lomo contra la red metálica, gruñendo y balanceándose a un ritmo similar al de la masturbación. Para que se sintiera más cómodo, mi madre le había quitado el bozal.

—Nunca oí *havlár* de una motocicleta como ésta —dijo el alemán a Freud en son de crítica—. *Me paguece* que es chatarra, *ja?* ¿Qué quiere decir Indian? Primera que oigo.

—¿No quiere montarla? —sugirió Freud.

A la alemana no le gustó demasiado la idea, y dio muestras de que no quería que lo hiciera, pero, sin duda alguna, el ofrecimiento atrajo al alemán. Éste permaneció junto a la moto, tocó el depósito de gasolina, pasó los dedos por el cable del embrague y acarició la empuñadura de la palanca de cambios. Empuñó el acelerador del manillar y lo hizo girar violentamente. Palpó el caño de goma —como un órgano vital expuesto entre tantos metales— por donde corría el combustible desde el depósito hasta el carburador. Abrió la válvula del carburador sin pedirle permiso a Freud; toqueteó la válvula y se mojó los dedos con gasolina. Se los limpió en el sillín.

—¿No le molesta, *Herr Doktor?* —preguntó a Freud.

—No, adelante. Vaya a dar un paseo.

Corría el verano del 39: mi padre vio cómo terminaría todo, pero no podía intervenir.

—Impedirlo era imposible —decía siempre papá—. Era inevitable, como la guerra.

Desde la valla de la pista de tenis, mamá vio que el alemán montaba en la moto; pensó que lo mejor era volver a ponerle el bozal a *Estado de Maine*. Pero el oso se mostró impaciente con ella, meneó la cabeza y empezó a frotarse con más intensidad.

—Arranque normal, con el pie, *ja?* —preguntó el alemán.

—Písela a fondo y se pondrá en marcha —respondió Freud.

Algo en la forma en que él y papá se alejaron de la moto hizo que la alemana se uniera a ellos: también ella retrocedió.

—¡Allá *fa!* —exclamó el alemán, y pisó el arranque.

A la primera revolución del motor, antes de acelerar, el oso llamado *Estado de Maine* se irguió contra la valla de la pista de tenis, con la gruesa pelambre de su denso pecho rígida; a través de la pista central fijó la mirada en la Indian 1937 que intentaba irse sin él. Cuando el alemán dio un acelerón entró una marcha y empezó a avanzar tímidamente por el césped en dirección a un sendero de grava cercano, *Estado de Maine* se dejó caer sobre las cuatro patas y embistió. Avanzó a grandes zancadas para cruzar la pista central, interrumpiendo el partido de dobles que se estaba jugando: cayeron al suelo las raquetas, rodaron libremente las pelotas. El tenista que jugaba cerca de la red decidió abrazarse a ésta; cerró los ojos cuando el oso pasó a su lado.

—¡Grrr! —chilló *Estado de Maine*, mas el alemán montado en la ronca 1937 no oyó nada.

Sin embargo, la alemana lo oyó y se volvió —al mismo tiempo que papá y Freud — a mirar al oso.

—*Gott!* ¡Qué barbaridad! —gritó y se desmayó contra mi padre, que la tendió suavemente en el césped.

Cuando el alemán se enteró de que le seguía un oso, aún no estaba orientado; no sabía en qué dirección se encontraba el camino principal. Por supuesto, si lo hubiese encontrado, habría dejado atrás al oso, pero limitado a los estrechos senderos y paseos de los jardines del hotel ya los campos de deportes, no podía tomar velocidad.

—¡Grrr! —gruñía el oso.

El alemán cruzó el campo de croquet y se dirigió a las tiendas de *picnic*, donde estaban preparando los manteles para servir el almuerzo. El oso alcanzó la moto en menos de veinticinco metros e intentó montar, torpemente, detrás del alemán, como si finalmente hubiese aprendido las lecciones de conducción de Freud y tratara de demostrar que la función debía hacerse correctamente.

El alemán no permitió que Freud le suturara esta vez, y hasta éste confesó que la tarea le excedía.

—Es un jaleo —dijo a mí padre—. Son muchos puntos..., no es trabajo para mí. No resistiría oírle berrear todo el tiempo que me iba a llevar eso.

Los guardacostas trasladaron al alemán al hospital de Bath. Ocultaron a *Estado de Maine* en la lavandería, para confirmar su estado mítico de «animal salvaje».

—Salió de los *vosques* —afirmó la alemana—. Debió de sulfurarlo el ruido de la moto.

—Es una osa con cachorros —explicó Freud—. Son *sehr* traidoras en esta época del año.

Pero la administración del Arbutnot-by-the-Sea no permitiría que la cuestión se zanjara tan fácilmente, y Freud lo sabía.

—Me largaré antes de tener que hablar con él otra vez —dijo Freud a mamá y a papá, que sabían que Freud se refería al propietario del Arbuthnot, el hombre de smoking blanco que en ocasiones aparecía para el último baile—. Es como si oyera al gran mandamás: «Conocías el riesgo, Freud, ya lo habíamos discutido. Cuando yo accedí a tener aquí al animal, *acordamos* que sería responsabilidad *tuya*». Y si me dice que soy un judío afortunado, en primer lugar por estar en esta jodida Norteamérica, dejaré que *Estado de Maine* le devore —concluyó Freud—. ¡Él y sus elegantes cigarrillos! No los necesito para nada. De todos modos, este tipo de hotel no es para mí.

El oso, nervioso por estar confinado en la lavandería y preocupado al ver que Freud guardaba su ropa —aún húmeda— a la velocidad que salía de la lavadora, empezó a gruñir entre dientes.

—¡Grrr! —susurró.

—¡Cállate! —gritó Freud—. Tú tampoco eres mi tipo de oso.

—Fue culpa mía —dijo mamá—. No tendría que haberle quitado el bozal.

—Fueron sólo unos mordiscos cariñosos —afirmó Freud—. ¡Las que trincharon a ese hijo de puta fueron sus zarpas!

—Creo que no habría salido tan malparado si no hubiese intentado arrancarle los pelos a *Estado de Maine* —comentó papá.

—¡Por supuesto! —coincidió Freud—. ¿A quién le gusta que le arranquen el pelo?

—¡Grrr! —se quejó *Estado de Maine*.

—Así tendrías que llamarte: «¡Grrr!» —regañó Freud al oso—. Eres tan estúpido que es lo único que sabes decir.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó papá a Freud—. ¿Adónde puede ir?

—A Europa —dijo Freud—. Allí hay osos inteligentes.

—Allí hay nazis —agregó papá.

—Dame un oso inteligente y a la mierda con los nazis —declaró Freud.

—Yo cuidaré de *Estado de Maine* —propuso papá.

—Puedes hacer algo mejor —sugirió Freud—. Puedes *comprarlo*. Doscientos dólares y la ropa que tengas. ¡*Ésta* está húmeda! —gritó mientras arrojaba su ropa al aire.

—¡Grrr! —dijo el oso, afligido.

—Cuida tu vocabulario, *Grrr* —le dijo Freud.

—¿Doscientos dólares? —preguntó mamá.

—Eso es todo lo que he cobrado hasta ahora —dijo papá.

—Sé muy bien cuánto ganas —afirmó Freud—. Por eso sólo te pido doscientos dólares. Motocicleta incluida, por supuesto. Ya habrás comprendido por qué tienes que quedarte con la Indian, *ja?* *Estado de Maine* no quiere saber nada de subir a un coche; viajar en auto lo hace vomitar. Además, una vez unos leñadores lo encadenaron a una camioneta..., yo lo vi. Ese estúpido oso arrancó la puerta trasera,

derribó la ventanilla de separación y le dio una paliza al tipo que ocupaba la cabina. No seas estúpido *tú*: compra la Indian.

—Doscientos dólares —repitió papá.

—Ahora vamos a buscar tu ropa —decidió Freud.

Dejó sus prendas húmedas en el suelo de la lavandería. El oso intentó seguirlos al dormitorio de mi padre, pero Freud pidió a mamá que llevara fuera a *Estado de Maine* y lo encadenara a la moto.

—Sabe que usted se marcha y está nervioso, pobrecillo —se condolió mamá.

—Sólo es capaz de echar de menos la moto —reconoció Freud, pero dejó subir al oso, aunque en el Arbuthnot le habían pedido que no lo hiciera—. ¿Ahora qué me importa lo que permiten o no? —dijo Freud mientras se probaba la ropa de mi padre.

Mi madre vigilaba el pasillo; no se permitía la entrada de osos ni de mujeres en los dormitorios masculinos.

—Mi ropa es demasiado grande para usted —dijo mi padre a Freud cuando éste estuvo vestido.

—Todavía puedo crecer —respondió Freud, que entonces debía de tener como mínimo cuarenta años—. Si hubiese tenido la ropa adecuada, ahora sería más corpulento.

Se había puesto tres pantalones de mi padre, uno encima del otro; llevaba puestas dos chaquetas con los bolsillos llenos de ropa interior y calcetines; además se había echado sobre el hombro la tercera chaqueta.

—¿Para qué cargar con maletas? —preguntó.

—¿Pero cómo se las arreglará para *llegar* a Europa? —susurró mi madre asomándose a la habitación.

—Cruzando el Atlántico —replicó Freud—. Ven aquí —dijo a mi madre; cogió las manos de mamá y de papá y las unió—. Sólo sois adolescentes, de modo que escuchadme: estáis enamorados. Partimos de este supuesto, *ja*? —aunque mi madre y mi padre nunca habían reconocido semejante cosa entre sí, ambos asintieron mientras Freud mantenía sus manos unidas—. Muy bien, de ello se desprenden tres cuestiones. ¿Me prometéis que accederéis a esas tres cuestiones?

—Lo prometo —dijo mi padre.

—Yo también —confirmó mamá.

—Muy bien. Número uno: os casaréis inmediatamente, antes de que algún patán o alguna ramera os hagan cambiar de idea. ¿Entendido? Os casaréis aunque os cueste.

—Sí —aceptaron mis padres.

—Número dos —dijo Freud mirando únicamente a mi padre—. *Irás* a Harvard, debes prometérmelo..., aunque te costará.

—¡Pero ya estaré casado! —observó mi padre.

—Ya he dicho que te costaría, ¿no? —le recordó Freud—. Prométeme que irás a Harvard. Debes aprovechar *todas* las oportunidades que se te presenten en este mundo, aunque sean excesivas. Algún día las oportunidades se acaban, ¿lo sabías?

—Sea como fuere, yo quiero que vayas a Harvard —dijo mamá a papá.

—Aunque me cueste —dijo papá, pero aceptó.

—Y así llegamos a la cuestión número tres. ¿Preparados? —Freud se volvió en dirección a mi madre, soltó la mano de mi padre e incluso la apartó un poco para retener él solo la mano de mamá—. Perdónale —dijo a mi madre—, aunque te cueste.

—¿Perdonarme qué? —quiso saber papá.

—Tú perdónale —insistió Freud mirando únicamente a mi madre, que se encogió de hombros.

—¡Y tú! —gritó Freud al oso.

*Estado de Maine* estaba olisqueando debajo de la cama de papá; había encontrado una pelota de tenis y se la había llevado a la boca. Se sobresaltó con el grito de Freud.

—¡Grrr! —respondió el oso, y se le cayó la pelota de la boca.

—Tú —dijo Freud al oso—. ¡Quizás algún día estarás agradecido por haber sido rescatado de ese repugnante mundo de la *naturaleza*!

Eso fue todo. Una boda y una bendición, decía siempre mi madre. Un buen servicio judío antiguo, decía siempre mi padre. Los judíos eran un misterio para él, del mismo orden que China, India, África y todos los lugares exóticos en los que nunca había estado.

Papá encadenó el oso a la moto. Cuando él y mamá se despidieron de Freud con un beso, el oso intentó entremeter su cabeza.

—¡Cuidado! —gritó Freud, y se separaron—. Creyó que estábamos comiendo algo —dijo Freud a mamá y a papá—. Cuidado cuando os beséis cerca de él, no entiende nada de besos. Cree que es lo mismo que comer.

—¡Grrr! —comentó el oso.

—Y por favor, hacedlo por mí: llamadlo Grrr... eso es lo único que dice y *Estado de Maine* es un nombre ridículo —dijo Freud.

—¿Grrr? —preguntó mi madre.

—¡Grrr! —confirmó el oso.

—De acuerdo, que sea *Grrr* —aceptó mi padre.

—Adiós, *Grrr* —se despidió Freud—. *Auf Wiedersehen!*

Observaron a Freud largo rato, mientras esperaba en el muelle de Bay Point una barca que fuera en dirección a Boothbay; cuando, finalmente, un pescador de langostas le llevó, mis padres pensaron —aunque sabían que en Boothbay tomaría un vapor mayor— que *parecía* como si el langostero se lo llevara a Europa a través del oscuro océano. Siguieron con la vista la embarcación que traqueteaba y se balanceaba hasta parecer más pequeña que una golondrina sobre el mar, incluso que un andarríos, momento en que dejaron de oír el zumbido del motor.

—¿Lo hicisteis por primera vez aquella noche? —preguntaba siempre Franny.

—¡Franny! —dijo mamá.

—Bueno, tú dijiste que os *sentíais* casados —dijo Franny.

—No tiene importancia cuándo lo hicimos —dijo papá.



—Pero *lo hicisteis*, ¿no? —insistió Franny.

—Eso no importa —dijo Frank.

—No importa *cuándo* —dijo Lilly, en su extraño estilo.

Y era verdad; en realidad no importaba *cuándo*. Al salir del verano de 1939 y del Arbutnotby-the-Sea, mi madre y mi padre estaban enamorados y *mentalmente* casados. En fin de cuentas, se lo habían prometido a Freud. Tenían su Indian 1937 y su oso, ahora llamado *Grrr*, y cuando llegaron a Dairy, New Hampshire, se dirigieron, en primer lugar, a casa de la familia Bates.

—¡El hogar de Mary! —decía la madre de mi madre.

—¿Qué es esa *máquina* en la que va montada? —preguntó el viejo Latin Emeritus—. ¿Quién es el que la acompaña?

—¡Una motocicleta y Win Berry! —exclamó la madre de mi madre.

—¡No, no! —imploró Latin Emeritus—. ¿Y quién es *el otro*? —el anciano fijó la vista en el bulto que iba en el sidecar.

—Debe ser Entrenador Bob —respondió la madre de mi madre.

—¡Ese retrasado mental! —dijo Latin Emeritus—. ¿Qué demonios se ha puesto encima con esta temperatura? ¿No saben vestirse en Iowa?

—¡Voy a casarme con Win Berry! —dijo mi madre a sus padres sin pérdida de tiempo—. Ésta es su moto. Va a ir a Harvard. Y éste... es *Grrr*.

Entrenador Bob fue más comprensivo: le gustó *Grrr*.

—Me gustaría verle levantando pesas —dijo el ex lateral de los Diez Grandes—. ¿Pero no podríamos cortarle las uñas?

Era una tontería hacer otra boda: mi padre opinaba que el servicio de Freud era suficiente. Sin embargo, la familia de mi madre insistió en que los casara el pastor de la cofradía, el mismo que había llevado a mamá a su baile de graduación.

La boda fue modesta e informal; Entrenador Bob hizo las veces de padrino y Latin Emeritus llevó a la novia al altar, murmurando sólo de vez en cuando alguna frase en latín; la madre de mi madre lloró, plenamente convencida de que Win Berry *no* era el hombre de Harvard destinado a restituir a Mary Bates a Boston..., al menos enseguida. *Grrr* permaneció durante todo el oficio en el sidecar de la Indian 37, donde lo apaciguaron con galletas y arenques.

Mi madre y mi padre tuvieron una breve luna de miel a solas.

—¡Tuvo que ser entonces cuando lo hicisteis, *seguro*! —gritaba siempre Franny.

Pero, probablemente, no lo hicieron; no pasaron la noche en ningún sitio. Temprano, tomaron un tren a Boston y deambularon por Cambridge, imaginando que algún día vivirían allí y papá estudiaría en Harvard. Tomaron el tren lechero de vuelta a New Hampshire y llegaron al amanecer del día siguiente. Su lecho nupcial debió de ser la cama individual del dormitorio de mi madre en casa de Latin Emeritus, donde ella siguió viviendo mientras papá iba en busca de su fortuna para matricularse en Harvard.

Entrenador Bob lamentó ver marcharse a *Grrr*. Tenía la certeza de que era posible

enseñar al oso a jugar como defensa, pero mi padre aclaró a Iowa Bob que el oso sería el sustento de su familia y de su educación. Una noche (después de la invasión de Polonia por los nazis), cuando los primeros fríos del otoño surcaban el aire, mi madre se despidió de mi padre con un beso en los campos de deportes de la Dairy School, que se extendían hasta la puerta trasera de la casa de Iowa Bob.

—Cuida a tus padres —dijo mi padre a mamá—, yo volveré para cuidar de ti.

—¡Psss...! —gruñía siempre Franny, pues, por alguna razón, esta parte del relato la aburría. Nunca la creyó.

También Lilly se estremeció e hizo una mueca de desprecio.

—Callaos y prestad atención a la historia —decía siempre Frank.

Al menos, yo no soy tan obstinado como mis hermanos y hermanas. Supe ver, sencillamente, cómo debieron de besarse mamá y papá: *cautelosamente...*, mientras Entrenador Bob entretenía al oso con algún juego para que éste no creyera que mis padres estaban comiendo algo que no compartían con él. Besarse estando cerca *Grrr* siempre sería peligroso.

Mi madre nos dijo que sabía que mi padre le sería fiel porque el oso le destrozaría si besaba a otra.

—¿Y fuiste fiel? —se interesó Franny con su estilo avieso.

—Por supuesto —respondió papá.

—A que sí —dijo Franny.

Lilly siempre se mostraba preocupada; Frank apartaba la mirada.

Corría el otoño de 1939. Aunque no lo sabía, mi madre ya estaba embarazada de Frank. Mi padre fue en su moto a la Costa Este; su exploración de los hoteles turísticos —las grandes orquestas, los bingos y los casinos— le llevó cada vez más al sur a medida que cambiaba la temperatura. En la primavera de 1940, cuando nació Frank, se encontraba en Texas. En ese momento, papá y *Grrr* estaban de gira con un conjunto llamado Lone Star Brass Band. Los osos eran muy populares en Texas... aunque un borracho de Fort Worth intentó robar la Indian 1937, ignorante de que *Grrr* dormía encadenado a ella. Las leyes de Texas obligaron a papá a pagar la hospitalización y le costó más de lo que había ganado volver al Este para dar la bienvenida al mundo a su primer hijo.

Mi madre aún estaba en el hospital cuando papá volvió a Dairy. Llamaron Frank a Frank porque mi padre decía que así serían siempre entre ellos y con la familia: francos.

— ¡Psss...! —solía expresar Franny.

Mas Frank estaba orgulloso del origen de su nombre.

Papá se quedó en Dairy con mi madre el tiempo suficiente para volver a dejarla embarazada. Luego, él y *Grrr* fueron a Virginia Beach y a Carolina del Norte y del Sur. El 4 de julio los expulsaron de Falmouth, Cape Cod, y volvieron a casa para recuperarse poco después del desastre. A la Indian 1937 se le soltó un cojinete durante el desfile del Día de la Independencia, y *Grrr* enloqueció cuando un bombero

de Buzzards Bay intentó ayudar a papá con la moto averiada. El bombero iba acompañado, lamentablemente, de dos perros dálmatas, una raza que no se caracteriza precisamente por su inteligencia; en consonancia con su reputación, los dálmatas atacaron a *Grrr*, que estaba en el sidecar. *Grrr* decapitó a uno de ellos limpiamente y persiguió al otro hasta el lugar en que el equipo de *softball* de Ostervill se encontraba desfilando, en cuya formación el estúpido can intentó ocultarse. El desfile se dispersó, los afligidos bomberos de Buzzards Bay se negaron a seguir prestándole ayuda a mi padre con la Indian, y el sheriff de Falmouth los escoltó hasta el límite de la ciudad. Dado que *Grrr* se negaba a viajar en auto, la escolta resultó sumamente tediosa con éste sentado en el sidecar de la moto, que tuvo que ser remolcada. Tardaron cinco días en encontrar las piezas necesarias para rehacer el motor.

Peor aún, *Grrr* les había tomado el gusto a los perros. Entrenador Bob hizo todo lo posible para que olvidara aquella inclinación por mutilar, ejercitándolo en otros deportes: recuperar y devolver pelotas, perfeccionar el contoneo hacia delante, incluso practicar flexiones, pero *Grrr* ya estaba viejo y no había sido bendecido con la fe que poseía Iowa Bob con respecto a los ejercicios vigorosos. Descubrió que matar perros ni siquiera exigía correr demasiado; si era astuto —y lo era—, los perros se acercarían a él.

—No hay nada que hacer —observó Entrenador Bob—. ¡Qué estupendo zaguero habría sido!

Así, papá mantenía encadenado a *Grrr* la mayor parte del tiempo e intentaba hacerle usar el bozal. Mamá decía que *Grrr* estaba deprimido —lo veía cada vez más triste—, pero mi padre no estaba de acuerdo.

—Sólo piensa en perros —afirmaba papá— y es muy feliz atado a la moto.

Aquel verano del 40, papá habitaba en casa de los Bates, en Dairy. Por la noche trabajaba para el público de Hampton Beach. Logró enseñarle a *Grrr* un nuevo número titulado «Buscando trabajo», que se ahorra el deterioro de la vieja Indian.

*Grrr* y papá actuaban en el quiosco de música al aire libre de Hampton Beach. Cuando se encendían las luces, *Grrr* aparecía sentado en una silla, trajeado; el traje, completamente reformado, había pertenecido a Entrenador Bob. Cuando cesaban las carcajadas, mi padre entraba en escena con un papel en la mano.

—¿Cómo te llamas? —preguntaba papá.

—¡*Grrr*! —replicaba *Grrr*.

—Sí, *Grrr*, ya veo —decía papá—. ¿Buscas trabajo, *Grrr*?

—¡*Grrr*! —repetía el oso.

— ¡Sí, ya sé que te llamas *Grrr*, pero buscas *trabajo*, ¿no es así? —proseguía papá—. Aunque por lo que dice aquí, no sabes escribir a máquina y ni siquiera leer, además agregan que tienes un problema alcohólico.

—*Grrr* —coincidía *Grrr*.

A veces, el público le arrojaba frutas, pero papá ya se había ocupado de que

estuviera bien alimentado: aquél no era el mismo tipo de espectadores que papá recordaba haber visto en el Arbuthnot.

—Bien, si lo único que sabes decir es tu nombre, me aventuraría a afirmar que esta noche has estado bebiendo o que eres tan estúpido que ni siquiera sabes desnudarte —*Grrr* no contestaba—. ¿Y? —preguntaba papá—. Veamos si eres capaz de hacerlo. Desnúdate. ¡Adelante!

En este punto, papá le quitaba la silla y *Grrr* practicaba uno de los contoneos que Entrenador Bob le había enseñado.

—Veo que sabes hacer el salto mortal —decía papá—. Muy bien. Ahora la ropa, *Grrr*. Veamos cómo te desnudas.

Por alguna razón, a una multitud de seres humanos le resulta divertido ver cómo se desnuda un oso; mi madre detestaba esa representación y decía que era injusto exponer a *Grrr* al ridículo ante una multitud tan alborotadora y grosera. Cuando *Grrr* se desnudaba, por lo general papá tenía que ayudarlo con la corbata; sin ayuda, *Grrr* se habría sentido frustrado y se la hubiera arrancado del cuello.

—Eres muy duro con las corbatas, *Grrr* —decía entonces papá, al público de Hampton Beach le encantaba.

Al quedar desnudo *Grrr*, papá decía:

—Bien, adelante, no te detengas ahora. Quítate ese traje de oso.

—¿*Grrr*? —se extrañaba el aludido.

—Que te quites el traje de oso —repetía papá, y le tironeaba un poco de la pelambre.

—¡*Grrr*! —rugía el oso, y el público gritaba, alarmado.

—¡Santo Cielo, eres un oso *de verdad*! —chillaba papá.

—¡*Grrr*! —se quejaba el oso, y perseguía a papá dando vueltas alrededor de la silla, mientras la mitad del público se refugiaba en la oscuridad de la noche; algunos de los espectadores tropezaban en la arena y caían al agua; otros seguían arrojando fruta y vasos de papel con cerveza tibia.

Una vez por semana se llevaba a cabo una función más moderada para *Grrr* en el casino de Hampton Beach. Mamá había perfeccionado su estilo de baile e iniciaba la primera pieza de la gran orquesta dando una vuelta con *Grrr* por la pista vacía; las parejas se amontonaban, asombradas ante aquella pareja danzante: el oso bajo, inclinado y ancho con el traje de Iowa Bob, sorprendentemente elegante sobre sus patas traseras, arrastrando los pies detrás de mi madre, que iba a la cabeza.

Esas noches, Entrenador Bob se quedaba cuidando a Frank. Mamá, papá y *Grrr* volvían a casa por el camino de la costa y se detenían a contemplar la línea de espuma en Rye, donde estaban las viviendas de los ricos; en Rye, a aquella línea la llamaban «rompiente». La costa de New Hampshire era al mismo tiempo más civilizada y más sórdida que la de Maine, pero la fosforescencia de los rompientes de Rye debió de recordar a mis padres las noches en el Arbuthnot. Contaban que siempre se detenían allí al volver a Dairy.

Una noche, *Grrr* se empeñó en no moverse de Rye.

—Cree que lo llevaré a pescar —dijo papá—. Oye, *Grrr*, no tengo equipo..., ni cebo, ni cucharillas, ni cañas, tonto —le mostró las manos vacías.

*Grrr* parecía desconcertado; comprendieron que estaba casi ciego. Lograron que desistiera de la pesca y lo llevaron a casa.

—¿Cómo es posible que haya envejecido tanto? —preguntó mi madre a mi padre.

—Ha empezado a orinarse en el sidecar —respondió papá.

Cuando en el otoño de 1940 papá se fue para hacer la temporada invernal, mamá estaba bastante embarazada, esta vez de Franny. Mi padre se había decidido por Florida; mamá recibió sus primeras noticias desde Clearwater y luego desde Tarpon Springs. *Grrr* había contraído una extraña enfermedad cutánea —una infección en el oído producida por un hongo característico de los osos— y la actividad era mínima.

Esto ocurría poco después del nacimiento de Franny, que tuvo lugar a finales del invierno de 1941. Papá no estaba en casa, y Franny nunca se lo perdonó.

—Sospecho que sabía que sería niña —le gustaba decir a Franny.

Llegó el verano del 41 antes que papá volviese a Dairy, momento en que se apresuró a dejar encinta a mi madre, esta vez de mí.

Le prometió que no volvería a dejarla; había reunido suficiente dinero con un espectáculo circense en Miami y podría ingresar en Harvard en otoño. Pasarían un verano tranquilo, actuando únicamente en Hampton Beach cuando tuviesen ganas. Papá viajaría a Boston en tren para sus clases, a no ser que surgiera un sitio barato para vivir en Cambridge.

*Grrr* envejecía minuto a minuto. Había que curarle los ojos todos los días con un ungüento azul, de textura semejante a la película que cubre a las medusas; *Grrr* se lo quitaba frotándose contra los muebles. Mi madre notó alarmantes ausencias de pelo en gran parte de su cuerpo, que parecía más encogido y flácido.

—Ha perdido el tono muscular —decía Entrenador Bob, preocupado—. Tendría que levantar pesas o correr.

—Intenta alejarte de él en la Indian —dijo mi padre a su padre—. Ya verás cómo corre.

Cuando Entrenador Bob lo intentó, se quedó solo. *Grrr* no corrió: ya no le importaba.

—Con *Grrr* —afirmó papá—, la familiaridad *produce* cierto menosprecio.

Habían trabajado con *Grrr* bastante tiempo y con suficiente dificultad como para comprender la exasperación de Freud con el oso.

Mi madre y mi padre rara vez hablaban de Freud; con «la guerra de Europa» era fácil imaginar lo que podría haberle ocurrido.

Las tiendas de Harvard Square que expendían bebidas alcohólicas vendían whisky de centeno «That's All» de Wilson, muy barato, pero mi padre no era bebedor. El Oxford Grill de Cambridge servía cerveza de barril en un recipiente de vidrio en forma de copa de coñac, que contenía cuatro litros. Si eras capaz de beberlo en un breve lapso, te servían otro gratis. Mas, allí, papá bebía una cerveza normal cuando concluían sus clases semanales y se trasladaba de prisa a la estación del norte para coger el tren a Dairy.

Aceleró sus cursos todo lo que pudo para graduarse cuanto antes; lo logró no porque fuese más inteligente que los demás muchachos de Harvard (era mayor que la mayoría, pero no más inteligente), sino porque pasaba muy poco tiempo con los amigos. Su única distracción, decía, era escuchar partidos de béisbol profesional por radio. Pocos meses después del mundial, papá escuchó la noticia del ataque a Pearl Harbor.

Nací en marzo de 1942 y me llamaron John, en honor a John Harvard. (A Franny la llamaron Franny porque de alguna manera ese nombre armonizaba con Frank.) Mi madre no sólo se ocupaba de nosotros; cuidaba al viejo Latin Emeritus y ayudaba a Entrenador Bob con el envejecido *Grrr*: tampoco ella tenía tiempo para las amistades.

A finales del verano de 1942, la guerra se había impuesto a todos; ya no era sólo «la guerra de Europa». Aunque consumía muy poca gasolina, la Indian 1937 fue reducida a la condición de vivienda para *Grrr* y dejó de utilizarse como medio de transporte. La manía patriótica se extendió por las universidades de todo el país. Los estudiantes recibían cupones de azúcar, que en general entregaban a sus familiares. En un plazo de tres meses, todos los conocidos de papá en Harvard fueron reclutados o se ofrecieron voluntarios para participar en algún programa. Cuando Latin Emeritus murió —y en breve le siguió la madre de mi madre mientras dormía—, mamá cobró una modesta herencia. Mi padre aceleró voluntariamente su incorporación a filas, y en la primavera de 1943 se marchó para recibir entrenamiento básico; tenía veintitrés años.

Atrás dejaba a Frank, a Franny y a mí con mamá en casa de los Bates; atrás dejaba a su padre, Iowa Bob, a quien confió la pesada atención de *Grrr*.

Mi padre escribió a casa informando de que el entrenamiento básico era una verdadera lección sobre la forma de estropear los hoteles de Atlantic City. Lavaban los suelos de madera diariamente y marchaban por el paseo de tablas construido a lo largo de la playa para practicar puntería con fusiles sobre una duna. Los bares del paseo hacían un floreciente negocio con los reclutas, si exceptuamos a mi padre. Nadie le preguntó por su edad; en su mayoría, los otros reclutas eran más jóvenes que él, lucían todas sus medallas de tiradores y bebían. Los bares estaban llenos de oficiales del cuerpo femenino de Washington y todos fumaban cigarrillos sin filtro, con excepción de mi padre.

Papá contó que todos fantaseaban acerca del «último polvo» antes de ir a ultramar, aunque fueron menos los que lo echaron que los que se jactaron de él; al menos, papá le echó el suyo a mamá en un hotel de Nueva Jersey. Afortunadamente, esta vez no la embarazó, de modo que mamá no sumaría a nadie a la familia por un tiempo.

De Atlantic City, mi padre fue destinado a una ex escuela preparatoria al norte de Nueva York, para someterse a su capacitación criptográfica. Después le enviaron a Chanute Field —Kearns, Utah— y luego a Savannah, Georgia, donde anteriormente había actuado con *Grrr* en el viejo DeSoto Hotel. A continuación, las carreteras de Hampton, puerto de embarque, la marcha a «la guerra de Europa» y la difusa idea de que allí encontraría a Freud. Papá confiaba en que, dejando tres vástagos con mi madre, se aseguraba su regreso sano y salvo.

La Fuerza Aérea lo destinó a una base de bombarderos en Italia, donde el mayor peligro consistía en dispararle a alguien estando borracho, en que algún borracho le disparara a uno, o en caer en la letrina borracho, lo que le ocurrió realmente a un coronel que mi padre conocía y sobre quien defecaron varias veces antes de que le rescatasen. El único peligro restante consistía en contraer una enfermedad venérea contagiada por una prostituta italiana. Como mi padre no bebía ni jodía, salió ileso de la segunda guerra mundial.

Dejó Italia por transporte naval, vía Trinidad-Brasil, «que es como Italia pero en portugués», escribió a mi madre. Volvió a Estados Unidos en avión, con un piloto que padecía un trauma de guerra y que hizo sobrevolar el C-47 por la calle más ancha de Miami. Desde el aire, mi padre reconoció un aparcamiento en que *Grrr* había vomitado después de una función.

La contribución de mi madre al esfuerzo bélico —aunque realizaba trabajos de secretaria para su ex colegio, el Thompson Female Seminary— consistió en la formación hospitalaria; estaba en el segundo curso que impartía el Dairy Hospital para auxiliares de enfermería. Cumplía un turno de ocho horas semanales y siempre estaba disponible para hacer sustituciones, las cuales menudeaban (había una gran escasez de enfermeras). Sus puestos favoritos eran la sala de maternidad y la de partos; sabía lo que era tener un hijo en ese hospital, sin marido. Así pasó la guerra mi madre.

Inmediatamente después del cese de las hostilidades, papá llevó a Entrenador Bob a ver un partido de fútbol profesional que se jugaba en Fenway Park, en Boston. Mientras iban de camino a la estación del norte para coger el tren de vuelta a Dairy, se encontraron con uno de los condiscípulos de papá en Harvard que les vendió un cupé Chevy 1940 por seiscientos dólares, un poco más de lo que costaba nuevo, pero estaba en buen estado y la gasolina era ridículamente barata, probablemente a unos veinte céntimos el galón; Entrenador Bob y mi padre compartieron el pago del seguro, y así llegó a tener automóvil mi familia. Mientras papá concluía sus estudios en Harvard, mi madre tenía un medio de transporte para llevarnos a Frank, a Franny y

a mí a las playas de New Hampshire; una vez, Iowa Bob nos llevó a las Montañas Blancas, donde Frank fue picado por cientos de avispas cuando Franny le empujó sobre un nido.

La vida en Harvard había cambiado; las habitaciones estaban abarrotadas, el Crimson tenía un nuevo equipo. Los alumnos de estudios eslavos asumieron la responsabilidad del descubrimiento de la vodka por parte de Estados Unidos; ninguno la mezclaba con nada —se bebía al estilo ruso, fría y pura en pequeñas copas—, pero mi padre se mantuvo fiel a la cerveza y se pasó a la literatura inglesa. De ese modo intentaba acelerar, una vez más, su graduación.

Ya no había muchas grandes orquestas. El baile de salón declinaba como deporte y como pasatiempo. *Grrr* estaba demasiado decrépito para seguir actuando; las primeras navidades que mi padre pasó fuera de la Fuerza Aérea, trabajó en la sección de juguetería de Jordan Marsh y volvió a embarazar a mi madre. Esta vez sería Lilly. Así como hubo razones concretas para llamar Frank a Frank, Franny a Franny y John a mí, no hubo ningún motivo específico para llamar Lilly a Lilly, hecho que la perturbaría más de lo que imaginábamos; quizá durante toda su vida.

Papá se graduó con la promoción de Harvard de 1946. La Dairy School acababa de contratar a un nuevo director, que lo entrevistó en el Harvard Faculty Club y le ofreció trabajo como profesor de literatura y entrenador de dos deportes, por un salario inicial de dos mil cien dólares anuales. Probablemente le hizo el ofrecimiento estimulado por Entrenador Bob. Mi padre tenía veintiséis años; aceptó el puesto en la Dairy School, aunque no consideraba que la enseñanza fuese la vocación de su vida. Aquello sólo significaba que finalmente podría vivir con mi madre y sus hijos, en casa de la familia Bates, en Dairy, cerca de su padre y de *Grrr*, su anciano oso. En esta etapa de su vida, para él los sueños eran evidentemente más importantes que la docencia, tal vez más importantes aún que nosotros, sus hijos, e indudablemente más que la segunda guerra mundial. («En *cualquier* etapa de su vida», decía Franny.)

Lilly nació en 1946, cuando Frank tenía seis años, Franny cinco y yo cuatro. Repentinamente tuvimos padre, como si fuera la primera vez; hasta entonces, él había estado en la guerra, en la universidad y en los caminos con *Grrr*. Era un extraño para nosotros.

Lo primero que hizo en el otoño de 1946 fue llevarnos a Maine, donde nunca habíamos estado, para visitar el Arbuthnot-by-the-Sea. Por supuesto, para mis padres se trataba de un peregrinaje romántico, de una expedición en recuerdo de los viejos tiempos. Lilly era demasiado pequeña para viajar y *Grrr* demasiado viejo, pero papá insistió en que éste nos acompañara.

—El Arbuthnot también le pertenece—le dijo a mi madre—. No sería lo mismo... estar en el Arbuthnot sin el viejo *Estado de Maine*.

Lilly quedó al cuidado de Entrenador Bob; mamá condujo el cupé Chevy 1940, con Frank, Franny y yo, un gran cesto con comida y una pila de mantas. Papá volvió a poner en marcha la Indian 1937 y montó en ella, con *Grrr* en el sidecar. Así



viamos, con increíble lentitud, por la tortuosa carretera de la costa, muchos años antes de que existiera la autopista de Maine. Nos llevó horas llegar a Brunswick y una hora más atravesar Bath. Luego vimos las encrespadas y cárdenas aguas que formaban la desembocadura del Kennebec en el mar, Fort Popham, las chozas de pesca de Bay Point... y la cadena tendida de un lado a otro del camino de entrada al Arbuthnot. En el cartel se leía:

CERRADO ESTA TEMPORADA

El Arbuthnot había estado cerrado durante muchas temporadas. Papá debió de darse cuenta en cuanto sacó la cadena y nuestra caravana subió hasta el viejo hotel. Blanquecinos y descoloridos como huesos, los edificios estaban abandonados, con las puertas y las ventanas entabladas; todas las ventanas que estaban a la vista habían sido rotas o recibido disparos. Alguien había clavado la desteñida bandera del hoyo 18 en una grieta entre las tablas del suelo del pórtico ante el salón de baile; la bandera colgaba del Arbuthnot-by-the-Sea como indicando que aquel castillo había sido tomado tras largo asedio.

—¡Santo cielo! —exclamó papá.

Los críos nos apiñamos junto a mamá y empezamos a quejarnos. Hacía frío, estaba nublado, aquel lugar nos daba miedo. Nos habían dicho que iríamos a un hotel de turismo, y si aquello era un *hotel*, sabíamos que no nos iba a gustar. Extensos manchones de hierba se habían abierto paso a través de la arcilla resquebrajada de las pistas de tenis, y el césped del campo de croquet llegaba a la altura de las rodillas, las de mi padre, con unos bordes dentados semejantes a los de la hierba de las marismas que crece silvestre cerca del agua salada. Frank se cortó con un viejo aro de croquet y empezó a gimotear; Franny insistió en que papá la cogiera en brazos. Yo me colgué de la cadera de mi madre. *Grrr*, cuya artritis lo afectaba espantosamente, se negó a alejarse de la moto y vomitó en el bozal. Cuando papá se lo quitó, *Grrr* descubrió algo en el suelo e intentó comérselo; era una vieja pelota de tenis, que papá le quitó y arrojó a lo lejos, en dirección al mar. Con espíritu juguetón, *Grrr* empezó a seguirla para recuperarla, pero pronto pareció olvidar su propósito y se quedó quieto, con los ojos entrecerrados, fijos en los muelles. Probablemente apenas los veía.

Los embarcaderos del hotel estaban hundidos. El cobertizo había sido arrastrado al mar por un huracán durante la guerra. Los pescadores usaban los viejos embarcaderos para apoyar sus cañas de pesca, que estaban reunidas en el muelle de los pescadores de langosta de Bay Point, donde parecía haber un hombre o un chico montando guardia con un rifle. Papá tuvo que explicarnos que se colocaba allí para matar focas, porque la lejana figura con el arma sobresaltó a mi madre. Las focas constituían el motivo principal por el cual la pesca con caña nunca tendría éxito en Maine: se lanzaban sobre las cañas, engullían los peces atrapados y se largaban. De ese modo comían en abundancia y destruían las redes en el proceso; en consecuencia,

los pescadores les disparaban siempre que podían.

—Es lo que Freud habría denominado «una de las groseras reglas de la naturaleza»— sentenció papá.

Insistió en mostrarnos los dormitorios que ocuparon él y mamá.

Debió de ser deprimente para ambos —a los niños nos resultó sencillamente incómodo y ajeno—, pero creo que mi madre se alteró más por la reacción de papá ante la decadencia del Arbuthnot que por lo que le había ocurrido al otrora gran balneario.

—La guerra ha cambiado muchas cosas —dijo mamá, y nos mostró su famoso encogimiento de hombros.

—¡Santo cielo! —repitió papá—. ¡Piensa en lo *que podría* haber sido! —gimió—. ¿Cómo pueden haberlo echado a perder? No eran lo bastante *democráticos* —nos explicó a sus desconcertados hijos—. Debe de haber alguna forma de que los valores y el buen gusto no lleven aparejado un exclusivismo altanero que los haga sucumbir. Tendría que existir un término medio entre el Arbuthnot y los tugurios de Hampton Beach. ¡Santo cielo! —insistió—. ¡Santo cielo!

Le seguimos en torno a los destartalados edificios, los estropeados terrenos y las hierbas desmesuradamente crecidas. Descubrimos el viejo autobús en que viajaban los miembros de la banda y el camión que utilizaba el personal del hotel, llenos de palos de golf oxidados. Aquéllos eran los vehículos que Freud había reparado: nunca volverían a funcionar.

—¡Santo cielo! —dijo papá.

Oímos que *Grrr* nos llamaba desde cierta distancia.

—¡Grrr! —gritaba.

A cierta distancia oímos dos disparos de rifle, en el muelle de Bay Point. Creo que todos comprendimos que no era una foca alcanzada por dos tiros. Era *Grrr*.

—¡Oh, no, Win! —gimió mi madre.

Me cogió en brazos y echó a correr; Frank trotaba en agitados círculos a su alrededor. Papá corrió con Franny en sus brazos.

—¡*Estado de Maine!* —gritó.

—¡He matado un oso! —gritaba el chico del muelle—. ¡He matado un oso entero!

El chico iba vestido con un mono y una camisa de franela liviana; del mono habían desaparecido las rodilleras y su pelo de color zanahoria estaba duro y brillante a causa del rocío de agua salada; mostraba un extraño sarpullido en su pálido rostro y tenía la dentadura estropeada. No sobrepasaba los trece o catorce años.

—¡He matado un oso! —gritaba.

Estaba muy exaltado, y en el mar los pescadores debieron de preguntarse por qué gritaba. No podían oírlo a causa del zumbido de los motores y del viento, pero reunieron lentamente sus barcas alrededor del embarcadero y se acercaron a tierra para ver qué ocurría.

*Grrr* estaba tendido en el embarcadero, con su cabezota sobre un rollo de cuerda alquitranada, las patas traseras aplastadas bajo el cuerpo y una pesada pata delantera a pocos centímetros de un cubo con carnada. Sus ojos llevaban tanto tiempo enfermos que debió de confundir al chico del rifle con papá con una caña de pescar en la mano. Quizá recordó vagamente que había comido montones de abadejos en aquel muelle. Se encaminó hasta allí y, cuando se acercó al chico, su *nariz* aún estaba lo bastante sana como para oler el cebo. El chico, con la vista fija en el mar para descubrir focas, debió de asustarse por la forma en que le saludó el oso. Era un buen tirador, aunque a esa distancia hasta uno malo le habría acertado; le disparó dos veces al corazón.

—Caray, no creí *que perteneciera* a nadie —dijo el chico del rifle a mi madre—, no sabía que era un animalito doméstico.

—Claro que no lo sabías —le tranquilizó mi madre.

—Lo siento, señor —dijo el chico a mi padre.

Pero papá no lo oyó. Se sentó junto a *Grrr* en el muelle, y apoyó la cabeza de aquél en su regazo; estrechó la cara envejecida de *Grrr* contra su vientre y lloró, lloró y lloró. Lloraba por algo más que *Grrr*, por supuesto. Lloraba por el Arbuthnot, por Freud, por el verano del 39. Pero los chicos estábamos muy preocupados porque, en aquella época, conocíamos más y mejor a *Grrr* que a nuestro padre. Para nosotros, la situación era muy confusa..., aquel hombre, que había vuelto a casa desde Harvard, que había vuelto a casa desde la guerra, ¿por qué estaría deshecho en lágrimas, abrazado a nuestro viejo oso? En verdad, todos nosotros éramos demasiado pequeños para haber *conocido* a *Grrr*, pero su presencia —el tacto tieso de su pelaje, el color de su pastoso aliento a fruta, su olor a geranios marchitos y a orina— nos resultaba más memorable que, por ejemplo, los espectros de Latin Emeritus y de la madre de mi madre.

Recuerdo fielmente aquel día en el muelle, bajo el Arbuthnot en ruinas. Tenía cuatro años y creo sinceramente que es mi primer recuerdo de la vida misma, a diferencia de lo que me contaban, a diferencia de las imágenes que otras personas pintaban para mí. El hombre corpulento con cara de caballero era mi padre, que había venido a vivir con nosotros; sollozaba con *Grrr* en los brazos, sobre un embarcadero podrido, junto a aguas peligrosas. Unas pequeñas embarcaciones vibraban cada vez más próximas. Mi madre nos abrazó con tanta fuerza como papá a *Grrr*.

—Creo que ese imbécil mató al perro de alguien —dijo un hombre que iba en una de las barcas.

Por la escala de mano del muelle subió un viejo pescador con impermeable de hule amarillo, la cara irregularmente moteada detrás de una barba de color blanco sucio y manchada. Sus botas mojadas salpicaban agua y su olor a pescado era más penetrante que el del cubo de carnada junto a la pata abarquillada de *Grrr*. Resultaba lo bastante viejo como para haber trabajado en los aledaños en los tiempos en que el Arbuthnot-by-the-Sea era el gran hotel que había sido. También el pescador había conocido tiempos mejores.

Cuando el viejo vio al oso muerto, se quitó el ancho sombrero y lo sostuvo con su mano grande y dura como un arpón.

—¡Cristo! —dijo en tono reverente, apoyando un brazo en el hombro del asustado chico del rifle—. Has matado a *Estado de Maine*.

## El primer Hotel New Hampshire

El primer Hotel New Hampshire nació de la siguiente manera: cuando la Dairy School comprendió que tenía que admitir mujeres en su cuerpo estudiantil si quería sobrevivir, quedó eliminado el Thompson Female Seminary; de repente surgió una enorme propiedad desocupada en el mercado inmobiliario de Dairy, un mercado proverbialmente débil. Nadie sabía qué hacer con el enorme edificio que antaño había sido escuela de señoritas.

—Tendrían que reducirlo a cenizas, convertir todo el solar en un parque —sugirió mamá.

De cualquier modo era una especie de parque, un terreno elevado de unos dos acres en el dilapidado corazón del pueblo de Dairy. Viejas casas de tablas, antaño para familias numerosas y ahora alquiladas por piezas a viudas y viudos —y a los profesores retirados de la Dairy School—, rodeadas de olmos agonizantes que cercaban el monstruo de ladrillos de cuatro plantas, el edificio escolar cuyo nombre honraba la memoria de Ethel Thompson. Ethel Thompson había sido párroco episcopal y hasta su muerte logró vivir disfrazada de hombre (reverendo *Edward Thompson*, le llamaban, rector de la parroquia episcopal de Dairy, célebre por ocultar esclavos fugitivos en la casa parroquial). El descubrimiento de que era mujer (con posterioridad a un accidente en el cual fue atropellada mientras cambiaba una rueda de su carruaje) no fue ninguna sorpresa para algunos de los hombres de Dairy que le habían planteado sus problemas en la cumbre de su popularidad como párroco. De alguna manera había reunido mucho dinero, del que no legó ni un céntimo a la iglesia; lo dejó todo para la fundación de un seminario femenino «hasta», escribió Ethel Thompson, «que esa abominación de instituto para chicos se vea obligada a aceptar chicas».

Mi padre había coincidido en que la Dairy School era abominable. Aunque a los chicos nos encantaba jugar en sus campos de deportes, papá nunca dejaba de recordarnos que la Dairy no era una «verdadera» escuela. Así como el pueblo de Dairy había sido, en otros tiempos, tierra de vaquerías<sup>[1]</sup>, los campos de deportes de la escuela habían sido pasto de la vacas; cuando se fundó la escuela, a principios de 1800, se dejaron los viejos establos junto a los edificios escolares nuevos y se permitió que las viejas vacas, como los alumnos, deambularan libremente por los alrededores. El paisajismo moderno había mejorado los campos de deportes, pero los establos y el primer edificio original aún ocupaban el desaliñado centro del campus; algunas vacas simbólicas todavía permanecían en los establos. El «plan de juegos» — como decía Entrenador Bob— de la escuela consistía en que los alumnos se ocuparan de la granja de vacas mientras estudiaban, plan que condujo a una educación negligente y a unas vacas pésimamente atendidas, y que fue abandonado antes de la primera guerra mundial. En el cuerpo docente de la Dairy School había quienes

creían —sobre todo entre los más nuevos y más jóvenes— que debía retornarse a la combinación de escuela y granja.

Mi padre se resistía al plan de someter a la Dairy School a lo que él llamaba «experimento establo-corral en la educación».

—Cuando mis hijos tengan edad para asistir a esa desgraciada escuela —gritaba, airado, a mi madre y a Entrenador Bob— les aprobarán las asignaturas por cuidar un huerto.

—¡Y les darán credenciales universitarias por echar mierda a paladas! —decía Iowa Bob.

En otras palabras, la escuela iba en busca de una filosofía. Ahora era decididamente de segunda clase entre las escuelas preparatorias convencionales. Aunque basaba su programa de estudios en la adquisición de capacidad académica, el profesorado era cada vez menos capaz de transmitir esa capacitación a los alumnos y, consecuentemente, estaba cada vez menos convencida de la necesidad de aquélla: en fin de cuentas, el cuerpo estudiantil era cada vez menos receptivo. Las solicitudes de ingreso eran escasas, de ahí que las condiciones exigidas fuesen cada vez menores; la escuela se convirtió en uno de esos centros a los que uno podía ingresar casi inmediatamente después que lo expulsaran de otro. Unos pocos profesores, como mi padre, que creían que debía enseñarse a la gente a leer y a escribir —e incluso a puntuar—, se desesperaban porque se desaprovechaban estos aprendizajes en semejantes alumnos.

—Es como echarle margaritas a los cerdos —vociferó papá—. Daría lo mismo enseñarles a rastrillar heno y a ordeñar vacas.

—Tampoco saben jugar al fútbol —se lamentó Entrenador Bob—. Son incapaces de bloquearse entre sí.

—Ni siquiera saben correr —observó papá.

—Ni siquiera saben golpear —agregó Iowa Bob.

—Sí que saben —intervino Frank, que siempre recibía algún golpe.

—Irrumpieron en el invernadero y destrozaron todas las plantas —dijo mamá, que se enteró del incidente por el periódico escolar que, según papá, era la cabal expresión de un profundo analfabetismo.

—Uno de ellos me mostró su cosita —dijo Franny con el propósito de avivar el diálogo.

—¿Dónde? —inquirió papá.

—Detrás de la pista de hockey —respondió Franny.

—¿Y qué hacías tú detrás de la pista de hockey? —preguntó Frank, asqueado como de costumbre.

—La pista de hockey está abandonada —afirmó Entrenador Bob—. No la atienden desde que aquel hombre, como se llamara, se retiró.

—No se retiró, murió —le corrigió papá.

Ahora que su padre envejecía, papá solía exasperarse con él.

En 1950, Frank tenía diez años, Franny nueve, yo ocho y Lilly cuatro; Egg acababa de nacer, y en su ignorancia le dispensábamos de nuestro temor de tener que asistir algún día a la tan vilipendiada Dairy School. Papá tenía la certeza de que, cuando Franny alcanzase la edad necesaria para ingresar, admitirían niñas.

—No por nada que se parezca remotamente a un espíritu progresista —aseguraba—, sino para evitar la bancarrota.

Por supuesto, tenía razón. En 1952, el nivel académico de la Dairy School estaba en tela de juicio; cada vez había menos aspirantes a ingresar y el nivel de exigencias también estaba sometido a debate. Como las solicitudes de ingreso siguieron disminuyendo, aumentaron las matrículas, lo que alejó más alumnos aún e hizo necesario prescindir de algunos profesores; los otros, los que tenían principios y otros medios de vida, renunciaron.

El equipo de fútbol de 1953 perdió la temporada por 1-9; Entrenador Bob pensaba que la escuela no veía la hora de que él se retirara para abandonar definitivamente el fútbol; era un deporte demasiado caro y los ex alumnos, que en otros tiempos le habían apoyado (lo mismo que a la totalidad del programa deportivo), no volvían para presenciar los partidos porque se sentían demasiado avergonzados para ello.

—Son esos malditos uniformes —dijo Iowa Bob.

Papá puso los ojos en blanco e intentó mostrarse tolerante ante la inminente senilidad de Bob. Papá había aprendido lo que era la senilidad con *Grrr*. Sin embargo, para ser justos, debemos decir que Entrenador Bob tenía cierta razón con respecto a los uniformes.

Los colores de la Dairy School, quizá inspirados en una raza de vacas ya extinguida, estaban destinados a ser chocolate intenso y plata luminosa. Pero con el paso de los años y el uso creciente de telas sintéticas, el cacao subido y la plata se volvieron sórdidos y apagados.

—Color barro y nubes —decía mi padre.

Los alumnos de la Dairy School que jugaban con nosotros —cuando no estaban mostrándole sus «cositas» a Franny— nos informaron de los otros nombres adjudicados a estos colores y que estaban de moda en la escuela. Un chico mayor llamado Ralph De Meo —una de las pocas estrellas de Iowa Bob y el máximo puntal de los corredores de velocidad de los equipos de pista de invierno y primavera que entrenaba papá— nos dijo a Frank, a Franny y a mí cuáles eran realmente los colores de la Dairy School.

—Gris como la palidez de un muerto —dijo De Meo.

Yo tenía diez años y temía a De Meo; Franny tenía once, pero con él se comportaba como si fuera mayor; Frank ya había cumplido doce y le tenía miedo a todo el mundo.

—Gris como la palidez de un muerto —repitió De Meo lentamente, para mí—. Y pardo..., pardo como el estiércol de vaca. ¡Mierda para ti, Frank!

—Ya lo sabía —comentó Frank.

—Muéstramela otra vez —pidió Franny a De Meo: se refería a su cosita.

O sea, que mierda y muerte eran los colores de la agonizante Dairy School. El consejo de administración, víctima de esta calamidad —y de otras, desde la historia de establos y corral de la escuela hasta la menos que pintoresca población de New Hampshire en la que se asentaba la escuela—, decidió aceptar niñas en el cuerpo estudiantil.

Al menos, eso incrementaría el número de solicitudes de ingreso.

—Será el fin del fútbol —vaticinó Entrenador Bob.

—Las chicas jugarán mejor fútbol que la mayoría de tus muchachos —opinó papá.

—Eso quería decir —afirmó Iowa Bob.

—Ralph de Meo juega bastante bien —comentó Franny.

—¿Juega bastante bien con *qué*? —intervine.

Franny me dio una patada por debajo de la mesa. Frank permaneció inmóvil, con aire mohíno, más corpulento que cualquiera de los demás, peligrosamente cerca de Franny y enfrente de mí.

—Al menos, De Meo es rápido —dijo papá.

—Al menos, De Meo pega fuerte —señaló Entrenador Bob.

—Ya lo creo —confirmó Frank, que varias veces había sido golpeado por Ralph De Meo.

Fue Franny quien me protegió de Ralph. Un día que Franny y yo observábamos cómo pintaban las líneas del campo de fútbol —a escondidas de Frank (a menudo nos ocultábamos de él)—, De Meo se acercó a nosotros y me empujó contra el cerco. Llevaba puesto su uniforme de entrenamiento: mierda y muerte número 19 (su edad). Se quitó el casco y escupió su protector en la pista de ceniza, luciendo sus brillantes dientes ante Franny.

—Lárgate —me dijo sin dejar de mirar a Franny—. Tengo que hablar con tu hermana, y en el peor sentido.

—No tienes por qué empujarle —lo regañó Franny.

—Franny sólo tiene doce años —aclaré.

—Lárgate —insistió De Meo.

—No tienes por qué empujarle —repitió Franny—. Sólo tiene once años.

—Tengo que decirte cuánto lo lamento —le contestó De Meo—. Ya no estaré aquí cuando estudies en la escuela, pues para entonces me habré graduado.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Franny.

—Van a aceptar mujeres —dijo De Meo.

—Ya lo sabía —respondió Franny—. ¿Y qué?

—Que es una pena saber que no estaré aquí cuando finalmente tengas edad suficiente.

Franny se encogió de hombros: el mismo encogimiento de mamá, independiente y bonito. Recogí el protector de De Meo de la pista de ceniza, lleno de barro y arena.



Se lo arrojé.

—¿Por qué no vuelves a meterte esto en la boca? —le pregunté.

Yo corría rápido, pero no creía que lo hiciera más rápido que Ralph De Meo.

—Lárgate —reiteró Ralph.

Me arrojó el protector a la cabeza, pero me agaché y aterrizó en alguna parte.

—¿Por qué no estás entrenándote? —quiso saber Franny.

Detrás de las gradas de madera gris, que pasaban por ser el «estadio» de la Dairy School, estaba el campo de prácticas desde el cual llegaban a nuestros oídos los choques de las hombreras almohadilladas y los cascos.

—Tengo una herida en la ingle —le dijo De Meo a Franny—. ¿Quieres verla?

—Espero que se te caiga —dije.

—Puedo alcanzarte, Johnny —me amenazó con la mirada fija en Franny.

Nadie me llamaba «Johnny».

—Con una herida en la ingle no podrás —afirmé.

Estaba equivocado; me alcanzó en la línea de cuarenta yardas y me refregó la cara contra la cal recién pintada en el campo. Estaba de rodillas sobre mi espalda cuando le oí exhalar bruscamente; me soltó y cayó de lado sobre la pista de ceniza.

—¡Caray! —dijo con vocecilla apagada.

Franny había cogido la protección metálica de su suspensorio y le había hundido los bordes en las partes pudendas, como decíamos en aquellos tiempos.

Entonces, ambos pudimos correr más de prisa que él.

—¿Cómo lo sabías? ¿Cómo sabías que llevaba eso en el suspensorio? —pregunté a Franny—. Me refiero a la protección.

—Un día me la mostró —respondió en tono solemne.

Permanecimos inmóviles sobre las agujas de pino que cubrían el monte, detrás del campo de prácticas; desde allí oíamos el silbato de Entrenador Bob y los choques, pero nadie podía vernos.

A Franny no le importaba que Ralph De Meo golpeará a Frank, y le pregunté por qué le había preocupado que me atacara a mí.

—Tú no eres Frank —susurró con expresión feroz.

Humedeció su falda con la hierba húmeda del borde de la arboleda y me limpió con ella la cal de la cara, subiéndose el dobladillo hasta que su vientre quedó a la vista. Se le hundió una aguja de pino en el estómago y se la quitó.

—Gracias —me dijo, absorta en limpiar hasta la última mota de cal; se levantó aún más la falda, escupió sobre ella y siguió limpiando, me ardía la cara.

—¿Por qué nosotros dos nos gustamos más de lo que nos gusta Frank? —quise saber.

—Así es y siempre será así. Frank es raro —dijo.

—Pero es nuestro hermano —repliqué yo.

—¿Y tú? Tú también eres mi hermano, y no es por eso por lo que me gustas.

—¿Por qué te gusto?

—Porque sí.

Forcejeamos un rato en el bosque hasta que se le metió algo en un ojo; la ayudé a quitárselo. Sudaba y olía a tierra limpia. Sus pechos eran muy altos y parecían separados por una extensión demasiado ancha del tórax, pero era fuerte. En general me derrotaba, a no ser que la cubriera completamente con mi cuerpo, en cuyo caso lograba hacerme cosquillas hasta que me meaba si no la soltaba. Cuando ella estaba encima de mí, no había modo de moverla.

—Algún día podré derrotarte —le dije.

—¿Y qué? Para entonces no querrás hacerlo.

Un futbolista gordo llamado Poindexter entró en el bosque para evacuar sus intestinos. Le vimos llegar y nos escondimos entre los helechos que conocíamos desde años atrás. Durante años, los jugadores de fútbol cagaban en ese lugar cercano al campo de entrenamiento, en especial los gordos. Había que correr un trecho bastante largo para volver al gimnasio y Entrenador Bob siempre los exhortaba a que vaciaran sus intestinos antes del entrenamiento. Por alguna razón, los gordos nunca quedaban vacíos del todo, imaginábamos.

—Es Poindexter —susurré.

—Tenía que ser él —dijo Franny.

Poindexter era muy torpe; siempre tenía dificultades para bajarse las musleras. Una vez tuvo que quitarse los zapatos con clavos y la mitad inferior del uniforme, excepto los calcetines. Esta vez sólo tuvo que debatirse con las almohadillas y los pantalones que sujetaban precariamente unidas sus rodillas. Logró mantener el equilibrio sentado en cuclillas ligeramente hacia delante, con las manos sobre el casco (que había dejado en tierra, delante de él). Esta vez ensució desastrosamente la parte inferior de los zapatos de fútbol y no tuvo más remedio que limpiarlos, lo mismo que su culo. Por un momento, Franny y yo temimos que se le ocurriera usar helechos con tal propósito, pero Poindexter siempre tenía prisa y jadeaba, y realizó el mejor trabajo posible con el puñado de hojas de arce que había reunido en el sendero y llevado consigo al bosque. Oímos el silbato de Entrenador Bob, y Poindexter también lo oyó.

Cuando salió corriendo en dirección al campo de prácticas, Franny y yo empezamos a aplaudir. Poindexter se detuvo y prestó atención; nosotros dejamos de aplaudir. El pobre gordo permaneció inmóvil, creyendo que había imaginado aplausos, y luego echó a correr hacia el campo, donde jugaba tan mal y, generalmente, con aquella nota humillante.

Entonces, Franny y yo bajamos al sendero que tomaban los futbolistas para volver al gimnasio. Era una senda estrecha que parecía picada de viruelas por los clavos de los zapatos deportivos. Aunque estábamos un poco preocupados porque no sabíamos dónde se encontraba De Meo, subí hasta el borde del campo de entrenamiento y «cubrí» a Franny mientras se bajaba las bragas y se agachaba; cuando terminó ella, me cubrió a mí. Entre los dos tapamos nuestras decepcionantes porquerías con una

llovizna de hojas. A continuación retrocedimos a los helechos, en espera de que los futbolistas terminaran su práctica, pero allí encontramos a Lilly.

—Vete a casa —le dijo Franny.

Lilly tenía siete años, y en general era demasiado pequeña para Franny y para mí, pero cerca de casa éramos amables con ella. No tenía amigos y parecía extasiada por Frank, a quien le encantaba tratarla como un bebé.

—No tengo por qué ir a casa —replicó Lilly.

—Será mejor que vayas —sentenció Franny.

—¿Por qué tienes la cara tan roja? —me preguntó Lilly.

—De Meo le puso veneno y está buscando a alguien más para frotárselo en la cara —le explicó Franny.

—Si voy a casa, me verá —dijo Lilly gravemente.

—No si te vas enseguida —intenté persuadirla.

—Nosotros vigilaremos —Franny se asomó por encima de los helechos—. No hay peligro —susurró.

Lilly salió corriendo.

—¿Es verdad que tengo la cara roja? —pregunté a Franny.

Franny acercó mi cara a la suya y me lamió la mejilla, la frente, la nariz, los labios.

—Ya no noto el sabor. Te lo quité todo.

Seguimos juntos entre los helechos; era aburrido, pero faltaba un rato para que concluyera el entrenamiento y para que los primeros futbolistas bajaran por el sendero.

El tercero metió un pie dentro. Era un zaguero de Boston que cursaba un año de posgrado en Dairy, básicamente para hacerse un poco mayor y poder jugar al fútbol en la universidad. Patinó un poco pero logró recuperar el equilibrio; luego contempló horrorizado los clavos de sus zapatos.

—¡Poindexter! —chilló. Poindexter, un mal corredor, era el último de la fila de jugadores que se dirigían a las duchas—. ¡Poindexter! —repitió el defensa de Boston—. ¡Tu *cagada*, Poindexter!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Poindexter sin aliento, siempre gordo, «genéticamente gordo» diría Franny tiempo después, cuando supo qué eran los genes.

—¿Tenías que hacerlo en el sendero, imbécil? —protestó el zaguero.

—¡No fui yo! —se defendió Poindexter.

—Límpiame los clavos, cabeza de chorlito —ordenó el defensa.

En una escuela como la Dairy, los laterales —pese a ser más corpulentos— eran los chicos más débiles, más gordos y más jóvenes, a menudo sacrificados por los pocos buenos deportistas. Entrenador Bob hacía que los buenos llevaran el balón.

Varios miembros más rudos de la línea trasera de Iowa Bob rodearon a Poindexter en el sendero.

—Aún no hay chicas en la escuela, Poindexter —dijo el zaguero de Boston—, de

modo que no hay nadie más que tú para limpiarme la mierda de los zapatos.

Poindexter obedeció: al menos estaba familiarizado con la tarea.

Franny y yo volvimos a casa, más allá de las vacas simbólicas de los establos derruidos, más allá de la puerta trasera de la casa de Entrenador Bob, donde los guardabarros oxidados de la Indian 1937 estaban invertidos en el porche... para limpiarse los zapatos. Los guardabarros de la moto eran los únicos restos de *Grrr*.

—Cuando llegue la hora de que nosotros vayamos a la Dairy School —le dije a Franny—, espero que vivamos en otro sitio.

—Yo no pienso limpiar la mierda de los zapatos de nadie —afirmó Franny—. Ni pensarlo.

Entrenador Bob, que cenaba con nosotros, se quejó de su terrible equipo de fútbol.

—Juro que éste es el último año —dijo el viejo, aunque siempre decía lo mismo—. Hoy Poindexter se descargó en el sendero, durante el entrenamiento.

—Yo vi a Franny y a John con el trasero al aire —dijo Lilly.

—No es verdad —dijo Franny.

—En el sendero —dijo Lilly.

—¿Qué hacían? —preguntó mamá.

—Lo que dijo el abuelo Bob —informó Lilly a todo el mundo.

Frank bufó, asqueado; papá nos desterró a Franny y a mí a nuestros dormitorios. Una vez arriba, Franny me cuchicheó al oído:

—¿Has visto? Somos sólo tú y yo. Ni Lilly, ni Frank.

—Ni Egg —agregué.

—Egg todavía no existe, bobo —reflexionó Franny—. Todavía no es un ser humano.

Egg sólo tenía tres años.

—Ahora son dos los que nos siguen, Frank y Lilly —observó Franny.

—No olvides a De Meo —le recordé.

—Puedo olvidarle tranquilamente. Cuando crezca, tendré montones de De Meo.

La idea me alarmó y guardé silencio.

—No te preocupes —murmuró Franny.

No respondí y Franny se arrastró por el pasillo hasta mi dormitorio, donde se metió en mi cama. Dejamos la puerta abierta para poder oír lo que decían abajo.

—Esta escuela no es buena para mis hijos, lo sé —dijo papá.

—Bueno, es indudable que todo lo que dices de ella los ha convencido de eso —contestó mamá—. Cuando llegue el momento, tendrán miedo de estudiar allí.

—Cuando llegue el momento, los enviaremos fuera, a una *buena* escuela —dijo papá.

—A mí no me interesa ir a una buena escuela —informó Frank.

Franny y yo lo comprendimos: aunque detestábamos la idea de ingresar en la Dairy, nos perturbaba aún más pensar en ir «fuera».

—¿Fuera *dónde*? —quiso saber Frank.

—¿Quién se irá fuera? —preguntó Lilly.

—Shhh... Nadie irá a la escuela fuera de aquí —dijo mamá—. No podríamos permitirnoslo. Si existe algún beneficio en ser profesor de la Dairy School es que al menos tenemos una escuela de segunda enseñanza donde mandar gratuitamente a nuestros hijos.

—Una escuela que no es nada buena —recalcó papá.

—Es mejor que el término medio —opinó mamá.

—Escucha, ganaremos mucho dinero —pronosticó papá.

Esto era una novedad para nosotros: Franny y yo permanecemos mudos. Frank debió de sentirse nervioso ante semejante perspectiva.

—¿Puedo retirarme? —preguntó.

—Por supuesto, querido —dijo mamá. Y dirigiéndose a papá—: ¿Cómo vamos a ganar dinero?

—Dímelo a *mí*, por favor —imploró Entrenador Bob—. Soy yo el que necesita retirarse.

—Oídmeme —dijo papá. Prestamos atención—. Esta escuela puede ser despreciable, pero crecerá. Aceptarán el ingreso de *niñas*, ¿lo recordáis? Y aunque *no* crezca, no cerrará sus puertas. Hace demasiado tiempo que está aquí; su único instinto consiste en sobrevivir, y sobrevivirá. *Nunca* será un buen instituto; atravesará tantas etapas que a veces no la reconoceremos, pero seguirá adelante, podéis estar seguros.

—¿Y eso qué? —inquirió Iowa Bob.

—Es decir, que aquí seguiremos contando con una escuela. En este pueblo de mala muerte seguirá habiendo una escuela privada y el Thompson Female Seminary *no* seguirá aquí porque las chicas del lugar irán a la Dairy.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo mamá.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Lilly.

—Sí, claro —la autorizó Papa—. ¿No lo veis? —dijo a mamá y a Bob. Franny y yo no veíamos nada, salvo a Frank, que se deslizaba a hurtadillas por el pasillo de la planta alta—. ¿Qué será de ese viejo edificio, el Thompson Female Seminary?

Fue en ese momento cuando mamá insinuó que lo incendiaran. Entrenador Bob sugirió que podía transformarse en cárcel comarcal.

—Es lo suficientemente grande —les recordó Entrenador Bob; alguien había sugerido ese destino en una reunión del consistorio.

—Nadie quiere tener una cárcel aquí, en medio del pueblo —dijo papá.

—Ya parece una cárcel —acotó mamá.

—Sólo necesita unas cuantas rejas más —dijo Iowa Bob.

—Oídmeme, oídmeme, oídmeme —se impacientó papá. Franny y yo nos quedamos tiesos; Frank rondaba la puerta de mi habitación; Lilly silbaba cerca—. Lo que necesita este pueblo es un *hotel*.

En la mesa de la cena se impuso el silencio. Un «hotel», pensamos Franny y yo

tendidos en mi cama, era lo que había acabado con el viejo *Grrr*. Un hotel era un vasto espacio en ruinas que olía a pescado, custodiado por un arma.

—¿Por qué un hotel? —preguntó por último mamá—. Siempre dices que éste es un pueblo de mala muerte..., ¿quién va a querer venir aquí?

—Quizá no *quieran* —subrayó papá—, pero deban. Los padres de los alumnos de la Dairy School visitan a sus hijos, ¿verdad? ¿Y queréis que os diga algo? Los padres serán cada vez más ricos porque la matrícula seguirá aumentando y no habrá más becarios..., *sólo* los hijos de los ricos vendrán aquí. Y si ahora quieres visitar a tu hijo en esta escuela, no puedes quedarte en el pueblo. Tienes que ir a la playa, donde están los moteles, o más lejos aún, hacia la montaña. No hay nada, absolutamente nada para alojarse aquí.

Aquél era su plan. Aunque la Dairy School apenas podía permitirse el lujo de tener porteros, papá pensaba que de alguna manera proporcionaría la clientela del único hotel del pueblo. El hecho de que el lugar fuese una mezcla incongruente y que nadie hubiese soñado con instalar un establecimiento semejante, no preocupaba a mi padre. En New Hampshire, los turistas de verano iban a las playas, que estaban a media hora de distancia. Se tardaba una hora en llegar a las montañas, donde iban los esquidores y donde estaban los lagos. Pero Dairy estaba enclavada en un valle, tierra adentro aunque a poca altura: lo bastante cerca del mar como para sentir la humedad y lo bastante lejos como para no beneficiarse en lo más mínimo de su frescura. El aire fresco del océano y de las montañas no penetraba la gris neblina que colgaba sobre el valle del río Squamscott, y Dairy era un pueblo del valle de Squamscott: una fría humedad penetrante en invierno, un vaho húmedo todo el verano. No una aldea bonita como una imagen de Nueva Inglaterra, sino un villorrio fabril sobre un río contaminado... con la fábrica ahora tan abandonada y tan lamentable como el Thompson Female Seminary. Un pueblo cuya única esperanza estaba puesta en la Dairy School, un instituto al que nadie quería ir.

—Sin embargo, si aquí hubiese un hotel, la gente se quedaría —prosiguió papá.

—Pero el Thompson Female Seminary sería un hotel horrible —dijo mamá—. *Sólo* puede ser lo que es: una vieja escuela.

—¿No te das cuenta de que podríamos comprarlo baratísimo? —insistió papá.

—¿No te das cuenta de cuánto costaría acondicionarlo? —objetó mamá.

—¡Qué idea tan deprimente! —exclamó Entrenador Bob.

Franny empezó a sujetarme los brazos, con su acostumbrado método de ataque: me sujetaba los brazos y me hacía cosquillas oprimiéndome las costillas o las axilas con su barbilla; otras veces me mordía el cuello (sólo lo suficiente para que me quedara quieto). Agitábamos las piernas bajo las mantas y estábamos a punto de tirar el cobertor con nuestros movimientos —el que lograba hacerle una tijera en las piernas al otro contaba con ventaja— cuando entró Lilly a su extraña manera, a cuatro patas, totalmente cubierta con una sábana.

—¡Desgraciada! —le espetó Franny.

—Lamento que hayáis tenido problemas —dijo Lilly desde debajo de la sábana. Siempre se disculpaba por chivarse de nosotros cubriendo completamente su cuerpo y arrastrándose en cuatro patas por nuestros dormitorios—. Os he traído algo.

—¿Comida? —preguntó Franny.

Le arranqué la sábana a Lilly y Franny cogió una bolsa de papel que aquella nos había traído apretada entre los dientes. Dentro había dos plátanos y dos panecillos tibios de la cena.

—¿Nada de beber? —preguntó Franny.

Lilly negó con un gesto.

—Ven, métete —le dije.

Lilly entró en la cama, con Franny y conmigo.

—Nos mudaremos a un hotel —nos comunicó Lilly.

—No exactamente —dijo Franny.

Abajo seguían hablando, aparentemente de otro tema. Entrenador Bob estaba otra vez enfadado con mi padre, por lo mismo de siempre: por no estar nunca satisfecho, como decía Bob, por vivir en el futuro. Por hacer siempre planes para el año *próximo* en lugar de *vivir* minuto a minuto.

—Pero no puede evitarlo —decía mi madre: siempre defendía a mi padre de los reproches del Entrenador Bob.

—Tienes una mujer maravillosa y una familia estupenda —dijo Iowa Bob a mi padre—. Tienes esta casona vieja, que es una herencia. ¡Ni siquiera tuviste que pagarla! Tienes trabajo. Aunque el salario no es ninguna maravilla... ¿Para qué necesitas dinero? Eres un hombre afortunado.

—No quiero ser profesor —respondió papá serenamente, lo que significaba que otra vez estaba furioso—. No quiero ser entrenador. No quiero que mis hijos vayan a un instituto tan malo. Éste es un pueblo de paletos, con una escuela que se tambalea y está llena de chicos ricos con problemas; sus padres los envían aquí en un esfuerzo desesperado por frenar su ya considerable sofisticación..., sofisticación *delirante* por parte de los hijos, patanería *delirante* por parte de la escuela y del pueblo. Lo peor de ambos mundos.

—Si pasaras más tiempo con los chicos *ahora* y te preocuparas un poco menos de lo que harán dentro de algunos *años*... —insinuó mamá.

—¡Otra vez *el futuro*! —se exaltó Iowa Bob—. ¡*Vive* en el futuro! Primero todos estos viajes, para poder ir a Harvard. Fue a Harvard y pasó por allí a la mayor velocidad posible... con el propósito de dejarla atrás. ¿Para qué? Para ocupar este puesto, del que no ha hecho otra cosa que quejarse. ¿Por qué no lo *disfruta*?

—¿Disfrutar de *esto*? —dijo papá—. *Tú* no lo disfrutas, ¿verdad?

Y recordamos a nuestro abuelo, Entrenador Bob, resoplando de cólera; así era como concluía todas las discusiones con mi padre, que era más listo que él. Cuando Bob sentía que perdía terreno pero seguía teniendo razón, resoplaba de cólera. Franny, Lilly y yo recordábamos su nudosa cabeza calva echando humo. Era verdad

que no tenía mejor concepto de la Dairy School que mi padre, pero sentía que al menos se había comprometido con algo y quería ver a mi padre *comprometido* con lo que hacía, en lugar de estar comprometido —como decía él— con el *futuro*. Al fin y al cabo, en cierta ocasión, Entrenador Bob había mordido a un zaguero; nunca había visto a mi padre tan comprometido.

Probablemente le desesperaba que mi padre nunca se apasionara con ningún deporte, aunque era deportista y le gustaba el ejercicio físico. Iowa Bob adoraba a mi madre; había llegado a conocerla bien durante los años que mi padre estuvo fuera, en la guerra, en Harvard, con *Grrr*. Seguramente consideraba que mi padre descuidaba a su familia; sé que opinaba que en los últimos años había descuidado a *Grrr*.

—Permiso —oímos decir a Frank.

Franny cerró sus manos alrededor de mi cintura, en la base de la columna vertebral; intenté obligarla a que levantara la barbilla de mi hombro, pero tenía a Lilly sentada en mi cabeza.

—¿Qué, querido? —dijo mamá.

—¿Qué ocurre, Frank? —preguntó papá.

Adivinamos, por el agudo crujido de una silla, que papá había asido a Frank; siempre intentaba relajarlo un poco luchando con él, o tratando de hacerle jugar, pero Frank no entraba en el juego. A Franny y a mí nos gustaba que papá armara trifulcas con nosotros, pero a Frank le molestaba.

—Permiso —repitió Frank.

—Sí, adelante —dijo papá.

—Franny no está en su dormitorio, está en la cama con John —informó Frank—. Lilly está con ellos. Les llevó comida.

Franny se apartó de mí; saltó de la cama y salió de mi dormitorio, con el camisón de franela hinchado como una vela a causa de la corriente de aire del pasillo de arriba, junto al hueco de la escalera; Lilly cogió su sábana y se metió a rastras en mi armario. La vieja casa de la familia Bates era enorme; había muchos lugares para esconderse, pero mi madre los conocía todos. Pensé que Franny volvería a su cuarto, pero la oí bajar la escalera y luego gritar.

—Frank, ¡inmundo esquiro! —vociferó—. ¡Pedo! ¡Mierda de pájaro!

—¡Franny! —exclamó mamá.

Corrí al hueco de la escalera y me abracé a la barandilla; la escalera tenía una alfombra mullida y espesa, igual que la moqueta que cubría toda la casa. Vi que Franny se acercaba directamente a hacerle una llave de cabeza a Frank en el comedor. Lo derribó enseguida... Frank era de movimientos lentos y no muy diestro físicamente. No coordinaba bien, aunque era más fornido que Franny y mucho más que yo. Yo rara vez peleaba con él, ni siquiera en broma; Frank peleaba por diversión excepcionalmente, e incluso así podía hacerte daño. Era demasiado grandote y, a pesar de disgustarle la actividad física, muy fortachón. Además siempre lograba darle a uno en la oreja con el codo o en la nariz con la rodilla; era el tipo de luchador cuyos



dedos siempre encontraban un ojo, cuya cabeza, al levantarse, te hacía morder los labios con tus propios dientes. Hay gente que se siente tan incómoda físicamente consigo misma que siempre parece chocar contra otro cuerpo. Frank tenía estas características y yo le dejaba en paz, no sólo porque fuese dos años mayor.

A veces, Franny no podía resistirse a ponerle a prueba, pero en general se hacían daño mutuamente. La observé unida a Frank en un abrazo mortal, bajo la mesa del comedor.

—¡Detenlos, Win! —pidió mamá.

Pero papá se golpeó la cabeza contra la mesa al intentar arrastrarlos para separarlos; Entrenador Bob se metió debajo de la mesa por el otro lado.

—¡Mierda! —bramó mi padre.

Sentí algo cálido en mi cadera; era Lilly, que espiaba desde debajo de la sábana.

—¡Carapijo! —gritaba Franny.

Frank cogió a Franny del pelo y le golpeó la cabeza contra la pata de la mesa; aunque yo no tenía pechos, sentí el mismo dolor que debió de experimentar Franny cuando Frank le hundió los nudillos en ellos. Tuvo que soltarle la cabeza, y él aprovechó para golpear la de Franny dos veces más contra la pata de la mesa, con el pelo arrollado en su puño, antes de que Entrenador Bob lograra coger tres de las cuatro piernas con sus manazas y los sacara de debajo de la mesa. Franny empezó a repartir patadas con el pie libre y alcanzó a Bob en la nariz, pero el viejo lateral se mantuvo firme. Ahora, Franny lloraba, pero tironeó de su pelo con fuerza suficiente para alcanzar con la boca la mejilla de Frank y morderle. Frank cogió uno de sus pechos con la mano; debió de retorcérselo ferozmente, porque Franny le soltó la mejilla y se le escapó un sollozo. Era un sonido tan terrible de derrota que Lilly volvió corriendo a mi habitación, arrastrando su sábana. Papá dio un golpe a la mano de Frank para que soltara el pecho de Franny y Entrenador Bob le hizo a ésta una llave de cabeza para que no pudiera volver a morder a Frank. Mas Franny tenía una mano libre y la dirigió a las partes pudendas de Frank; tanto si usabas protección o no, si llevabas o no suspensorio, como si no tenías nada puesto, Franny sabía llegar a tus partes pudendas cuando la suerte estaba echada. De repente, Frank fue puro brazos y piernas sacudiéndose y soltó un gemido tan espantoso que me estremecí. Papá abofeteó a Franny, pero ella no soltó a Frank. Entrenador Bob le liberó de ella, que logró alcanzarle con una última patada de su larga pierna. Papá no tuvo más remedio que darle un buen tortazo en la boca a Franny. Eso puso fin a la contienda.

Papá se sentó en la alfombra del comedor, sostuvo la cabeza de Franny contra su pecho y la acunó en sus brazos mientras ella lloraba.

—Franny, Franny —le dijo tiernamente—, ¿por qué hay que hacerte daño para contenerte?

—Tranquilo, hijo, respira tranquilo —dijo Entrenador Bob a Frank, que estaba tendido de costado con las rodillas contra el pecho, la cara gris como el color de la Dairy School; el viejo Iowa Bob sabía consolar a quien hubiera recibido un golpe

bajo—. Estás mareado, ¿no? Respira tranquilo y quédate quieto, pasará.

Mamá quitó la mesa y levantó las sillas caídas; su decidida desaprobación de la violencia familiar se registraba en su rostro como silencio forzado, amargo, dolido y cargado de miedo.

—Ahora trata de respirar hondo —le aconsejó Entrenador Bob a Frank; éste lo intentó y tosió—. Muy bien, muy bien. Sigue respirando lentamente un poco más.

Frank gimió. Papá examinó el labio inferior de Franny; ésta tenía las mejillas llenas de lágrimas y emitía una especie de sollozos contenidos, estrangulados en su pecho.

—Me parece que necesitas unos puntos de sutura, querida —Franny negó con la cabeza, furibunda. Papá la sostuvo firmemente entre sus manos y la besó dos veces en la frente—. Lo siento, Franny, pero ¿qué puedo *hacer* contigo, qué puedo *hacer*?

—No necesito ninguna puntada —protestó Franny—. Nada de suturas. Ni soñarlo,

Pero de su labio inferior sobresalía un colgajo mellado y papá tuvo que ahuecar las manos bajo su barbilla para recoger la sangre. Mamá llevó un paño lleno de hielo.

Volví a mi dormitorio y convencí a Lilly de que saliera del armario; quiso quedarse conmigo y la dejé. Se durmió enseguida, pero yo permanecí despierto en la cama, pensando que cada vez que alguien pronunciaba la palabra «hotel» corría la sangre y nos invadía la pena. Papá y mamá llevaron a Franny a la enfermería de Dairy School, para que le suturasen el labio; nadie culparía a papá y Franny menos que nadie. Ésta le echaría la culpa a Frank, por supuesto, tendencia que en aquellos tiempos yo compartía. Papá no se culparía a sí mismo —al menos durante mucho tiempo— e inexplicablemente mamá se echaría la culpa a sí misma durante un período más prolongado.

Siempre que peleábamos, papá solía gritarnos: «¿Sabéis cuánto nos perturba esto a vuestra madre y a mí? ¿Imagináis lo que sentiríais si *nosotros* peleáramos constantemente y vosotros tuvieseis que soportarlo? ¿Acaso peleamos vuestra madre y yo? No, ¿verdad? ¿Os gustaría que así fuera?».

No nos habría gustado, por supuesto, y ellos no peleaban... casi nunca. Pero persistía la *vieja* discusión, la discusión sobre vivir-en-el-futuro-y-no-gozar-ahora, que Entrenador Bob expresaba con más vehemencia que mamá, aunque nosotros sabíamos que ésa era también la opinión que ella tenía de mi padre (eso y que él no podía evitarlo).

A nosotros no nos parecía que aquello fuese tan grave. Acomodé a Lilly de costado, para poder estirarme de espaldas con las dos orejas apartadas de la almohada, con el propósito de no perderme las instrucciones que Iowa Bob le daba a Frank, ahora en el piso de arriba.

—Tranquilo, muchacho, apóyate en mí —decía Bob—. El secreto está en la forma de respirar —Frank farfulló algo y Entrenador Bob respondió—: No puedes retorcerle una teta a una chica sin esperar que ella te haga un torniquete en los

cojones, ¿no te parece?

Pero Frank siguió lloriqueando: Franny era brutal con él, nunca lo dejaba en paz, siempre ponía a los otros chicos en contra suya, él intentaba evitarla, pero ella siempre estaba en medio.

—¡Está en el centro de todo lo que me ocurre! —gritó—. ¡Tú *no sabes*! No sabes cuánto me atormenta.

Pensé que lo sabía y que Frank tenía razón; pero era muy antipático, y ése era el problema. Franny era atroz para él, pero ella no era atroz; y Frank en realidad no era atroz con ninguno de nosotros, pero por alguna razón era un chico atroz. Lilly empezó a roncar. Oí resollar a Egg y me pregunté cómo se las arreglaría Entrenador Bob si éste despertaba llamando a mamá, pues tenía las manos ocupadas con Frank en el cuarto de baño.

—Adelante, déjame ver cómo lo haces —dijo Bob. Frank sollozó—. ¡Míralo! —gritó Iowa Bob, como si acabara de descubrir un fallo en la zona final—. ¿Ves? Nada de sangre... sólo pis. Estás bien.

—Tú no sabes —insistió Frank—, no sabes...

Fui a ver lo que quería Egg. Como tiene tres años, querrá algo imposible de obtener, pensé, pero me sorprendió verlo contento cuando entré en su dormitorio. Evidentemente se sorprendió de que fuera yo y, cuando repuse todos los animales de felpa en su cama —los había arrojado al suelo desparramándolos por toda la habitación—, procedió a presentarme a cada uno de ellos: la ardilla deshilachada en la que había vomitado muchas veces; el raído elefante con una sola oreja, el hipopótamo anaranjado. Se inquietaba cada vez que yo intentaba alejarme de él, de modo que lo llevé a mi dormitorio y lo acosté en mi cama con Lilly. Después llevé a ésta a su cuarto; el camino era excesivo para llevarla en brazos, y se despertó irritada antes de que lograra meterla en su cama.

—Nunca puedo quedarme en tu dormitorio —refunfuñó, pero volvió a quedarse dormida instantáneamente.

Volví a mi dormitorio y me acosté al lado de Egg, que estaba completamente despierto y decía disparates. Seguía contento, sin embargo. Oí hablar a Entrenador Bob abajo, y al principio creí que lo hacía con Frank, pero luego me di cuenta de que conversaba con nuestro viejo perro *Patético*. Frank debía de haberse ido a dormir, o al menos a mascar.

—Hueles peor que *Grrr* —dijo Iowa Bob al perro. En verdad, el olor de *Patético* era terrible; no sólo sus flatulencias, sino también su halitosis, podían matarte si no te protegías; a mí, el olor del sabueso negro también me parecía más repugnante que mi débil recuerdo de los fétidos olores de *Grrr*—. No sé qué haremos contigo —murmuró Bob.

Al viejo labrador le encantaba echarse debajo de la mesa del comedor y tirarse pedos durante las comidas. Iowa Bob abrió las ventanas de abajo.

—Ven, chico —dijo Bob a *Patético*—. ¡Caramba! —se quejó entre dientes.

Oí que se abría la puerta de entrada; probablemente, Entrenador Bob había echado a *Patético*.

Permanecí despierto, aguardando el regreso de Franny mientras Egg reptaba sobre mi cuerpo; sabía que, si no me dormía, ella entraría a mostrarme la sutura. Cuando, por fin, Egg concilió el sueño, le llevé a su dormitorio y a sus animales.

*Patético* seguía fuera cuando papá y mamá volvieron con Franny; si no me hubiesen despertado sus ladridos, no me habría enterado de que regresaban.

—Eso parece estar bastante bien —comentó Entrenador Bob, evidentemente aprobando el trabajo hecho en el labio de Franny—. Después de un tiempo desaparecerá por completo la cicatriz.

—Cinco puntos —dijo Franny con voz poco clara, como si le hubieran colocado una lengua adicional.

—¡Cinco! —se asombró Iowa Bob—. ¡Fantástico!

—Ese perro ha estado pedorreando otra vez aquí —adivinó otra vez papá. Parecía malhumorado y nervioso, como si hubieran estado hablando, hablando y *hablando* sin cesar desde que salieron para la enfermería.

—¡Es tan dulce! —comentó Franny, y simultáneamente oí a *Patético* menear su dura cola contra una silla o contra el aparador: *tac, tac, tac*.

Sólo Franny podía permanecer junto a *Patético* durante horas y horas sin sentirse afectada por sus olores. En general, Franny parecía percibir los olores con menos intensidad que el resto de nosotros. Nunca le había molestado cambiarle los pañales a Egg (ni a Lilly, cuando todos éramos mucho más pequeños). Y cuando, en su senilidad, *Patético* sufría un desliz nocturno, Franny nunca encontró desagradables sus excrementos: experimentaba una alegre curiosidad por todas las cosas fuertes. De todos nosotros era la que más tiempo podía estar sin darse un baño.

Oí a los adultos despedirse de Franny con un beso y pensé: las familias tienen que ser así, darse cornadas en un momento y ser pura amabilidad al siguiente. Tal como suponía, Franny entró en mi dormitorio para mostrarme el labio. Los puntos eran de un negro brillante y rosado como el vello púbico. Franny *tenía* vello en el pubis, y yo no. Frank también tenía vello, pero le repugnaba.

—¿Sabes qué parecen tus suturas? —le pregunté.

—Sí, lo sé —respondió.

—¿Te hizo daño? —inquirí, y ella se agachó junto a la cama para que le tocara el pecho.

—Fue el otro, bobo —me aclaró, apartándose de mí.

—Le hiciste una buena faena a Frank —le dije.

—Sí, ya lo sé. Buenas noches —me miró desde la puerta—. Nos vamos a mudar a un hotel —concluyó.

La oí entrar en la habitación de Frank.

—¿Quieres ver los puntos? —susurró.

—Claro —dijo Frank.

—¿Sabes qué parecen? —preguntó Franny.

—Parecen una grosería —replicó Frank.

—Pero sabes a qué se parecen, ¿no? —insistió Franny.

—Sí, lo sé y es una grosería.

—Lamento lo de los cataplines, Frank —se disculpó Franny.

—Ya estoy bien. Siento mucho lo de... —empezó a decir Frank, pero se interrumpió, pues nunca en su vida había dicho «pecho» y mucho menos «teta». Franny esperó y yo también—. Siento mucho todo lo ocurrido.

—Yo también —se despidió Franny.

Luego la oí probar con Lilly, pero ésta estaba demasiado dormida como para prestarle atención.

—¿Quieres ver mis puntos? —susurró Franny, y poco después la oí decir—: Que sueñes con los angelitos, tesoro.

Por supuesto no tenía ningún sentido mostrarle la sutura a Egg: supondría que eran los restos de algo que Franny había comido.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó mi padre a su padre, pero el viejo Iowa Bob dijo que prefería el ejercicio.

—Puedes pensar que éste es un pueblo de mala muerte —comentó Bob—, pero al menos es seguro para andar por la noche.

Luego oí algo más y me di cuenta de que mis padres estaban solos.

—Te quiero —dijo mi padre.

—Lo sé —respondió mamá—, y yo también te quiero.

Me di cuenta de que estaba cansada.

—Vamos a dar un paseo —dijo papá.

—No me gusta dejar solos a los chicos —respondió mamá, pero yo sabía que sólo era una excusa; Franny y yo éramos perfectamente capaces de atender a Lilly y a Egg, y Frank se cuidaba solo.

—No más de un cuarto de hora —la tentó papá—. Caminemos hasta allí y echémosle un vistazo.

«Allí» era, por supuesto, el Thompson Female Seminary, aquella mole que papá quería convertir en hotel.

—Yo estudié allí. Conozco ese edificio mejor que tú y no tengo ningún interés en verlo.

—Antes te gustaba caminar conmigo por la noche —se lamentó papá.

Por la risa de mi madre, sólo ligeramente burlona, supe que se estaba encogiendo de hombros para él.

Abajo se hizo el silencio; no sabía si se estaban besando o poniéndose los abrigos —pues era una noche otoñal, húmeda y fría—, y luego oí decir a mamá.

—No creo que tengas la menor idea de cuánto dinero tendrás que gastar en ese edificio para hacer que *se parezca* siquiera a un hotel en el que alguna vez alguien quiera alojarse.

—No necesariamente *quiera*, recuérdalo —insistió papá—. Será el único hotel del pueblo.

—Pero... ¿de dónde va a salir el dinero? —quiso saber mamá.

—Vamos, *Patético* —dijo papá, y comprendí que se encaminaban a la puerta—. Vamos, *Patético*, ven a apestar a todo el pueblo.

Mamá volvió a reír.

—Respóndeme —dijo, pero ahora coqueteaba. Papá ya la había convencido en algún lugar, en algún momento..., quizá mientras le suturaban el labio a Franny (yo sabía que se había comportado con estoicismo, sin derramar una sola lágrima)—. ¿De dónde va a salir el dinero?

—Tú ya lo sabes —Papá cerró la puerta.

Oí a *Patético* ladrarle a la noche, a todo, a nada.

Entonces comprendí que si un balandro blanco se hubiese detenido ante el porche de entrada en el enrejado de la vieja casa de la familia Bates, mis padres no se habrían sorprendido. Si hubiese bajado a saludarlos el hombre del smoking blanco que era propietario del antaño exótico *Arbuthnotby-the-Sea*, ni siquiera habrían parpadeado. Si se hubiese acercado fumando, bronceado e impecable, y les hubiese dicho «¡Bienvenidos a bordo!», se habrían hecho a la mar en un balandro blanco.

Cuando subieron por Pine Street hasta Elliot Park y giraron más allá de la hilera de casas en las que vivían viudas y viudos, el lamentable Thompson Female Seminary debió de resplandecer en medio de la noche como un *château* o una villa ante sus ojos, engalanado para los ricos y famosos... aunque seguramente no habría una sola luz encendida y la única alma de los alrededores sería el viejo policía en su coche patrulla, de ronda cada hora para interrumpir a los adolescentes que iban a magrearse. En Elliot Park sólo había una farola; Franny y yo nunca cruzábamos el parque descalzos después de oscurecer, por temor a pisar vidrios de botellas de cerveza rotas... o condones usados.

¡Pero qué distinto debió de ser el cuadro que pintó papá! Seguramente llevó a mamá más allá de los tocones de olmos muertos tiempo atrás —el crujido de los vidrios bajo sus pies debía de sonar a sus oídos como guijarros de una playa de moda y le dijo:

«¿Te lo imaginas? Un hotel atendido por la familia. Lo disfrutaríamos nosotros solos la mayor parte del tiempo. Con el negocio que realizaríamos durante los largos fines de semana escolares ni siquiera tendríamos que hacer publicidad... no mucha, al menos. Durante la semana tendríamos abierto el restaurante y el bar para atraer a los hombres de negocios, los asiduos al almuerzo y al cóctel».

«¿Hombres de negocios?», debió de asombrarse mi madre. «¿Qué asiduos al almuerzo y al cóctel?»

Pero mi padre debió de ser convincente incluso cuando *Patético* espantó a los adolescentes de los arbustos, incluso cuando el coche patrulla detuvo a mamá y a papá y les pidió que se identificaran.

«¡Ah, eres tú, Win Berry!», debió de decir el policía.

El viejo Howard Tuck conducía el coche nocturno; era medio lelo y olía a cigarros apagados en charcos de cerveza. *Patético* debió de gruñirle: he ahí un olor que ponía en conflicto el olfato altamente desarrollado del perro.

«El pobre Bob tiene una temporada difícil», diría probablemente el viejo Howard Tuck, porque todos sabían que mi padre era el hijo de Iowa Bob; papá había sido defensa de uno de los *viejos* equipos de Entrenador Bob..., los equipos que solían ganar.

«Otra temporada difícil», debió de bromear mi padre.

«¿Qué hacéis aquí?», les habría preguntado el viejo Howard Tuck.

Y mi padre debió de responder, sin la menor vacilación:

«Entre tú y yo, Howard, te diré que vamos a comprar esto».

«¿De veras?»

«Puedes apostar lo que quieras», respondería papá. «Convertiremos esto en un hotel.»

«¿Un hotel?»

«Eso es», debió de decir papá. «Y un restaurante con bar, para los asiduos al almuerzo y al cóctel».

«Los asiduos al almuerzo y el cóctel...», repetiría Howard Tuck.

«Veo que has comprendido», añadiría papá— «¡El hotel más agradable de New Hampshire!»

«¡Cristo!», debió de exclamar el poli.

Sea como fuere, fue el patrullero nocturno del pueblo, Howard Tuck, quien preguntó a mi padre:

—¿Qué nombre le pondréis?

Recordemos que era de noche y que la noche inspiraba a mi padre. Era de noche cuando vio por primera vez a Freud y a su oso; por la noche pescaba con *Estado de Maine*; sólo en la oscuridad aparecía el hombre del smoking blanco; ya había oscurecido cuando el alemán y su banda llegaron a Arbutnot para verter un poco de sangre; mis padres debieron de hacer el amor por primera vez de noche, y la Europa de Freud estaba ahora en la más completa oscuridad. En Elliot Park, con el foco del coche patrulla sobre él, mi padre contempló la escuela de ladrillos de cuatro plantas que indudablemente se parecía a una cárcel comarcal, cubierta de escaleras de incendio oxidadas, como andamios en un edificio que intentara ser otra cosa. Sin duda tomó la mano de mi madre. En la oscuridad, donde la imaginación no tiene fronteras, mi padre sintió que caía sobre él el nombre de su futuro hotel y de nuestro futuro.

—¿Qué nombre le pondréis? —preguntó el viejo policía.

—Hotel New Hampshire —respondió papá.

—¡Cristo! —dijo Howard Tuck.

Cristo habría sido un nombre mejor, pero la cuestión ya estaba decidida: sería el

Hotel New Hampshire.

Seguía despierto cuando mamá y papá volvieron a casa; habían tardado mucho más de quince minutos, de modo que comprendí que por el camino se habían encontrado por lo menos con el balandro blanco, si no con Freud y con el hombre del smoking blanco además.

—Santo cielo, *Patético* —oí decir a papá—. ¿No podrías haber hecho eso *fuera*?

Vi claramente su imagen llegando a casa: *Patético* resoplando y cruzando los setos, a lo largo de las casas de madera del pueblo, haciendo levantar de la cama a los ancianos de sueño ligero. Confundiendo los tiempos, quizás esos ancianos se asomaran y viesan a mis padres de la mano; e inconscientes de los años transcurridos, volvieran a la cama musitando: «¡Otra vez el chico de Iowa Bob con la chica Bates y ese viejo oso!».

—Sólo hay una cosa que no entiendo —dijo mi madre—. ¿Tendremos que vender esta casa y dejarla antes de estar listos para mudarnos *allí*?

Eso era lo único que podría permitirnos el lujo de convertir una escuela en un hotel, por supuesto. Al ayuntamiento le encantaría dejarles el Thompson Female Seminary a precio de ganga. ¿A quién le gustaba que estuviera vacía aquella monstruosidad donde los chicos podían hacerse daño, romper las ventanas y trepar por las escaleras de incendio? Pero era la casa de la familia de mi madre —la lujosa casona de los Bates— la que tendría que pagar las restauraciones. Quizás a eso se refería Freud cuando dijo a mamá que debía perdonar a papá.

—Tal vez tengamos que *venderla* antes de mudarnos —contestó papá—, pero es posible que no tengamos que *dejarla*. Eso sólo son *detalles*.

Esos detalles (y otros) nos llevarían años y harían que Franny dijese, mucho después que desapareciesen los puntos del labio y cuando la cicatriz era tan delgada que uno creía que podría quitársela con el dedo —o que un buen beso la borraría para siempre de su boca—: «Si papá hubiese podido comprar otro oso, no habría tenido la necesidad de comprar un hotel». Pero entre las ilusiones de mi padre, la primera era que los osos podían sobrevivir a la vida vivida por los seres humanos, y la segunda que los seres humanos podían sobrevivir a la vida de hotel.



## La temporada triunfal de Iowa Bob

El 1954, Frank inició el primer curso en la Dairy School, un cambio en apariencia poco conflictivo para él, salvo que empezó a pasar más tiempo a solas en su habitación. Se produjo un confuso incidente de carácter homosexual en el que estuvieron implicados una serie de chicos, todos mayores que él y pertenecientes al mismo dormitorio estudiantil; se dio por sentado que mi hermano había sido víctima de una broma bastante frecuente en la escuela preparatoria. Al fin y al cabo, él vivía en casa, y no es sorprendente que fuese ingenuo con respecto a la vida en el campus.

Franny ingresó en la Dairy School en 1955; fue el primer año que admitieron el ingreso de chicas, y su transición no resultó muy apacible. Las transiciones nunca eran muy apacibles si en ellas estaba implicada Franny; pero en este caso se plantearon muchos problemas imprevistos, desde la discriminación en las aulas hasta el hecho de que no hubiese suficientes duchas en el ala del gimnasio que dividieron para uso de las chicas. La repentina presencia de profesoras en el cuerpo docente provocó, asimismo, la ruptura de varios matrimonios tambaleantes, y sin duda se multiplicó por mil la vida fantasiosa de *los chicos* de la Dairy School.

Me tocó el turno en 1956. Fue el año en que a Entrenador Bob le «compraron» toda una línea defensiva y tres laterales; las autoridades escolares sabían que se retiraría, y no había dirigido una temporada triunfal desde poco después de la guerra. Consideraron que le harían un favor enriqueciendo su equipo futbolístico con deportistas graduados el año anterior en las escuelas de segunda enseñanza más rudas de Boston. Por una vez, Entrenador Bob no sólo contó con una línea defensiva, sino que también tuvo algún delantero musculoso que bloquear; y aunque al viejo e disgustaba la idea de un equipo «comprado» —compuesto por muchachos a los que (ya en aquellos tiempos) llamábamos «intrusos»—, apreció el gesto. Sin embargo, la Dairy School pensaba en algo más que en hacer una temporada triunfal del último año de Iowa Bob. Disparaban desde todos los ángulos posibles para sacar más dinero a los ex alumnos y atraer a un entrenador nuevo y más joven para el año siguiente. Bob sabía que, si la temporada volvía a ser un desastre, la Dairy School abandonaría definitivamente el fútbol. Habría preferido salir ganador con un equipo formado por él a través de los años, pero a cualquiera le gusta salir ganador sea como fuere.

—Además, hasta los más aptos necesitan un entrenador —dijo Iowa Bob—. Estos chicos no serían tan extraordinarios sin mí. Todos necesitan un plan de juego, todos necesitan que se les diga qué es lo que hacen mal.

En aquellos tiempos, Entrenador Bob tenía mucho que decirle a mi padre sobre el plan de juego y el tema de hacer las cosas mal. Afirmó que la restauración del Thompson Female Seminary era «algo tan laborioso, como la violación de un rinoceronte». De hecho, llevó un poco más de tiempo del que mi padre esperaba.

No tuvo ninguna dificultad para vender la casa de la familia de mamá —era un primor y obtuvimos pingües beneficios—; mas los nuevos propietarios estaban

impacientes por tomar posesión de ella, y les pagamos un sustancioso alquiler por vivir allí un año entero después que se firmaron las escrituras.

Recuerdo que miré cómo sacaban del futuro Hotel New Hampshire los pupitres de la vieja escuela. Cientos de pupitres que habían estado atornillados al suelo, cientos de agujeros que rellenar o cubrir con alfombras. Éste fue uno de los detalles de los cuales tuvo que ocuparse papá.

El equipo de los lavabos del cuarto piso fue una verdadera sorpresa para él. Mi madre tendría que haberlo recordado: años antes de su época en el Thompson Female Seminary, había ocurrido algo con los inodoros y lavamanos de la última planta. En lugar de equipar los cuartos de baño para alumnas de escuela secundaria, los proveedores enviaron e instalaron *miniaturas*... destinadas a un parvulario del norte del estado. Dado que el error era más barato que el pedido original, el Thompson Female Seminary lo dejó pasar. Así, generaciones de alumnas de segunda enseñanza se habían doblado y hecho crujir las rodillas mientras intentaban mear y lavarse; los minúsculos inodoros tamaño párvulo les rompían la espalda si se sentaban con excesiva prisa, los diminutos lavamanos les golpeaban las rodillas, los espejos las reflejaban a la altura del pecho.

—¡Santo cielo! —dijo papá—. Es un cuarto de baño para duendes.

Había abrigado la esperanza de distribuir los artefactos sanitarios por todo el hotel; tenía suficiente sensatez como para saber que los huéspedes no querían compartir cuartos de baño comunes, pero calculó que podría ahorrar bastante dinero utilizando los inodoros y los lavamanos que ya estaban allí. En fin de cuentas, no era mucho el material que una escuela de segunda enseñanza y un hotel tenían en común.

—De cualquier modo podemos usar los espejos —sugirió mamá—. Bastará con colgarlos más altos.

—También podemos aprovechar los lavamanos y los inodoros —insistió papá.

—¿Quién va a usarlos? —quiso saber mamá.

—¿Enanos? —inquirió Entrenador Bob.

—Lilly y Egg... al menos por unos años —intervino Franny.

Después aparecieron las sillas de los pupitres clavadas en el suelo. Papá tampoco quería desperdiciarlas.

—Son sillas en perfecto estado —dijo—. Y muy cómodas.

—¡Qué original, tienen nombres grabados! —exclamó Frank.

—¿*Original*, Frank? —preguntó Franny.

—Pero habrá que clavarlas en el suelo —dijo mamá—, y la gente no podrá llevarlas de un lado a otro.

—No comprendo por qué la gente habría de llevar de un lado a otro los muebles del hotel —dijo papá—. Lo instalaremos todo tal como debe ser, y no quiero que la gente ande trasladando las sillas. Si están atornilladas no podrán hacerlo.

—¿Ni siquiera en el restaurante? —inquirió mamá.

—A la gente le gusta echar la silla hacia atrás después de una buena comida —

insinuó Iowa Bob.

—Pues aquí no podrán hacerlo, eso es todo —declaró papá—. En cambio les permitiremos retirar las mesas de las sillas.

—¿Por qué no atornillamos también las mesas? —propuso Frank.

—¡Ésa sí que es una idea original! —opinó Franny.

Más adelante opinaría que la inseguridad de Frank era tan grande que habría preferido que la vida entera estuviese atornillada al suelo.

Por supuesto, la división de las habitaciones con cuarto de baño privado fue lo que llevó más tiempo. La instalación sanitaria era tan compleja como un depósito de carga de camiones en una estación ferroviaria urbana; cuando alguien tiraba de la cadena en el cuarto piso, se oía el agua recorriendo todo el hotel, tratando de encontrar la salida. Y algunas habitaciones todavía conservaban las pizarras.

—Mientras estén limpias, no veo qué inconveniente pueden presentar —dijo papá.

—Tienes razón —coincidió Iowa Bob—. Cada huésped podrá dejar un mensaje para el siguiente.

—Claro, cosas como «¡nunca estuvimos aquí!» —dijo Franny.

—Todo eso está bien, pero yo sólo quiero tener mi propio dormitorio —aclaró Frank.

—En un hotel, Frank, cada uno tiene su dormitorio —puntualizó Franny.

Hasta Entrenador Bob tendría una habitación. Después del retiro, la Dairy School no le permitiría seguir viviendo en el campus, y poco a poco empezó a entusiasmarse con la idea: estaba dispuesto a mudarse en cuanto estuviésemos listos. Le interesaba el futuro del equipo del patio de juegos: el campo de balonvolea de arcilla resquebrajada, el de hockey, las tablas y aros de baloncesto, cuyas redes se habían podrido tiempo atrás.

—Nada tiene mayor aspecto de abandono que un aro de baloncesto sin red. Me parece muy triste.

Un día vimos cómo los obreros borraban con taladros neumáticos las palabras THOMPSON FEMALE SEMINARY de la fachada de piedra gris-muerte, grabadas en los ladrillos de encima de la gran puerta de entrada. Concluyeron la jornada y dejaron únicamente —estoy seguro que adrede, las letras MALE SEMIN<sup>[2]</sup> sobre la puerta. Era viernes, de modo que esas letras quedaron allí todo el fin de semana, para irritación de mis padres... y diversión de Entrenador Bob.

—¿Por qué no le llamáis Hotel *Semen* Masculino? —preguntó Iowa Bob a mi padre.

El abuelo Bob estaba de buen humor, pues su equipo iba ganando y sabía que estaba a punto de retirarse de la maldita Dairy School.

Si mi padre estaba de mal humor, rara vez se le notaba. (Desplegaba una gran energía. «La energía engendra energía», nos repetía sin cesar cuando hacíamos los deberes y en las prácticas deportivas de los equipos que él entrenaba.) No había

renunciado a su puesto en la Dairy School; probablemente no se atrevía o mamá no se lo permitía. Seguía adelante con el Hotel New Hampshire, pero dictaba tres cursos de literatura y era entrenador de deportes de pista de invierno y primavera, de modo que sólo progresaba a media velocidad.

Frank daba la impresión de que no existía en la Dairy School; era como una de las vacas simbólicas: después de un tiempo no notabas su presencia. Cumplía sus tareas —parecía que las encontraba difíciles— y asistía a los deportes obligatorios, aunque no le interesaba ninguno en particular y no servía (o no intentaba servir) para ninguno de los equipos. Era grande y fuerte, y tan torpe como siempre.

A los dieciséis años se dejó crecer un delgado bigote que le daba aspecto de ser mucho mayor. Había algo blando y de cachorro en él —cierta pesadez en los pies— que sugería que algún día sería un perro enorme e imponente; pero Frank carecería siempre del porte que debe acompañar un tamaño imponente con el propósito de que el animal *sea* imponente. No tenía amigos, pero a nadie le preocupaba: Frank nunca había sido muy amigo de tener amigos.

Franny los tenía a montones, por supuesto. Casi todos eran mayores que ella, y yo simpatizaba mucho con uno, un pelirrojo alto que cursaba el último año en la escuela, un tipo fuerte y silencioso, primer remero del equipo estudiantil. Se llamaba Struthers y se había criado en Maine; si exceptuamos las ampollas de las manos —teñidas de color orín pardusco por el ácido benzoico que se aplicaba para endurecerlas— y el hecho de que a veces olía a calcetines húmedos, resultaba aceptable para todos los miembros de nuestra familia, incluso para Frank. *Patético* le gruñía, pero era una cuestión de olores: Struthers amenazaba su primacía de olores territoriales. Yo no sabía si era el amigo íntimo de Franny, pero la quería mucho y se mostraba amable con todos nosotros.

Otros —uno de ellos el jefe de la pandilla de los intrusos de Boston que habían contratado para el equipo de Entrenador Bob— no eran tan amables. En realidad, el *quarterback*<sup>[3]</sup> de esa línea defensiva importada era un chico que hacía que a su lado Ralph De Meo pareciera un santo. Se llamaba Sterling Dove —le apodaban Chip o Chipper— y era cruel, tenía rasgos angulosos, y provenía de una de las distinguidas escuelas de los alrededores de Boston.

—Ese Chipper Dove es un líder natural —solía decir Entrenador Bob.

Es un comandante natural de la policía secreta, pensaba yo. Chipper Dove era un rubio apuesto de estilo imaculado, ligeramente guapo. (Toda nuestra familia tenía el pelo oscuro, excepto Lilly, que, más que rubia, era descolorida: hasta sus cabellos eran pálidos.)

Me habría gustado ver a Chip Dove jugando en la defensa *sin* una buena línea de protección —obligado a hacer muchos pases para marcar algún tanto—, pero el departamento de ingresos había hecho un buen trabajo para Entrenador Bob: el equipo de fútbol de la Dairy ya no hacía mal papel. Cuando recogían la pelota, la conservaban, y Dove rara vez tenía que pasarla. Aunque era la primera temporada

triunfal que recordara cualquiera de nosotros, resultaba aburrido verlos en sus carreras por el campo devorando los segundos y marcando en arrancadas de tres o cuatro metros. No eran nada del otro mundo, pero sí fuertes y precisos, y estaban bien entrenados; su defensa no era muy sólida, los otros equipos también marcaban tantos, aunque no con mucha frecuencia: rara vez se hacían con el balón.

—El control del balón —cacareaba Iowa Bob—. Es la primera vez que tengo un equipo que controla el balón desde los tiempos de la guerra.

Mi único consuelo en la relación de Franny con Chipper Dove era que éste tenía tal espíritu de equipo que casi nunca estaba con ella sin el resto de la línea defensiva, y a menudo uno o dos laterales. Aquel año invadían el campus como una horda, y de vez en cuando Franny estaba en su grupo. Dove se sentía atraído por ella; todos los chicos, excepto Frank, se sentían atraídos por Franny. Cuando ella estaba cerca, las demás chicas se comportaban con prudencia, pues las eclipsaba a todas y tal vez no era muy buena amiga. Franny siempre estaba conociendo a gente nueva; es probable que fuese demasiado curiosa con respecto a los chicos nuevos para ser leal a la manera en que las chicas quieren que lo sean sus amigas.

No lo sé con certeza; en este terreno estaba a oscuras. A veces, Franny me arreglaba una cita, pero en general las chicas eran mayores que yo, y la cosa no funcionaba.

—Todas opinan que eres encantador —me dijo Franny—, pero tienes que *hablar* un poco con la gente... no puedes besuquearlas *de entrada*.

—No las besuqueo de entrada —respondí—. Nunca *llego* a esa parte.

—Bueno, eso se debe a que tú te quedas cruzado de brazos esperando que ocurra algo. Todas saben lo que piensas.

—Tú no... no siempre.

—¿Con respecto *a mí*, quieres decir? —no respondí—. Oye, pequeño —dijo Franny—, sé que piensas demasiado en mí... si a eso te refieres.

Fue en la Dairy donde empezó a llamarme «pequeño», aunque sólo había un año de diferencia entre los dos. Para vergüenza mía, el mote cuajó.

—Oye, pequeño —me dijo Chip Dove en las duchas del gimnasio—, tu hermana tiene el mejor culo de esta escuela. ¿Jode con alguien?

—Con Struthers —repliqué, aunque abrigaba la esperanza de que no fuera cierto, pero al menos Struthers era mejor que él.

—¡Struthers! —pronunció despectivamente el apellido—. ¿Ese asqueroso *remero*? ¿El paleta que rema?

—Es muy fuerte —acoté, lo que era verdad: los remeros son fuertes, y Struthers el más fuerte de todos.

—Sí, pero es un paleta —dictaminó Dove.

—¡Se pasa el día entero moviendo el remo! —intervino Lenny Metz, un zaguero que siempre, aun en las duchas, estaba pegado a la cadera derecha de Chip Dove, como si incluso allí esperara que le pasara la pelota. Era bruto y duro como el

cemento.

—Bien, pequeño, dile a Franny que opino que tiene el culo más bonito de esta escuela — agregó Chipper Dove.

—¡Y las mejores tetas! —gritó Lenny Metz.

—Las tetas no están mal, pero lo realmente especial es su culo —dijo Dove.

—También tiene una sonrisa muy seductora —recordó Metz.

Chip Dove puso los ojos en blanco y me dedicó una mirada de complicidad, como si quisiera demostrarme que sabía lo estúpido que era Metz, indicándome al mismo tiempo que él era muchísimo más listo.

—No te olvides de usar un poco de jabón, Lenny —dijo Dove, y le arrojó la escurridiza pastilla con un brusco apretón, que instintivamente el otro atajó, pues nunca dejaba pasar un tiro.

Cerré mi ducha porque alguien más corpulento se había metido debajo del chorro conmigo. Me empujó y volvió a abrir el grifo.

—Muévete, hombre —dijo en tono suave.

Era uno de los laterales que evitaba que otros jugadores le hicieran daño a Chipper Dove. Su nombre era Samuel Jones y le llamaban Junior Jones. Era tan negro como cualquier noche en que la imaginación de mi padre echaba a volar; más tarde jugó al fútbol universitario en Pensilvania y al fútbol profesional en Cleveland, hasta que alguien le destrozó la rodilla.

En 1956, yo tenía catorce años y Junior Jones era la mayor organización de carne humana que había visto en mi vida. Me aparté de su camino, pero Chipper Dove dijo:

—Eh, Junior, ¿no conoces a este pequeño?

—No, no le conozco.

—Es el hermano de Franny Berry —me presentó Chip Dove.

—¿Cómo estás? —dijo Junior Jones.

—Hola —respondí.

—El viejo Entrenador Bob es su abuelo —agregó Dove.

—Muy bien —dijo Junior Jones.

Se llenó la boca con espuma de la minúscula pastilla de jabón que tenía en la mano, echó la cabeza hacia atrás y se aclaró la boca con el chorro de agua que caía de la ducha. Se me ocurrió que quizá hacía eso en vez de cepillarse los dientes.

—Estábamos hablando de qué era lo que *nos gustaba* de Franny —dijo Dove.

—Su sonrisa —insistió Metz.

—También te referiste a sus tetas —le recordó Chipper Dove—, y yo dije que tenía el mejor culo de esta escuela. Aún no le hemos preguntado al pequeño qué es lo que más le gusta de su hermana, pero me parece mejor preguntártelo primero a ti, Junior.

Junior Jones había hecho espuma con su pastilla de jabón hasta convertirla en nada. Su cabezota estaba cubierta de espuma blanca y, cuando se la aclaró bajo la ducha, las jabonaduras le lamieron los tobillos. Me miré los pies y advertí la

presencia cercana de los dos miembros restantes de la línea defensiva de Iowa Bob. Un chico de cara encendida, Chester Pulaski, que pasaba mucho tiempo bajo la lámpara solar, pero aun así tenía el cuello y la frente cubiertos de granos. Jugaba principalmente como zaguero de bloqueo, aunque no por elección: sencillamente, no corría tanto como Lenny Metz. Chester Pulaski era un zaguero de bloqueo nato, porque tendía a correr *hacia* sus oponentes más que a alejarse de éstos. Con él entró un chico tan negro como Junior Jones, que empezó a revolotear a mi alrededor como una mosca fastidiosa. Toda comparación con su compañero acababa, sin embargo, en el color. A veces formaba como receptor y cuando salía corriendo de la línea defensiva, sólo era para coger los pases cortos y seguros de Chipper Dove. Se llamaba Harold Swallow, y no era más alto que yo, pero sabía volar. Sus movimientos semejaban los del pájaro cuyo nombre ostentaba<sup>[4]</sup>; si alguien le hubiera hecho un placaje, se habría partido en dos, pero cuando no estaba atajando pases y saliendo disparado de las zonas prohibidas, se ocultaba en la línea defensiva, en general detrás de Chester Pulaski o de Junior Jones.

Me rodeaban y pensé que, si una bomba caía en cualquier punto de la sala de duchas, acabaría con la temporada triunfal de Entrenador Bob. Deportivamente al menos, yo era el único cuya ausencia no se notaría. No estaba en la misma categoría que la defensa importada de Iowa Bob, ni en la del gigantesco lateral Junior Jones; había otros laterales, por supuesto, pero Junior Jones era la principal razón por la cual Chipper Dove ni siquiera se caía. Era la principal razón por la cual siempre había un hueco por el que Chester Pulaski hacía pasar a Lenny Metz; Jones producía un boquete lo bastante grande como para que pasaran corriendo uno al lado del otro.

—Venga, Junior, *piensa* —la propuesta de Chip Dove era peligrosa, porque el tono de mofa de su voz encerraba sus dudas en cuanto a que Junior Jones *supiese* pensar—. ¿Qué es lo que más te gusta de Franny Berry?

—Sus pequeños *pies* son muy bonitos —respondió Harold Swallow.

Todos le miraron, pero Harold giró bajo la ducha sin prestarles atención.

—Su piel es hermosa —dijo Chester Pulaski, atrayendo una innecesaria atención sobre sus granos.

—Junior —señaló Chip Dove.

Junior cerró su ducha. Se irguió dejando que el agua se escurriera de su cuerpo. Hizo que me sintiera como si fuese Egg, años atrás, aprendiendo a andar todavía.

—Para mí sólo es una blanca más —comentó Junior Jones, y su mirada se detuvo un segundo en cada uno de nosotros antes de empezar a moverse—. Pero parece una buena chica —agregó dirigiéndose a mí.

Volvió a abrir mi ducha y me la devolvió de un empujón. El agua estaba fría. Cuando salió de la sala de duchas, entró una corriente de aire por la puerta.

Me impresionó que ni siquiera Chipper Dove llegara más lejos con él, pero más aún que Franny estuviese en boca de ellos... y todavía más sentirme impotente de hacer nada al respecto.

—Ese puerco de Chipper Dove habla de tu culo, de tus tetas e incluso de tus *pies* —le dije—. Cuídate de él.

—¿De mis pies? —se asombró Franny—. ¿Qué dice de mis pies?

—Bueno, ése fue Harold Swallow —confesé.

Todos sabían que Harold Swallow estaba loco; en aquellos tiempos, cuando alguien estaba loco como Harold Swallow, decíamos que estaba loco como una cabra.

—¿Qué dijo de mí Chip Dove? —preguntó Franny—. Sólo me importa lo que haya dicho él.

—Lo único que le interesa es *tu culo*, y se lo cuenta a todo el mundo —respondí.

—No me importa, él no me interesa.

—Pues tú a *él* sí —dije—. Quédate con Struthers.

—Permíteme decirte, pequeño, que Struthers es muy tierno pero aburrido, aburrido, *aburrido* —suspiró.

Bajé la cabeza. Estábamos en el pasillo de arriba de lo que ahora sólo era una casa alquilada, aunque para nosotros aún seguía siendo el hogar de la familia Bates. Ahora, Franny rara vez entraba en mi dormitorio. Cada uno hacía los deberes en su cuarto, y para hablar nos encontrábamos junto a la puerta del cuarto de baño. Daba la impresión de que Frank ni siquiera usaba el lavabo. Todos los días, mamá apilaba cajas y baúles en el pasillo de nuestros dormitorios: nos estábamos preparando para mudarnos al Hotel New Hampshire.

—Y no veo por qué tienes que ser animadora, Franny —le dije—. Precisamente tú, animadora.

—Porque me gusta.

De hecho, fue después de una de sus prácticas como animadora, no lejos de nuestro escondrijo en los helechos, que ahora no veíamos con frecuencia —pues éramos estudiantes de segunda enseñanza—, cuando nos encontramos con la línea defensiva de Iowa Bob. Habían abordado a alguien en el sendero del bosque, que era el atajo para volver al gimnasio; hacían algo con alguien en el gran charco fangoso perforado por los clavos del calzado de fútbol, con agujeros semejantes a descargas de ametralladoras en el fango. Cuando Franny y yo vimos de quiénes se trataba —los chicos de la defensa— y que le estaban dando una paliza a alguien, echamos a correr en sentido contrario. Aquellos zagueros siempre solían tomarla con uno u otro. Pero nos habíamos distanciado más de veinticinco metros cuando Franny me cogió del brazo e hizo que me detuviera.

—Creo que era Frank —dijo—. Tienen a Frank.

Tuvimos que volver, naturalmente. Durante un segundo, antes que viéramos lo que ocurría, me sentí muy valiente; Franny me tomó la mano y le di un fuerte apretón. Su falda de animadora era tan corta que le rocé el muslo con el dorso de la mano. Luego soltó mi mano y gritó. Yo llevaba puestos los pantalones de deporte y sentí que se me helaban las piernas.

Frank llevaba su uniforme de la banda. Le habían arrancado los pantalones pardo-



mierda (con la franja gris-muerte en el pernil). Tenía los calzoncillos a la altura de los tobillos. Le habían enrollado la chaqueta del uniforme hasta la mitad del pecho; una charretera plateada flotaba en el charco de barro, al lado de su cara, y Harold Swallow le aplastaba con una rodilla la gorra plateada, cuya franja marrón casi no se distinguía del barro. Harold sujetaba a Frank de un brazo; Lenny Metz le agarraba el otro. Frank yacía boca abajo con las pelotas en el centro del charco; su sorprendente trasero desnudo se elevaba fuera del agua y volvía a sumergirse cada vez que Chipper Dove lo empujaba con un pie y volvía a soltarlo. El zaguero Chester Pulaski permanecía sentado sobre las pantorrillas de Frank, con los tobillos de éste apretados tajo los brazos.

—¡Vamos, tríncatelo! —ordenó Chipper Dove a Frank.

Empujó el trasero de Frank y lo hundió una vez más en el charco de barro. Los clavos de sus zapatillas de deportes dejaron pequeñas muescas blancas en el trasero de mi hermano.

—¡Venga, chupabarro! —dijo Lenny Metz—. Ya lo has oído: ¡tríncatelo!

—¡Basta! —les gritó Franny—. ¿Qué estáis haciendo?

Frank pareció el más alarmado al verla, aunque tampoco Chipper Dove pudo ocultar su sorpresa.

—¡Mira quién está aquí! —exclamo en tono ligero, pero no se me escapó que no sabía qué decir a continuación.

—Sólo le estamos proporcionando lo que le gusta —nos dijo Lenny Metz—. A Frank le gusta darse el lote en los charcos de barro, ¿verdad, Frank?

—Soltadle —ordenó Franny.

—No le estamos haciendo daño —dijo Chester Pulaski.

Chester siempre se sentía incómodo a causa de los granos, y decidió mirarme a mí, no a Franny, pues seguramente no soportaba ver la tersa tez de ésta.

—A vuestro hermano le gustan *los chicos* —nos informó Chipper Dove—. ¿No es cierto, Frank?

—¿Y qué? —contestó Frank.

Se le notaba enfurecido, no afectado; sin duda les había hundido los dedos en los ojos, probablemente había herido a uno o dos de ellos. Frank siempre incitaba a pelear.

—Metérsela por el culo a los chicos es *asqueroso* —afirmó Lenny Metz.

—Lo mismo que hundirla en el barro —explicó Harold Swallow, si bien daba la impresión de preferir estar corriendo en cualquier sitio que sosteniendo el brazo de Frank.

Harold Swallow siempre parecía inquieto, como si por primera vez cruzara de noche una calle muy concurrida.

—Bueno, aquí no ha pasado nada —dijo Chipper Dove.

Separó el pie del trasero de Frank y dio un paso en dirección a Franny y a mí. Recordé lo que siempre decía Entrenador Bob con respecto a las lesiones en las

rodillas, y me pregunté si podría darle un golpe a Chip Dove antes de que me endosara un tortazo.

Ignoraba lo que pensaba Franny, pero ésta le dijo a Dove:

—Quiero hablar contigo. A solas. Quiero estar a solas contigo ahora mismo.

Harold Swallow se estremeció y soltó una risotada tan nasal y aguda como el balido de una cabra loca.

—Bien, eso es posible —respondió Dove a Franny—. Claro que podemos hablar. A solas. En cualquier momento.

—Ahora mismo —insistió Franny—. Quiero hacerlo ahora mismo... o nunca.

—Entonces ahora mismo —dijo Dove.

Miró a sus hombres de la línea defensiva con los ojos en blanco. Chester Pulaski y Lenny Metz parecieron mortificados de envidia, pero Harold Swallow miraba ceñudo una mancha de hierba de su uniforme. Era su única marca: una pequeña mancha de hierba en un punto del uniforme que debió de estar en contacto con el suelo. O tal vez fruncía el ceño porque el cuerpo extendido de Frank le impedía la visión de los pies de Franny.

—Suelta a Frank —dijo Franny a Dove— y haz que los demás se vayan... al gimnasio.

—Claro que le dejaremos ir —replicó Dove—. Es precisamente lo que estábamos a punto de hacer, ¿no? —dijo como un auténtico *quarterback* que hace señales a su defensa con la mirada.

Soltaron a mi hermano. Frank se tambaleó al levantarse e intentó cubrir sus partes pudendas, espesas de barro. Se vistió frenéticamente, sin decir una sola palabra. En ese momento le tuve más miedo a él que a cualquiera de los otros, que de todos modos estaban haciendo lo que les habían ordenado: bajaban el sendero a trote en dirección al gimnasio. Lenny Metz se volvió para echar una mirada lasciva e hizo un saludo con la mano. Franny le dedicó un corte de mangas. Frank se abrió paso a codazos entre Franny y yo y echó a andar en dirección a casa.

—¿No te olvidas nada? —le preguntó Chip Dove.

Los címbalos de Frank estaban entre los arbustos. Se detuvo, aparentemente más perturbado por olvidar su instrumento que humillado por lo ocurrido. Franny y yo odiábamos los platillos de Frank. Creo que lo que le atrajo a la banda fue la oportunidad de usar uniforme, *cualquier* uniforme. No era una criatura sociable, pero cuando la temporada triunfal de Entrenador Bob estimuló la resurrección de una banda para desfilar —ninguna lo había hecho en la Dairy desde poco después de la segunda guerra mundial—, Frank no pudo resistirse a la tentación del uniforme. Como no sabía tocar nada, musicalmente hablando, le adjudicaron los platillos. Cualquier otro, probablemente se habría sentido tonto con ellos, pero no Frank. Le encantaba marchar sin hacer nada, a la espera de su gran momento de hacerlos sonar.

No era como tener a un músico en la familia, siempre practicando y enloqueciendo al resto con los chirridos, pitidos y rasguídos de un instrumento. Frank

no «practicaba» con los címbalos. De vez en cuando, a cualquier hora, oíamos un estallido ensordecedor —proveniente de la habitación de Frank, cerrada con llave—, y Franny y yo teníamos que imaginar que había estado marchando con el uniforme puesto, sudando delante del espejo, hasta que no soportando por más tiempo el ruido de su propia respiración se había sentido inspirado a ponerle dramático fin.

El terrible estruendo hacía ladrar a *Patético* y probablemente tirarse más pedos. A mamá se le caían las cosas de la mano. Franny corría hasta la puerta del dormitorio de Frank y empezaba a descargar puñetazos. Yo me hacía otra imagen: era un recordatorio de lo insólito de la descarga de un arma, y durante un segundo siempre pensaba que acababa de sorprendernos el sonido del suicidio de Frank.

En el sendero donde la línea defensiva le había tendido una emboscada, Frank sacó sus embarrados címbalos del follaje y se los puso bajo el brazo.

—¿Adónde podemos ir para estar *a solas*? —preguntó Chip Dove a Franny.

—Conozco un lugar —dijo ella—. Cerca —agregó—. Es un lugar que conozco de toda la vida.

Comprendí que se refería a los helechos..., a *nuestros* helechos. Por lo que yo sabía, Franny ni siquiera había llevado a Struthers allí. Pensé que sólo los mencionaba tan claramente para que Frank y yo supiéramos dónde encontrarla y fuéramos a rescatarla, pero Frank ya se encaminaba a casa por el sendero sin dirigirle la palabra a Franny ni mirarla; Chip Dove me sonrió con sus ojos acerados y me dijo:

—Esfúmate, pequeño.

Franny le tomó de la mano y le alejó del sendero, pero yo alcancé a Frank en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Adónde vas, Frank? Tenemos que ayudarla.

—¿Ayudar a Franny? —me preguntó.

—Ella te ayudó a ti. Te salvó el culo.

—¿Y qué? —se echó a llorar—. ¿Cómo sabes que *quiere* que la ayudemos? —me preguntó lloriqueando—. Quizá lo que *quiere* es estar a solas con él.

La idea me resultó tan espantosa —casi tan mala como imaginar que Chipper Dove le hacía a Franny cosas que ella no quería— que cogí a Frank por la charretera que le quedaba y le arrastré tras de mí.

—Deja de llorar —le dije, porque no quería que Dove nos oyera llegar.

—¡Quiero hablar contigo, sólo *hablar*! —oímos que gritaba Franny—. ¡Marrano inmundo! —chilló—. Podrías haber sido encantador, pero te comportaste como una mierda humana. ¡Te odio! ¡Basta ya!

—Creí que te gustaba —oímos que decía Chipper Dove.

—Es posible, pero en este momento no —respondió Franny—. Y ahora *jamás* —le oímos decir, aunque su voz ya no sonaba colérica: de pronto se echó a llorar a lágrima viva.

Cuando Frank y yo llegamos a los helechos, Dove tenía los pantalones de fútbol a la altura de las rodillas. Con las musleras experimentaba la misma dificultad que

Franny y yo habíamos observado años atrás mientras espiábamos la postura que el futbolista llamado Poindexter adoptaba para cagar, Franny tenía la ropa puesta, pero me pareció curiosamente pasiva, sentada en los helechos (donde él la había empujado, me contó más tarde), con la cara entre las manos. Frank hizo chocar sus malditos címbalos tan estrepitosamente que pensé que dos aviones habían chocado encima de nuestras cabezas. Luego aporreó a Chip Dove con el de la mano derecha. Fue el golpe más duro que recibió el *quarterback* en toda la temporada: nos dimos cuenta de que no estaba acostumbrado a eso. Evidentemente, también se sentía embarazado por la posición de sus pantalones. Caí sobre él de improviso. Frank siguió golpeando los platillos, como si se tratara de una danza ritual que nuestra familia practicara siempre como preámbulo a la matanza del enemigo.

Dove me separó de él de la misma forma en que el viejo *Patético* aún era capaz de derribar a Egg —con un buen golpe de su cabezota—, pero el estruendo que producía Frank pareció paralizar a aquél. Asimismo logró despertar a Franny de su momento de pasividad. Ésta apeló a su insuperable maniobra de agarrar las partes pudendas de Chipper Dove, que gesticuló como si fuese a abandonar esta vida para siempre, situación que Frank debió de reconocer... y que yo recordaba de los tiempos de Ralph De Meo. Franny las estrujó como correspondía y, cuando él estaba todavía con la cadera sobre las agujas de pino y con los pantalones de fútbol a la altura de las rodillas, tiró del suspensorio y la protección hasta sus muslos, antes de soltarlos con un ruido seco. Durante un segundo, Frank, Franny y yo vislumbramos las pequeñas y amedrentadas partes pudendas de Dove.

—¡Qué tío! —le gritó Franny—. ¡Eres un verdadero tío!

A continuación, Franny y yo tuvimos que impedir que Frank siguiera golpeando eternamente sus címbalos: era evidente que el estruendo podía matar los árboles y alejar del monte a los animalitos. Chipper Dove permaneció tendido de lado con una mano sobre sus pelotas y la otra sobre una oreja para amortiguar el ruido; tenía la otra oreja apretada contra el suelo.

Vi el casco de Dove entre los helechos y me lo llevé cuando le dejamos para permitir que se recuperara. Al llegar al charco del sendero, Frank y Franny lo llenaron de barro. Se lo dejamos allí, lleno hasta los topes.

—Mierda y muerte —dijo Franny en tono sombrío.

Frank estaba tan exaltado que no podía dejar de golpear los platillos.

—Por Dios, Frank —le imploró Franny—, basta ya.

—Lo siento —nos dijo; cuando estuvimos más cerca de casa, agregó—: Gracias.

—Gracias a ti también —dijo Franny—. A los dos —me apretó el brazo.

—La verdad es que soy marica —musitó Frank.

—Creo que ya lo sabía —dijo Franny.

—Está bien, Frank —dije, porque, ¿qué otra cosa puede decir un hermano?

—No sabía cómo decíroslo —dijo Frank.

—*Ésta* es una forma original —reconoció Franny.

Hasta Frank rió; creo que fue la primera vez que le oí reír desde que papá descubrió las dimensiones de los inodoros de la cuarta planta del Hotel New Hampshire, nuestros «retretes para duendes».

A veces nos preguntábamos si vivir en el Hotel New Hampshire sería siempre así.

Era mucho más importante saber quién se alojaría en nuestro hotel una vez que nos trasladáramos y lo inaugurásemos. A medida que se acercaba el momento, papá fue volviéndose más concluyente con respecto a sus teorías del hotel perfecto. Había visto por televisión una entrevista con el director de una organización hotelera de Suiza. El entrevistado dijo que el secreto del éxito consistía en la rapidez con que un hotel podía establecer una pauta de reservas anticipadas.

«¡Reservas anticipadas!», escribió papá en un cartón para doblar camisas planchadas, y lo adhirió a la nevera de la futura casa abandonada de mamá.

—¡Buenos días, Reservas Anticipadas! —nos saludábamos a la hora de desayunar, para tomarle el pelo a papá, que se mostraba más bien serio.

—Vosotros reíd —nos dijo una mañana—, pero ya tenemos dos.

—¿Dos qué? —preguntó Egg.

—Dos reservas anticipadas —respondió papá en tono misterioso.

Pensábamos abrir para el fin de semana del partido con Exeter. Sabíamos que ésa era la primera «reserva anticipada». Todos los años, la Dairy School concluía su desdichada temporada futbolística perdiendo frente a una de las grandes escuelas — como Exeter o Andover— por una gran diferencia. Siempre era peor aún cuando nos desplazábamos a esas escuelas y nos enfrentábamos a ellas en su propio campo, tan bien cuidado. Exeter, por ejemplo, contaba con un auténtico estadio; tanto Exeter como Andover tenían uniformes elegantes; a ambas asistían muchachos escogidos y los alumnos llevaban chaqueta y corbata para ir a clase. Algunos se las ponían incluso para asistir a los partidos de fútbol; sin embargo, aunque fuesen vestidos informalmente, tenían mejor aspecto que nosotros. Nos sentaba fatal ver a estudiantes como aquéllos, tan limpios y presumidos. Todos los años, nuestro equipo salía a trompicones al campo de juego, luciendo mierda y muerte, y, cuando terminaba el partido, así era como nos sentíamos.

Exeter y Andover nos utilizaban; cada una de dichas escuelas se valía de nosotros para su penúltimo partido —una especie de ejercicio de calentamiento—, porque su último partido de la temporada era entre sí.

Ahora bien, en la temporada triunfal de Iowa Bob, seríamos locales contra Exeter. Ganáramos o perdiéramos, sería una temporada triunfal; pero la mayoría —incluso mi padre y Entrenador Bob— pensaba que, aquel año, el equipo de la Dairy tenía la posibilidad de llegar a la final invicto y obteniendo la victoria en el último partido contra Exeter, un equipo al que la Dairy School nunca había derrotado.

Con una temporada triunfal, hasta los ex alumnos volverían, y el partido con

Exeter equivaldría a un fin de semana con padres. Entrenador Bob lamentó no contar con uniformes nuevos para hacer juego con su línea defensiva importada y con Junior Jones; no obstante, le encantaba imaginar que su andrajoso equipo mierda-y-muerte podía poner por los suelos los immaculados uniformes blancos con letras y los cascos carmesíes de la Exeter.

De cualquier modo, aquel año no había sido brillante para Exeter; solían ganar por 5-3, sin duda con mayor oposición de la que generalmente imaginábamos nosotros, pero aquél no era uno de sus *grandes* equipos. Iowa Bob comprendió que tenía una posibilidad, y mi padre interpretó toda la temporada futbolística como un buen augurio para el Hotel New Hampshire.

El fin de semana del partido con Exeter fue reservado anticipadamente: todas las habitaciones durante dos noches y la capacidad del restaurante para el sábado se hallaba cubierta.

Mi madre estaba preocupada por el *chef*, como insistía en llamarle papá; *la chef* era una canadiense de Prince Edward Island, donde había cocinado para una gran familia naviera durante quince años.

—Existe una diferencia entre cocinar para una familia y cocinar para un hotel — le advirtió mamá a papá.

—Pero se trataba de una *gran* familia... lo dijo ella misma —respondió papá—. Además, nuestro hotel es pequeño.

—Tendremos el hotel *completo* para el fin de semana del partido con Exeter — recalcó mamá— y el restaurante lleno.

La cocinera era la señora Urick, a la que ayudaría su marido, Max, un ex marino mercante y cocinero de a bordo al que le faltaban el pulgar y el índice de la mano izquierda. Un accidente en la cocina de un barco llamado *Miss Intrepid*, nos contó a los chicos, dedicándonos un guiño picaresco. Se había distraído imaginando lo que le habría hecho la señora Urick si se hubiera enterado del tiempo que había pasado en tierra con una intrépida señorita en Halifax.

—De repente bajé la vista —nos contó Max, mientras Lilly no apartaba su mirada de la mano mutilada— y divisé el pulgar y el índice entre las zanahorias sanguinolentas: la cuchilla tronchaba por su cuenta —Max encogió su garra como si reculara del filo.

Lilly parpadeó. Tenía diez años, pero no parecía haber crecido mucho desde los ocho. Egg, que tenía seis, resultaba menos frágil que ella... y decididamente poco impresionado por las historias de Max Urick.

La señora Urick no contaba historias. Durante horas examinaba crucigramas sin llenar los cuadrados; colgaba la ropa limpia de Max en la cocina, que antaño había sido el vestuario del Thompson Female Seminary, por lo que estaba familiarizada con calcetines y ropa interior puesta a secar. La señora Urick y mi padre habían decidido que el menú más atractivo para el Hotel New Hampshire consistiría en comidas de estilo casero. Con esta expresión, la señora Urick se refería a un surtido de dos carnes

asadas o cocido de Nueva Inglaterra para la cena, dos pasteles y los lunes una variedad de pasteles de carne hechos con los restos de los asados. En los almuerzos habría sopa y lonchas de carne fría; para desayunar, pastel de hojaldre.

—Nada extravagante, sólo buena comida sencilla —decía la señora Urick sin la menor gracia.

A Franny y a mí, la señora Urick nos recordaba el tipo de encargada de cocina de internado que conocíamos de la Dairy School: una fiel creyente de que la comida no era algo especial, sino moralmente esencial. Compartíamos la preocupación de mamá con respecto a la cocina —ya que nosotros comeríamos de la misma olla—, pero papá estaba seguro de que la señora Urick se las arreglaría.

Le adjudicaron un cuarto para ella sola en el sótano, «para estar cerca de mi cocina», dijo; esperaba dejar sus ollas hirviendo por la noche. Max Urick también tenía una habitación para él en la cuarta planta. No había ascensor, y mi padre se alegró de darle utilidad a una habitación del último piso. Las habitaciones de la cuarta planta tenían los lavamanos y los inodoros de tamaño infantil, pero como Max había hecho durante tantos años sus necesidades en las estrechas letrinas del *Miss Intrepid*, no se sintió agraviado por las instalaciones para enanos.

—Será bueno para mi corazón —nos dijo Max—. Subir esas escaleras me irá de perlas para bombear la sangre —se golpeó el enjuto pecho gris con la mano mutilada.

Pero nosotros estábamos convencidos de que Max era capaz de cualquier cosa con tal de estar lo más lejos posible de su mujer, incluso subir escaleras y mear y lavarse en cualquier parte. Afirmaba ser «mañoso», y cuando no se hallaba en la cocina ayudando a la señora Urick se suponía que estaba arreglando algo.

—¡Todo, desde inodoros hasta cerraduras! —nos aseguró.

Sabía chasquear la lengua como si girara una llave en la cerradura, produciendo un terrible sonido de cascada, como los diminutos inodoros de la cuarta planta del Hotel New Hampshire cuando enviaban su contenido en un largo e impresionante viaje.

—¿Cuál es la *segunda* reserva anticipada? —pregunté a mi padre.

Sabíamos que habría un fin de semana importante para la graduación de la Dairy School, en la primavera, y tal vez otro en invierno, para un partido de hockey muy reñido. Pero las visitas de los padres de alumnos de la Dairy School, aunque regulares, no requerían ninguna reserva anticipada.

—¿La graduación? —quiso saber Franny, pero papá negó con la cabeza.

—¡Una boda de gigantes! —gritó Lilly, y todos le clavamos los ojos

—¿Quiénes se casan? —inquirió Frank.

—No sé —contestó Lilly—, pero es *un gigante*. Será la boda más grande de Nueva Inglaterra.

Nunca supimos en qué se inspiraba para inventar las cosas que se le ocurrían; mamá la observó preocupada y luego le habló a papá:

—No nos tengas sobre ascuas. Todos queremos saberlo. ¿Cuál es la segunda

reserva anticipada?

—Será el próximo verano. Tenemos mucho tiempo para prepararnos. Ahora debemos concentrarnos en el fin de semana del partido con Exeter. Lo primero es lo primero.

—Probablemente se trata de una convención de ciegos —nos dijo Franny a Frank y a mí cuando nos dirigíamos a nuestras clases por la mañana.

—O de una procesión de leprosos —agregué.

—Todo saldrá bien —dijo Frank en tono preocupado.

Ya no tomábamos el sendero que atravesaba el bosque vecino al campo de entrenamiento. Unas veces cruzábamos por los campos de fútbol y arrojábamos los corazones de las manzanas que comíamos en las porterías; otras bajábamos andando por el sendero principal que dividía los dormitorios del campus. No queríamos encontrarnos con la defensa de Iowa Bob; nadie quería tropezar a solas con Chipper Dove. No le habíamos contado el incidente a papá: Frank nos había pedido a Franny y a mí que no se lo dijésemos.

—Mamá ya lo sabe —nos dijo Frank—. Me refiero a que soy marica.

Aquello sólo nos sorprendió un segundo a Franny y a mí, pero, bien pensado, tenía sentido. Si uno tenía un secreto, mamá lo guardaba celosamente; si lo que querías era un debate democrático y una discusión que durara horas, tal vez semanas —quizá meses—, le planteabas la cuestión a papá. No tenía mucha paciencia con los secretos, aunque era capaz de guardar silencio con respecto a su segunda reserva anticipada.

—Será una reunión de grandes escritores y artistas europeos —conjeturó Lilly.

Franny y yo nos dimos patadas por debajo de la mesa y pusimos los ojos en blanco; nuestras miradas decían: Lilly es rara, Frank es marica y Egg apenas tiene seis años. Nuestras miradas decían: estamos solos en esta familia..., solos nosotros dos.

—Debe de ser un circo —arriesgó Egg.

—¿Cómo lo sabías? —le espetó papá.

—¡Oh, Win, no! —suspiró mamá—. ¿Es un circo?

—Muy pequeño —dijo papá.

—¿No son los descendientes de P.T. Barnum? —se interesó Iowa Bob.

—Claro que no —respondió papá.

—¡Los Hermanos King! —exclamó Frank, que en su dormitorio tenía un gran poster que representaba el número del tigre.

—No, pequeño de verdad —insistió papá—. Una especie de circo *privado*.

—Uno de segunda categoría, quieres decir —puntualizó Entrenador Bob.

—¡No de los que tienen animales monstruosos! —se lamentó Franny.

—Claro que no —dijo papá.

—¿Qué quiere decir «animales monstruosos»? —preguntó Lilly.

—Caballos con alguna pata de menos —replicó Frank—, una vaca con dos



cabezas... que le salen por el lomo...

—¿Dónde has visto semejante cosa? —le pregunté.

—¿Habrá tigres y leones? —quiso saber Egg.

—Sólo los suficientes para ocupar la cuarta planta —apostilló Iowa Bob.

—No, pongámoslos con la señora Urick —propuso Franny.

—Win, ¿qué clase de circo es ése? —le conminó mi madre.

—De hecho, pueden usar el *terreno* —Papá eludió una respuesta directa—. Pueden montar sus tiendas en el viejo patio de juegos y comer en el restaurante. Algunos de ellos podrán alojarse en el hotel, aunque, por lo que sé, esa gente suele viajar con sus caravanas.

—¿Qué animales habrá? —preguntó Lilly.

—Bueno... no creo que tengan demasiados animales —dijo papá—. Ya os he dicho que es un circo pequeño. Probablemente muy pocos animales. Me parece que hacen unos números especiales..., pero no sé qué animales tienen.

—¿Qué clase de números? —le presionó Iowa Bob.

—Probablemente sea uno de esos *horribles* circos —intervino Franny— que llevan cabras, gallinas y otros vulgares animales de poca monta que todo el mundo conoce..., algún reno estúpido, un cuervo que habla. Pero nada especial ni exótico.

—Yo prefiero que *no* vengan por aquí los exóticos —dijo mamá.

—¿Qué clase de números? —persistió Iowa Bob.

—Bueno, no estoy seguro —confesó papá—. ¿Trapecionistas?

—No sabes qué animales traerán ni qué números presentarán. ¿Qué es lo que sabes? —insistió mamá.

—Es un circo *pequeño* —reiteró papá—. Sólo querían reservar algunas habitaciones y aproximadamente la mitad del restaurante. Los lunes descansan.

—¿Los lunes? —saltó Iowa Bob—. ¿Para cuánto tiempo es la reserva?

—Bien... —dudó papá.

—¡Win! —dijo mi madre—. ¿Cuántas semanas se alojarán aquí?

—Todo el verano —concretó papá.

—¡Anda! —gritó Egg—. ¡El circo!

—*Un circo* —le recordó Franny—. Un circo muy extraño.

—Números estúpidos, animales estúpidos —agregué.

—Números extraños, animales extraños —opinó Frank.

—Pues tú encajarás muy bien, Frank —apostilló Franny.

—¡Basta ya! —dijo mamá.

—No hay ninguna razón para inquietarse. Sólo se trata de un pequeño circo privado.

—¿Cómo se llama? —quiso saber mamá.

—Bien...

—¿No sabes cómo se llama? —preguntó Iowa Bob.

—¡Claro que sé cómo se llama! —declaró papá—. Se llama El Acto de Fritz.

—¿El Acto de Fritz? —se asombró Frank.

—¿En qué consiste el acto? —pregunté.

—Bien... he dicho que ése es el nombre, pero estoy seguro de que hay más de un número.

—Suenan muy moderno —dijo Frank.

—¿Moderno, Frank? —otra vez Franny.

—Suenan a aberrante —dije.

—¿Qué es aberrante? —inquirió Lilly.

—¿Es algún tipo de animal? —quiso saber Egg.

—No tiene importancia —concluyó mamá.

—Creo que debemos concentrarnos en el fin de semana con el Exeter —repitió papá.

—Sí, y en prepararnos para el traslado —coincidió Iowa Bob—. Hay tiempo suficiente para hablar del verano.

—¿Todo el verano está reservado por anticipado? —preguntó mamá.

—¿No te lo había dicho? ¡Éste sí que es un buen negocio! —se jactó papá—. Ya tenemos reservado el verano y el fin de semana del partido. Pero lo primero es lo primero. Ahora tenemos que mudarnos.

Esta conversación tuvo lugar una semana antes del partido con Exeter; fue el fin de semana que los intrusos de Iowa Bob marcaron nueve tantos, logrando su novena victoria consecutiva. Franny no fue a ver el partido; había decidido abandonar definitivamente su papel de animadora del equipo. Aquel sábado, ella y yo ayudamos a mamá a trasladar las últimas cosas que los camiones de mudanza no habían llevado al Hotel New Hampshire; Lilly y Egg fueron a ver el partido con papá y Entrenador Bob; Frank estaba en la banda, por supuesto.

En las cuatro plantas había treinta habitaciones, y nuestra familia ocupaba siete en la esquina sureste, que abarcaba dos pisos. Una habitación del sótano estaba en manos de la señora Urick, lo que significaba que, junto con el lugar de descanso de Max en la cuarta planta, quedaban veintidós cuartos para huéspedes. Pero la jefa de camareras y doncella principal, Ronda Ray, ocupaba una sala de día en la segunda planta... para reponerse, le había dicho a papá. Dos habitaciones de la esquina sureste del tercer piso —encima de nosotros— estaban reservadas para Iowa Bob. Es decir, que sólo quedaban diecinueve habitaciones para huéspedes, de las cuales sólo trece contaban con baño privado; las otras seis correspondían a las instalaciones para enanos.

—Más que suficiente —dictaminó papá—. Éste es un pueblo pequeño y no goza de mucha fama.

Más que suficiente para el circo llamado El Acto de Fritz, quizá; pero todos estábamos ansiosos por saber cómo nos las arreglaríamos con la casa a tope durante el fin de semana del último partido.

Ese sábado nos mudamos, y Franny descubrió el interfono. Apretó los botones

receptores de todas las habitaciones. Éstas estaban vacías, por supuesto, pero tratamos de imaginar que escuchábamos a hurtadillas a los primeros huéspedes. El sistema de la caja de graznidos, como decía papá, había quedado allí desde los tiempos del Thompson Female Seminary. La principal caja de graznidos anunciaba simulacros de incendio a las diversas aulas, y las maestras que se encontraban fuera podían enterarse si las chicas perdían el tiempo jugando. Papá opinaba que mantener el sistema intercomunicador eliminaría la necesidad de poner teléfonos en las habitaciones.

—Podrán pedir lo que necesiten por el interfono —explicó—, o nosotros podremos despertarlos para el desayuno. Si quieren hablar por teléfono, que utilicen el del despacho.

Claro que la caja de graznidos también significaba que sería posible escuchar a los huéspedes que ocuparan las habitaciones.

—Eso es *éticamente* inaceptable —sentenció papá, pero Franny y yo no veíamos la hora de que llegaran.

El sábado que nos mudamos ni siquiera contábamos con el teléfono del despacho —o con uno en las dependencias familiares—, y tampoco teníamos ropa de cama, pues el servicio encargado de lavar la ropa del hotel también se ocuparía de la nuestra, y no entrarían en funciones hasta el lunes. Ronda Ray tampoco empezaría a trabajar hasta el lunes, pero estaba *allí* —en el Hotel New Hampshire—, inspeccionando su sala de día, cuando llegamos.

—La necesito, ¿sabe? —le dijo a mamá—. Quiero decir que no puedo cambiar las sábanas por la mañana, *después* de servir los desayunos y *antes* de atender las mesas del almuerzo, sin tener un lugar donde echarme. Y si no me echo entre el almuerzo y la cena, suelo sentirme muy molesta. Si usted viviera donde vivía yo, no querría volver a casa.

Ronda Ray vivía en Hampton Beach, donde hacía de camarera y doncella en la temporada veraniega. Había buscado un trabajo para todo el año con el propósito de seguir su carrera en la hostelería y, suponía mi madre, para marcharse definitivamente de Hampton Beach. Tenía más o menos la misma edad que mamá, y decía que recordaba haber visto actuar a *Grrr* en el casino. Sin embargo, nunca había presenciado sus danzas en el salón de baile; sólo recordaba el quiosco de música y el número llamado *Buscando trabajo*.

—Pero nunca *creí* que fuese un oso de verdad —nos dijo a Franny y a mí, que observábamos cómo deshacía una pequeña maleta en su sala de día—. Nunca se me ocurrió que nadie pudiese obtener placer desnudando a un oso de verdad.

Nos llamó la atención que sacara ropa de dormir de la maleta, ya que no pensaba pasar las noches en su sala *de día*; era una mujer por la que Franny sentía curiosidad y a la que yo consideraba incluso exótica. Llevaba el pelo teñido, aunque no sé de qué color, pues era un tono que no existía en la realidad. Ni rojo ni rubio, sino del color del plástico o del metal, y yo me preguntaba cómo sería al tacto. Imaginaba

que, en otros tiempos, el cuerpo de Ronda Ray había sido tan firme como el de Franny, aunque ahora resultaba un tanto grueso: todavía fuerte, pero gastado. Es difícil saber a qué olía, aunque, después que dejamos su sala de día, Franny intentó deducirlo.

—Hace dos días se puso perfume en la muñeca —dijo Franny—. ¿Me sigues?

—Sí.

—Pero entonces no llevaba la correa del reloj, pues, en ese momento, el reloj lo usaba su hermano o su padre. Sin duda, un hombre, que además *sudaba* copiosamente.

—Sí.

—Después, Ronda se puso la correa del reloj encima del perfume y lo usó a lo largo del día en que estuvo deshaciendo camas —prosiguió Franny.

—¿Qué camas? —le pregunté.

Franny reflexionó un minuto.

—Camas en las que había dormido gente muy singular.

—¡En las que habían dormido los miembros del circo llamado El Acto de Fritz! —adiviné.

—¡Exacto! —exclamó Franny.

—¡Todo el verano! —gritamos al unísono.

—¡Exacto! Y lo que olemos cuando olemos a Ronda es el olor de la correa de su reloj... después de todo eso.

No estaba mal, pero pensé que el olor de Ronda Ray era levemente mejor..., apenas levemente. Pensé en sus medias que colgaba en el armario de su sala de día; pensé que si olisqueaba la parte posterior de las rodillas del par de medias que usaba, lograría captar su esencia.

—¿Sabes por qué usa medias? —me preguntó Franny.

—No.

—Un hombre le derramó café caliente en las piernas. Lo hizo adrede. Quería quemarla.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí.

—He visto las cicatrices. Y ella me lo contó.

En los controles de la caja de graznidos desconectamos todas las habitaciones, para escuchar únicamente lo que ocurría en la sala de día de Ronda Ray. Tarareaba. Luego la oímos fumar. Imaginamos cómo sonaría si estuviera con un hombre.

—Chillona —conjeturó Franny.

Escuchamos su respiración mezclada con los ruidos parásitos del sistema intercomunicador, un sistema antiguo que funcionaba con la energía de una batería de automóvil, como una alambrada electrizada.

Cuando Lilly, Egg y papá volvieron del partido, Franny y yo pusimos a Egg en el montacargas y lo izamos y arriamos por los cuatro pisos hasta que Frank nos delató y papá nos dijo que el montacargas sólo se usaría para trasladar la ropa de cama, los

platos y otras cosas —no seres humanos— de las habitaciones.

No era prudente, nos advirtió papá. Si soltábamos la cuerda, el montacargas caería a la velocidad impuesta por su propia respuesta a la fuerza de la gravedad, y eso era demasiado rápido, si no para una cosa, al menos para un ser humano.

—Pero Egg es muy liviano —alegó Franny—. Quiero decir que no lo pondremos a prueba con Frank.

—¡No lo pondréis a prueba con nada! —decretó papá.

Luego Lilly se perdió y dejamos de deshacer paquetes durante casi una hora para buscarla. Estaba sentada en la cocina con la señora Urick, que había atraído su atención narrándole las diversas formas en que la habían mortificado de pequeña. Le cortaban el pelo a mechones para humillarla cuando olvidaba lavarse antes de cenar; la obligaban a estar de pie en la nieve siempre que soltaba alguna palabrota; si «birlaba» un poco de comida la obligaban a comer una cucharada de sal.

—Si tú y mamá os vais, no nos dejaréis con la señora Urick, ¿verdad? —preguntó Lilly a papá.

A Frank le tocó la mejor habitación, y Franny protestó: ella tenía que compartir una con Lilly. Un hueco sin puerta comunicaba mi dormitorio con el de Egg. Max Urick desmontó su interfono; cuando conectábamos con su habitación, todo lo que oíamos era el ruido de la estática, como si el viejo marinero aún estuviese en alta mar. La habitación de la señora Urick borbotaba como las ollas de su hornillo, manteniendo el sonido de la vida constantemente a fuego lento.

Estábamos tan agitados por la llegada de los huéspedes y porque se inauguraba de verdad el Hotel New Hampshire que no lográbamos estarnos quietos.

Papá nos hizo ir y venir en dos simulacros de incendios para cansarnos, pero sólo logró despertar en nosotros el deseo de más acción. Cuando oscureció, nos dimos cuenta de que no habían conectado la electricidad, de modo que empezamos a escondernos y a buscarnos con velas encendidas por las habitaciones vacías.

Me oculté en la sala de día de Ronda Ray, en el segundo piso. Apagué mi vela de un soplo y, orientado por mi sentido del olfato, localicé los cajones en los que había guardado su ropa de dormir. Oí gritar a Frank en el tercer piso —había apoyado una mano en una planta, en la oscuridad— y lo que sólo podía ser una carcajada de Frank en la cámara de resonancia, que era el hueco de la escalera.

—¡Divertíos ahora! —rugió papá desde nuestro apartamento—. Cuando haya huéspedes, no podréis disponer de este lugar a vuestro antojo.

Lilly me encontró en la sala de Ronda Ray y me ayudó a devolver sus prendas a la cómoda. Papá nos pescó saliendo de allí, llevó a Lilly a nuestro apartamento y la acostó; estaba irritado porque, al llamar a la compañía eléctrica para quejarse de que no habían conectado la corriente, había descubierto que tampoco estaban conectados los teléfonos. Mamá se ofreció a llevar de paseo a Egg y telefonar desde la estación del tren.

Seguí buscando a Franny, pero había vuelto al vestíbulo sin ser vista; puso todos

los botones en «transmisión» y emitió un anuncio por todo el hotel.

—¡Atención! —tronó Franny—. ¡Atención! ¡Que todo el mundo salga de la cama, pues se va a llevar a cabo un control sexual!

«¿Qué será un control sexual?», me pregunté mientras bajaba corriendo al vestíbulo.

Por fortuna, Frank no oyó el mensaje; estaba escondido en el armario trasero de la cuarta planta, donde no había caja de graznidos: cuando el anuncio de Franny llegó a sus oídos, el mensaje estaba mutilado. Con toda probabilidad pensó que papá nos estaba sometiendo a otro simulacro de incendio y, en su prisa por abandonar el trastero, metió el pie en el cubo y cayó de cuatro patas, golpeándose la cabeza contra el suelo y tocando con una mano un ratón muerto.

Le oímos chillar una vez más. Max Urick abrió la puerta de su habitación en el extremo del pasillo de la cuarta planta y bramó como si estuviera naufragando en alta mar.

—¡Acabad con vuestro maldito alboroto si no queréis que os cuelgue de los dedos en la escalera de incendios!

Aquello puso de mal humor a Frank y antes de encerrarse en su dormitorio declaró que nuestros juegos eran «pueriles». Franny y yo contemplamos Elliot Park desde la gran ventana en esquina de la 3F; aquél sería el dormitorio de Entrenador Bob, que ahora se encontraba en un banquete del Departamento de Deportes, casi en celebración del último partido... que aún debía jugarse.

Elliot Park estaba desierto como de costumbre, y las instalaciones en desuso del patio de juegos se erguían como árboles muertos contra el brillo opaco de la farola. Todavía seguían allí algunas herramientas de construcción, las máquinas diésel y la casucha de los trabajadores, aunque el Hotel New Hampshire estaba terminado, excepto la jardinería, la única máquina que se usaba desde hacía días era la excavadora, ahora inclinada cerca de la senda de baldosas como un dinosaurio hambriento. Aún había que quitar varios tocones de olmos muertos y rellenar algunos hoyos en la periferia del nuevo aparcamiento. Las ventanas de nuestro apartamento despedían una tenue luz satinada. Allí estaba papá acostado a Lilly a la luz de una vela, y sin duda alguna Frank se contemplaba en el espejo de su habitación vestido con el uniforme de la banda.

Franny y yo vimos entrar el coche patrulla en Elliot Park como un tiburón que surca aguas desiertas en busca de un alimento inverosímil. Se nos ocurrió que el viejo patrullero Howard Tuck «arrestaría» a mamá y a Egg cuando volvieran andando de la estación. Se nos ocurrió que la luz de las velas del Hotel New Hampshire convencería al patrullero Tuck de que los fantasmas de las alumnas del viejo Thompson Female Seminary frecuentaban el hotel. Pero Howard aparcó el coche patrullero detrás del montón de escombros más visible y apagó el motor y las luces.

Divisamos la punta de su cigarro, semejante al rojo ojo trémulo de un animal, en el coche a oscuras.

Vimos que mamá y Egg atravesaban el patio de juegos sin ser vistos. Surgieron de la oscuridad y pasaron bajo la escasa luz, como si su paso por la tierra fuera así de breve y estuviera tan tenuemente iluminado; sentí una punzada al verlos y advertí que Franny se estremecía a mi lado.

—Encendamos las luces de todas las habitaciones —sugirió Franny.

—No hay corriente —le recordé.

—Ahora no, tonto, pero, si encendemos todas las luces, el hotel entero se iluminará cuando conecten la corriente.

Me pareció una buena idea y la ayudé. Encendimos incluso las luces del pasillo de la habitación de Max Urick, y también los focos exteriores, que un día iluminarían un patio que habría de extenderse desde el restaurante, pero ahora sólo brillarían sobre la excavadora y sobre un casco amarillo de duro acero colgado por el barboquejo de un pequeño árbol, el único que había dejado la excavadora. El obrero al que pertenecía parecía haber desaparecido para siempre.

El casco abandonado me recordó a Struthers, fuerte y torpe. Sabía que hacía un tiempo que Franny no le veía. Sabía que no tenía un amigo íntimo y parecía triste por ello. Franny era virgen — me lo contó ella misma—, no porque lo deseara, sino porque en toda la Dairy School no había un chico que, como dijo ella, «se lo mereciera».

—No quiero decir que yo sea fuera de serie, pero no quiero que un estúpido me estropee el momento ni tampoco me interesa alguien que se ría de mí. Es muy importante, John —prosiguió—, especialmente la primera vez.

—¿Por qué?

—Porque es así. Es *la primera vez*, por eso. Es algo que te marca para toda la vida.

Yo lo dudaba y esperaba que no fuera así. Pensé en Ronda Ray: ¿qué había significado para ella la primera vez? Recordé su ropa de dormir, que olía —ambiguamente— como su muñeca bajo la correa del reloj, como la parte posterior de su rodilla.

Howard Tuck y el coche patrullero no se habían movido de su lugar cuando Franny y yo terminamos de encender todas las luces. Salimos; queríamos ver todo el hotel iluminado cuando conectaran la corriente. Subimos al asiento del conductor de la excavadora y esperamos.

Howard Tuck permanecía inmóvil en el coche patrulla, como si estuviese aguardando su retiro. A Iowa Bob le gustaba decir que Howard Tuck siempre parecía estar «a las puertas de la muerte».

Cuando Howard Tuck movió la llave de contacto del coche, el hotel se iluminó *como si lo hubiera hecho él*. En el momento en que parpadearon los faros del coche, cobraron vida todas las luces del hotel; el coche pareció sacudirse y luego calarse, como si la vista del resplandeciente hotel le hubiera encandilado y se le hubiese escapado el pie del acelerador o del embrague. En realidad, la vista del Hotel New

Hampshire destellante de luces en el instante en que puso el coche en marcha debió de ser demasiado para el viejo Howard Tuck. Su vida en Elliot Park había estado menos iluminada: sólo algún descubrimiento sexual de vez en cuando, algunos adolescentes inexpertos atrapados por sus focos y un vándalo ocasional interesado en hacer algún daño superficial al Thompson Female Seminary. Una vez, uno de los alumnos de la Dairy School robó una de las vacas simbólicas y la ató a la línea de meta de un extremo del campo de hockey.

Lo que vio Howard Tuck cuando puso el coche en marcha fue una descarga de luz de cuatro plantas, el espectáculo que brindaría el Hotel New Hampshire en el preciso instante en que fuera bombardeado. La radio de Max Urick despidió una ráfaga de música que hizo que su propietario chillara, alarmado. Un reloj de cocina repicó en el sótano de la señora Urick. Lilly gritó dormida; Frank cobró vida en el espejo; Egg, inquieto por el zumbido de la electricidad que sintió vibrar de un lado a otro del hotel, cerró los ojos. En la excavadora, Franny y yo nos tapamos los oídos, como si la repentina visión de tanta luz sólo pudiese ir acompañada de una explosión. El viejo patrullero Howard Tuck sintió que el pie se le deslizaba del embrague en el preciso momento en que se detuvo su corazón y abandonó un mundo en el que los hoteles podían brotar a la vida con tanta facilidad.

Franny y yo fuimos los primeros en llegar al coche patrulla. Vimos el cuerpo del policía desplomado contra el volante y oímos sonar el claxon. Papá, mamá y Frank salieron a la carrera del Hotel New Hampshire, como si el bocinazo fuese la señal de otro simulacro de incendio.

—¡Santo cielo, Howard, estás muerto! —le dijo papá al anciano, mientras le sacudía.

—No era nuestra intención, no era nuestra intención —repitió Franny.

Papá golpeó en el pecho al viejo Howard Tuck y lo extendió en el asiento delantero del coche patrulla. Luego volvió a golpearle.

—¡Llamad a alguien! —ordenó papá; pero en nuestra inverosímil casa no funcionaba ningún teléfono. Entonces estudió el enigmático laberinto de cables, llaves, auriculares y micrófonos del coche—. ¿Dígame? ¡Dígame! —dijo delante de algo mientras empujaba otra cosa—. ¿Cómo mierda funciona esto? —gritó.

—¿Quién es? —dijo una voz salida de los tubos acústicos del coche.

—¡Enviad una ambulancia a Elliot Park! —pidió mi padre.

—¿Alerta a Halloween? —preguntó la voz—. ¿Alguna travesura de Halloween? Diga, diga...

—¡Santo cielo, hoy es Halloween! —exclamó papá—. ¡Maldito aparato! —golpeó el tablero de instrumentos del coche patrulla con una mano y con la otra dio un empellón al inmóvil pecho de Howard Tuck.

—¡Nosotros podemos conseguir una ambulancia! —dijo Franny—. ¡La de la escuela!

Corrí con ella a través de Elliot Park, que ahora resplandecía bajo las imponentes



luces que despedía el Hotel New Hampshire.

—¡Cristo! —dijo Iowa Bob cuando tropezamos con él en la entrada de Pine Street al parque.

Entrenador Bob contemplaba el deslumbrante hotel como si lo hubiésemos inaugurado sin él. Bajo la luz artificial me pareció mucho más viejo, pero supongo que en realidad sólo parecía tan viejo como era: un abuelo y un entrenador en situación de retiro al que sólo le faltaba jugar un partido.

—¡Howard Tuck ha sufrido un ataque al corazón! —le grité.

Franny y yo seguimos corriendo en dirección a la Dairy School, que siempre estaba a la altura de las bromas capaces de producir ataques cardiacos, sobre todo en Halloween.

## Franny pierde una pelea

La noche de Halloween, el departamento de policía de Dairy envió al viejo Howard Tuck a Elliot Park, como de costumbre, pero la policía estatal mandó dos coches a patrullar el campus de la Dairy School, y se duplicaron las fuerzas de seguridad de la escuela; aunque de corta tradición, la Dairy School tenía considerable fama en lo referente a Halloween.

Una noche de Halloween ataron una de las vacas simbólicas a la portería del Thompson Female Seminary. Otro año, en la misma fecha, condujeron una vaca a la piscina cerrada de la Dairy School, donde la bestia experimentó una violenta reacción ante el cloro del agua y se ahogó.

Fue en Halloween cuando cuatro muchachos del pueblo cometieron el error de ir de «ronda» a uno de los dormitorios de la Dairy. Los mantuvieron secuestrados toda la noche y un estudiante disfrazado de verdugo les afeitó la cabeza. Uno de los niños se quedó mudo durante una semana.

—*Odio Halloween* —dijo Franny al ver a unos bromistas en la calle.

Los niños de Dairy le tenían miedo a Halloween. Alguno que otro niño acobardado, con una bolsa de papel o una máscara en la cabeza, se encogía cuando Franny y yo pasábamos corriendo a su lado. Un grupo de pequeñajos —uno de ellos vestido de bruja, otro de fantasma y dos como robots de una película reciente que trataba de una invasión de marcianos— huyeron a la seguridad de una puerta iluminada cuando nos vieron llegar por la acera.

Vimos coches aparcados en la calle, con padres angustiados en su interior, tratando de descubrir a atacantes en potencia mientras sus hijos se acercaban cautamente a una puerta para tocar el timbre. Sin lugar a dudas, las mentes de estos padres estaban cargadas de las habituales angustias sobre las hojas de afeitar en las manzanas o el arsénico en las galletas de chocolate. Uno de ellos encendió los faros sobre nosotros y saltó del coche para perseguirnos.

—¡Eh, vosotros! —gritó.

—¡Howard Tuck tuvo un ataque al corazón! —le dije.

Mis palabras le detuvieron de golpe.

Franny y yo cruzamos la verja igual que la de un cementerio, que nos dio paso a los campos de juego de la Dairy School; más allá de las rejas puntiagudas traté de imaginar esa misma puerta el día del partido con Exeter, en que venderían banderines, mantas y cencerros para hacerlos sonar durante el partido. Ahora, la puerta resultaba más bien triste y, cuando entramos, una pandilla de niños pasó corriendo a nuestro lado en dirección contraria. Corrían como alma que lleva el diablo, y algunas caritas aterrorizadas parecían tan impresionantes como las máscaras de Halloween que otros habían logrado conservar. Sus disfraces de plástico negro, blanco y color calabaza estaban hechos jirones, y los pobres berreaban como bebés en una sala de maternidad, en ahogados lloriqueos de miedo.

—¡Santo cielo! —exclamó Franny.

Los niños huyeron como si *ella* fuese disfrazada y *yo* llevase puesta una máscara alucinante.

Cogí a un crío del brazo y le pregunté:

—¿Qué ocurre?

Pero el chico se retorció y chilló; intentó morderme la muñeca. Estaba húmedo y tembloroso; despedía un olor extraño y su disfraz de esqueleto se hizo trizas en mis manos, como papel higiénico empapado o una esponja en estado de descomposición.

—¡Arañas gigantes! —gritó con voz de atontado.

Le solté.

—¿Qué sucede? —gritaba Franny a los niños, pero éstos desaparecían con la misma rapidez que aparecían.

Ante nosotros se extendían los campos de juego, oscuros y desiertos; al otro lado, como altos barcos en un puerto envuelto en bruma, se erguían, escasamente iluminados, los bloques de dormitorios y edificios de la Dairy School, como si todos se hubiesen acostado temprano y unos pocos buenos alumnos estuvieran quemándose las pestañas. Pero Franny y yo sabíamos que había muy pocos «buenos» alumnos en Dairy y dudábamos de que un sábado de Halloween ni siquiera los buenos estuvieran estudiando, y de que las ventanas oscuras significaran que alguien dormía. Quizás estaban bebiendo en la oscuridad de sus habitaciones; tal vez se estaban violando entre sí o abusando de niños capturados. Quizás había nacido una nueva religión, la rabia del campus, que requería que fuese plena noche para sus rituales y Halloween era el día del ajuste de cuentas.

Algo andaba mal. La portería de madera blanca de aquel extremo del campo de fútbol parecía *demasiado* blanca, aunque aquella era la noche más oscura que había visto en mi vida. En la portería se destacaba algo demasiado desolado y manifiesto.

—Ojalá *Patético* estuviese con nosotros —dijo Franny.

*Patético* estará con nosotros, pensé, sabiendo lo que Franny ignoraba: aquel día, papá lo había llevado al veterinario para que éste lo sacrificara. Habíamos celebrado una sobria discusión —en ausencia de Franny— sobre la necesidad de hacerlo. Lilly y Egg tampoco estaban con nosotros. Papá nos había dicho a mamá, a Frank, a Iowa Bob y a mí:

—Franny no lo comprendería. Lilly y Egg son demasiado pequeños. No tiene sentido pedirles su opinión. No serían razonables.

A Frank le era indiferente *Patético*, pero hasta él pareció apenarse por la sentencia de muerte.

—Sé que huele mal —dijo—, pero eso no es exactamente una enfermedad mortal.

—En un hotel lo es —dijo papá—. Ese perro padece de flatulencia incurable.

—Y es viejo —agregó mamá.

—Cuando *vosotros* seáis viejos —les dije a mis padres—, no os sacrificaremos.

—¿Y qué decís de mí? —preguntó Iowa Bob—. Supongo que seré el próximo.

Tendré que evitar tirarme pedos para que no me enviéis a una clínica.

—A ti, este problema ni te va ni te viene —le dijo papá a Entrenador Bob—. La única que quiere realmente al perro es Franny. Ella es la única que se disgustará *de verdad*, y dentro de lo posible tenemos que facilitarle las cosas.

Papá tenía la certeza de que la expectación era el noventa por ciento del sufrimiento: no se portaba como un cobarde al no pedirle opinión a Franny; por supuesto, la conocía, y también sabía que *Patético* no podía seguir viviendo con nosotros.

Me pregunté cuánto tiempo llevaríamos en el Hotel New Hampshire cuando Franny notara la ausencia del viejo pedorrero; antes de que empezara a buscarlo, papá tendría que poner las cartas sobre la mesa.

«Bien, Franny», imaginé que decía papá, «ya sabes que *Patético* no estaba rejuveneciendo precisamente... ni mejoraba en el control de sus necesidades fisiológicas.»

Al pasar junto a la portería blanco-muerte bajo el cielo negro, me estremecí al pensar cómo se lo tomaría Franny.

«¡Asesinos!», nos gritaría, y todos nos sentiríamos culpables.

«Franny, Franny...», respondería papá.

Pero Franny armaría un terrible jaleo, y sentí lástima por los huéspedes del Hotel New Hampshire que despertarían ante la variedad de sonidos que era capaz de producir Franny.

Entonces me di cuenta de lo que andaba mal en la portería del campo de fútbol europeo: la red había desaparecido. ¿Terminó la temporada?, me pregunté. No, si había una semana más de fútbol americano, tenía que haber una semana más de fútbol europeo. Recordé que, en años anteriores, las redes estaban en las porterías hasta la primera nevada, como si fuera necesaria una tormenta para recordarle al equipo de mantenimiento que se había olvidado de quitarlas. Las redes de las porterías contenían la nieve acumulada, como telarañas tan densas que atrapasen el polvo.

—La red ha desaparecido de la portería —le dije a Franny.

—Tanto da —se limitó a responder.

Torcimos hacia el bosque. Hasta en la oscuridad, Franny y yo éramos capaces de encontrar el atajo, el sendero que siempre utilizaban los futbolistas y del que se mantenían apartados todos los demás a causa de ellos.

Una broma de Halloween, pensé. Robaron una red de la portería... y en ese instante, Franny y yo tropezamos con ella. De pronto, la red nos cubrió por completo, y había otras dos personas atrapadas como nosotros: un alumno de primer año de la Dairy School, de apellido Firestone, con la cara redonda como un neumático y blanda como un queso, y un pequeño bromista del pueblo. Este último llevaba un traje de gorila, aunque por su tamaño se parecía más a un mono aracnoide. Llevaba la máscara de gorila echada hacia atrás sobre la cabeza, de modo que, cuando le mirabas

de espaldas, parecía un mono, y si mirabas su rostro arrugado, veías al pequeñajo asustado que era.

Era una trampa selvática, y el mono se revolvía en ella como un salvaje. Firestone intentó tumbarse, pero la red se lo impedía. Chocó conmigo y dijo:

—Disculpa —luego chocó con Franny y agregó—: Lo siento enormemente.

Cada vez que intentaba levantarme, la red tiraba de mis pies o de mi cabeza y me hacía caer. Franny estaba en cuclillas y mantenía el equilibrio. En el interior de la red también había una gran bolsa de papel que vertía las golosinas reunidas por el chico del traje de gorila: cereales azucarados y pegajosas bolas de palomitas de maíz coaguladas que se partían bajo nuestros cuerpos, además de pirulíes con sus crujientes envoltorios de celofán. El chico del traje de gorila gritaba sin aliento, de manera histérica, como si estuviera a punto de morir ahogado; Franny le *abrazó* e intentó serenarle.

—No es nada, sólo una mala pasada —le dijo—. Ya nos soltarán.

—¡Arañas gigantes!—chillaba el niño, mientras intentaba sacudírselas de encima y se retorció en los brazos de Franny.

—No, no, no son arañas —dijo Franny—. Sólo son *personas*.

Pero yo sabía qué clase de personas eran, y habría preferido las arañas.

—¡Hemos cogido *cuatro*! —exclamó una voz con cierta familiaridad de vestuario—. Cuatro imbéciles al mismo tiempo.

—Uno pequeño y tres grandes —dijo otra voz conocida, una voz de delantero o de defensa.

Luces de linternas, semejantes a ojos parpadeantes de arañas mecánicas en medio de la noche, nos miraron.

—¡Mira quién está aquí! —dijo la voz que mandaba, la del llamado Chipper Dove.

—Tiene bonitos piececillos —dijo Harold Swallow.

—Tiene una piel hermosa —dijo Chester Pulaski.

—Tiene una sonrisa muy bonita —dijo Lenny Metz.

—Y tiene el mejor culo de toda la escuela —dijo Chipper Dove.

Franny se arrodilló.

—¡Howard Tuck acaba de tener un ataque al corazón! —les dije—. Tenemos que conseguir una ambulancia.

—Soltad al mono —ordenó Chip Dove.

La red se movió. El delgado brazo negro de Harold Swallow arrancó de la telaraña al chico vestido de gorila y le liberó en medio de la noche.

—Chúpate ésta —exclamó Harold, y el pequeño gorila desapareció.

—¿Eres tú, Firestone? —preguntó Dove.

La luz de la linterna brilló sobre la blanda carne de Firestone, que daba la impresión de querer dormirse en el fondo de la red, con las rodillas levantadas sobre el pecho a la manera de un feto, con los ojos cerrados y la mano sobre la boca.

—¿Qué haces, mariconcete? —le preguntó Lenny Metz.

—Se está chupando el pulgar —informó Harold Swallow.

—Soltadle —dijo el mandamás.

El lamentable cutis de Chester Pulaski floreció como un fogonazo bajo la luz de la linterna; sacó a rastras al letárgico Firestone. Después de un leve sonido de carne sobre carne oímos salir al trote al ahora despierto Firestone.

—Mirad quiénes quedan —dijo Chipper Dove.

—Un hombre ha tenido un ataque al corazón —dijo Franny—. Vamos camino de la enfermería para pedir la ambulancia.

—Ya no vais camino de la enfermería —aclaró Dove—. Oye, pequeño —me dijo sosteniendo la linterna contra mi cara—, ¿sabes lo que quiero que hagas?

—No.

Alguien me dio una patada a través de la red.

—Lo que quiero que hagas es que te quedes aquí, en nuestra telaraña gigante, hasta que una de las arañas te diga que puedes irte. ¿Comprendes?

—No.

Alguien me dio otra patada, esta vez un poco más fuerte.

—Despábilate —me dijo Franny.

—Eso es, despábilate —intervino Lenny Metz.

—¿Y sabes lo que quiero que hagas *tú*, Franny? —dijo Chipper Dove, pero Franny no respondió—. Quiero que vuelvas a mostrarme aquel lugar, el lugar donde podemos estar solos. ¿Te acuerdas?

Traté de arrastrarme para quedar al lado de Franny, pero alguien tensó la red a mi alrededor.

—¡Ella se queda conmigo! —chillé—. Franny se queda conmigo. —Ahora estaba apoyado en una cadera, con la red cada vez más ceñida a mi alrededor. Alguien se arrodilló sobre mi espalda.

—Déjale en paz, te mostraré ese lugar —dijo Franny.

—Quédate aquí y no te muevas, Franny —le dije, pero permitió que Lenny Metz la sacara de la red—. ¡Recuerda lo que dijiste, Franny! —le grité—. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre la primera vez?

—Probablemente no es cierto —dijo con voz apagada—. Probablemente no es nada.

Entonces debió de intentar evadirse, porque oí un forcejeo en la oscuridad y Lenny Metz gritó:

—¡Me cago en tu estampa, cabrona! —volví a oír el familiar sonido de carne sobre carne.

—¡Está bien! ¡Está bien, vete a la porra! —gritó Franny.

—Lenny y Chester *te ayudarán* a mostrarme el lugar, Franny —dijo Chipper Dove—. ¿De acuerdo?

—¡Puerco! —le insultó Franny—. ¡Capullo! —otra vez el embate de carne sobre

carne, y Franny agregó—: ¡Está bien! Está bien.

El que estaba arrodillado sobre mi espalda era Harold Swallow. Si no hubiese tenido la red enredada a mi alrededor, habría podido replicarle, pero en esas condiciones no podía ni moverme.

—¡Volveremos a buscarte, Harold! —gritó Chipper Dove.

—¡Espéranos aquí, Harold! —dijo Chester Pulaski.

—Te llegará el turno, Harold —le aseguró Lenny Metz, y todos rieron.

—Yo no quiero ningún turno —dijo Harold Swallow—. No quiero problemas.

Pero los otros se habían ido. De vez en cuando oía maldecir a Franny... cada vez más lejos de mí.

—Tendrás problemas, Harold. *Sabes* lo que piensan hacerle —dije.

—No quiero saberlo, no quiero problemas. Vengo a esta escuela de mierda para huir de los problemas —respondió.

—Pues ya estás metido en un berenjenal, Harold. Van a violarla.

—Serán ellos, no yo —dijo Harold Swallow. Me debatí bajo la red, pero le resultó fácil mantenerme sujeto—. Tampoco me gusta pelear.

—Piensan que eres un negro chalado. Eso es lo que piensan de ti. Por eso están con ella y tú aquí, Harold. Pero todo forma parte del mismo problema. Estás metido en el mismo embrollo que ellos.

—Ellos nunca tienen problemas. Nadie los delata —dijo Harold.

—Franny lo hará —afirmé, pero noté los cereales azucarados y la tierra húmeda contra mi rostro.

Otra noche de Halloween para recordar, sin duda, y me sentí más débil y pequeño que nunca. Todos los Halloween que recordaba me había sentido muerto de miedo ante los chicos mayores, siempre mayores, que me aplastaban en la cabeza mi bolsa y la sacudían hasta que todo lo que oía era el crujido del celofán y por último la bolsa reventándose en los oídos.

—¿Qué aspecto tenían? —nos preguntaba siempre papá.

Pero todos los años tenían aspecto de fantasmas, de gorilas, de esqueletos y de cosas peores aún; era una noche de disfraces y nunca atrapaban a nadie. Ni por atar a Frank a la escalera de incendios de la mayor residencia del campus, donde se meó en los pantalones; nunca atraparon a nadie por eso. Ni por el kilo y medio de espaguetis fríos y mojados que alguien nos arrojó a Franny y a mí gritando: «¡Anguilas vivas! ¡Echad a correr si queréis salvar la vida!». Y nos quedamos retorciéndonos en la oscura acera, con los espaguetis pegados a nuestro cuerpo, desgañitándonos y sacudiéndonos uno a otro para quitárnoslos de encima.

—¡Van a *violar* a mi hermana, Harold! Tienes que ayudarla.

—Yo no puedo ayudar a nadie.

—*Alguien* podrá hacerlo —insistí—. Podríamos ir corriendo a buscar a alguien. Sé cuánto eres capaz de correr, Harold.

—Sí, ¿pero quién te ayudará a ti con *esos* tipos?

Yo sabía que no lo haría Howard Tuck, y por el ulular de las sirenas que ahora oía —en el campus y en el pueblo—, calculé que papá había logrado descifrar los cables del coche patrulla lo suficiente como para usar la radio y pedir socorro. Es decir, que no habría autoridades cerca para ayudar a Franny, de cualquier modo. Me eché a llorar y Harold Swallow distribuyó mejor su peso sobre mi hombro.

Durante un segundo, entre una inspiración y otra, entre un ulular de sirenas y otro, se hizo el silencio y oímos gritar a Franny. Carne sobre carne, pensé... pero ahora sonó diferente. Franny emitió un sonido que llevó a Harold Swallow a recordar *quién* podía ayudarla.

—Junior Jones sabe manejar a esos tipos —dijo—. Junior Jones no se achica ante nadie.

—¡Sí! —me entusiasmé—. Y es amigo tuyo, ¿no? Tú le caes mejor que ellos, ¿verdad?

—A él no le cae bien *nadie* —dijo Harold Swallow en tono de admiración; pero de pronto me quitó su peso de encima y empezó a hurgar la red, desenredándola—. Levanta el culo. *Alguien* le cae bien a Junior.

—¿Quién? —quise saber.

—La hermana de cualquiera —replicó Harold Swallow, pero esta idea no me tranquilizó.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—¡Ponte de pie! —me ordenó—. A Junior Jones le cae bien la hermana de cualquiera... me lo dijo él mismo. Me dijo textualmente: «La hermana de cualquiera es una buena chica».

—¿Pero eso qué quiere decir?

Ahora yo me esforzaba por seguir su ritmo, pues Harold Swallow era la organización de carne humana más veloz de la Dairy School. Como decía Entrenador Bob, sabía volar.

Corrimos en dirección a la luz del extremo del sendero; pasamos más allá de donde yo sabía que había oído por última vez a Franny, donde estaban los helechos, donde los miembros de la línea defensiva de Iowa Bob se turnaban. Allí me detuve; quise internarme en el bosque para ir a rescatarla, pero Harold Swallow me apartó de un tirón.

—Tú no puedes hacerles nada a esos tipos, hombre —me recordó—. Tenemos que encontrar a Junior.

Yo ignoraba por qué razón Junior Jones estaba en condiciones de ayudarnos. Sólo pensé que moriría antes de llegar a saberlo —tratando de mantener el ritmo de Harold Swallow—, y que si era verdad que a Jones le caía bien «la hermana de cualquiera», no era necesariamente una buena nueva para Franny.

—¿Cómo es eso de que le cae bien la hermana de cualquiera? —dije jadeante en dirección a Harold Swallow.

—Le caen bien todas las hermanas, incluso *la suya* —argumentó Harold Swallow



—. ¿Por qué eres tan lento, hombre? Junior Jones también tiene una hermana y unos cretinos la violaron. ¡Mierda, creí que todo el mundo lo sabía!

Es mucho lo que uno se pierde no viviendo en los dormitorios del campus, decía siempre Frank.

—¿Les echaron el guante? —le pregunté a Harold Swallow—. ¿Atraparon a los tipos que violaron a la hermana de Junior?

—¡Mierda, los atrapó Junior! Creí que todo el mundo lo sabía.

—¿Qué les hizo? —pregunté, pero Harold Swallow ya me había metido en el edificio donde estaba el dormitorio de Junior Jones; voló escaleras arriba y yo quedé una planta rezagado con respecto a él.

—¡Ni lo preguntes! —me gritó Harold—. Mierda, nadie sabe qué les hizo. Y nadie lo pregunta.

¿Dónde demonios vive Junior Jones?, me pregunté después de pasar la tercera planta y seguir ascendiendo, con los pulmones a punto de reventar y sin Harold Swallow a la vista. Pero éste me aguardaba en el rellano del quinto y último piso.

Junior Jones vive en el cielo, pensé, pero Harold me explicó que la mayoría de los deportistas negros de la Dairy School se alojaban en la última planta de aquel edificio.

—Fuera de la vista, ¿comprendes? —me dijo Harold—. Como pajaritos en los nidos de la rama más alta de la copa de los árboles. Allí ponen a los negros en esta escuela de mierda.

La quinta planta estaba a oscuras y caldeada.

—El calor se eleva, ¿no lo sabías? —me explicó Harold Swallow—. ¡Bienvenido a la jodida selva!

Todas las luces de todos los dormitorios estaban apagadas, pero a través de las puertas se oía música; el quinto piso de aquel edificio parecía una diminuta calle urbana llena de *nightclubs* y bares que cumplen las normas de oscurecimiento; en el interior se oía el inconfundible arrastrar de pies de quienes bailan y bailan en la oscuridad.

Harold Swallow llamó a la puerta.

—¿Qué buscas? —inquirió la aterradora voz de Junior Jones—. ¿Quieres morir?

—¡Junior, Junior! —llamó Harold Swallow y golpeó la puerta con más violencia.

—Veo que quieres morir —dijo Junior Jones, y oímos los chasquidos de una serie de cerraduras semejantes a las de las celdas de la cárcel—. Si algún hijo de puta quiere que le aplasten le ayudaré —más pestillos; Harold Swallow y yo retrocedimos—. ¿Cuál de los dos prefiere morir primero?

El calor y un saxofón vibraban en su habitación; le vi a contraluz de una vela encendida sobre su escritorio, que estaba envuelto —como el ataúd de un presidente— en la bandera americana.

—Necesitamos que nos ayudes, Junior —dijo Harold Swallow.

—Ya lo creo que necesitaréis ayuda.

—Tienen a mi hermana —le dije—. Han atrapado a Franny y la están violando.

Junior Jones me cogió de las axilas y me alzó hasta que quedamos cara a cara; luego me apoyó suavemente contra la pared. Mis pies quedaron a unos cuantos centímetros del suelo, pero no me resistí.

—¿Has dicho *violar*? —me preguntó.

—¡Sí, violar, violar! —dijo Harold Swallow, zumbando a nuestro alrededor como una abeja—. Están violando a su hermana. Es verdad.

—¿A tu hermana? —Junior dejó que me deslizase hasta el suelo, siempre contra la pared.

—A mi hermana Franny —dije.

Por un instante temí que volviera a decir «para mí sólo es una blanca más», pero no dijo nada: se echó a llorar. Su rostro quedó tan brillante y húmedo como el escudo de un guerrero abandonado bajo la lluvia.

—Por favor, debemos darnos prisa —le dije.

Junior Jones empezó a menear la cabeza negativamente, salpicándonos de lágrimas a Harold Swallow y a mí.

—No llegaremos a tiempo —se lamentó—. Hagamos lo que hagamos, será demasiado tarde.

—Son *tres* —aclaró Harold Swallow—. Tres veces lleva tiempo.

Sentí que me mareaba; me acometió una y otra vez el espíritu de Halloween con la tripa llena de porquerías.

—Y yo sé quiénes son esos tres, ¿no? —dijo Junior Jones.

Noté que se estaba vistiendo; no me había dado cuenta de que iba desnudo. Se puso unos holgados pantalones grises de chándal, los zapatos de remate alto de baloncesto en los enormes pies descalzos y una gorra de béisbol con la visera vuelta hacia atrás; aparentemente sólo iría vestido con eso, porque salió al pasillo de la quinta planta y de pronto empezó a gritar:

—¡Brazo Negro de la Ley! —se abrieron algunas puertas—. ¡Caza de leones! —gritó; todos los deportistas negros de cuarentena en el último piso se asomaron—. ¡Reuníos!

—¡Caza de leones! —repitió Harold Swallow de un lado a otro del pasillo—. ¡Reuníos! ¡Brazo Negro de la Ley!

Fue entonces cuando se me ocurrió que no conocía a ningún alumno negro de la Dairy School que no fuese deportista, lo cual era natural: nuestra escuela de mierda no los habría aceptado si no hubiera podido *usarlos* de alguna manera.

—¿Qué es una caza de leones? —pregunté a Junior Jones.

—Tu hermana es una buena chica, lo sé —replicó—. La hermana de cualquiera es una buena chica.

Por supuesto coincidí con él; Harold Swallow me golpeó un brazo y dijo:

—¿Has visto? La hermana de cualquiera es una buena chica.

Bajamos volando las escaleras en notable silencio, si tenemos en cuenta cuántos

éramos. Harold Swallow iba a la vanguardia y nos esperaba impaciente en cada rellano. Junior Jones resultó ser sorprendentemente veloz para su tamaño. En el descanso de la segunda planta encontramos a dos estudiantes blancos que volvían a sus dormitorios; vieron a los deportistas negros descendiendo las escaleras y huyeron pasillo abajo.

—¡Caza de leones! —gritaron—. ¡El puñetero Brazo Negro de la Ley!

No se abrió una sola puerta y vimos que apagaron dos luces. Salimos a la noche de Halloween en dirección al bosque y al lugar lindante con el sendero que yo reconocería y recordaría toda mi vida. No hay un solo día en que no recuerde esos helechos, donde Franny y yo estuvimos por primera vez y siempre solos.

—¡Franny! —grité, pero no obtuve respuesta.

Conduje a Jones y a Harold Swallow por el bosque; a nuestras espaldas, los deportistas negros se abrieron en abanico por el sendero y penetraron en la arboleda desde todas partes, sacudiendo los árboles, pateando las hojas muertas, algunos tarareando una melodía, *todos* (noté de repente) con las gorras de béisbol vueltas hacia atrás, todos con el torso desnudo; dos usaban máscaras de *catchers*. El sonido que producían era semejante al chirrido de una gran paleta giratoria que avanza a campo traviesa. Parpadeaban las linternas, y como un enjambre de luciérnagas llegamos a los helechos, donde Lenny Metz —sin pantalones— apretaba la cabeza de mi hermana entre sus rodillas. Estaba arrodillado sobre los brazos de Franny, extendidos por encima de su cabeza, mientras Chester Pulaski —quien sin duda era el tercero de la fila— agotaba su turno.

No había ni rastro de Chipper Dove; había sido el primero, por supuesto. Y como buen zaguero que era, no había retenido la pelota mucho tiempo.

—Claro que yo sabía lo que quería hacerme —me dijo Franny mucho después—. Estaba preparada para él, incluso lo había imaginado... con él. Siempre supe, de alguna manera, que sería él... la primera vez. Pero nunca pensé que permitiría que los otros me vieran siquiera con él. Hasta le dije que no tenían por qué sujetarme, que *a él* le dejaría hacer. Pero cuando me dejó con ellos..., no estaba preparada. Jamás me lo habría imaginado.

A mi hermana le pareció que le habían hecho pagar desproporcionadamente su travesura con las luces del Hotel New Hampshire y su involuntaria contribución a la partida de Howard Tuck de este mundo.

—Muchacho, siempre hay que pagar por un poco de diversión —dijo.

En mi opinión, Lenny Metz y Chester Pulaski no pagaron lo suficiente por su «diversión». Metz soltó los brazos de mi hermana en cuanto entrevió la figura de Junior Jones; se puso los pantalones e intentó huir. Era un defensa acostumbrado a encontrar obstáculos delante de él en un campo relativamente despejado. Pero en el oscuro bosque apenas veía los cuerpos movedizos de los deportistas negros que tarareaban, y aunque corrió con brío y cierta velocidad, chocó contra un árbol cuyo perímetro era como uno de sus muslos y se rompió la clavícula. Al instante le

rodearon y volvieron a arrastrarle hasta la tierra santa de los helechos, donde Junior Jones ordenó que le desnudaran y le ataran a un vilorto; después lo llevaron, desnudo, al apartamento del decano de los chicos. Luego me enteré de que los cazadores de leones siempre entregaban a sus presas con un toque de gracia.

En una ocasión cogieron a un exhibicionista que se había dedicado a molestar a las chicas en sus dormitorios. Le colgaron por los tobillos del caño de la ducha en el cuarto de baño más concurrido por las chicas, desnudo y envuelto en una transparente cortina de baño. A continuación llamaron al decano de los chicos.

—Aquí, el Brazo Negro de la Ley —se había anunciado Junior Jones—. El sheriff de la quinta planta.

—Sí, Junior, ¿qué ocurre? —había preguntado el decano.

—Hay un nudista en el dormitorio femenino, exactamente en el lavabo de la primera planta, a su derecha. Los cazadores de leones lo han capturado en plena exhibición.

Conque ahora llevaron a Lenny Metz ante el decano de los chicos. Chester Pulaski había llegado antes que él.

—¡Caza de leones! —había gritado Harold Swallow en el bosque.

Cuando Lenny soltó los brazos de Franny, Chester Pulaski se separó de mi hermana y huyó. Iba completamente desnudo y corría con precauciones entre los árboles a causa de sus tiernos y descalzos pies. Aproximadamente cada veinte metros, el Brazo Negro de la Ley le daba un susto de muerte; los deportistas negros reptaban entre el follaje, sacudían los árboles, hacían chasquear las ramas y entonaban sus himnos. Aquél había sido el primer polvo de Chester Pulaski en pandilla, y el ritual selvático había coloreado completamente la noche para él —¡creyó que el bosque se había llenado repentinamente de *nativos!* (¡caníbales!, pensó)—; tropezaba y aullaba inclinado, algo que estaba muy de acuerdo con mi idea del Hombre Primitivo: no muy erguido, en realidad casi a gatas. Y desnudo y rasguñado por las ramas y casi a gatas iba él cuando llegó al apartamento del decano de los chicos.

Éste no se hallaba a gusto en la Dairy School desde que admitieron chicas. Antes había ostentado el cargo de decano de estudiantes. Era un hombre riguroso y digno, que siempre llevaba su pipa y sentía predilección por los deportes de raqueta; tenía una esposa vivaracha y digna, de la variedad «animadora juvenil», y su edad sólo era traicionada por las alarmantes bolsas de sus ojos. No tenían hijos. «Todos los chicos son mis hijos», solía decir el decano de estudiantes.

Cuando llegaron «las chicas» no sintió lo mismo con respecto a ellas, y poco después nombró ayudante a su esposa, con el título de decana de las chicas. Le satisfacía su nuevo título de decano de los chicos, pero le desesperaban los líos en que se metían sus chicos ahora que había chicas en Dairy.

«¡Oh, no!», probablemente dijo cuando oyó a Chester Pulaski arañar su puerta. «Detesto Halloween.»

—Ya iré yo —dijo la decana de las chicas, y se encaminó a abrir la puerta—. Ya

lo sé, ya lo sé, la bolsa o la vida —saludó alegremente.

Se encontró frente a Chester Pulaski desnudo y encogido, plagado de granos e impregnado de olor a sexo.

Se dice que el grito de la decana de las chicas despertó a las dos plantas inferiores de la residencia de estudiantes en que vivían, e incluso a la señora Butler, la enfermera de noche, que dormía en su despacho de la enfermería, en el edificio contiguo.

«Detesto Halloween», probablemente dijera en su fuero interno.

Fue hasta la puerta de la enfermería y nos vio a Junior Jones, a Harold Swallow y a mí. Junior llevaba en brazos a Franny.

Yo la había ayudado a vestirse entre los helechos; Junior Jones intentó desenredarle el pelo mientras ella lloraba y lloraba. Por último él le preguntó:

—¿Quieres caminar o cabalgar?

Era una pregunta que papá solía hacernos cuando éramos más pequeños y que significaba si preferíamos andar o ir en coche. Naturalmente, Junior quería decir que la llevaría en brazos, y eso era lo que Franny prefería...

Pasamos por el lugar donde estaban amarrando a Lenny Metz a un vilorto y preparándole para un tipo de viaje distinto. Franny no cesaba de llorar y Junior le dijo:

—Eres una buena chica y te advierto que mi criterio es muy acertado en este sentido.

Pero Franny siguió llorando.

—¿Quieres saber una cosa? —insistió Junior Jones—. Cuando alguien te toca y tú *no quieres* que te toquen, es como si no te tocaran, tienes que creerme. No es *a ti* a quien tocan cuando te tocan así; de hecho, no llegan a ti, ¿comprendes? Aún te tienes *a ti* en tu interior. Nadie te ha tocado, de veras. Eres una buena chica, ¿me crees? Aún te tienes *a ti* dentro de ti, créeme.

—No sé —susurró Franny, y siguió llorando.

Uno de sus brazos colgaba a un costado de Junior y le tomé la mano: ella me la apretó y le devolví el ademán. Harold Swallow zigzagueaba entre los árboles guiándonos sendero arriba. Llegamos a la enfermería y se abrió la puerta.

—¿Qué significa esto? —preguntó la señora Butler.

—Soy Franny Berry y me han dado una paliza.

«Una paliza» siempre sería el eufemismo de Franny para nombrar lo que le habían hecho, aunque todo el mundo sabía que la habían violado. «Me han dado una paliza» era todo lo que diría Franny, aunque todos sabían qué quería decir; pero, planteado así, jamás podría llegar a ser una cuestión *legal*.

—Quiere decir que la violaron —le aclaró Junior Jones a la señora Butler.

Mas Franny siguió negándolo con la cabeza. Creo que la forma de interpretar la bondad de Junior para con ella y la versión de él acerca de que su yo interior no había sido tocado, consistía en rebajar el ultraje sexual a una mera pelea que ella había

perdido. Franny le dijo algo al oído —él aún la llevaba contra su pecho, entre los brazos— y Junior la ayudó a sostenerse de pie mientras le decía a la señora Butler:

—Está bien, le dieron una paliza.

—Le han dado una paliza y la han violado —intervino Harold Swallow.

Harold no podía quedarse quieto ni callado, pero Junior Jones le petrificó de una mirada y le dijo:

—¿Por qué no ahuecas el ala, Harold?

La sugerencia devolvió el brillo a los ojos de Harold, que emprendió el vuelo.

Intenté telefonar a papá sin recordar que en el Hotel New Hampshire no funcionaba ningún teléfono. Entonces llamé al Departamento de Seguridad del campus y les pedí que le transmitieran el mensaje: Franny y yo estábamos en la enfermería de la Dairy School porque a Franny «le habían dado una paliza».

—Sólo es otra noche de Halloween, pequeño —me dijo Franny, sin soltarme la mano.

—La peor, Franny —le dije.

—La peor hasta hoy —profetizó mi hermana.

La señora Butler se llevó a Franny con el propósito de prepararle —entre otras cosas— un baño. Junior Jones me explicó que, si Franny se bañaba, no quedarían pruebas de que la habían violado. Corrí tras la señora Butler para decírselo, pero ésta ya se lo había expuesto a Franny, que prefería dejar las cosas así.

—Me han dado una paliza —insistió.

De cualquier modo siguió el consejo de la señora Butler con respecto a comprobar, más adelante, si estaba embarazada (no lo estaba) o si le habían contagiado alguna enfermedad venérea (alguien le había transmitido algo, pero finalmente se curó).

Cuando papá llegó a la enfermería, Junior Jones se había ido a prestar ayuda para la entrega de Lenny Metz al decano; Harold Swallow estaba registrando el campus como un halcón en busca de un palomo<sup>[5]</sup>, y yo estaba sentado en la nívea sala hospitalaria con Franny, recién bañada, con una toalla en la cabeza, una bolsa de hielo en la mejilla izquierda y el índice de la mano derecha vendado (se había arrancado una uña en la refriega); llevaba puesta una bata del hospital y estaba sentada en la camilla.

—Quiero ir a casa —le dijo a papá—. Dile a mamá que necesito ropa limpia.

—¿Qué te hicieron, cariño? —le preguntó papá, y se sentó a su lado.

—Me dieron una paliza —respondió Franny.

—¿Y dónde estabas tú? —me interrogó papá.

—Había ido a buscar ayuda —se apresuró a decir mi hermana.

—¿Viste lo que ocurrió? —me preguntó papá.

—Él no vio nada —contestó Franny.

Vi el tercer acto, quise decirle a papá; pero, aunque *todos* sabíamos lo que significaba «una paliza», fui leal a los términos establecidos por Franny.

—Sólo quiero ir a casa —insistió Franny, aunque, a mí, el Hotel New Hampshire me parecía un sitio demasiado grande y extraño para acurrucarse.

Papa fue a buscar la ropa de Franny. Es de lamentar que se perdiera a Lenny Metz sujeto al vilorto y arrastrado por el campus hasta el apartamento del decano como un pedazo de carne mal preparado en un asador. Y es una lástima que papá no presenciara la minuciosidad de Harold Swallow buscando a Dove, recorriendo dormitorio tras dormitorio como una sombra. Hasta que conjeturó que Chipper Dove sólo podía estar en los dormitorios femeninos. En cuanto llegara a ellos, pensó, sólo sería cuestión de tiempo descubrir en qué habitación se había escondido.

El decano de los chicos, después de cubrir a Chester Pulaski con el abrigo de piel de camello de su esposa —era lo que tenía más a mano—, gritó:

—¡Chester, Chester, hijo mío! ¿*Por qué?* ¡Apenas *una semana* antes del partido con Exeter!

—El bosque está lleno de negros —dijo Chester Pulaski con voz lúgubre—. Se han lanzado a la toma del poder. ¡Sálvese quien pueda!

La decana de las chicas se había encerrado en el cuarto de baño y cuando oyó la segunda serie de arañazos y golpes le gritó al marido:

—¡Esta vez atiende tú esa maldita puerta!

—¡Son los negros, no los deje entrar! —gritó Chester Pulaski mientras se arrebujaba en el abrigo de la decana de las chicas.

El decano de los chicos abrió valientemente la puerta; hacía tiempo que tenía un acuerdo con la policía secreta de Junior Jones, que era el brazo oculto de la Ley en la Dairy School.

—¡Por Dios, Junior! —exclamó el decano—. Esto ya es ir demasiado lejos.

—¿Quién es? —preguntó la decana de las chicas desde el lavabo.

Entraron a Lenny Metz en la sala de estar de los decanos y le extendieron delante de la chimenea; la clavícula le atenazaba de dolor y, cuando vio el fuego, debió de creer que estaba destinado a él.

—¡Confieso! —gritó.

—Ya lo creo que lo harás —dijo Junior Jones.

—He sido yo —chilló Lenny Metz.

—Ya lo creo que has sido tú —dijo Junior Jones.

—¡Yo también! —gritó Chester Pulaski.

—¿Y quién fue *el primero*? —inquirió Junior Jones.

—¡Chipper Dove! —respondieron a coro los zagueros—. ¡Dove fue el primero!

—¿Comprende? —dijo Junior Jones al decano de los chicos.

—¿Qué hicieron... y a quién? —quiso saber el decano.

—Se tiraron a Franny Berry en pandilla —aclaró Junior Jones, en el preciso momento en que la decana de las chicas salía del cuarto de baño.

La mujer oyó sus palabras y vio a los deportistas negros balanceándose en el vano de la puerta, como una sociedad coral de un país africano. Volvió a gritar y corrió a

encerrarse otra vez en el cuarto de baño.

—Ahora le traeremos a Dove —prometió Junior Jones.

—¡Con cuidado, Junior! —imploró el decano—. ¡Por Dios, *con mucho cuidado!*

Me quedé con Franny; mamá y papá llegaron a la enfermería con su ropa. Entrenador Bob se había quedado al cuidado de Lilly y Egg; como en los viejos tiempos, pensé. ¿Pero dónde estaba Frank?

Frank había salido a «cumplir una misión», dijo papá en tono misterioso. Cuando se enteró de que «le habían dado una paliza» a Franny, comprendió qué había ocurrido. Sabía que, en cuanto llegase a casa y estuviera en su cama, preguntaría por *Patético*.

«Quiero ir a casa», diría, y a continuación agregaría: «Quiero que *Patético* duerma conmigo».

—Quizá no sea demasiado tarde —había dicho papá.

Había dejado a *Patético* en la consulta del veterinario antes del partido. Si el veterinario había tenido un día muy ajetreado, el viejo pedorrero estaría vivo en una jaula.

Frank se había hecho cargo de la misión de averiguarlo.

Pero fue similar a la misión de rescate de Junior Jones: Frank también llegó tarde. Despertó al veterinario aporreando la puerta de su casa.

«Detesto Halloween», dijo probablemente el veterinario, pero su mujer le explicó que se trataba de uno de los chicos Berry que preguntaba por *Patético*.

—¡Caray! —exclamó el veterinario—. Lo siento mucho, hijo, pero tu perro pasó a mejor vida esta tarde.

—Quiero verlo —dijo Frank.

—¡Caray! —repitió el veterinario—. El perro ha muerto, hijo.

—¿Ya lo enterraron? —preguntó Frank.

—¡Qué conmovedor! —dijo la mujer a su marido—. Deja que el chico entierre a su perro si eso es lo que quiere.

—¡Caray! —insistió el veterinario, pero condujo a Frank hasta la última caseta de la perrera, donde mi hermano se regaló la vista con una pila de tres perros muertos y otra de tres gatos en el mismo estado—. Los fines de semana no enterramos —explicó el veterinario—. ¿Cuál es *Patético*?

Frank descubrió instantáneamente al viejo maloliente; *Patético* había empezado a ponerse rígido, pero logró meterlo en una gran bolsa de basura. El veterinario y su mujer no podían saber que Frank no tenía la menor intención de *enterrar* al viejo labrador.

—Demasiado tarde —susurró Frank a papá cuando mamá, él, Franny y yo llegamos a casa, al Hotel New Hampshire.

—¡Narices, sé caminar sola! —protestó Franny porque todos tratábamos de ir a su lado—. ¡*Patético!* —llamó—, ven, chico...

Mamá se deshizo en un mar de lágrimas y Franny la cogió del brazo.



—Estoy bien, mamá, de verdad me siento bien —le dijo—. Nadie me tocó *mi yo* interior... supongo.

Papá lagrimeó y Franny le cogió del brazo. Yo había llorado toda la noche y se me habían agotado todas las lágrimas. Frank me llevó aparte.

—¿Qué demonios quieres, Frank? —le pregunté.

—Ven a ver algo.

*Patético*, que seguía en la bolsa de basura, estaba debajo de su cama.

—¡Caray, Frank! —exclamé.

—Lo voy a *arreglar* para Franny —me dijo—, ¡a tiempo para Navidad!

—¿Para *Navidad*, Frank? ¿*Arreglarlo*?

—¡Lo disequé!

La asignatura predilecta de Frank en la Dairy School era la biología, un extraño curso que dictaba un taxidermista aficionado, llamado Foit. Con ayuda de éste, Frank ya había disequé una ardilla y un extraño pájaro.

—¡Cristo! —me sobresalté—. No sé si a Franny le gustará.

—Es lo más próximo a estar vivo —afirmó mi hermano.

Yo no estaba tan seguro. A juzgar por el estallido que oímos de boca de Franny, comprendimos que papá le había dado la noticia. Iowa Bob había provocado una leve distracción a la congoja de Franny. Insistió en salir personalmente a buscar a Chipper Dove y costó mucho disuadirle. Franny quiso darse otro baño, y yo permanecí tendido en la cama, escuchando cómo se llenaba la bañera. Después me levanté, me acerqué a la puerta del cuarto de baño y le pregunté si quería que le llevara algo.

—Gracias —susurró—. Ve a traerme ayer y la mayor parte de hoy. Quiero recuperarlos.

—¿Eso es todo? ¿Sólo ayer y hoy?

—Eso es todo. Muchas gracias.

—Si pudiera lo haría, Franny.

—Lo sé —respondió. La oí hundirse lentamente en la bañera—. Estoy bien. Nadie me tocó *el yo* que hay en mí.

—Te quiero —murmuré.

No respondió y me volví a la cama.

Oí a Entrenador Bob en sus habitaciones de encima de las nuestras —haciendo tracciones y flexiones, y a continuación algunos ejercicios de un solo brazo (los rítmicos ruidos metálicos de la barra con pesas y la respiración airada del anciano)—, y lamenté que no le hubiesen permitido ir en busca de Chipper Dove, que no habría podido rivalizar con el viejo lateral de Iowa.

Por desgracia, Dove *podía* rivalizar con Junior Jones y con el Brazo Negro de la Ley. Había ido directamente a los dormitorios de las chicas, concretamente a la habitación de una embelesada animadora que se llamaba Melinda Mitchell. La llamaban Mindy y estaba loca por Dove. Éste le contó que había estado «tonteando» con Franny Berry, pero que, cuando ella empezó a hacer lo mismo con Lenny Metz y

con Chester Pulaski, había decidido dejarla. Dijo que mi hermana era una «calientapollas», y Mindy Mitchell estuvo de acuerdo con él. Hacía años que estaba celosa de Franny.

—Pero, ahora, Franny ha ordenado a los negros que me persigan —le dijo Dove a Mindy—. Es amiga de ellos. Sobre todo de Junior Jones, ese lacayo santurrón que es chivato del decano.

Mindy Mitchell metió a Dove en la cama con ella, y cuando Harold Swallow llamó a su puerta («Dove, Dove, ¿has visto a Dove? el Brazo Negro de la Ley quiere encontrarle»), respondió que no permitía la entrada de *ningún* chico en su dormitorio y que, por lo tanto, tampoco le abriría a él.

En consecuencia, no lo encontraron. A la mañana siguiente lo expulsaron de la Dairy School, junto con Chester Pulaski y Lenny Metz. Los padres de los violadores, cuando se enteraron de la historia, se sintieron tan aliviados al ver que no se iniciaba una acción legal, que aceptaron, agradecidos, la expulsión de la escuela. Algunos miembros del profesorado y la mayoría de los del cuerpo administrativo lamentaron que no se hubiera echado tierra al asunto hasta después del partido con Exeter, pero quedó en claro que era preferible perder la línea defensiva de Iowa Bob que a él, pues, sin duda alguna, el viejo se habría negado a tener nada que ver con un partido en el que aquellos tres siguieran formando parte de su equipo.

Fue un incidente que se silenció según la mejor tradición de las escuelas privadas; notable que una escuela tan poco sofisticada como la Dairy School pudiese imitar con tanta exactitud el decoro del silencio al abordar cuestiones desagradables, algo que las escuelas más sofisticadas habían aprendido como una ciencia.

Chester Pulaski, Lenny Metz y Chipper Dove fueron expulsados por «darle una paliza» a Franny Berry, lo cual implicaba que aquello era una mera extensión de la grosera calidad general de cualquier noche de Halloween en la Dairy School. A mi juicio, Dove salió impune. Pero Franny y yo aún no lo habíamos visto por última vez, y quizá mi hermana ya lo sabía. Tampoco habíamos visto por última vez a Junior Jones; fue amigo de Franny —aunque no exactamente guardaespaldas— durante el resto de su estancia en Dairy. Iban juntos a todas partes, y para mí resultó evidente que a Junior Jones le correspondía el mérito de haber ayudado a Franny a sentir que era, sin ningún género de dudas, una buena chica, como siempre le decía. Tampoco le vimos por última vez cuando dejamos la Dairy, aunque, una vez más, su estilo en el rescate de Franny se destacaría por una llegada tardía. Como ya sabéis, Junior Jones jugaría en el fútbol preuniversitario en Pensilvania y en el profesional con los Brown, hasta que alguien le destrozó una rodilla. Después estudió abogacía y se hizo activista de una organización neoyorquina, que por sugerencia suya se llamaría Brazo Negro de la Ley. Como diría Lilly —y un día lo pondría de relieve—, todo es un cuento de hadas.

Chester Pulaski padecería pesadillas racistas la mayor parte de su vida, que concluiría en un coche. La policía afirmó que debía de tener las manos ocupadas con

alguien mientras se suponía que debía prestar atención al volante. La mujer también murió, y Lenny Metz dijo que la conocía. Cuando se le curó la clavícula, Metz volvió a llevar el balón; jugó fútbol preuniversitario en algún lugar de Virginia y presentó a Chester Pulaski a la mujer que éste mataría en unas vacaciones de Navidad. A Metz nunca le ficharían los profesionales —por su manifiesta falta de velocidad—, pero sí el Ejército de Estados Unidos, al que no le importaba que fuese lento. Murió por su patria, como suele decirse, en Vietnam. En realidad no le mató el enemigo ni pisó un campo de minas. Lenny Metz sucumbió a otro tipo de combate: le envenenó una prostituta a la que había engañado.

Harold Swallow era, al mismo tiempo, demasiado loco y demasiado rápido para que yo le siguiera los pasos. Dios sabe qué habrá sido de él. ¡Buena suerte, Harold, estés donde estés!

Tal vez porque era Halloween y la atmósfera de Halloween impregna mi memoria de la temporada triunfal de Iowa Bob, para mí todos se han convertido en fantasmas, hechiceros, demonios y criaturas mágicas. Tampoco debemos olvidar que aquélla era la primera noche que dormíamos en el Hotel New Hampshire, aunque casi no hayamos dormido. La primera noche que uno pasa en un lugar siempre es un poco desasosegada. Hay que acostumbrarse a los ruidos diferentes de las camas. Lilly, que siempre despertaba con la misma tos seca, como si fuese una persona muy vieja —y constantemente nos sorprendía ver cuán pequeña era— despertó tosiendo de otra manera, casi como si estuviese tan exasperada como mamá por su mala salud. Egg nunca despertaba si no le llamaban, y después actuaba como si llevara horas despierto. Pero la mañana siguiente de Halloween se despertó por su cuenta, casi pacíficamente. Durante años, yo había oído a Frank masturbarse en su dormitorio, pero el ruido era distinto en el Hotel New Hampshire, quizá porque yo sabía que *Patético* estaba en una bolsa de basura debajo de su cama.

La mañana después de Halloween vi cómo caían las primeras luces sobre Elliot Park. Había escarcha y, a través de las cortezas heladas de una calabaza aplastada, vi que Frank se dirigía al laboratorio de biología llevando al hombro la bolsa que contenía a *Patético*. Papá le vio por la misma ventana.

—¿Adónde diablos va Frank con la basura? —preguntó.

—Probablemente no encontró los cubos —dije para que Frank lograra escapar—. Como los teléfonos no funcionan y la electricidad *no estaba* conectada, probablemente no haya cubos de basura.

—Hay cubos y están fuera, delante de la entrada de servicio —fijó la vista en Frank y movió la cabeza—. Ese tonto es capaz de ir al vertedero. ¡El chico es rarillo!

Me estremecí, pues sabía que papá ignoraba que Frank *era* marica.

Cuando, por fin, Egg salió del lavabo, papá intentó entrar, pero descubrió que Franny había llegado antes. Otra vez se estaba preparando *otro* baño, y mamá le dijo a papá:

—No le digas una sola palabra. Que tome todos los baños que quiera.

Se alejaron discutiendo, lo que rara vez hacían.

—Ya te dije que necesitaríamos otro cuarto de baño —dijo mamá.

Oí que Franny llenaba la bañera.

—Te quiero —susurré ante la puerta cerrada con llave.

Pero debido al estruendo de las aguas terapéuticas no es probable que Franny me oyese.

## Feliz Navidad 1956

Recuerdo el resto de 1956, desde Halloween hasta Navidad, como el plazo de tiempo que tardó Franny en dejar de darse tres baños diarios y retornar a su inclinación natural por su buen olor a fruta en sazón. Para mí, Franny siempre olió bien —aunque a veces despedía un olor muy penetrante—, pero entre Halloween y las navidades de 1956 no olía bien para sí misma. Para colmo, se daba tantos baños que no olía a nada.

Nuestra familia tomó posesión de otro cuarto de baño del Hotel New Hampshire, y todos nos volvimos diestros en la atención del primer negocio familiar de papá. Mamá se hizo cargo del excéntrico orgullo de la señora Urick y de su producción culinaria sencilla-pero-buena; la señora Urick se hizo cargo de Max, pese a que éste permanecía bien oculto de ella, en la cuarta planta. Papá se hizo cargo de Ronda Ray... «aunque no literalmente», solía decir Franny.

Ronda estaba en posesión de una extraña energía. Era capaz de deshacer y tender todas las camas en una mañana; de atender cuatro mesas del restaurante sin cometer un solo error en los pedidos ni hacer esperar a nadie; de relevar a papá en la barra (teníamos abierto el bar todas las noches, excepto los lunes, hasta las once) y de tener dispuestas todas las mesas antes del desayuno (que se servía a las siete). Sin embargo, cuando se retiraba a su «sala de día», parecía en estado de hibernación o presa de un profundo estupor; hasta en el punto máximo de su energía —cuando lo hacía todo a tiempo— parecía adormilada.

—¿Por qué razón decimos que es una *sala de día*?— preguntó Iowa Bob—. Si Ronda va a dormir a Hampton Beach, ¿cuándo lo hace? Quiero decir que me parece bien que viva aquí, pero ¿por qué no decimos que vive aquí..., por qué no lo dice *ella*?

—Hace bien su trabajo —dijo papá.

—Pero *vive* en su sala de día —puntualizó mamá.

—¿Qué es una sala de día? —quiso saber Egg.

Aparentemente, todos queríamos saberlo.

Franny y yo dejábamos conectado durante horas el interfono con la sala de Ronda Ray, pero tardaríamos semanas en enterarnos de qué era una sala de día. A media mañana conectábamos y, después de oír un rato la respiración de Ronda, Franny decía:

—Duerme.

En otras ocasiones explicaba:

—Está fumando un cigarrillo.

Por la noche, muy tarde, volvíamos a conectar y yo decía:

—Quizá esté leyendo.

—¿Bromeas? —me preguntaba Franny.

Aburridos, pasábamos a las demás habitaciones, de una en una o todas a la vez.

Controlábamos la estática de Max Urick, por encima de la cual podíamos —a veces— oír su radio. Controlábamos las ollas de la cocina de la señora Urick en el sótano. Sabíamos que la 3F era Iowa Bob, y de vez en cuando sintonizábamos el sonido de sus barras con pesas. A menudo le interrumpíamos con nuestros comentarios:

—¡Adelante, abuelo, un poco más rápido! ¡Dejemos por los suelos a esos imberbes..., estás perdiendo facultades!

—¡Malditos críos! —gruñía Bob.

Otras veces hacía entrechocar dos pesas de hierro junto a la caja emisora-receptora, con lo cual lograba que Franny y yo pegáramos un salto y tuviéramos que taparnos nuestros tintineantes oídos.

—¡Ja! —reía Entrenador Bob—. ¡Esta vez os he pescado, espías!

—Hay un lunático en la 3F —decía Franny por el interfono—. Echad el pestillo en todas las puertas. Hay un lunático en la 3F.

—¡Ja! —gruñía Iowa Bob, por los levantamientos de banco, las flexiones, las tracciones, los ejercicios de un solo brazo—. ¡Este hotel es especial para lunáticos!

Fue Iowa Bob quien me estimuló para que practicara levantamiento de pesas. Lo que le había ocurrido a Franny me inspiró, de alguna manera, para fortificarme. Cuando llegó el día de Acción de Gracias, ya corría diez kilómetros diarios, aunque el recorrido a campo traviesa de la Dairy sólo tenía poco más de tres y medio. Bob me sometió a una fuerte dosis de plátanos, leche y naranjas.

—Y pasta, arroz, pescado, toneladas de verduras, cereales calientes y helados —me recetó el viejo entrenador.

Levantaba pesas dos veces al día y, además de los diez kilómetros, hacía *sprint* todas las mañanas en Elliot Park.

Al principio sólo logré aumentar de peso.

—Abandona los plátanos —dijo papá.

—Y los helados —dijo mamá.

—No, no —se opuso Iowa Bob—. Echar músculos lleva su tiempo.

—¿Músculos? —se burló papá—. Está gordo.

—Pareces un querubín, querido —me dijo mamá.

—Pareces un oso de felpa —me dijo Franny.

—Tú sigue comiendo —insistió Iowa Bob—. Con tanto levantamiento y carreras, ya verás como se produce un cambio en un santiamén.

—¿Antes de que reviente? —inquirió Franny.

Yo iba para los quince, como suele decirse; entre Halloween y Navidad aumenté diez kilos; pesaba 85, pero seguía midiendo 1,68.

—Si te pintáramos de blanco y de negro y te hiciéramos círculos alrededor de los ojos, serías igualito que un oso panda —me dijo Junior Jones.

—En breve rebajarás diez kilos y estarás duro por todas partes —afirmó Iowa Bob.

Franny se estremeció en un ademán exagerado y me dio una patada por debajo de

la mesa.

—¡Duro por todas partes! —gritó.

—Todo esto es una grosería —intervino Frank—. Todo. El levantamiento de pesas, los plátanos, los jadeos escaleras arriba y escalera abajo.

Cuando llovía por las mañanas, me negaba a hacer *sprint* en Elliot Park, pero practicaba en las escaleras del Hotel New Hampshire.

Max Urick me amenazaba con arrojar granadas por el hueco de la escalera. Una mañana que llovía a cántaros, Ronda Ray me detuvo en el rellano del segundo piso; llevaba puesto un camisón y parecía especialmente adormilada.

—Permíteme decirte que es lo mismo que escuchar cómo hacen el amor en la habitación contigua —su sala de día estaba próxima a la caja de la escalera. Le gustaba llamarme John-O—. No me molesta el sonido de los pies, John-O —me dijo—. Lo que me afecta es la respiración. Nunca sé si estás agonizando o tratando de correrte, pero se me ponen los pelos de punta, permíteme que te lo diga.

—No les hagas caso —me aconsejó Iowa Bob—. Tú eres el primer miembro de esta familia que le presta a su cuerpo la debida atención. Tienes que *obsesionarte* y mantener tus obsesiones. Tenemos que hacer que echas carnes para luego poder descarnarte.

Así era y así es: debo mi cuerpo a Iowa Bob —una obsesión que nunca me ha abandonado— y a los plátanos.

Pasaría algún tiempo hasta que perdiera esos diez kilos, pero los perdí y nunca los recuperé. Siempre peso 75 kilos.

Y tendría que esperar a los diecisiete para crecer otros cinco centímetros, los últimos que crecería en mi vida. Ése soy yo: 1,73 m y 75 kg. Y duro por todas partes.

Dentro de poco cumpliré los cuarenta, pero aún ahora, cuando me entreno, recuerdo la temporada navideña de 1956. Ahora tienen máquinas estrafalarias, las pesas ya no se deslizan por la barra, pues no es necesario ajustar tornillos, y no te aplastan los dedos de las manos ni de los pies cuando se caen por el extremo de la barra. Sin embargo, por moderno que sea el gimnasio o el equipo, sólo necesito levantar un poco de peso para retrotraerme a la habitación de Iowa Bob, la vieja 3F con la alfombra oriental raída donde estaban las pesas, la alfombra que usaba *Patético* para dormir: después de levantar pesas sobre esa alfombra, Bob y yo terminábamos cubiertos de pelos del perro muerto. Y después de unos cuantos levantamientos, cuando el persistente y voluptuoso dolor empieza a acometerme, recuerdo a todas las personas desaliñadas y cada mancha de la lona, las manchas que salpicaban las esteras de crin de la sala de pesas del gimnasio de la Dairy School, donde siempre esperábamos que Junior Jones terminara su turno. Jones llevaba todas las pesas a la sala y las ponía en una barra; nosotros esperábamos y esperábamos con nuestras barras vacías. En sus tiempos con los Brown de Cleveland, Junior Jones pesaba 130 kilos y podía hacer un levantamiento de banco de 270 kilos. No era *tan* fuerte cuando estaba en la Dairy School, pero sí lo suficiente como para sugerirme

una meta adecuada.

—¿Cuánto pesas? —me preguntó—. ¿Lo sabes, al menos?

Cuando le dije cuánto pesaba, movió la cabeza negativamente y agregó:

—Muy bien, duplícalo —una vez que lo dupliqué, poniendo alrededor de 150 kilos en la barra, me ordenó—: Ahora échate en la estera, de espaldas.

En la Dairy School no había bancos de levantamiento, por lo que me tendí de espaldas en la estera; Junior Jones levantó la barra con 150 kilos y me la apoyó suavemente en el pescuezo; la barra sólo me apretaba ligeramente la nuez de Adán. Cogí la barra con ambas manos y sentí que se me hundían los hombros en la estera.

—Ahora levántala por encima de tu cabeza —dijo Junior Jones.

En este punto de la escena varias veces repetida, Junior salía de la sala para tomar un vaso de agua o darse una ducha. Yo me quedaba tendido debajo de la barra... preso.

No ocurría nada cada vez que intentaba levantar los 150 kilos. Otras personas que entraban en la sala de pesas y me veían tendido debajo de los 150 kilos, me preguntaban respetuosamente:

—¿Cuándo acabarás con eso?

—Estaba descansando —respondía yo, hinchado como un sapo.

Los recién llegados se iban y volvían después.

Junior Jones también volvía después, siempre.

—¿Cómo anda eso? —me preguntaba. Me quitaba diez kilos, después veinticinco, después cincuenta—. Prueba ahora —insistía.

Se largaba otra vez y volvía más tarde, hasta que yo lograba librarme de la barra.

Mis 75 kilos nunca lograron realizar un levantamiento de banco de 150, por supuesto, aunque dos veces en mi vida logré hacer 105 kilos, y creo que duplicar mi propio peso no es imposible. Logro caer en un trance maravilloso bajo tanto peso.

A veces, cuando resuello de verdad, veo el Brazo Negro de la Ley zigzagueando a través de los árboles, entonando su melodía, y en ocasiones siento el olor de la quinta planta del edificio donde vivía Junior Jones —aquella jungla caliente llena de *nightclubs* en el cielo—; y cuando corro, después de un kilómetro y medio o dos, a veces después de tres, mis pulmones recuerdan vívidamente la sensación de seguir el ritmo de Harold Swallow. Y la vista de un mechón de pelos de Franny sobre su boca abierta —sin que emita ningún sonido—, a Lenny Metz cuando estaba de rodillas sobre sus brazos y le apretaba la cabeza con sus pesados muslos de zaguero. Y a Chester Pulaski encima de ella; era automático. A veces logro imitar exactamente su ritmo, cuando cuento las tracciones («setenta y cinco, setenta y seis, setenta y siete»). O las flexiones («ciento veintiuno, ciento veintidós, ciento veintitrés»).

Iowa Bob se limitó a presentarme su equipo; Junior Jones sumó sus consejos y su maravilloso ejemplo; papá ya me había enseñado a correr, y Harold Swallow a hacerlo a más velocidad. La técnica y la rutina —e incluso la dieta de Entrenador Bob— fueron fáciles. La parte difícil, para la mayoría de la gente, es la disciplina. Como



decía Entrenador Bob, tienes que obsesionarte y mantener la obsesión. Pero, para mí, hasta la disciplina fue fácil porque lo hacía por Franny. No es un reproche, pero todo lo hacía por Franny, y ella lo sabía.

—Escucha, pequeño —me dijo (entre Halloween y Navidad de 1956)—, vomitarás si no dejas de comer plátanos. Y si no interrumpes la ingestión de naranjas, tendrás una sobredosis de vitaminas. ¿Por qué demonios te esfuerzas tanto? Nunca serás tan veloz como Harold Swallow. Nunca serás tan grandote como Junior Jones.

—Escucha, pequeño —me dijo Franny en otra ocasión (entre Halloween y Navidad de 1956)—, sé leer en ti como en un libro. No volverá a ocurrir. Y si ocurre, y tú fueras lo bastante fuerte como para salvarme, ¿qué te hace pensar que estarás presente? Si vuelve a ocurrir, yo estaré lejos de ti, y espero que nunca te enteres. Te lo prometo.

Pero Franny se tomaba demasiado al pie de la letra el propósito de mis esfuerzos. Yo quería fuerza, resistencia y velocidad..., o abrigar la ilusión de llegar a poseer estas habilidades: no quería volver a sentir la impotencia de otra noche de Halloween.

Aún persistían las evidencias de una o dos calabazas aplastadas —una en el bordillo de Pine Street y Elliot Park, otra que había sido arrojada desde las gradas y estallado en la pista de ceniza de alrededor del campo de fútbol— cuando la Dairy recibió al equipo de Exeter para el último partido de la temporada triunfal de Iowa Bob. Aunque Chipper Dove, Lenny Metz y Chester Pulaski ya no estaban, en el aire pesaba el espíritu de Halloween.

La línea defensiva suplente parecía encontrarse bajo la influencia de un hechizo: lo hacían todo a cámara lenta. Corrían a los huecos abiertos por Junior Jones para llegar cuando ya se habían cerrado; lanzaban al cielo pases que tardaban una eternidad en descender. Mientras esperaba uno de esos pases, Harold Swallow cayó inconsciente al suelo, e Iowa Bob no le permitió seguir jugando.

—Alguien te hizo sonar la campana, Harold —dijo Entrenador Bob al rayo de su equipo.

—Yo no tengo ninguna campana —se quejó Harold Swallow—. ¿Quién la hizo sonar? ¿Quién?

En la media parte, Exeter iba ganando por 24-0. Junior Jones, que jugaba a la vez al ataque y en la defensa, había estado en una docena de placajes; provocó tres fallos de los contrarios y recuperó el balón en dos ocasiones. Pero la línea defensiva de segunda clase de la Dairy había entregado tres veces el balón y dos pases con efecto habían sido interceptados. En la segunda mitad, Entrenador Bob hizo salir a Junior Jones en posición de defensa, y éste logró tres *first down* antes de que la defensa del Exeter cambiara su táctica. El cambio consistía en reconocer, sencillamente, que mientras Junior Jones estuviese en la defensa, él llevaría el balón. Por lo tanto, Iowa Bob volvió a poner a Junior de lateral —donde lo pasaría mejor—, y el único tanto de

la Dairy, logrado al final del cuarto tiempo, fue correctamente adjudicado a Jones. Irrumpió en la defensa del Exeter, le quitó el balón a un zaguero contrario y se dirigió hacia la *end zona* del Exeter, con dos o tres jugadores de este equipo colgados de él. Y el resultado final fue Exeter 45-Dairy 6.

Franny se perdió la jugada de Junior: sólo había ido a ver el partido por él y había vuelto a ser la animadora para gritar por Junior Jones con todas las fuerzas de sus pulmones. Pero se enzarzó en un altercado con otra animadora y mamá tuvo que llevársela a casa.

La otra animadora era el escondite de Chipper Dove, Mindy Mitchell.

—Calientapollas —llamó Mitchell a mi hermana.

—Chocho eléctrico —replicó Franny.

Franny aporreó a Mindy con su megáfono de animadora, que era de cartón y parecía un enorme cucurucho de helado pardomierda con la *D* de Dairy pintada.

—La *D* de defunción —decía siempre Franny.

—Le dio en los limones —me contó otra animadora—. Franny rompió el megáfono en los limones de Mindy Mitchell.

Después del partido le dije a Junior Jones el porqué Franny no se encontraba allí para volver andando con él al gimnasio.

—¡Qué buena chica es! No te olvides de decírselo, por favor.

Se lo dije, por supuesto. Franny se había dado *otro* baño y estaba vestida para ayudar a Ronda Ray a servir las mesas; se mostraba de buen humor. A pesar de la aplastante derrota final de la temporada triunfal de Iowa Bob, prácticamente todos parecían estar de buen humor. ¡Era la noche inaugural del Hotel New Hampshire!

La señora Urick se había superado a sí misma en lo que respecta a sencillo-pero-bueno; hasta Max se había puesto camisa blanca y corbata, y papá rebosaba de satisfacción detrás de la barra. Las botellas que centelleaban en el espejo debajo de sus codos y por encima de sus hombros en movimiento eran como un rayo de sol de cuyo advenimiento papá nunca dudó.

Los huéspedes de esa noche eran once parejas y siete personas más; un divorciado de Texas había hecho tan largo camino para ver jugar a su hijo contra el Exeter; habían sacado al chico del campo de juego en el primer cuarto, pues se torció un tobillo, pero hasta el texano estaba de buen humor. En comparación con él, las parejas y las personas sin compromiso parecían un tanto tímidas —no se conocían entre sí, y lo único que tenían en común era que sus hijos estudiaban en la Dairy School—; sin embargo, después que los chicos volvieron a sus dormitorios, el texano logró que todos hablaran con todos en el restaurante y en el bar.

—¿No es *maravilloso* tener hijos? —preguntó—. ¡Hay que ver cómo crecen! — todos expresaron su acuerdo. El texano agregó—: ¿Por qué no arrimáis todas las sillas a mi mesa y tomáis unas copas conmigo?

Mamá permaneció angustiada en el vano de la puerta de la cocina, con la señora Urick y Max; papá se quedó en suspenso pero seguro de sí mismo detrás de la barra;

Frank salió corriendo; Franny me apretó la mano y los dos contuvimos el aliento; Iowa Bob parecía sofocar un terrible estornudo. Una a una, las parejas y las personas solas se levantaron de sus asientos e intentaron llevar sus sillas a la mesa del texano.

—¡La mía está sujeta! —dijo una mujer de Nueva Jersey, que había bebido un poco más de la cuenta y emitió una risilla tonta, aguda y chillona, semejante a la de los estúpidos hámsteres que corren kilómetros y kilómetros sobre las ruedecillas de sus jaulas.

Un hombre de Connecticut se puso morado tratando de levantar su silla, hasta que su esposa dijo:

—Está clavada al suelo.

Un individuo de Massachusetts se arrodilló en el suelo, junto a su silla:

—Tornillos —dijo—. Son *tornillos...*, cada silla tiene cuatro o cinco.

El texano también se arrodilló en el suelo y contempló su silla.

—¡Aquí *todo* está atornillado! —gritó repentinamente Iowa Bob.

El abuelo Bob no había hablado con nadie desde poco después que concluyera el partido, momento en que le dijo al descubridor de talentos de Pensilvania que Junior Jones podía jugar en cualquier sitio. Tenía la cara extrañamente roja y brillante, como si hubiese bebido una copa más de las que solía permitirse, o como si finalmente le hubiera acometido la sensación de que se retiraba.

—¡Estamos en un enorme barco! —prosiguió Iowa Bob—. ¡Estamos en un crucero alrededor del mundo!

—¡Hurra! —gritó el texano—. ¡Brindaré por eso!

La mujer de Nueva Jersey se apoyó en el respaldo de su silla atornillada. Algunos se sentaron.

—¡Corremos peligro de ser barridos en cualquier momento! —agregó Entrenador Bob.

Ronda Ray llegó contoneándose entre Bob y los padres de la Dairy sujetos a sus asientos; estaba distribuyendo otra vez los salvamanteles y las servilletas, y haciendo chasquear un paño húmedo en los bordes de las mesas. Frank se asomó a la puerta del pasillo. Mamá y los Urick permanecieron paralizados en la entrada de la cocina; papá no había perdido nada del brillo absorbido en el espejo del bar, pero ahora tenía la vista fija en su padre, el viejo Iowa Bob, como si temiera que éste estuviese a punto de decir algún disparate.

—¡Claro que las sillas están atornilladas! —Bob alzó los brazos en dirección al cielo, como si estuviera pronunciando su último discurso durante el medio tiempo y aquél fuera el partido de su vida—. ¡En el Hotel New Hampshire, cuando hay mar de fondo nadie se cae!

—¡Hurra! —volvió a gritar el texano, pero todos los demás parecía que habían dejado de respirar.

—Sujetaos a vuestros asientos, y mientras estéis aquí, nada os ocurrirá.

—¡Hurra! ¡Gracias a Dios que las sillas están atornilladas! —volvió a gritar el

bondadoso texano—. ¡Brindemos por eso!

La esposa del hombre de Connecticut exhaló un audible suspiro de alivio.

—Supongo que tendremos que levantar un poco la voz si queremos ser amigos y conversar entre nosotros —propuso el texano.

—¡Sí! —dijo la mujer de Nueva Jersey, casi sin aliento.

Papá seguía contemplando a Iowa Bob, pero éste estaba perfectamente bien. Se volvió y le guiñó un ojo a Frank, que seguía en la puerta del pasillo; se inclinó ante mamá y los Urick. Ronda Ray volvió a entrar en el salón y le dio una pícara palmada en la mejilla. El texano observó a Ronda como si hubiera olvidado todo lo referente a las sillas, atornilladas o no. ¿A quién le importa que las sillas no puedan moverse?, pensaba para sus adentros, porque Ronda Ray se meneaba más que Harold Swallow y, como los demás, estaba impregnada del espíritu de la noche inaugural.

—Hurra —me susurró Franny al oído.

Pero yo estaba en la barra mirando cómo preparaba las copas papá. Parecía más pletórico de energías que nunca; en ese momento percibí —y siempre percibiré— el aumento gradual del volumen de las voces: recordaré ese restaurante y ese bar, en *aquel* Hotel New Hampshire, como un lugar ruidoso, poblado de conversaciones, aunque no hubiese mucha gente. Como dijo el texano, tenían que elevar el tono de voz si debían quedar tan lejos los unos de los otros.

E incluso después que el Hotel New Hampshire llevara abierto el tiempo suficiente como para que reconociéramos a muchos parroquianos del pueblo como «asiduos» —los que se quedaban en el bar todas las noches a la hora de cerrar, poco antes de lo cual aparecía Iowa Bob a tomar la última copa antes de retirarse—, incluso durante aquellas noches familiares, con esos pocos conocidos, Bob gastaba su broma predilecta.

—Eh, acerca tu silla —le decía a alguien.

Y siempre alguien caía en la trampa. Por un instante, olvidando dónde estaba, alguien daba un tirón, refunfuñaba y una expresión de perplejidad le cruzaba el rostro, Iowa Bob se echaba a reír y gritaba:

—¡En el Hotel New Hampshire *nada* se mueve! Estamos atornillados aquí... de por vida<sup>[6]</sup>.

La noche de la inauguración, una vez cerrados el bar y el restaurante, y cuando todos se fueron a dormir, Franny, Frank y yo nos reunimos en la centralita e hicimos un control de camas en todas las habitaciones, con el singular sistema de la caja de graznidos. Logramos saber quién dormía profundamente y quién roncaba; detectamos quién seguía levantado (leyendo) y nos sorprendimos (y decepcionamos) al descubrir que ninguna pareja conversaba ni hacía el amor.

Iowa Bob dormía como un tronco, aserrando kilómetros y kilómetros. La señora Urick había dejado una olla con agua hirviendo a fuego lento, y Max, como de

costumbre, jugaba con la estática. La pareja de Nueva Jersey leía, por lo menos uno de ellos lo hacía: oímos volver las páginas, la respiración breve del que permanece en estado de vigilia. Los de Connecticut jadeaban, gañían y tosían en su sueño; su habitación era un hervidero de sonidos. Massachusetts, Rhode Island, Pensilvania, Nueva York y Maine regalaron nuestros oídos con los variados sonidos de sus hábitos de reposo.

Pasamos a la habitación del texano.

—Hurra —dije a Franny.

—Albricias —susurró ella.

Esperábamos oír sus botas de cowboy contra el suelo; esperábamos oírle beber de una cuba o dormir como un caballo, con sus largas piernas a medio galope bajo las mantas, sus manazas estrangulando la cama. Pero no oímos nada.

—¡Ha muerto! —exclamó Frank.

Franny y yo dimos un salto.

—Por Dios, Frank, quizá ha salido de su habitación —dijo Franny.

—Ha tenido un ataque al corazón —insistió Frank—. Está sobrecargado de peso y bebe demasiado.

Prestamos atención. Nada. Ningún caballo. Ningún crujido de las botas. Ni un suspiro.

Franny movió la llave de la habitación del texano de recepción a transmisión.

—Hurra —dijo en voz muy baja.

Entonces se nos ocurrió, los tres (incluso Frank) lo comprendimos simultáneamente. A Franny no le llevó más de un segundo conectar con la «sala de día» de Ronda Ray.

—¿Quieres saber lo que es un *sala de día*, Frank? —preguntó.

Entonces llegó a nuestros oídos el sonido inolvidable.

Como decía Iowa Bob, *estamos* en un gran crucero alrededor del mundo y corremos peligro de ser barridos en cualquier momento.

Frank, Franny y yo nos inmovilizamos en nuestras sillas.

—¡Haaaaaaaa! —jadeó Ronda Ray.

—¡Huuuuuuuu! —resolló el texano. Poco después agregó—: Te lo agradezco mucho.

—Camelador...

—No, no, de verdad te lo agradezco —le oímos mear, como un caballo, en un chorro incesante—. No te imaginas lo difícil que es para mí dar en la diana de esa miniatura de retrete del cuarto piso. Está tan bajo... Tengo que apuntar antes de disparar.

—¡Ja, ja, ja! —rió Ronda Ray.

—¡Hurra! —volvió a decir el texano.

—Es una asquerosidad —dijo Frank, y fue a acostarse.

Pero Franny y yo nos quedamos levantados hasta que los últimos sonidos de la

caja de graznidos fueron los del sueño.

Por la mañana llovía, y me creí en la obligación de contener la respiración cada vez que pasaba corriendo por el descanso del segundo piso: no quería perturbar a Ronda y sabía lo que ella pensaba de mi «respiración».

Con la cara amoratada, adelanté al texano entre el tercero y el cuarto.

—¡Hurra! —le dije.

—¡Buenos días! —me saludó—. Quieres mantenerte en forma, ¿no? ¡Te felicito! Tu cuerpo tiene que durarte toda la vida.

—Sí, señor.

Corrí un poco más. Alrededor del trigésimo viaje, empecé a recordar al Brazo Negro de la Ley y la uña arrancada de Franny —cuánto dolor debió de concentrarse en la yema sangrante de su dedo, distrayéndola, quizá, del resto de su cuerpo—, cuando Ronda Ray me bloqueó el camino en el descanso de la segunda planta.

—Hola, chico —me dijo.

Me detuve en el lugar, sin dejar de correr.

Llevaba puesto un camisón y, si hubiese brillado el sol, la luz habría atravesado la tela y encendido su cuerpo para mí; pero, aquella mañana, el cielo estaba encapotado y era muy poco lo que ponía de relieve en la penumbra de la escalera. Sólo sus movimientos y su absorbente aroma.

—¡Buenos días! ¡Hurra! —exclamé.

—Hurra para ti, John-O —me dijo. Sonreí y seguí corriendo sin desplazarme—. Otra vez estás *respirando*.

—Estaba tratando de contener la respiración —jadeé—, pero me fatigaba.

—Oigo tu endiablado corazón —me reprochó Ronda.

—Es bueno para mí.

—Pero no para mí —Ronda me puso una mano en el pecho, como si quisiera comprobar los latidos del corazón. Mantuve el trote sin desplazarme; necesitaba escupir—. John-O —agregó—, si *te gusta* respirar hondo y hacer que palpite tu corazón, tendrías que venir a verme la próxima vez que llueva.

Corrí escaleras arriba y escaleras abajo cuarenta veces más. Es probable que nunca vuelva a llover, pensé. Estaba demasiado cansado para desayunar.

—Come al menos un plátano —sugirió Iowa Bob, pero aparté la mirada—. Y una o dos naranjas —insistió.

Me disculpé.

Egg estaba en el cuarto de baño y no dejaba entrar a Franny.

—¿Por qué no se bañan juntos Franny y Egg? —preguntó papá.

Egg tenía seis años y, cuando cumpliera uno más, probablemente se sentiría incómodo bañándose con Franny. Ahora le gustaban los baños por todos los juguetes que tenía; si entrabas al cuarto de baño después que él, la bañera tenía aspecto de playa infantil abandonada durante un ataque aéreo. Hipopótamos, botes, hombres rana, pájaros de goma, lagartos, caimanes, un tiburón con boca de cuerda, una foca

con aletas de cuerda, una horrorosa tortuga amarilla..., toda imitación posible de la vida anfibia, empapada y chorreante en la bañera o crujiente sobre la alfombra.

—¡Egg! —gritaba yo—. ¡Ven a limpiar tu mierda!

—¿Qué mierda? —lloraba Egg.

—Francamente, vuestro lenguaje... —decía mamá, repetidas veces, a todos.

Frank se había acostumbrado a orinar contra los cubos de basura de la entrada de reparto, todas las mañanas; afirmaba que, cada vez que quería ir al cuarto de baño, lo encontraba ocupado. Yo subía y usaba el cuarto de baño de la habitación de Iowa Bob, donde, además, levantaba pesas.

—¡Cuánto barullo para despertarme! —se quejaba el viejo Bob—. Jamás pensé que la jubilación sería así. Me despierto oyendo a alguien mear y levantar pesas. ¡Qué despertador!

—De todos modos te gusta levantarte temprano —respondía yo.

—Lo que importa no es *cuándo*, sino *cómo* —se quejaba el viejo entrenador.

Así pasamos aquel noviembre, con una nevada imprevista a principios de mes, cuando yo sabía que tenía que haber llovido. ¿Qué significa que no llueva?, me pregunté, pensando en Ronda Ray y su sala de día.

Fue un noviembre seco.

Egg tuvo una racha de infecciones en el oído; casi todo el tiempo parecía parcialmente sordo.

—¿Qué has hecho con mi jersey verde? —preguntó Franny.

—¿Qué? —preguntó Egg.

—¡Mi jersey verde! —gritó Franny.

—Yo no tengo ningún jersey verde —respondió Egg.

—¡Estoy hablando de *mi* jersey verde! —gritó Franny—. Ayer vi que se lo ponía al oso y ahora no lo encuentro —le dijo a mamá.

—¿Dónde está tu oso, Egg? —preguntó mamá.

—Franny no tiene ningún oso —dijo Egg—. Ese oso es *mío*.

—¿Dónde está mi gorra de correr? —le pregunté a mamá—. Anoche estaba en el radiador del pasillo.

—Probablemente la lleva puesta el oso de Egg y ha salido a correr un rato —intervino Frank.

—¿Qué? —preguntó Egg.

Lilly también tenía problemas orgánicos. Hicimos nuestras revisiones anuales poco antes del día de Acción de Gracias y, durante un control de rutina, nuestro médico de cabecera —un anciano llamado Blaze<sup>[7]</sup>, cuyo fuego, decía Franny, se había apagado— descubrió que Lilly no había crecido en un año. Ni un gramo, ni un centímetro. Tenía exactamente el mismo tamaño que a los nueve años, edad en que no era mucho más alta que a los ocho o (como se comprobó en su historial médico) a los siete.

—¿No crece? —preguntó papá.

—Lo he dicho durante años —nos recordó Franny—. Lilly *no* crece, *es*.

Lilly pareció muy poco impresionada por el análisis y se encogió de hombros.

—Es decir, que soy pequeña —dijo—. Todos lo dicen. ¿Qué tiene de malo ser pequeña?

—Nada, querida —replicó mamá—. Puedes ser tan pequeña como quieras, pero tendrías que crecer... un poco.

—Serás de esas que pegan un estirón —dijo Iowa Bob, aunque no del todo convencido.

Lilly no daba la impresión de ser de las que «pegan un estirón». La pusimos espalda contra espalda con Egg; a los seis años, éste era casi tan alto como Lilly a los diez y mucho más sólido.

—¡Quédate quieto! —le dijo Lilly—. ¡No te pongas de puntillas!

—¿Qué? —preguntó Egg.

—¡Que no te empines, Egg! —gritó Franny.

—¡Son mis pies! —protestó Egg.

—Quizá me estoy muriendo —dijo Lilly, y todos nos estremecimos, sobre todo mamá.

—No te estás muriendo —la contradijo papá en tono grave.

—El único que se está muriendo es Frank —dijo Franny.

—No —intervino el aludido—. Yo ya he muerto. Y los vivos me aburren mortalmente.

—Basta ya —concluyó mamá.

Fui a levantar pesas a la habitación de Iowa Bob. Cada vez que las pesas caían por el extremo de la barra, una de ellas golpeaba la puerta del armario, haciendo que éste se abriera y que cayera algo de su interior. Entrenador Bob era un desastre con su armario; echaba dentro todo lo que encontraba suelto. Una mañana, a él mismo se le cayeron algunas pesas; una rodó hasta el armario y salió despedido el oso de Egg, ataviado con mi gorra de correr, el jersey verde de Franny y un par de medias de nailon de mamá.

—¡Egg! —chillé.

—¿Qué? —preguntó Egg.

—¡Encontré tu maldito oso! —grité.

—¡Es *mi* oso! —contestó Egg.

—¡Santo cielo! —refunfuñó papá.

Egg fue a ver al doctor Blaze para que volviera a examinarle los oídos; también fue Lilly para que controlara su crecimiento.

—Si no ha crecido en dos años, dudo que lo haya hecho en los dos últimos días —opinó Franny.

Pero podían hacerse algunas pruebas con Lilly, y aparentemente el anciano doctor Blaze estaba tratando de dilucidar cuáles eran.

—No comes lo suficiente, Lilly —dije—. No te preocupes demasiado pero intenta



comer un poco más.

—No me gusta comer —afirmó Lilly.

¡Y no llovía... ni una gota! O si llovía, siempre era por la tarde o de noche. Yo estaba en Álgebra II o en la Historia de la Inglaterra de los Tudor o en Latín para principiantes; oía caer la lluvia y me desesperaba. Si no estaba en la cama y a oscuras..., todo estaba oscuro en mi habitación y en el Hotel New Hampshire y en Elliot Park; oía llover y pensaba: *Mañana*. Pero, al día siguiente, la lluvia se había convertido en nieve o había desaparecido; a veces, la atmósfera volvía a estar seca y ventosa, y yo practicaba mis *sprints* en Elliot Park. Un día, Frank, que iba camino del laboratorio de biología, me adelantó.

—Locos, locos, locos —repetía.

—¿Quiénes están locos? —le pregunté.

—Tú. Y Franny está *siempre loca*. Y Egg es sordo, Lilly rara...

—¿Y tú eres perfectamente normal, Frank? —le pregunté manteniendo el paso sin desplazarme.

—Al menos, yo no juego con mi cuerpo como si fuese una goma —respondió.

Yo sabía que Frank jugaba con su cuerpo (y mucho), pero papá ya me había asegurado, en una de sus charlas abiertas sobre chicas y chicos, que todo el mundo se masturbaba (y que era necesario hacerlo, de vez en cuando), de modo que decidí ser amable con Frank y no tomarle el pelo por lo mucho que se la meneaba.

—¿Cómo anda la disección del perro, Frank? —le pregunté, e instantáneamente se puso serio.

—Hay algunos problemas. La postura, por ejemplo, es muy importante. Aún no he decidido cuál es la mejor. El cadáver ha sido correctamente tratado, pero la pose me preocupa bastante.

—¿La pose? —traté de imaginar cuál era la que *Patético* solía adoptar.

Dormía y se tiraba pedos en una amplia variedad de posiciones.

—Bueno, en taxidermia existen algunas poses clásicas.

—Comprendo.

—Está la pose de animal «acorralado» —de repente retrocedió, levantó los brazos y me mostró los dientes—. ¿Comprendes?

—Caray, Frank, no creo que *ésa* sea apropiada para *Patético*.

—Pues es clásica. También está esta otra —se volvió de lado y pareció deslizarse por el tronco de un árbol, gruñendo por encima de su hombro—: Ésta se llama «al acecho».

—Ya veo —me pregunté si en esa pose le proporcionaría al pobre *Patético* una rama en la que acechar—. Pero te recuerdo que era *un perro*, Frank, no un puma.

—Personalmente, prefiero la pose de «ataque».

—No me la muestres. Dame una sorpresa.

—Tranquilízate, no lo reconocerás.

Eso era precisamente lo que me preocupaba, que ninguno reconociera al pobre *Patético*, y Franny menos que nadie. Me parece que Frank había olvidado el propósito de lo que estaba haciendo por la exaltación que le provocaba *el proyecto* propiamente dicho, con el que le adjudicarían tres puntos por estudios independientes en biología, y *Patético* había adquirido las proporciones de un examen trimestral. Nunca logré imaginarme a *Patético* en posición «de ataque».

—¿Y por qué no hecho un ovillo tal como solía dormir, con el rabo en la cara y el hocico en el culo? —pregunté.

Frank pareció asqueado, como de costumbre, y yo me había cansado de correr sin desplazarme; di unas cuantas vueltas más a Elliot Park.

Oí que Max Urick me llamaba desde la ventana de la cuarta planta del Hotel New Hampshire.

—¡Maldito imbécil! —gritó a través del terreno helado y las hojas muertas, sobresaltando a las ardillas que jugaban en el parque.

Más allá de la escalera de incendios, en *su extremo* de la segunda planta, un camisón verde pálido ondeaba en el aire gris: aquella mañana, Ronda Ray debía de haber dormido con el azul o el negro o con el anaranjado chillón. El verde onduló ante mis ojos como una bandera; corrí un rato más.

Cuando fui a la 3F, Iowa Bob ya estaba levantado; hacía un ejercicio de puente de cuello, echado de espaldas sobre la alfombra oriental, con una almohada bajo la cabeza. Lo encontré precisamente en un puente alto, con la barra en unos 75 kilos, horizontal sobre su cabeza. El cuello del viejo Bob era tan grande como cada uno de mis muslos.

—Buenos días —dije en voz baja.

Puso los ojos en blanco y la barra se inclinó; aquella mañana no había atornillado los pequeños elementos que sostienen sujetas las pesas, por lo que algunas de éstas cayeron por un extremo y otras por el otro; Entrenador Bob cerró los ojos y se encogió cuando las pesas cayeron a ambos lados de su cabeza y se alejaron rodando. Logré detener un par con los pies, pero una rodó hasta la puerta del armario, que se abrió. Por supuesto, del interior salieron unas cuantas cosas: una escoba, una camiseta, los zapatos de correr de Bob y una raqueta de tenis con la cinta alrededor del mango.

—¡Santo cielo! —exclamó papá desde nuestra cocina familiar.

—Buenos días —me saludó Bob.

—¿Crees que Ronda Ray es atractiva? —le pregunté.

—Chico...

—De verdad, quiero saberlo.

—¿De verdad? Pregúntaselo a tu padre —me aconsejó Entrenador Bob—. Yo soy demasiado viejo. No miro a una chica desde que me rompí la nariz... por última vez.

Eso debió de ser cuando era lateral en Iowa, pues su nariz tenía una buena serie

de marcas. Nunca se ponía la dentadura hasta que bajaba a desayunar, por lo que, a primera hora de la mañana, su cabeza parecía sorprendentemente calva, como un extraño pájaro implume, con la boca abierta y jadeante, semejante a la parte inferior de un pico, bajo la nariz torcida. Iowa Bob tenía la cabeza de una gárgola en el cuerpo de un león.

—¿Te parece *bonita*? —le pregunté.

—Yo no pienso en esas cosas.

—Pues piénsalo ahora.

—Exactamente «bonita», no, pero sí atractiva.

—¿Atractiva?

—¡Sexy! —dijo una voz por el interfono.

La voz de Franny, por supuesto: estaba escuchando las cajas de graznidos de la centralita, como de costumbre.

—¡Malditos críos! —gritó Iowa Bob.

—¡Maldita Franny!

—Tendrías que preguntármelo *a mí* —dijo Franny.

—Caray —concluyó Iowa Bob.

Así fue como llegué a contarle a Franny la historia de la evidente oferta de Ronda Ray en el rellano de la escalera, su interés por mi respiración y por los latidos de mi corazón, y el plan para un día lluvioso.

—¿Y? Hazlo. ¿Por qué esperar a que llueva? —me estimuló mi hermana.

—¿Crees que es una puta?

—¿Quieres decir si creo que cobra?

Esa idea no se me había ocurrido, pues «puta» era una palabra que en la Dairy School usábamos sin ton ni son.

—¿Dinero? ¿Cuánto crees que cobra?—me interesé.

—No sé si cobra, pero en tu lugar trataría de averiguarlo.

Conectamos con la sala de Ronda y permanecemos atentos a su respiración. Producía el sonido de despierta-pero-echada-un-rato. Seguimos escuchando largo tiempo, como si, a partir de lo que oíamos, fuese posible deducir su *precio*. Por último, Franny se encogió de hombros.

—Me daré un baño —me comunicó.

Hizo girar el disco a las habitaciones vacías. 2A, nada; 3A, nada; 4A, nada; 1B, nada; 4B, Max Urick y su estática. Franny empezó a alejarse de la centralita para ir a prepararse el baño, y yo seguí girando el disco: 2C, 3C, 4C, rápidamente a 2E, 3E... *allí había...* y a 4E, donde no había nada.

—Un minuto —le dije a Franny.

—¿Qué fue *eso*? —me preguntó.

—Me parece que la 3E.

—Prueba otra vez.

Era la planta de encima de Ronda Ray y la 3E se encontraba en el extremo

opuesto del pasillo, al otro lado de Iowa Bob, que había salido.

—Prueba —insistió Franny.

Teníamos miedo. No había huéspedes en el Hotel New Hampshire, pero habíamos oído ruidos en la 3E.

Era domingo por la tarde. Frank estaba en el laboratorio de biología; Egg y Lilly habían ido al cine. Ronda Ray se encontraba en su habitación e Iowa Bob había salido. La señora Urick estaba en la cocina y Max perseguía la estática con su radio.

Conecté en la 3E y los dos volvimos a oírlo.

—¡Haaaaaaa! —jadeó la mujer.

—¡Huu, huu, huu! —jadeó el nombre.

Pero el texano se había ido hacía tiempo y en la 3 E no se alojaba ninguna mujer.

—¡Ap, ap, ap! —silabeó la mujer.

—¡Up, up, up! —silabeó el hombre.

¡Parecía que el delirante sistema intercomunicador los había inventado! Franny me apretó la mano con fuerza. Traté de apagarlo o de pasar a otra habitación más silenciosa, pero Franny no me lo permitió.

—¡Eeeee! —gritó la mujer.

—¡Ooooo! —gritó el hombre.

Cayó una lámpara al suelo. La mujer se echó a reír y el hombre empezó a murmurar.

—¡Santo cielo! —exclamó mi padre.

—¡Otra lámpara! —dijo mamá y siguió riendo.

—¡Si fuéramos huéspedes, tendríamos que pagarlo todo! —dijo papá.

Se desternillaron de risa, como si papá hubiese dicho la cosa más graciosa del mundo.

—¡Apágalo! —me ordenó Franny.

Obedecí.

—Es divertido, ¿no? —me aventuré a decir.

—Tienen que usar el hotel para librarse de *nosotros* —dijo Franny. No comprendí en qué estaba pensando—. ¡Dios! ¡Se aman... se aman de verdad!

Me pregunté por qué yo lo había dado siempre por sentado y por qué sorprendió tanto a mi hermana. Franny me soltó la mano y cruzó los brazos abrazándose a sí misma, como si quisiera despertarse o entrar en calor.

—¿Qué haré yo? —preguntó—. ¿Cómo será? ¿Qué ocurre después?

Pero yo nunca supe ver tan lejos como Franny. Yo no miraba más allá de aquel instante; hasta había olvidado a Ronda Ray.

—Te ibas a dar un baño —le recordé a mi hermana, que parecía necesitar que se lo recordaran, o algún otro tipo de sugerencia.

—¿Qué dices?

—Un baño. *Eso* es lo que ocurriría después. Pensabas darte un baño.

—¡Ja, ja, ja! —gritó—. ¡Al cuerno con el baño!

Siguió abrazándose y moviéndose en su sitio, como si quisiera bailar consigo misma. Yo no sabía si se sentía feliz o perturbada, pero cuando empecé a bromear con ella, a acompañarla en el baile y la empujé, y le hice cosquillas en las axilas, me empujó, me hizo cosquillas y bailó conmigo; salimos corriendo del cuarto de la centralita y subimos hasta el rellano del segundo piso.

—¡Que llueva, que llueva, que llueva! —tarareó Franny.

Me sentí terriblemente incómodo; Ronda Ray abrió la puerta de su sala de día y nos miró ceñuda.

—Estamos practicando una danza para que llueva —le explicó Franny—. ¿Quieres bailar con nosotros?

Ronda sonrió. Llevaba puesto el camisón anaranjado chillón y tenía una revista en la mano.

—Ahora no —respondió.

—¡Que llueva, que llueva, que llueva! —Franny se alejó bailando.

Ronda hizo un movimiento negativo —pero amable— con la cabeza y cerró la puerta.

Perseguí a Franny hasta Elliot Park. Vimos a mamá y a papá en la ventana de al lado de la escalera de incendios, en la 3E. Mamá había abierto la ventana para llamarnos.

—¡Id a buscar a Egg y a Lilly al cine! —nos pidió.

—¿Qué hacéis en esa habitación? —le pregunté.

—¡Estamos limpiando! —replicó mamá.

—¡Que llueva, que llueva, que llueva!

Fuimos corriendo al centro, hasta el cine. Egg y Lilly salieron de la sala con Junior Jones.

—Es una película para críos —le dijo Franny a Jones—. ¿Qué haces tú aquí?

—Yo sólo soy un chico mayor —respondió Junior.

Fueron cogidos de la mano durante el camino de regreso a casa; Franny se desvió con Junior para dar un paseo por los campos de la Dairy School. Yo seguí camino de casa, con Egg y con Lilly.

—¿Está Franny enamorada de Junior Jones? —inquirió Lilly con toda seriedad.

—Bueno, al menos le gusta. Es su amigo —le expliqué.

—¿Qué? —preguntó Egg.

Se acercaba el día de Acción de Gracias. Junior se quedaría a pasar con nosotros esos días de vacaciones, porque sus padres no le habían enviado dinero suficiente para el viaje. Además, varios alumnos extranjeros de la Dairy School —que vivían demasiado lejos como para volver a sus casas el día de Acción de Gracias— cenarían con nosotros. A todos nos gustaba que estuviese Junior, pero los estudiantes extranjeros —a quienes nadie conocía— habían sido idea de papá; mamá había dado su asentimiento, diciendo que para eso se había hecho el día de Acción de Gracias. Quizá fuese así, pero a ninguno de los chicos nos gustó semejante invasión. Tener

huéspedes en el hotel era una cosa, y teníamos uno. Un famoso médico finlandés, se suponía, padre de una alumna de la Dairy School. Su hija era una de las extranjeras que vendrían a cenar. Entre los otros había un japonés, a quien Frank conocía de su proyecto de taxidermia; el chico había jurado guardar el secreto de la disección de *Patético*, me dijo Frank, pero de todos modos, su inglés era tan malo que hubiese podido contar toda la verdad sin que nadie se enterase. Había dos coreanas, de manos tan pequeñas y bonitas que Lilly no pudo apartar los ojos de ellas durante toda la cena. Quizás abrigasen por la comida un interés que Lilly no compartía, pues con sus pequeños deditos comieron hasta hartarse, en un estilo tan delicado y hermoso que Lilly empezó a imitarlas y finalmente comió algo. Por supuesto, Egg se pasó el día entero gritándole «¿Qué?» al trágicamente incomprensible japonés. Y Junior Jones comió, comió y comió, haciendo que la señora Urick estallara de orgullo.

—¡Esto es apetito! —comentó en tono admirativo.

—Si yo fuera tan grandote como él, también comería así—recalcó Max.

—No, no lo harías —replicó su mujer—. No está en tu naturaleza.

Ronda Ray no se puso su uniforme de camarera; comió con la familia y a cada momento saltaba del asiento para llevarse los platos y traer más manjares de la cocina, junto con Franny, mamá y la enorme rubia finlandesa cuyo famoso padre estaba de visita en Dairy.

La finlandesa era gigantesca, y sus movimientos alrededor de la mesa hacían estremecer a Lilly. Era una chica de las que llevan jersey de esquí azul y blanco, y constantemente abrazaba a su padre, un hombre de los que llevan jersey de esquí azul y blanco.

—¡Jo! —gritaba el finlandés ante la llegada de cada nuevo plato de la cocina.

—Hurra —susurraba Franny.

—¡Cristo! —decía Junior Jones.

Iowa Bob estaba sentado junto a Jones, y cerca del televisor, que estaba encima de la barra, de modo que pudieron ver el partido de fútbol durante la cena.

—Si eso es una zancadilla, me como el plato —dijo Jones.

—Cómetelo —le dijo Iowa Bob.

—¿Qué es una «zancadilla»? —preguntó el famoso médico finlandés, aunque en sus labios sonó como «¿Qué es una zancadilla?».

Entonces Iowa Bob se ofreció a demostrar qué era una zancadilla con Ronda, que aceptó. Las coreanas rieron tímidamente entre dientes y el japonés luchaba... con el pavo, con el cuchillo de la mantequilla, con las explicaciones de Frank, con los gritos de Egg, con todo (aparentemente).

—Ésta es la cena más ruidosa de mi vida —dijo Franny.

—¿Qué? —gritó Egg.

—Santo cielo —suspiró papá.

—Lilly, por favor, come —dijo mamá—. Así crecerás.

—¿Qué es eso? —preguntó el famoso médico finlandés, aunque en sus labios

sonó como «¿Qué es edo?»—. ¿Quién no crece? —miró a mamá y a Lilly.

—Oh, no es nada —dijo mamá.

—Soy yo. He dejado de crecer —respondió Lilly.

—No, no es así, querida —intervino mamá.

—Parece ser que su crecimiento se ha detenido —explicó papá.

—¡Jo, detenido! —fijó la mirada en Lilly—. No creces, ¿eh?

Ella asintió, en su estilo habitual. El finlandés le puso las manos en la cabeza y le escudriñó los ojos. Todos dejaron de comer, excepto el japonés y las coreanas.

—¿Cómo se dice? —preguntó el médico, y le dijo algo impronunciable a su hija.

—Cinta métrica —explicó la finlandesa.

—¿Cinta métrica? —pidió el médico.

Max Urick corrió a buscarla. El finlandés le midió a Lilly el pecho, la cintura, las muñecas y los tobillos, los hombros, la cabeza.

—Está bien —dijo papá—, no tiene nada.

—¡Calla! —dijo mamá.

El médico anotó todas las medidas.

—¡Jo! —exclamó.

—Come, querida —le dijo mamá a Lilly. Pero Lilly miraba, absorta, las cifras que el médico había escrito en su servilleta.

—¿Cómo se dice? —preguntó el médico a su hija, y dijo otra palabra impronunciable. Esta vez, la chica se quedó en blanco—. ¿No lo sabes? —inquirió su padre. Ella negó con la cabeza—. ¿Dónde está el diccionario? —le preguntó.

—En mi dormitorio.

—¡Jo! Ve a buscarlo.

—¿Ahora? —preguntó la finlandesa, y contempló, ávida, la segunda ración de ganso, pavo y relleno, amontonada en su plato.

—¡Vamos, vamos! —la animó su padre—. *Claro* que ahora. ¡Ve! ¡Jo! ¡Ve! —la chica del jersey azul y blanco desapareció.

—Se trata de... ¿cómo se dice? Se trata de un estado patológico —dijo tranquilamente el famoso médico finlandés.

—¿Un estado patológico? —preguntó papá.

—Un estado patológico de crecimiento detenido —diagnosticó el médico—. Es muy corriente y existe una variedad de causas que lo provocan.

—Un estado patológico de crecimiento detenido —repitió mamá.

Lilly se encogió de hombros e imitó la forma en que las coreanas despellejaban un muslo.

La rubia grandullona volvió jadeante y observó, azorada, que Ronda Ray le había retirado el plato; le pasó el diccionario a su padre.

—¡Jo! —me susurró Franny.

Le di una patada por debajo de la mesa y ella me la devolvió. Le lancé una segunda, pero por error le di a Junior Jones.

—¡Ay! —gritó.

—Disculpa —le dije.

—¡Jo! —dijo el médico finlandés apoyando el dedo índice en una palabra del diccionario—. ¡Enanismo! —exclamó.

Todo fue silencio en la mesa, excepto el sonido que producía el japonés luchando con sus cereales con crema.

—¿Quiere decir que es enana? —preguntó papá al médico.

—¡Jo, sí! Es una enana —dictaminó el médico.

—¡Gilipolladas! —dijo Iowa Bob—. No es ninguna enana, sino una niña pequeña. ¡Es una *cría*, retrasada!

—¿Qué quiere decir retrasada? —preguntó el médico a su hija, pero ésta no se lo explicó.

Ronda Ray sirvió los pasteles.

—No eres una enana, querida —dijo mamá a Lilly en voz baja.

Lilly se encogió de hombros.

—¿Y si lo soy qué? —dijo valientemente—. Soy una buena chica.

—¡Plátanos! —gritó Iowa Bob en tono confuso.

Nadie entendió si quería decir que eso la curaría —¡Dadle plátanos! —o si era un eufemismo por «gilipolladas».

De cualquier modo, así transcurrió el día de Acción de Gracias de 1956 y así avanzamos hacia las navidades: calculando medidas, escuchando cómo hacían el amor, renunciando a los baños, abrigando la esperanza de encontrar la pose adecuada para el difunto, corriendo y levantando pesas y aguardando a que lloviera.

Una mañana de principios de diciembre Franny me despertó. Mi habitación todavía estaba a oscuras y a través del hueco de comunicación me llegaba el ronco respirar de Egg, que seguía durmiendo. Noté cerca de mí una respiración más suave y controlada que la suya y aspiré el olor característico de Franny, un olor ausente en los últimos tiempos: un olor penetrante pero en ningún momento fétido, entre salado y dulce, fuerte pero en modo alguno almibarado. En medio de la oscuridad comprendí que Franny se había curado de su manía de bañarse. El mérito correspondía al hecho de haber oído por casualidad a mamá y a papá haciendo el amor; creo que eso logró que a Franny volviera a parecerle perfectamente natural su propio olor.

—¿Franny? —dije en voz baja, porque no la veía.

Me tocó la mejilla con la mano.

—Aquí —me dijo. Estaba acurrucada contra la pared y la cabecera de mi cama; nunca sabré cómo logró deslizarse a mi lado sin despertarme. Me volví hacia ella y por el olor supe que se había lavado los dientes—. Presta atención —susurró. Oí los latidos de su corazón y el mío, y la respiración de Egg buceando en las profundidades del sueño en el dormitorio contiguo. Y algo más, tan suave como la respiración de



Franny—. ¡Llueve, tonto! —me hundió un nudillo en las costillas—. Está lloviendo, pequeño. ¡Hoy es tu día!

—Todavía está oscuro. Estoy durmiendo.

—Amanece —me dijo Franny al oído; me mordió la mejilla y empezó a hacerme cosquillas bajo las mantas.

—¡Basta ya, Franny!

—¡Que llueva, que llueva, que llueva! —canturreó—. No seas gallina. Hace horas que Frank y yo estamos levantados.

Me dijo que Frank estaba en la centralita, jugando con la caja de graznidos. Me sacó de la cama y me obligó a cepillarme los dientes y a ponerme mi equipo de correr, como si fuera a hacer *sprints* en la escalera, como de costumbre. Luego me llevó a ver a Frank; entre los dos contaron el dinero y me dijeron que lo ocultara en una de las zapatillas (era un grueso fajo de billetes, en su mayoría de cinco).

—¿Cómo voy a correr con eso en la zapatilla?

—Te recuerdo que hoy no vas a correr —dijo Franny.

—¿Cuánto es? —pregunté.

—Primero averigua si cobra y *después* preocúpate por saber si tienes suficiente.

Frank, ante los controles de la centralita, actuaba como un delirante operador de una torre de control aéreo en un aeropuerto sometido a un ataque.

—¿Y qué haréis vosotros entretanto? —quise saber.

—Nosotros te cuidaremos —respondió Frank—. Si vemos que te encuentras en un aprieto, haremos un simulacro de incendio o algo por el estilo.

—¡Fantástico, pero no lo necesito! —dije.

—Oye, pequeño —intervino Franny—. Nosotros conseguimos el dinero y tenemos derecho a escuchar.

—¡Santo cielo! —exclamé.

—Te irá muy bien. No te pongas nervioso —me aconsejó Franny.

—¿Y si sólo es un equívoco? —pregunté.

—Yo estoy convencido de que lo es —dijo Frank—, en cuyo caso bastará con que te quites el dinero de la zapatilla y corras escaleras arriba y escaleras abajo como siempre.

—No seas latoso, Frank —le interrumpió Franny—. Cierra el pico y hagamos el control de camas.

Chas, chas, chas, chas: Iowa Bob roncaba otra vez como un tronco en la espesura del monte; Max Urick dormía más allá de su estática; la señora Urick y una o dos ollas bullían; la ocupante de la 3H —la adusta tía de un alumno de la Dairy School, que se llamaba Bower— dormía con un ronquido semejante al chirrido de un cincel cuando se procede a su afilado.

—¡Y... buenos días, Ronda! —susurró Franny cuando Frank conectó con su sala de día.

¡Oh, el maravilloso rumor de los sueños de Ronda Ray! ¡Una brisa marina

soplando a través de la seda! Empecé a sudar.

—Sube enseguida —me alentó Franny—, antes que deje de llover.

Comprendí que había pocas probabilidades de que dejara de llover cuando me asomé a la ventana de la escalera: Elliot Park estaba sumergido, el agua había inundado los bordillos y cavado zanjas a los pies del equipo del patio de juegos; el cielo gris era fecundo en lluvia. Pensé en correr unas cuantas vueltas escaleras arriba y escaleras abajo, no precisamente en nombre de los viejos tiempos, sino pensando que ésta era la forma más normal de despertar a Ronda. Mas, cuando me detuve en el pasillo de su habitación, sentí un hormigueo en los dedos y empecé a respirar afanosamente, más de lo que imaginaba, me dijo Franny más tarde; me aseguró que ella y Frank me oyeron por el interfono antes de que Ronda se levantara y abriera la puerta.

—O es John-O o un tren desbocado —murmuró Ronda antes de dejarme entrar.

Yo no podía hablar. Estaba sin aliento, como si hubiese corrido por la escalera toda la mañana.

Su sala estaba a oscuras, pero me di cuenta de que llevaba el camisón azul. Su aliento matinal resultaba un tanto rancio... mas para mí olía bien, lo mismo que el resto de su cuerpo, aunque más adelante llegué a pensar que su olor era el mismo de Franny, multiplicado.

—¡Dios mío, qué rodillas tan frías! Eso te ocurre por llevar esos pantaloncitos sin perneras — me regañó Ronda Ray—. Ven aquí y entrarás en calor —me tambaleé al quitarme los pantalones cortos, y ella agregó—: ¡Dios mío, qué brazos tan fríos! Eso te ocurre por usar esa camiseta sin mangas.

Me quité la camiseta y también las zapatillas. Logré ocultar el fajo de dinero amontonándolo en el lugar correspondiente a los dedos de una de las zapatillas.

Me pregunto si mis sentimientos respecto al intercambio sexual no se habrán visto afectados, a partir de ese momento, por haber hecho el amor sometido a la escucha de la caja de graznidos. Todavía ahora —voy a cumplir los cuarenta— me siento inclinado a hablar al oído. Recuerdo que le rogué a Ronda Ray que hablara en voz baja.

—¡Tuve ganas de gritarte que levantarás la voz! —me dijo Franny más tarde—. Me volvían loca esos estúpidos susurros.

Pero podría haberle dicho más cosas a Ronda Ray si no hubiese sabido que Franny me estaba escuchando. En ningún momento pensé en Frank, aunque siempre le vería —durante toda nuestra vida, estuviésemos juntos o separados— colocado frente a un interfono, oyendo cómo otros hacían el amor. Imagino a Frank escuchando los sonidos del amor con la misma expresión de disgusto que ponía ante todas las cosas: un disgusto vago pero amplio, rayano en el asco.

—Eres veloz, John-O, eres muy veloz —me dijo Ronda Ray.

—Por favor, baja el tono —le rogué con la voz ahogada por su mata de pelo de extravagante colorido.

Debo mi nerviosismo sexual a esta iniciación, sensación que nunca me abandonó: la de que tengo que vigilar lo que digo y hago para no correr el riesgo de traicionar a Franny. ¿Será Ronda Ray, en aquel primer Hotel New Hampshire, la causa de que *siempre* imagine que Franny está escuchando?

—Sonó un poco inhibido —me dijo Franny más tarde—, pero estoy segura de que salió muy bien... para ser la primera vez.

—Gracias por no haberme dado instrucciones desde el puente de mando —le dije.

—¿De verdad me creíste capaz de hacerlo? —me preguntó.

Se disculpó, pero nunca supe de qué sería capaz Franny.

—¿Cómo va lo del perro, Frank? —insistía yo a medida que se acercaba la Navidad.

—¿Cómo va lo de los susurros? —era la respuesta de Frank—. He notado que últimamente ha llovido mucho.

Aunque en realidad no llovió mucho —aquel año, poco antes de Navidad—, reconozco que me tomé la libertad de interpretar la nieve como lluvia, y poco después hacía lo mismo cualquier mañana que amenazaba con lluvia o nieve. Y fue uno de esos días, muy próxima la Navidad —ya hacía mucho que había devuelto a Frank y a Franny el fajo de billetes que escondía en la zapatilla—, cuando Ronda Ray me dijo:

—¿No sabes que es costumbre dar *propina* a las camareras, John-O?

Comprendí; me pregunté si Franny estaría escuchando esa mañana, y si oyó el posterior crujido de los billetes.

Invertí todo mi dinero de Navidad en Ronda Ray.

Compré una chuchería para mamá y para papá, por supuesto. No éramos muy dados a los regalos navideños, la idea consistía en comprar cualquier tontería a los demás. Creo que a papá le compré un delantal —con un lema estúpido impreso— para que lo usara en el bar del Hotel New Hampshire. Me parece que a mamá le regalé un oso de porcelana. Frank siempre le compraba a papá una corbata y a mamá una bufanda; mamá le pasaba las bufandas a Franny —que las usaba de todas las maneras posibles— y papá le devolvía las corbatas a Frank, que era muy aficionado a ellas.

Para la Navidad de 1956 preparamos algo especial destinado a Iowa Bob: una ampliación enmarcada de la foto de Junior Jones marcando el único tanto de la Dairy contra Exeter. Este regalo no era ninguna chuchería, pero todo lo demás sí. Franny le compró a mamá un vestido muy *sexy*, que mamá jamás usaría. Franny abrigaba la esperanza de que se lo devolviera, pero mamá nunca le habría permitido usarlo.

—Puede ponérselo para papá cuando visiten la 3E —me dijo Franny de mal humor.

Papá le compró a Frank un uniforme de conductor de autobús, porque a mi hermano le encantaban los uniformes y seguramente lo usaría para hacer de portero

del Hotel New Hampshire. En las raras ocasiones en que teníamos más de un huésped para pasar la noche, a Frank le gustaba fingir que siempre había portero en el Hotel New Hampshire. El uniforme de conductor de autobús era del color gris-muerte de la Dairy; los pantalones y las mangas de la chaqueta resultaban cortas para él, y la gorra demasiado grande, de modo que, cuando hacía pasar a los huéspedes, tenía el siniestro aire pálido de un sórdido empleado de pompas fúnebres.

—¡Bienvenido al Hotel New Hampshire! —practicaba, pero siempre sonaba como si no lo dijese de corazón.

Nadie sabía qué regalarle a Lilly, estaban descartados los enanos, los duendes y cualquier cosa pequeña.

—¡Regaladle *comida*! —propuso Iowa Bob pocos días antes de Navidad.

Mi familia tampoco acostumbraba a hacer esa mierda de compra organizada que suele hacerse por Navidad. En nuestro caso, todo quedaba para última hora, aunque Iowa Bob armó mucho alboroto con el árbol que cortó una mañana en Elliot Park: demasiado grande para ponerlo en el restaurante del Hotel New Hampshire sin partirlo por la mitad.

—¡Has cortado ese hermoso árbol del parque! —le reprochó mamá.

—Bueno, el parque es nuestro, ¿no? —replicó Entrenador Bob—. ¿Qué otra cosa se puede hacer con los árboles?

Al fin y al cabo, Bob era de Iowa, un lugar en el que a veces puedes recorrer kilómetros y kilómetros sin ver un solo árbol.

Casi todos nos prodigamos con Egg, porque era el único de nosotros que se encontraba en la flor de la vida. Y a Egg le gustaban mucho los *objetos*. Todos le regalaban animales, pelotas y juguetes para la bañera, y juegos para entretenerse al aire libre, que en su mayor parte se habrían perdido, roto o quedado bajo la nieve antes que concluyera el invierno.

En una tienda de antigüedades de Dairy, Franny y yo descubrimos una vasija hecha con dientes de chimpancé, y se la compramos a Frank.

—Puede usarlos en uno de sus experimentos de taxidermia —sugirió Franny.

Me alegré de que no le regaláramos los dientes a Frank *antes* de Navidad, porque habría intentado usarlos para su versión de *Patético*.

—¡*Patético*! —chilló Iowa Bob una noche, poco antes de Navidad. Todos nos incorporamos en nuestras camas, con los pelos de punta—. ¡*Patético*! —gritó desde su habitación, y oímos que las barras chocaban en el suelo. Abrió la puerta y aulló a través del pasillo desierto del tercer piso—: ¡*Patético*!

—El viejo tonto sufre una pesadilla —dijo papá, y corrió escaleras arriba mientras se ponía el albornoz.

Pero yo entré en el dormitorio de Frank y le clavé la vista.

—¿A mí por qué me miras? —me preguntó—. *Patético* está en el laboratorio.

Aún no lo he terminado.

Todos subimos a ver qué le ocurría a Iowa Bob.

Afirmó que había «visto» a *Patético*. Según dijo, había percibido el olor del perro mientras dormía, y al despertar lo vio en la vieja alfombra oriental, que era su favorita y ahora estaba en la habitación de Bob.

—Pero me miró con expresión *amenazadora* —explicó el viejo Bob—. ¡Me dio la impresión de que quería *atacarme*!

Volví a mirar fijamente a Frank, que se encogió de hombros. Papá puso los ojos en blanco.

—Tuviste una pesadilla —dijo a su anciano padre.

—¡*Patético* estaba en esta habitación! —insistió Entrenador Bob—. Pero su aspecto era distinto. Parecía que quería matarme.

—Chsss, chsss... —susurró mamá.

Papá nos hizo señas de que saliéramos; le oí hablar con Iowa Bob en el mismo estilo que empleaba para hablar con Egg o con Lilly —o con cualquiera de sus hijos cuando éramos pequeños—, y recordé que a menudo le hablaba así, como si pensara que su padre era un niño.

—Es por esa vieja alfombra —nos dijo mamá—. Tiene tantos pelos del perro que vuestro abuelo aún lo huele mientras duerme.

Lilly parecía asustada, pero eso era frecuente en ella. Egg se tambaleaba como si estuviese dormido de pie.

—*Patético* ha muerto, ¿verdad? —preguntó Egg.

—Sí, sí —dijo Franny.

—¿Qué? —preguntó Egg en voz tan alta que Lilly dio un salto.

—¿En qué *pose* pusiste a *Patético*? —susurré a Frank en la escalera.

—De ataque.

Me estremecí. Pensé que el viejo perro, resentido por la horrible pose a que Frank le había condenado, estaba de regreso y al acecho en el Hotel New Hampshire. Había ido al dormitorio de Bob porque allí estaba su alfombra.

—¿Por qué no ponemos la vieja alfombra de *Patético* en la habitación de Frank? —sugerí mientras desayunábamos.

—Yo no quiero esa vieja alfombra —protestó Frank.

—Yo sí la quiero —dijo Entrenador Bob—, es ideal para mis pesas.

—¡Vaya sueño el que tuviste anoche! —se atrevió a decir Franny.

—No fue ningún sueño, Franny —respondió Bob en tono grave—. Era *Patético*... en carne y hueso.

Lilly se echó a temblar ante la expresión «en carne y hueso» y se le cayó la cuchara de los cereales con gran estrépito.

—¿Qué es en carne y hueso? —inquirió Egg.

—Oye, Frank —le dije en el helado Elliot Park el día de Nochebuena—. Creo que lo mejor será que dejes a *Patético* en el laboratorio.

Frank pareció dispuesto a «atacar» ante semejante insinuación:

—Ya está listo y vendrá a casa esta noche.

—Hazme el favor de no envolverlo para regalo —le pedí.

—¿Envolverlo para regalo? —me preguntó, casi asqueado—. ¿Crees que estoy loco? —no respondí y él agregó—: ¿No comprendes lo que ha ocurrido? He hecho un trabajo tan estupendo con *Patético* que el abuelo tuvo la premonición de que volvía a casa —concluyó Frank.

Siempre me sorprendió la forma en que Frank podía hacer que una idiotez pareciera lógica.

Llegó la Nochebuena. Nada se movía. Sólo una o dos ollas borboteaban. La omnipresente estática de Max Urick. Ronda Ray estaba en su habitación. La 2B estaba ocupada por un turco, un diplomático que visitaba a su hijo, alumno de la Dairy School; era el único estudiante de la Dairy que no había ido a su casa (o a la casa de alguien) para Navidad. Todos los regalos estaban escondidos. En nuestra familia era tradicional poner todos los regalos bajo el árbol desnudo en la mañana de Navidad.

Sabíamos que mamá y papá habían ocultado todos los nuestros en la 3E, una habitación que visitaban dichosos y a menudo. Iowa Bob había almacenado sus regalos en uno de los diminutos lavabos de la cuarta planta, de los que ya no decíamos que eran «instalaciones para enanos» desde el incierto diagnóstico de la posible enfermedad de Lilly. Franny me mostró todos los suyos e incluso hizo de maniquí para que viera el vestido *sexy* que le había comprado a mamá. Esto me llevó a mostrarle el camisón que yo había adquirido para Ronda Ray, y Franny se ofreció a pasarlo como si fuera una modelo. En cuanto se lo vi puesto comprendí que se lo tendría que haber regalado a ella. Era blanco como la nieve, un color que no figuraba en la colección de Ronda.

—¡Tendrías que haberlo comprado *para mí!* —dijo Franny—. ¡Me encanta!

Pero yo nunca llegaría a tiempo respecto a lo que debía hacer con Franny; como ella misma decía: «Siempre te llevaré un año de ventaja, pequeño».

Lilly ocultó sus regalos en una caja pequeña: todos eran minúsculos. Egg no le compró nada a nadie, pero registró al infinito el Hotel New Hampshire en busca de lo que los demás le habían comprado a él. Frank ocultó a *Patético* en el armario de Entrenador Bob.

—¿*Por qué?* —le preguntaría yo siempre, después.

—Era sólo por una noche, y yo sabía que Franny no miraría allí —me respondió siempre.

La víspera de Navidad de 1956, todos nos acostamos temprano y nadie durmió, en consonancia con otra tradición familiar. Oímos crujir el hielo bajo la nieve en Elliot Park. Había veces en que Elliot Park crujía como un ataúd que cambia de

temperatura... cuando lo entierran. ¿Por qué hasta la Navidad de 1956 daba la sensación de asemejarse a Halloween?

Incluso ladró un perro a altas horas de la noche y, aunque era imposible que fuese *Patético*, todos los que estábamos despiertos recordamos el sueño de Iowa Bob... o su «premonición», como había dicho Frank.

Y así llegó la mañana de Navidad —diáfana, ventosa y fría—; corrí mis cuarenta o cincuenta *sprints* por Elliot Park. Desnudo ya no era tan «rechoncho» como parecía con mi atuendo de correr, como no dejaba de repetirme Ronda Ray. Algunos de los plátanos ingeridos se estaban endureciendo. Aunque era la mañana de Navidad, una rutina es una rutina: fui a la habitación de Entrenador Bob para practicar un poco de levantamiento de pesas antes que la familia se reuniera a desayunar.

—Tú haz tus ejercicios de brazos mientras yo practico mis puentes de cuello —me dijo Iowa Bob.

—Sí, abuelo.

Hice lo que me había pedido. Pie con pie en la vieja alfombra de *Patético*, hicimos nuestras flexiones; cabeza con cabeza, las tracciones. Sólo teníamos una barra larga y dos cortas para los ejercicios de un solo brazo. Nos pasábamos las pesas el uno al otro, en una especie de muda oración matinal.

—Tus brazos, el tórax y el cuello están bastante bien —me dijo el abuelo—, pero los antebrazos pueden soportar algún trabajo. Tal vez convenga ponerte una horizontal de doce en el pecho para las flexiones; ahora las haces con demasiada facilidad. Y dobla las rodillas.

—Sí... —respondí sin aliento, en mi mejor estilo Ronda Ray.

Bob levantó la barra larga limpiamente unas diez veces; luego hizo unos cuantos levantamientos de pie. Creo que tenía entre ochenta y noventa kilos en la barra cuando las pesas se deslizaron por un extremo y tuve que apartarme para que no me golpearan. A continuación cayeron entre treinta y treinta y cinco kilos por el otro extremo de la barra, y el viejo Iowa Bob gritó:

—¡Mierda! ¡Malditas sean!

Las pesas rodaron por la habitación. Desde abajo, papá nos gritó:

—¡Cielo santo, chiflados levantadores de pesas! ¡Ajustad esos tornillos!

Una de las pesas chocó contra la puerta del armario. La puerta se abrió, como era de prever, y salieron por los aires la raqueta de tenis, la bolsa con ropa sucia de Bob, una manguera de aspiradora, una pelota de frontón y *Patético*... disecado.

Traté de decir algo, aunque me asusté casi tanto como debió de alarmarse Iowa Bob, pero al menos yo sabía de qué se trataba. Era *Patético* en la pose de «ataque» escogida por Frank. Debo reconocer que era una postura elegante y que Frank había disecado al labrador negro mejor de lo que yo esperaba. *Patético* estaba atornillado a una tabla de pino y, como había dicho Entrenador Bob, «en el Hotel New Hampshire todo está atornillado; en el Hotel New Hampshire todos estamos atornillados de por vida». El feroz animal se deslizó del armario con bastante gracia y aterrizó a cuatro

patas, dispuesto a saltar. Su negra pelambre brillaba tanto que debía de estar recién barnizada y sus ojos amarillos captaron la brillante luz matinal, y la luz reflejó el destello en sus viejos dientes amarillentos, que Frank había lustrado hasta dejarlos blancos para la ocasión. Mostraba los dientes más que nunca —en vida— y una especie de espuma brillante y muy convincente parecía iluminar sus encías. El morro negro aparecía húmedo y saludable; su fétida halitosis llegó hasta nosotros. Pero *este Patético* parecía demasiado serio para tirarse un pedo.

*Este Patético* estaba serio de verdad, y antes que yo pudiera recuperar el aliento para explicarle a mi abuelo que sólo era un regalo de Navidad para Franny —que sólo era uno de los horrendos proyectos que Frank llevaba a cabo en el laboratorio de biología—, el viejo entrenador arrojó su barra al salvaje perro atacante y echó su maravilloso cuerpo de lateral contra mí (sin duda para protegerme: ésa debió de ser su intención).

—¡Cristo! —exclamó.

Su voz sonó extraordinariamente aguda y al mismo tiempo entrechocaron todas las pesas alrededor de *Patético*. El perro no se inmutó y persistió en su postura de ataque, decidido a matar. Iowa Bob, que estaba más allá del fin de su última temporada, cayó muerto en mis brazos.

¡Santo cielo! ¿Estáis arrojando esas pesas *a propósito*? —gritó papá desde abajo—. ¡Santo cielo! —repitió—, ¿por qué no os tomáis un día libre? Hoy es Navidad. ¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz puñetera Navidad! —gritó Franny.

—¡Feliz Navidad! —dijo Lilly, dijo Egg e incluso Frank.

—¡Feliz Navidad! —dijo mamá suavemente.

¿Oí lo mismo en labios de Ronda Ray? ¿Y en los de los Urick... que ya se preparaban para compartir el desayuno navideño del Hotel New Hampshire? También llegó a mis oídos algo impronunciable: seguramente el turco de la 2B. Yo sostenía en mis brazos —en ese momento me di cuenta de que ahora eran muy fuertes— a la ex estrella de los Diez Grandes, para mí tan pesado y significativo como nuestro oso. Fijé la vista en lo poco que nos separaba de *Patético*.



## Papá recibe noticias de Freud

El regalo de Navidad para Entrenador Bob —la fotografía enmarcada de Junior Jones convirtiendo el único tanto de la Dairy contra Exeter— se lo dimos a Franny, que también heredó la 3F, su habitación. Franny no quiso saber nada de la versión que hizo Frank de *Patético* y que Egg arrastró a su dormitorio. Escondió el perro disecado debajo de su cama, donde mamá lo descubrió varios días después de Navidad. Sé que a Frank le habría gustado recuperarlo —para seguir experimentando con la expresión facial o con la pose—, pero se había encerrado en sí mismo y en su habitación después de darle un susto de muerte a su abuelo.

El ex lateral tenía sesenta y ocho años cuando murió, pero estaba en forma; sin un susto de la magnitud del que le dio *Patético* habría vivido otra década. Nuestra familia hizo todos los esfuerzos posibles para que la responsabilidad del accidente no pesara demasiado sobre Frank.

—Nada pesa demasiado sobre Frank —afirmó Franny.

Pero hasta ella intentó animarle.

—Disecar a *Patético* fue una *idea* muy tierna, Frank —le dijo—, pero has de comprender que no todo el mundo tiene el mismo *gusto* que tú.

Lo que podría haberle dicho Franny era que la taxidermia, como el sexo, es una cuestión muy personal; la forma en que se lo imponemos a otros debe ser muy prudente.

El sentimiento de culpa en Frank —si era eso lo que sentía— sólo fue evidente por sus exageradas ausencias; Frank siempre estaba más ausente que el resto de nosotros, pero su silencio habitual se volvió aún más quedo. Franny y yo sospechábamos que sólo su ensimismamiento le impedía preguntar por *Patético*.

A pesar de las protestas de Egg, mamá dio instrucciones a Max Urick de que se deshiciera de *Patético*, lo que Max cumplió limitándose a echar al animal paralizado en uno de los cubos de basura de la entrada de reparto. Una lluviosa mañana me sobresalté al ver, desde la habitación de Ronda Ray, el esponjoso rabo y la grupa de *Patético* asomando por la boca del cubo; imaginé al basurero, con el camión del Departamento de Sanidad, igualmente sobresaltado y pensando para sus adentros: Dios mío, en el Hotel New Hampshire, cuando se cansan de sus animalitos domésticos, los arrojan a la basura.

—Vuelve a la cama, John-O —me dijo Ronda Ray.

Pero yo seguí contemplando la lluvia, que se estaba convirtiendo en nieve y caía sobre la hilera de cubos atestados de envoltorios de Navidad, cintas y oropeles, botellas, cajas y latas del restaurante, restos de comida interesantes para pájaros y perros, y un perro muerto sin interés para nadie. Casi para nadie. A Frank le habría destrozado el corazón ver que *Patético* tenía tan degradante final. Observé cómo se acumulaba la nieve en Elliot Park y vi a otro miembro de mi familia que seguía profundamente interesado por *Patético*. Vi que Egg, con traje y gorro de esquiar,

arrastraba su trineo hasta la entrada de servicio. Se movía rápidamente por encima de la resbaladiza capa de nieve y el trineo rechinaba en la calzada, todavía despejada, aunque llena de charcos. Egg sabía adónde iba: una rápida ojeada a las ventanas del sótano y se salvó del escrutinio de la señora Urick; un vistazo a la cuarta planta, pero Max no estaba custodiando los cubos de basura. Las habitaciones de nuestra familia no daban a la entrada de reparto y Egg sabía que la única que podía verle era Ronda Ray. Pero estaba acostada, y cuando mi hermano levantó la vista hacia su ventana, me agaché.

—Si prefieres salir a correr, vete a correr, John-O —gruñó Ronda.

Cuando volví a asomarme a la ventana, Egg había desaparecido y *Patético* con él. Me di cuenta de que no habían concluido los esfuerzos por devolver a *Patético* a su tumba; ahora sólo podía conjeturar dónde reaparecería el animal.

Cuando Franny se mudó a la habitación de Iowa Bob, mamá nos volvió a acomodar a los demás. Nos puso juntos a Egg y a mí —donde antes estaban Franny y Lilly— y dio a Lilly mi antiguo dormitorio y la habitación contigua de Egg, como si el así llamado enanismo de Lilly necesitara —ilógicamente— no sólo intimidad, sino un espacio más amplio. Me quejé, pero papá insistió en que yo ejerciera una influencia «maduradora» sobre Egg. El cuartel secreto de Frank siguió en su sitio. Las barras quedaron en la habitación de Iowa Bob, lo que me daba más motivos para visitar a Franny, a quien le gustaba verme levantar pesas. Ahora, cuando practicaba levantamiento, no sólo pensaba en Franny —mi único público—, sino que también, con un poco más de esfuerzo, lograba recordar a Entrenador Bob. Ahora levantaba pesas por los dos.

Supongo que, al salvar a *Patético* del inevitable viaje al vertedero, Egg estaba resucitando a Iowa Bob de la única forma que podía hacerlo. Para mí seguía siendo un misterio la clase de influencia «maduradora» que se esperaba que ejerciera sobre Egg, aunque compartir la habitación con él resultó tolerable. Lo que más me molestaba era su ropa, mejor dicho, sus costumbres con la ropa: Egg no se vestía, se ataviaba. Se mudaba de ropa varias veces al día, y las prendas descartadas siempre dominaban un área central de nuestra habitación y allí se acumulaban, hasta que unos días después mamá irrumpía en la habitación y me preguntaba si no podía estimularle a ser más ordenado. Quizá papá quería decir «orden» cuando decía «madurez».

La primera semana que compartimos la habitación, me preocupó menos su desorden que descubrir dónde había escondido a *Patético*. Yo no quería volver a sobresaltarme por esa forma de muerte, aunque creo que cualquier forma de muerte siempre nos sobresalta —está *destinada* a sobresaltarnos—, y ni siquiera una adecuada anticipación nos prepara lo suficiente para encararla. Esto era cierto al menos con respecto a Egg y a *Patético*.

La noche anterior a la víspera de Año Nuevo, cuando Iowa Bob no llevaba muerto una semana y *Patético* sólo hacía dos días que faltaba de la basura, en la oscuridad de nuestra habitación susurré, pues sabía que Egg estaba despierto:

—Bien, Egg, ¿dónde está?

Pero siempre sería un error *susurrarle* a Egg.

—¿Qué? —preguntó.

Mamá y el doctor Blaze afirmaban que su oído mejoraba, aunque papá se refería a la «sordera» y no al «oído» de Egg, y llegó a la conclusión de que el propio doctor Blaze debía de ser sordo si creía que su estado «mejoraba». Aquello era semejante a la opinión del doctor Blaze sobre el enanismo de Lilly: decía que mejoraba porque *había crecido* (un poco). Pero todos habíamos crecido mucho más, lo que producía la impresión de que Lilly era cada vez *más pequeña*.

—¿Dónde está *Patético*? —pregunté en voz alta.

—*Patético* está muerto —respondió.

—Ya sé que está muerto, ¿pero *dónde*? ¿Dónde está *Patético*?

—*Patético* está con el abuelo Bob.

En eso tenía razón, por supuesto, y comprendí que no habría forma de engatusar a Egg para conocer el paradero del perro disecado.

—Mañana es la víspera de Año Nuevo —dije.

—¿Quién?

—¡Nochevieja! —grité—. Haremos una fiesta.

—¿Dónde? —preguntó.

—Aquí, en el Hotel New Hampshire.

—¿En qué lugar?

—En la sala principal. La grande. El restaurante.

—No haremos una fiesta en esta habitación —afirmó.

Yo sabía que con el vestuario desparramado no había lugar para una fiesta en nuestro dormitorio, pero dejé pasar su observación. Estaba casi dormido cuando Egg volvió a hablarme.

—¿Qué harías para secar algo que estuviese mojado?

Pensé en el probable estado de *Patético* después de Dios sabe cuántas horas en el cubo de la basura abierto, bajo la lluvia y la nieve.

—¿Qué es lo que está mojado, Egg?

—Pelo —respondió—. ¿Cómo secarías pelo mojado?

—¿*Tu* pelo, Egg?

—El pelo de cualquiera. Un montón de pelo. Más que el mío.

—Supongo que con un secador de pelo.

—¿Eso que tiene Franny? —me preguntó.

—Mamá también tiene uno.

—Sí, pero el de Franny es mayor y me parece que también es más caliente.

—Tienes que secar un montón de pelo, ¿no? —le interrogué.

—¿Qué?

No valía la pena repetir la pregunta; un aspecto de la sordera de Egg era su habilidad para no oír lo que no quería.

Por la mañana le miré mientras se quitaba el pijama, debajo del cual estaba completamente vestido.

—Es bueno estar preparado, ¿no es cierto, Egg?

—¿Preparado para qué? —me preguntó—. Hoy no hay clase; todavía estamos de vacaciones.

—¿Entonces por qué duermes vestido? —no me contestó; estaba revolviendo los diversos montones de ropa que había en el suelo—. ¿Qué buscas? Ya estás vestido.

Pero cada vez que Egg detectaba en mi tono de voz algo que le fastidiaba, no me hacía caso.

—Nos veremos en la fiesta —me dijo, y salió.

A Egg le encantaba el Hotel New Hampshire; quizá le gustaba incluso más que a papá, porque a éste lo que más le atraía era la idea; de hecho, papá parecía cada día más inseguro del éxito real de su aventura. Egg adoraba todas las habitaciones, las cajas de la escalera, el gran vacío desocupado de la ex escuela para señoritas. Papá tenía la sensación de que la mayor parte del tiempo estaba *demasiado* desocupado, pero a Egg le parecía bien.

A veces, los huéspedes nos entregaban objetos extraños que encontraban en sus habitaciones.

—La habitación estaba muy limpia —decían—, pero alguien debió de olvidar esto...

«Esto» era el brazo derecho de un cowboy de goma, la pata palmeada de un sapo seco, un naipe con una cara dibujada encima de la cara de la jota de diamantes, el cinco de tréboles atravesado por la palabra «Caracoles». Un pequeño calcetín con seis canicas dentro, una muda de ropa (la insignia de policía de Egg prendida a su uniforme de béisbol) colgada en el armario de la 4 G.

La víspera de Año Nuevo amaneció con atmósfera de deshielo: la bruma se extendía sobre Elliot Park y la nieve del día anterior empezaba a derretirse dejando al descubierto la nieve gris de una semana atrás.

—¿Dónde estuviste esta mañana, John-O? —me preguntó Ronda Ray mientras trajinábamos por el restaurante preparando la fiesta de Nochevieja.

—No llovía —dije.

Una débil excusa; yo lo sabía y ella también. No puede decirse que le fuera infiel —no había con quién pudiera serle infiel—, pero yo soñaba todo el tiempo con una criatura imaginaria, aproximadamente de la edad de Franny. Hasta le había pedido a mi hermana que me arreglara una cita con una de sus amigas, alguien que ella me recomendara, aunque solía repetirme que ahora sus amigas eran demasiado viejas para mí, lo que quería decir que tenían dieciséis años.

—¿No practicarás levantamiento hoy? —me preguntó Franny—. ¿No tienes miedo de perder la forma?

—Estoy practicando para la fiesta —repliqué.

Esperábamos a tres o cuatro alumnos de la Dairy (que acortarían sus vacaciones

de Navidad), los cuales pasarían la noche en el hotel, entre ellos Junior Jones —que formaría pareja con Franny— y una hermana suya, que no era alumna de la Dairy. Junior llevaba a su hermana para mí, y me aterraba pensar que fuera tan corpulenta como él; al mismo tiempo estaba ansioso por saber si era la chica violada de la que había hablado Harold Swallow: me parecía injustamente importante saberlo. ¿Sería mi compañera una chica enorme y violada o una chica enorme y no violada? Yo estaba seguro de que en cualquier caso tenía que ser enorme.

—No te pongas nervioso —me dijo Franny.

Desmantelamos el árbol de Navidad, que llenó de lágrimas los ojos de mi padre, pues era el árbol de Iowa Bob; mamá tuvo que salir del salón. A los chicos, el funeral nos había parecido demasiado apagado; era el primero que veíamos, pues no recordábamos qué se había hecho con Latin Emeritus y con la madre de mi madre; al oso llamado *Estado de Maine* no le habían hecho funeral. Creo que, teniendo en cuenta el bochinche que rodeó la muerte de Iowa Bob, esperábamos un funeral ruidoso, «al menos con el sonido de la caída de las barras», le dije a Franny.

—Ponte serio —me dijo.

Franny parecía creer que se estaba volviendo mucho mayor que yo, y sospeché que tenía razón.

—¿Es la hermana que violaron? —le pregunté de improviso—. Quiero decir, ¿a qué hermana traerá Junior?

Por la mirada de Franny me di cuenta de que mi pregunta sumaba años de distancia entre los dos.

—Sólo tiene una hermana —me miró a los ojos—. ¿Te importa que haya sido violada?

Naturalmente, no supe qué decir. ¿Que sí importaba? ¿Que no se habla de violación con alguien que ha sido violada, mientras que se aborda el tema sin ambages con quien no lo ha sido? ¿Que se buscan cicatrices perdurables en el alma, o que no se buscan? ¿Que *uno presupone* que hay cicatrices perdurables en el alma y habla con esa persona como si fuera inválida? (¿Y cómo se habla con una persona inválida?) ¿Que no importaba? Pero importaba y yo sabía por qué. Tenía catorce años. En mis años de inexperiencia (y siempre sería inexperto en cuestión de violaciones) imaginaba que a una persona que ha sido violada se la *tocaba* de manera distinta, o se la tocaba menos, o no se la tocaba. Por último se lo dije a Franny, y ella me clavó la mirada.

—Estás equivocado —me aseguré.

Pero empleó el tono que usaba para decirle a Frank «eres un imbécil» y yo sentí que probablemente siempre tendría catorce años.

—¿Dónde está Egg? —gritó papá—. ¡Egg!

—Egg nunca hace nada —se quejó Frank, mientras barría al azar las agujas muertas del árbol de Navidad.

—Egg es un niño, Frank —le recordó Franny.

—Egg podría ser más maduro de lo que es —señaló papá.

Y yo (que debía ser la influencia maduradora) sabía muy bien por qué razón Egg estaba fuera del alcance del oído de todos. Se encontraba en alguna habitación desocupada del Hotel New Hampshire, contemplando la enorme mole de perro labrador negro y mojado que era *Patético*.

Una vez barridos y retirados del Hotel New Hampshire los últimos vestigios de Navidad, pensamos en los adornos más apropiados para la víspera de Año Nuevo.

—Nadie tiene mucho espíritu de Nochevieja —comentó Franny—. No pongamos adornos.

—Una fiesta es una fiesta —dijo papá en tono animado.

A pesar de su tono, sospechábamos que era el que menos espíritu festivo tenía de todos nosotros. Todos sabíamos de quién había partido la idea de hacer una fiesta para Nochevieja: era una propuesta de Iowa Bob.

—De todos modos no vendrá nadie —dijo Frank.

—Habla por ti, Frank —dijo Franny—. Vendrán algunos amigos míos.

—Aunque hubiera un centenar de asistentes, serías capaz de encerrarte en tu habitación, Frank —observé.

—Anda, cómete otro plátano —dijo mi hermano—. Ve a correr... y piérdete.

—A mí me gusta que demos una fiesta —intervino Lilly.

Todos la miramos, porque no habíamos notado su presencia hasta que habló, por supuesto: se estaba volviendo pequeña. Tenía casi once años, pero ahora parecía considerablemente menor que Egg; apenas me llegaba a la cintura y pesaba bastante menos de veinte kilos.

Conque nos pusimos a la altura de las circunstancias: si a Lilly le gustaba que diéramos una fiesta, íbamos a mejorar nuestro humor para ella.

—¿Qué se te ocurre para adornar el restaurante, Lilly? —le preguntó Frank.

Cuando se dirigía a Lilly, Frank tenía la costumbre de inclinarse como si le hablara a un bebé en su cochecito y sólo debiera decir puras tonterías.

—No lo adornemos; pasémoslo bien, sencillamente —sugirió Lilly.

Nos quedamos todos mudos, afrontando esta perspectiva como si escucháramos una sentencia de muerte, hasta que mamá dijo:

—¡Qué maravillosa idea! Telefonaré a los Matson.

—¿Los Matson? —preguntó papá.

—Y a los Fox, y tal vez a los Calder —prosiguió mamá.

—¡A los Matson no! —se opuso papá—. Y los Calder nos han invitado a nosotros a su fiesta... todos los años organizan una para Nochevieja.

—Bueno, seremos sólo unos pocos amigos —dijo mamá.

—Y los parroquianos de costumbre —agregó papá, aunque inseguro, y todos apartamos la mirada.

Los «parroquianos de costumbre» eran un reducido puñado de amigotes, en su mayoría compinches de libaciones de Entrenador Bob. Dudábamos de que volvieran

a aparecer, sobre todo en la víspera de Año Nuevo.

La señora Urick no sabía cuánta comida debía preparar; Max ignoraba si tenía que preparar todo el aparcamiento o sólo los pocos espacios habituales. Ronda Ray parecía imbuida del espíritu de una fiesta de Año Nuevo personal; tenía un vestido que quería ponerse y me lo describió de pies a cabeza. Yo ya lo conocía: era el vestido *sexy* que Franny le había regalado a mamá para Navidad y que ésta a su vez le había dado a Ronda. Después de haber visto a Franny pasar el modelo para mí, me moría por ver cómo lograría meterse dentro Ronda.

Mamá había contratado a una banda de música para que actuara en vivo.

—Una banda *casi* viva —dijo Franny, porque ya la había oído.

Tocaban para los veraneantes en Hampton Beach, pero durante el curso escolar eran alumnos de segunda enseñanza. El de la guitarra eléctrica era un granuja llamado Sleazy Wales; su madre era la vocalista y además tocaba la guitarra acústica; una mujer alta y fuerte que se llamaba Doris y a quien Ronda Ray calificaba de furcia con fervor. La banda llevaba el nombre de su vocalista, y el de un leve huracán de años atrás que también se llamó Doris. Se presentaba como Huracán Doris, y estaba compuesta por Sleazy Wales, su madre y dos de sus condiscípulos, bajo acústico y batería. Supongo que los muchachos trabajaban en el mismo garaje al salir de la escuela: sus atuendos de músicos consistían en sus monos de mecánico, con el nombre de cada uno bordado en el pecho junto a la insignia de GULF. Sus nombres eran Danny, Jake y Sleazy, y todos parecían apellidarse GULF. Doris se ataviaba como le venía en gana, o sea, que llevaba vestidos que hasta Ronda Ray habría considerado impúdicos. Como cabía esperar, Frank dijo que Huracán Doris era «repugnante».

La banda prefería las piezas a lo Elvis Presley, «con montones de cosas lentas si hay muchos adultos entre el público», le dijo Doris a mi madre por teléfono, «y la porquería más rápida si el público es joven».

—Me muero por oír lo que opinará Junior sobre Huracán Doris —dijo Franny.

Se me cayeron de las manos varios ceniceros de vidrio que se suponía que debía distribuir en las mesas, porque yo me moría por oír lo que opinaría la hermana de Junior Jones sobre mí.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté a Franny.

—Si tienes suerte, alrededor de doce, pequeño —bromeó.

Frank había llevado la fregona y la escoba al trastero del primer piso, y allí había descubierto una pista de la existencia de *Patético*, el madero cortado a la medida en el que lo había montado en su pose de ataque. En la tabla se veían cuatro orificios de tornillos y las huellas de las patas del perro, que habían estado atornilladas al madero.

—¡Egg! —gritó Frank—. ¡Ladronzuelo!

Es decir, que Egg había retirado a *Patético* de su plataforma y quizá en ese mismo momento estaba remodelando la pose en algo más próximo a su versión personal de nuestro viejo perro.

—Por suerte, Egg no se apoderó de *Estado de Maine* —dijo Lilly.

—Por suerte, *Frank* no se apoderó de *Estado de Maine* —la corrigió Franny.

—No habrá mucho lugar para bailar —dijo Ronda Ray en tono de hastío—. No podemos mover las sillas de su sitio.

—¡Bailaremos alrededor de las sillas! —propuso papá con optimismo.

—Atornillados de por vida —dijo Franny en voz muy baja.

Pero papá la oyó, y no estaba preparado para oír los dichos de Iowa Bob... todavía. Pareció muy dolorido y luego apartó la mirada. Recuerdo las vísperas de aquel Año Nuevo como una época en que todos solíamos «apartar la mirada».

—¡Maldición! —me susurró Franny, y la noté sinceramente avergonzada.

Ronda Ray le dio un breve abrazo y le dijo:

—Tienes que crecer un poco, cariño. Ya descubrirás que los adultos no se recuperan con tanta facilidad como los chicos.

Oíamos a Frank llamar a Egg en la caja de la escalera. Frank tampoco se «recupera» con facilidad, pensé. Pero, en cierto sentido, Frank nunca fue un chico.

—¡Acaba con ese barullo! —chilló Max Urick desde la cuarta planta.

—¡Bajad a ayudarnos..., los dos! —gritó papá.

—¡Pequeños! —gruñó Max.

—¿Qué sabrá él de pequeños? —refunfuñó la señora Urick.

Entonces llamó Harold Swallow desde Detroit. No vendría a Dairy antes que empezaran las clases y no asistiría a la fiesta. Dijo que acababa de recordar que la víspera de Año Nuevo le deprimía y que siempre terminaba viendo la televisión.

—Eso puedo hacerlo en Detroit —explicó—. No tengo por qué tomar un avión a Boston y viajar en coche hacinado con Junior Jones y un montón más para quedarme en un estafalario hotel a ver los festejos de Nochevieja por la tele.

—No pondremos la televisión —le dije—. Si lo hiciéramos le crearíamos conflictos a la banda.

—Pues me perderé la fiesta. Prefiero quedarme en Detroit —nunca había mucha lógica en las conversaciones con Harold Swallow y yo nunca sabía qué responderle—. Lamento lo de Bob —concluyó.

Le di las gracias e informé a los demás de que no vendría a la fiesta.

—Nasty tampoco vendrá —nos comunicó Franny.

«Nasty»<sup>[8]</sup> era el novio bostoniano de la amiga de Franny, Ernestine Tuck, de Greenwich, Connecticut. Todo el mundo, excepto Franny y Junior Jones, llamaba Bitty a Ernestine. Aparentemente, una desgraciada noche, su madre la había llamado «cosita»<sup>[9]</sup>, y el nombre cuajó, como suele decirse. A Ernestine no parecía importarle, y también toleraba la versión de su nombre creada por Junior Jones: tenía unos pechos maravillosos y Junior la llamaba *Titsie* Tuck<sup>[10]</sup>, lo mismo que Franny. Bitty Tuck quería tanto a mi hermana que era capaz de soportar cualquier insulto de ella, y el mundo entero, pensaba yo, tenía que aceptar insultos por parte de Junior Jones. Bitty Tuck tenía dieciocho años; era rica, bonita y buena persona. Resultaba muy fácil tomarle el pelo y vendría a pasar la Nochevieja con nosotros porque era lo que



Franny llamaba «muy fiestera» y su única amistad del sexo femenino en la Dairy School. A los dieciocho años, Bitty era muy sofisticada, en opinión de Franny. Ésta me explicó el plan: consistía en que Junior Jones y su hermana vendrían en su coche desde Filadelfia; recogerían a Titsie Tuck en Greenwich y luego a su novio, Peter (Nasty) Raskin, en Boston. Pero a Nasty no le dieron permiso porque había insultado a una tía en una boda familiar. De todos modos, Titsie había decidido venir con Junior y su hermana.

—Entonces habrá una chica de más... para Frank —dijo papá en su estilo bienintencionado, y varias imágenes de muerte pasaron por encima de nuestras cabezas en silencio.

—Es decir, que no habrá ninguna para mí —protestó Egg.

—¡Egg! —chilló Frank, sobresaltándonos a todos.

No nos habíamos dado cuenta de que Egg estaba con nosotros ni en qué momento había llegado, pero se había cambiado de ropa y fingía trajar por el restaurante como si todo el día hubiese estado trabajando igual que los demás.

—Quiero hablar contigo, Egg —dijo Frank.

—¿Qué? —preguntó Egg.

—¡No le grites a Egg! —dijo Lilly.

Lilly se llevó aparte a Egg, en su irritante estilo maternal. Notamos que Lilly se había interesado por hacerle de madre a Egg en cuanto éste se volvió más alto que ella. Frank los siguió a un rincón del salón, siseándole a Egg como un tonel lleno de serpientes.

—Sé que lo tienes, Egg —siseó Frank.

—¿Qué?

Frank no se atrevió a decir «*Patético*» estando papá en el restaurante, y ninguno de nosotros permitiría que intimidara a Egg: estaba a salvo y lo sabía. Se había puesto su uniforme de combatiente de infantería. Franny me había dicho que creía que Frank deseaba un uniforme como aquél y que enloquecía cada vez que Egg usaba uniforme, y tenía varios. Si bien el amor que experimentaba Frank por los uniformes parecía extraño, la misma inclinación resultaba natural en el caso de Egg, y sin duda Frank estaba resentido por ello.

Después le pregunté a Franny cómo volvería a Filadelfia la hermana de Junior Jones cuando concluyeran los festejos de Año Nuevo y empezaran las clases en la Dairy School. Franny me miró desconcertada y le expliqué que no creía que Junior volviese a Filadelfia a llevar a su hermana y después regresara a Dairy. Además, no le permitirían tener el coche en la escuela, pues iba contra los reglamentos.

—Volverá conduciendo, supongo. El coche es de ella..., o eso creo.

Entonces me di cuenta de que la hermana de Junior Jones, si venían en *su coche*, debía tener edad suficiente para conducir.

—¡Debe tener por lo menos dieciséis! —le dije a Franny.

—No te asustes —me aconsejó Franny—. ¿Cuántos años crees que tiene Ronda?

Pero la idea de enfrentarme a una chica mayor era suficientemente intimidadora sin necesidad de imaginar a una *enorme* chica mayor: grandullona, mayor y violada.

—También es razonable suponer que es negra —me dijo Franny—. ¿O tampoco se te ha ocurrido?

—Eso no me preocupa —respondí.

—A ti todo te preocupa —afirmó mi hermana—. Titsie Tuck tiene dieciocho y te preocupa muchísimo. También estará aquí.

Eso era cierto: Titsie Tuck se refería públicamente a mí como «mono», en su estilo más bien condescendiente. Pero era simpática y nunca me tomaba en consideración, salvo para bromear conmigo; me resultaba intimidadora del modo que puede serlo una persona que nunca recuerda tu nombre.

—En este mundo —observó Franny una vez—, precisamente cuando estás tratando de creerte memorable aparece alguien que ha olvidado que te conoce.

La preparación de la fiesta de Nochevieja fue un día con altibajos en el Hotel New Hampshire: recuerdo que se cernía sobre nosotros algo más que la habitual urdimbre de tontería y tristeza, como si de vez en cuando fuésemos conscientes de que apenas habíamos llorado a Iowa Bob, y de que nuestra responsabilidad más importante (no sólo a pesar de, sino *a causa* de Iowa Bob) era la de divertirnos. Quizá fuese nuestra primera prueba de la máxima que el viejo Iowa Bob le había transmitido a mi padre; una máxima que papá constantemente nos inculcaba. Nos resultaba tan conocida que ni se nos ocurría comportarnos como si no la aceptáramos, aunque probablemente no supimos, hasta mucho después, si creíamos en ella o no.

La máxima corría pareja en la teoría de Iowa Bob de que todos estábamos en un gran barco, «en un crucero alrededor del mundo». Y a pesar del peligro de ser barridos en cualquier momento —o tal vez a causa de dicho peligro— no *teníamos derecho* a deprimirnos ni a ser desdichados. Que el mundo funcionara mal *no era* motivo para recubrirse de cinismo ni para caer en una desesperación de párvulos; según mi padre, y según Iowa Bob, el hecho de que el mundo funcionara mal era un poderoso incentivo para vivir con algún propósito y para decidirse firmemente a vivir bien.

—Fatalismo feliz —llamaría Frank más adelante a esa filosofía, pues en su condición de muchacho cargado de problemas no era creyente.

Una noche en que estábamos siguiendo un pésimo melodrama por el televisor del bar del Hotel New Hampshire, mi madre exclamó:

—No quiero ver el final. Me gustan los finales felices.

—Los finales felices no existen —declaró papá.

—¡Eso es! —gritó Iowa Bob, dejando oír una extraña mezcla de exuberancia y estoicismo en su voz cascada—. La muerte es horrible, definitiva y a menudo prematura.

—¿Y qué? —preguntó mi padre.

—¡Eso es! —volvió a gritar Entrenador Bob—. Ésa es la cuestión: ¿y qué?

Así, la máxima familiar decía que un final desdichado no socavaba una vida rica y plena de energía. Todo se basaba en la convicción de que *no había* finales felices. Mamá se resistía a esta interpretación, que Frank aceptaba a regañadientes; probablemente Franny y yo éramos creyentes de esta religión, y si algunas veces dudábamos de Iowa Bob, el mundo nos salía con algo que parecía demostrar el acierto del viejo lateral. Nunca supimos cuál era la religión de Lilly (sin duda, una idea pequeña que guardaba para sus adentros); y Egg sería el recuperador de *Patético* en más de un sentido. Recuperar a *Patético* también es una especie de religión.

La tabla que Frank había encontrado —la que tenía los agujeros y las marcas de las patas de *Patético* y recordaba la abandonada cruz de un crucifijo de metro veinte — me pareció de mal agüero. Logré convencer a Franny de que hiciéramos un control de camas, aunque afirmó que Frank y yo estábamos majaras. Dijo que probablemente Egg quería conservar la tabla y que había tirado *al perro*. Por supuesto, el interfono no reveló nada, puesto que *Patético* —lo hubieran tirado o estuviese escondido— ya no respiraba. Oímos un extraño silbido, como una ráfaga de aire en la 4A, al otro lado del pasillo de la estática de Max Urick, pero Franny opinaba que eso se debía a que la ventana había quedado abierta: Ronda Ray había hecho la cama para Bitty Tuck y sin duda quería que la habitación se ventilara.

—¿Por qué vamos a poner a Bitty en el cuarto piso? —quise saber.

—Porqué mamá pensó que vendría con Nasty y, si los acomodaba en la cuarta planta, podrían disponer de su intimidad lejos de vosotros los críos.

—*De nosotros* los críos, querrás decir. ¿Dónde va a dormir Junior?

—Conmigo no —respondió Franny con voz tajante—. Junior y Sabrina tienen una habitación cada uno en el segundo.

—¿Sabrina? —pregunté.

—Eso es.

¡Sabrina Jones! Una especie de cataclismo me cerró la garganta. Diecisiete años y dos metros de estatura, imaginé; alrededor de ochenta kilos desnuda bajo su toalla... y capaz de hacer un levantamiento de cien kilos.

—Están aquí —dijo Lilly.

Lilly había entrado en la sala de la centralita para anunciarlos con su delgada voz. La vista de las dimensiones de Junior Jones la dejaba siempre sin aliento.

—¿Es muy grandullona? —le pregunté a Lilly.

Naturalmente, a Lilly todo el mundo le parecía enorme. Tendría que ver a Sabrina Jones con mis propios ojos.

Frank, consciente de su responsabilidad, se había puesto su uniforme de conductor de autobús y hacía de portero del Hotel New Hampshire. Arrastró el equipaje de Bitty Tuck hasta el vestíbulo: Bitty Tuck era el tipo de chica que viajaba con equipaje. Llevaba una especie de traje de hombre — aunque hecho a la medida

de una mujer— y también una especie de camisa de hombre, abotonada hasta el cuello y con corbata, pero sus pechos eran extraordinarios, tal como había observado Junior Jones: imposible disimularlos ni siquiera con prendas masculinas. Entró contoneándose en el vestíbulo, detrás de Frank, que sudaba por el peso de su equipaje.

—¡Hola, John-John! —me saludó.

—Hola, Titsie —respondí sin la menor intención de que se me escapara su mote, porque sólo Junior y Franny podían llamarla Titsie sin recibir una mirada de desdén.

Me miró desdeñosamente y pasó por mi lado para abrazar a Franny, lanzando los extraños gritos que ese tipo de chica parece destinada a emitir.

—Las maletas deben ir a la 4A, Frank —dije.

—¡Ahora no! —suspiró Frank, y se dejó caer en el vestíbulo junto con el equipaje de Bitty—. Será necesario el esfuerzo de todo un equipo. Quizás alguno de vosotros sea lo bastante tonto como para excitarse y divertirse de verdad haciéndolo durante la fiesta.

Apareció Junior Jones en la puerta del vestíbulo; por su aspecto parecía capaz de lanzar hasta el cuarto piso el equipaje de Bitty Tuck... incluyendo a Frank entre los bultos.

—La diversión está aquí, hombre —dijo Junior Jones.

Traté de ver más allá de él, o alrededor de él, en dirección a la puerta. Durante un terrible segundo *miré por encima* de él, como si su hermana Sabrina pudiera ser más alta y sobresalir a sus espaldas.

—¡Eh, Sabrina! —llamó Junior Jones—. Aquí está tu levantador de pesas.

En la puerta apareció una negra esbelta, aproximadamente de mi estatura; su sombrero de ala colgante la hacía parecer un poco más alta, y además usaba tacones. Su traje —un traje de mujer— era tan elegante como el atuendo de Bitty Tuck; llevaba una sedosa blusa de color crema, de amplio cuello, abierto lo suficiente como para que se vislumbrara el encaje rojo de su sostén. Usaba anillos en todos los dedos y muchos brazaletes; lucía un maravilloso color chocolate amargo, sus ojos eran brillantes y sonreía con su carnosa boca llena de dientes extraños aunque hermosos. Sabrina Jones olía tan bien y desde tan lejos, que hasta los gritos de Bitty Tuck quedaron apagados por sus efluvios. Calculé que tendría veintiocho o treinta años, y pareció sorprendida cuando me presentaron. Junior Jones, que era asombrosamente rápido para su tamaño, se apartó de nosotros en un segundo.

—¿Tú eres el levantador de pesas? —se extrañó Sabrina Jones.

—Sólo tengo quince años —mentí, porque pronto los tendría.

—¡Cristo! —exclamó Sabrina: era tan bonita que no podía mirarla—. ¡Junior! —gritó.

Pero Junior Jones se ocultaba de ella, con todos sus kilos auestas. Evidentemente necesitaba que alguien lo trajera desde Filadelfia, pues no quería desilusionar a Franny no apareciendo en Nochevieja, y había conseguido a su

hermana *mayor* y el coche de *ésta*, con la excusa de que formaría pareja conmigo.

—Me dijo que Franny tenía un hermano *mayor* —me contó Sabrina, apenada.

Supongo que Junior pensaba en Frank cuando lo dijo. Sabrina Jones era secretaria en una empresa de abogados de Filadelfia; tenía veintinueve años.

—Quince... —silbó entre dientes.

Los dientes de Sabrina no poseían el blanco brillante de los de su hermano; su tamaño era perfecto y los tenía muy derechos, pero presentaban un matiz de ostra perlada. No es que fuesen poco atractivos, pero eran su único fallo visible. En mi inseguridad experimenté la necesidad de notarlo. Me sentía un poco tonto, lleno de plátanos, como decía Frank.

—Actuará una banda en vivo —le dije, y al instante me arrepentí.

—¿Y? —dijo, pero fue amable y sonrió—: ¿Sabes bailar?

—No —confesé.

—Bueno —hizo un esfuerzo por ser campechana—. ¿Levantas pesas?

—No tanto como Junior.

—Me encantaría dejar caer unas cuantas sobre la cabeza de mi hermano —amenazó.

Frank recorrió el vestíbulo dando bandazos, en la lucha con un baúl que contenía la ropa de invierno de Junior Jones; no logró salvar el equipaje de Bitty Tuck, que se encontraba al pie de la escalera, y dejó caer el baúl allí, sobresaltando a Lilly, que estaba sentada en el último peldaño contemplando a Sabrina Jones.

—Ésta es mi hermana Lilly —dije a Sabrina— y aquél era Frank —señalé la espalda de mi hermano mientras se escabullía.

Oímos los gritos de Franny y de Bitty Tuck en algún lugar del hotel, y pensé que Junior Jones estaría hablando con mi padre, dándole el pésame por la muerte de Entrenador Bob.

—Hola, Lilly —dijo Sabrina.

—Yo soy enana y nunca creceré —se presentó Lilly.

A Sabrina Jones esta información debió de parecerle coherente con su desencanto al descubrir mi edad, pues no se mostró impresionada.

—¡Qué interesante! —le comentó a Lilly.

—Crecerás, Lilly —dije—. Al menos crecerás *un poco*, y *no eres* enana.

Lilly se encogió de hombros.

—No me molesta —afirmó.

Una figura atravesó velozmente el rellano de la escalera: esgrimía un hacha, llevaba pintura de guerrero y muy poco más (un taparrabo negro con cuentas de colores decoraba sus caderas).

—Ése era Egg —dije al ver la mirada desconcertada de Sabrina Jones, con su bonita boca apenas abierta, como si intentara hablar.

—Ése era un niño indio —dijo—. ¿Por qué se llama Egg<sup>[11]</sup>?

—¡Yo lo sé! —se ofreció a explicar Lilly; desde la escalera levantó la mano,

como si estuviera en clase esperando que la maestra la llamara a dar la lección.

Me alegré de que estuviera allí; nunca me gustó explicar por qué Egg llevaba este nombre. Egg había sido Egg desde el principio del embarazo de mamá, cuando Franny le preguntó cómo se llamaría el nuevo bebé.

—Ahora sólo es un *huevo* —había dicho Frank oscuramente: sus conocimientos de biología siempre nos habían impresionado.

Así, a medida que mamá engordaba y engordaba, el huevo se llamó Egg cada vez con más convicción. Mamá y papá esperaban la tercera niña, sólo porque nacería en abril y a ambos les gustaba el nombre April para una niña. No tenían decidido ningún nombre de varón; a papá no le gustaba tener un niño que se llamara Win como él, y a mamá —a pesar de su cariño por Iowa Bob— no le atraía la idea de tener otro Robert en la familia. Cuando fue evidente que el huevo era un varón ya le llamábamos Egg, y este nombre cuajó (como suele decirse): Egg nunca tuvo otro.

—Comenzó como un huevo y sigue siéndolo —le explicó Lilly a Sabrina Jones.

—¡Cristo! —exclamó Sabrina.

Deseé que ocurriese algo imprevisto en el Hotel New Hampshire para alejar mi turbación por la forma en que nuestra familia debía de ser vista por ojos ajenos.

—Te diré —me comentaría Franny años después— que *no somos excéntricos ni estrafalarios*. Para nosotros mismos somos tan corrientes como el pan.

Y tenía razón: para nosotros éramos tan normales como el olor a pan; éramos, lisa y llanamente, una familia. En una familia hasta las exageraciones tienen sentido; siempre son exageraciones *lógicas* y nada más.

Pero mi turbación con Sabrina Jones me turbaba por todos nosotros. Mi turbación incluía también a gente que no pertenecía a mi familia. Me sentía turbado por Harold Swallow cada vez que hablaba con él; siempre temía que alguien se burlara de él e hiriera sus sentimientos. La víspera de Año Nuevo en el Hotel New Hampshire estaba turbado por Ronda Ray, que llevaba el vestido que Franny había comprado para mamá; me sentía turbado incluso por la banda casi viva, el horrendo grupo de rock llamado Huracán Doris.

Reconocí en Sleazy Wales a un gamberro que años atrás me había amenazado en el cine, durante la función de tarde. Sleazy había amasado una bola de pan, gris de aceite y mugre a causa de su vida de mecánico de automóviles, y me la puso bajo las narices.

—¿Quieres comerte esto, chico? —me preguntó.

—No, gracias —respondí.

Frank se levantó de un salto y corrió al pasillo, pero Sleazy Wales me apretó el brazo y me retuvo en mi asiento.

—No te muevas —me ordenó.

Le prometí que no me movería; Sleazy sacó del bolsillo un largo clavo con el que atravesó la bola de pan. A continuación cerró el puño alrededor de la bola, dejando asomar el clavo entre el dedo medio y el anular.

—¿Quieres que te pinche los ojos? —me preguntó.

—No, gracias.

—¡Entonces largo de aquí!

Incluso entonces me sentí turbado por él. Fui a buscar a Frank, que siempre que se asustaba en el cine se detenía junto al abrevadero. Frank también solía turbarme.

La víspera de Año Nuevo en el Hotel New Hampshire, enseguida me di cuenta de que Sleazy Wales no me había reconocido. Entre nosotros había muchos kilómetros, mucho levantamiento de pesas y muchos plátanos; si volvía a amenazarme con pan y clavos, yo estaría en condiciones de darle un abrazo mortal. No parecía haber crecido desde aquel sábado en el cine. Flacucho y de piel cenicienta, con la cara del color de un cenicero sucio, empujó los hombros hacia delante en su camiseta de GULF e intentó caminar como si cada uno de sus brazos pesara cincuenta kilos. Calculé que todo su cuerpo, con algunas llaves inglesas y otras herramientas pesadas en los bolsillos, no pesaría más de sesenta y cinco kilos. Podía haberlo levantado fácilmente media docena de veces.

Huracán Doris no pareció especialmente decepcionada por la ausencia de una multitud; hasta es probable que los chicos se sintieran agradecidos de tener menos público mientras arrastraban su equipo brillante y barato de toma en toma, para enchufar los instrumentos.

Lo primero que oí decir a Doris Wales fue:

—Haz retroceder ese micro, Jake, y no seas gilipollas.

El bajo acústico (llamado Jake), otro grasiento mecánico con camiseta de GULF, se encogió sobre el micrófono como si le tuviera pánico a un golpe de corriente... y a ser un gilipollas. Sleazy Wales le dio un golpe en los riñones al otro miembro de la banda, un batería gordo que se llamaba Danny y que aguantó el puñetazo con dignidad, aunque evidentemente dolorido.

Doris Wales era una mujer de pelo rubio pajizo, que parecía haberse bañado en aceite de maíz y haberse puesto luego el vestido encima. El vestido la ceñía por todas partes y se hundía y combaba en todos los resquicios de su cuerpo; una sucesión de pellizcos o mordiscos amorosos — «chupones», decía Franny— moteaban su pecho y su garganta como un terrible sarpullido; los verdugones parecían heridas producidas por un látigo. Se había aplicado lápiz de labios color ciruela, manchándose los dientes. Nos dijo a Sabrina Jones y a mí:

—¿Queréis música movida o música lenta, ideal para el magreo? ¿O ambas?

—Ambas —respondió Sabrina Jones, sin dejarse amilanar.

Pero yo tuve la certeza de que aunque el mundo dejara de dar rienda suelta a guerras, hambrunas y otros males, los seres humanos seguirían incordiándose a muerte entre sí. Nuestra autodestrucción quizás exigiera un poco más de tiempo, pero no por eso sería menos completa.

Algunos meses después del huracán que llevaba su nombre, Doris Wales oyó por primera vez *Hotel de corazones destrozados*, de Elvis Presley, estando precisamente en un hotel. A Sabrina y a mí nos dijo que aquello había sido una experiencia mística.

—¿Comprendéis? Yo estaba en la cama con un tío en un hotel cuando pasaron esa canción por la radio. Esa canción me indicó lo que debía *sentir* —nos explicó Doris—. Ocurrió hace más o menos medio año. No soy la misma desde entonces.

Me pregunté dónde estaría ahora el tío que estaba en la cama con Doris Wales cuando ella vivió su experiencia. ¿Sería el mismo desde entonces?

Doris Wales sólo cantaba canciones de Elvis Presley; cuando correspondía, cambiaba el *él* por *ella* (y viceversa); esta improvisación y el hecho de que no fuese negra —como señaló Junior Jones— hacía que casi resultara insoportable escucharla.

En un gesto destinado a hacer las paces con su hermana, Junior Jones la invitó a bailar la primera pieza; recuerdo que la canción era *Baby, Let's Play House*, durante la cual Sleazy Wales vio varias veces superada la electricidad por la voz de su madre.

—Santo cielo —dijo papá—. ¿Cuánto les pagamos a éstos por lo que tocan?

—Eso no importa —respondió mamá—. Todos pueden pasarlo bien.

Parecía poco probable que así fuera, aunque Egg lo estaba pasando bien; se había puesto una toga y las gafas de sol de mamá, y se mantenía alejado de Frank, que acechaba en el límite de la luz entre las mesas y las sillas vacías, sin duda refunfuñando su repugnancia.

Le dije a Bitty Tuck que lamentaba haberla llamado Titsie, que se me había escapado.

—Lo mismo da, John-John —dijo fingiendo indiferencia, o peor aún, sintiendo indiferencia hacia mí.

Lilly me invitó a bailar, pero yo era demasiado tímido para aceptar; luego lo hizo Ronda Ray, pero yo era demasiado tímido para negarme. Lilly pareció herida y declinó una galante invitación de papá. Ronda Ray me zarandó violentamente por todo el salón.

—Sé que te estoy perdiendo —me dijo—. Permíteme darte un consejo: cuando vayas a darle el esquinazo a alguien, díselo antes.

Yo abrigaba la esperanza de que Franny nos interrumpiera, pero Ronda me arrastró hasta Junior y Sabrina, que evidentemente estaban discutiendo.

—¡Cambio! —gritó Ronda alegremente, y se alejó con Junior.

Huracán Doris, en una inolvidable transición de sonidos sensibleros, choque de instrumentos y la estridente voz de Doris, cambió la marcha y nos brindó *I Love You Because*, una canción lenta en la que temblé en los firmes brazos de Sabrina Jones.

—No lo haces tan mal —me dijo—. ¿Por qué no abordas a esa chica Tuck, la amiga de tu hermana? —me preguntó—. Tiene más o menos tu edad.

—Tiene dieciocho años, y yo no sé cómo abordar a nadie.



Sentí la tentación de decirle a Sabrina que, aunque mi relación con Ronda Ray era carnal, no podía considerarse una experiencia de aprendizaje. Con Ronda no había ningún juego preliminar; el sexo era inmediato y genital; pero Ronda no me permitía que la besara en la boca.

—Así es como se propagan los peores gérmenes —me aseguraba Ronda—. Por la boca.

—Ni siquiera sé besar —agregué.

Sabrina Jones pareció sorprenderse ante lo que —para ella— era una falsedad.

Franny, a quien no le gustaba nada la forma en que Ronda Ray bailaba la pieza lenta con Junior, los interrumpió. Contuve la respiración con la esperanza de que Ronda no me persiguiera.

—¡Relájate, pareces un rollo de alambre! —me dijo Sabrina Jones.

—Disculpa —respondí.

—Nunca te disculpes con el sexo opuesto si quieres llegar a algo.

—¿Llegar a algo? —inquirí.

—¡A algo más que besar!

—Yo ni siquiera llego a besar —le expliqué.

—Eso es fácil. Para llegar a los besos, lo único que tienes que hacer es actuar como si supieras besar, entonces alguien te permitirá empezar.

—Pero yo *no sé* hacerlo.

—Eso es fácil —replicó Sabrina—, es cuestión de práctica.

—No tengo con quién practicarlo —dije, y durante un fugaz instante pensé en Franny.

—Inténtalo con Bitty Tuck —susurró Sabrina, y se echó a reír.

—Pero tengo que dar la impresión de que sé hacerlo —me resistí.

—No volvamos a eso. Yo soy muy mayor para dejarte practicar conmigo. No sería bueno para ninguno de los dos.

Ronda Ray recorrió el salón y divisó a Frank detrás de las mesas vacías, pero mi hermano huyó antes que pudiera invitarle a bailar. Egg había desaparecido, de modo que probablemente Frank estaba esperando una excusa para poder arrinconarle a solas. Lilly bailaba estoicamente con uno de los amigos de papá y mamá, el señor Matson, un hombre desafortunadamente alto, aunque, de serlo menos, no habría sido lo suficiente bajo para Lilly. Daban la impresión de estar realizando un torpe y quizá innombrable acto bestial.

Papá bailaba con la señora Matson, y mamá estaba en el bar, hablando con un viejo que iba casi todas las noches al Hotel New Hampshire, un amigote de copas de Entrenador Bob; se llamaba Merton y era el capataz del almacén de maderas. Merton era un hombre robusto, pesado y cojo, de manos potentes y grandotas; escuchaba sin entusiasmo a mi madre, con expresión afligida por la ausencia de Iowa Bob. Se regalaba la vista con Doris Wales, aunque sin duda pensaba que la banda era inadecuada para el escaso tiempo transcurrido desde la marcha definitiva de Bob.

—La variedad —me dijo Sabrina Jones al oído— es el secreto del buen besar.

—«¡Te amo por cien razones!» —canturreaba Doris Wales.

Egg había regresado, ahora vestido con su traje de Gran Gallina; poco después volvió a desaparecer. Bitty Tuck parecía aburrída e indecisa entre interrumpir o no el baile de Junior y Franny. Y era tan sofisticada, como decía Franny, que no sabía de qué hablar con Ronda Ray, que se había servido un trago en la barra. Vi a Max Urick papando moscas en la puerta de la cocina.

—Pequeños mordiscos y leves dentelladas en la lengua —dijo Sabrina Jones—, pero lo importante es mover la boca.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté—. Quiero decir que tienes edad suficiente para beber. Papá puso un cajón de cerveza en la nieve, junto a la entrada de servicio, para nosotros, los menores. Dijo que no podía permitir que bebiéramos en el bar, pero tú puedes.

—Llévame a la entrada de servicio. Beberé una cerveza contigo, pero no te propases.

Dejamos el salón de baile afortunadamente a tiempo para no oír el chocante pasaje de Doris Wales a *I Don't Care if the Sun Don't Shine*, cuyo ritmo estimuló a Bitty Tuck a interrumpir a Franny para bailar con Junior. Ronda se puso mohína al verme marchar.

Sabrina y yo sorprendimos a Frank, que estaba meando contra los cubos de basura de la entrada de servicio. En uno de sus característicos ademanes de torpeza, Frank fingió que estaba señalándonos dónde estaban las cervezas.

—¿Tienes un abridor, Frank? —le pregunté.

Pero mi hermano se había esfumado en la bruma de Elliot Park, la insípida neblina que dominaba nuestros inviernos.

Sabrina y yo abrimos nuestras cervezas en el despacho de recepción, donde Frank guardaba un abridor colgado de un clavo; lo usaba para abrir sus Pepsi-Cola cuando cumplía su guardia telefónica. En un torpe intento por sentarme junto a Sabrina en el baúl de la ropa de invierno de Junior, vertí cerveza sobre el equipaje de Bitty Tuck.

—Podrías demostrarle tus sentimientos ofreciéndote a llevar esas maletas a su habitación —dijo Sabrina.

—¿Dónde están tus maletas? —le pregunté.

—Yo no hago maletas por una sola noche, y no tienes por qué ofrecerte a mostrarme *mi* habitación. Puedo encontrarla por mi cuenta.

—De todos modos puedo acompañarte —sugerí.

—De acuerdo. Tengo un libro para leer. No me interesa estar en esta fiesta —agregó—. Lo mejor será que descanse, pues me espera un largo camino hasta Filadelfia.

La llevé hasta su habitación, en el segundo piso. No me hacía la menor ilusión de abordarla (como decía ella): de cualquier modo no me habría atrevido.

—Buenas noches —murmuré en la puerta, y la dejé pasar.

Tardó muy poco en reaparecer.

—¡Eh! —abrió la puerta antes que yo saliera del pasillo—. Nunca llegarás a nada si no lo intentas. Ni siquiera has tratado de besarme.

—Disculpa.

—¡Nunca te disculpes! —se detuvo junto a mí en el pasillo y me dejó besarla—. Lo primero es lo primero. Tu aliento huele bien, y eso es un buen principio. Pero deja de temblar; además, te advierto que no debes buscar de entrada el contacto dental. Y no me *perfores* con la lengua. —volvimos a probar—. Deja las manos en los bolsillos. Controla el contacto dental. Así es mejor —retrocedió hasta el interior de la habitación y me hizo señas de que la siguiera—. No te propases. En todo momento mantén las manos en los bolsillos y los dos pies en el suelo. —Me tambaleé hacia ella. Hicimos un contacto dental bastante frenético; ella echó la cabeza hacia atrás y, cuando la miré, no pude creer lo que vi: tenía en la mano todos los dientes superiores—. ¡Mierda! —gritó—. ¡Te dije que controlarás el contacto dental! —Durante un horrible momento pensé que le había arrancado los dientes, pero me dio la espalda y dijo—: No me mires. Llevo dentadura postiza. Apaga la luz.

Hice lo que me pedía y todo quedó a oscuras.

—Disculpa —dije, desesperado.

—Nunca te disculpes —murmuró—. He sido violada.

—Sí —dije, sabiendo que en algún momento surgiría el tema—. Franny también.

—Eso me han dicho. Pero a ella no le arrancaron los dientes con un tubo, ¿no?

—No —respondí.

—Lo que siempre me pone nerviosa son los besos —dijo Sabrina—. Cuando la cosa se pone bien se me aflojan los de arriba... o algún imbécil se excede en el contacto dental.

No me disculpé; estiré la mano para tocarla, pero insistió:

—Mantén las manos en los bolsillos —se acercó—. Te ayudaré si tú me ayudas a mí. Te enseñaré a besar, pero tú debes decirme algo que siempre quise saber. Nunca me atreví a preguntárselo a ningún hombre. Hago todo lo posible para mantenerlo en secreto.

—Sí —acepté horrorizado, sin saber lo que aceptaba.

—Quiero saber si es *mejor sin* los dientes, o si es una grosería. Siempre pensé que era algo grosero y nunca lo intenté.

Entró en el cuarto de baño y la esperé en la oscuridad, con la vista fija en la línea de luz que enmarcaba la puerta del cuarto de baño, hasta que se apagó la luz y Sabrina volvió a mi lado.

Tibia y móvil, la boca de Sabrina era una caverna en el corazón del mundo. Su lengua era larga y redonda y las encías duras, pero en ningún momento dolorosas al mordisquear.

—Un poco menos de labio, un poco más de lengua —murmuró—. No, no tanto. ¡Eso es nauseabundo! Sí, morder un poco está bien. Ahora está muy bien. Vuelve a

meter las manos en los bolsillos..., *lo digo en serio*. ¿Te gusta esto?

—Oh, sí —dije.

—¿De verdad? ¿De verdad es mejor?

—*¡Es más profundo!* —exclamé.

Se echó a reír.

—¿Pero también *mejor*? —insistió.

—Es maravilloso —reconocí.

—*¡Vuelve a hundir esas manos en los bolsillos! No pierdas el control. No seas chapucero. ¡Ay!*

—Disculpa.

—No te disculpes. Pero no muerdas con tanta fuerza. Las manos en los bolsillos. Lo digo en serio. No te propases. *¡En los bolsillos!*

Y así sucesivamente hasta que quedé decididamente iniciado, y preparado para Bitty Tuck y el mundo, y Sabrina Jones me despidió de su habitación. Con las manos todavía en los bolsillos, choqué contra la puerta de la 2B.

—*¡Gracias!* —le dije.

Bajo la luz del pasillo y desdentada, se atrevió a sonreírme: una sonrisa rosacanela, rosa-azul, mucho más hermosa que el extraño matiz perlado de su dentadura postiza.

Me había chupado los labios hasta hinchármelos, me dijo, y entré con expresión de hacer pucheros en el restaurante del Hotel New Hampshire, consciente del poder de mi boca, lista para escribir la historia de los besos con Bitty Tuck. Pero Huracán Doris farfullaba *Olvidé recordar que debía olvidar*; Ronda Ray seguía apoyada en la barra como atontada, con el vestido nuevo de mamá levantado hasta el nudo de músculos de su cadera, en la que una magulladura en forma de huella dactilar de pulgar me contemplaba. Merton, el capataz del almacén de maderas, intercambiaba historias con mi padre, historias referentes —yo lo sabía— a Iowa Bob.

—«*Olvidé recordar que debía olvidar*» —gemía Doris Wales.

La pobre Lilly, que siempre sería demasiado pequeña para sentirse cómoda en una fiesta — aunque toda su vida las esperó con placer—, se había acostado. Egg, vestido con ropa corriente, estaba con cara larga en una de las sillas atornilladas; tenía la carita de color gris, como si alguna comida le hubiese sentado mal, como si estuviera dispuesto a permanecer despierto hasta medianoche..., como si hubiese perdido a *Patético*.

Supuse que Frank estaría bebiendo cerveza fría en la nieve acumulada junto a la entrada de servicio, o Pepsi-Cola en el despacho de la recepción, o tal vez en el interfono... escuchando a Sabrina Jones pasar las hojas de un libro y tarareando con su maravillosa boca.

Mamá y los Matson observaban a Doris Wales sin la menor discreción. Sólo Franny estaba disponible para bailar. Bitty Tuck bailaba con Junior Jones.

—*Baila conmigo* —le dije a mi hermana, y la abracé.

—Tú no sabes bailar —me dijo, pero me permitió que la hiciera dar vueltas por el salón.

—Sé *besar* —le dije al oído e intenté besarla, pero me apartó de un empujón.

—¡Cambio! —dijo Franny a Junior y a Bitty Tuck.

Bitty cayó en mis brazos y empezó a aburrirse instantáneamente.

—Arréglatelas para estar bailando con ella cuando dé la medianoche —me había aconsejado Sabrina Jones—. A medianoche tienes que besar a la persona que esté más cerca de ti. En cuanto la beses se envenenará. Ocupate de no estropear el primer beso.

—¿Has estado bebiendo, John-John? —me preguntó Bitty—. Tienes los labios terriblemente hinchados.

Doris Wales, ronca y sudada, nos ofreció *Tryin' to Get to You*, una de esas piezas chabacanas ni lenta ni rápida, obligando a Bitty Tuck a decidir si bailaríamos agarrados o no. Antes que se decidiera, saltó Max Urick por la puerta de la cocina, con su gorra de marinero y un silbato de arbitro entre los dientes; hizo sonar el silbato con tanta estridencia que hasta Ronda Ray se movió un poco junto a la barra.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó Max.

Franny se puso de puntillas y dio un dulcísimo beso a Junior Jones. Mamá corrió a buscar a papá. Merton, el capataz del depósito de maderas, echó un vistazo a la amodorrada Ronda Ray, pero se lo pensó mejor. Bitty Tuck me concedió su sonrisa de superioridad una vez más, con gesto de aburrimiento. Recordé toda la voluptuosidad de la boca cavernosa de Sabrina Jones. La abordé. Un breve contacto dental, nada ofensivo; la penetración de la lengua más allá de los dientes, pero apenas un aleteo de embestida, con los dientes deslizándose debajo del labio superior. Percibí los maravillosos y tan comentados senos de Bitty Tuck como suaves puños en mi pecho, pero mantuve las manos en los bolsillos, sin forzar nada. Era libre de rechazarme, pero decidió no romper el contacto.

—¡Cristo! —se asombró Junior Jones, interrumpiendo momentáneamente la concentración de Bitty Tuck.

—¡Titsie! —exclamó Franny—. ¿Qué le estás haciendo a mi hermano?

Mantuve un poco más el contacto con Titsie Tuck, deteniéndome en su labio inferior y mordisqueándole la lengua, que había introducido totalmente en las profundidades de mi boca. Se produjo una ligera incomodidad cuando saqué las manos de los bolsillos, porque Bitty había decidido que *Tryin' to Get to You* era adecuado para bailar abrazados.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —susurró.

Sentí sus senos como dos mininos tibios acurrucados contra mi pecho. Dejamos el salón de baile antes que Huracán Doris pudiera cambiar de ritmo.

En el vestíbulo había corriente de aire, porque Frank había dejado abierta la puerta de la entrada de servicio; le oímos orinar con gran fuerza contra un cubo de basura sobre la nieve medio derretida, en la oscuridad. Debajo de donde colgaba el

abridor, el suelo estaba cubierto de tapones de botellas de cerveza. Cuando levanté el equipaje de Bitty Tuck, ella me preguntó:

—¿No vas a hacer dos viajes?

Oí un sostenido eructo de Frank, un primitivo gong anunciador del Nuevo Año. Apreté el equipaje entre mis brazos y empecé a subir la escalera: cuatro pisos con Bitty pisándome los talones.

—¡Caramba! —dijo—. Sabía que eras fuerte, John-John, pero podrías conseguir trabajo en la televisión... besando como besas.

Me pregunté si imaginaría mi boca como un anuncio, besuqueando una cámara a quemarropa.

Olvidando así mi dolor en la región lumbar y contento de no haber hecho aquella mañana levantamiento de pesas ni ejercicios de un solo brazo, llevé el equipaje de Bitty Tuck a la 4A. Las ventanas estaban abiertas, pero no oí el silbido que había escuchado por el interfono horas antes; supuse que había amainado el viento. El equipaje pareció salir disparado de mis brazos —que se quitaron un gran peso de encima— y Bitty Tuck me orientó hacia su cama.

—Hazlo de nuevo —me desafió—. Apuesto a que no puedes. Estoy segura de que sólo ha sido la suerte de todo principiante.

Volví a besarla, estimulando un poco más de contacto dental y probando más diabluras con la lengua.

—¡Jesús! —murmuró Bitty Tuck, y me acarició—. ¡Quítate las manos de los bolsillos! Oh, espera un momento, tengo que ir al cuarto de baño —cuando encendió la luz del lavabo, la oí decir—: ¡Qué amable fue Franny al dejarme su secador de pelo!

Por primera vez *olí* la habitación y percibí un olor más característico que el de una ciénaga: olor a quemado aunque extrañamente húmedo, como si se hubieran mezclado incoherentemente agua y fuego. Comprendí que el sonido sibilante que había oído por el interfono era el del secador de pelo en funcionamiento, pero antes de llegar al cuarto de baño, para impedir que Bitty Tuck siguiera mirando, la oí gritar:

—¿Qué es eso que está envuelto en la cortina de la bañera? ¡Aaaaayyyyy!

Su aullido me congeló entre la cama y la puerta del cuarto de baño. Hasta Doris Wales, cuatro pisos más abajo y gimiendo *You're a Heartbreaker*, debió de oírla. Más tarde, Sabrina Jones me contó que se le había caído el libro de las manos. Ronda Ray saltó y se mantuvo en posición sobre el taburete de la barra como mínimo un efímero segundo; Junior Jones me dijo que Sleazy Wales creyó que el ruido había salido de su amplificador, pero nadie más que él se engañó.

—¡Titsie! —gritó Franny.

—¡Santo cielo! —dijo papá.

—¡Cristo! —exclamó Junior Jones.

Fui el primero en llegar al cuarto de baño para sacar a Bitty de allí. Se había desmayado contra el inodoro de tamaño infantil, y ahora estaba apretada debajo del

lavamanos de diminutas proporciones. La bañera de tamaño adulto, con agua hasta la mitad, había llamado su atención mientras se insertaba el diafragma, en aquellos tiempos algo muy sofisticado. En la bañera flotaba la cortina; Bitty se había inclinado y la había levantado lo suficiente para ver sumergida la entrecana cabeza de *Patético*... con aspecto de haber sido víctima de un asesinato: un perro ahogado, con la fantasmal ferocidad de su última pelea con la muerte escurriéndose bajo el agua.

Quien descubre el cadáver rara vez sale bien librado. Por suerte, el corazón de Bitty era joven y fuerte; lo sentí latir cuando la puse en la cama. Creyendo que sería una forma posible de reanimarla, la besé; abrió los ojos un instante, pero volvió a gritar, más fuerte aún.

—Sólo es *Patético* —le dije, como si eso lo explicara todo.

Sabrina Jones fue la primera en llegar a la 4A, pues sólo había tenido que subir dos pisos. Me clavó la mirada, como si me hubiera pescado violando a Bitty Tuck y me recriminó:

—¡Tienes que haberle hecho algo que yo no te enseñé!

Sin duda creyó que Bitty había sido víctima de un mal beso.

Quien había hecho lo que no debía era Egg, por supuesto. Le había aplicado el secador de pelo a *Patético* en el cuarto de baño de Bitty, y el perro se había incendiado. Presa del pánico, Egg había arrojado a la bestia en llamas en la bañera y la había cubierto de agua. Una vez extinguido el fuego, Egg abrió las ventanas para alejar el olor a chamusquina de la habitación y, en el punto culminante de la fatiga, justo antes de medianoche —y temiendo que lo capturara Frank el merodeador—, había cubierto el cadáver de *Patético* con la cortina de la bañera, pues ahora el perro empapado era demasiado pesado para él; fue a nuestra habitación y se puso ropas comunes y corrientes para aguardar el posible castigo.

—¡Dios mío! —dijo Frank, taciturno, al ver a *Patético*—. Creo que está totalmente estropeado; me parece que es imposible repararlo.

Hasta los muchachos de *Huracán* Doris entraron en tropel en el cuarto de baño de Bitty para presentar sus respetos al temible *Patético*.

—¡Yo sólo quería que volviera a ser hermoso! —gritó Egg—. Una vez *fue* hermoso — insistió— y yo quería que volviera a serlo.

En un repentino ramalazo de piedad, Frank pareció comprender por primera vez algo de la taxidermia.

—Egg, Egg, escúchame —razonó Frank con el pequeño sollozante—. Yo puedo volverlo hermoso otra vez. Tendrías que habérmelo dicho. Puedo hacer *cualquier cosa* con él —le aseguró—. *Todavía* puedo. ¿Tú lo quieres hermoso, Egg? Pues haré que vuelva a ser hermoso.

Pero Franny y yo miramos el bulto de la bañera y dudamos de sus palabras. El hecho de que Frank hubiese cogido un inofensivo y pedorrero labrador y lo hubiese convertido en un asesino era una cosa, pero reparar aquel cadáver francamente repugnante, enmarañado, quemado y abotargado que estaba en la bañera, constituía

un milagro de perversión del que ni siquiera creíamos capaz a Frank.

Papá, por su lado, se mostró optimista como de costumbre; al parecer, creía que todo aquello sería una excelente «terapia» para Frank, y sin duda una nueva influencia de madurez para Egg.

—Si puedes reconstruir al perro y hacer que vuelva a ser hermoso, todos nos sentiremos felices, hijo —dijo papá con inoportuna solemnidad.

—Yo creo que deberíamos tirarlo —opinó mamá.

—Ídem —dijo Franny.

—Yo lo intenté —se quejó Max Urick.

Pero Egg y Frank empezaron a llorar y armar jaleo. Quizá papá vio que en la reconstrucción de *Patético* residía la remisión de Frank; probablemente salvar a *Patético* le restablecería la confianza en sí mismo, y quizá papá pensó que, al rehacer a *Patético* para Egg —volviéndolo «hermoso»—, un poco de Iowa Bob retornaría a todos nosotros. Mas, como diría Franny años más tarde, nunca hubo nada semejante a algo «patético y hermoso»; por definición, lo patético nunca sería hermoso.

¿Puedo culpar a mi padre por intentarlo? ¿O a Frank por ser el agente de tan deprimente optimismo? Y no tenía sentido culpar a Egg, por supuesto: jamás ninguno de nosotros culparía a Egg.

Sólo Lilly había dormido todo el tiempo, tal vez porque ya habitaba un mundo distinto del nuestro. Doris Wales y Ronda Ray no habían subido los cuatro pisos para ver el cadáver, pero, cuando las encontramos en el restaurante, parecían casi sobrias a causa de la experiencia, aunque fuese de segunda mano. Toda esperanza de seducción que pudiese haber albergado Junior Jones se esfumó con la interrupción de la música; Franny se despidió de él con un beso en la mejilla y se fue a su dormitorio. Bitty Tuck, aunque adoraba mis besos, no pudo perdonar la intrusión en la intimidad de su cuarto de baño, tanto por parte de *Patético* como mía. Supongo que lo que más la ofendió fue la posición desgarrada en que la descubrí. «¡Desmayada mientras se ponía el diafragma!», diría Franny más adelante al recordar la escena.

Me quedé solo con Junior Jones en la entrada de servicio, bebiendo cerveza fría y contemplando Elliot Park en busca de otros supervivientes de Año Nuevo. Sleazy Wales y los muchachos de la banda se habían largado. Doris y Ronda estaban encastilladas en el bar; de súbito había surgido entre ellas una especie de confusa camaradería. Junior Jones dijo:

—No quiero ofender a tu hermana, pero estoy cachondo.

—Ídem —dije—, y no quiero ofender a la tuya.

Las carcajadas de las dos mujeres penetraron nuestros oídos, y Junior me dijo:

—¿No quieres que tratemos de ligarnos a las damiselas que están en el bar?

No me atreví a decirle cuánto me repugnaba esa idea —habiendo sido ya ligado por una de ellas—, pero más tarde me sentí muy mal al comprender lo bien dispuesto que estaba a traicionar a Ronda Ray: le dije a Junior que podía tirársela fácilmente, que sólo le costaría dinero.



Más tarde bebí otra cerveza y oí que Junior se llevaba a Ronda a la caja de la escalera del otro extremo del pasillo, lejos de mí. Y después de una o dos cervezas más oí que Doris Wales, ahora completamente sola, empezaba a cantar *Hotel de corazones destrozados* sin música, olvidando de vez en cuando las palabras de su religión y arrastrando de vez en cuando el resto. Por último llegó a mis oídos el inconfundible sonido de que estaba vomitando en el fregadero del bar.

Un rato después me encontró en el vestíbulo, ante la puerta abierta de la entrada de servicio. Le ofrecí la última cerveza fría.

—Sí, ¿por qué no? —me dijo—. Ayuda a cortar la apatía. Es por ese maldito *Hotel de corazones destrozados* —agregó—. Siempre me conmueve demasiado.

Doris Wales calzaba botas de cowboy hasta las rodillas y llevaba en una mano sus sandalias de delgadas tiras verdes y tacones altos; en la otra mano sostenía su abrigo, un *tweed* de tristes motas con mezquino cuello de piel.

—No es más que un ratón almizclero —me dijo mientras me lo frotaba en la mejilla.

Cogió por el cuello la botella de cerveza con la misma mano en la que llevaba los zapatos de tacón alto y se echó el contenido al colete de un solo trago. Las marcas de su garganta inclinada parecían hechas con monedas de cincuenta céntimos al rojo vivo. Dejó caer la botella de cerveza a sus pies y le dio un puntapié hacia el otro lado de la puerta, donde rodó hasta los cubos de basura de la entrada de servicio. Se aproximó a mí y me introdujo un muslo entre las piernas; me besó en la boca, con un beso distinto de todo lo que me había enseñado Sabrina Jones, un beso como un trozo de fruta blanda aplastada más allá de mis dientes y de mi lengua hasta producirme arcadas; su beso sabía, persistentemente, a vómito y cerveza.

—Voy a buscar a Sleazy a una fiesta —me dijo—. ¿Quieres venir?

Recordé aquel día en que Sleazy quiso obligarme a comer la bola de pan y me amenazó con pincharme los ojos con el clavo, en el cine.

—No, gracias —respondí.

—Gallina —me espetó, y eructó—. Los chicos de hoy no tienen agallas —me apretó contra su pecho; su cuerpo era duro como el de un hombre, pero sus pechos se deslizaban entre ambos como dos peces recién pescados y arrojados en bolsas demasiado holgadas; su lengua se deslizó a lo largo de mi mandíbula y acabó metiéndomela en la oreja—. ¡Chaladito! —murmuró, apartándose de mí.

Se cayó en el aguanieve, cerca de la entrada de servicio, pero cuando quise ayudarla a ponerse en pie, me empujó contra los cubos de basura y se internó sola en la oscuridad de Elliot Park. Esperé a que saliera de la penumbra y cayera bajo la pálida claridad de la farola antes de pasar otra vez a la oscuridad; cuando quedó bajo la luz un breve instante, le grité:

—¡Buenas noches, señora Wales, y muchas gracias por la música!

Me hizo un corte de manga, resbaló, estuvo a punto de caer otra vez y dejó la zona de luz haciendo eses e insultando a alguien o a algo con lo que había tropezado.

—¿Qué mierda significa esto? —exclamó—. ¡Métela por ahí!

Me aparté de la luz y vomité en el cubo de basura más vacío que encontré. Cuando volví a mirar la farola, distinguí una figura y pensé que era Doris Wales que retrocedía para volver a insultarme. Pero era alguien de otra fiesta de Nochevieja, alguien cuyo hogar se encontraba en otra dirección. Era un hombre, o un adolescente razonablemente crecido, y aunque zigzagueaba por los efectos del alcohol, mantenía el equilibrio en la nieve medio derretida un poco mejor que Doris Wales.

—¡Métasela usted, señora! —gritó hacia la oscuridad.

—¡Calzonazos! —respondió Doris, lejana, desde ella.

—¡Putá! —gritó el hombre, y luego perdió el equilibrio y se sentó en la nieve—. ¡Mierda! —dijo, sin dirigirse a nadie en particular: a mí no podía verme.

En ese momento advertí cómo iba vestido. Pantalones y zapatos negros, fajín negro y corbata de lazo, smoking blanco. Yo sabía, por supuesto, que no era *el* hombre del smoking blanco; carecía de la dignidad necesaria y cualquiera que fuese el viaje en que se encontraba o que había interrumpido, no era un viaje exótico. Además, era la víspera de Año Nuevo, no la época de usar smoking blanco, al menos en Nueva Inglaterra. El hombre iba inadecuadamente vestido y me di cuenta de que no se debía a una excéntrica distinción. En Dairy, New Hampshire, sólo podía significar que el imbécil había recurrido a la tienda de alquiler de ropa cuando ya se habían llevado todas las chaquetas *negras*. De lo contrario, ignoraba la diferencia entre ropa de etiqueta de invierno y de verano en nuestra tierra; o era un joven paleta que volvía del baile de una escuela secundaria o un paleta ya mayor que regresaba de un baile de mayores (no menos triste que el que podía engendrar una escuela de segunda enseñanza). No era *nuestro* hombre del smoking blanco, pero me lo recordó.

Entonces noté que el hombre se había tumbado en el aguanieve bajo la farola y se había quedado dormido. La temperatura era glacial.

Por fin sentí que la víspera de Año Nuevo significaba algo: había al parecer un propósito para que yo hubiese participado en ella, un propósito que iba más allá de las sensaciones simultáneamente vagas y concretas de la lujuria. Levanté al hombre del smoking y lo llevé al vestíbulo del Hotel New Hampshire. Fue más fácil que el equipaje de Bitty Tuck; no pesaba demasiado, aunque era un hombre, y no un adolescente, de hecho, me pareció mayor que mi padre. Cuando lo registré para ver si encontraba algo que lo identificara descubrí que había acertado en cuanto a la ropa de alquiler. PROPIEDAD DE CONFECCIONES MASCULINAS CHESTER, decía la etiqueta del smoking blanco. Aunque el hombre parecía razonablemente distinguido —al menos para Dairy, New Hampshire—, no llevaba cartera, pero sí un peine de plata.

Se me ocurrió que Doris Wales le había asaltado en la oscuridad y que ése había sido el motivo de la reyerta. No, pensé: Doris se habría llevado el peine de plata también.

Me pareció una buena idea dejar al hombre del smoking blanco en el sofá del vestíbulo del Hotel New Hampshire, para poder sorprender a mamá y a papá por la

mañana temprano. Les diría:

—Anoche vino alguien para el último baile, pero llegó tarde. Os espera en el vestíbulo.

Pensé que era una idea estupenda, pero como había estado bebiendo, me pareció que lo mejor sería despertar a Franny y mostrarle al hombre del smoking blanco, que dormía pacíficamente en el sofá; Franny me diría si a ella le parecía una *mala* idea. Pero yo estaba seguro de que le gustaría.

Enderecé la pajarita negra del hombre del smoking blanco y le crucé las manos sobre el pecho; le abroché el botón de la cintura de la chaqueta y arreglé su fajín para que no tuviera un aspecto tan desaliñado. Lo único que faltaba era el bronceado y la caja negra de cigarrillos... y el balandro blanco más allá del Arbuthnot-by-the-Sea.

Yo sabía que en el exterior del Hotel New Hampshire no se oía el ruido del mar, sino el del aguanieve de Elliot Park congelándose, derritiéndose y volviendo a congelarse; que no se oía el reclamo de las gaviotas, sino el de los perros, perros callejeros que revolvían la basura dispersa por todas partes. Yo nunca había notado — hasta que dejé al hombre del smoking blanco en el diván— el aspecto lamentable de nuestro vestíbulo, hasta qué punto la presencia de una escuela para señoritas pesaba en el edificio: el ostracismo, la angustia de ser considerada de segunda clase (sexualmente), los matrimonios prematuros y otras decepciones que aguardaban. El hombre casi elegante del smoking blanco parecía —en el Hotel New Hampshire— haber llegado de otro planeta, y de repente me di cuenta de que ya no quería que mi padre le viera.

Corrí al restaurante a por agua fría; Doris Wales había roto un vaso en el bar y los zapatos de trabajo de Ronda Ray —extrañamente asexuados— yacían olvidados bajo una mesa, adonde debió de mandarlos ella de un puntapié cuando empezó a bailar y contonearse para Junior Jones.

Me dije que, si despertaba a Franny, ella descubriría que Junior estaba con Ronda y que aquello heriría sus sentimientos.

Agucé el oído junto al ojo de la escalera y noté que volvía a acometerme un fognazo de interés por Bitty Tuck —la idea de verla dormida—, pero cuando conecté el interfono con su habitación la oí roncar (tan profundamente como un cerdo revolcándose en el fango). El libro de reservas estaba en blanco; no tendríamos nada hasta el verano, cuando iba a venir el circo llamado El Acto de Fritz para, sin duda, asombrarnos a todos. La caja de dinero suelto del despacho de la recepción ni siquiera estaba cerrada con llave, y Frank, en su aburrimiento durante la guardia en la centralita, había usado el extremo afilado del abridor para grabar su nombre en el brazo del sillón.

En el triste hedor que sucedía a la fiesta de Nochevieja, pensé que podía ahorrarle a mi padre la vista del hombre del smoking blanco. Pensaba que, si lograba despertarle, podría recurrir a Junior Jones para que le asustara, forzándole a irse, pero me habría turbado molestar a Junior y a Ronda Ray.

—¡Eh, levántese!—susurré al hombre del smoking blanco.

—¡Buff! —gritó en sueños—. ¡Ajjj! ¡Una puta!

—¡Calle! —le ordené.

—¿Prrr? —inquirió. Le cogí de la pechera y lo sacudí—. ¡Fuuu!—gimió—. Que Dios me ayude.

—Está usted bien, pero tiene que irse —le dije. Abrió los ojos y se sentó en el diván.

—¡Ah, un joven gamberro! ¿Adónde me has traído?

—Perdió el conocimiento fuera y le traje aquí para que no se congelara. Pero ahora tiene que marcharse.

—Necesito usar el cuarto de baño —dijo con gran dignidad.

—Hágalo fuera —respondí—. ¿Puede caminar?

—Claro que puedo caminar —se encaminó a la entrada de servicio, pero interrumpió sus pasos en el umbral—. Fuera reina la oscuridad —observó—. Me estás tendiendo una trampa, ¿no? ¿Cuántos hay esperándome?

Le conduje a la puerta delantera y encendí la luz de la entrada. Sospecho que eso fue lo que despertó a papá.

—Adiós —dije al hombre del smoking blanco— y Feliz Año Nuevo.

—¡Esto es Elliot Park! —gritó.

—Sí.

—Entonces estoy en ese estrafalario hotel... —dedujo—. Si es un hotel, quiero tomar una habitación para pasar la noche.

Se me ocurrió que era mejor no decirle que no llevaba dinero encima y preferí mentir:

—Está todo ocupado.

El hombre del smoking blanco contempló el desolado vestíbulo, miró tontamente los casilleros vacíos de la correspondencia y el abandonado baúl con la ropa de invierno de Junior Jones, al pie de la sórdida escalera.

—¿Está *todo ocupado*? —dijo como si se le hubiese ocurrido por primera vez una verdad sobre la vida en general—. ¡Cristo! —exclamó—. Había oído decir que este lugar se estaba yendo a pique.

No era eso lo que yo quería oír.

Lo acompañé otra vez hasta la puerta principal, pero él se agachó, recogió la correspondencia y me la entregó; en nuestra prisa por los preparativos para la fiesta, ninguno de nosotros se había acercado al buzón de la puerta principal; nadie había recogido la correspondencia.

El hombre del smoking blanco salió, dio unos pocos pasos, pero enseguida volvió a entrar.

—Quiero llamar a un taxi —me informó—. Por ahí hay mucha violencia —hizo otro gesto dirigido a la vida en general: no podía referirse a Elliot Park, al menos ahora que había desaparecido Doris Wales.

—No lleva dinero suficiente para pagar un taxi —le dije.

—¡Oh! —El hombre del smoking blanco se sentó en los peldaños, bajo el aire frío y brumoso—. Necesito un minuto.

—¿Para qué? —quise saber.

—Tengo que recordar adónde voy —replicó.

—¿A casa? —sugerí, pero el hombre agitó la mano por encima de su cabeza.

Estaba pensando. Me dediqué a mirar la correspondencia. Las facturas de costumbre, la habitual ausencia de cartas de desconocidos solicitando habitaciones. Y una carta que se destacaba entre las demás. Llevaba bonitos sellos extranjeros; *Osterreich*, decían los sellos... y otras palabras exóticas. La carta provenía de Viena y estaba dirigida a mi padre de manera curiosa:

Win Berry

Graduado en Harvard

¿Promoción de 194?

Estados Unidos

La carta había tardado mucho en llegar, pero entre los funcionarios de correos había uno que sabía dónde estaba Harvard. Más adelante, mi padre diría que el hecho de que llegara a recibir aquella carta había sido lo más concreto que Harvard había hecho por él; si hubiese estudiado en una universidad menos famosa, esa carta jamás habría llegado a sus manos.

—Una buena razón —diría Franny posteriormente— para lamentar que no haya ido a una universidad menos famosa.

La red de ex alumnos de Harvard es, por supuesto, eficiente y vasta. El nombre de mi padre y «¿Promoción de 194?» fue todo lo que necesitaron para descubrir la promoción correspondiente, 1946, y el domicilio exacto.

—¿Qué ocurre? —oí que preguntaba mi padre.

Había salido de nuestros aposentos del segundo piso y estaba en el rellano de la escalera, llamándome.

—¡Nada! —di un puntapié al borracho que se estaba quedando dormido otra vez en los peldaños.

—¿Por qué está encendida la luz exterior? —preguntó papá.

—¡Muévase! —dije en voz baja al hombre del smoking blanco.

—¡Encantado de conocerte! —dijo el borrachín cordialmente—. ¡Ahora me largo!

—Está bien, está bien... —susurré.

Pero el hombre sólo llegó al último peldaño antes que volvieran a acometerle sus *pensamientos*.

—¿Con quién hablas? —preguntó papá.

—¡Con nadie! Sólo es un borracho —respondí.

—¡Santo cielo! —dijo papá—. ¡Un borracho no es nadie!

—Puedo arreglármelas —le advertí.

—Espera a que me vista —dijo papá—. Santo cielo.

—¡Váyase! —grité al hombre del smoking blanco.

—¡Adiós! ¡Adiós! —se despidió el hombre del smoking blanco, agitando, dichoso, un brazo desde el último peldaño del Hotel New Hampshire—. ¡He pasado un rato maravilloso!

La carta era de Freud, por supuesto. Lo sabía y quería ver qué decía antes de que la viera mi padre. Quería hablar de ello con Franny durante horas enteras —e incluso con mamá— antes de que la viera papá. Pero no había tiempo. La carta era breve e iba directamente al grano.

SI RECIBISTE ESTO, ES PORQUE FUISTE A HARVARD, TAL COMO ME PROMETISTE (decía Freud). ¡ERES UN BUEN MUCHACHO!

—¡Buenas noches! ¡Dios os bendiga! —gritó el hombre del smoking blanco.

Pero no llegó más allá del perímetro de luz; se detuvo donde empezaba la oscuridad de Elliot Park y volvió a saludar con la mano.

Apagué la luz por si papá bajaba, para que no divisara aquella aparición vestida de etiqueta.

—¡No veo nada! —protestó el borrachín.

Volví a encender la luz y le grité:

—¡Largo de aquí si no quiere recibir una paliza!

—¡Ésa no es forma de arreglar las cosas! —gritó papá.

—¡Buenas noches y que Dios os bendiga a todos! —se despidió el hombre del smoking blanco.

Todavía estaba en el círculo de claridad cuando volví a apagar la luz. No protestó. Dejé la luz apagada. Terminé de leer la carta de Freud.

FINALMENTE CONSEGUÍ UN OSO INTELIGENTE (decía Freud). ÉSA FUE LA DIFERENCIA. HICE FUNCIONAR UN BUEN HOTEL, PERO ENVEJECÍ. AÚN PODRÍA SER UN GRAN HOTEL (agregaba Freud), SI TÚ Y MARY VINIESEIS A AYUDARME. TENGO UN OSO INTELIGENTE, PERO TAMBIÉN NECESITO UN CHICO INTELIGENTE DE HARVARD COMO TÚ.

Papá entró como una tromba en el lamentable vestíbulo del Hotel New Hampshire; tropezó con una botella de cerveza, a la que aplicó un zapatillazo; su albornoz aleteó con el movimiento del viento que entraba por la puerta abierta.

—Se ha ido—le dije a papá—. Sólo era un borracho.

Pero papá volvió a encender la luz de fuera y en el límite de la claridad estaba el

hombre del smoking blanco.

—¡Adiós! —gritó en tono alentador—. ¡Adiós! ¡Buena suerte! ¡Adiós!

El efecto fue pasmoso: el hombre del smoking blanco salió de la luz y desapareció — desapareció como si se hubiese hecho a la mar—; mi padre resolló en la oscuridad, en pos de él.

—¡Hola! —gritó papá—. ¡Hola! ¡*Vuelva!* ¡Hola!

—¡Adiós! ¡Buena suerte! ¡Adiós! —oímos decir a la voz del hombre del smoking blanco.

Mi padre permaneció con la vista fija en la oscuridad hasta que el viento le dejó helado y empezó a temblar, pues sólo se había puesto el albornoz y las zapatillas. Lo ayudé a entrar.

Como cualquier cuentista, tenía la posibilidad de poner fin a la historia así. Pero no destruí la carta de Freud; se la di a papá mientras el hombre del smoking blanco todavía era una imagen en sus ojos. Le entregué la carta de Freud, sabiendo (más o menos), como cualquier cuentista, adónde iríamos todos.

## ***Patético* ataca otra vez**

Sabrina Jones, que me enseñó a besar —y cuya boca profunda y móvil siempre me acompañaría— encontró al hombre capaz de desentrañar el misterio de su dentadura; se casó con un abogado de la empresa en que trabajaba de secretaria y tuvo tres hijos rebosantes de salud («Pim, pam, pum», como decía Franny).

Bitty Tuck, que se desmayó mientras se ponía el diafragma —cuyos maravillosos pechos y estilo moderno algún día no parecerían ni remotamente tan singulares como me lo parecieron a mí en 1956—, sobrevivió a su encuentro con *Patético*; oí decir (no hace mucho) que permanecía soltera y seguía siendo muy juerguista.

Y un hombre llamado Frederick Worter, que sólo medía un pelo más de un metro veinte, que tenía cuarenta y un años y que nuestra familia conocía como Fritz —cuyo circo, que llevaba el nombre de El Acto de Fritz, era la única reserva anticipada de un verano que esperábamos con curiosidad y temor—, *compró* a mi padre el primer Hotel New Hampshire en el invierno de 1957.

—Apuesto que por una bicoca —dijo Franny.

Pero los chicos nunca supimos por cuánto vendió papá el Hotel New Hampshire; puesto que El Acto de Fritz era la única reserva anticipada para el verano de 1957, mi padre les escribió para advertir al diminuto rey circense el traslado de nuestra familia a Viena.

—¿A Viena? —no dejaba de refunfuñar mamá mientras movía la cabeza de un lado para otro—. ¿Qué sabes tú de *Viena*?

—¿Y qué sabía de motocicletas? —preguntó papá—. ¿O de osos? ¿O de hoteles?

—¿Y qué has *aprendido*?

Pero papá no abrigaba la menor duda. Freud le había dicho que la diferencia residía en tener un oso inteligente.

—Ya sé que Viena no es Dairy, New Hampshire —le dijo papá a mamá.

Se disculpó ante Fritz, de El Acto de Fritz, informándole que pondría en venta el Hotel New Hampshire y que quizás el circo tuviera que buscarse otro alojamiento. Ignoro si el circo llamado El Acto de Fritz hizo una buena oferta a mi padre, pero fue la primera y papá la aceptó.

—¿Viena? —dijo Junior Jones—. ¡Cristo!

Franny habría protestado por el traslado por temor a echar de menos a Junior, pero había descubierto la infidelidad de éste (con Ronda Ray, la víspera de Año Nuevo) y las relaciones se habían enfriado.

—Explícale que sólo estaba cachondo, hombre —me dijo Junior.

—Sólo estaba cachondo, Franny —dije.

—Evidentemente —dijo Franny—. Y sin duda tú sabes todo lo que hay que saber sobre *eso*.

—Viena —dijo Ronda Ray, suspirando bajo mi cuerpo, probablemente de aburrimiento—. Me gustaría ir a Viena, pero supongo que tendré que quedarme aquí,



donde podría vivir del paro. O trabajar para ese enano pelado.

El enano pelado era Frederick «Fritz» Worter, un tipo raquítrico que nos visitó un fin de semana nevado. Le impresionó especialmente el tamaño de las instalaciones sanitarias del cuarto piso... y Ronda Ray. Lilly quedó muy impresionada con él, naturalmente. Era apenas un poco más alto que ella, aunque hicimos todo lo posible por convencerla (y sobre todo por convencernos a nosotros mismos) de que ella seguiría creciendo —un poco— y que su figura nunca sería (esperábamos) tan desproporcionada). Lilly era bonita: menuda pero bien parecida. Fritz tenía una cabeza varias tallas demasiado grande para su cuerpo; sus antebrazos colgaban como músculos flojos de pantorrillas groseramente injertados en miembros inadecuados; sus dedos eran como salchichones; los tobillos parecían hinchados en sus pequeños pies de muñeco, como calcetines con el elástico distendido.

—¿Qué clase de circo es el suyo? —le preguntó Lilly descaradamente.

—Actos extraños, animales extraños —me dijo Franny al oído.

Me estremecí.

—Actos *pequeños*, animales *pequeños* —musitó Frank.

—Formamos un circo muy pequeño —le dijo Fritz a Lilly intencionadamente.

—¿Quiere decir —dijo Max Urick (cuando se fue Fritz)— que todos se las arreglarán muy bien en esa condenada planta?

—Si todos son como él no comerán mucho —comentó la señora Urick.

—Si todos son como él... —dijo Ronda Ray, y puso los ojos en blanco, pero no continuó; prefirió dejarlo correr.

—A mí me parece simpático —observó Lilly.

Pero Fritz, de El Acto de Fritz, provocó pesadillas a Egg, con estremecedores chillidos que me agarrotaron la espalda y me atenazaron los músculos del cuello.

Egg estiró el brazo y asestó un golpe a la lámpara de la mesilla de noche; pataleó bajo las sábanas, como si la ropa de cama le estuviese ahogando.

—¡Egg! —grité—. ¡Sólo es un sueño! ¡Estás soñando!

—¿Un qué? —gritó.

—¡Un sueño!

—¡Enanos! ¡Están debajo de la cama! Se arrastran por todas partes. ¡Están aquí, por todas partes! —aulló.

—Santo cielo —dijo papá—. Si sólo son enanos, ¿por qué se altera tanto?

—Chsss... —intervino mamá, que siempre temía herir los pequeños sentimientos de Lilly.

Por la mañana me tendía bajo la barra; espiaba cómo se levantaba —o se vestía— Franny y pensaba en Iowa Bob. ¿Qué habría dicho *él* del traslado a Viena? ¿Del hotel de Freud que por alguna razón *necesitaba* a un muchacho inteligente de Harvard? ¿De la diferencia que podía significar un oso inteligente... para las perspectivas de éxito de *cualquiera*? Yo levantaba pesas y pensaba.

«No importa», habría dicho Iowa Bob. «Da igual que vayamos a Viena o nos

quedemos aquí.» Bajo aquel tremendo peso, pensé que eso habría dicho Entrenador Bob. «Aquí o allí, estamos atornillados de por vida.»

Estuviésemos en Dairy o en Viena, siempre sería el hotel de papá. ¿Nunca nada nos haría más o menos exóticos de lo que éramos?, me pregunté, con la barra rígida y alta, y la figura de Franny en el rabillo del ojo.

—Me gustaría que te llevaras estas pesas a otra habitación —dijo Franny—, para poder vestirme a solas a veces... ¡Cristo!

—¿Qué opinas de ir a Viena, Franny? —le pregunté.

—Creo que será más sofisticado que quedarse aquí. —Completamente vestida ahora y siempre segura de sí misma, me miró de arriba abajo mientras yo me esforzaba por bajar lentamente mi última pesa—. Es posible que allí tenga una habitación sin barras de pesas —agregó—. Y hasta sin levantador de pesas.

Me sopló la axila del brazo izquierdo (el más débil de los dos)... y se apartó del camino cuando las pesas se deslizaron por el extremo de la barra, primero a la izquierda, después a la derecha.

—¡Santo cielo! —me gritó papá desde abajo.

Pensé que si Iowa Bob hubiese estado entre nosotros habría dicho que Franny se equivocaba. Fuese Viena más o menos sofisticada —tanto si Franny tenía una habitación con barras como con encajes—, seríamos los ocupantes de un Hotel New Hampshire. De uno tras otro.

El hotel de Freud —o nuestra imagen imperfecta del hotel de Freud por vía aérea — se llamaba Gasthaus Freud; a partir de la correspondencia de éste, no quedaba claro si *el otro* Freud se había hospedado allí. Sólo sabíamos que, según él, estaba «situado céntricamente» —«¡en el Primer Distrito!»—, pero en la fotografía en blanco y negro (y completamente gris) que nos envió, apenas podíamos distinguir las puertas dobles de hierro intercaladas entre las cajas exhibidoras de una especie de confitería. KONDITOREI, decía un cartel; ZUCKERWARDEN, decía otro; SCHOKOLADEN, prometía el tercero, y encima de todo —más grande que las letras descoloridas en las que apenas se leía GASTHAUS FREUD— se veía la palabra BONBONS.

—¿Qué? —preguntó Egg.

—*Bonbons* —dijo Franny—. ¡Muchacho!

—¿Cuál es la puerta de la confitería y cuál la del hotel? —preguntó Frank, que siempre tendría mentalidad de portero.

—Me parece que hay que vivir allí para saberlo —repuso Franny.

Lilly consiguió una lupa y descifró el nombre de la calle, escrito con letras muy raras debajo del número, encima de las puertas dobles del hotel.

—Krugerstrasse —decidió, lo que al menos coincidía con el nombre de la calle del remite de Freud.

Papá compró un mapa de Viena en una agencia de viajes y localizamos la

Krugerstrasse... en el Primer Distrito, tal como había prometido Freud; parecía muy céntrica.

—¡Sólo está a una o dos manzanas de la ópera! —gritó Frank lleno de entusiasmo.

—¡Vaya! —fue todo el comentario de Franny.

El mapa mostraba pequeñas zonas verdes en forma de parques, delgadas rayas azules y rojas por donde pasaban los tranvías, y edificios ornados —groseramente desproporcionados con respecto a la calle— indicadores de los lugares de interés.

—Parece un tablero de Monopoly —observó Lilly.

Vimos catedrales, museos, el ayuntamiento, la universidad, el Parlamento.

—Me pregunto qué sitios frecuentarán las pandillas —dijo Junior Jones, que recorría las calles con nosotros.

—¿Las *pandillas*? —preguntó Egg—. ¿*Las qué?*

—Los tíos duros —aclaró Junior Jones—. Los que llevan pistolas y navajas, hombre.

—Las pandillas... —repitió Lilly, y todos contemplamos el mapa como si la red callejera pudiese indicarnos cuáles eran los callejones oscuros.

—Esto es *Europa* y tal vez *no haya* pandillas —dijo Frank disgustado.

—Es una ciudad, ¿no? —inquirió Junior Jones.

Pero en el mapa a mí me parecía una ciudad de juguete, con puntos de interés y espacios verdes donde se había adaptado la naturaleza para proporcionar placer.

—Probablemente en los parques —dijo Franny, mordiéndose el labio inferior—. Las pandillas suelen frecuentar los parques.

—¡Mierda! —exclamé.

—¡No habrá pandillas! —gritó Frank—. ¡Habrà música! ¡Y pasteles! ¡Y la gente se inclina para saludar y se viste de manera diferente!

Todos le miramos con fijeza, aunque sabíamos que había estado leyendo todo lo posible sobre Viena; se lanzaba de cabeza sobre los libros que papá traía constantemente a casa.

—¿Pastelería y música y gente que *se inclina* todo el tiempo, Frank? —preguntó Franny—. ¿Así es Viena?

Lilly aplicaba ahora la lupa sobre el mapa como si una gente en miniatura pudiese aparecer sobre el papel, gente inclinándose, vestida de manera diferente, o recorriendo los parques en pandilla.

—Bueno... —dijo Franny—. Al menos podemos estar casi seguros de que no habrá pandillas de *negros* —todavía estaba enfadada con Junior Jones por haberse acostado con Ronda Ray.

—Mierda —dijo Junior—. Para ti será mejor que haya pandillas de negros. Son las mejores. Las pandillas de blancos tienen complejos de inferioridad y no hay nada peor que una pandilla con complejo de inferioridad.

—¿Qué? —preguntó Egg; sin duda creía que un complejo de inferioridad era un

arma, y a veces yo creo que lo es.

—A mí me parece que será *agradable* —vaticinó Frank, ceñudo.

—Sí, lo será —coincidió Lilly con un humor semejante al de Frank.

—No logro verlo —dijo Egg muy serio—. No logro verlo, de modo que no puedo saber cómo será.

—Estará bien —dijo Franny—. No creo que sea algo sublime, pero estará bien.

Era extraño, pero Franny parecía la más influida por la filosofía de Iowa Bob, que hasta cierto punto se había convertido en la filosofía de papá. Era extraño porque Franny solía ser la más sarcástica con respecto a papá... y a sus planes. Sin embargo, cuando la violaron, papá le había dicho —*increíble*, pensé— que, cuando *él* tenía un día malo, se esforzaba por ver si lograba interpretarlo como el más feliz de su vida.

—Tal vez éste sea el día más feliz de tu vida —le había dicho.

Me sorprendió que Franny encontrase útil este pensamiento invertido. Era una especie de cotorra de otros fragmentos escogidos de la filosofía de papá.

—Sólo fue un pequeño acontecimiento entre muchos —oí que le decía a Frank refiriéndose al susto mortal de Iowa Bob.

Una vez oí que papá, hablando acerca de Chipper Dove, decía:

—Probablemente su vida es muy desdichada.

¡Franny estuvo sinceramente de acuerdo con él!

Yo me sentía mucho más nervioso que Franny con respecto a la ida a Viena, y en todo momento era consciente de los sentimientos que Franny y yo no compartíamos, porque me interesaba estar cerca de ella.

Todos sabíamos que mamá opinaba que era una locura, pero nunca logramos que le fuese desleal a papá..., aunque lo intentábamos.

—No entenderemos el idioma —le dijo Lilly.

—¿*El qué?* —preguntó Egg.

—¡El idioma! —repitió Lilly—. En Viena hablan en alemán.

—Vosotros iréis a una escuela de habla inglesa —respondió mamá.

—En esa escuela habrá chicos raros —dije—. Todos serán extranjeros.

—Los extranjeros seremos *nosotros* —observó Franny.

—Una escuela de habla inglesa estará plagada de inadaptados —dije.

—Y de gente del gobierno —agregó Frank—. Allí enviarán a sus hijos los diplomáticos y los embajadores. Un montón de vagos.

—¿Es posible que haya chicos más vagos que los de la Dairy School, Frank? —inquirió Franny.

—¡Jo! —dijo Junior Jones—. Están los vagos y los *extranjeros* y vagos.

Franny se encogió de hombros y mamá hizo lo mismo.

—Seguiremos siendo *una familia* —dijo mamá—. La parte fundamental de vuestra vida será vuestra familia, lo mismo que ahora.

Sus palabras parecieron dejarnos contentos a todos. Nos dedicamos a los libros que papá traía de la biblioteca y a los folletos de la agencia de viajes. Volvimos a leer

los breves aunque exultantes mensajes de Freud:

¡ALEGRE DE QUE VENGAÍS! ¡TRAED NIÑOS Y ANIMALITOS! MUCHO ESPACIO. CÉNTRICO. BUENAS TIENDAS PARA CHICAS (¿CUÁNTAS CHICAS?) Y PARQUES PARA QUE JUEGUEN CHICOS Y ANIMALITOS. TRAED DINERO. DEBO RENOVAR... CON VUESTRA AYUDA. OS GUSTARÁ OSO. LO QUE HACE QUE VALGA LA PENA ES OSO INTELIGENTE. AHORA PODREMOS TRABAJAR CON EL PÚBLICO NORTEAMERICANO. CUANDO MEJOREMOS LA CALIDAD DE LA CLIENTELA, TENDREMOS UN HOTEL DEL CUAL ENORGULLECERNOS. ESPERO QUE VUESTRO INGLÉS SIGA SIENDO BUENO. ¡JA, JA! MEJOR APRENDÁIS UN POCO DE ALEMÁN. RECORDAD QUE LOS MILAGROS NO SE HACEN DE LA NOCHE A LA MAÑANA, PERO EN UN PAR DE NOCHES HASTA OSOS PUEDEN SER REINAS. ¡JA, JA! HE ENVEJECIDO... ÉSE ES EL PROBLEMA. AHORA NOS PONDREMOS BIEN. ¡AHORA DEMOSTRAREMOS A LOS CABRONES HIJOPUTAS Y CHUPAPICHAS NAZIS LO QUE ES UN BUEN HOTEL! ESPERO QUE LOS CHICOS NO ESTÉN ACATARRADOS. NO OLVIDÉIS DAR LAS INYECCIONES NECESARIAS A VUESTROS ANIMALITOS DOMÉSTICOS.

Puesto que *Patético* era nuestro único animalito —y necesitaba ayuda, pero no inyecciones—, nos preguntamos si Freud creería que todavía teníamos a *Grrr*.

—Claro que no —nos dijo papá—. Habla en un sentido general y trata de sernos útil.

—No dejes de ponerle las inyecciones a *Patético*, Frank —dijo Franny.

Pero Frank mejoraba con respecto a *Patético*; a veces le tomábamos el pelo por la nueva restauración, pero él seguía sumido en la tarea de renovar a *Patético* —en una pose alegre— para Egg. No nos permitió ver paso a paso la transformación del perro, por supuesto, pero hasta él mismo parecía alegre —a su retorno del laboratorio de biología—, de modo que todos abrigamos la esperanza de que esta vez *Patético* quedara «hermoso».

Papá leyó un libro sobre el antisemitismo austriaco y nos preguntamos si Freud habría tomado una decisión acertada al dar al hotel el nombre de Gasthaus Freud; por lo que leyó, papá dudó incluso de que a los vieneses les gustara siquiera el otro Freud. Tampoco pudo dejar de preguntarse quiénes serían los «cabrones hijoputas y chupapichas nazis».

—Lo que yo no puedo dejar de preguntarme es cuántos años tiene Freud —dijo mamá.

Calcularon que si en 1939 estaba al final de la cuarentena, ahora sólo mediaría la sesentena. Pero mamá dijo que *resultaba* más viejo. En sus mensajes, quería decir.

¡HOLA! IDEA RELÁMPAGO: ¿CONSIDERÁIS MEJOR RESTRINGIR CIERTAS ACTIVIDADES A CIERTOS PISOS? ¿QUIZÁ PONER CIERTO TIPO DE CLIENTELA EN LA

CUARTA PLANTA Y OTRO TIPO EN EL SÓTANO? ES UNA DECISIÓN DELICADA, ¿VERDAD? EN GENERAL, CLIENTELA DIURNA Y NOCTURNA TIENEN DIFERENTES —YO NO DIRÍA OPUESTOS— INTERESES. ¡JA, JA! TODO CAMBIARÁ CON LA REMODELACIÓN. Y EN CUANTO TERMINEN DE LEVANTAR LA MALDITA CALLE. UNOS POCOS AÑOS MÁS DE RESTABLECIMIENTO POR LA GUERRA, DICEN. ESPERAD A CONOCER OSO: ¡NO SÓLO ES INTELIGENTE, SINO TAMBIÉN JOVEN! ¡QUÉ EQUIPO VAMOS A FORMAR! ¿QUÉ QUIERES DECIR CUANDO ME PREGUNTAS SI «FREUD ES UN NOMBRE QUE GUSTA EN VIENA»? ¿¡FUISTE O NO FUISTE A HARVARD!?! ¡JA, JA!

—No resulta necesariamente *muy viejo*, pero sí chalado —dijo Franny.

—Lo que ocurre es que no sabe usar correctamente el inglés. No es su idioma —puntualizó papá.

Estudiamos alemán. Franny, Frank y yo tomamos clase en la Dairy School y llevábamos los discos a casa para hacérselos oír a Lilly; mamá estudiaba con Egg. Empezó por familiarizarle con los nombres de las calles y los puntos de interés del mapa turístico.

—Lobkowitzplatz —decía mamá.

—¿Qué? —preguntaba Egg.

Se suponía que papá era autodidacta, pero de todos es el que hacía menos progresos.

—Sois vosotros los que tenéis que aprenderlo —insistía—. Yo no tengo que ir a la escuela ni conocer chicos nuevos, ni nada de eso.

—Pero iremos a una escuela de habla inglesa —le recordó Lilly.

—Aun así, necesitaréis el alemán más que yo.

—Pero tú dirigirás el hotel —le dijo mamá.

—Yo me ocuparé del público norteamericano —recalcó papá—. Recuerda que primero trataremos de conseguir la clientela norteamericana.

—Será mejor que todos pulamos también nuestro inglés —aconsejó Franny.

Frank aprendía el alemán con más rapidez que cualquiera de los demás. Parecía un idioma adecuado para él: todas las sílabas se pronunciaban, los verbos caían como metrallas al final de las oraciones, las diéresis eran una forma de adorno. Además, parecía atraerle la idea de que las palabras tuviesen *género*. A finales del invierno chapurreaba (pretenciosamente) el alemán, desconcertándonos a propósito a todos, corrigiendo nuestros intentos por responderle y consolando luego nuestro fracaso diciéndonos que *él* se cuidaría de nosotros cuando estuviésemos «allá».

—¡Vaya! —exclamó Franny—. Eso es lo que de verdad me fastidia. Que Frank nos lleve a todos a la escuela, que hable con los conductores de autobuses, que haga los pedidos en los restaurantes, que atienda todas las llamadas telefónicas. Ahora que por fin voy a ir al extranjero no quiero depender de él.

Pero Frank pareció florecer con los preparativos del traslado a Viena. Sin duda le

estimulaba que le hubiesen dado una segunda oportunidad con *Patético*, pero también parecía auténticamente interesado por *estudiar* Viena. Después de cenar nos leía en voz alta extractos selectos de lo que denominaba «la flor y nata» de la historia vienesa; Ronda Ray y los Urick también asistían a sus lecturas, lo cual resultaba extraño, porque sabían que no irían a Viena y su futuro con El Acto de Fritz estaba poco claro.

Después de dos meses de lecciones de historia, Frank nos hizo un examen oral sobre los personajes interesantes que pululaban en Viena en la época del suicidio del príncipe heredero en Mayerling (y que Frank nos había leído antes con todo detalle, sacando lágrimas a Ronda Ray). Franny afirmó que el príncipe Rodolfo se estaba convirtiendo en héroe de Frank «a causa de su vestimenta». Frank tenía retratos de Rodolfo en su habitación: uno en traje de caza (un joven de cabeza delgada y con un bigote enorme, envuelto en pieles y fumando un cigarrillo grueso como un dedo); otro de uniforme, en el que lucía la Orden del Toisón de Oro, con la frente tan vulnerable como la de un bebé y la barba afilada como una espada.

—Bien, Franny —dijo Frank—. Ésta es para ti. Era un compositor genial, probablemente el organista más grande del mundo, pero se comportaba como un palurdo, como un paleta hecho y derecho en la ciudad imperial, y tenía la estúpida costumbre de enamorarse de chicas muy jovencitas.

—¿Y por qué es ésa una costumbre estúpida? —pregunté.

—Tú calla. Es una costumbre estúpida y esta pregunta corresponde a Franny.

—Anton Bruckner —respondió Franny— y estoy de acuerdo en que era un estúpido.

—Muy estúpido —corroboró Lilly.

—Tu turno, Lilly —prosiguió Frank—. ¿Quién fue «la campesina flamenca»?

—Es demasiado fácil —contestó Lilly—, pregúntaselo a Egg.

—Para Egg es muy difícil —intervino Franny.

—¿Qué? —preguntó Egg.

—La princesa Estefanía —dijo Lilly en tono de hastío—, hija del rey de Bélgica y esposa de Rodolfo.

—Ahora papá —propuso Frank.

—¡Vaya! —exclamó Franny, porque en historia papá era casi tan malo como en alemán.

—¿Quién fue el autor de una música tan querida que hasta los campesinos le copiaron la barba?

—Mira que eres raro, Frank... —comentó Franny.

—¿Brahms? —intentó adivinar papá, y todos gruñimos.

—La barba de Brahms era *como* la de un campesino —aclaró Frank—. ¿De quién *copiaron* la barba los campesinos?

—¡Strauss! —gritamos Lilly y yo al unísono.

—Un pobre tonto —dictaminó Franny—. Ahora yo le haré una pregunta a Frank.

—Dispara —Frank cerró los ojos con fuerza y arrugó la cara.

—¿Quién fue Jeanette Heger? —inquirió Franny.

—Era la amante de Schnitzler —respondió Frank ruborizándose.

—¿Qué es una «amante», Frank? —preguntó Franny.

Ronda Ray soltó una carcajada.

—Tú lo sabes muy bien —dijo Frank, todavía congestionado.

—¿Y cuántas veces hicieron el amor Schnitzler y su amante entre 1888 y 1889? —preguntó Franny.

—¡Caray! —protestó Frank—. ¡Muchas! Lo he olvidado.

—¡Cuatrocientas sesenta y cuatro! —respondió Max Urick, que había estado presente en todas las lecturas de historia y nunca olvidaba un dato.

Al igual que Ronda Ray, con anterioridad Max no había recibido la menor educación, y aquellos cursos eran una novedad para ambos. Prestaban más atención que cualquiera de nosotros a las lecciones de Frank.

—¡Tengo otra para papá! —exclamó Franny—. ¿Quién fue Mitzi Caspar?

—¿Mitzi Caspar? —repitió papá—. ¡Santo cielo!

—¡Santo cielo! —se hizo eco Frank—. Franny sólo recuerda las partes sexuales.

—¿Quién fue Mitzi Caspar, Frank? —insistió Franny.

—¡Yo lo sé! —saltó Ronda Ray—. Era la querida de Rodolfo; éste pasó la noche con ella antes de matarse con Marie Vetsera en Mayerling —Ronda tenía un rincón especial en su memoria y en su corazón para las queridas.

—Yo soy una de ellas, ¿no? —me había preguntado después de la versión de Frank sobre la vida y obra de Arthur Schnitzler.

—La más querida —le había dicho yo.

—Camelador... —respondió Ronda Ray.

—¿Dónde vivió Freud por encima de sus posibilidades? —preguntó Frank en general, para que respondiese quien lo supiera.

—¿Cuál Freud? —inquirió Lilly, y todos reímos.

—En la Sühnhaus —respondió Frank a su propia pregunta—. ¿Traducción? —ofreció—. Casa de Expiación —contestó.

—Vete a la porra, Frank —dijo Franny.

—Como no se refiere al sexo, Franny ignoraba la respuesta —me dijo Frank.

—¿Quién fue la última persona que tocó a Schubert? —le pregunté a Frank.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó en tono suspicaz.

—Lo que he dicho. ¿Quién fue la última persona que tocó a Schubert?

Franny se echó a reír; habíamos compartido esta anécdota y yo no creía que Frank conociese la respuesta, porque había arrancado las páginas correspondientes del libro. Era una historia morbosa.

—¿Se trata de una broma? —quiso saber Frank.

Cuando Schubert llevaba muerto sesenta años, el pobre cateto Anton Bruckner asistió a la exhumación del cadáver. Sólo se había permitido la asistencia de Bruckner



y de algunos científicos. Un funcionario del ayuntamiento pronunció un discurso refiriéndose constantemente a los restos mortales del músico. Fotografiaron el cráneo de Schubert y un secretario tomó notas para la investigación, en las que señalaban que Schubert presentaba un matiz anaranjado y que sus dientes estaban mejor conservados que los de Beethoven (éste había sido desenterrado con anterioridad para realizar unos estudios similares). Registraron las medidas de la cavidad craneana de Schubert.

Después de casi dos horas de investigación «científica», Bruckner no pudo seguir conteniéndose. Tomó la cabeza de Schubert entre sus manos y la abrazó hasta que le pidieron que la soltara. Así, Bruckner fue la última persona que tocó a Schubert. En realidad era el tipo de relato que fascinaba a Frank, y le enfureció no conocer la respuesta.

—Bruckner otra vez —respondió mamá en voz baja.

A Franny y a mí nos sorprendió que lo supiera; día tras día pensábamos que mamá no sabía nada y luego resultaba que lo sabía todo. Nos habíamos dado cuenta de que estudiaba a escondidas todo lo referente a Viena, quizá convencida de que papá no estaba bien preparado.

—¡Qué trivialidad! —exclamó Frank cuando le relatamos la historia—. Francamente es una trivialidad.

—Toda la historia es trivial —sentenció papá, volviendo a mostrar su faceta Iowa Bob.

Pero, por lo general, la fuente de las trivialidades era Frank. Al menos en lo referente a Viena, no soportaba que le aventajaran. Su cuarto estaba lleno de dibujos de soldados ataviados con los uniformes de sus regimientos: los húsares con pantalones rosas muy ceñidos y chaquetas entalladas de color azul lago soleado; los oficiales de fusileros tiroleses de verde alborada. En 1900, en la Feria Mundial de París, Austria ganó el Premio al Uniforme Más Hermoso (el de artillería); no es extraño que la Viena *fin de siècle* atrajera a Frank. Lo alarmante era que *el fin de siècle* fuese el *único* período que estudiaba de verdad y que nos enseñaba a los demás. El resto no le parecía tan interesante.

—¡Por Dios, Viena no será como Mayerling! —me susurró Franny al oído, mientras yo levantaba pesas—. *Ahora* no lo será.

—¿Quién fue el maestro de la canción... como forma de arte? —le pregunté—. Siempre llevaba la piel de la barbilla en carne viva porque era tan nervioso que no podía dejarse los pelos en paz.

—Hugo Wolf, tonto —me dijo—. ¿No comprendes que Viena ya no es así?

¡HOLA! (nos escribió Freud). ¿ME HABÉIS PEDIDO UN PLANO DE PLANTA? ESPERO HABER ENTENDIDO BIEN. EL BOLETÍN DEL SIMPOSIO SOBRE RELACIONES ESTE-OESTE OCUPA LA SEGUNDA PLANTA —SON SUS OFICINAS DE DÍA— Y DEJO EL TERCER PISO A LAS PROSTITUTAS PORQUE ESTÁ ENCIMA DE ESAS OFICINAS, QUE

NUNCA SE USAN POR LA NOCHE. DE ESTE MODO, NADIE SE QUEJA (EN GENERAL), ¡JA, JA! EL PRIMER PISO ES EL NUESTRO, ME REFIERO AL OSO Y A MÍ... Y A TODOS VOSOTROS, CUANDO ESTÉIS AQUÍ. QUEDAN EL CUARTO Y EL QUINTO PARA LOS HUÉSPEDES, CUANDO LOS HAYA. ¿POR QUÉ ME LO PREGUNTÁIS? ¿TENÉIS ALGÚN PLAN? LAS PROSTITUTAS DICEN QUE NECESITAMOS UN ASCENSOR, PERO ME PARECE QUE HACEN DEMASIADOS VIAJES. ¡JAJA! ¿QUÉ QUIERE DECIR QUE CUÁNTOS AÑOS TENGO? ¡ALREDEDOR DE CIEN! PERO LA RESPUESTA VIENESA ES MEJOR; NOSOTROS DECIMOS: «SIGO PASANDO DE LARGO ANTE LAS VENTANAS ABIERTAS». SE TRATA DE UN VIEJO CHISTE. HABÍA UN PAYASO CALLEJERO AL QUE APODABAN EL REY DE LOS RATONES: ENTRENABA ROEDORES, HACÍA HORÓSCOPOS, PERSONIFICABA A NAPOLEÓN Y ERA CAPAZ DE HACER QUE LOS PERROS SE TIRARAN PEDOS CUANDO SE LO ORDENABA. UNA NOCHE SE ARROJÓ POR LA VENTANA CON TODOS SUS ANIMALITOS EN UNA CAJA QUE LLEVABA ESCRITA LA SIGUIENTE LEYENDA: «¡LA VIDA ES SERIA, PERO EL ARTE ES DIVERSIÓN!». OÍ DECIR QUE SU FUNERAL FUE UNA FIESTA. UN ARTISTA CALLEJERO SE HABÍA SUICIDADO. NADIE LE HABÍA AYUDADO, PERO DESPUÉS TODOS LE ECHABAN DE MENOS. ¿AHORA QUIÉN LOGRARÍA QUE LOS PERROS PRODUJERAN MÚSICA Y QUE LOS RATONES JADEARAN? EL OSO TAMBIÉN LO SABE: ES ARDUO Y EXIGE UN GRAN ARTE HACER QUE LA VIDA NO SEA SERIA. TAMBIÉN LO SABEN LAS PROSTITUTAS.

—¿Prostitutas? —dijo mamá.

—¿Qué? —preguntó Egg.

—¿Putas? —dijo Franny.

—¿Hay putas en el hotel? —inquirió Lilly.

No es ninguna novedad, pensé, pero Max Urick pareció más abrumado que antes por el malhumor ante la idea de quedarse atrás; Ronda Ray se encogió de hombros.

—¡Queridas! —saltó Frank.

—Bueno —dijo papá—. Si están allí, haremos que se vayan.

Frank empezó a canturrear:

*Wo bleibt die alte Zeit  
und die Gemütlichkeit?*

«¿Dónde están los viejos tiempos?  
¿Dónde está aquella Gemütlichkeit?»

Era la canción que cantaba Bratfisch en el Fiacre Ball; Bratfisch había sido conductor del cabriolé personal del príncipe heredero Rodolfo, un calavera de aspecto peligroso con una fusta en la mano.

—*Wo bleibt die alte Zeit?*  
*Pfirt di Gott, mein schönes Wien!*

siguió cantando Frank. Bratfisch había cantado esa canción después que Rodolfo matara a su amante y se volara la tapa de los sesos.

«—¿Dónde están los viejos tiempos?  
¡Adiós, mi hermosa Viena!»

¡HOLA! (escribió Freud). NO OS PREOCUPÉIS POR LAS PROSTITUTAS. AQUÍ SON LEGALES. SÓLO ES UN NEGOCIO. AL QUE HAY QUE VIGILAR ES AL GRUPO DE LAS RELACIONES ESTE-OESTE. SUS MÁQUINAS DE ESCRIBIR FASTIDIAN AL OSO. SE QUEJAN MUCHO Y BLOQUEAN LOS TELÉFONOS. MALDITA POLÍTICA, MALDITOS INTELLECTUALES, MALDITAS INTRIGAS.

—¿Intrigas? —preguntó mamá.

—Es un problema de idioma. Freud no conoce bien nuestra lengua —respondió papá.

—Nombrad a un antisemita cuyo nombre lleva una plaza, toda una *Platz* de la ciudad de Viena —inquirió Frank—. Sólo uno.

—Santo cielo, Frank... —protestó papá.

—Sólo uno —insistió Frank.

—El doctor Karl Lueger —replicó mamá, con voz tan falta de vida que Franny y yo nos estremecemos.

—Muy bien —la felicitó Frank, impresionado.

—¿Quién opinaba que Viena sólo era un rebuscado chanchullo para ocultar la realidad sexual? —preguntó mamá.

—¿Freud? —conjeturó Frank.

—No *nuestro* Freud —aclaró Franny.

Pero *nuestro* Freud nos escribió:

VIENA SÓLO ES UN REBUSCADO CHANCHULLO PARA OCULTAR LA REALIDAD SEXUAL. POR ESO LA PROSTITUCIÓN ES LEGAL. POR ESO CREEMOS EN LOS OSOS. CAMBIO Y FUERA.

Una mañana estaba con Ronda Ray, pensando, hastiado, en Arthur Schnitzler, que se había llevado al huerto a Jeanette Heger cuatrocientas sesenta y cuatro veces en algo así como once meses, y Ronda me preguntó.

—¿Qué quiere decir que es legal? ¿Que la prostitución es *legal*...?

—Que no es contrario a la ley. Aparentemente, en Viena la prostitución no es contraria a la ley.

Ronda guardó silencio un rato; luego se liberó del peso de mi cuerpo.

—¿Y *aquí* es legal? —me preguntó.

Vi que estaba seria, y parecía asustada.

—¡*Todo* es legal en el Hotel New Hampshire! —respondí: palabras dignas de Iowa Bob.

—¡No, me refiero *aquí*! —dijo, furiosa—. En Estados Unidos. ¿Es legal?

—No. En New Hampshire, no.

—¿*No*? —gritó—. ¿Es contrario a *la ley*? ¿Lo es?

—Bueno, de todos modos ocurre —dije.

—¿*Por qué*? —chilló Ronda—. ¿Por qué es contrario a la ley?

—No lo sé.

—¿Y tú te irás a Viena y me dejarás *aquí*? —me empujó hasta la puerta—. Ahora, lo mejor será que salgas de aquí.

—¿Quién trabajó durante dos años en un fresco y le puso el título de *Schweinsdreck*? —me preguntó Frank mientras desayunábamos.

*Schweinsdreck* significa «mierda de cerdo».

—Por favor, Frank, estamos desayunando —dije.

—Gustav Klimt —respondió Frank con suficiencia.

Y así transcurrió el invierno de 1957: todavía levantando pesas, aunque reduciendo la cuota de plátanos; todavía visitando a Ronda Ray, aunque soñando con la ciudad imperial; aprendiendo verbos irregulares y las hipnotizadoras trivialidades de la historia; tratando de imaginar el circo El Acto de Fritz y el hotel llamado Gasthaus Freud. Nuestra madre parecía fatigada, pero permaneció leal; ella y mi padre visitaban con más frecuencia la vieja 3E, donde probablemente eran más fáciles de resolver las diferencias entre ellos. Los Urick eran cautos; habían desarrollado cierta cautela porque sin duda se sentían abandonados... «a un enano», dijo Max, cuando Lilly no estaba cerca. Una mañana de principios de primavera, con el suelo de Elliot Park aún semicongelado pero volviéndose esponjoso, Ronda Ray se negó a aceptar mi dinero... aunque me aceptó a mí.

—No es legal —susurró con amargura—. Yo no soy ninguna delincuente.

Más tarde descubrí que apuntaba más alto.

—Viena —susurró—. ¿Qué harás allí sin mí?

Yo tenía un millón de ideas al respecto y casi el mismo número de imágenes, pero le prometí a Ronda que le pediría a papá que considerara su inclusión.

—Trabaja muy bien —le dije a papá.

Mamá frunció el ceño. Franny se atragantó. Frank murmuró algo acerca del tiempo en Viena... «Llueve a mares» o algo semejante. Naturalmente, Egg preguntó de qué estábamos hablando.

—No —dijo papá rotundamente—. Ronda no. No podemos permitirnos ese lujo.

Todos parecíamos aliviados... hasta yo, lo confieso.

Le di la noticia a Ronda cuando estaba lustrando la superficie de la barra.

—Bueno, preguntar no hace daño a nadie, ¿verdad?

—A nadie —confirmé.

Pero a la mañana siguiente, cuando me detuve ante su puerta y respiré afanosamente, me dio la impresión de que algo se cernía sobre alguien.

—Tú sigue corriendo, John-O —me dijo—. Correr es legal. Y gratis.

Entonces sostuve una extraña y confusa conversación con Junior Jones sobre la lujuria; me resultó reconfortante ver que él no parecía comprenderla mucho mejor que yo. Para los dos fue una frustración enterarnos de que Franny tenía muchas otras opiniones al respecto.

—Las mujeres son muy diferentes de ti y de mí —dijo Junior Jones.

Asentí, por supuesto. Franny parecía haberle perdonado a Junior su lujuria con Ronda Ray, pero una parte de su ser permanecía distanciada de él; al menos exteriormente, Franny parecía indiferente ante la perspectiva de cambiar a Junior por Viena. Quizá se debatía entre su deseo de no echarle demasiado de menos y la esperanza de la posible aventura que podía representar Viena para ella.

Se mostró reservada cuando se lo pregunté, y aquella primavera me encontré más comunicado con Frank, que estaba en gran forma. Su bigote recordaba los excesos faciales del difunto príncipe heredero Rodolfo, aunque a Franny y a mí nos gustaba llamarle Rey de los Ratonés.

—¡Allá va! Es capaz de hacer que los perros se tiren pedos cuando se lo ordenan. ¿Quién es? —preguntaba yo.

—¡La vida es seria pero el arte es diversión! —gritaba Franny—. ¡Aquí está el héroe de los payasos callejeros! ¡Mantenerle alejado de las ventanas abiertas!

—¡El Rey de los Ratonés! —respondía yo.

—Por mí, vosotros dos podéis caer muertos aquí mismo —decía Frank.

—¿Cómo va el perro, Frank? —le pregunté.

Esta pregunta siempre lo ablandaba.

—Bien... —dijo, mientras una visión de *Patético* atravesaba su mente y hacía que le temblase el bigote—, creo que Egg se pondrá contento..., aunque al resto de vosotros *Patético* puede parecerle demasiado manso.

—Lo dudo —dije.

Mirando a Frank podía imaginar al príncipe heredero malhumorado, camino de Mayerling — y el asesinato de su amante y su suicidio—, pero era más fácil pensar en el artista callejero de Freud saltando por una ventana con su caja llena de animalitos: el Rey de los Ratonés se había estrellado contra el suelo, y una ciudad que hasta entonces le ignoraba, ahora le lloraba. De alguna manera, Frank encajaba en el papel.

—¿Quién hará producir música a los perros y jadear a los ratones? —le pregunté a Frank mientras desayunábamos.

—Tú vete a levantar pesas y déjalas caer sobre tu propia cabeza —respondió.

Frank reanudó sus viajes al laboratorio de biología; si el Rey de los Ratonés podía

hacer que los perros se tirasen pedos cuando se lo ordenaban, Frank era capaz de revivir a *Patético* en más de una pose, de modo que quizá fuese una especie de príncipe heredero, como Rodolfo, futuro emperador de Austria, rey de Bohemia, rey de Transilvania, margrave de Moravia, duque de Auschwitz (para mencionar sólo algunos de sus títulos).

—¿Dónde está el Rey de los Ratonos? —preguntaba Franny.

—Con *Patético* —decía yo—. Enseñándole a tirarse pedos cuando se lo ordenen.

Y cuando nos cruzábamos en los pasillos del Hotel New Hampshire, yo le decía a Lilly o Franny a Frank.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas.

—*Schweinsdreck* —decía Frank.

—Presumido —le etiquetaba Franny.

—Mierda de cerdo para ti, Frank —respondía yo.

—¿*Qué?* —gritaba Egg.

Una mañana, Lilly le preguntó a papá:

—¿Nos iremos antes que venga el circo llamado El Acto de Fritz o llegaremos a verlo?

—Espero que nos lo perdamos —dijo Franny.

—¿No coincidiremos ni siquiera un día? —preguntó Frank—. ¿Para darles las llaves o algo así?

—¿*Qué llaves?* —inquirió Max Urick.

—¿*De qué cerraduras?* —preguntó Ronda Ray, cuya puerta permanecía cerrada para mí.

—Tal vez coincidamos diez o quince minutos —contestó papá.

—Yo quiero verlos —dijo Lilly, muy seria.

Miré a mamá, que parecía fatigada... pero bella: era una mujer suave y curvilínea a la que evidentemente papá disfrutaba tocando. Siempre se frotaba la cara en su cuello, ahuecaba las manos para contener sus pechos y la abrazaba por detrás, con lo que ella fingía ofenderse (delante de nosotros, los chicos). Cuando estaba cerca de mamá, papá parecía uno de esos perros que siempre apoyan la cabeza en tu regazo, cuyos hocicos parecen hallar consuelo en axilas y entrepiernas; no quiero decir con eso que papá fuese grosero con ella, pero siempre establecía contacto físico: abrazos y sobadas.

Por supuesto, Egg hacía lo mismo con mamá, y también Lilly —hasta cierto punto—, aunque era más digna y se contenía desde que su pequeñez había alcanzado tanta importancia. Era como si no quisiera parecer menor actuando infantilmente.

—El austriaco medio mide entre siete y diez centímetros menos que el americano medio, Lilly —le informó Frank.

Pero a Lilly no parecía importarle, y se encogió de hombros, con el mismo movimiento de mamá, independiente y bonito. De distinta manera, tanto Franny como Lilly habían heredado el ademán.

En algún momento de aquella primavera noté que Franny recurría a él: un único y hábil encogimiento, con un indicio de involuntario dolor, cuando Junior Jones nos dijo que aceptaría la beca que le había ofrecido la Universidad Estatal de Pensilvania para que jugara al fútbol el otoño siguiente.

—Te escribiré —le aseguró Franny.

—Claro, y yo te escribiré a ti —dijo él.

—Yo te escribiré más —afirmó Franny.

Junior Jones intentó encogerse de hombros, pero no le salió.

—Mierda —me dijo. Le arrojábamos piedras a un árbol de Elliot Park—. ¿Qué quiere *hacer* Franny, de todos modos? ¿Qué cree que le ocurrirá allá?

Todos decíamos «allá» para referirnos a Viena. Todos excepto Frank, que ahora lo decía en alemán.

—*Wien* —decía Frank.

—*Veen* —dijo Lilly, y la recorrió un escalofrío—. Suena como algo que pudiera decir un lagarto.

Todos la miramos, aguardando el consabido «¿Qué?» de Egg.

Entonces brotó la hierba en Elliot Park, y una noche cálida, cuando tuve la certeza de que Egg dormía, abrí la ventana y contemplé la luna y las estrellas, escuché el canto de los grillos y las ranas.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas —dijo Egg.

—¿Estás despierto? —le pregunté.

—No puedo dormir —replicó—. No veo adónde voy. No sé cómo será.

Parecía en un tris de echarse a llorar, por lo que le dije:

—Vamos, Egg. Será *magnífico*. Tú nunca has vivido en una ciudad.

—Ya lo sé —lloriqueó.

—Bueno, allá hay más cosas que hacer que aquí —le prometí.

—Yo tengo mucho que hacer aquí.

—Pero aquello será *muy distinto*.

—¿Por qué la gente se arroja por las ventanas? —me preguntó.

Le expliqué que eso sólo era un cuento, aunque sabía que él no captaría el sentido de la metáfora.

—Hay espías en el hotel —me aseguró—. Eso es lo que dijo Lilly: «espías y mujeres de baja ralea».

Supuse que Lilly imaginaba que «mujeres de baja ralea» quería decir de poca estatura, como ella, e intenté tranquilizar a Egg diciéndole que no había nada que temer de los ocupantes del hotel de Freud; le aseguré que papá se haría cargo de todo, y oí el silencio con que Egg y yo aceptamos *esa* promesa.

—¿Cómo llegaremos allá? —me preguntó Egg—. Es tan lejos...

—En un avión —respondí.

—Tampoco sé cómo es eso.

(De hecho serían dos aviones, porque papá y mamá no volarían juntos; muchos padres son así. También le expliqué esto a Egg, pero no dejó de repetir: «No sé cómo será».)

Entonces entró mamá en nuestro dormitorio para consolar a Egg y me quedé dormido mientras hablaban. Volví a despertar cuando mamá salía; Egg dormía. Mamá se acercó a mi cama y se sentó a mi lado; llevaba el pelo suelto y parecía muy joven; en realidad, en la penumbra se parecía mucho a Franny.

—Sólo tiene siete años —dijo, refiriéndose a Egg—. Tendrías que hablar más con él.

—De acuerdo. ¿Tú quieres ir a Viena?

Se encogió de hombros, claro. Sonrió y dijo:

—Tu padre es un hombre muy bueno.

Por primera vez logré imaginarlos realmente en el verano de 1939, mientras papá le prometía a Freud que *se casaría* y que *iría* a Harvard, y Freud le pedía algo a mamá: que perdonara a papá. ¿Sería *esto* lo que tenía que perdonarle? ¿Y era *tan* malo lo que hacía papá al desarraigarnos de la horrible población de Dairy y de la maldita Dairy School... y del primer Hotel New Hampshire, que tampoco era ninguna maravilla de hotel (aunque nadie lo decía)?

—¿Te gusta Freud? —le pregunté.

—En realidad no lo conozco —dijo mamá.

—Pero a papá le gusta.

—A tu padre le gusta, pero en realidad tampoco le conoce.

—¿Cómo crees que será el oso? —le pregunté.

—No sé *para qué* es el oso, de modo que no puedo adivinar *cómo* será —susurró.

—¿Para qué podría ser?

Pero se encogió de hombros otra vez, quizá recordando cómo había sido *Grrr* y tratando de recordar *para qué* había sido.

—Ya lo descubriremos —añadió (algo digno de ser dicho por Iowa Bob), y me besó.

—Buenas noches —le dije, y le di un beso.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas —me dijo al oído.

Me quedé dormido. Soñé que mamá moría.

—Basta de osos —le dijo a papá.

Pero él la entendió mal y creyó que le estaba haciendo una pregunta.

—No, *un* oso más —respondió papá—. Sólo uno más. Te lo prometo.

Ella sonrió y movió la cabeza de un lado a otro; estaba demasiado cansada para decir algo. Asomó el leve deslizamiento de su famoso encogimiento de hombros y la intención de un encogimiento en sus ojos, que quedaron en blanco y repentinamente fuera de la vista. Papá comprendió que el hombre del smoking blanco le había tomado la mano a mamá.



—¡Está bien! ¡Basta de osos! —prometió papá, pero mamá ya estaba a bordo del balandro blanco y se hacía a la mar.

Egg no estaba en el sueño, sino en su cama cuando desperté: seguía durmiendo y alguien le observaba. Reconocí el untuoso lomo negro, el pelo grueso, corto y brillante, el dorso cuadrado de su ridícula cabeza y sus insignificantes orejas apenas ladeadas. Estaba sentado sobre el rabo, como de costumbre —en vida— y de cara a Egg. Probablemente Frank lo había hecho sonreír o al menos resollar estúpidamente, en esa forma tonta de los perros que constantemente traen pelotas y palos a tus pies. ¡Oh, los idiotas pero *felices* cobradores de este mundo! Eso era nuestro viejo *Patético*: un cobrador y un pedorrero. Me levanté de la cama para mirar al animal... desde la perspectiva de Egg.

De un solo vistazo me di cuenta de que Frank se había superado a sí mismo en cuanto a «hermosura». *Patético* descansaba sobre su rabo, con las patas delanteras tocándose y ocultando pudorosamente la ingle; la cara estaba rodeada de un halo vidrioso y húmedo de felicidad, la lengua le colgaba en gesto de estupidez. Parecía a punto de tirarse un pedo, de menear la cola, o de echarse de espaldas; se le veía ansioso de que le rascaran detrás de las orejas... parecía un animal perdidamente servil, eternamente necesitado de cariño. Si no fuese porque estaba muerto y porque era imposible desterrar de la memoria *otras* manifestaciones, este *Patético* parecía más inofensivo de lo que aquél lo había sido nunca.

—Egg, despierta —susurré.

Pero era sábado —el día en que Egg se quedaba en la cama hasta tarde— y yo sabía que había dormido mal o muy poco durante la noche. Por la ventana vi que nuestro coche serpenteaba entre los árboles de Elliot Park, deslizándose por el suelo empapado como en una carrera de *slalom* — aunque a poca velocidad—, y me di cuenta de que eso significaba que Frank estaba al volante; acababa de sacar su permiso de conducir y le gustaba practicar zigzagueando entre los árboles de Elliot Park. Franny había obtenido su permiso «L» y Frank le enseñaba a conducir. Adiviné que quien ocupaba el volante era él debido al majestuoso avance del coche entre los árboles, a velocidad de limusina, a velocidad de *coche fúnebre*... como conducía siempre Frank. Hasta cuando llevaba a mamá al supermercado lo hacía como si transportara el ataúd de una reina en medio de un gentío de seres dolientes que deseaban echarle una última mirada. Cuando conducía Franny, Frank gimoteaba encogido en el asiento del acompañante. A Franny le encantaba la velocidad.

—¡Egg! —llamé en voz más alta, y se movió un poco.

Oí portazos fuera: nuestro coche cambió de conductor en Elliot Park. Supe que Franny había cogido el volante cuando el coche empezó a escorar entre los árboles, haciendo volar por los aires enormes fragmentos de barro primaveral, y también por los salvajes ademanes apenas entrevistos de los brazos de Frank agitándose en lo que se conoce vulgarmente como «asiento de la muerte».

—¡Santo cielo! —oí que gritaba papá desde otra ventana.

Después papá cerró la ventana y oí que se quejaba ante mamá por la forma en que conducía Franny, porque había de volver a plantar la hierba en Elliot Park, porque tendría que quitar el barro del coche con un cincel... Mientras yo seguía observando cómo corría Franny entre los árboles, Egg abrió los ojos y vio a *Patético*. Sus gritos hicieron que apretase los pulgares contra el alféizar de la ventana y me mordiese la lengua. Mamá corrió a nuestro dormitorio para ver qué ocurría y sumó sus alaridos al ver a *Patético*.

—¡Santo cielo! —exclamó papá—. ¿Por qué razón tiene Frank que *abalanzar* al maldito perro sobre la gente? ¿Por qué razón no puede decir «ahora os mostraré a *Patético*» y traerlo... cuando todos estemos *preparados* para su aparición? ¡Dios mío!

—¿*Patético*? —preguntó Egg, asomando la cabeza desde debajo de las mantas.

—Sólo es *Patético*, Egg —le dije—. ¿No está hermoso?

Egg sonrió prudentemente al ver el aspecto inofensivo del perro.

—La verdad es que está hermoso —dijo papá, ahora contento.

—¡Sonríe! —se maravilló Egg.

Lilly entró en el dormitorio y abrazó a *Patético*; se sentó y apoyó la espalda contra el perro erguido.

—Mira, Egg —dijo—, puedes usarlo como respaldo.

Entró Frank rebosante de orgullo.

—¡Fantástico, Frank! —le dije.

—Está realmente hermoso —comentó Lilly.

—Un trabajo notable, hijo —dijo papá.

Frank estaba radiante. Llegó Franny, refunfuñando desde el pasillo.

—¡Francamente, Frank es un gallina en el coche! —se quejó—. ¡Cualquiera diría que me da lecciones para conducir diligencias! —en ese momento vio a *Patético*—. ¡Caray! —gritó.

¿Por qué todos esperamos tan callados las palabras de Franny? Aunque todavía no había cumplido los dieciséis, toda la familia parecía considerarla la verdadera autoridad, la última palabra. Dio vueltas alrededor de *Patético*, como si ella misma fuese un perro..., olisqueándolo. Franny rodeó los hombros de Frank con un brazo y él permaneció tenso, aguardando su veredicto.

—¡El Rey de los Ratones ha producido una *obra maestra*! —anunció Franny; un espasmo de sonrisa atravesó el rostro anhelante de Frank—. Lo has logrado, Frank —le dijo sinceramente—. Es *Patético* de verdad —se agachó y acarició al perro, tal como hacía en los viejos tiempos, abrazándole la cabeza y rascándole detrás de las orejas. Su ademán resultó decisivamente tranquilizador para Egg, que abrazó a *Patético*, ahora sin reservas—. En un automóvil puedes ser un imbécil, Frank, pero has hecho un trabajo de primera categoría con *Patético* —concluyó.

Frank parecía a punto de desmayarse o de caerse. Todos empezamos a hablar al mismo tiempo, a palmearle la espalda, a pellizcar y rascar a *Patético*..., todos salvo mamá, notamos de pronto. Estaba de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en

Elliot Park.

—Franny... —dijo.

—¿Qué?

—Franny, nunca volverás a conducir de ese modo en el parque, ¿entendido? —dijo mamá.

—De acuerdo —respondió Franny.

—*Ahora mismo* puedes ir a la entrada de servicio y pedirle a Max que te ayude a buscar la manguera. Consigue también algunos cubos de agua caliente y jabonosa. Quitarás todo el barro del coche antes de que se seque.

—De acuerdo.

—Mira cómo ha quedado el parque. Has estropeado la hierba recién salida.

—Lo siento —se disculpó Franny.

—Lilly... —dijo mamá sin apartar la vista de la ventana: ya había terminado con Franny.

—¿Qué?

—Tu habitación, Lilly. ¿Qué puedo decir de tu habitación?

—Que es un revoltijo —reconoció Lilly.

—Durante *una semana* ha sido un revoltijo —dijo mamá—. Por favor, hoy no salgas de tu cuarto hasta que esté ordenado.

Noté que papá se escabullía con Lilly y Franny se fue a lavar el coche. Frank parecía desconcertado porque su momento de gloria había resultado demasiado breve. Estaba poco dispuesto a separarse de *Patético* ahora que lo había recreado.

—Frank... —dijo mamá.

—¿Qué?

—Ahora que has terminado con *Patético*, quizá también tú puedas ordenar tu habitación, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Frank.

—Lo lamento, Frank —dijo mamá.

—¿Lo lamentas?

—Lo lamento, Frank, pero *Patético* no me gusta nada.

—¿No *te gusta*? —se sorprendió Frank.

—No, porque está *muerto* —aclaró mamá—. Es muy *real*, pero está muerto, Frank, y a mí no me gustan las cosas muertas.

—Lo siento —dijo Frank.

—¡Cojones! —exclamé.

—Y tú, por favor, modera tu lenguaje —me advirtió mamá—. Tu vocabulario es espantoso, sobre todo si te detienes a considerar que compartes la habitación con un niño de siete años. Estoy harta de «mierda esto» y «mierda lo otro». Esta casa no es el vestuario de un club de fútbol.

—De acuerdo —dije.

Noté que Frank había desaparecido: el Rey de los Ratones se había esfumado.

—Egg... —dijo mamá, bajando la voz.

—¿Qué?

—*Patético* no debe salir de esta habitación. No me gusta sobresaltarme... y si *Patético* sale de aquí, si lo veo en cualquier sitio que no sea aquél en el cual espero verlo y que es aquí mismo... tendrá que irse para siempre.

—Está bien, ¿pero puedo llevármelo a Viena? Quiero decir si, cuando nos vayamos, *Patético* podrá acompañarnos —rogó Egg.

—Supongo que *tendrá* que acompañarnos.

La voz de mamá encerraba la misma resignación que yo había percibido en el sueño, cuando dijo «basta de osos» y se alejó en el balandro.

—¡Cristo! —exclamó Junior Jones cuando vio a *Patético* sentado en la cama de Egg, con uno de los chales de mamá sobre las paletillas y la gorra de béisbol de aquél en la cabeza.

Franny había llevado a Junior al hotel para que viera el milagro de Frank. Harold Swallow había venido con él, pero se había perdido en alguna parte; giró por donde no correspondía en el segundo piso y, en lugar de llegar al nuestro, empezó a deambular por el hotel. Yo trataba de trabajar en mi escritorio. Estaba estudiando para el examen de alemán y me empeñaba en no pedirle ayuda a Frank. Franny y Junior Jones salieron a buscar a Harold, y Egg resolvió que el atavío de *Patético* no le convenía; lo desnudó para cambiarlo.

Entonces Harold Swallow encontró el camino de nuestro dormitorio y se asomó. Nos vio a Egg y a mí... y a *Patético* desnudo sobre la cama. Harold nunca había visto a *Patético* —vivo ni muerto— y lo llamó desde la puerta.

—¡Ven, perrito! —lo llamó—. ¡Ven aquí! ¡Vamos! —*Patético* sonreía a Harold y se desvivía por menear la cola... pero permaneció inmóvil— ¡Ven! ¡Ven, chuchó! ¡Eres un perro muy bonito!

—No tiene que moverse de aquí —informó Egg a Harold Swallow.

—¡Ah! —Harold me miró con los ojos en blanco—. Pues sí que se porta bien..., ni siquiera se mueve, ¿no?

Acompañé a Harold al restaurante, donde Junior y Franny le estaban buscando; no encontré ninguna razón para contarle que *Patético* estaba muerto.

—¿Es tu hermano menor? —me preguntó Harold.

—Sí.

—También tenéis un hermoso perro...

—¡Mierda! —me dijo Junior Jones más tarde; estábamos en la puerta del gimnasio, que la Dairy School había intentado decorar como si fuese el edificio del Parlamento para el fin de semana correspondiente a la graduación—. ¡Mierda! —repitió—. Estoy realmente preocupado por Franny.

—¿Por qué?

—Algo la perturba. No quiere acostarse conmigo. Ni siquiera como una forma de despedirnos. ¡No quiere hacerlo ni una *sola* vez! A veces pienso que no confía en mí —dijo Junior.

—Ya sabes que Franny sólo tiene dieciséis años.

—Y tú ya sabes que es una *veterana* de dieciséis años. Me gustaría que hablaras con ella.

—¿Yo? ¿Qué puedo decirle? —le pregunté.

—Me gustaría que le preguntaras por qué no quiere acostarse conmigo —me pidió Junior Jones.

—Mierda —respondí.

Pero se lo pregunté... tiempo después, cuando la Dairy School estaba desierta, cuando Junior Jones se había ido a su casa a pasar el verano (con el propósito de ponerse en forma para jugar al fútbol en Pensilvania), cuando el viejo campus y en especial el sendero que atravesaba el bosque y que siempre seguían los futbolistas nos recordaron a Franny y a mí algo que nos pareció ocurrido *años* atrás.

—¿Por qué no te acostaste nunca con Junior Jones? —le pregunté.

—Sólo tengo dieciséis años, John —replicó Franny.

—Pero eres una *veterana* de dieciséis años —le dije sin saber exactamente lo que eso significaba.

Franny se encogió de hombros, por supuesto.

—Mira las cosas de esta manera —me dijo—: volveré a ver a Junior, nos escribiremos y todas esas cosas. Seguiremos siendo amigos. Ahora bien, algún día... cuando sea mayor *si seguimos* siendo amigos... será perfecto que pueda acostarme con él. No quisiera agotar ahora la relación.

—¿Por qué no te acostaste con él aunque fuese *dos veces*?

—Tú no entiendes —me dijo.

Yo estaba pensando que aquello tenía algo que ver con el hecho de que la hubiesen violado, pero Franny sabía leer en mí como en un libro abierto.

—No, pequeño, no tiene nada que ver con que me hayan violado. Acostarse con alguien es muy distinto... cuando *significa* algo. Ocurre que no sé qué significaría con Junior. Todavía no. *Además...* —exhaló un hondo suspiro e hizo una pausa antes de agregar—: *Además* no tengo mucha experiencia; pero me parece que, en cuanto una persona te consigue, jamás vuelves a saber de ella.

Tuve la impresión de que ahora *tenía* que estar hablando de su violación; me sentí confundido.

—¿Qué quieres decir, Franny? —le pregunté.

Durante un rato se mordió el labio y luego dijo:

—Me sorprende no haber sabido una palabra, ni una sola palabra... de Chipper Dove. ¿Te imaginas lo que es que haya pasado tanto tiempo sin recibir ni una sola palabra?

Entonces me sentí *completamente* confundido; me asombró saber que ella creía

que alguna vez recibiría noticias de él. No se me ocurrió qué decir, excepto una broma estúpida, y la dije.

—Bueno, Franny, tampoco creo que tú le hayas escrito.

—Dos veces. Me parece que es suficiente.

—¿Suficiente? —salté—. ¿Por qué mierda le has escrito?

Pareció sorprendida.

—Para contarle cómo estaba y lo que hacía —respondió. Le clavé la vista y ella apartó la mirada—. Estaba *enamorada* de él, John —dijo en un susurro.

—Chipper Dove te violó, Franny. Dove y Chester Pulaski y Lenny Metz... te violaron en pandilla.

—No es necesario que me lo recuerdes —me espetó—. Estoy hablando de Chipper Dove. Sólo de él.

—Él te violó —insistí.

—Yo estaba enamorada de él —repitió, dándome la espalda—. Tú no comprendes. Yo estaba enamorada... y quizá todavía lo estoy. ¿Te gustaría transmitirle esto a Junior? —agregó en tono alegre—. ¿Crees que debería decírselo? ¿Crees que le gustaría?

—No.

—No, yo también creo que no. Pero pensé que dadas las circunstancias no me acostaría con él. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondí, aunque quería decirle que sin duda alguna Chipper Dove no la quería.

—No me lo digas. No me digas que él no me quería —dijo—. Creo que lo sé. ¿Pero quieres que te diga algo? Algún día Chipper Dove puede enamorarse de mí. ¿Y sabes una cosa?

—No —respondí.

—Tal vez si esto ocurre, si él se enamora de mí..., tal vez entonces ya no le ame. Y entonces lo comprenderé *de verdad*, ¿no te parece?

La contemplé; como había señalado Junior Jones, Franny era una chica de dieciséis años *muy veterana*.

De repente sentí que teníamos que ir a Viena cuanto antes, que todos necesitábamos tiempo para madurar y volvernos más sabios (si eso era lo que estaba incluido en el proceso). Sé que yo quería una oportunidad para ponerme a la altura de Franny, aunque nunca llegara a adelantarla, y pensé que eso necesitaba un nuevo hotel.

También de repente se me ocurrió que Franny podía haber estado pensando en Viena de manera semejante: *utilizarla...* para hacerse más lista y más dura y (de alguna manera) lo bastante adulta para un mundo que ninguno de los dos comprendía.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas —fue todo lo que pude decirle en aquel momento.

Observamos la hierba llena de rastros del campo de prácticas y pensamos que

en otoño estaría perforada por los clavos de las zapatillas de deportes, aplastada por los rodillazos contra el suelo y removida por los arañazos... y que *ese* otoño no estaríamos en Dairy para verlo o para apartar la mirada. Todo eso —o algo parecido— estaría ocurriendo en otro sitio y nosotros lo observaríamos, o participaríamos de ello, fuera lo que fuese.

Tomé a Franny de la mano y enfilamos por el sendero que siempre usaban los jugadores de fútbol, deteniéndonos sólo un breve instante junto a la curva que recordábamos... la senda del bosque donde crecían los helechos: no teníamos necesidad de verlos.

—Adiós —susurró Franny a aquel lugar sagrado y profano.

Le apreté la mano; me devolvió el apretón y luego separó su mano de la mía. En el camino de regreso al Hotel New Hampshire tratamos de hablar únicamente en alemán. Al fin y al cabo pronto sería nuestro idioma cotidiano y no lo habíamos aprendido bien. Ambos sabíamos que tendríamos que perfeccionarlo si queríamos liberarnos de Frank.

Éste hacía su recorrido de coche fúnebre entre los árboles cuando llegamos a Elliot Park.

—¿Quieres tomar una lección? —le ofreció a Franny.

Ella se encogió de hombros y mamá los envió a hacer un recado. Condujo Franny, mientras Frank rezaba acobardado a su lado.

Aquella noche, al acostarme, descubrí que Egg había puesto a *Patético* en mi cama, vestido con mi ropa de correr. Sacar a *Patético* de la cama —y sacar sus *pelos* de mi cama— me desveló por completo. Bajé a leer al restaurante. Allí encontré a Max Urick, que se remojaba el gaznate sentado en una de las sillas atornilladas.

—¿Cuántas veces se benefició el viejo Schnitzler de Jeanette Nosecuántos? —me preguntó Max.

—Cuatrocientas sesenta y cuatro —contesté.

—¡Ya es algo! —gritó.

Cuando Max subió tambaleante la escalera para irse a dormir, oí que la señora Urick retiraba unas ollas del fuego. Ronda Ray no estaba cerca; había salido, o tal vez estuviese dentro: apenas me importaba. Estaba demasiado oscuro para salir a correr y Franny dormía, de modo que no podía practicar levantamiento de pesas. *Patético* me había dejado la cama estropeada por un rato, así que intenté leer. El libro trataba de la epidemia de gripe de 1918, de toda la gente famosa y no famosa que se llevó. Parece que fue una de las épocas más tristes de Viena. Murió Gustav Klimt, que una vez había llamado «mierda de cerdo» a su propia obra; fue maestro de Schiele. La esposa de éste falleció —se llamaba Edith— y después también murió él, siendo muy joven. Leí un capítulo entero del libro referente a los cuadros que *podría haber pintado* Schiele si no le hubiese matado la gripe. Empezaba a asaltarme la vaga idea de que todo el libro se refería a lo que podría haber sido Viena si la gripe no hubiese llegado a la ciudad, cuando Lilly me despertó.

—¿Por qué no duermes en tu habitación? —me preguntó.

Le expliqué lo que había ocurrido con *Patético*.

—Yo no puedo dormir porque no logro imaginarme cómo será mi habitación *allá* —me dijo.

Le hablé de la epidemia de gripe de 1918, pero no mostró el menor interés por el tema.

—Estoy preocupada —dijo—. Estoy preocupada por la violencia.

—¿Qué violencia? —le pregunté.

—En el hotel de Freud. Habrá violencia.

—¿*Por qué*, Lilly? —inquirí.

—Sexo y violencia.

—¿Te refieres a las prostitutas?

—Me refiero al *clima* que crearán.

Se sentó en una de las sillas atornilladas y se balanceó suavemente; los pies no le llegaban al suelo, por supuesto.

—¿El clima que crearán las prostitutas?

—El clima de sexo y violencia —dijo Lilly—. Al menos eso creo. Toda la ciudad. Fíjate en Rodolfo, que mató a su novia y luego se suicidó.

—Eso ocurrió en el siglo pasado, Lilly —le recordé.

—¿Y el hombre que folló a esa mujer cuatrocientas sesenta y cuatro veces.

—Schnitzler —dijo—. Hace casi un siglo, Lilly.

—Probablemente ahora es peor. Casi todo es peor ahora.

Comprendí que eso tenía que habérselo dicho Frank.

—Y la gripe —persistió Lilly— y la guerra. Y los húngaros.

—¿La revolución? —le pregunté—. Eso fue el año pasado.

—Y las violaciones en el sector ruso —prosiguió Lilly—. Volverán a violar a Franny. O a mí, si me coge alguien lo bastante pequeño —agregó.

—La época de la ocupación ha pasado.

—Un clima de violencia —repitió—. Con tanta sexualidad reprimida...

—Ése es *el otro* Freud, Lilly —aclaré.

—¿Y qué hará el oso? Un hotel con prostitutas, osos y espías...

—No son *espías*, Lilly —sabía que se refería al grupo dedicado a las relaciones Este-Oeste—. Me parece que sólo son intelectuales.

Mis palabras no le proporcionaron consuelo y meneó la cabeza.

—No soporto la violencia —dijo—. Y Viena *destila* violencia —daba la impresión de que había estudiado el mapa turístico y había descubierto todos los rincones en los que merodeaban las pandillas mencionadas por Junior Jones—. Toda la ciudad *grita* violencia. La *irradia* —daba la impresión de haberse llevado estas palabras a la boca para absorberlas: *destila*, *grita*, *irradia*—. La idea misma de ir *allá* *tiembla* de violencia —tembló.

Sus minúsculas rodillas se aferraban al asiento de la silla atornillada; columpió



sus delgadas piernas hacia atrás y hacia delante, abanicando el suelo con violencia. Sólo tenía once años y me pregunté dónde habría encontrado todas las palabras que empleaba y por qué razón su imaginación parecía mucho mayor que ella. ¿Por qué las mujeres de nuestra familia eran sabias como mamá, o «veteranas de dieciséis años» —como había dicho Junior Jones de Franny—, o como Lilly: pequeña y tierna, pero de mente adelantada para su edad? Me pregunté por qué motivo les había tocado a *ellas* todo el cerebro, pensando en papá; aunque tanto mamá como él tenían treinta y siete años, papá me parecía diez años más joven... «y diez años más tonto», decía Franny. Y me pregunté qué era *yo*, porque Franny, e incluso Lilly, hacían que tuviera la sensación de que siempre tendría quince años. Y Egg era inmaduro: un crío de siete años con las costumbres de uno de cinco. Y era Frank, el Rey de los Ratones, capaz de resucitar a los perros de entre los muertos, capaz de dominar otro idioma y de aprovechar las singularidades de la historia en beneficio propio; mas, a pesar de sus evidentes habilidades, yo sabía que en muchos otros sentidos Frank operaba con una mentalidad de cuatro años.

Lilly seguía con la cabeza gacha y balanceando las piernas.

—Me gusta el Hotel New Hampshire —dijo—. De hecho, *lo adoro*; no quieroirme de aquí —sus ojos se llenaron de lágrimas: lo normal.

La abracé y la cogí en brazos; podría haber hecho con ella un levantamiento de banco. La llevé a su habitación.

—Considéralo así: iremos a *otro* Hotel New Hampshire, Lilly —le dije—. Lo mismo, pero en otro país.

Lilly siguió llorando.

—Prefiero quedarme con el circo llamado El Acto de Fritz —rezongó—. Prefiero quedarme con ellos, aunque ni siquiera sé qué *hacen*.

Pronto sabríamos lo que hacían. Demasiado pronto. Era verano entonces y, antes de tener preparado nuestro equipaje —antes de haber hecho siquiera las reservas de los pasajes—, nos visitó el metro veinte y cuarenta y un años llamado Frederick «Fritz» Worter. Era necesario firmar unos documentos, y otros miembros de El Acto de Fritz querían echarle un vistazo a su futuro hogar.

Una mañana en que Egg dormía junto a *Patético* me asomé a la ventana que daba a Elliot Park. Al principio no noté nada extraño; algunos hombres y mujeres se apeaban de un microbús Volkswagen. Todos tenían aproximadamente el mismo tamaño. Al fin y al cabo, esto sigue siendo un hotel, pensé, y pueden ser huéspedes. Entonces me di cuenta de que eran *cinco* mujeres y *ocho* hombres —que salieron cómodamente de un microbús Volkswagen—, y cuando reconocí entre ellos a Frederick «Fritz» Worter, observé que todos tenían el mismo tamaño *que él*.

Max Urick, que se afeitaba asomado a su ventana del cuarto piso, dio un grito y se cortó.

—Una condenada *carga* de enanos —nos dijo más tarde—. No es lo que uno espera ver cuando acaba de levantarse.

Es imposible saber lo que habría dicho o hecho Ronda Ray si los hubiese visto entonces, pero en ese momento estaba todavía en la cama. Franny y mis barras estaban intactas en la habitación de Franny; Frank —tanto si soñaba, como si estudiaba alemán o leía algo sobre Viena— vivía en un mundo personal. Egg dormía con *Patético*; mamá y papá —que más tarde se sentirían turbados por ello— lo estaban pasando bien en la vieja 3E.

Corrí al cuarto de Lilly, sabiendo que querría ver por lo menos la llegada de la parte *humana* de El Acto de Fritz, pero ya estaba despierta y observándolos a través de su ventana; llevaba un camisón pasado de moda que mamá le había comprado en una tienda de antigüedades y que la envolvía por completo. Abrazaba su muñeca de trapo.

—Es un circo *pequeño*, tal como dijo el señor Worter —susurró Lilly en tono de adoración.

Vimos que los enanos se reunían junto al Volkswagen en Elliot Park; se desperezaban y bostezaban; uno de los hombres hizo la vertical, una de las mujeres una voltereta. Uno de ellos empezó a andar a cuatro patas como un chimpancé, pero Fritz batió las palmas para demostrar su desdén ante tantas tonterías; se reunieron como un equipo de rugby en miniatura que celebra una melé (con dos jugadores de más). Luego empezaron a marchar ordenadamente en dirección a la entrada principal.

Lilly fue a abrirlas; yo corrí a la centralita para anunciarlos. Conecté con la 3E y dije:

—Llegan los nuevos propietarios... los trece. Cambio y fuera.

A Frank:

—*Guten Morgen!* El Acto de Fritz *ist hier angekommen. Wachs du auf!*

Y a Franny:

—¡Enanos! Ve a despertar a Egg para que no se asuste creyendo que los ha soñado. ¡Dile que aquí hay trece enanos, pero que no corre peligro!

Después corrí hasta la habitación de Ronda Ray; ya había aprendido a transmitirle mensajes personalmente.

—¡Están aquí! —susurré desde la puerta.

—Sigue corriendo, John-O —me dijo Ronda.

—Son trece. Sólo cinco mujeres y *ocho* hombres. ¡Hay como mínimo tres para ti!

—¿Qué tamaño tienen?

—Es una sorpresa. Ven a verlos.

—Sigue corriendo —repitió Ronda—. Seguid corriendo *todos* vosotros.

Max Urick fue a esconderse en la cocina, con su mujer; eran tímidos para las presentaciones, pero papá los arrastró al encuentro de los enanos. La señora Urick les hizo recorrer su cocina, mostrándoles las ollas y lo bien que olía la comida sencilla pero buena.

—Son pequeños —concedió más tarde— pero hay muchos; algo tendrán que comer.

—No llegarán a los interruptores —dijo Max Urick—. Tendré que cambiarlos todos.

Abandonó a regañadientes el cuarto piso. Estaba claro que ése era el que necesitaban los enanos, con los lavabos «adecuados para sus lavaditas y sus meaditas», refunfuñó Max cuando Lilly no estaba cerca. Franny opinaba que Max sólo estaba enfadado por tener que instalarse más cerca de la señora Urick, aunque sólo llegó a la tercera planta, donde sería eternamente bendecido (imaginé) con el correteo de aquellos pequeños pies por encima de su cabeza.

—¿Dónde pondrá a los animales? —le preguntó Lilly al señor Worter.

Fritz le explicó que el circo sólo utilizaría el Hotel New Hampshire como sede de verano. Los animales permanecerían fuera.

—¿Qué clase de animales son? —inquirió Egg, apretando a *Patético* contra su pecho.

—Animales vivos —respondió una de las enanas, que tenía más o menos la estatura de Egg y parecía intrigada por *Patético*, a quien no dejaba de acariciar.

Fue a finales de junio cuando los enanos hicieron que Elliot Park tuviera la apariencia de un parque de atracciones; los toldos, que alguna vez habían sido de colores brillantes y ahora estaban desteñidos en tono pastel, aleteaban sobre las pequeñas casetas, orlaban el tiiovivo, cubrían en forma de cúpula la gran tienda donde se representarían las funciones importantes. Llegaban chicos del centro de Dairy y haraganeaban por nuestro parque todo el día, pero los enanos no tenían prisa. Instalaron las casetas, cambiaron tres veces la posición del tiiovivo y se negaron a poner el motor que lo hacía funcionar, ni siquiera para probarlo. Un día llegó una caja de las dimensiones de una mesa de comedor; estaba llena de enormes carretes con billetes de distintos colores; los carretes eran grandes como neumáticos.

Frank conducía con suma prudencia a través del parque ahora atestado, dando vueltas alrededor de las tiendas pequeñas y de la grande, pidiendo a los chicos de la ciudad que se apartaran.

—Abrirán el cuatro de julio, pequeños —les decía oficiosamente, con un brazo colgando por la ventanilla del coche—. Volved entonces.

Entonces nosotros ya nos habríamos ido; abrigábamos la esperanza de que los animales llegaran antes de nuestro viaje, pero sabíamos por anticipado que nos perderíamos la inauguración.

—De cualquier manera ya hemos visto todo lo que hacen —señaló Franny.

—Sobre todo perder el tiempo por ahí con aspecto de seres *pequeños* —dijo Frank.

Lilly bullía. Señalaba cómo hacían la vertical, los juegos malabares, la danza del agua y el fuego, la pirámide de ocho hombres, la sátira del equipo de béisbol formado por ciegos. La más pequeña de las enanas afirmó que sabía montar a pelo... a un

perro.

—Muéstrame el perro —dijo Frank.

Frank estaba amargado porque papá había vendido el coche a Fritz y ahora necesitaba permiso de éste para conducirlo por Elliot Park; Fritz era generoso con el coche, pero Frank detestaba tener que pedirselo.

A Franny le gustaba tomar sus lecciones de conducción con Max Urick en la camioneta del hotel, porque a Max le encantaba que condujese velozmente.

—Acelera —la estimulaba—. Adelanta a ese memo; te sobra espacio.

Franny volvía de sus lecciones orgullosa de haber dejado tres metros de goma alrededor del quiosco de música o cuatro metros en la esquina de Front Street con Court. «Dejar goma» era lo que decíamos en Dairy, New Hampshire, cuando en el camino quedaban manchas negras marcadas por los neumáticos rechinantes.

—Es repugnante —decía Frank—. Malo para el embrague, malo para las ruedas; no es más que una fanfarronería juvenil... te meterás en líos, te retirarán el permiso, a Max le quitarán el carnet —lo que probablemente ocurriría—, atropellarás a un perro, o a un niño. Algún rufián de la ciudad intentará chocar contigo o te seguirá a casa y te dará una paliza. O me dará una paliza *a mí*, sólo porque te conozco.

—Nos estamos yendo a Viena, Frank —decía Franny—. Dale a todo gas en Dairy mientras puedas.

—¡A todo gas! Repugnante.

HOLA (escribió Freud). CASI ESTÁIS AQUÍ. BUENA ÉPOCA PARA VENIR. MUCHO TIEMPO PARA QUE LOS CHICOS SE ADAPTEN ANTES QUE EMPIECEN LAS CLASES. TODOS ESPERAMOS VUESTRA LLEGADA. ¡HASTA LAS PROSTITUTAS! ¡JA, JA! PUTAS CONTENTAS TOMÁNDOSE INTERÉS MATERNAL POR LOS NIÑOS. ¡VERDAD! LES MOSTRÉ TODAS LAS FOTOGRAFÍAS. VERANO BUENA ÉPOCA PARA PUTAS: MUCHOS TURISTAS, TODOS DE BUEN HUMOR. HASTA LOS IMBÉCILES DE RELACIONES ESTE-OESTE PARECEN CONTENTOS. NO ESTÁN TAN OCUPADOS EN VERANO... EMPIEZAN A ESCRIBIR A MÁQUINA A LAS ONCE DE LA MAÑANA. TAMBIÉN LA POLÍTICA SE TOMA VACACIONES DE VERANO. ¡JA, JA! AQUÍ ESTÁ HERMOSO. MÚSICA HERMOSA EN LOS PARQUES, HERMOSOS HELADOS, INCLUSO OSO ES MÁS FELIZ... TAMBIÉN ALEGRE DE VUESTRA LLEGADA. A PROPÓSITO SE LLAMA *SUSIE*. CARIÑOS DE *SUSIE* Y MÍOS, FREUD.

—¿*Susie*? —preguntó Franny.

—¿Un oso llamado *Susie*? —dijo Frank.

Parecía irritarle que el nombre no fuese alemán, o que en realidad se tratara de una osa. Creo que fue una decepción para todos nosotros, una especie de anticlímax antes de habernos puesto en marcha. Pero mudarse es así. Primero la exaltación, luego la ansiedad y después la caída. Primero seguimos un curso intensivo sobre

Viena, después empezamos a añorar el Hotel New Hampshire... por anticipado. A continuación hubo un periodo de *espera*... interminable, quizá a modo de preparación para una inevitable desilusión el día de la partida y la llegada simultáneas, posible gracias a la invención *del jet*.

El 1.º de julio tomamos prestado el Volkswagen perteneciente a El Acto de Fritz. El vehículo tenía extraños controles manuales para frenar y acelerar, porque los enanos no llegaban a los pedales; papá y Frank discutieron cuál de los dos sería más hábil para conducir el insólito coche. Por último, Fritz se ofreció a llevar al primer turno al aeropuerto.

Papá, Frank, Franny y yo estábamos en el primer turno. Mamá y Egg se reunirían con nosotros en Viena al día siguiente; *Patético* volaría con ellos. Pero la mañana de la partida Egg se levantó antes que yo. Estaba sentado en su cama, vestido con una camisa blanca de frac, sus mejores pantalones y zapatos negros de etiqueta; llevaba una chaqueta de hilo blanco. Parecía uno de los enanos representando la sátira sobre los camareros tullidos en un estrafalario restaurante. Egg esperaba que me despertara para que le ayudara con el nudo de la corbata. A su lado estaba el perro sonriente, *Patético*, con la mirada brillante y congelada de los locos.

—Tú saldrás mañana, Egg —le dije—. Nosotros nos iremos hoy, pero tú y mamá saldréis mañana.

—Quiero estar listo —declaró ansioso.

Le hice el nudo de la corbata para levantarle el ánimo. Estaba vistiendo a *Patético* —con un adecuado traje de vuelo— cuando bajé mis maletas al Volkswagen. Egg y *Patético* me siguieron escaleras abajo.

—Si tenéis sitio, me gustaría que alguno de vosotros se llevara al perro muerto —le dijo mamá a papá.

—¡No! —se negó Egg—. ¡Quiero que *Patético* vaya conmigo!

—¿Sabes que puedes facturarlos con las maletas? —informó Fritz—. No es necesario que viaje a bordo.

—Puede ir sentado en mis rodillas —dijo Egg.

Eso fue todo.

Los baúles ya habían sido despachos.

Los bultos de mano y las maletas estaban listos.

Los enanos nos saludaban con la mano.

Colgado de la escalera de incendios de la ventana de Ronda Ray, ondeaba su camisón anaranjado, antaño chillón y ahora desteñido como los toldos de El Acto de Fritz.

La señora Urick y Max se hallaban junto a la entrada de servicio. Ella había estado fregando cacerolas —tenía puestos los guantes de goma— y Max sostenía en la mano una canasta llena de hojas.

—¡Cuatrocientas sesenta y cuatro! —gritó Max.

Frank se ruborizó y besó a mamá.

—Hasta pronto —le dijo.

Franny besó a Egg.

—Hasta pronto, Egg —le dijo.

—¿Qué? —preguntó Egg.

Había desvestido a *Patético*, y ahora el animal se mostraba en toda su desnudez.

Lilly lloraba.

—¡Cuatrocientas sesenta y cuatro! —gritaba Max Urick, como un idiota.

Allí estaba Ronda Ray, con una pequeña mancha de zumo de naranja en su uniforme blanco de camarera.

—Sigue corriendo, John-O —me susurró, esta vez con todo cariño.

Me besó; besó a todos excepto a Frank, que se había metido en el Volkswagen para evitar el contacto.

Lilly seguía llorando; uno de los enanos daba vueltas montado en su vieja bicicleta. Y precisamente cuando salíamos de Elliot Park llegaron los animales de El Acto de Fritz. Vimos los largos remolques chatos, las jaulas y las cadenas. Fritz tuvo que dejar un momento el microbús; empezó a correr de un lado a otro impartiendo órdenes.

Desde nuestra jaula —el Volkswagen— espíamos a los animales: sentíamos curiosidad por saber si eran especies enanas.

—Ponies —lloriqueó Lilly—. Y un chimpancé.

En una jaula que llevaba pintados elefantes rojos en los costados —como el empapelado de un dormitorio de niño—, chillaba un enorme simio.

—Animales vulgares y corrientes —dijo Frank.

Un perro de trineo daba vueltas alrededor del microbús, ladrando. Una de las enanas cabalgó sobre él.

—No hay tigres —observó Franny, decepcionada—, ni leones, ni elefantes.

—¿Veis el oso? —preguntó papá.

En una jaula gris que no llevaba nada pintado, se balanceaba una figura oscura meciéndose al son de alguna triste melodía interior. Tenía el morro demasiado largo, la grupa demasiado ancha, el cuello demasiado grueso, las patas demasiado cortas para ser feliz.

—¿Eso es un oso? —fue todo el comentario de Franny.

Había una jaula que parecía llena de gansos o de gallinas. Daba la impresión de ser sobre todo un circo de perros y ponies... con un mono y un oso decepcionante: meros símbolos alrededor de las exóticas esperanzas de todos nosotros.

Al volver la vista hacia ellos, en Elliot Park, cuando Fritz regresó al Volkswagen y partimos finalmente —rumbo al aeropuerto y a Viena—, vi que Egg aún tenía en sus brazos al animal más exótico de todos. Mientras Lilly lloraba a mi lado, imaginé que contemplaba —en aquel caos de enanos en movimiento y de descarga de

animales— a todo un circo llamado *Patético* en vez de El Acto de Fritz. Mamá nos saludó con la mano; la señora Urick y Ronda Ray la imitaron. Max Urick gritaba algo, pero no le oíamos. Los labios de Franny, al unísono con los de él, susurraron:

—¡Cuatrocientas sesenta y cuatro!

Frank ya estaba leyendo el diccionario de alemán; papá —que no era de los que miran hacia atrás— iba sentado delante con Fritz y hablaba rápidamente de nada. Lilly sollozaba, tan inofensiva como la llovizna. Elliot Park desapareció: mi última mirada captó a Egg en movimiento, esforzándose por correr entre los enanos, sosteniendo a *Patético* como un ídolo por encima de su cabeza: un animal digno de ser idolatrado por esos otros animales *comunes y corrientes*. Egg estaba exaltado y gritaba; los labios de Franny —al ritmo que los suyos— susurraron:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Fritz nos llevó a Boston, donde Franny tenía que comprar lo que mamá llamaba «ropa interior de ciudad». Lilly no dejó de llorar en los pasillos de la tienda; Frank y yo recorrimos las escaleras mecánicas. Llegamos temprano al aeropuerto. Fritz se disculpó por no poder acompañarnos durante la espera: sus animales le necesitaban. Papá le deseó lo mejor y le agradeció de antemano que llevara a mamá y a Egg al aeropuerto al día siguiente. Frank fue «abordado» en el lavabo del aeropuerto internacional de Logan, pero se negó a describirnos el incidente a Franny a mí. Se limitó a insistir en que le habían «abordado». Estaba indignado a causa de ello, y Franny y yo nos enfurecimos con él por no contárnoslo con más detalle. Papá le compró a Lilly una bolsa de mano de plástico, para alegrarla. Embarcamos antes que oscureciera. Creo que despegamos a las 19.00 o a las 20.00: las luces de Boston —en verano y a esa hora— estaban a medias encendidas y a medias apagadas, y aún había luz natural suficiente para ver con toda claridad el puerto. Era nuestro primer viaje en avión y nos encantó.

Volamos toda la noche a través del océano. Papá durmió durante todo el trayecto. Lilly tenía la vista fija en la oscuridad y nos explicó que había avistado dos transatlánticos. Yo cabeceaba y despertaba, cabeceaba y despertaba; con los ojos cerrados vi que Elliot Park se transformaba en un circo. La mayoría de los lugares que abandonamos en la infancia no se vuelven más fantásticos, sino menos. Imaginé que retornaba a Dairy y me pregunté si El Acto de Fritz elevaría o hundiría el lugar.

Aterrizamos en Fráncfort a las ocho menos cuarto de la mañana. O tal vez fueran las nueve menos cuarto.

—*Deutschland!* —exclamó Frank.

Nos llevó a través del aeropuerto de Fráncfort hasta el vuelo de conexión con Viena; leyó todos los carteles en voz alta y habló amablemente con todos los extranjeros.

—Los extranjeros *somos nosotros* —susurraba Franny a cada instante.

—*Guten Tag!* —saludaba Frank a todos los extranjeros que pasaban a nuestro lado.

—Estoy seguro de que éstos eran franceses, Frank —se mofó Franny.

Papá estuvo a punto de perder los pasaportes, por lo que decidimos atarlos con dos gruesas gomas a la muñeca de Lilly. Después yo la llevé en brazos, pues parecía exhausta de tanto llorar.

Partimos de Fráncfort a las nueve menos cuarto, o tal vez a las diez menos cuarto. Llegamos a Viena cerca de mediodía. El vuelo fue corto y agitado, en un avión más pequeño. Lilly vio unas montañas y se asustó; Franny dijo que esperaba que el tiempo mejorara al día siguiente, cuando viajarían mamá y Egg; Frank vomitó dos veces.

—Dilo en alemán, Frank —le aguijoneó Franny, pero Frank se sentía demasiado mal para responderle.

Teníamos un día y una noche, además de toda la mañana siguiente, para preparar la Gasthaus Freud para la llegada de mamá y Egg. Nuestro vuelo había totalizado alrededor de ocho horas en el aire; unas seis o siete entre Boston y Fráncfort, y aproximadamente una hora más para llegar a Viena. El vuelo de mamá y Egg saldría de Boston un poco más tarde al día siguiente, con destino a Zúrich; el trayecto a Viena duraría alrededor de una hora y el de Boston a Zúrich —al igual que el nuestro a Fráncfort— llevaría aproximadamente siete horas. Pero mamá y Egg —y *Patético* — no llegaron a Zúrich. Menos de seis horas después de despegar de Boston se estrellaron en el océano Atlántico, más allá de la costa de la parte del continente llamada Francia. En mi imaginación, tiempo después (y con absoluta falta de lógica), encontré cierto consuelo al saber que no habían caído en la oscuridad y pensando que en *sus* mentes podría haberse asentado alguna esperanza al ver tierra sólida a lo lejos (aunque no tocaron tierra). No es probable que Egg durmiera, aunque es posible albergar esta esperanza. Conociéndolo, lo más probable es que hubiera estado despierto el día entero, meciendo a *Patético* en sus rodillas. Seguramente Egg ocupaba el asiento de la ventanilla.

Lo que ocurrió, nos comunicaron, fue veloz como un rayo, aunque supongo que hubo tiempo para dejar escapar algún consejo... en algún idioma. Y tiempo para que mamá besara a Egg y le abrazara; tiempo para que Egg preguntara «¿qué?».

Aunque nos habíamos trasladado a la ciudad de Freud, debo decir que se ha exagerado la interpretación de los sueños: el mío sobre la muerte de mamá resultó inexacto, y nunca volví a soñarlo. Sólo forzando la imaginación podemos creer que su muerte se iniciase con el hombre del smoking blanco, pero ella no se fue en un hermoso balandro blanco. Salió como un rayo, desde el cielo hasta el fondo del mar, con su hijo al lado gritando abrazado a *Patético*.

Naturalmente, lo primero que divisaron los aviones de rescate fue a *Patético*. Mientras buscaban los restos hundidos y trataban de descubrir los primeros escombros sobre la superficie de grises aguas matinales, alguien vio nadar a un perro. Un examen más atento convenció a la patrulla de rescate de que el perro sólo era otra víctima.

No había supervivientes, y los miembros de la patrulla de rescate no podían



adivinar que *aquel* perro ya estaba muerto con antelación. Saber qué fue lo que llevó a la patrulla de rescate hasta los cadáveres no resultó ninguna sorpresa para mi familia superviviente. Lo sabíamos con anterioridad por boca de Frank: *Patético* flota.

Fue Franny quien más tarde dijo que debíamos estar atentos a cualquier forma que *Patético* adoptara *después*: tenemos que aprender a reconocer las diferentes poses.

Frank guardó silencio, sopesando las responsabilidades de la resurrección, desde siempre fue una fuente de misterio para él... y ahora de dolor.

Papá tuvo que identificar los cadáveres; nos dejó al cuidado de Freud y viajó en tren.

Después rara vez mencionó a mamá o a Egg; no era de los que miran hacia atrás y su necesidad de atendernos le impidió, sin duda, reflexiones indulgentes y peligrosas. Podía haber llegado a pensar que *aquello* era lo que Freud quería que mamá le perdonara.

Lilly lloraba: siempre supo que con El Acto de Fritz habría sido más fácil vivir.

¿Y yo? Sin Egg y sin mamá —y con *Patético* en una pose desconocida o disfrazado—, comprendí que había llegado a un país extranjero.

## *Patético flota*

Ronda Ray, cuya respiración me sedujo por primera vez a través de un interfono —y cuyas manos cálidas, fuertes y pesadas aún siento (a veces) en sueños—, nunca dejó el primer Hotel New Hampshire. Permaneció fiel a El Acto de Fritz y atendió bien a todos sus miembros. Quizá a medida que envejecía descubrió que servir a los enanos y hacerles las camas era preferible a los servicios que había prestado a adultos más crecidos. Un día, Fritz nos escribió para decirnos que Ronda Ray había muerto «mientras dormía». Después de perder a mamá y a Egg, ninguna muerte me parecía «apropiada», aunque Franny dijo que la de Ronda lo era.

Más apropiada al menos que la desafortunada muerte de Max Urick, que sucumbió en una bañera del tercer piso del Hotel New Hampshire.

Tal vez Max nunca superó su irritación por haber tenido que renunciar a las instalaciones más pequeñas y a su adorado escondite de la cuarta planta, pues lo imagino atormentado por la sensación —si no el sentido real— de que los enanos vivían sobre su cabeza. Siempre pensé que fue probablemente la misma bañera en que Egg intentó esconder a *Patético* la que acabó con Max..., habiendo fallado por poco con Bitty Tuck. Fritz no nos dijo de qué bañera se trataba; sólo nos informó de que estaba en el tercer piso. Max había sufrido un ataque al corazón mientras se bañaba y a resultas de aquello se ahogó. El hecho de que un lobo de mar que tantas veces había vuelto de las profundidades terminara sus días en una bañera constituyó una fuente de angustia para la pobre señora Urick, que consideró inapropiada la retirada de Max.

—Cuatrocientas sesenta y cuatro —seguía diciendo Franny cada vez que mencionábamos a Max.

La señora Urick sigue siendo cocinera de El Acto de Fritz: quizá un testamento a la comida — y a la vida— de lo sencillo pero bueno. Una Navidad, Lilly le envió un bonito pergamino en el que escribió a mano las siguientes palabras de un poeta anónimo, traducidas del anglosajón: «A quienes viven humildemente, los ángeles del cielo les transmiten valor, fuerza y fe».

Amén.

Sin duda, a Fritz, de El Acto de Fritz, le custodiaban ángeles similares. Se retiró a Dairy, convirtiendo el Hotel New Hampshire en su hogar permanente (cuando dejó de ir por los caminos y de hacer el circuito invernal con los enanos más jóvenes). Lilly se entristecía siempre que pensaba en él, porque, si bien había sido el tamaño de Fritz lo que primero la impresionó, era la visión de su propia permanencia en el Hotel New Hampshire (en lugar de ir a Viena) lo que imaginaba cada vez que pensaba en él; y a continuación imaginaba lo distintas que habrían sido nuestras vidas si no hubiésemos perdido a mamá y a Egg. Ningún «ángel del cielo» había estado cerca para salvarlos.

Aunque, por supuesto, no teníamos esta visión del mundo cuando vimos Viena por primera vez. «La Viena de *Freud*», decía Frank, y todos sabíamos a qué Freud se

refería.

A todo lo largo de Viena (en 1957) había claros entre los edificios, había edificios estropeados y aireados, edificios que permanecían como las bombas los habían dejado. En algunos terrenos llenos de cascotes —en general patios de juego abandonados por los niños—, uno tenía la sensación de que había bombas sin estallar enterradas entre los escombros rastrillados y ordenados. Entre el aeropuerto y los barrios periféricos pasamos junto a un tanque ruso firmemente asentado en cemento, como una especie de monumento conmemorativo. De la escotilla superior brotaban flores, su largo cañón estaba envuelto en banderas, la estrella roja se había desteñido y aparecía salpicada de manchas de pájaros. Se encontraba permanentemente aparcado delante de lo que nos pareció una oficina de correos, aunque nuestro taxi iba demasiado aprisa como para que pudiésemos estar seguros.

*Patético* flota, pero llegamos a Viena antes de las malas noticias y nos inclinamos por un prudente optimismo. Los daños causados por la guerra disminuían a medida que nos acercábamos a los distritos interiores; a veces, hasta brillaba el sol a través de los complicados edificios, y vimos asomarse sobre nosotros, desde un tejado, una hilera de cupidos de piedra con sus barriguitas marcadas por descargas de ametralladora. Había más gente en las calles, aunque los barrios de la periferia recordaban una de esas viejas fotografías sepia tomadas a una hora del día en que aún no se habían levantado todos... o en que todos habían muerto ya.

—Es tétrica —aventuró Lilly, que de tanto miedo por fin había dejado de llorar.

—Es *vieja* —dijo Franny.

—*Wo ist die Gemütlichkeit?* —canturreó Frank alegremente mirando a su alrededor para ver si la encontraba.

—Creo que a vuestra madre le gustará esto —dijo papá, con su optimismo habitual.

—A Egg no le gustará —afirmó Franny.

—Egg no podrá oírla —dijo Frank.

—Mamá también la odiará —opinó Lilly.

—Cuatrocientas sesenta y cuatro —murmuró Franny.

El taxista dijo algo ininteligible. Hasta papá se dio cuenta de que no podía ser alemán. Frank se esforzó por hablar con él y descubrió que era húngaro, de la reciente revolución. Registramos el espejo retrovisor y los ojos opacos de nuestro conductor buscando señales de heridas perdurables..., imaginándolas, ya que no las veíamos. Luego apareció un parque a nuestra derecha y un edificio hermoso como un palacio (*era* un palacio) y por una de las puertas del parque salió una mujer gorda, de aspecto alegre, con uniforme de enfermera (indudablemente una niñera), que empujaba un cochecito de bebé doble (¡alguien había tenido mellizos!), mientras Frank leía una estúpida estadística en un folleto turístico.

—Viena, una ciudad de menos de un millón y medio de habitantes —leyó en voz alta—, aún tiene más de trescientas cafeterías.

Miramos las calles a través de las ventanillas del taxi, esperando verlas manchadas de café. Franny bajó su ventanilla y olfateó: se percibía la ranciedad de los motores diésel de Europa, pero no el aroma a café. No nos llevaría mucho tiempo descubrir para qué eran las cafeterías: para sentarse largo rato, para hacer los deberes, para hablar con las prostitutas, para jugar a los dardos y al billar, para beber algo más que café, para hacer planes —de fuga— y por supuesto para el insomnio y los sueños. Pero entonces nos deslumbró la fuente de la Schwarzenbergplatz, cruzamos la Ringstrasse rebosante de tranvías, y nuestro conductor empezó a tararear entre dientes «Krugerstrasse, Krugerstrasse», como si mediante la repetición la callejuela pudiese saltar ante nosotros (y saltó); en el mismo estilo, a continuación entonó: «Gasthaus Freud, Gasthaus Freud».

La Gasthaus Freud *no* saltó ante nosotros. Nuestro taxista avanzaba lentamente, y Frank corrió al Kaffee Mowatt a pedir información; nos señalaron un edificio que habíamos pasado por alto. Ya no estaba la confitería (aunque en el interior se veían los carteles de la desaparecida Konditorei —BONBONS y otros). Papá supuso que eso significaba que Freud —preparándose para nuestra llegada— había comenzado los planes de expansión comprando la confitería. Pero en un examen más atento nos dimos cuenta de que un incendio había destruido la Konditorei y seguramente había amenazado a los ocupantes de la vecina Gasthaus Freud. Entramos en el pequeño hotel oscuro pasando junto al nuevo cartel de la ahora vacía confitería; según la traducción de Frank, el cartel decía: NO PISAR EL AZÚCAR.

—¿No pisar el *azúcar*, Frank? —preguntó Franny.

—Eso es lo que dice —insistió Frank.

Por cierto, al entrar cautamente en el vestíbulo de la Gasthaus Freud, sentimos cierta pegajosidad en el suelo (sin duda producida por los pies que ya habían pisado el azúcar: el repelente glaseado del azúcar derretido al fuego). Luego nos asaltó el fantasmal aroma del chocolate quemado. Lilly, tambaleándose con sus pequeñas maletas, fue la primera en entrar en el vestíbulo y pegó un grito.

Esperábamos la presencia de Freud, pero habíamos olvidado a su oso. Lilly no contaba con verlo en el vestíbulo... suelto. Y ninguno de nosotros esperaba verlo en el diván, junto al mostrador de la recepción, con sus cortas piernas cruzadas y los talones apoyados en una silla; parecía estar leyendo una revista (aparentemente un «oso inteligente», tal como sostenía Freud), pero el grito de Lilly hizo saltar las páginas de sus garras y de inmediato se compuso de manera osuna. Se levantó del diván y fue contoneándose hasta el mostrador de la recepción sin mirarnos; vimos que era un oso pequeño; rechoncho pero bajo; no más largo ni más alto que un perro labrador (pensamos todos), aunque considerablemente más denso, de cintura más gruesa, trasero mayor y brazos más rollizos. Se irguió sobre sus patas traseras y dio un golpe terrible sobre el mostrador, tocando tan violentamente la campanilla que el débil *tilín* quedó ahogado por el ruido de su zarpazo.

—¡Santo cielo! —exclamó papá.

—¿Eres tú? —gritó alguien—. ¿Es Win Berry?

El oso, impaciente porque Freud no aparecía, cogió la campanilla del mostrador y la arrojó al otro lado del vestíbulo; la campanilla golpeó una puerta con gran fuerza... produciendo el sonido de un martillazo contra un tubo de órgano.

—¡Ya te he oído! —gritó Freud—. ¡Santo cielo! ¿Eres tú?

Salió de la habitación con los brazos abiertos: para nosotros una figura tan extraña como cualquier oso. Por primera vez comprendimos que papá había *aprendido* su «¡Santo cielo!» de Freud, y quizás el contraste que producía esta información con el cuerpo de Freud fue lo que nos sorprendió; su cuerpo no tenía ningún parecido con la forma y los movimientos atléticos del de mi padre. Si Fritz hubiese permitido votar a sus enanos, Freud habría sido aceptado en el circo: era apenas más corpulento que ellos. Su cuerpo parecía afectado por algo semejante a una historia condensada de su pasada potencia; ahora era simplemente sólido y compacto. El pelo negro del que nos habían hablado era blanco y largo, con aquel revoloteo de las barbas de maíz. Llevaba un bastón semejante a un palo, a un bate de béisbol, y más tarde nos dimos cuenta de que *era* un bate de béisbol. El extraño mechón de pelo que le crecía en la mejilla seguía siendo del tamaño de una moneda, aunque ahora su color era gris como el de las aceras: el color anodino y descuidado de una calle de ciudad. Pero lo más destacado (en lo que se refiere al envejecimiento de Freud) era que estaba ciego.

—¿Eres tú? —gritó Freud en el vestíbulo, no de frente a papá, sino al antiguo poste de hierro en el que se iniciaba la barandilla de la escalera.

—Aquí —dijo mi padre en voz baja.

Freud abrió los brazos y avanzó a tientas hacia la voz de papá.

—¡Win Berry! —exclamó Freud.

El oso corrió a su lado, le cogió del codo con su áspera pata y lo orientó en dirección a mi padre. Cada vez que Freud disminuía el paso por temor a tropezar con sillas que estuviesen fuera de su lugar o a pisar algún pie, el oso le daba topetazos en la espalda con la cabeza. No sólo es un oso inteligente, pensamos los chicos: es un oso lazarillo. Ahora Freud tenía un oso que veía por él. Incuestionablemente, era el tipo de oso que podía cambiar su vida.

Observamos cómo el gnomo ciego abrazaba a mi padre; observamos la torpe danza de los dos en el desastrado vestíbulo de la Gasthaus Freud. Cuando sus voces se acallaron, oímos las máquinas de escribir que funcionaban en el tercer piso: los radicales componían su música, los izquierdistas redactaban sus versiones del mundo. Hasta las máquinas de escribir parecían seguras de sí mismas, de punta con todas las demás versiones erróneas del mundo, pero seguras de tener razón, creyendo a pies juntillas cada palabra, cada palabra que tamborileaba como dedos impacientes que marcaran el ritmo sobre la mesa entre un discurso y otro.

¿Acaso aquello no era mejor que llegar por la noche? Tal vez el vestíbulo habría parecido mejor atendido bajo el suave resplandor de una iluminación inadecuada y la indulgencia de la oscuridad. ¿Pero no era mejor (para nosotros, los chicos) oír las

máquinas de escribir y ver al oso, mejor que oír (o imaginar) las embestidas de las camas, el tráfico de las prostitutas subiendo y bajando las escaleras, los saludos y adioses culpables (toda la noche) en el vestíbulo?

El oso empezó a husmearnos. Lilly se mostró precavida (el oso era más corpulento que ella), yo tímido, y Frank intentó ser amistoso —en alemán—, pero el oso sólo tenía ojos para Franny. Apretó su ancha cabeza contra la cintura de mi hermana y le hundió el morro en la ingle. Franny saltó y rió. Freud dijo:

—¡*Susie!* ¿Te estás portando bien? No seas grosera.

El oso se volvió hacia él y corrió en su dirección sobre las cuatro patas; le dio un topetazo en el estómago que le hizo caer al suelo. Mi padre estuvo a punto de intervenir, pero Freud se levantó apoyándose en el bate de béisbol. No era fácil saber si reía entre dientes.

—¡Oh, *Susie!* —dijo en dirección equivocada—. *Susie* se está pavoneando. No le gustan las críticas y no simpatiza tanto con los hombres como con las *chicas*. ¿Dónde están las chicas? — preguntó el anciano, con las manos extendidas en dos direcciones.

Franny y Lilly se acercaron a él. *Susie* siguió a Franny, codeándola afectuosamente desde atrás. Frank, repentinamente obsesionado por hacerse amigo del oso, tiró de la gruesa pelambre tartamudeando.

—Tú debes de ser *Susie*, el oso. Hemos oído hablar mucho de ti. Yo soy Frank, *Sprechen Sie Deutsch?*

—No, no —intervino Freud—, no habla alemán. No le gusta. Habla *vuestro* idioma — concluyó aproximadamente en dirección a Frank.

Mi hermano se inclinó torpemente sobre el oso y volvió a tirarle del pelo.

—¿Sabes dar la mano, *Susie?* —le preguntó, agachado, pero el oso volvió la cara y se irguió.

—No estás siendo grosera, ¿verdad? —gritó Freud—. Tienes que ser amable, *Susie*. No seas grosera.

Levantado, el oso no era más alto que ninguno de nosotros... con excepción de Lilly y Freud. Acercó el morro al mentón de Frank. Permanecieron un momento cara a cara. El oso equilibraba su peso sobre las patas traseras, arrastrando los pies como un boxeador.

—Yo soy Frank —repitió mi hermano, nervioso, con la mano extendida; luego intentó coger con ambas manos la pata derecha del oso, para estrechársela.

—¡Métete las manos donde te quepan, chico! —dijo el oso a Frank, mientras rechazaba sus brazos con un golpe rápido y corto.

Frank retrocedió, tropezando con la campanilla de la recepción, que emitió un nuevo *tilín*.

—¿Cómo ha logrado eso? —preguntó Franny dirigiéndose a Freud—. ¿Cómo consiguió hacerle hablar?

—Nadie me hace hablar, encanto —dijo *Susie*, el oso, acariciando la cadera de mi

hermana.

Lilly volvió a chillar.

¡Él oso habla, el oso habla! —gritó.

¡Es un oso *inteligente*! —gritó Freud—. ¿No os lo había dicho?

—¡El oso habla! —chilló Lilly, histérica.

—Al menos no grito —respondió *Susie*, el oso.

Entonces abandonó cualquier parecido con modales osunos; erguido sobre sus patas y enojado, volvió al diván del que le había echado el primer grito de Lilly. Se sentó, cruzó las piernas y apoyó los pies en la silla. Lo que estaba leyendo —y que ahora volvió a coger— era un ejemplar atrasado de la revista *Time*.

—*Susie* es de Michigan —dijo Freud, como si eso lo explicara todo—. Pero fue a la facultad de Nueva York. Es muy inteligente.

—Fui a la Sarah Lawrence —dijo el oso—, pero lo dejé. ¡Qué sarta de carcamales elitistas! —dijo mientras pasaba impaciente las páginas de la revista.

—¡Es una *chica*! —dijo papá— ¡Es una chica en traje de oso!

—Una *mujer* —puntualizó *Susie*—. Cuidado.

Corría 1957: *Susie* era una osa adelantada para su época.

—Una mujer en traje de oso... —musitó Frank.

Lilly se deslizó a mi lado y me abrazó una pierna.

—No existen los osos inteligentes —dijo Freud en tono inquietante—. Excepto los de esta especie.

Las máquinas de escribir protestaban por encima de nuestro perplejo silencio. Observamos a *Susie*: un oso inteligente, qué duda cabe... y además lazarillo. Al saber que no era un oso real nos pareció mayor y adquirió nueva fuerza para nosotros. Era algo más que los ojos de Freud, pensamos: también podría ser su corazón y su mente.

Papá recorrió el vestíbulo con la mirada, con su anciano mentor ciego apoyado en él. Me pregunté qué vería papá *esta vez*. ¿Qué castillo, qué palacio, qué promesas de grandes lujos se agigantaban ante él, mientras mi mirada recorría el desvencijado diván donde estaba sentada la osa, y contemplaba los impresionistas de imitación: los rosados y bovinos desnudos cayendo en flores de luz sobre el estridente empapelado floral de las paredes? Y la poltrona con su relleno a punto de reventar (como las bombas que imaginamos bajo los escombros de los arrabales) y la única lámpara para leer, demasiado tenue para soñar despierto.

—Es una pena lo de la confitería —dijo papá a Freud.

—¿Una pena? —gritó Freud—. *Nein, nein, nicht* de pena. Es algo *bueno*. Ahora ha desaparecido y no tenían seguro. Podemos comprar el local... muy barato. Nos regalaremos un vestíbulo que la gente *notará* desde la calle —gritó, aunque, por supuesto, sus ojos no notaban ni podían notar nada—. Un incendio muy afortunado —continuó—, un fuego muy oportuno para vuestra llegada —le apretó un abrazo a mi padre—. ¡Un incendio brillante!

—Un incendio digno de un oso inteligente —dijo *Susie* mientras seguía hojeando

cínicamente el número atrasado de *Time*.

—¿Lo provocaste tú? —preguntó Franny a Susie.

—Puedes apostar tu hermoso trasero a que sí, encanto —dijo Susie.

Había una vez una mujer a la que también habían violado; pero cuando le conté la historia de Franny y lo que opinaba de la forma en que ésta la había enfocado —no enfocándola, quizá, o negando la peor parte—, la mujer me dijo que Franny y yo estábamos equivocados.

—¿Equivocados? —me asombré.

—Puedes apostar tu trasero —me dijo aquella mujer—. Franny fue violada, no le dieron una paliza. Y esos hijos de puta *tocaron* su «yo interior», como dice el imbécil de tu amigo negro. ¿Qué sabe él? ¿Se cree experto en violaciones porque tiene una hermana? *Tu* hermana se robó a sí misma la única arma que tenía contra esos cabrones: su semen. Y nadie le impidió que se lavara, nadie hizo que se *enfrentara* con ello y lo resolviera..., de modo que se pasará la vida resolviéndolo. De hecho, sacrificó su propia integridad, en primer lugar al no luchar contra sus atacantes. En cuanto a ti —me dijo aquella mujer—, tú difundiste convenientemente la violación de tu hermana y le robaste su integridad, me refiero a la integridad de la violación, corriendo a buscar al héroe en lugar de quedarte en el lugar de la escena y *afrentarla*.

—¿Una violación posee integridad? —preguntó Frank.

—Yo fui a buscar ayuda —dije—. Si me hubiera quedado, me habrían hecho papilla, y de cualquier manera la hubieran violado.

—Tengo que hablar con tu hermana, encanto —me dijo aquella mujer—. Está metida en su psicología de aficionada y la cosa no funciona, créeme: yo sé lo que es la violación.

—¡Jo! —dijo Iowa Bob una vez—. *Toda* psicología es de aficionados. ¡A la mierda con Freud!

—Con *ese* Freud —había agregado mi padre.

Más tarde, yo pensaría: tal vez también con *nuestro* Freud.

Sea como fuere, aquella mujer experta en violaciones afirmó que la reacción de Franny ante su violación era una tontería. Sabiendo que Franny todavía le escribía a Chipper Dove, me pregunté si no tendría razón. La experta en violaciones dijo que la violación no era así, sencillamente, que no tenía ese efecto. Ella lo sabía, dijo. Le había ocurrido. Y en la facultad se había asociado a una especie de club de mujeres que habían sido violadas y todas habían coincidido *exactamente* en qué era eso y cuáles eran las respuestas *exactamente* correctas. Aun antes de que empezara a hablar con Franny, comprendí lo importante que era para aquella mujer su desdicha personal y cómo —en su mente— la única reacción posible ante la violación era *la suya*. Para ella, que alguien respondiese de manera diferente a un hecho similar sólo significaba que el ultraje no había sido el mismo.



—La gente es así —habría dicho Iowa Bob—. Las personas necesitan generalizar sus peores experiencias. Eso les proporciona una especie de punto de sustento.

—¿Y quién puede culparlas? Es exasperante discutir con ellas. A causa de una experiencia que les ha negado su humanidad, van por el mundo negando otro tipo de humanidad en los demás, que es la verdad de la diversidad humana... junto a nuestra identidad. Es demasiado para ellas.

—Probablemente ha llevado una vida muy desdichada —habría dicho Iowa Bob.

Y así era: aquella mujer había llevado una vida muy desdichada. Aquella mujer experta en violaciones era Susie, el oso.

—¿Qué es esa tontería de «un pequeño acontecimiento entre muchos»? —preguntó Susie, el oso, a Franny—. ¿Qué es esa tontería de «el día más feliz de mi vida»? Esos gamberros no sólo querían *joderte*, encanto, sino quitarte tu fortaleza. Y tú se lo permitiste. Una mujer que acepta que la violen con tanta *facilidad*... ¿Cómo puedes *decir* que de alguna manera sabías que Chip Dove sería «el primero»? ¡Tesoro! Has *minimizado* la *enormidad* de lo que te ha ocurrido... sólo para que te resultara más fácil aceptarlo.

—¿De quién es esta violación? —le dijo Franny a Susie—. Tú tienes la tuya y yo la mía. Si yo digo que nadie me tocó el yo que hay en mi interior, nadie me lo tocó. ¿O crees tú que siempre llegan a él?

—Puedes apostar tu precioso trasero, encanto. El violador usa su polla como un arma. Nadie puede usar un arma sobre ti sin alcanzarte. Por ejemplo, ¿cómo va actualmente tu vida sexual?

—Sólo tiene dieciséis años —dijo—. Se supone que una chica de dieciséis años no lleva una vida sexual muy activa.

—Yo no me confundo —dijo Franny—. Una cosa es el sexo y otra la violación. El día y la noche.

—¿Entonces cómo sigues diciendo que Chipper Dove fue «el primero», Franny? —le pregunté sin ceremonias.

—Puedes apostar el trasero..., ésa es la cuestión —dijo Susie el oso.

—Oídmeme —nos dijo Franny a todos... mientras Frank hacía, incómodo, un solitario fingiendo no escuchar, mientras Lilly seguía nuestra conversación como si fuese un partido de tenis de campeonato que exigía que se rindiera homenaje a cada golpe—. Oídmeme, la cuestión es que yo soy dueña de mi violación. Es mía. Me pertenece. La afrontaré a mi manera.

—Pero no la estás afrontando —dijo Susie—. Nunca te pusiste lo bastante furiosa. Tienes que indignarte. Tienes que ponerte furiosa con lo ocurrido.

—Tienes que obsesionarte y seguir obsesionada —Frank puso los ojos en blanco para citar a Iowa Bob.

—Yo soy seria —anunció Susie el oso.

Era demasiado seria... pero más simpática de lo que parecía al principio. Tiempo después llegaría a comprender la violación. Andando el tiempo dirigiría un admirable

centro para crisis por violaciones, y dentro de la literatura que escribió para asesorar en casos de violación, en la primera línea del primer consejo escribió que lo más importante es la cuestión de dilucidar «a quién pertenece la violación». Finalmente comprendería que, aunque la ira era esencialmente saludable para ella, podía no ser lo más saludable para Franny en aquel momento. «Permite que la Víctima se Ventile», escribió sabiamente en su boletín de asesoramiento. También dijo «Mantén tus Problemas Personales Apartados de los Problemas de la Víctima». Más tarde, Susie el oso se convertiría en una experta en violaciones, autora de la famosa frase: «Cuidado: lo importante de una violación puede no ser lo más importante para ti; debes considerar que puede haber más de una interpretación». A todos sus asesores sobre violación les impartía el siguiente consejo: «Es fundamental comprender que la forma en que las Víctimas responden y se adaptan a esa crisis no es única. Cualquier Víctima puede presentar todos, ninguno o cualquier combinación de los síntomas habituales: culpa, negación, furia, confusión, miedo o algo completamente distinto. Y pueden presentarse problemas en el plazo de una semana, un año, diez años o nunca».

Muy cierto; a Iowa Bob le habría gustado aquel oso tanto como *Grrr*. Sin embargo los primeros días que pasó con nosotros, Susie era un oso con respecto a la cuestión de la violación... y a muchas otras cuestiones.

Nos vimos forzados a una intimidad que era antinatural, porque de pronto necesitamos recurrir a ella como lo habríamos hecho con una madre (en ausencia de la nuestra); después recurriríamos a Susie para otras cosas. Casi de inmediato, aquel oso inteligente (aunque duro) demostró tener más visión que el ciego Freud, y desde el primer día y la primera noche en nuestro nuevo hotel apelamos a Susie el oso para *cualquier* información.

—¿Quiénes son los de las máquinas de escribir? —le pregunté.

—¿Cuánto cobran las prostitutas? —le preguntó Lilly.

—¿Dónde puedo comprar un buen mapa? —le consultó Frank—. Prefiero uno que indique excursiones a pie.

—¿Excursiones a pie, Frank? —se asombró Franny.

—Muéstrales a los chicos sus habitaciones, Susie —dijo Freud a su inteligente oso.

No sé por qué fuimos primero a la habitación de Egg, que era la peor: una habitación con dos puertas y sin ventanas, un cubo con una puerta que daba a la de Lilly (que sólo era mejor que la de él porque tenía una ventana) y otra de entrada al vestíbulo de la planta baja.

—A Egg no le gustará —afirmó Lilly.

De hecho, Lilly estaba prediciendo que a Egg no le gustaría nada de todo aquello. Sospecho que tenía razón; siempre que pienso ahora en Egg experimento la tendencia a verle en su habitación de la Gasthaus Freud, que él nunca vio. Egg en una caja sin aire y sin ventanas, un diminuto espacio-trampa en el corazón de un hotel extranjero: una habitación no apta para huéspedes.

La tiranía típica de las familias: al hijo menor siempre le adjudican la peor habitación. Egg no habría sido feliz en la Gasthaus Freud, y ahora me pregunto si alguno de nosotros habría podido llegar a serlo. No tuvimos un principio prometedor, por supuesto. Sólo transcurrió un día y una noche antes que la noticia sobre mamá y Egg cayera sobre nosotros, antes que Susie se convirtiera también en nuestro lazarillo, y que papá y Freud iniciaran su dúo en la dirección de un gran hotel, un hotel próspero, por lo menos; si no un gran hotel, al menos un buen hotel.

Freud y papá empezaron a hacer planes el mismo día de la llegada. Papá opinó que había que trasladar a las prostitutas al quinto piso y el Simposio sobre Relaciones Este-Oeste al cuarto, dejando así libres las plantas dos y tres para huéspedes.

—¿Por qué razón tendrían que subir cuatro o cinco pisos los que pagan? —preguntó papá a Freud.

—Las prostitutas también son rentables —le recordó Freud a mi padre. No necesitó agregar que éstas hacían varios viajes todas las noches—. Y algunos de sus clientes son demasiado viejos para subir esas escaleras —concluyó Freud.

—Si son demasiado viejos para subir las escaleras —declaró Susie el oso—, también lo son para hacer cochinas. Es mejor que alguno la palme en la escalera y no en la cama... encima de alguna de las más menudas.

— ¡Santo cielo! —exclamó papá—. Entonces tal vez convenga que demos a las prostitutas el segundo piso y que los radicales pasen al último.

—Los intelectuales son famosos por no estar en forma.

—No todos estos radicales son intelectuales —volvió a intervenir Susie—. Y acabaremos por tener un ascensor. Yo me inclino por dejar a las prostitutas cerca de la planta baja y hacer que los pensadores suban la escalera.

—Sí, pongamos a los huéspedes en medio —propuso papá.

—¿Qué huéspedes? —preguntó Franny.

Ella y Frank habían examinado los registros: la Gasthaus Freud no tenía huéspedes.

—Es por el incendio de la confitería —afirmó Freud—. Ahuyentó a los huéspedes. ¡En cuanto adcentemos el vestíbulo, caerán como moscas!

—Y la jodienda los mantendrá despiertos toda la noche y las máquinas de escribir los despertarán por la mañana —pronosticó Susie el oso.

—Una especie de hotel bohemio —dijo Frank con cierto optimismo.

—¿Qué sabes tú de bohemios, Frank? —inquirió Franny.

En la habitación de Frank había un maniquí de modista, ex propiedad de una prostituta que en otros tiempos alquilaba una habitación permanente en el hotel. El maniquí era fortachón y encima habían acomodado la cabeza de un maniquí de escaparate, que según Freud había sido robada en una de las grandes tiendas de la Kärntnerstrasse. Una cara bonita aunque desportillada, con la peluca torcida.

—Perfecto para tus cambios de vestimenta, Frank —dijo Franny.

Frank colgó su abrigo en el maniquí, malhumorado.

—Muy graciosa —dijo.

La habitación de Franny era contigua a la mía. Compartíamos un cuarto de baño en el que había una antigua bañera lo bastante honda como para cocinar un buey. El retrete estaba pasillo abajo, inmediatamente después del vestíbulo. Sólo la habitación de papá tenía cuarto de baño y retrete privado. Según parecía, Susie compartiría el cuarto de baño con Franny y conmigo, aunque sólo podía entrar en él a través de una de nuestras habitaciones.

—No os preocupéis —nos dijo Susie—. No es mucho lo que me lavo.

Era fácil adivinarlo. Su olor no era exactamente el de un oso, pero sí acre, salado, penetrante e intenso; cuando se quitó la cabeza y vimos por primera vez su pelo oscuro y húmedo —su rostro pálido y marcado de viruelas, sus ojeras—, nos sentimos más cómodos con su apariencia de oso.

—Lo que veis son los estragos del acné... mi desdicha de la adolescencia. Soy el modelo original de la chica que no-está-mal-si-le-pones-una-bolsa-en-la-cabeza.

—No te atormentes por eso —dijo Frank—. Yo soy homosexual y tampoco lo paso bien como adolescente.

—Pero al menos tú eres atractivo —dijo Susie el oso—. Toda tu familia es *atractiva* —nos dirigió una mirada humilde—. Quizás a ti te discriminen, pero permíteme decirte que no hay peor discriminación que la de la fealdad. Yo fui una niña fea y cada día que pasa lo soy más.

No podíamos quitarle la vista de encima, con su traje de oso sin la cabeza; nos preguntamos si su cuerpo sería tan fornido como el de un oso. Cuando más adelante la vimos sudando en camiseta y pantalones de gimnasia, haciendo flexiones y doblando las rodillas contra la pared del despacho de Freud —precalentándose para cumplir su función cuando se fueran los radicales y llegaran las prostitutas—, comprobamos que era físicamente adecuada para esa forma específica de imitación animal.

—Bastante robusta, ¿no? —me preguntó.

Demasiados plátanos, habría dicho Iowa Bob, y poca calle.

Pero, para ser justos, debemos recordar que era difícil para Susie ir a cualquier sitio sin vestirse de oso y representar ese papel. El ejercicio es difícil cuando se va por el mundo vestido de oso.

—Si me quitara la cobertura, tendríamos problemas —dijo.

Freud no podría mantener el orden sin ella. Susie era quien se imponía. Cuando los alborotadores de la derecha molestaban a los radicales, cuando se oían violentos gritos en el pasillo y en la escalera, cuando algún fascista de la nueva ola chillaba «Nada es libre», cuando una turba poco numerosa protestaba en el vestíbulo portando un estandarte en el que se leía que el Simposio sobre Relaciones Este-Oeste debía trasladarse... más al Este, en esos momentos Freud la necesitaba, afirmó Susie.

—¡Fuera, estáis poniendo nervioso al oso! —gritaba Freud.

A veces era necesario un gruñido y una arremetida.

—En realidad no soy tan fuerte, pero nadie intenta luchar con un oso —explicó Susie—. Me basta con tocar a alguien para que se haga un ovillo y empiece a gemir. Me basta con *respirar* cerca de los cabrones y empujarlos un poco. Nadie reacciona si eres un oso.

Debido al agradecimiento de los radicales por esta protección osuna, no hubo ningún problema al pedirles que se mudaran arriba. Mi padre y Freud se lo explicaron a media tarde. Papá me ofreció como transportista de las máquinas de escribir, y enseguida empecé a subirlas a las habitaciones vacías de la quinta planta. Había media docena de máquinas de escribir y un mimeógrafo, los artículos de oficina corrientes y un evidente exceso de teléfonos. Me cansé un poco al llegar al tercer o cuarto escritorio, pero no había practicado mi levantamiento de pesas habitual —mientras viajamos—, de modo que aprecié el retorno al ejercicio. Pregunté a algunos radicales jóvenes si sabían dónde podía conseguir un equipo de barras para halterofilia, pero se mostraron suspicaces porque éramos americanos y no comprendían el inglés, o quizá prefiriesen hablar su idioma. Hubo una breve protesta por parte de un radical más viejo, que pareció sostener una enérgica disputa con Freud, pero Susie empezó a gañir y a menear la cabeza alrededor de los tobillos del anciano —como si tratara de sonarse la nariz en la vuelta de sus pantalones—, con lo que logró calmarle y hacerle subir la escalera, aunque sabía que Susie no era un oso de verdad.

—¿Qué escriben? —le preguntó Franny a Susie—. ¿Un boletín, propaganda?

—¿Por qué tienen tantos teléfonos? —pregunté yo, porque no los habíamos oído sonar una sola vez en todo el día.

—Hacen muchas llamadas —respondió Susie—. Sospecho que llamadas amenazadoras. Y no leo sus boletines. No me adhiero a su política.

—¿Cuál es su política? —inquirió Frank.

—Cambiarlo todo. Empezar de nuevo. Quieren hacer borrón y cuenta nueva.

—Yo también. Me parece una buena idea —dijo Frank.

—Tienen miedo —acotó Lilly—. Te miran y no te ven aunque te miren a los ojos.

—Bueno, tú eres bastante baja —dijo Susie el oso—. No te quepa la menor duda de que a *mí me* miran mucho.

—Y uno de ellos mira mucho a Franny —aseguré.

—No me refiero a eso —dijo Lilly—. Quiero decir que no *ven gente* cuando te miran.

—Eso se debe a que piensan qué podría hacerse para que todo fuese diferente —dijo Frank.

—¿También la gente, Frank? —preguntó Franny—. ¿Piensan que *la gente* podría ser diferente? ¿Lo piensas *tú*?

—Sí —concluyó Susie—. Todos podríamos estar muertos.

El dolor hace que todo se torne íntimo; en nuestro dolor por mamá y por Egg, llegamos a conocer a los radicales y a las prostitutas como si toda la vida hubiésemos convivido con ellos. Éramos los niños desconsolados y huérfanos de madre (para las prostitutas), habían matado a nuestro precioso hermano (para los radicales). Así, para compensar nuestra tristeza —añadida a la tristeza sobrevenida de las condiciones reinantes en la Gasthaus Freud—, los radicales y las putas nos trataron muy bien. Y a pesar de sus diferencias, eran más semejantes entre sí de lo que ellos mismos suponían.

Unos y otros creían en las posibilidades comerciales de un sencillo ideal: que algún día podrían ser «libres». Unos y otras consideraban que sus cuerpos eran objetos que podían sacrificarse por una causa (y fáciles de recuperar o reemplazar después del sacrificio). Hasta sus nombres eran similares... aunque por diferentes razones. Sólo utilizaban nombres en código o apodos, y si empleaban sus nombres reales jamás usaban el apellido.

De hecho, dos usaban el mismo nombre, aunque no se producían confusiones porque el radical y la prostituta nunca estaban en la Gasthaus Freud al mismo tiempo. El nombre era Old Billig... y *billig* significa «barato» en alemán. A la prostituta más vieja la llamaban así porque sus precios resultaban inferiores a los acordados en el distrito de la ciudad en el que trabajaba; las prostitutas de la Krugerstrasse —aunque la calle estaba en el Primer Distrito— eran una especie de subdistrito de las prostitutas de la Kärntnerstrasse (la calle que estaba a la vuelta de la esquina). Si salías de la Kärntnerstrasse para entrar en nuestra callejuela, era lo mismo que si descendieras (por comparación) a un mundo sin luz; una calle más allá de la Kärntnerstrasse perdías el brillo del Hotel Sacher, el gran resplandor de la Ópera y advertías que las prostitutas se ponían más sombra de párpados, doblaban levemente las rodillas o mostraban sus tobillos hundidos (de tanto estar de pie), o parecían tener la cintura más gruesa... como el maniquí de modista de la habitación de Frank. Old Billig era la capitana de las prostitutas de la Krugerstrasse.

Su tocayo entre los radicales era el anciano caballero que había discutido violentamente con Freud por la cuestión del traslado al quinto piso. *Este* Old Billig había ganado su designación de «barato» por su fama de que llevaba una precaria existencia... y por ser lo que los otros radicales denominaban «un radical del radicalismo». Cuando había bolcheviques, era uno de ellos; cuando cambiaban las designaciones, él también cambiaba. Estaba en la primera fila de todos los movimientos, pero de alguna manera, cuando el movimiento se desbordaba o debía afrontar dificultades insolubles, Old Billig ocupaba la retaguardia y desaparecía discretamente de la vista, a la espera de la siguiente vanguardia. Entre los radicales más jóvenes, los idealistas desconfiaban de Old Billig y al mismo tiempo admiraban su aguante... su supervivencia, lo que no se diferenciaba del punto de vista que con

respecto a Old Billig la prostituta sustentaban sus colegas.

La antigüedad es una institución a la vez reverenciada y abominada dentro y fuera de la sociedad.

Al igual que Old Billig el radical, Old Billig la prostituta fue quien más discutió el cambio de piso propuesto por Freud.

—Pero vosotras vais a bajar, tendréis que subir un piso *menos* —argumentó Freud—: En un hotel sin ascensor, el segundo piso es una ventaja con respecto al tercero.

Entendí el alemán de Freud, pero no la respuesta de Old Billig. Frank me aclaró que las protestas de ella se debían a que, según decía, tendría que mudar demasiados «recuerdos».

—¡Mira a ese chico! —le dijo Freud mientras buscaba a tientas a mi alrededor—. ¡Mira qué músculos! —por supuesto, Freud «miraba» mis músculos palpándolos; por medio de apretones y puñetazos, me empujó en dirección aproximada a la vieja prostituta—. ¡Pálpale! —gritó Freud—. Es capaz de trasladar todos los recuerdos que tengas. ¡Si le damos un día entero, es capaz de hacer la mudanza de todo el hotel!

Frank me tradujo la respuesta de Old Billig.

—No necesito palpar más músculos —dijo Old Billig a Freud, rechazando su oferta—. Hasta cuando duermo palpo músculos. Estoy segura de que es capaz de trasladar mis recuerdos, pero no quiero que se rompa nada.

Por lo tanto, mudé los «recuerdos» de Old Billig con gran cuidado. Una colección de osos de porcelana que rivalizaba con la de mamá (después de la muerte de mi madre, Old Billig me invitó a que visitara su habitación durante el día —en las horas en que no trabajaba y no estaba en la Gasthaus Freud— y pude pasar bastante tiempo a solas con sus osos, que me recordaban la colección de mamá y que perecieron con ella). A Old Billig le gustaban las plantas... plantas que brotaban de tiestos diseñados en forma de animales y aves: flores que saltaban de ranas, helechos que se extendían sobre flamencos, un naranjo que surgía de la cabeza de un caimán. Las demás prostitutas sólo tuvieron que trasladar ropa, cosméticos y medicamentos. Era extraño pensar que sólo tuvieran «salas de noche» en la Gasthaus Freud... todo lo contrario de la «sala de día» de Ronda Ray; me sorprendió que las salas de día y las de noche se utilizaran con propósitos similares.

Conocimos a las prostitutas aquella primera noche en que las ayudamos a mudarse del tercer piso al segundo. Además de Old Billig, en la Krugerstrasse había cuatro prostitutas. Se llamaban Babette, Jolanta, Inge la Morena y Annie la Gritona. Babette se llamaba así porque era la única que hablaba francés; solía conseguir la mayoría de los clientes franceses, pues éstos no eran amigos de hablar otro idioma salvo el suyo. Babette era menuda —y por ende la predilecta de Lilly—; en la sombría luz del vestíbulo de la Gasthaus Freud, a veces (bajo ciertos ángulos) su cara de duendecillo se parecía a la de un desagradable roedor. En años posteriores llegué a pensar que probablemente era anoréxica, sin saberlo... En 1957 ninguno de nosotros sabía qué era la anorexia. Usaba vestidos floreados y muy veraniegos —aunque no

fuese verano— y daba la sensación de ir demasiado empolvada (como si, al tocarla, pudiese salir un soplo de polvo por sus poros); en otras ocasiones, su piel poseía una consistencia cérea (como si al tocarla con un dedo pudiera abollarse). Una vez, Lilly me dijo que la pequeñez de Babette era una parte importante de su propio crecimiento, porque ella la ayudó a comprender que la gente menuda podía tener relaciones sexuales con gente de tamaño mayor sin quedar totalmente destruida. Así le gustaba expresarlo a Lilly: «Sin quedar *totalmente* destruida».

Jolanta se hacía llamar así porque decía que era un nombre polaco y le encantaban los chistes polacos. Su cara era cuadrada y su figura maciza; era tan grande como Frank (y casi tan torpe como él). Emanaba un falso entusiasmo... como si en mitad de un chiste estupendo pudiera agriarse de pronto y sacar una navaja de su bolso de mano o aplastar un vaso de vino contra la cara de alguien. Tenía hombros anchos y pechos generosos, sus piernas eran sólidas aunque no gordas; Jolanta poseía el robusto encanto de una campesina extrañamente corrompida por una especie de solapada violencia urbana; parecía erótica pero peligrosa. En los primeros días que pasé en la Gasthaus Freud, *su* imagen era la que con más frecuencia evocaba cuando me masturbaba... fue con Jolanta con quien tuve los mayores problemas de comunicación, no porque fuese la más basta, sino porque para mí era la más temible.

—¿Cómo puedes reconocer a una prostituta polaca? —me preguntó. No tuve más remedio que pedirle la traducción a Frank—. Porque te paga *a ti* para que la jodas *a ella* —concluyó Jolanta.

La comprendí sin ayuda de Frank.

—¿Has entendido? —me preguntó Frank.

—Sí, Frank.

—Entonces riéte —dijo Frank—. Será mejor que rías.

Miré las manos de Jolanta —tenía las muñecas de un granjero y los nudillos de un boxeador— y reí.

Inge la Morena no era risueña. Había llevado una vida muy desdichada. Más importante aún, todavía no había vivido *mucho*: sólo tenía once años. Era una mulata —hija de madre austriaca y de un soldado americano negro— que había nacido al principio de la ocupación. Su padre se había marchado con las fuerzas de ocupación en 1955, y nada de lo que les contó a Inge o a su madre sobre el trato que recibían los negros en Estados Unidos despertó en ellas el deseo de acompañarle. Entre todas las prostitutas era la que mejor hablaba inglés, y cuando papá partió hacia Francia — para identificar los cadáveres de mamá y de Egg—, fue con Inge la Morena con quien pasamos la mayor parte de nuestras noches insomnes. Era tan alta como yo, aunque sólo tenía la edad de Lilly, y por la forma en que la vestían parecía tener tantos años como Franny. Ágil, bonita y de color moka, trabajaba como señoelo: no era una verdadera prostituta.

No le permitían pasearse por la Krugerstrasse sin la compañía de otra prostituta, a menos que lo hiciese con Susie el oso; si un hombre la deseaba, se le advertía que



sólo podía mirarla... y masturbarse. Inge la Morena no tenía edad suficiente para ser tocada, y a ningún hombre se le permitía estar con ella a solas en una habitación. Si alguno quería estar con ella, Susie el oso les hacía compañía. Era un sistema simple pero funcionaba. Si un hombre daba la impresión de estar a punto de tocar a Inge la Morena, Susie el oso producía los gruñidos y los gestos preparatorios de una embestida. Si el hombre pedía a Inge la Morena que se quitara demasiadas prendas o insistía en que *le mirara* mientras él se masturbaba, Susie el oso se inquietaba.

—Estás poniendo nervioso al oso —advertía Inge la Morena al hombre, que entonces se largaba... o terminaba de masturbarse de prisa, mientras ella miraba hacia otro lado.

Todas las prostitutas sabían que Susie el oso podía llegar a sus habitaciones en cuestión de segundos. Sólo era necesario un grito en señal de peligro —como cualquier animal bien amaestrado—, conocía sus voces de memoria. El gritito nasal de Babette, el violento bramido de Jolanta, los estridentes «recuerdos» de Old Billig. Sin embargo, para nosotros los peores clientes eran los tímidos que se masturbaban con las más púdicas miradas de Inge la Morena.

—Creo que yo no podría sacudírmela con un oso en mi habitación —dijo Frank.

—No creo que tú pudieses sacudírtela con Susie en tu habitación, Frank —afirmó Franny.

Lilly se estremeció y yo también. Estando papá en Francia —con aquellos cuerpos tan importantes para nosotros— hablábamos del tráfico carnal en la Gasthaus Freud con el desapego peculiar de los dolientes.

—Cuando sea mayor, podré cobrar por la cosa de verdad —nos dijo Inge la Morena.

Nos sorprendió que «la cosa de verdad» costara más que hacerse una paja mirando a Inge.

Su madre había pensado apartarla del oficio cuando «fuese mayor». Pensaba retirarla antes que cumpliera la mayoría de edad. La madre de Inge la Morena era la quinta dama de la noche en la Gasthaus Freud... la que llamaban Annie la Gritona. Ganaba más dinero que cualquiera de las otras putas de la Krugerstrasse, porque trabajaba con miras a un futuro respetable (para su hija y para ella misma).

Si querías una flor delicada o practicar un poco de francés, pedías a Babette. Si deseabas experiencia y una ganga, te acercabas a Old Billig. Si te gustaba coquetear con el peligro —si te atraía un toque de violencia—, podías tentar suerte con Jolanta. Si te avergonzabas de ti mismo, podías pagar para robarle una mirada a Inge la Morena. Y si preferías el engaño máximo ibas con Annie la Gritona.

Como decía Susie el oso, «Annie la Gritona logra el mejor orgasmo fingido de toda la profesión».

El orgasmo fingido de Annie la Gritona era capaz de sacar a Lilly de sus peores pesadillas, de hacer que Frank se incorporara en la cama y aullara de terror ante la oscura figura del maniquí que acechaba a los pies de su cama, de arrancarme del

sueño más profundo, despabilado repentinamente en plena erección, o apretándome el cuello para ver dónde estaba el tajo. En mi opinión, Annie la Gritona —por sí misma— era un argumento para que las prostitutas *no ocuparan* el piso inmediatamente superior al nuestro.

Hasta fue capaz de espolear a papá para que olvidara su dolor... recién llegado de Francia.

—Santo cielo —decía, acercándose a besar a cada uno de sus hijos para comprobar si estábamos sanos y salvos.

Sólo Freud podía dormir con sus alaridos.

—Es lógico que Freud no se deje engañar por un orgasmo falso —decía Frank.

Frank se creía muy agudo por esta observación a menudo repetida... porque se refería al *otro* Freud y no a nuestro director ciego, por supuesto.

Annie la Gritona podía engañar a veces incluso a Susie el oso, que en esos casos refunfuñaba:

—¡Ése es *real*!

Peor aún, en ocasiones Susie confundía un orgasmo fingido con un posible grito de socorro.

—¡No es alguien que se corre, Dios mío! —berreaba Susie haciendo que me acordara de Ronda Ray—. ¡Es alguien que *agoniza*!

Iba gruñendo al pasillo del segundo piso, se arrojaba contra la puerta de la habitación de Annie la Gritona, arremetía contra la cama con sus horripilantes aullidos... provocando la huida del compañero de Annie la Gritona, o logrando que se desvaneciera o se marchitara su ardor en ese mismo instante. Entonces Annie la Gritona decía amablemente:

—No, no, Susie, todo anda bien. Es un buen hombre.

Pero ya era demasiado tarde para reanimarle: se había reducido como mínimo a una encogida forma de temor.

—Es el viaje culpable definitivo —solía decir Franny—. Precisamente cuando el tipo está a punto de eyacular, un oso se precipita en la habitación y empieza a manosearle.

—En realidad, encanto —decía Susie a Franny—, creo que algunos eyaculan por eso.

Me pregunté si de verdad habría en la Gasthaus Freud clientes que *sólo* se corrían cuando los atacaba un oso. Pero éramos demasiado jóvenes; nunca sabríamos ciertas cosas sobre aquel lugar. Al igual que los fantasmas de todas nuestras Halloween pasadas, la clientela de la Gasthaus Freud nunca sería del todo real para nosotros. Al menos las prostitutas y sus clientes... y los radicales.

Old Billig (el *radical* Old Billig) era el primero en llegar. Al igual que Iowa Bob, decía que era demasiado viejo para desperdiciar durmiendo la poca vida que le quedaba. Llegaba tan temprano por la mañana que a veces se cruzaba en el camino con la última prostituta que se iba. Inevitablemente se trataba de Annie la Gritona,

que era la que trabajaba más horas... para salvarse a sí misma y a su morena hija.

Susie el oso dormía a primeras horas de la mañana. Se presentaban muy pocos problemas después del amanecer, como si la luz protegiera a la gente, y los radicales nunca empezaban a discutir antes de media mañana. En su mayoría era gente que se acostaba tarde. Durante el día escribían sus manifiestos y hacían sus llamadas telefónicas amenazadoras. Se hostigaban entre sí... «en ausencia de enemigos más tangibles», decía papá. A fin de cuentas, papá era un capitalista. ¿Quién sino podía imaginar siquiera el hotel perfecto? ¿Quién sino un capitalista y un noperturbador del equilibrio *querría* vivir en un hotel, dirigir una no-industria, vender un producto que era sueño —y no trabajo—, un producto que era como mínimo descanso cuando no recreación? Mi padre opinaba que los radicales eran más grotescos que las prostitutas. Me parece que después de la muerte de mi madre papá acostumbraba a confundir soledad con lujuria; hasta es probable que sintiese agradecimiento por «la profesión», como llamaban las prostitutas a su trabajo.

Simpatizaba menos con los cambiadores del mundo, con los idealistas inclinados a alterar lo desagradable de la naturaleza humana. Ahora esto me sorprende, pues creo que papá era, sencillamente, otro tipo de idealista... aunque por supuesto estaba decidido a sobrevivir a lo desagradable más que a cambiarlo. El hecho de que nunca aprendiera el alemán también lo mantuvo aislado de los radicales; en comparación con ellos, las prostitutas hablaban mejor el inglés.

El radical Old Billig sabía una frase en inglés. Le gustaba hacer cosquillas a Lilly, o darle un pirulí, mientras la fastidiaba.

—Yanqui, vete a casa —le decía cariñosamente.

—Es un dulce pedorrero —decía Franny.

Frank trató de enseñarle a Old Billig otra frase en inglés, pues suponía que le gustaría.

—Perro imperialista —repetía Frank, pero Old Billig siempre lo confundía con «cerdo nazi» y todo sonaba muy extraño.

Quien mejor hablaba el inglés entre los radicales usaba el nombre clave de Fehlgeburt. Frank me explicó que *Fehlgeburt* equivalía a la palabra inglesa *miscarriage*.

—¿En cuál de sus acepciones, Frank? ¿Como «error judicial»? —preguntó Franny.

—No, la otra. Como «aborto» —aclaró Frank.

Fräulein Fehlgeburt, como le decían —Miss Aborto, para nosotros—, nunca había estado embarazada, y por lo tanto nunca había abortado; era una estudiante universitaria que llevaba el nombre clave de «Aborto», porque la otra única mujer miembro del Simposio sobre relaciones EsteOeste usaba el nombre de Embarazada. Ella sí lo había estado. Fräulein Schwanger —porque *schwanger* significa «embarazada» en alemán— era una mujer mayor, de la edad de papá, famosa en los círculos radicales vieneses por un embarazo del pasado. Había escrito un libro sobre

el hecho de estar embarazada y otro —una especie de secuela del primero— acerca de haberse practicado un aborto. Al principio de su embarazo llevaba en el pecho un cartel rojo brillante en el que se leía «embarazada» —SCHWANGER— y debajo, en letras del mismo tamaño, la siguiente pregunta: «¿ERES TÚ EL PADRE?». También había redactado una cubierta sensacional para el libro y había donado todos sus derechos de autor a diversas causas radicales. Su posterior aborto —y ese libro— la convirtieron en popular objeto de controversia; aún podía atraer a una multitud cuando pronunciaba un discurso y era una leal donante de los beneficios. Su libro sobre el aborto — publicado en 1955, al término de la ocupación— había hecho que la expulsión de aquel hijo no deseado se convirtiera en símbolo de la liberación de Austria de las fuerzas de ocupación. «El padre», escribió Schwanger en el libro «podía haber sido ruso, francés, británico o norteamericano; al menos para mi cuerpo y para mi forma de pensar, un extranjero no deseado.»

En cierto modo, Schwanger y Susie el oso se parecían; compartían muchas teorías sobre la violación. Pero Schwanger también se hizo amiga de mi padre; resultó ser el mayor consuelo para él después de la pérdida de mi madre, no porque hubiese algo entre ellos (como suele decirse), sino gracias a que la serenidad de su voz —la suave y equilibrada cadencia de su expresión— era la más similar a la de mi madre entre todas las voces de la Gasthaus Freud. Al igual que mi madre, Schwanger era convincente por amabilidad.

—Sólo soy realista —decía con toda inocencia..., aunque sus esperanzas de hacer borrón y cuenta nueva, de dar principio a un nuevo mundo a partir de cero, eran tan fervientes como los sueños de cualquiera de los radicales.

Varias veces al día, Schwanger nos llevaba a los chicos a tomar café con leche con canela y nata batida al Kaffee Europa de la Kärntnerstrasse, o al Kaffee Mozart de la Albertinaplatz Zwei, justo detrás de la Ópera.

—Por si no lo sabéis —diría Frank una y otra vez—, *El tercer hombre* se filmó en el Kaffee Mozart.

A Schwanger no podía importarle menos; lo que la llevaba a alejarse del traqueteo de las máquinas de escribir y del calor del debate era la nata montada, la calma de la cafetería...

—La única institución valiosa de nuestra sociedad... Es una vergüenza que también las cafeterías deban desaparecer —nos dijo a Frank, a Franny, a Lilly y a mí—. ¡Brindemos, queridos míos!

Si querías nata montada, pedías *Schlagobers*. Y si para el resto de los radicales Schwanger significaba «embarazada», para nosotros era pura *Schlagobers*. Era nuestra radical de estilo maternal con debilidad por la nata montada: nos gustaba de verdad.

Y la joven Fräulein Fehlgeburt, que se había especializado en literatura norteamericana en la Universidad de Viena, adoraba a Schwanger. Nos parecía realmente orgullosa de que su nombre código fuese «Aborto», quizá porque creíamos

que *Fehlgeburt* también podía significar aborto en alemán. Estoy seguro de que no puede ser así, como en inglés, pero al menos en el diccionario de Frank, «error judicial» y «aborto» están en la misma entrada, *Fehlgeburt*... lo que simboliza perfectamente nuestro desentendimiento de los radicales. Toda incompreensión tiene como eje un fallo lingüístico. En realidad, nunca comprendimos qué *significaban* aquellas dos mujeres: la dura y maternal Schwanger, que reunía fuerzas (y dinero) para causas que nosotros considerábamos irracionales, pero capaz de tranquilizarnos con su voz amable y lógica, y con su *Schlagobers*; y aquella especie de niña abandonada y tartamuda, la tímida estudiante universitaria de literatura norteamericana, Miss Aborto, que le leía en voz alta a Lilly (no sólo para consolar a una huérfana, sino también para mejorar su inglés). Leía tan bien que Franny, Frank y yo asistíamos casi siempre a sus lecturas. A *Fehlgeburt* le gustaba leernos en la habitación de Frank, de modo que parecía que el maniquí también le prestaba atención.

De labios de Fräulein *Fehlgeburt*, en la Gasthaus Freud —con nuestro padre en Francia, con nuestra madre y Egg rescatados de las frías aguas (debajo de la boya que era *Patético*)—, oímos por primera vez *El gran Gatsby*: fue ese final leído con el acento austriaco de Miss Aborto lo que afectó realmente a Lilly.

—«*Gatsby* creía en la luz verde, en el orgiástico futuro que año tras año retrocede ante nosotros. Nos esquivo, pero eso no importa —leyó *Fehlgeburt*, exaltada— ... mañana correremos más aprisa, extenderemos más lejos nuestros brazos... —leyó Miss Aborto—. Y una hermosa mañana...» —Hizo una pausa; sus ojos como platillos parecían resplandecer por esa luz verde que veía *Gatsby*... y quizá también por el orgiástico futuro.

—¿Qué? —preguntó Lilly sin aliento, y en la habitación de Frank se sumó a nosotros un débil eco de Egg.

—«Seguimos remando contra la corriente —concluyó *Fehlgeburt*—, retrocediendo sin cesar en el pasado.»

—¿Eso es todo? ¿Ya ha terminado? —inquirió Frank. Esforzaba los ojos hasta bizquear.

—Claro que ha terminado, Frank —dijo Franny—. ¿No sabes reconocer un final cuando lo oyes?

*Fehlgeburt* parecía exangüe, su rostro infantil mostraba el ceño fruncido de un adulto triste, y un mechón de su pelo rubio y lacio se ensortijaba en una fina oreja sonrosada. Entonces Lilly se echó a llorar y no pudimos contenerla. Era la última hora de la tarde, y las prostitutas aún no habían llegado, pero, cuando Lilly rompió en llanto, Susie el oso creyó que Annie la Gritona estaba fingiendo un orgasmo en una habitación que no le pertenecía. Susie se precipitó en la habitación de Frank, tiró el maniquí y logró que la pobre Fräulein *Fehlgeburt* chillara alarmada; pero ni siquiera esa intrusión interrumpió a Lilly. El llanto se había aposentado en su garganta, parecía tener la certeza de que se ahogaría en su propio dolor; no podíamos creer que

un cuerpo tan pequeño fuese capaz de generar tantos temblores, de orquestar tantos sonidos.

Por supuesto, todos pensamos que no era *el libro* lo que la había conmovido tanto, sino la frase «volviendo una y otra vez al pasado», es *nuestro pasado* lo que la conmueve, pensamos todos, es mamá, es Egg, y es el hecho de que nunca podremos olvidar. Mas, cuando logramos tranquilizarla, Lilly nos dijo de buenas a primeras que lloraba por *Papá*.

—Papá es un *Gatsby* —chilló—. ¡Lo es! ¡Yo sé que lo es!

Todos le hablamos simultáneamente.

—No dejes que lo del «futuro orgiástico» te deprima, Lilly —dijo Frank—. No es exactamente lo que quería decir Iowa Bob cuando afirmaba que papá vive en el futuro.

—Es un futuro muy diferente, Lilly —dije yo.

—¿Qué es «la luz verde», Lilly? —dijo Franny—. Quiero decir para papá: ¿qué es su luz verde, Lilly?

—Debes comprender, Lilly —dijo Frank como si estuviese harto—, que *Gatsby* se había enamorado de la *idea* de estar enamorado de Daisy; si siquiera estaba enamorado de Daisy, ya no. Y papá no tiene una *Daisy*, Lilly —Frank se atragantó... probablemente porque acababa de darse cuenta de que papá ya no tenía una *esposa*.

—Es el hombre del smoking blanco, es papá, es un *Gatsby*. «Nos esquivas, pero eso no importa...» —citó Lilly—. ¿No comprendéis? —gritó—. Siempre habrá algo, un *algo* que nos eludirá, siempre. Siempre se nos escapará —prosiguió Lilly—. Y papá no va a detenerse jamás. Seguirá persiguiéndolo y eso le esquivará siempre. ¡Maldición! —aulló, pataleando con sus piececitos—. ¡Maldición! ¡Maldición! —gimió, de nuevo fuera de sí, imparable.

En ese momento se asemejó a Annie la Gritona, que sabía fingir un orgasmo; de súbito comprendimos que Lilly era capaz de fingir la muerte. Su pena era tan real que creí que Susie se quitaría la cabeza de oso y le haría una reverencia humana, pero volvió a merodear por la habitación de Frank en su estilo estrictamente osuno; salió dando un portazo, dejando que nosotros nos hiciéramos cargo de la angustia de Lilly.

La *Weltschmerz* de Lilly, como la llamaría Frank.

—Los demás tenemos angustia —dijo Frank—. Los demás tenemos penas, los demás *sufrimos*, meramente. Pero *Lilly* tiene una auténtica *Weltschmerz*. Y no debe traducirse como «hastío del mundo» —nos instruyó Frank—, una expresión demasiado blanda para lo que siente Lilly. La *Weltschmerz* de Lilly es una especie de «*dolor* del mundo». Literalmente «mundo», que es *Welt*, y «dolor», porque eso es en realidad *Schmerz*: dolor, verdadero dolor. Lilly es un caso de *dolor del mundo* —concluyó Frank, orgulloso.

—Una especie de caso *patético*, ¿verdad Frank? —preguntó Franny.

—Algo así —respondió Frank fríamente.

*Patético* ya no era amigo de Frank. En realidad la muerte de mamá y de Egg —

con *Patético* en el regazo de Egg y elevándose desde las profundidades para señalar el sepulcro— le convenció de que debía renunciar a sus intentos de poner en pose a los muertos: Frank renunció a la taxidermia en todas sus formas. Abandonó todas las manifestaciones de la resurrección.

—Incluyendo la religión —afirmó.

Según Frank, la religión sólo es otra forma de taxidermia.

Como resultado del engaño del que le había hecho víctima *Patético*, Frank se dedicó a atacar todo tipo de *creencias*. Se volvió más fatalista que Iowa Bob, más descreído que Franny y que yo. Ateo casi violento, Frank empezó a creer exclusivamente en el Destino, en la fortuna azarosa o el castigo fortuito, en la bufonada arbitraria y el arbitrario dolor. Se convirtió en un predicador que clamaba *contra* todo lo que suelen vendernos: desde la política hasta la moral, Frank estaba siempre a favor de la oposición, a la que se refería como «fuerzas oponentes».

—¿Pero a qué se oponen exactamente estas fuerzas? —le preguntó Franny una vez.

—A todo principio. Si alguien está a favor de algo, debes oponerte —aconsejó Frank—. Si alguien está contra algo, tú debes estar a favor. Si tomas un avión que no se estrella, significa que tomaste el avión apropiado. Y eso es *todo* lo que significa.

En otras palabras, Frank «se ausentó». Después de la desaparición de mamá y de Egg, se aisló más aún e ingresó en una religión menos seria aún que las religiones establecidas; se adhirió a una especie de secta antitodo.

—O tal vez *la fundó* él mismo —dijo Lilly una vez. Queriendo decir con ello nihilismo, queriendo decir anarquía, queriendo decir trivialidad y felicidad ante la tristeza, queriendo decir depresión que descendía sobre él con tanta regularidad como la noche sobre los días más despreocupados y alegres. Frank creía en el *¡zas!*, creía en las sorpresas. Constantemente atacaba y se retiraba y con igual constancia —los ojos abiertos de par en par— se topaba con la repentina luz del sol y, deslumbrado por la reciente oscuridad, tropezaba en el yermo con los cadáveres.

—Se volvió loco —afirmó Lilly.

Y Lilly debía saber lo que decía. Ella también se había vuelto loca. Pareció tomarse la muerte de mamá y de Egg como un castigo personal por algún fallo profundo de sí misma y resolvió que debía cambiar. Entre otras cosas decidió crecer.

—Al menos un poco —dijo en tono inexorable.

Franny y yo estábamos preocupados por ella. El crecimiento nos parecía algo inverosímil en el caso de Lilly, y nos aterraba la energía con que imaginábamos que perseguía su propio «crecimiento».

—Yo también quiero cambiar —dije a Franny—. Pero Lilly... no sé, Lilly es Lilly.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo Franny.

—Todo el mundo excepto Lilly.

—Precisamente —dijo Franny—. ¿Y cómo cambiarás *tú*? ¿Conoces algo mejor que crecer?

—No, mejor no —repliqué.

Yo era un realista en una familia de soñadores, grandes y pequeños. Sabía que *no podía* crecer. Sabía que en realidad nunca crecería; sabía que mi infancia nunca me abandonaría y nunca sería lo bastante adulto —lo bastante responsable— para el mundo. El puñetero *Welt*, como decía Frank. Yo no podía cambiar lo suficiente y lo sabía. Todo lo que podía hacer era algo que habría complacido a mamá. Podía dejar de decir palabrotas, podía limpiar mi vocabulario... que tanto molestaba a mamá. Y eso hice.

—¿Quieres decir que nunca más dirás «follar» ni «mierda» ni «chupapichas», ni siquiera «mételela donde te quepa»? —me interpeló Franny.

—Eso es.

—¿Ni siquiera «tonto del culo»? —me preguntó Franny.

—Eso es.

—Eres un tonto del culo —dijo Franny.

—Tiene tanto sentido como cualquier otra cosa —razonó Frank.

—Tienes la polla en conserva—me aguijoneó Franny.

—A mí me parece que la tiene noble —intervino Lilly—. Pequeña, pero noble.

—Vive en un prostíbulo de segunda categoría con gente que quiere hacer un mundo nuevo y a él sólo se le ocurre pulir su *vocabulario* —dijo Franny—. Huevazos, carapijo —volvió al ataque—. Te la meneas toda la noche y sueñas con tetas, pero quieres parecer *delicado*, ¿no es así?

—Vamos, Franny... —dijo Lilly.

—Tú calla, mierdica —le espetó Franny.

Lilly se echó a llorar.

—Tenemos que estar unidos, Franny —dijo Frank—. Este tipo de insultos no nos sirve ni nos ayuda.

—Tú eres más mariconazo que un mariquita con plumas, Frank —insistió Franny.

—¿Y tú qué eres, encanto? —le preguntó Susie el oso—. ¿Qué te hace pensar que eres dura?

—No soy dura, estúpido oso. Tú no eres más que una chica poco atractiva y con espinillas... con cicatrices de espinillas. Has sido marcada por las espinillas y prefieres ser un oso estúpido antes que un ser humano. ¿Crees que eso es ser dura? Resulta mucho *más fácil* ser un oso, ¿no es así? Y trabajar para un viejo ciego que cree que eres inteligente... y probablemente también hermosa —prosiguió Franny—. Yo *no soy* dura, pero sí inteligente. Sé arreglármelas. Y sé algo más que arreglármelas. Puedo conseguir lo que quiero... cuando sé de qué se trata —agregó—. Sé cómo son las cosas. *Vosotros* —nos dijo a todos... incluso a la pobre Miss Aborto —seguid esperando a que las cosas cambien. ¿Crees que papá no lo hace? —me preguntó de pronto.

—Él vive en el futuro —dijo Lilly, que todavía se sorbía las lágrimas.

—Está tan ciego como Freud —afirmó Franny—, o pronto lo estará. ¿Queréis



saber lo que voy a hacer yo? —nos preguntó—. No pienso pulir mi vocabulario. Lo usaré para hacer puntería siempre que sea necesario —me dijo—. Es la única arma que tengo. Y sólo creceré o maduraré cuando esté preparada o cuando llegue el momento —le dijo a Lilly—. Y *nunca* seré como tú, Frank. Nunca nadie será como tú —añadió afectuosamente—. Y no seré un oso —dijo a Susie—. Sudas como un marrano con este estúpido traje, te descargas poniendo incómoda a la gente, pero eso se debe a que te sientes incómoda siendo *tú*. Pues te diré que yo me siento cómoda siendo yo —concluyó.

—Tienes suerte —dijo Frank.

—Sí, tienes suerte, Franny —coincidió Lilly.

—¿Y qué importa que seas hermosa? —dijo Susie—. También eres una zorra.

—A partir de ahora, soy sobre todo una *madre* —dijo Franny—. Me haré cargo de todos vosotros —señaló a Frank, a Lilly y a mí—. Porque mamá no está aquí para hacerlo..., ni tampoco Iowa Bob. Los detectores de mierda ya no están entre nosotros, de modo que a mí me corresponde detectarla. Yo señalo la mierda..., ése es mi papel. *Papá no tiene la menor idea de lo que ocurre.*

Todos asentimos con la cabeza: Frank, Lilly y yo, e incluso Susie el oso. Sabíamos que aquello era verdad: papá estaba ciego o pronto lo estaría.

—Aun así, no necesito que tú me hagas de madre —le dijo Frank, aunque no parecía muy seguro.

Lilly se acercó a Franny y apoyó la cabeza en su regazo; lloró..., creo que muy cómoda. Franny sabía, naturalmente, que yo la amaba —con desesperación—, por lo cual no fue preciso que hiciera ningún gesto o le dijera algo.

—Yo no necesito que una mocosa de dieciséis años me resuelva nada —afirmó Susie.

Pero se quitó la cabeza de oso y la sostuvo entre sus manazas. Su cutis estragado, sus ojos dolientes, su boca demasiado pequeña, la traicionaron. Volvió a colocarse la cabeza de oso: era su única autoridad.

Miss Aborto, la estudiante seria y bienintencionada, no parecía encontrar palabras para expresarse.

—No sé —dijo—. No sé...

—Dilo en alemán —la estimuló Frank.

—Escúpelo como puedas —le aconsejó Franny.

—Ese pasaje —dijo Fehlgeburst—. Ese encantador pasaje, ese final de *El gran Gatsby*..., a eso me refiero.

—Adelante, Fehlgeburst —la animó Franny—. Escúpelo.

—No sé, pero de alguna manera... me dan ganas de ir a Estados Unidos —dijo—. Quiero decir... que vuestro país es contrario a mi ideología política..., lo sé. Pero ese final, todo eso... es tan *hermoso*. Me dan ganas de *estar* allí. No tiene *sentido*, pero me encantaría estar en Estados Unidos.

—¿O sea que crees que te gustaría estar allí? Bueno, yo desearía que nunca nos

hubiéramos ido —dijo Franny.

—¿Podemos volver, Franny? —preguntó Lilly.

—Habrá que consultarlo con papá —intervino Frank.

—¡Vaya! —exclamó Franny.

La vi imaginando ese momento, inyectando un poco de realidad en los sueños de papá.

—Perdonad que os diga que vuestro país —dijo otro de los radicales al que llamaban Arbeiter (*Arbeiter* significa «trabajador» en alemán)—, vuestro país es, francamente, un lugar *criminal*. Perdonad que os diga que vuestro país es el triunfo de la iniciativa de las grandes compañías mercantiles, lo que significa que es un país controlado por el pensamiento *de grupo* de las grandes compañías. Ellas carecen de humanidad, pues nadie es personalmente responsable del empleo que hacen del poder; una compañía es similar a una computadora cuya fuente de energía, su combustible indispensable, son los beneficios... Perdonad que os diga que Estados Unidos es el peor país del mundo para un humanista.

—Lo que piensas es una idiotez —dijo Franny—. Estás loco de atar. *Tú* sí que pareces una computadora.

—Piensas como la transmisión de un automóvil —dijo Frank a Arbeiter—. Cuatro marchas adelante... a velocidades predeterminadas. Y una para dar marcha atrás.

Arbeiter abrió los ojos desorbitadamente. Su inglés era bastante laborioso... y su mente, se me ocurrió después, no más flexible que una cortadora de césped.

—Y casi tan poética —diría Susie el oso.

Nadie simpatizaba con Arbeiter, ni siquiera la impresionable Miss Aborto. Su debilidad — entre los radicales— era su inclinación por la literatura, especialmente por lo romántico inherente a toda la literatura de Estados Unidos. («Tu estúpida especialización, querida», la fastidiaba siempre Schwanger.) Pero la inclinación de Fehlgeburt por la literatura constituía su fortaleza... para nosotros. Era su aspecto romántico que no había muerto del todo..., al menos todavía. Con el tiempo —y que Dios me perdone— yo contribuiría a matarlo.

—La literatura es para los soñadores —le decía Old Billig a la pobre Fehlgeburt.

Old Billig el radical, por supuesto. A Old Billig la prostituta *le gustaban* los sueños; una vez le dijo a Frank que los sueños eran lo único que le gustaba..., los sueños y sus «recuerdos».

—Estudia económicas, querida —le decía Schwanger a Fehlgeburt..., eso es lo que Miss Embarazada le aconsejaba a Miss Aborto.

—La utilidad humana —nos sermoneó Arbeiter— está directamente relacionada con la proporción de la población involucrada en la toma de decisiones.

—En *el poder* —le corrigió Old Billig.

—En la toma de decisiones del poder —dijo Arbeiter.

Los dos hombres se apuñalaban como colibríes en un solo capullo diminuto.

—Cagatintas —opinó Franny.

El inglés de Arbeiter y de Old Billig era tan pobre que resultaba fácil decirles tacos todo el tiempo: no entendían nada. A pesar de mi juramento de pulir mi lenguaje, siempre me sentía tentado a decirles barbaridades, pero me contentaba de modo indirecto oyendo las que les decía Franny.

—La guerra racial en Estados Unidos —nos dijo Arbeiter— será mal interpretada. De hecho, será una guerra de estratificación clasista.

—¿Cuando te tiras un pedo, las focas del zoo dejan de nadar? —le preguntó Franny.

Los demás radicales rara vez participaban de nuestras discusiones. Uno de ellos se desplomaba en la máquina de escribir; el otro en el único automóvil de propiedad del Simposio sobre Relaciones Este-Oeste: a duras penas cabían los seis dentro. El mecánico que reparaba el decrepito vehículo —el coche siempre achacoso, inútil para un fuga, imaginábamos, y que probablemente nunca sería requerido para tal servicio, pensaba papá— era un joven hosco y de cara sucia, que usaba mono y una gorra de conductor de tranvía color azul marino. Pertenecía al sindicato y trabajaba toda la noche en el *Strassenbahn* de la línea principal de Mariahilfer Strasse. Todos los días le veíamos soñoliento y enojado, haciendo sonar sus herramientas. Le apodaban con el apropiado mote de *Schraubenschlüssel*: una *Schraubenschlüssel* es una llave inglesa. A Frank le encantaba dejar rodar el mote por su lengua para presumir, pero Franny, Lilly y yo preferíamos la traducción. Le llamábamos «Llave».

—Hola, Llave —le saludaba Franny cuando lo veía debajo del coche, maldiciendo—. Espero que mantengas limpia tu mente, Llave.

Llave no sabía inglés y lo único que conocíamos de su vida privada era que una vez había invitado a salir a Susie el oso.

—Prácticamente *nadie* me invita a salir —dijo Susie—. ¡Qué imbécil!

—Qué imbécil —repitió Franny.

—En realidad nunca me ha visto —confesó Susie.

—¿Sabe que perteneces al género femenino? —le preguntó Frank.

—Santo cielo, Frank... —le regañó Franny.

—Sólo se lo pregunto por curiosidad —se justificó Frank.

—Ese Llave es un auténtico cretino, os lo aseguro —dijo Franny—. No salgas con él, Susie —aconsejó al oso.

—¿Bromeas? Yo nunca salgo, encanto. Con *hombres*... —agregó.

Franny pareció aceptar sus palabras casi pasivamente, pero vi que Frank se sentía incómodo cerca de Susie y se alejaba de ella.

—Susie es lesbiana, Franny —le dije a mi hermana en cuanto nos quedamos solos.

—No dijo exactamente eso.

—Me parece que lo es —insistí.

—Y Frank, ¿qué es? —dijo Franny—. ¿Un machote? Y creo que Frank está muy

bien.

—Cuídate de Susie, Franny.

—Tú piensas demasiado en mí. Déjame en paz, ¿quieres?

Pero eso era lo único que yo nunca podría hacer.

—De hecho, todo acto sexual supone cuatro o cinco sexos diferentes —nos dijo el sexto miembro del Simposio sobre Relaciones Este-Oeste.

El tipo desvirtuaba de tal manera a Freud —*el otro* Freud— que tuvimos que pedirle a Frank una segunda traducción porque no entendimos la primera.

—Eso es lo que dijo —nos aseguró Frank—. Todo acto sexual supone un conjunto de *diferentes sexos*.

—¿Cuatro o cinco? —inquirió Franny.

—Cuando lo hacemos con una mujer —prosiguió el sexto miembro—, lo estamos haciendo con nosotros mismos tal como llegaremos a ser y con nosotros mismos en nuestra niñez. Huelga decir que con el yo en que se convertirá nuestra amante y con el yo de su infancia.

—¿Huelga decir? —preguntó Frank.

—¿O sea que, cada vez que hay una jodienda, en realidad se encuentran allí cuatro o cinco personas? —quiso saber Franny—. ¡Suena agotador!

—La energía invertida en el sexo es la única que no necesita ser reemplazada por la sociedad —nos dijo el soñador y sexto radical. A Frank le costó traducir sus palabras—. Nosotros mismos reabastecemos nuestra energía sexual —miró a Franny como si acabara de decir la cosa más profunda del mundo.

—¡No me digas! —susurré a Franny al oído.

Pero me dio la impresión de que Franny estaba hipnotizada por sus palabras un poco más de lo que yo consideraba razonable. Temí que le gustara aquel radical.

Se llamaba Ernst. Sólo Ernst. Un nombre normal, pero sin apellido. No discutía. Elaboraba oraciones aisladas y carentes de sentido, las decía en voz baja de un tirón y volvía a la máquina de escribir. Cuando los radicales se iban de la Gasthaus Freud a última hora de la tarde, pasaban horas enteras en el Kaffee Mowatt (al otro lado de la calle): un salón sombrío y oscuro con una mesa de billar y dianas para dardos, además de una solemne hilera omnipresente de bebedores de té con ron que jugaban al ajedrez o leían los periódicos. Ernst rara vez se reunía con sus colegas en el Kaffee Mowatt. Él escribía y escribía sin parar.

Así como Annie la Gritona era la última prostituta en irse a su casa, Ernst era el último radical en marcharse. Así como Annie la Gritona se cruzaba con Old Billig el viejo radical cuando éste llegaba a su trabajo por la mañana, solía cruzarse con Ernst cuando éste abandonaba, por fin, sus tareas. Le rodeaba un extraño aire mundano distinto del habitual; cuando hablaba con Schwanger, las voces de los dos eran tan apagadas y serenas que casi siempre terminaban conversando en un murmullo.

—¿Qué escribe Ernst? —preguntó Franny a Susie el oso.

—Es pornógrafo —dijo Susie—. También me ha invitado a salir. Y él sí me ha visto.

Su respuesta nos dejó a todos en silencio por un momento.

—¿Qué tipo de pornografía? —inquirió Franny a continuación, en tono prudente.

—¿Cuántos tipos hay, encanto? —dijo Susie el oso—. De la peor. Actos retorcidos. Violencia. Degradación.

—¿Degradación? —inquirió Lilly.

—Esto no es para ti, encanto —dijo Susie.

—Cuéntame —pidió Frank.

—Es demasiado retorcido para contarlo —le dijo Susie—. Tú sabes más alemán que yo, Frank... Inténtalo.

Lamentablemente, Frank lo intentó: nos tradujo los escritos pornográficos de Ernst. Tiempo después le pregunté a Frank si consideraba que aquello había sido el principio de l verdadero problema... De haber ignorado los escritos pornográficos de Ernst, ¿habrían rodado igualmente las cosas cuesta abajo? Pero la nueva religión de Frank —su antirreligión— ya se había hecho cargo de todas las respuestas (a todas las preguntas).

—¿Cuesta abajo? —diría Frank—. Bien, ésa es la dirección última, por supuesto..., a pesar de todo, quiero decir. Si no hubiese sido la pornografía habría sido otra cosa. La cuestión es que estamos destinados a rodar cuesta abajo. ¿Conoces algo que lo haga cuesta arriba? Lo que origine el movimiento hacia abajo poco importa —concluyó con su irritante desenvoltura.

—Mira las cosas de la siguiente manera —me diría Frank no hace mucho—. ¿Por qué parece costar más de media vida llegar a ser un inmundo adolescente? ¿Por qué la infancia dura eternamente... cuando eres pequeño? ¿Por qué parece llenar sus buenas tres cuartas partes del viaje? Y cuando los chicos crecen, cuando de repente tienes que afrontar los hechos... bien, ya conoces la historia. Cuando estábamos en el primer Hotel New Hampshire, parecía que seguiríamos teniendo trece, catorce y quince años toda la vida. Toda la puñetera vida, como diría Franny. Sin embargo, cuando dejamos el primer Hotel New Hampshire —prosiguió—, nuestras vidas doblaron su velocidad. Así son las cosas —dijo en tono de suficiencia—. Durante la mitad de tu vida tienes quince años. Un día ingresas en la veintena, que concluye al día siguiente. Y la treintena pasa volando como un fin de semana en buena compañía. Y antes de que te des cuenta, piensas en tener quince otra vez.

—¿Cuesta abajo? —diría Frank en otra ocasión—. Es una larga *cuesta arriba*... hasta esos catorce, quince o dieciséis años. De ahí en adelante, todo es cuesta abajo, por supuesto. Y cualquiera sabe que la cuesta abajo es más rápida que la cuesta arriba. Cuesta arriba... hasta los catorce, los quince, los dieciséis; después viene la cuesta abajo. Cuesta abajo como el agua, como la arena...

Cuando nos tradujo los escritos pornográficos, Frank tenía diecisiete años, Franny

dieciséis y yo quince. Lilly, que tenía once, no había alcanzado la edad necesaria para oír aquellas cosas. Pero insistió en que si había tenido edad suficiente para escuchar la lectura que hizo Fehlgeburt de *El gran Gatsby*, también la tenía para oír a Frank traduciendo a Ernst. (Con su característica hipocresía, Annie la Gritona no permitió que su hija, Inge la Morena, oyera una sola palabra.)

«Ernst» era el nombre que usaba en la Gasthaus Freud, por supuesto. En sus escritos pornográficos firmaba con diversos seudónimos. No me gusta describir la pornografía. Susie el oso nos dijo que Ernst dictaba un curso en la universidad, con el título de «Historia del erotismo a través de la literatura», pero su pornografía no era erótica. Fehlgeburt había seguido el curso de literatura erótica de Ernst, y hasta ella reconocía que su obra no contenía ninguna semejanza con lo auténticamente erótico, que nunca es pornográfico.

La pornografía de Ernst nos producía dolor de cabeza y nos dejaba la garganta seca. Frank solía decir que hasta sus ojos se secaban al leerla; Lilly dejó de prestar atención después de la primera vez; yo tenía frío, sentado en la habitación de Frank, con el maniquí como una directora de escuela que no emitía juicios pero lo oía todo. El frío me subía desde el pavimento. Yo sentía que algo helado me recorría las perneras de los pantalones desde el viejo suelo que dejaba pasar corrientes de aire, desde los cimientos del edificio, desde la tierra por debajo de toda luz, donde yo imaginaba que se encontraban los huesos de los antiguos Vindobona, los instrumentos de tortura populares entre los invasores turcos, los látigos, garrotes, puñales y depresores linguales, las cámaras de los horrores, tan en boga en el Sacro Imperio Romano. Porque la pornografía de Ernst no se refería al sexo, sino al dolor sin esperanza, a la muerte sin un solo recuerdo agradable. Su pornografía logró que Susie el oso saliera como una tromba para tomar un baño, que Lilly se deshiciera en lágrimas (por supuesto), que yo enfermara del estómago (dos veces), que Frank arrojara uno de los libros contra el maniquí (como si fuera éste quien lo hubiese escrito). El libro se titulaba *Los niños en el vapor rumbo a Singapur*: ninguna de las preciosas criaturas llegó a su destino.

Pero a Franny sólo le hizo fruncir el ceño. Hizo que pensara en Ernst, que le buscara y le preguntase —para empezar— por qué escribía aquello.

—La decadencia realza la posición revolucionaria —le dijo Ernst lentamente, mientras Frank buscaba la forma de traducirlo con fidelidad—. Todo lo que es decadente acelera el proceso, la inevitable revolución. En esta etapa es necesario generar asco. Asco político, asco económico, asco por nuestras inhumanas instituciones y asco moral..., asco por nosotros mismos, tal como se nos ha permitido llegar a ser.

—Habla por él —susurré a Franny, que se limitó a arrugar la frente: estaba concentrada en él.

—Naturalmente, el pornógrafo es *muy* repugnante —continuó Ernst—. Veréis... si yo fuese comunista, ¿quién querría que ocupara el gobierno? ¿Los más liberales? No.

Querría el gobierno más represivo, más capitalista y más anticomunista posible... porque entonces me fortalecería y prosperaría. ¿Dónde estaría la izquierda sin ayuda de la derecha? Cuanto más estúpido y derechista sea todo, tanto mejor para la izquierda.

—¿Eres comunista? —preguntó Lilly a Ernst.

Lilly sabía que en Dairy, New Hampshire, no era recomendable serlo.

—Ésa sólo fue una etapa necesaria —dijo, hablándonos del comunismo y de sí mismo como si *todos* fuésemos historia pasada, como si algo muy vasto estuviese en movimiento y nos arrastrara o nos despidiera en sus vapores—. Soy pornógrafo porque sirvo a la revolución. *Personalmente* —agregó acompañando sus palabras con un débil ademán—, bien... *personalmente* soy un esteta: desprestigio lo erótico. Si Schwanger llora por sus cafeterías, si está triste por sus *Schlagobers*, que la revolución también debe liquidar... ,yo lloro por lo erótico, que también debe desaparecer. En algún momento, después de la revolución —Ernst suspiró—, lo erótico puede reaparecer, pero nunca será lo mismo. En el nuevo mundo, jamás tendrá tanta significación.

—¿El nuevo mundo? —repitió Lilly.

Ernst cerró los ojos como si aquél fuese el estribillo de su pieza musical favorita, como si mentalmente lo viera. «El nuevo mundo», un planeta distinto... en el que morarían seres totalmente nuevos.

Pensé que sus manos eran demasiado delicadas para un revolucionario; es probable que sus dedos largos y delgados le resultaran útiles en la máquina de escribir..., el piano en el que interpretaba su ópera de gigantescos cambios. En general, su traje azul marino, barato y algo brillante, estaba limpio pero arrugado y llevaba camisas blancas bien lavadas pero sin planchar; nunca usaba corbata. Cuando tenía el pelo demasiado largo, se lo cortaba demasiado corto. Su cara era casi atlética, limpia, juvenil, decidida: poseía una especie de apostura infantil. Susie el oso y Fehlgeburt nos contaron que Ernst tenía fama de tenorio entre sus alumnos de la universidad. Cuando daba clases sobre literatura erótica, señaló Miss Aborto, Ernst resultaba apasionado, incluso alegre; no era el desmayado y desanimado hablador lento y hastiado, perezoso (o al menos letárgico) que veíamos cuando su tema era la revolución.

Era bastante alto; aunque no sólido, tampoco parecía frágil. Cuando le vi hundir la cabeza entre los hombros y levantarse el cuello de la chaqueta —a punto de salir de la Gasthaus Freud, después de un día de trabajo sin duda entristecedor y repugnante—, me sorprendió su perfil, pues me recordó a Chipper Dove.

Las manos de Dove tampoco parecían las de un defensa: también eran demasiado delicadas. Recordaba haber visto a Chipper Dove echando hacia delante las hombreras y corriendo en dirección a la melé, pensando en la siguiente señal —la siguiente orden—, con sus manos como aves canoras iluminando las almohadillas de sus caderas. Entonces me di cuenta de quién era Ernst: el *quarterback* de los

radicales, el que daba la señal, el cerebro gris, aquel alrededor del cual se reunían los demás. También comprendí en ese momento lo que Franny veía en Ernst. Era algo más que un parecido físico con Chipper Dove: era el esbozo de engreimiento, el matiz de malignidad, el indicio de destructividad, el liderato glacial..., eso era lo que se había abierto paso hasta el corazón de mi hermana, lo que había capturado *su yo interior*, lo que le había quitado su fortaleza.

—Queremos regresar —le dije a papá—. A Estados Unidos. Lo necesitamos. Esto no nos gusta.

Lilly me había cogido de la mano. Estábamos en la habitación de Frank. Mi hermano boxeaba nervioso con el maniquí, Franny se había tendido en su cama y miraba por la ventana. Desde allí veía el Kaffee Mowatt, en la acera de enfrente de la Krugerstrasse. Era temprano por la mañana y alguien barría las colillas de los cigarrillos de la cafetería hasta echarlas en la alcantarilla. Los radicales no eran parroquianos nocturnos del Kaffee Mowatt; por la noche acudían allí las prostitutas para dejar la calle, para tomarse un respiro, para jugar al billar, para beber un vaso de vino o de cerveza, o para que alguien las ligara. Papá nos daba permiso a Frank, a Franny y a mí para ir a jugar a los dardos.

—Lo añoramos —dijo Lilly, en un esfuerzo por no llorar.

Todavía era verano; mamá y Egg habían desaparecido demasiado recientemente como para poder detenernos demasiado en frases referentes a *echar de menos* a alguien o algo.

—Aquí las cosas no funcionarán, papá —dijo Frank—. La situación parece imposible.

—Y éste es el momento de irnos —dije—. Antes que empiecen las clases, antes de tener compromisos.

—Pero ya tengo un compromiso. Con Freud —dijo papá en voz baja.

Quisimos gritarle si opinaba que un viejo ciego era igual que *nosotros*, pero papá no nos permitió insistir en el tema de su compromiso con Freud.

—¿Qué opinas tú, Franny? —le preguntó.

Pero Franny seguía con la vista fija en la calle, a través de la ventana. Vio llegar a Old Billig el radical... y salir a Annie la Gritona. Se los notaba cansados, pero ambos eran muy vieneses en su cuidado de las formas: intercambiaron un cordial saludo que oímos a través de la ventana abierta de la habitación de Frank.

—Es verdad que estamos en el Primer Distrito —dijo Frank a papá—, pero Freud olvidó decirnos que vivimos en la peor calle de toda la zona.

—Una especie de calle de una sola dirección —añadí.

—Además, no hay aparcamiento —apuntó Lilly.

No había aparcamiento porque la Krugerstrasse parecía ser propiedad de los camiones de reparto que entregaban mercancías por la puerta trasera de los elegantes edificios de la Kärntnerstrasse.

Además, la oficina de correos del distrito estaba en nuestra calle: un edificio triste



y mugriento que alejaba de nuestro hotel a cualquier posible cliente.

—Y las prostitutas... —susurró Lilly.

—De segunda categoría —dictaminó Frank—. No existe la menor esperanza de progreso. Sólo estamos a una manzana de la Kärntnerstrasse, pero nunca *seremos* la Kärntnerstrasse.

—Ni siquiera con un nuevo vestíbulo —le dije a papá—; aunque sea *atractivo* no habrá quien lo vea. Seguirás acomodando a la gente entre las putas y la revolución.

—Entre el pecado y el peligro, papá —dijo Lilly.

—Claro que a la larga no importa —dijo Frank, y me sentí tentado a darle una patada—. Quiero decir que de cualquier manera será cuesta abajo... no importa cuándo nos marchemos: es evidente que lo haremos. Este hotel va cuesta abajo. Podemos abandonarlo mientras se hunde o cuando esté hundido.

—Pero tenemos que irnos *ahora*, Frank —le recordé.

—Sí, *todos* queremos irnos —dijo Lilly.

—¿Franny? —inquirió papá.

Pero Franny no apartó la vista de la ventana. Un camión postal intentaba sortear a uno de reparto en la calle estrecha. Franny vigilaba la correspondencia a la espera de cartas de Junior Jones... y de Chipper Dove, sospecho. Les escribía a menudo, mas sólo Junior Jones le contestaba.

Frank, fiel a su indiferencia filosófica, dijo:

—Quiero decir que podemos irnos cuando todas las prostitutas sean rechazadas en el control médico, cuando Inge la Morena tenga edad suficiente, cuando se derrumbe el coche de Schraubenschlüssel, cuando nos demande el primer huésped, o el último...

—*No podemos* irnos —le interrumpió papá— hasta que lo hagamos *funcionar* —hasta Franny le miró—. Quiero decir que podremos *permitirnos el lujo* de irnos cuando sea un hotel próspero. No podemos largarnos mientras tengamos un fracaso en nuestras manos —agregó racionalmente—, porque no tendríamos *con qué* irnos.

—¿Te refieres al dinero? —le pregunté.

Papá movió la cabeza afirmativamente.

—¿Ya has enterrado todo el dinero *aquí*? —le preguntó Franny.

—Empezarán a hacer el vestíbulo antes que se acabe el verano —nos informó papá.

—¡Entonces no es demasiado tarde! —gritó Frank—. ¿O sí?

—¡Retira el dinero, papá! —le rogó Lilly.

Papá sonrió con benevolencia y negó con un gesto. Franny y yo nos asomamos a la ventana y vimos llegar a Ernst el pornógrafo; en ese momento pasaba junto al Kaffee Mowatt y parecía abrumado de asco. Le dio una patada a alguna basura al cruzar la calle; se movía con tanta premura como un gato tras un ratón, pero siempre le decepcionaba llegar al trabajo más tarde que Old Billig. Le esperaban como mínimo tres horas de pornografía antes de interrumpir para almorzar, antes de dar su

clase en la universidad («mi hora de estética», decía él), y luego se enfrentaría a las horas fatigosas y de espíritu mezquino de la tarde, que según nos dijo reservaba a la «ideología»..., para su contribución al boletín del Simposio sobre Relaciones Este-Oeste. ¡Qué día le esperaba! Adiviné que ya le odiaba. Franny no podía apartar sus ojos de él.

—Deberíamos irnos ahora mismo —le dije a papá—, tanto si estamos hundidos como si no.

—No tenemos adónde ir —respondió cariñosamente, levantando las manos: era casi un encogimiento de hombros.

—Ir a ningún sitio es mejor que quedarse aquí —opinó Lilly.

—De acuerdo —dije.

—No sois razonables —dijo Frank.

Le clavé la vista. Papá miró a Franny. Me recordó las miradas que en ocasiones dedicaba a mamá; otra vez veía el futuro y buscaba indulgencia... por adelantado. Quería que se le disculpase todo lo que ocurriría. Era como si el poder de su sueño fuese tan vívido que se sentía obligado a vivir el futuro que él imaginaba y nos pedía que toleráramos su ausencia de la realidad, y tal vez su ausencia de nuestras vidas, por un tiempo. Eso es el «amor puro»: el futuro. Y ésa es la mirada que papá dirigió a Franny.

—¿Qué piensas tú? —le preguntó papá.

Siempre esperábamos la opinión de Franny. Ahora tenía la vista fija en el punto de la calle por el que había pasado Ernst... Ernst el pornógrafo, Ernst el «esteta» en cuestión de erótica, Ernst el tenorio. Comprendí que *el yo interior* de Franny estaba en dificultades: algo inoportuno se había aposentado en su corazón.

—¿Franny? —insistió papá en voz baja.

—Creo que deberíamos quedarnos. Tendríamos que ver cómo son las cosas —Franny nos miró a todos.

Nosotros desviamos la mirada, pero papá le dio un beso y un abrazo.

—¡Ésta es mi nena! —exclamó.

Franny se encogió de hombros; dedicó a papá el encogimiento de hombros de mamá..., algo que siempre le conmovía.

Alguien me ha dicho que hoy la Krugerstrasse sólo está abierta al tráfico peatonal y que hay *dos* hoteles en la calle, un restaurante, un bar y una cafetería, e incluso un cine y una tienda de discos. Alguien me ha dicho que hoy es una calle elegante. Me resulta difícil creerlo. Y no quiero volver a ver nunca la Krugerstrasse, por mucho que haya cambiado.

Alguien me ha dicho que hoy hay tiendas distinguidas en la Krugerstrasse: una *boutique* y una peluquería, una librería y una tienda de discos, otra que vende pieles y una especializada en aparatos sanitarios. Asombroso.

Alguien me ha dicho que la oficina de correos sigue allí. La correspondencia continúa.

Y todavía hay prostitutas en la Krugerstrasse: no es necesario que nadie me diga que la prostitución continúa.

A la mañana siguiente desperté a Susie el oso.

—¡Grrr! —protestó, luchando por despertarse—. ¿Qué coño ocurre ahora?

—Necesito que me ayudes. Tienes que salvar a Franny —le dije.

—Franny es dura de verdad. Hermosa y dura —Susie se dio la vuelta—, y no me necesita.

—Tú la impresionas —dije, en una mentira esperanzada. Susie sólo tenía veinte años, es decir, apenas cuatro más que Franny, pero, a los dieciséis, cuatro años es una diferencia enorme—. Tú le gustas —yo sabía que *esto* era verdad—. Eres mayor, una especie de hermana mayor para ella, ¿sabes?

—¡Grrr! —volvió a protestar Susie.

—Quizá seas extraña, pero Franny puede sentirse más influida por ti que por cualquiera de *nosotros* —le dijo Frank a Susie.

—¿Salvar de qué? —quiso saber Susie el oso.

—De Ernst —dije.

—De la pornografía propiamente dicha —dijo Lilly, temblorosa.

—Ayudarla a recuperar *su yo interior* —le rogó Frank.

—Normalmente no me lío con menores —aclaró Susie.

—Queremos que la ayudes, no que te líes con ella —intervine.

Susie el oso se limitó a sonreír. Se sentó en la cama; el traje de oso estaba en el suelo, desordenado; su propio pelo semejante a la pelambre de un oso con sus hebras rígidas e irregulares, el rostro semejante a una herida por encima de su desaliñada camiseta.

—Ayudar a alguien es lo mismo que liarse con alguien —declaró Susie el oso.

—Por favor, inténtalo —imploré.

—¿Y tú me preguntas *a mí* cuándo empezó el *verdadero* problema? —me diría Frank tiempo después—. Te diré que, a mi juicio, no empezó con la pornografía. No tiene la menor importancia, por supuesto, pero yo sé qué es lo que inició el problema que te jodió.

Al igual que en el caso de la pornografía, no quiero describirlo, pero Frank y yo tuvimos una breve imagen, apenas un fogonazo, aunque fue más que suficiente. Comenzó una noche de agosto en que hacía tanto calor que Lilly nos despertó a Frank y a mí para pedirnos un vaso de agua — como si otra vez fuese un bebé—, una noche en que hacía demasiado calor para que los hombres que estaban en la Krugerstrasse pensaran en prostitutas, de modo que todo era serenidad en la Gasthaus Freud. No había clientes para hacer gritar a Annie la Gritona, ni siquiera había nadie interesado en gemir con Jolanta, en balbucear con Babette, en hallar una ganga en Old Billig, en contemplar siquiera a la pequeña Inge la Morena. Hacía demasiado calor para estar en Kaffee Mowatt; las prostitutas estaban sentadas en los peldaños del fresco y oscuro vestíbulo de la Gasthaus Freud, ahora en construcción. Freud estaba en la

cama, dormido por supuesto: no podía ver el calor. Y papá, que veía con más claridad el futuro que el presente, también dormía.

Entré en la habitación de Frank y boxeé un rato con el maniquí.

—Santo cielo, John —dijo Frank—; me pondré contento cuando encuentres unas pesas y dejes en paz mi maniquí.

Pero tampoco él podía dormir; empezamos a tirarnos el maniquí como si fuese una pelota.

Era imposible confundir aquel sonido con el de Annie la Gritona... o el de cualquiera de las otras putas. El sonido no parecía tener ninguna relación con la pena: contenía demasiada luz para tener algo que ver con la pena, demasiada música acuática para que Frank y yo pensáramos en un polvo por dinero, o incluso en la lujuria: también había demasiada luz y música acuática para la lujuria. Frank y yo nunca lo habíamos oído antes, y en mi memoria —que ahora es la de un cuarentón— no recuerdo otro registro de esta canción: nunca nadie me cantó exactamente *esa* canción.

Era la canción que Susie el oso hizo cantar a Franny. Susie pasaba por la habitación de Franny para usar el cuarto de baño. Frank y yo cruzamos mi habitación para llegar al mismo cuarto de baño; a través de la puerta espiamos la habitación de Franny.

La cabeza del oso sobre la alfombra de los pies de la cama de Franny resultó al principio desconcertante, como si alguien le hubiese cortado la cabeza a Susie al entrar. Pero la cabeza del oso no fue el punto focal de mi atención ni de la de Frank. Lo que nos atrajo fue el murmullo de Franny... al mismo tiempo entusiasta y suave, tan bello como el de mamá, tan feliz como el de Egg. Era un ronroneo casi asexuado, aunque el tema de la canción era el sexo, porque Franny estaba echada en su cama con los brazos encima de la cabeza y ésta inclinada hacia atrás; entre sus largas piernas levemente estremecidas (pedaleando en el agua como si flotara), en la oscura entrepierna de mi hermana (que yo no tendría que haber visto nunca) había un oso descabezado... un oso descabezado bebía allí a lengüetadas, como un animal devorando a su presa, como un animal bebiendo en el corazón de la floresta.

El espectáculo nos aterró. Después de ver aquello no sabíamos adónde ir, y sin motivo, sin nada en la mente —o con demasiado en nuestras mentes—, nos dirigimos, tambaleantes, al vestíbulo. Nos recibieron las prostitutas sentadas en la escalera; el calor y su propio aburrimiento, su inactividad, hicieron que nos saludaran con más alegría que de costumbre, aunque siempre parecían contentas al vernos. Sólo Annie la Gritona se mostró decepcionada, como si por un instante hubiese creído que podíamos ser clientes.

—Parece como si acabarais de ver a un fantasma —dijo Inge la Morena.

—¿Os ha caído mal alguna comida, queridos? —preguntó Old Billig—. Es muy tarde para que estéis levantados.

—¿Vuestras erecciones os mantienen despiertos? —inquirió Jolanta.

—*Oui, oui* —tarareó Babette—. ¡Poned vuestras erecciones en nuestras manos!  
—Basta ya —dijo Old Billig—. De todos modos hace demasiado calor para joder.  
—Nunca hace demasiado calor para eso —dijo Jolanta.  
—Ni demasiado frío —acotó Annie la Gritona.  
—¿Queréis jugar a las cartas? —nos invitó Inge la Morena.

Pero Frank y yo, como soldaditos de cuerda, dimos unas torpes vueltas al pie de la escalera, invertimos la dirección, nos orientamos hacia la habitación de Frank... y luego, como atraídos por un imán, fuimos a ver a papá.

—Queremos volver —le dije.

Papá se despertó y nos metió a los dos en la cama con él, como si todavía fuésemos pequeños.

—Por favor, papá, volvamos —susurró Frank.

—En cuanto tengamos éxito aquí —nos aseguró papá—. En cuanto lo logremos..., os lo prometo.

—¿Cuándo? —insistí, pero papá me hizo una llave de cabeza y me besó.

—Pronto —respondió—. Este hotel despegará en breve. Es una sensación que me recorre los huesos.

Pero nos quedaríamos en Viena hasta 1964: permaneceríamos allí siete años.

—Allí *envejecí* —diría Lilly.

Cuando dejamos Viena, Lilly tenía dieciocho años. Mayor, pero no mucho más alta... decía Franny.

*Patético* flota. Lo sabíamos. No tendría que habernos sorprendido.

Pero la noche que Susie el oso logró que Franny olvidara la pornografía —la noche que hizo que mi hermana cantara tan bien—, Frank y yo nos asombramos por un parecido más profundo que el de Ernst el pornógrafo con Chipper Dove. En la habitación de Frank, con el maniquí arrimado contra la puerta, Frank y yo hablamos en voz queda en la oscuridad.

—¿*Viste* al oso? —pregunté.

—No podías verle la cabeza —dijo Frank.

—Exacto. De modo que era el traje de oso... Susie estaba encorvada...

—¿Por qué todavía llevaba puesto el traje de oso? —inquirió Frank.

—No sé.

—Probablemente acababan de empezar —razonó Frank.

—Pero el aspecto del oso... —dije—. ¿Lo viste?

—Ya sé —murmuró Frank.

—Toda esa piel, el cuerpo acurrucado...

—Sé lo que quieres decir. Basta —dijo Frank.

En la oscuridad, ambos comprendimos qué aspecto tenía Susie el oso... Los dos sabíamos ya a quién se asemejaba. Franny nos lo había advertido: nos había dicho que estuviésemos atentos a las nuevas poses de *Patético*, a los disfraces de *Patético*.

—*Patético* —susurró Frank—. Susie el oso es *Patético*.

—Al menos *se le parecía* —dije.

—Es *Patético*, lo sé.

—Tal vez sólo por el momento. Por ahora lo es.

—*Patético* —repitió Frank una y otra vez hasta quedar dormido—. Es *Patético*.

No es posible acabar con él. Es *Patético*. Flota...

## El segundo Hotel New Hampshire

La última renovación del nuevo vestíbulo de la Gasthaus Freud fue idea de mi padre. Le recuerdo una mañana delante de la oficina de correos de la Krugerstrasse, contemplando calle arriba el nuevo vestíbulo: la pastelería había desaparecido por completo, los viejos carteles apoyados — como fusiles de soldados fatigados— contra el andamio que estaban quitando los obreros. En los carteles se leían: BONBONS, KONDITOREI, ZUCKERWAREN, SCHOKOLADEN, y GASTHAUS FREUD. En aquel momento mi padre comprendió que había que tirarlos *todos*: no más pastelería, no más Gasthaus Freud.

—¿Hotel New Hampshire? —preguntó Annie la Gritona, siempre la primera en llegar (y la última en irse).

—Hay que cambiar con los tiempos —dijo Old Billig el radical—. Avanzar a golpes y llegar sonrientes. «Hotel New Hampshire» me parece muy bien.

—Otra etapa, otra etapa —repetía Ernst el pornógrafo.

—¡Una idea brillante! —gritó Freud—. Pensad en la clientela americana... ¡Esto los atraerá!, y pondrá fin al antisemitismo —concluyó el anciano.

—Y supongo que el nuevo nombre no alejará ya a los antifreudianos.

—Si no, ¿cómo demonios lo habría llamado? —me preguntó Franny—. Es el hotel de papá, ¿no?

Atornillados de por vida, como habría dicho Iowa Bob.

—A mí me parece dulce —intervino Lilly—. Es un toque bonito, algo pequeño pero dulce.

—¿Dulce? —dijo Franny—. Tenemos problemas: a Lilly le parece *dulce*.

—Es sentimental —opinó Frank, filosóficamente—, pero no importa.

Pensé que si Frank volvía a decir que algo no *importaba*, me pondría a gritar; que sería capaz de fingir un orgasmo si Frank repetía esas palabras. Pero una vez más me salvó Susie el oso.

—Oíd, chicos —dijo Susie—. Vuestro padre ha dado un paso en una dirección *práctica*. ¿Imagináis cuántos turistas británicos y norteamericanos encontrarán tranquilizador ese nombre?

—Es verdad —dijo Schwanger complacida—. Para los ingleses y los americanos, ésta es una ciudad del *Este*. Hasta la forma de algunas iglesias... la temible cúpula en forma de cebolla que les recuerda un mundo incomprensible para los occidentales... Según la distancia a la que estés en el Oeste, hasta Europa Central puede parecer el Este. Son las almas *tímidas* las que se sentirán atraídas por este lugar —predijo Schwanger, como si estuviese dando forma a otro libro sobre el embarazo y el aborto—. El Hotel New Hampshire sonará como música a sus oídos..., música que les recordará su hogar.

—¡Brillante! —exclamó Freud—. Que vengan a nosotros las almas tímidas.

Freud suspiró y estiró las manos para acariciar las cabezas más cercanas. Encontró la de Franny y la acarició, pero la enorme y suave manaza de Susie el oso apartó la de Freud.

Llegaría a acostumbrarme a aquella garra posesiva. Éste es un mundo en el que lo que en principio nos choca como siniestro puede llegar a convertirse en un tópico, incluso tranquilizador. También lo que en principio parece tranquilizador puede llegar a ser siniestro, pero tuve que aceptar que Susie el oso era una buena influencia para Franny. Si Susie lograba mantener a Franny apartada de Ernst, yo tenía que estarle agradecido... ¿Sería excesivo abrigar la esperanza de que la convenciera de que debía dejar de escribirle a Chipper Dove?

—¿Crees que eres lesbiana, Franny? —le pregunté, en la seguridad que me brindaba la oscuridad de la Krugerstrasse.

Papá tenía dificultades con la luz intermitente de neón rosa: ¡HOTEL NEW HAMPSHIRE! ¡HOTEL NEW HAMPSHIRE! ¡HOTEL NEW HAMPSHIRE! una y otra vez.

—Lo dudo —dijo Franny en voz baja—. Creo que lo que ocurre es que me gusta Susie, sencillamente.

Yo creía que si Frank sabía que era homosexual y Franny estaba liada con Susie el oso, tal vez sólo fuese cuestión de tiempo el que Lilly y yo descubriéramos inclinaciones similares. Pero, como de costumbre, Franny leyó mis pensamientos.

—Las cosas no son así —susurró—. Frank está convencido. Yo no estoy convencida de nada..., excepto, tal vez, de que para mí esto es más fácil. Ahora. Quiero decir que es más fácil amar a alguien del mismo sexo. Una se compromete menos, corre menos riesgos —dijo—. Me siento *más segura* con Susie. Eso es todo, creo. Los hombres son tan *diferentes*...

—Una etapa —decía Ernst, para referirse a cualquier cosa.

Entretanto, Fehlgeburt, estimulada por la respuesta de todos a *El gran Gatsby*, empezó a leernos *Moby Dick*. A causa de lo ocurrido a mamá y a Egg, nos resultaba difícil oír hablar del océano, pero logramos superarlo; nos concentramos en la ballena, especialmente en los diversos arponeros (cada uno de nosotros tenía su favorito), y estábamos pendientes de Lilly, a la espera de que identificara a papá con Ahab... «o quizá decida que Frank es la ballena blanca», susurró Franny. Mas fue a Freud a quien identificó Lilly.

Una noche en que el maniquí de modista estaba en posición de firmes y Fehlgeburt ronroneaba como el mar, como la marea, Lilly dijo:

—¿Lo oís? ¡Chsss!

—¿Qué? —preguntó Frank como un fantasma; como habría preguntado Egg, pensamos todos.

—Corta el rollo, Lilly —murmuró Franny.

—No, prestad atención —insistió Lilly.



Por un instante creímos estar en la bodega en nuestras literas de marineros, oyendo la pata de palo de Ahab que se paseaba, inquieto, por encima de nuestras cabezas. Un golpe de madera, un ruido óseo. Era el bate de béisbol de Freud: cojeaba buscando a ciegas su camino en el piso de arriba... Había ido a visitar a una de las prostitutas.

—¿Con cuál va? —quise saber.

—Con Old Billig —replicó Susie el oso.

—Los viejos con los viejos —acotó Franny.

—A mí me parece muy dulce —dijo Lilly.

—Quiero decir que *esta noche* es Old Billig —agregó Susie el oso—. Debe de estar cansado.

—¿Lo hace con *todas*? —inquirió Frank.

—Con Jolanta no —dijo Susie—. Le asusta.

—A mí también —dije.

—Y tampoco con Inge la Morena, por supuesto —concluyó Susie—. No puede verla.

A mí no se me ocurría visitar a las putas..., a ninguna. En realidad, Ronda Ray había sido algo distinto. Con ella se trataba de sexo acompañado de gratificación; en Viena, el sexo era un negocio, una profesión. Yo podía masturbarme imaginando a Jolanta, que era bastante excitante. En cuanto al amor..., bien, para el amor siempre imaginaba a Franny. Y en las noches de verano, también estaba Fehlgeburt. Como *Moby Dick* era un monstruo de experiencia de lectura, Fehlgeburt se había acostumbrado a leernos hasta tarde por la noche. Cuando se iba, Frank y yo la acompañábamos andando a su casa. Tenía alquilada una habitación en un edificio destartado de la Rathaus, cerca de la universidad, y no le gustaba cruzar la Kärntnerstrasse ni la Graben a solas de noche, porque temía que la confundieran con una prostituta.

Cualquiera que confundiera a Fehlgeburt con una prostituta tenía que tener mucha imaginación: sin ningún género de dudas, era una estudiante. No es que no fuese bonita, sino que su belleza no resultaba decisiva... para ella. Lo que hacía con sus encantos —y los tenía— era suprimirlos o descuidarlos. Llevaba el pelo desgreñado, y en las raras ocasiones en que lo tenía limpio iba despeinada. Usaba téjanos y un polo o una camiseta; alrededor de la boca y de los ojos se le notaba ese tipo de fatiga que sugiere demasiado leer, demasiado escribir, demasiado pensar..., demasiado de esas cosas que exceden al propio cuerpo y sus cuidados y placeres. Parecía tener aproximadamente la edad de Susie, pero carecía de humor para ser un oso y su odio por las actividades nocturnas del Hotel New Hampshire bordeaba lo que Ernst habría llamado «asco». Cuando llovía, Frank y yo sólo íbamos con ella hasta la parada de tranvías de la Ringstrasse, delante de la Ópera; si el tiempo era bueno, atravesábamos con ella la Plaza de los Héroeos y subíamos por la Ringstrasse hacia la universidad. Sólo éramos tres chicos que salían de pensar en ballenas y caminaban bajo los

grandes edificios de una ciudad demasiado vieja para los tres. La mayoría de las noches teníamos la impresión de que Frank no estaba allí.

—Lilly sólo tiene once años —decía por ejemplo Fehlgeburt—. Es maravilloso que le guste la literatura. Puede ser su salvación. Ese hotel no es lugar para ella.

—*Wo ist die Gemütlichkeit?* —cantaba Frank.

—Tú eres muy buena con Lilly —le dije a Miss Aborto—. ¿Querrás tener familia algún día?

—¡Cuatrocientos sesenta y cuatro! —canturreaba Frank.

—No quiero tener hijos hasta después de la revolución —dijo Fehlgeburt sin el menor sentido del humor.

—¿Crees que le gusto a Fehlgeburt? —le pregunté a Frank mientras volvíamos a casa.

—Espera a que empiecen las clases —me sugirió Frank— y entonces búscate una chica bonita..., de tu edad.

Así, aunque vivía en un prostíbulo vienés, mi mundo sexual era, probablemente, como el de la mayoría de los norteamericanos que rondaban los quince años en 1957; me la sacudía con imágenes de una prostituta peligrosamente violenta, mientras acompañaba a su casa a una joven «mayor», esperando que llegara el día en que me atreviera a besarla o al menos a cogerla de la mano.

Esperaba a aquellas «almas tímidas», los huéspedes que (según había pronosticado Schwanger) se sentirían atraídos por el Hotel New Hampshire y me recordarían quién era yo. Pero no fue así. Llegaban de vez en cuando en autobuses: grupos extraños que hacían excursiones organizadas, algunas de ellas tan extrañas como los grupos. Bibliotecarios de Devon, Kent y Cornualles; ornitólogos de Ohio que habían estado observando cigüeñas en Rust. Sus costumbres eran tan regulares que todos se acostaban antes que las prostitutas empezaran a trabajar; dormían toda la noche a pesar de las idas y venidas, y a menudo salían de excursión por la mañana antes que Annie la Gritona fingiera su último orgasmo, antes que el radical Old Billig entrara... con el nuevo mundo resplandeciente en su mente de anciano. Los grupos eran despistados, y Frank solía hacer dinero extra acompañándolos en «excursiones a pie». Los grupos eran tranquilos, incluida la Sociedad Coral Masculina Japonesa, que descubrió a las prostitutas como grupo (y las usó como grupo). ¡Qué época tan extraña y ruidosa fue aquélla..., con tanto follar y tanto cantar! Los japoneses tenían muchas cámaras y tomaban fotografías de todo..., incluida nuestra familia. En realidad, dice siempre Frank, es una vergüenza que las *únicas* fotos que tenemos de nuestra estancia en Viena sean las de esa visita de la Sociedad Coral Masculina Japonesa. Hay una de Lilly con Fehlgeburt... y con un libro, por supuesto. Hay otra, muy conmovedora, de los dos Old Billig; parecen lo que Lilly denominaría una «dulce» pareja de ancianos. En otra se ve a Franny reclinada en el robusto hombro de Susie el oso; Franny aparece un poco delgada, aunque descarada y fuerte..., «extrañamente confiada», describe Frank a Franny durante ese período. Hay otra muy

curiosa, de papá y Freud. Parece como si estuvieran compartiendo el bate de béisbol... o forcejeando por él; dan la impresión de que estuvieran peleando para decidir a cuál de los dos le corresponde levantarse antes, y de haber interrumpido la bronca sólo el tiempo suficiente para que les tomaran la fotografía.

Yo estoy de pie junto a Inge la Morena. Recuerdo al caballero japonés que nos pidió a Inge y a mí que nos pusiéramos uno al lado del otro; estábamos sentados, jugando a las cartas, pero el japonés dijo que la luz no era buena, y tuvimos que ponernos de pie. Fue un momento antinatural; Annie la Gritona sigue sentada —en la parte de la mesa donde había buena luz— y la excesivamente empolvada Babette le dice algo al oído a Jolanta, que está situada un poco más allá de la mesa, con los brazos cruzados sobre su impresionante pecho. Jolanta nunca pudo aprender las reglas de nuestro juego de cartas. En la fotografía parece decidida a interrumpir la partida. Recuerdo que los japoneses también le tenían miedo, tal vez porque era mucho más corpulenta que cualquiera de ellos.

Lo que distingue a esas fotografías —nuestro único registro pictórico de Viena entre 1957 y 1964— es que todas aquellas personas conocidas tenían que compartir las escenas con uno o dos japoneses, con uno o dos extraños. Hasta la foto de Ernst el pornógrafo, apoyado en el coche, en el exterior. Arbeiter está con él, inclinado sobre el parachoques..., y por debajo del radiador del viejo Mercedes asoma un par de piernas, las piernas pertenecientes al así llamado Llave; Schraubenschlüssel nunca vio reproducidas más que sus piernas en una foto. El coche está rodeado de japoneses, extraños a quienes ninguno de nosotros volvería a ver jamás.

¿Podríamos haber sabido entonces —si hubiésemos mirado atentamente dicha fotografía— que aquél no era un coche corriente? ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un Mercedes —incluso viejo— que necesitara tanta atención mecánica? Herr Llave estaba siempre debajo del coche y arrastrándose a su alrededor. ¿Y por qué el único coche del Simposio sobre Relaciones Este-Oeste necesitaba tantos cuidados si rara vez lo usaban? Mirándola ahora, la foto habla por sí sola. Es difícil observar esa fotografía y no reconocer el viejo Mercedes por lo que era.

Una bomba. Una bomba constantemente conectada, siempre lista... Todo el coche era una bomba. Y esos japoneses irreconocibles que pueblan nuestras únicas fotografías..., ahora resulta fácil ver a esos extraños, a esos caballeros extranjeros, como símbolos de los ignotos ángeles de la muerte que acompañaban a ese coche. ¡Pensar que durante años bromeamos sobre lo mal mecánico que tenía que ser Schraubenschlüssel para estar toqueteando sin cesar aquel Mercedes! ¡De hecho, siempre fue un experto! El señor Llave, experto en bombas; durante casi siete años, aquella bomba estuvo preparada todos los días.

Nunca llegamos a saber qué esperaban... ni cuál habría sido el momento *maduro* si no les hubiésemos forzado la mano. Sólo podemos guiarnos por las fotografías de los japoneses, que componen una lóbrega historia.

—¿Qué recuerdas de Viena, Frank? —le pregunté..., le pregunto siempre.

Frank entró en una habitación para estar a solas y al salir me entregó una breve lista:

1. Franny con Susie el oso.
2. Cuando fuimos a comprar tus malditas pesas.
3. Acompañar a Fehlgeburt a su casa.
4. La presencia del Rey de los Ratones.

Frank me entregó la lista y dijo:

—Hay más, por supuesto, pero no quiero profundizar.

Lo comprendo, y yo también recuerdo cuando fuimos a comprar mis pesas. Fuimos *todos*. Papá, Freud, Susie y nosotros, los chicos. Freud fue porque sabía dónde estaba la tienda de deportes. Susie porque Freud la ayudaría a recordar dónde estaba, gritándole en el tranvía.

—¿Ya pasamos la tienda de provisiones hospitalarias de la Mariahilfer? —gritó Freud—. Es la segunda a la izquierda, o la tercera, después de pasar por allí.

—¡Grrr! —respondió Susie, asomada a la ventanilla.

El conductor del *Strassenbahn* amonestó a Freud:

—Espero que sea de fiar... no está atado... me refiero al oso. En general no les permitimos subir al tranvía si no están atados.

—¡Grrr! —gruñó Susie.

—Es un oso inteligente —explicó Frank al conductor.

En la tienda de deportes compré 145 kilos de pesas, una barra larga y dos pequeñas para los ejercicios de un solo brazo.

—Envíenlo todo al Hotel New Hampshire —dijo papá.

—No entregan a domicilio —aclaró Frank.

—¿Que no entregan a domicilio? —protestó Franny—. ¡Nosotros no podemos llevar eso!

—Grrr —repitió Susie.

—¡Pórtate bien, Susie! —gritó Freud—. ¡No seas grosera!

—En realidad, al oso le gustaría que nos enviaran estas pesas —dijo Frank al dependiente de la tienda de deportes.

Pero no funcionó. Tendríamos que habernos dado cuenta entonces de que empezaba a disminuir el poder del oso para conseguir que las cosas funcionaran. Distribuimos las pesas lo mejor que pudimos. Coloqué una pesa de 35 kilos en cada una de las barras cortas y llevé una en cada mano. Papá, Frank y Susie el oso cargaron con la barra larga y 75 kilos. Franny abrió las puertas y despejó la calzada. Lilly iba con Freud, al que hizo de lazarillo hasta llegar a casa.

—¡Santo cielo! —exclamó papá cuando no nos permitieron subir al *Strassenbahn*.

—¡Pues aquí nos permitieron bajar! —refunfuñó Franny.

—No es por el oso, sino por la barra larga —dijo Freud.

—Parece peligrosa por la forma en que la lleváis —dijo Franny a Frank, a Susie y a papá.

—Si hubieses seguido practicando halterofilia como Iowa Bob —le dije a papá—, ahora podrías llevarla tú solo. Entonces no parecería tan pesada.

Lilly había advertido que los austriacos llevaban osos en los tranvías, pero no barras de pesas; también había notado que eran liberales con respecto a los esquíes. Sugirió que compráramos una bolsa para esquíes y metiéramos dentro la barra larga; así el conductor del tranvía creería que se trataba de un par de esquíes muy pesados.

Frank sugirió que alguien fuese a buscar el coche de Schraubenschlüssel.

—Nunca funciona —recordó papá.

—Ya debe estar listo para funcionar —dijo Franny—. Ese imbécil hace años que lo está reparando.

Papá cogió el tranvía y fue a casa a pedir el coche. ¿No tendríamos que habernos dado cuenta entonces, por la instantánea negativa de los radicales, de que había *una bomba* aparcada en la puerta de nuestro nuevo hotel? Pero pensamos que sólo se trataba de un aspecto de la grosería de los radicales; seguimos con todo el peso en dirección a casa. Por último tuve que dejar a los demás con la barra larga en el museo Kunsthistorisches. No permitieron la entrada de la barra en el museo... y tampoco la del oso.

—A Brueghel no le habría importado —comentó Frank.

Tuvieron que hacer tiempo en la esquina. Susie bailó un poco; Freud golpeó su bate de béisbol; Lilly y Franny cantaron una canción americana: pasaron el tiempo ganando algún dinero. Payasos callejeros, especialidades vienesas, «la presencia del Rey de los Ratones», como diría Frank. Él pasó el sombrero. Es decir, la gorra del uniforme de conductor de autobús que le había regalado papá..., una gorra fúnebre, que Frank se ponía para hacer de portero en el Hotel New Hampshire. En Viena la usaba siempre: Frank, nuestro Rey de los Ratones impostor. Todos pensábamos a menudo en el triste artista con sus roedores no deseados, que un día dejó de pasar de largo ante las ventanas abiertas, que un día dio el salto llevándose a sus pobres ratones. ¡LA VIDA ES SERIA, PERO EL ARTE ES DIVERSIÓN!, había afirmado, y rubricó lo dicho: las ventanas abiertas junto a las que durante tanto tiempo había pasado de largo, finalmente le atrajeron.

Llegué a casa con los 75 kilos.

—Hola, Llave —dije al radical que seguía debajo del coche.

Volví corriendo al museo Kunsthistorisches y regresé a casa al trote, con otros 35 kilos. Papá, Frank, Susie el oso, Franny, Lilly y Freud cargaron con los 35 restantes. Ahora que tenía pesas y podía evocar el primer Hotel New Hampshire —y a Iowa Bob—, desapareció una parte de la extranjería de Viena.

Tuvimos que ir a la escuela, naturalmente. Era una escuela norteamericana próxima al zoo de Hietzing, cerca del palacio Schönbrunn. Durante un tiempo, Susie

nos acompañó en el tranvía todas las mañanas y nos fue a buscar a la salida. Una forma estupenda para relacionarnos con los demás chicos: íbamos y volvíamos de la escuela con un oso. Pero papá o Freud tenían que acompañar a Susie, pues en Viena no permitían que los osos viajaran solos en los tranvías y la escuela estaba lo bastante cerca del zoo como para que la gente de los suburbios se pusiera más nerviosa que la de la ciudad al ver un oso.

Sólo más tarde se me ocurrió que prestamos un flaco servicio a Frank al no saber reconocer su discreción sexual. Durante los siete años que pasamos en Viena, nunca supimos quiénes eran sus amigos; nos contó que eran chicos de la escuela norteamericana, y como él era el mayor y estaba en el curso de alemán más avanzado, solía ser el que más tiempo se quedaba solo en la escuela. Su familiaridad con el exceso de sexo en el segundo Hotel New Hampshire debió de inclinarle por la discreción, del mismo modo que yo me convencí de que era necesario susurrar debido a mi iniciación con Ronda Ray con un interfono conectado en la habitación. Y por el momento Franny tenía a su oso... y debía afrontar la violación, como no dejaba de decirme Susie.

—La ha superado —dije.

—Pero *tú* no —afirmó Susie—. Aún tienes a Chipper Dove en la cabeza. Ella también.

—Entonces con quien no ha acabado Franny es con Chipper Dove —dije—. La violación está superada.

—Veremos —dijo Susie—. Yo soy un oso inteligente.

Y las almas tímidas seguían llegando, aunque no en número aplastante: un número aplastante de almas tímidas habría sido una contradicción. Aun así, la lista de huéspedes era mejor que la del primer Hotel New Hampshire.

Los grupos eran más fáciles que los individuos. En un alma tímida individual hay algo que es mucho más tímido que un grupo formado por almas del mismo tipo. Las almas tímidas que viajaban solas, las parejas tímidas con algún hijo tímido, parecían ser las que se perturbaban con más facilidad por las actividades diurnas y nocturnas en medio de las cuales eran ansiosos huéspedes. Pero en nuestros tres o cuatro primeros años en el segundo Hotel New Hampshire, sólo hubo una queja: así de tímidas eran esas almas tímidas.

Se quejó una compatriota, una mujer que viajaba con su marido y su hija, esta última de la edad de Lilly. Eran de New Hampshire, aunque no de Dairy. Cuando se registraron estaba Frank en la recepción; fue por la tarde, después de la salida de la escuela. Frank observó que la mujer empezó a rebuznar instantáneamente, pues echaba de menos cierta «*decencia* honesta y limpia, buena y sencilla» que aparentemente relacionaba con New Hampshire.

—La consabida mierda sencilla-pero-buena —diría Franny recordando a la señora Urick.

—Nos han robado en toda Europa —dijo a Frank el marido de la mujer de New

Hampshire.

Ernst estaba en el vestíbulo, explicándonos a Franny y a mí algunas de las posiciones más raras de la «unión tántrica». Nos resultaba bastante difícil seguirle en alemán; ahora bien, aunque Franny y yo nunca llegaríamos a la altura de Frank —y en un año Lilly sostenía conversaciones como él—, aprendimos mucho en la escuela. Sin embargo, allí no enseñaban la práctica del coito. Eso pertenecía a la esfera de Ernst; y aunque su presencia me ponía los pelos de punta, no soportaba que hablara a solas con Franny, de modo que cada vez que se acercaba a ella hacía todo lo posible por entremeterme. A Susie el oso también le gustaba intervenir: tocaba a mi hermana con una hermosa y gran manaza que Ernst no podía dejar de ver. Pero el día que se registraron mis paisanos de New Hampshire, Susie el oso estaba en el lavabo.

—Y *pelos* en los cuartos de baño —dijo la mujer a Frank—. No se imagina la mugre a que nos hemos visto expuestos.

—Hemos tirado todas las guías —dijo el marido a Frank—. No se puede confiar en ellas.

—Ahora confiamos en nuestro instinto —la mujer recorrió con la mirada el nuevo vestíbulo del Hotel New Hampshire—. Buscamos alguna nota *norteamericana*.

—No veo la hora de llegar a casa —dijo la hija con voz ratonil.

—Tengo un buen par de habitaciones en la tercera planta..., contiguas —agregó Frank, pero empezó a preocuparse, pues estaban demasiado cerca de las prostitutas, que así quedarían a un solo piso de distancia—. Claro que el paisaje es mejor desde el cuarto piso.

—Al cuerno con el paisaje —dijo la mujer—. Tomaremos las habitaciones contiguas del tercero. Y sin *pelos*... —añadió en tono amenazador en el preciso momento en que Susie el oso entró en el vestíbulo arrastrando los pies.

Susie vio a la pequeña huésped, movió la cabeza de un lado a otro y emitió un suave bufido osuno.

—Mira, un oso —dijo la niña, abrazada a la pierna de su padre.

Frank hizo sonar la campanilla.

—¡Mozo de equipaje! —gritó.

No tuve más remedio que alejarme de la descripción de Ernst sobre las posiciones del tantra.

—El grupo *vianta* tiene dos posiciones principales —decía blandamente—. La mujer se inclina hacia delante hasta tocar el suelo con las manos, mientras el hombre la toma desde atrás, de pie...; ésta es la *asana-denuca-vianta* o posición de la vaca —concluyó Ernst, con su líquida mirada fija en Franny.

—¿La posición de la vaca? —preguntó Franny.

—¡Grrr! —desaprobó Susie, y apoyó la cabeza en el regazo de mi hermana..., haciendo el oso para los nuevos huéspedes.

Empecé a subir la escalera con el equipaje. La pequeña no podía apartar la vista del oso.

—Tengo una hermana más o menos de tu misma edad —le dije.

Lilly había salido a llevar a Freud a dar un paseo... y sin duda éste la instruía sobre todas las cosas que no podía ver.

Así era como solía llevarnos de paseo Freud. El bate de béisbol a un costado y alguno de nosotros o Susie al otro. Le guiábamos a través de la ciudad, gritando los nombres de las esquinas cuando llegábamos. Freud se estaba volviendo sordo, también.

—¿Estamos en la Blutgasse? —gritaba Freud—. ¿Estamos en la Vía Sangre?

Lilly, Frank, Franny o yo chillábamos:

—*Ja!* ¡Blutgasse!

—Sigue recto —nos dirigía Freud—. Cuando lleguemos a la Domgasse, tenemos que buscar el número cinco. Es la entrada a la Figaro House, donde Mozart compuso *Las bodas de Fígaro*. ¿En qué año, Frank? —gritaba.

—¡1785! —gritaba a su vez Frank.

—Y más importante que Mozart es la primera cafetería de Viena. ¿Todavía estamos en la Blutgasse, chicos?

—*Ja!* Vía Sangre.

—Buscad el número seis. ¡La primera cafetería de Viena! —gritaba Freud—. Ni siquiera Schwanger la conoce. Le encanta la *Schlagobers*, pero es como todos esos políticos: no tiene sentido de la *historia*.

Era cierto que no aprendíamos historia con Schwanger. Aprendimos a saborear café, seguido de pequeños vasos de agua; aprendimos a gustar del suave polvo de los periódicos en nuestros dedos. Franny y yo solíamos pelear por el ejemplar de *International Herald Tribune*. En los siete años que pasamos en Viena siempre aparecían noticias de Junior Jones.

—¡Estatal de Pensilvania treinta y cinco, Navy seis! —leía Franny en voz alta, y todos aplaudíamos.

Más adelante sería Browns de Cleveland 28, Giants de Nueva York 14. Los Colts de Baltimore 21, los pobres Browns 17. Aunque Junior rara vez transmitía a Franny más noticias que éstas —en sus ocasionales cartas—, de alguna manera sentíamos algo especial al saber de él tan indirectamente, a través de los resultados de los partidos de fútbol, con varios días de retraso, en el *Herald Tribune*.

—En Judengasse, girad a la derecha —nos indicaba Freud.

Entonces seguíamos la Vía de los Judíos hasta la iglesia de San Ruperto.

—Siglo XI —murmuraba Frank: para él, cuanto más viejo mejor.

Bajamos hasta el canal del Danubio; al pie de la cuesta, en el Malecón de los Francisco José, estaba el monumento que Freud nos llevaba a ver con bastante frecuencia: la placa de mármol en memoria de los asesinados por la Gestapo, cuyo cuartel general había estado allí:

—¡Aquí! —gritó Freud, golpeando el suelo con los pies y con el bate de béisbol—. ¡Describidme la placa! —gritó—. Nunca la he visto.



Lógico: Freud se había quedado ciego en un campo de concentración. Probaron en sus ojos un experimento que resultó un fracaso.

—No, no se trata de un campamento de *verano* —tuvo que explicar Franny a Lilly, que siempre había tenido miedo de que la enviaran a un campamento de verano y no se sorprendió al enterarse de que torturaban a los acampados.

—No se refiere a un campamento de verano, Lilly —reforzó Frank—. Freud estuvo en un campo de concentración, en un campamento de la muerte.

—Pero Herr Tod nunca dio conmigo —dijo Freud a Lilly—. El Señor de la Muerte nunca me encontró en casa cuando fue a buscarme.

Fue Freud quien nos explicó que los desnudos de la fuente del Neuer Markt, la Fuente de la Providencia —o Fuente de Donner, en honor a su creador—, eran copias del original. Los originales estaban en el palacio del Belvedere. Destinados a representar el agua como fuente de vida, los desnudos había sido condenados por María Teresa.

—Era una zorra —dijo Freud—. Fundó una Comisión de Castidad.

—¿Qué hacían? —inquirió Franny—. Me refiero a los miembros de la Comisión de Castidad.

—¿*Qué podían* hacer? ¿*Qué puede* hacer ese tipo de gente? No lograron hacer nada para suprimir el sexo, de modo que se dedicaron a joder con las fuentes.

Hasta la Viena de Freud —del *otro* Freud— era famosa por haber sido incapaz de hacer algo para suprimir el sexo, aunque esto no impidió que lo intentaran los equivalentes victorianos de la Comisión de Castidad creada por María Teresa.

—En aquellos tiempos —señaló Freud, admirado— se permitía que las putas hicieran citas en los pasillos de la Ópera.

—En los intervalos —agregó Frank, por si no lo sabíamos.

Para Frank, la excursión predilecta con Freud era al Mausoleo Imperial, el *Kaisergruft* en las catacumbas de la Kapuzinerkirche. Desde 1633 se enterraba allí a los Habsburgo. Allí estaba María Teresa, la vieja mojígata. Pero no su corazón. Los cadáveres de las catacumbas están descorazonados: sus corazones se conservan en otra iglesia. Para verlos es necesario hacer otra excursión.

—Al final, la historia lo separa todo —salmodió Freud en las tumbas descorazonadas.

Adiós, María Teresa... y Francisco José e Isabel y desgraciado Maximiliano de México. Y entre ellos está, naturalmente, el más apreciado por Frank: el príncipe heredero de los Habsburgo, el pobre Rodolfo, el suicida. Frank siempre se ponía especialmente melancólico en las catacumbas.

Franny y yo nos poníamos más melancólicos cuando Freud nos orientaba por la Wipplingerstrasse hacia la Füttergasse.

—¡Giro! —gritaba Freud, y le temblaba el bate de béisbol.

Estábamos en la Judenplatz, el antiguo barrio judío de la ciudad. Ya en el siglo XIII había sido una especie de gueto; la primera expulsión de los judíos había tenido

lugar en 1421. Apenas sabíamos algo más sobre la más reciente.

Lo penoso de estar allí con Freud es que esta expulsión no era tan visiblemente histórica. Freud gritaba nombres de apartamentos que ya no eran apartamentos. Identificaba edificios que habían desaparecido. Y la *gente* que conocía... ya no estaba allí. Era una excursión de cosas que nosotros no veíamos, pero Freud las conservaba en la retina; había visto 1939 —y antes— al estar por última vez en la Judenplatz con un par de ojos útiles.

El día que llegó la pareja de New Hampshire con su hija, Freud había llevado a Lilly a la Judenplatz. Lo deduje porque la noté deprimida cuando volvieron. Yo acababa de llevar a los norteamericanos y sus maletas a las habitaciones del tercer piso, y también estaba deprimido. Mientras subía no podía dejar de pensar en Ernst describiéndole a Franny la «posición de la vaca». Las maletas no me resultaron especialmente pesadas, pues imaginaba que se trataba de Ernst, al que cargaba hasta lo alto del Hotel New Hampshire, donde le dejaría caer por una ventana del quinto piso.

La mujer de New Hampshire pasó brevemente la mano por la barandilla y dijo:  
—Polvo.

Schraubenschlüssel nos adelantó en el rellano del segundo piso. Iba sucio de grasa desde la punta de los dedos hasta los bíceps; llevaba alrededor del cuello un rollo de alambre de cobre semejante al lazo del verdugo, y en los brazos sostenía algo en forma de caja, obviamente pesado, que parecía una batería gigante..., una batería demasiado grande para un Mercedes, recordaría yo mucho después.

—Hola, Llave —le saludé.

Emitió un gruñido; entre los dientes apretaba con delicadeza —con delicadeza para él— una especie de pequeño fusible envuelto en vidrio.

—El mecánico del hotel —expliqué, porque era la forma más fácil de decirlo.

—No va muy limpio —dijo la mujer de New Hampshire.

—¿Hay un automóvil en el último piso? —inquirió el marido.

Cuando caminábamos por el pasillo del tercer piso, buscando en la semioscuridad las correspondientes habitaciones, se abrió una puerta en el quinto y llegó a nuestros oídos una especie de texto mecanografiado en el último momento: probablemente Fehlgeburt, que ponía fin a un manifiesto o escribía su tesis sobre el romanticismo que puebla el corazón de la literatura americana. Arbeiter gritó por el ojo de la escalera:

—¡Componendas! Tú no representas nada tan eficazmente como las componendas.

—¡Cada cosa a su tiempo! —chilló Old Billig.

Old Billig se encaminaba hacia el exterior; cruzó el descansillo del tercer piso mientras yo todavía luchaba con el equipaje y las llaves.

—¡Tú cambias de dirección según sopla el viento, amigo! —gritó Arbeiter. Lo dijo en alemán, por supuesto, y supongo que, como mis compatriotas no entendían el

idioma, debió de sonar más amenazador de lo que realmente era—. ¡Algún día el viento te arrastrará! —concluyó.

Old Billig el radical se detuvo en el rellano, levantó la cabeza y gritó a Arbeiter:

—¡Tú estás loco! ¡Nos matarás a todos! ¡No tienes *paciencia*!

Desde algún punto situado entre el tercero y el quinto piso, moviendo suavemente su figura, generosa de tanta *Schlagobers*, la buena de Schwanger intentó tranquilizarlos, trotando unos pocos peldaños escaleras abajo en dirección a Old Billig y hablándole en un susurro, trotando unos pocos peldaños escaleras arriba en dirección a Arbeiter, con quien tenía que levantar un poco la voz.

—¡Cierra el pico! —le espetó Arbeiter—. Ve a embarazarte otra vez —le dijo—. Hazte otro aborto. Consigue un poco de *Schlagobers*.

—¡Animal! —gritó Old Billig, y empezó a subir otra vez la escalera—. Es posible seguir siendo un caballero, pero no en tu caso —le gritó a Arbeiter—. ¡Tú ni siquiera eres un *humanista*!

—Por favor —insistía Schwanger—. *Bitte, bitte...*

—¿Quieres *Schlagobers*? —rugió Arbeiter—. Yo quiero ver correr la *Schlagobers* por la Kärntnerstrasse —dijo, enloquecido—. Quiero ver cómo la *Schlagobers* interrumpe el tráfico en la Ringstrasse. *Schlagobers* y sangre. Eso es lo que veréis cubriéndolo todo. ¡Rezumando en las calles! *Schlagobers* y sangre.

Hice pasar a los tímidos norteamericanos de New Hampshire a sus polvorientas habitaciones. Yo sabía que pronto oscurecería y que cesarían los gritos arriba. Entonces empezaría abajo los gruñidos, los movimientos de las camas, la trillada caída de agua en los bidés, las idas y venidas del oso —supervisando la segunda planta— y el bate de béisbol de Freud golpeteando de habitación en habitación.

¿Irían mis compatriotas a la Ópera? ¿Regresarían para ver a Jolanta arrastrando a un valiente borracho escaleras arriba... o arrojándole escaleras abajo? ¿Estaría alguien magreando a Babette en el vestíbulo, donde yo jugaba a las cartas con Inge la Morena y le hablaba del heroísmo de Junior Jones? El Brazo Negro de la Ley la hacía feliz. Cuando tuviera «edad suficiente», decía, prepararía un hatillo, visitaría a su padre y vería con sus propios ojos lo mala que era la vida para los negros en Estados Unidos.

¿Y a qué hora de la noche el primer orgasmo falso de Annie la Gritona enviaría a la hija de la pareja de New Hampshire a la habitación de sus padres por la puerta de comunicación? ¿Se acurrucarían los tres en una sola cama hasta la mañana, oyendo a hurtadillas las gangas de Old Billig, los ruidos sordos y ruines de Jolanta demoliendo a alguien?

Annie la Gritona me había advertido de lo que me haría si alguna vez se me ocurría ponerle un dedo encima a Inge la Morena.

—La mantengo alejada de los hombres de la calle —dijo—, pero no quiero que crea que está *enamorada* o algo por el estilo. En cierto sentido, eso es peor..., yo lo sé muy bien. Eso es lo que fastidia de verdad. Quiero decir que no permitiré que nadie *le pague*, nunca... y tampoco te permitiré a ti que lo hagas gratis.

—Sólo tiene la edad de mi hermana Lilly... para mí —dije.

—¿A quién le interesa cuántos años tiene? —preguntó Annie la Gritona—. Yo te vigilo a *ti*.

—Tú ya tienes edad suficiente para menear de vez en cuando el pistolón —me dijo Jolanta—. Te he visto y tengo buen ojo para detectar pistolones.

—Si tienes una erección, puedes usarla —volvió a la carga Annie la Gritona—. Sólo te advierto que no las uses con Inge la Morena. Si lo haces, te la cortaré —me amenazó.

—Eso está muy bien —opinó Jolanta—. Descárgate con nosotras, no con la cría. Si la tocas, acabaremos contigo. Levanta todas las pesas que quieras, que en algún momento te quedarás dormido.

—Y cuando despiertes, notarás que tu pistolón ha desaparecido —me advirtió Annie la Gritona.

—¿Comprendido? —inquirió Jolanta.

—Desde luego —respondí.

Jolanta se acercó y me besó en la boca. Su beso fue tan amenazador y falto de vida como el de la víspera de Año Nuevo, impregnado de vómito, que había recibido de Doris Wales. No obstante, cuando Jolanta terminó su beso, se apartó de repente con mi labio inferior sujeto entre sus dientes, hasta que grité. Entonces me liberó. Sentí que mis brazos se elevaban por su cuenta, como ocurre cuando he estado practicando ejercicios de un solo brazo durante media hora o más. Pero Jolanta empezó a retroceder con expresión alerta y las manos metidas en el bolso. No aparté la mirada de aquellas manos y del bolso hasta que salió de mi habitación. Annie la Gritona seguía allí.

—Lamento lo del mordisco —me dijo—. Yo no le dije que hiciera eso. Jolanta es ruin por su cuenta. ¿Sabes lo que lleva en el bolso?

No quise saberlo. Annie la Gritona tenía que estar enterada. Vivía con Jolanta, me había dicho Inge la Morena. En realidad, me contó Inge, no sólo su madre y Jolanta eran amigas a lo lesbiano, sino que Babette también vivía con una mujer (una prostituta que operaba en la Mariahilfer Strasse). La única que prefería a los hombres era Old Billig, y ésta, me dijo Inge la Morena, era tan vieja que por lo general no prefería nada...

Así, mantuve serias relaciones no sexuales con Inge la Morena; de hecho, ni siquiera se me habría ocurrido *pensar* en ella sexualmente si su madre no hubiese mencionado la cuestión. Me atenía estrictamente a mi imaginación: Franny y Jolanta. Y por supuesto a mi tímido y balbuceante cortejo de Fehlgeburt, la lectora. Todas las chicas de la escuela sabían que yo vivía en «ese hotel de la Krugerstrasse»: no pertenecía a la misma clase que ellas. La gente suele decir que, en Estados Unidos, la mayoría de los nativos no tienen conciencia de clase, pero yo conozco a los que viven en el extranjero y sé que son muy conscientes de la *clase* de norteamericanos a que pertenecen.

Franny tenía a su oso y su imaginación —supongo—, así como yo la mía. Tenía a Junior Jones y sus partidos de fútbol: seguramente le costaba un esfuerzo imaginarle fuera de los límites del campo de juego. Y también tenía sus cartas a Chipper Dove, con sus ideas fijas.

Susie sustentaba una teoría con respecto a aquellas cartas.

—Le tiene miedo. En realidad, le aterra la idea de volver a verle. Es ese *miedo* lo que la lleva a escribirle. Porque si puede dirigirse a él con voz normal, si puede  *fingir* que mantiene una relación normal con él... entonces Chipper no es un violador, nunca le hizo nada, y Franny no quiere enfrentarse con el hecho de que  *se lo hizo*. Ocurre que tiene miedo de que Dove o alguien como él vuelva a violarla.

Reflexioné sobre sus palabras. Quizá Susie el oso no fuese el oso inteligente que creía Freud, pero sin duda lo era a su manera.

Nunca olvidaré lo que, en cierta ocasión, me contó Lilly acerca de Susie.

—Puedes reírte de Susie porque tiene miedo de ser un ser humano y de tener que *enfrentarse*, como diría ella, con otros seres humanos. ¿Pero cuántos seres humanos sienten lo mismo y carecen de imaginación para hacer algo al respecto? Quizá sea una estupidez pasar por la vida como un oso, pero debes reconocer que exige imaginación —dijo Lilly.

Todos estábamos familiarizados con la imaginación, por supuesto. En esa parcela, papá prosperaba: la imaginación era su hotel. Freud sólo podía ver con la imaginación. Franny, serena en el presente, también miraba hacia delante, y yo siempre miraba a Franny (en busca de señales, de algún signo vital para orientarme). De todos nosotros, probablemente Frank era el imaginativo más logrado: componía un mundo propio y se encerraba en él. Lilly, en Viena, tenía una misión: mantenerse a salvo por un tiempo. Lilly había decidido crecer... y debería hacerlo con su imaginación, porque notamos muy pocos cambios físicos.

Lo que hacía Lilly en Viena era *escribir*. Las lecturas de Fehlgelurt la habían atrapado. Lilly quería ser escritora —precisamente—, y nos sentíamos lo bastante incómodos con ella como para no acusarla de hacerlo... aunque sabíamos muy bien que escribía todo el tiempo. Y ella estaba lo bastante incómoda al respecto como para no admitirlo. Pero todos nosotros sabíamos que Lilly estaba escribiendo algo. No dejó de escribir durante casi siete años. Conocíamos el tecleo de su máquina de escribir, diferente de las de los radicales. Lilly escribía con gran lentitud.

—¿Qué estás haciendo, Lilly? —le preguntaba alguien, y llamaba a su puerta, siempre cerrada con llave.

—Trato de crecer —respondía Lilly.

—Y ése era el eufemismo que todos empleábamos. Si Franny logró decir que le habían dado una paliza cuando la habían violado —si podía salir bien librada con *eso*, pensé, tenía que permitírsele a Lilly decir que estaba «tratando de crecer» cuando estaba (todos lo sabíamos) «tratando de escribir».

De modo que cuando le dije a Lilly que la familia de New Hampshire tenía una

chica de su edad, me respondió:

—¿Y qué? Ahora estoy ocupada creciendo. Tal vez me presente a ella después de la cena.

Una de las maldiciones de la gente tímida —en los malos hoteles— es que suele ser demasiado tímida para *largarse*. Son tan tímidos que ni siquiera se atreven a quejarse. Y cierta urbanidad acompaña su timidez; si se marchan porque un Schraubenschlüssel los ha asustado en la escalera, porque una Jolanta ha mordido a alguien en el vestíbulo, porque una Annie la Gritona los ha acercado un poco más a la muerte con sus aullidos... o incluso por haber encontrado pelos de oso en el bidé, se disculpan.

Pero no la mujer de New Hampshire. Ella era más audaz que el huésped tímido término medio. Resistió los primeros ligues de las prostitutas (la familia debía de haber salido a cenar). La familia aguantó hasta más allá de medianoche sin una queja, sin hacer siquiera una llamada inquisitiva a la recepción. Frank estaba estudiando con el maniquí. Lilly intentaba crecer. Franny ocupaba el escritorio del vestíbulo y Susie el oso se paseaba por allí... apaciguando con su presenciaba los clientes de las prostitutas. Yo estaba inquieto. (Estuve inquieto durante siete años, pero aquella noche me sentía especialmente inquieto.) Había estado jugando a los dardos en el Kaffee Mowatt con Inge la Morena y Old Billig. Fue otra noche lenta para Old Billig. Annie la Gritona dio con un cliente que cruzó la Kärntnerstrasse y giró por la Krugerstrasse poco después de medianoche. Yo estaba esperando mi turno en los dardos cuando Annie la Gritona y su furtivo acompañante se asomaron al Mowatt; Annie nos vio a Inge la Morena y a mí con Old Billig

—Ya son más de las doce —dijo a su hija—. Tienes que descansar. Mañana hay clases.

Entramos en el Hotel New Hampshire, todos juntos. Annie la Gritona y su cliente un poco adelantados. Inge y yo flanqueábamos a Old Billig, que hablaba del valle del Loira, en Francia. «Allí es donde me gustaría retirarme» decía, «o pasar mis próximas vacaciones».

Inge la Morena y yo sabíamos que Old Billig siempre pasaba las vacaciones —*todas* las vacaciones— con la familia de su hermana en Baden. Le bastaba coger un autobús o un tren en la parada que había frente a la Ópera; para Old Billig, Baden siempre sería mucho más accesible que Francia.

Cuando entramos en el hotel, Franny nos informó de que todos los huéspedes estaban dentro. La familia de New Hampshire se había ido a acostar hacía una hora. Una joven pareja de suecos se había ido a la cama más temprano. Un viejo de Burgenland no había abandonado su habitación en toda la noche, y unos ingleses aficionados al ciclismo, que habían entrado borrachos, comprobaron el estado de sus bicicletas en el sótano, intentaron jugar con Susie el oso (hasta que gruñó) y sin

duda ahora dormían en sus habitaciones. Me dirigí a mi cuarto para levantar pesas y pasé por la puerta de Lilly en el mágico instante en que apagó la luz: por esa noche había dejado de crecer. Practiqué algunos ejercicios de antebrazo con la barra larga, pero sin mucho entusiasmo; era muy tarde. En ese momento sólo levantaba pesas porque me aburría. Oí al maniquí golpear la pared que separaba mi habitación de la de Frank; algo de lo que estaba estudiando le habría frustrado y se desquitaba con el maniquí, o quizá se aburriese también. Golpeé la pared.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas —dijo Frank.

—*Wo ist die Gemütlichkeit?* —canté, con poco entusiasmo.

Oí que Franny y Susie el oso pasaban por delante de mi habitación.

—¡Cuatrocientas sesenta y cuatro, Franny! —susurré.

Encima de mi cabeza sonó el sólido impacto del bate de béisbol de Freud al caer de una cama. Apostaría que era la cama de Babette. Como de costumbre, papá dormía como un lirón... y soñaba, sin duda; soñaba sin cesar. Una voz de hombre barbotó algo en el descansillo del segundo piso y Jolanta le respondió. Le respondió tirándole escaleras abajo.

—*Patético* —oí murmurar a Frank.

Franny estaba cantando la canción que Susie arrancaba de ella, de modo que hice todo lo posible por concentrarme en la pelea del vestíbulo. Me di cuenta de que para Jolanta era un combate fácil. Todo el dolor lo ponía el hombre.

—Tienes la picha como un calcetín húmedo y pretendes insinuar que es culpa *mía* —gritó Jolanta.

A esto siguió lo que supuse que era un tortazo dado con el canto de la mano. No es seguro. Pero a continuación oí que el cliente volvía a caer..., eso estaba claro. Dijo algo, pero sus palabras parecían ahogadas. ¿Le estaría estrangulando Jolanta? Por un momento pensé en ir a interrumpir la canción de Franny: ¿no sería aquélla una tarea para Susie el oso?

Luego oí a Annie la Gritona. Creo que la oyó toda la Krugerstrasse. Sospecho que hasta algunas personas elegantes que habían ido a la Ópera y que en ese momento dejaban el Sacher Bar y se encaminaban a su casa por la Kärntnerstrasse, oyeron a Annie la Gritona.

Un día de noviembre de 1969 —cinco años después de que dejáramos Viena—, dos noticias aparentemente inconexas ocupaban los titulares de los matutinos de la ciudad. Desde el 17 de noviembre de 1969, anunciaban, se prohibía a las prostitutas que deambularan por la Graben y por la Kärntnerstrasse... y también por todas las calles laterales de esta última, *excepto* la Krugerstrasse. Las prostitutas habían sido dueñas de esas calles durante trescientos años, pero después de 1969 sólo podrían operar en la Krugerstrasse. En mi opinión, el pueblo de Viena ya había abandonado sus intentos por salvar la Krugerstrasse *antes* de 1969. Sospecho que lo que determinó la decisión oficial fue el orgasmo fingido de Annie la Gritona la noche que la familia de New Hampshire se hospedó con nosotros. Aquel orgasmo, y no otra

cosa, acabó con la Krugerstrasse.

El mismo día de 1969 en que los funcionarios austriacos anunciaron que confinarían a las prostitutas de la Kärntnerstrasse en la Krugerstrasse, los periódicos señalaron también que se había *resquebrajado* un nuevo puente del Danubio; pocas horas después de la ceremonia de inauguración, el puente se cuarteó. La versión oficial adjudicaba la responsabilidad al pobre sol.

A mi entender, el astro rey no era el culpable. Sólo Annie la Gritona era capaz de hacer que un puente se agrietara, incluso un puente nuevo. Seguramente ella había estado trabajando con la ventana abierta.

Creo que el orgasmo fingido de Annie la Gritona era capaz de hacer que salieran de sus sepulcros los descorazonados cadáveres de los Habsburgo.

Y la noche que en que la tímida familia de New Hampshire se alojó en nuestro hotel, Annie la Gritona emitió el orgasmo fingido que marcó el *récord* de toda nuestra estancia en Viena. Fue un orgasmo de siete años. A su grito siguió tan de cerca el único y breve gemido de su compañero, que estiré la mano fuera de la cama y cogí una de las barras. Sentí que el maniquí del cuarto de Frank salía volando y que él mismo se tambaleaba torpemente hacia la puerta. La delicada canción de Franny se interrumpió en el movimiento ascendente y tuve la certeza de que Susie el oso empezó a buscar frenéticamente su cabeza. A pesar de todo lo que hubiese crecido Lilly antes de apagar la luz, es probable que perdiera unos centímetros cuando se echó hacia atrás a causa del terrible aullido de Annie la Gritona.

—¡Santo cielo! —protestó papá.

El hombre que Jolanta vapuleaba en el vestíbulo encontró de repente las fuerzas necesarias para liberarse y precipitarse a la calle. Imagino a otras prostitutas que paseaban por la Krugerstrasse reconsiderando su profesión. Se estarían preguntando a quién se le había ocurrido llamar «ocupación tranquila» a su oficio.

Alguien gemía. ¿Babette, asustada y apartada de su ritmo con Freud? ¿Freud, que buscaba su bate de béisbol para usarlo como arma? ¿Inge la Morena, que finalmente temía por su madre? Tuve la impresión de que una de las máquinas de escribir de los radicales —en el quinto piso— se había movido sola y había caído de su mesa, aplastándose contra el suelo.

En menos de un minuto nos encontramos en el vestíbulo y empezamos a subir la escalera para llegar al segundo piso. Nunca había visto a Franny tan alterada; Lilly se acercó a ella y se le colgó de la cadera. Frank y yo quedamos en fila como soldados, atraídos por aquel grito devastador.

Ahora había concluido, y el silencio que siguió fue casi tan espeluznante como el aullido de Annie la Gritona. Jolanta y Susie, el oso ocupaban la vanguardia... como porteros de un bar que avanzan torvos sobre confiados camorristas.

—Problemas —murmuraba papá—. Me parece que hay dificultades.

En el rellano del segundo piso nos encontramos con Freud y su bate de béisbol, apoyado en Babette.



—*Esto se acabó* —dijo Freud—. Ningún hotel puede sobrevivir a esto, cualquiera que sea la clase de clientela que tenga..., es demasiado. Más de lo soportable.

—¡Grrr! —gruñó Susie, erizada ante la posible riña.

Jolanta hundió las manos en el bolso. Los gimoteos continuaban y me di cuenta de que provenían de Inge la Morena, demasiado aterrada para investigar siquiera el origen el increíble alarido soltado por su madre.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación de Annie la Gritona, comprobamos que la familia de New Hampshire no era tan tímida como parecía. Es verdad que la hija estaba medio muerta de miedo, pero se sostenía en pie por su cuenta, apenas apoyada en su tembloroso padre. Éste llevaba puesto el pijama y un batín de rayas rojas y negras. Empuñaba la base de una lámpara, con el cordón envuelto alrededor de la muñeca; le había quitado la bombilla y la pantalla... supongo que para convertirla en un arma más eficaz. La mujer de New Hampshire era la que estaba más cerca de la puerta.

—Salió de allí —anunció señalando la habitación de Annie la Gritona—. Ahora no se oye nada. Tienen que estar muertos.

—No te acerques —le dijo su marido sin dejar de levantar y bajar la lámpara—. Estoy seguro de que no es un espectáculo para mujeres ni para niños.

La mujer miró a Frank porque —supongo— él había sido el recepcionista que oficialmente les había dado acceso a aquel manicomio.

—Somos *norteamericanos* —dijo la mujer en tono desafiante—. Nunca nos hemos visto expuestos a nada tan *sórdido*, pero si ninguno de vosotros tiene *agallas* para entrar, lo haré yo.

—¿Usted? —inquirió papá.

—Se trata de un asesinato, sin lugar a dudas —aseguró el marido.

—Más claro, imposible —dijo la mujer.

—Con *un cuchillo* —intervino la hija, y se encogió involuntariamente... contra su padre—. Tiene que haber sido con un cuchillo —concluyó con voz apenas audible.

El marido dejó caer la lámpara, pero enseguida volvió a recogerla.

—¿Y? —dijo la mujer a Frank, pero Susie el oso se adelantó.

—¡Dejad entrar al oso! —ordenó Freud—. ¡Que no se entremetan los huéspedes, dejad entrar al oso!

—¡Grrr! —rugió Susie.

El marido, pensando que Susie les atacaría a él y a su familia, blandió amenazador la lámpara en su cara.

—¡No ponga nervioso al oso! —le advirtió Frank, y toda la familia retrocedió.

—Cuidado, Susie —dijo Franny.

—Asesinato —murmuró la mujer de New Hampshire.

—Algo incalificable —determinó el marido.

—Un cuchillo —insistió la hija.

—Sólo fue un *orgasmo* —dijo Freud—. ¿Ustedes nunca han tenido uno? —Freud

avanzó a ciegas con la mano en la espalda de Susie; golpeó la puerta con el bate de béisbol y luego buscó a tientas el pomo—. ¿Annie? —llamó.

Noté que Jolanta avanzaba detrás de Freud como si fuera su sombra, una sombra más grande que él, con sus feroces manos hundidas en el oscuro bolso. Susie emitió un resoplido convincente en la base de la puerta.

—¿Un orgasmo? —preguntó la mujer de New Hampshire.

Automáticamente, el marido le tapó los oídos a la hija.

—¡Dios mío! —diría Franny más adelante—. Son capaces de llevar a su hija a ver un asesinato, pero ni siquiera le permiten *oír* la palabra orgasmo. Los norteamericanos son gentes muy extrañas.

Susie el oso empujó la puerta con el hombro, haciendo que Freud perdiera el equilibrio. El extremo de su bastón resbaló sobre el suelo del pasillo, pero Jolanta sujetó al anciano y le apoyó contra el marco de la puerta. Gruñendo, Susie entró en la habitación. Annie la Gritona estaba desnuda, con excepción de las medias y el ligero; fumaba un cigarrillo y se movía sobre el hombre petrificado, tendido de espaldas en la cama. Le arrojaba el humo sobre la cara, pero el hombre no retrocedía ni tosía. También él estaba desnudo, salvo unos calcetines de color verde oscuro.

—¡Muerto! —jadeó la mujer de New Hampshire.

—*Tod?* —susurró Freud—. ¡Cuénteselo a su abuela!

Jolanta sacó las manos del bolso y hundió un puño en la ingle del hombre. Éste tosió y sus rodillas se levantaron solas. Después volvió a quedar inmóvil.

—No está muerto —dijo Jolanta un momento antes de salir de la habitación.

—Se desmayó —explicó Annie la Gritona.

Parecía sorprendida. Pero tiempo después pensé que no había manera de mantenerse cuerdo y consciente cuando te hacías ilusiones de que Annie la Gritona se estaba corriendo. Sin duda, lo más sano era desmayarse y no volverse loco.

—¿Es *una prostituta*? —preguntó el marido.

Esta vez fue la mujer de New Hampshire la que cubrió los oídos de su hija; también intentó taponarle los ojos.

—¿Es usted *ciego*? —preguntó Freud—. ¡Claro que es una prostituta!

—Todas somos prostitutas —dijo Inge la Morena, que apareció de la nada y se abrazó a su madre, contenta al ver que se encontraba bien—. ¿Qué tiene de malo?

—Ya está bien —dijo papá—. ¡Todo el mundo a la cama!

—¿Son hijos suyos? —preguntó a papá la mujer de New Hampshire, sin saber a cuál de nosotros señalar con su ademán.

—Algunos —replicó papá amablemente.

—Tendría que darle vergüenza exponer a sus hijos a esta vida sórdida —le regañó la mujer.

No creo que a papá se le hubiese ocurrido pensar que nos estaba «exponiendo» a nada especialmente «sórdido». Además, el tono de voz de la mujer de New Hampshire era algo que papá nunca había escuchado en labios de mi madre. Sin

embargo, mi padre pareció de repente afectado por la recriminación. Posteriormente Franny dijo que en el auténtico desconcierto de su expresión —y la creciente mirada de lo más parecido al sentimiento de culpabilidad que jamás le veríamos— comprendió que, a pesar del dolor que pudiesen causarnos los sueños de papá, siempre le preferiríamos soñador a culpable; podíamos aceptar que estuviese *ausente*, pero no nos habría gustado tanto si hubiera sido un atormentado, si hubiese sido realmente «responsable» tal como se espera que lo sean los padres.

—Lilly, no tendrías que estar aquí, querida —le dijo a Lilly mientras la alejaba de la puerta.

—Ya lo creo que no —dijo el marido de New Hampshire, ahora luchando por tapar al mismo tiempo los ojos y los oídos de su hija, pero incapaz de apartarse de la escena.

—Frank, por favor, lleva a Lilly a su habitación —dijo papá en voz baja—. ¿Estás bien, Franny?

—Claro —respondió mi hermana.

—Lo siento, Franny —dijo papá mientras la orientaba por el pasillo—. Todo —agregó.

—¡Lo siento! —dijo la mujer de New Hampshire en tono irónico—. ¡Expone a sus hijos a esta mugre asquerosa y dice que lo siento!

Pero Franny cayó sobre ella. Nosotros podíamos criticar a papá, pero sólo nosotros.

—Calle, coño muerto —dijo Franny a la mujer.

—¡Franny! —exclamó papá.

—Usted no es más que una almeja inútil —siguió Franny—. Y usted un nabo triste —dijo al marido—. Conozco al hombre más indicado para mostrarles lo que es «asqueroso». *Aiba* o *gajasana* —les dijo Franny—. ¿Sabéis lo que es eso? —yo lo sabía y empecé a sudar—. La mujer se tiende boca abajo y el hombre se echa encima de ella; presiona hacia delante con las ijadas y curva la región lumbar —la mujer de New Hampshire cerró los ojos al oír mencionar la palabra «ijadas»; el pobre marido daba la impresión de que quería tapar los ojos y los oídos de toda su familia al mismo tiempo—. Ésa es la posición del elefante —concluyó Franny.

La «posición del elefante» era una de las dos más importantes (la otra era la de la vaca) del grupo *vianta*; cuando Ernst hablaba de la posición del elefante lo hacía con voz de ensueño. Creí que me desvanecería, y de súbito Franny se echó a llorar. Papá se la llevó por el pasillo a toda velocidad. Susie el oso, con cierta angustia aunque sin perder sus características osunas, los siguió gimiendo.

El cliente que se había desmayado cuando Annie la Gritona despertó a toda la Krugerstrasse, recuperó el conocimiento. Se sintió profundamente incómodo al descubrir fijas en él las miradas de Freud, de la familia de New Hampshire, de Annie la Gritona, de su hija, de Babette y la mía. Al menos, pensé, se salvó del oso... y del resto de mi familia. Entró Old Billig, tarde como de costumbre: había estado

durmiendo.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—¿No te despertó Annie la Gritona? —me asombré.

—Annie la Gritona ya no me despierta —dijo Old Billig—. Fueron esos malditos planificadores del quinto piso.

Miré la hora. Aún no eran las dos de la madrugada.

—Todavía estás dormida —le susurré a Old Billig—. Los radicales no vienen tan temprano.

—Estoy completamente despierta —protestó Old Billig—. *Algunos* radicales no se han ido a su casa. A veces se quedan toda la noche. Por lo general no hacen ruido. Pero Annie la Gritona debió de perturbarlos. Se les cayó algo. Después empezaron a silbar como serpientes, tratando de recoger lo que se les había caído.

—No tendrían que estar aquí *por la noche* —observó Freud.

—Ya he visto bastante sordidez —dijo la mujer de New Hampshire, que al parecer se sentía dejada de lado.

—Yo la he visto toda —dijo Freud en tono misterioso—. *Toda* la sordidez. Uno se acostumbra.

Babette dijo que ya era suficiente por aquella noche y se fue a su casa. Annie la Gritona volvió a acostar a Inge la Morena. Su acompañante trató de irse sin llamar la atención, pero la familia de New Hampshire no le quitó los ojos de encima hasta que salió del hotel. Jolanta se reunió con Freud, con Old Billig y conmigo en el descansillo del segundo piso. Aguzamos los oídos hacia el ojo de la escalera, pero los radicales —si es que estaban allí— guardaban silencio.

—Yo soy demasiado vieja para subir escaleras —dijo Old Billig— y demasiado lista para meter las narices donde no me llaman. Pero están allí. Podéis comprobarlo —se dirigió a la calle a seguir con su «tranquila ocupación».

—Yo soy ciego —admitió Freud—. Perdería la mitad de la noche y no vería nada aunque estuviesen allí.

—Dame tu bate de béisbol —le dije a Freud—. Iré a ver.

—Llévame a mí y deja este bastón —sugirió Jolanta.

—De todos modos lo necesito —dijo Freud. Jolanta y yo le dimos las buenas noches y empezamos a subir la escalera—. Si hay algo, despertadme y decídmelo. O mejor contádmelo por la mañana.

En el rellano del tercer piso prestamos atención un rato, pero lo único que oímos fue a la familia de New Hampshire arrastrando todos los muebles contra las puertas. Los jóvenes suecos no se habían despertado..., evidentemente estaban acostumbrados a los orgasmos o a los asesinatos. Era posible que el anciano de Burgenland hubiese muerto en su habitación, poco después de registrarse. Los ciclistas de Gran Bretaña estaban en la cuarta planta y sin duda demasiado borrachos para despertar, me dije, pero cuando Jolanta y yo nos detuvimos en el descansillo de su piso y prestamos atención para ver si oíamos a los radicales, encontramos allí a uno de ellos.

—Muy extraño —nos dijo en voz baja.

—¿Qué? —le pregunté.

—Me pareció oír un grito terrible —dijo—. Pero era *abajo*. Ahora los oigo arrastrar el cadáver escaleras *arriba*. Muy extraño —miró a Jolanta—. ¿La fulana habla inglés? —me preguntó.

—La fulana está conmigo —contesté—. ¿Por qué no vuelve a la cama?

Creo que aquella noche yo tenía dieciocho o diecinueve años; noté que los efectos del levantamiento de pesas empezaban a impresionar a la gente. El ciclista inglés volvió a la cama.

—¿Qué crees que ocurre? —le pregunté a Jolanta camino del silencioso quinto piso.

Se encogió de hombros; no era ni remotamente el encogimiento de mamá o el de Franny, pero sí el ademán de una mujer. Hundió sus manazas en el bolso.

—¿Qué me importa lo que ocurre? Por mí pueden cambiar el mundo —dijo Jolanta con respecto a los radicales—, pero no me cambiarán *a mí*.

De alguna manera, sus palabras me tranquilizaron. Llegamos al quinto piso. Yo no había estado allí desde hacía tres o cuatro años, cuando había ayudado a trasladar las máquinas de escribir y los muebles de oficina. Hasta el pasillo parecía diferente. Había montones de cajas y de jarras... me pregunté si contendrían sustancias químicas o vino. De cualquier forma, más sustancias químicas de las necesarias para un solo mimeógrafo... si es que eran productos químicos. Líquidos para el coche, pensé sin duda. Hice algo insospechado: llamé a la primera puerta que encontramos.

Abrió Ernst, sonriente.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿No puedes dormir? ¿Demasiados orgasmos? —vio a Jolanta detrás—. ¿Buscas una habitación más íntima, acaso?

Nos invitó a pasar. La habitación se comunicaba con las otras dos —recordé que antes sólo lo hacía con una— y el mobiliario me pareció considerablemente distinto, aunque a lo largo de los años no había visto entrar ni salir un solo objeto grande, salvo las cosas que suponía que Schraubenschlüssel necesitaba para el coche.

Schraubenschlüssel estaba en la habitación, al igual que Arbeiter, el infatigable trabajador Arbeiter. Probablemente, lo que Old Billig y yo habíamos oído caer de una mesa había sido una de las cajas grandes semejantes a las que contenían baterías, porque las máquinas de escribir estaban en otra parte de la habitación y era evidente que nadie había estado mecanografiando. Se veían desparramados algunos mapas —quizá fuesen planos— y el equipo automovilístico que uno relaciona con talleres mecánicos y no con oficinas: productos químicos y accesorios de electricidad. El radical Old Billig, que había llamado loco a Arbeiter, no se encontraba allí. Y mi dulce Fehlgeburt, como buena alumna de literatura norteamericana que era, estaba en su casa, leyendo o durmiendo. A mi juicio, sólo estaban allí *los malos*: Ernst, Arbeiter y Llave.

—¡Hubo todo un orgasmo esta noche! —Schraubenschlüssel dedicó una mirada

lasciva a Jolanta.

—Fingido —dijo Jolanta.

—Tal vez ése fue real —conjeturó Arbeiter.

—Ni lo sueñes —insistió Jolanta.

—Hoy te ha tocado la dura, ¿no? —me dijo Ernst—. Veo que tienes contigo el trozo de carne dura.

—Todo lo que tú sabes es escribir sobre esta cuestión —le dijo Jolanta—, pero estoy segura de que no se te empina.

—Conozco la posición más indicada para ti —le respondió Ernst.

Pero yo no quería saber cuál era: todos ellos me asustaban.

—Ya nos vamos —dije—. Lamento haberlos interrumpido. No sabíamos que se quedaban por la noche.

—Si de vez en cuando no nos quedamos hasta tarde, el trabajo se retrasa —explicó Arbeiter.

Con Jolanta a mi lado, que con sus grandes manos aferraba algo que llevaba en el bolso, me despedí. Y no fue mi imaginación. En el momento de salir vislumbré otra figura en la penumbra de la habitación más distante. También tenía un bolso, pero su contenido estaba fuera... en su mano, apuntando hacia Jolanta y hacia mí. Sólo fue un atisbo de ella y de su arma, antes que retrocediera hacia la oscuridad y Jolanta cerrara la puerta. Jolanta no la vio: sólo se dedicó a vigilar a Ernst. Mas yo la vi: nuestra amable y maternal radical Schwanger... con una pistola en la mano.

—¿Qué llevas en el bolso?—pregunté a Jolanta.

Se encogió de hombros. Le di las buenas noches, pero ella deslizó su enorme mano por mi bragueta y me detuvo un momento; yo había saltado de la cama tan aprisa que no había tenido tiempo de ponerme los calzoncillos.

—¿Me enviarás otra vez a la calle? —me preguntó—. Sólo quiero otra sesión para dar por terminado el día.

—Para mí es demasiado tarde —dije, pero ella sintió que se me endurecía en su mano.

—No *parece* demasiado tarde.

—Creo que dejé el billetero en los otros pantalones —mentí.

—Ya me pagarás. Confío en ti —insistió.

—¿Cuánto? —le pregunté cuando me la retorció.

—Para ti, sólo trescientos *schillings*.

Yo sabía que *a todos* les cobraba trescientos *schillings*.

—Es demasiado —dije.

—*No parece* que sea demasiado —me la pellizcó: en ese momento, yo la tenía muy dura y me dolió.

—Me haces daño —dije—. Lo siento, pero no quiero.

—Sí que quieres —insistió, pero me soltó.

Miró la hora y volvió a encogerse de hombros. Bajó conmigo hasta el vestíbulo,

donde me despedí de ella una vez más. Cuando me dirigí a mi habitación y ella salió a la Krugerstrasse, Annie la Gritona volvía a entrar... con otra víctima. Me tendí en la cama preguntándome si lograría quedarme lo bastante dormido como para que no me molestara el siguiente orgasmo falso, y luego pensé que jamás lo conseguiría, de modo que permanecí despierto aguardándolo..., después de lo cual, esperaba, me quedaría tiempo para dormir. Pero tardaba en llegar; imaginé que ya había ocurrido, que había dado unas cabezadas y me lo había perdido, y así —como en la vida misma— creí que lo que estaba a punto de suceder ya había tenido lugar, ya había concluido, y me permití olvidarlo, sólo para que me sorprendiera minutos más tarde. El orgasmo fingido de Annie la Gritona me arrancó del sueño profundo en que me había sumergido.

—¡*Patético!*— gritó Frank en sueños, como el pobre Iowa Bob, sorprendido por su «premonición» de la bestia que le acometería.

Noté que Franny dormía en tensión, lo juro. Susie roncaba. Lilly dijo: «¿Qué?». El Hotel New Hampshire se estremeció con el silencio que sigue a un trueno. Quizá fue más tarde —ya realmente sumido en el sueño— cuando oí que arrastraban algo pesado escaleras abajo y lo sacaban por la puerta del vestíbulo, hasta el coche de Schraubenschlüssel. Al principio creí que el sonido cauteloso correspondía a Jolanta que arrastraba a un cliente muerto, pero ella no se habría molestado en evitar el ruido. Esto lo estoy imaginando, me dije en sueños, cuando Frank golpeó en la pared que nos separaba.

—Sigue pasando de largo ante las ventanas abiertas—susurré.

Frank y yo nos encontramos en el pasillo. Por la ventana vimos que los radicales cargaban el coche. Cargarán lo que cargasen, era algo pesado y rígido; al principio pensé que podía ser el cadáver de Old Billig —el radical—, pero tomaban demasiadas precauciones para que fuera un cadáver. Fuera lo que fuese, tuvieron que ponerlo en el asiento trasero, entré Arbeiter y Ernst. Luego, Schraubenschlüssel se alejó conduciendo lo que fuese.

A través de la ventanilla del coche en marcha, Frank y yo divisamos la silueta de aquella cosa misteriosa, ligeramente inclinada contra Ernst y mayor que él, separándose de Arbeiter, que la rodeaba inútilmente con un brazo, como si tratase —sin esperanzas— de que volviera a interesarse por él una amante que ahora se inclinaba hacia otro. La cosa —fuera lo que fuese— no era humana, y sin embargo su aspecto resultaba extrañamente animal. Por supuesto, ahora estoy seguro de que era algo mecánico, pero dentro del coche su forma parecía la de un animal, como si Ernst el pornógrafo y Arbeiter sostuvieran entre ambos a un oso o a un perro grande. Era una cara patética, como un día llegaríamos a saber Frank y yo —y todos—, pero entonces el misterio me atormentó.

Traté de describirlo (y también lo que Jolanta y yo habíamos visto en el quinto piso) a papá y a Freud. Traté de describir las sensaciones de todo aquello a Franny y a Susie el oso. Frank y yo sostuvimos una prolongada conversación sobre Schwanger.

—Estoy seguro de que te equivocas con respecto a la pistola —dijo Frank—. Imposible en manos de Schwanger. Quizás estaba allí. Tal vez no quería que la relacionaras con *ellos* y se escondió. Pero no es posible que empuñe un arma. Y sin duda alguna, jamás te apuntaría a ti. Nosotros somos como hijos suyos..., ¡lo ha dicho ella misma! Otra vez estás dejando volar tu imaginación —sentenció Frank.

*Patético* flota; siete años en un lugar que odias es demasiado tiempo. Yo sentía que al menos Franny estaba a salvo, y eso siempre fue lo principal. Franny vivía en el limbo. Se tomaba las cosas con calma, pasaba el tiempo con Susie el oso... y yo también me sentía como pedaleando en el agua.

En la universidad, Lilly y yo nos especializamos en literatura norteamericana (Fehlgeburt estaba encantada). Lilly lo hizo porque quería ser escritora, por supuesto..., quería crecer... Yo lo hice como otra forma indirecta de hacerle la corte a la distante Miss Aborto: me parecía lo más romántico que podía hacer. Franny estudió teatro universal... siempre fue el peso pesado entre nosotros: nunca la alcanzaríamos. Frank siguió el consejo maternal y radical de Schwanger: estudió economía. Pensando en papá y en Freud, todos comprendimos que alguien *tenía* que hacerlo. Con el tiempo, Frank sería el que nos salvaría, de modo que todos estaríamos agradecidos a la economía. En realidad, Frank se especializó en dos asignaturas, aunque la universidad sólo le dio el título en ciencias económicas. Supongo que podríamos decir que Frank eligió como asignatura secundaria las religiones universales.

—Hay que conocer al enemigo —decía, sonriente.

Durante siete años, todos flotamos. Aprendimos alemán, pero entre nosotros sólo hablábamos nuestra lengua. Aprendimos literatura, teatro, economía, religión, pero el bate de béisbol de Freud era capaz de destrozarnos los corazones por la añoranza de la tierra del béisbol (aunque ninguno de nosotros estaba muy interesado en el juego, aquel bate podía arrancarnos lágrimas). Aprendimos de las prostitutas que, fuera de la ciudad interior, la Mariahilfer Strasse era el terreno de caza más prometedor para las damas de la noche. Y todas decían que se retirarían de la profesión si alguna vez las degradaban más allá de los distritos del Westbahnhof, al Kaffee Eden, a los polvos de pie, por cien *schillings*, en el Gaudenzdorfer Gürtel. Aprendimos de los radicales que la prostitución ni siquiera era *legal* oficialmente —como creíamos—, que había prostitutas registradas que se regían por los reglamentos, se hacían los controles médicos, traficaban en los distritos que les correspondían, pero también había «piratas» que nunca se registraban o que devolvían la *Büchl* (la licencia) y continuaban ejerciendo la profesión; que a principios de los años sesenta había casi mil prostitutas registradas en la ciudad, que la decadencia se incrementaba al ritmo necesario para la revolución.

Lo que nunca aprendimos fue *qué* revolución se suponía que tendría lugar.



Tampoco sé si lo sabían los radicales.

—¿Tienes tu *Büchl*? —nos preguntábamos entre nosotros camino de la escuela... y después camino de la universidad.

Eso y «sigue pasando de largo ante las ventanas»: el estribillo de la canción de nuestro Rey de los Ratones.

Nuestro padre pareció perder su personalidad cuando nuestra madre se perdió para él. En siete años, creo, llegó a ser una presencia más que una persona para nosotros, los chicos. Era afectuoso y podía ser incluso sentimental. Pero a nosotros nos parecía tan perdido (en su condición de padre) como mamá y Egg, y creo que sentíamos que necesitaría soportar sufrimientos más concretos antes de recuperar su carácter... antes de volver a ser un personaje tal como lo habían sido Egg e Iowa Bob. A veces yo pensaba que lo era incluso menos que Freud. Durante siete años echamos de menos a nuestro padre, como si él también hubiese estado en aquel avión. Esperábamos que el héroe que había en él tomara forma y es probable que dudáramos de su forma última, porque, con Freud por modelo, no podíamos dejar de dudar de las visiones de mi padre.

Tras siete años, yo tendría veintidós; Lilly, en sus esfuerzos por crecer, llegaría a los dieciocho. Franny tendría veintitrés... y Chipper Dove seguiría siendo «el primero», y Susie el oso la única. A los veinticuatro, Frank se dejó crecer la barba. Resultaba casi tan embarazoso como Lilly con sus deseos de ser escritora.

*Moby Dick* hundiría el *Pequod* y sólo sobreviviría Ismael, una y otra vez, para contarle su historia a Fehlguburt, que a su vez nos la contaba a nosotros. En mis años de universitario, yo solía presionar a Fehlguburt insistiendo en mi deseo de que me leyera *Moby Dick* en voz alta.

—No puedo leer ese libro —insistía yo—. Tengo que oírlo de tus labios.

Por fin, esta excusa me dio acceso a la exigua y atestada habitación de Fehlguburt detrás del Rathaus, cerca de la universidad. Me leía después de anochecer, y yo trataba de sonsacarle por qué razón algunos de los radicales pasaban la noche en el Hotel New Hampshire.

—El único ingrediente de la literatura norteamericana que la distingue de otras literaturas del mundo —decía Fehlguburt— es cierto frívolo aspecto optimista. Su técnica es muy compleja, aunque sigue siendo ideológicamente ingenua —me dijo Fehlguburt en una de nuestras caminatas a su habitación.

Por último, Frank había entendido la insinuación y ya no nos acompañaba... aunque entenderlo le llevó unos cinco años. La noche que Fehlguburt me dijo que la literatura norteamericana era «de técnica compleja, aunque sigue siendo ideológicamente ingenua» *no fue* la primera noche que intenté besarla. Después de la frase «ideológicamente ingenua», tuve la impresión de que un beso estaría fuera de lugar.

La noche que besé por primera vez a Fehlguburt estábamos en su habitación. Acababa de leerme la parte en que Ahab se niega a ayudar al capitán del *Rachel* en la

busca del hijo perdido. Fehlgeburt no tenía muebles; había muchos libros, un colchón en el suelo —un colchón de cama individual— y una única lámpara de lectura también en el suelo. El cuarto era poco alegre, árido y apiñado como un diccionario, tan falto de vida como la lógica de Ernst. Me incliné sobre la incómoda cama y besé a Fehlgeburt en la boca.

—No —me dijo, pero seguí besándola hasta que sus labios respondieron—. Debes irte — estaba tendida de espaldas y me empujaba.

—¿Ahora?

—No, no es necesario que lo hagas *ahora*.

Se incorporó y empezó a desnudarse; lo hizo en el mismo estilo en que solía señalar la página de *Moby Dick*, sin el menor interés.

—¿Debo irme *después*? —le pregunté mientras me desnudaba.

—Si quieres... Quiero decir que debes irte del Hotel New Hampshire. Tú y tu familia. *Largaos* —insistió—. *Largaos* antes de la temporada de otoño.

—¿Qué temporada de otoño? —le pregunté, ahora completamente desnudo, pensando en la temporada de otoño de Junior Jones con los Browns de Cleveland.

—La temporada de la Ópera —dijo Fehlgeburt, por fin desnuda.

Era delgada como un cuento y no más gruesa que algunos de los relatos breves que le había leído a Lilly. Daba la impresión de que los libros esparcidos en su habitación habían mamado de ella, la habían consumido... y no nutrido.

—La temporada de la Ópera empezará en otoño, y entonces tú y tu familia debéis abandonar el Hotel New Hampshire. Prométemelo —dijo, mientras me impedía seguir subiendo por su enjuto cuerpo.

—¿Por qué? —quise saber.

—Por favor, *largaos* —repitió.

Cuando la penetré, creí que era el sexo lo que había llenado sus ojos de lágrimas, pero me equivocaba.

—¿Soy el primero? —le pregunté.

—El primero y el último —respondió llorando: tenía veintinueve años.

—¿Tienes algo para protegerte? —le pregunté, ya en su interior—. Quiero decir... para que no quedas *schwanger*...

—No importa —respondió en el irritante estilo de Frank.

—¿Cómo es eso? —inquirí, y me esforcé por moverme con prudencia.

—Porque estaré muerta antes que nazca el bebé.

Me aparté. La senté a mi lado, pero ella volvió a atraerme —con sorprendente fuerza— hasta que quedé encima; me tomó el pene en su mano y volvió a introducirlo en su interior.

—Continúa —dijo, impaciente... aunque no con la impaciencia del deseo. Era otra cosa—. Fóllame —dijo llanamente—. Luego puedes quedarte a pasar la noche aquí o irte a tu casa. Es igual. Pero debéis dejar el Hotel New Hampshire, por favor, iros de aquí... y ocúpate sobre todo de que se vaya Lilly —me imploró.

Entonces se echó a llorar a lágrima viva y perdió el poco interés que había demostrado por el sexo. Yo permanecí en su interior, cada vez más pequeño. Sentí frío..., sentí una corriente fría desde la tierra, como la que recordaba haber sentido cuando Frank nos leyó por primera vez los escritos pornográficos de Ernst.

—¿Qué hacen en el quinto piso por la noche? —le pregunté; Fehlgeburt me mordió el hombro y movió la cabeza, con los ojos violentamente apretados—. ¿Qué están planeando?

Mi pene se redujo tanto que se retiró de su interior. Advertí que temblaba y yo me estremecí también.

—Van a hacer saltar la Ópera por los aires en una de las representaciones cumbre —susurró—. Harán estallar *Las bodas de Fígaro*... algo tan popular como eso. O alguna más importante aún. No sé cuál será la representación..., ellos no están seguros. Pero será una noche en que la sala esté a tope. Toda la Ópera volará en pedazos.

—Están locos —dije.

No reconocí mi voz, que sonó cascada como la de Old Billig... Old Billig la prostituta o el radical Old Billig.

Fehlgeburt movió la cabeza hacia atrás y hacia delante bajo mi cuerpo; sus pelos como alambre me abofetearon la cara.

—Por favor, saca de aquí a tu familia. Especialmente a Lilly. A la pequeña Lilly —lloriqueó.

—Pero no pensarán volar también el hotel, ¿no?

—Todos estarán implicados —respondió, agorera—. De lo contrario, no servirá de nada.

Oí la voz de Arbeiter detrás de la suya, o la lógica de Ernst, tan comprensiva. Una etapa, una etapa necesaria. Para cualquier cosa. Todo. La *Schlagobers*, el erotismo, la Ópera, el Hotel New Hampshire..., todo tenía que desaparecer. Todo era decadente, los oía declamar. Sentí náuseas. Iban a encharcar la Ringstrasse con los amantes del arte, con los estúpidos e impertinentes idealistas anticuados a quienes gustaba la ópera. Bombardeándolo todo iban a demostrar alguna cosa.

—Júrame que los sacarás de aquí —me susurró Fehlgeburt al oído—. A tu familia. A todos.

—Te lo prometo, por supuesto.

—No le cuentes a nadie que te lo he dicho.

—Por supuesto.

—Ahora vuelve a mi interior, por favor. Quiero sentirlo... una vez —agregó.

—¿Por qué una sola vez?

—Hazlo. Házmelo todo.

Se lo hice. Lo lamento y siempre me sentiré culpable por haberlo hecho: fue algo tan desesperado y triste como cualquier relación sexual del segundo Hotel New Hampshire.

—Si crees que morirás antes de poder tener un bebé —le dije después—, ¿por qué no te largas cuando lo hagamos *nosotros*? ¿Por qué no te alejas antes que lo hagan o lo intenten?

—No puedo —respondió con toda sencillez.

—¿Por qué? —insistí: en lo relativo a aquellos radicales de nuestro Hotel New Hampshire yo siempre estaba preguntando por qué.

—Porque yo conduciré el coche —replicó Fehlgeburt—. Yo soy la conductora y el coche es la bomba principal, la que pondrá en marcha el resto. Alguien tiene que conducir, y seré yo..., conduciré la bomba.

—¿Por qué tú? —le pregunté, tratando de abrazarla, tratando de lograr que dejara de temblar.

—Porque soy la más prescindible —dijo, y volví a oír la voz letal de Ernst, el proceso de pensamiento de Arbeiter, similar al de una cortadora de césped. Me di cuenta de que, para que Fehlgeburt lo creyera, hasta nuestra bondadosa Schwanger tenía que haberla convencido.

—¿Por qué no Schwanger? —pregunté a Miss Aborto.

—Es demasiado importante. Es una mujer *maravillosa* —dijo en tono de admiración..., cargada de odio por sí misma.

—¿Por qué no Llave? Es evidente que conoce muy bien el coche.

—Por eso. Es demasiado necesario. Habrá que construir otros coches, otras bombas. Lo que no me gusta es la cuestión de los rehenes —me espetó de repente—. Esta vez no lo considero indispensable. Habrá mejores rehenes.

—¿Quiénes son los rehenes? —inquirí.

—Tu familia. Porque sois norteamericanos. Así trascenderá los límites de Austria. Ésa es la idea.

—¿La idea de quién?

—De Ernst.

—¿Por qué no conduce él?—pregunté.

—Él es el ideólogo. El que piensa. Todo —añadió.

Todo, es verdad, pensé.

—¿Y Arbeiter? —pregunté—. ¿No sabe conducir?

—Es demasiado leal. No podemos perder a alguien tan leal como él. Yo no lo soy tanto —susurró—. ¡Fíjate! Te lo estoy contando todo.

—¿Y Old Billig? —pregunté, desinflado.

—No es de fiar —me explicó Fehlgeburt—. Ni siquiera conoce el plan. Es demasiado escurridizo. Piensa en su propia supervivencia.

—¿Y eso es malo? —Le aparté el pelo de la cara manchada de lágrimas.

—En *esta* etapa es malo —afirmó Fehlgeburt.

Entonces comprendí lo que era Fehlgeburt: una *lectora*, sólo una lectora. Leía bellamente los cuentos de otras personas, cumplía instrucciones, seguía al líder. La razón por la que yo quería oírle leer *Moby Dick* era la misma por la cual los radicales

la habían escogido para conducir. Tanto ellos como yo sabíamos por anticipado que lo haría, que no se detendría.

—¿Lo hemos hecho todo? —me preguntó Fehlgeburt.

—¿Qué? —dije, y parpadeé..., y siempre parpadearía al oír ese eco de Egg, incluso en mis labios.

—Quiero decir que si lo hemos hecho todo *sexualmente*. ¿Lo hicimos todo?

Traté de recordar.

—Creo que sí. ¿Quieres más?

—No me interesa en especial. Sólo quería hacerlo todo de una vez. Si ya lo hemos hecho, puedes irte a tu casa... si quieres —agregó.

Se encogió de hombros. No era el encogimiento de mamá, ni el de Franny, ni siquiera el de Jolanta. No era un movimiento del todo humano: era una especie de pulsación eléctrica, una sacudida mecánica de su cuerpo tenso, una débil señal, más que una contracción. La más débil señal, pensé. Era una señal de no-hay-nadie-en-casa, una señal de no-estoy, no-me-llames-yo-tellamaré. El tictac de un reloj o de una bomba de relojería. Fehlgeburt me miró, cerró los ojos y se quedó dormida. Reuní mi ropa. Vi que no se había molestado en señalar la página en la que había interrumpido la lectura de *Moby Dick*; yo tampoco me molesté en hacerlo.

Era más de medianoche cuando crucé la Ringstrasse, bajando desde la Rathausplatz por Karl Renner-Ring hacia el Volksgarten. En la cervecería al aire libre, unos estudiantes se gritaban de manera amistosa; probablemente conocía a algunos, pero no me detuve a tomar una cerveza. No tenía ganas de hablar del *arte* de tal o cual cosa. No tenía ganas de sostener otra conversación sobre *El cuarteto de Alejandría*, acerca de cuál era la mejor de las novelas y cuál la peor y por qué. No quería oír hablar de quién se beneficiaba más de su correspondencia, si Henry Miller o Lawrence Durrell. Ni siquiera quería hablar de *Die Blechtrommel*, que era lo mejor de lo que se podía hablar... tal vez *siempre*. Tampoco quería participar en charlas sobre las relaciones Este-Oeste, sobre el socialismo y la democracia, sobre los efectos a largo plazo del asesinato del presidente Kennedy y, dado que era estadounidense, ¿qué opinaba de la cuestión racial? Concluía el verano de 1964 y no había pisado Estados Unidos desde 1957; sabía menos de mi país que algunos estudiantes vieneses. También sabía menos que cualquiera de ellos sobre Viena. Yo sabía de mi familia, de *nuestras* prostitutas y de *nuestros* radicales; era un experto en el Hotel New Hampshire y un aficionado en todo lo demás.

Atravesé la Heldenplatz —la Plaza de los Héroes— e interrumpí mis pasos en el sitio donde millares de partidarios fascistas habían aplaudido a Hitler. Me dije que los fanáticos siempre contarían con un público; sólo era posible influir en la *magnitud* del público. Pensé que debía recordar esta percepción y ponerla a prueba con Frank, que la asumiría como propia, o la revisaría, me corregiría. Lamenté no haber leído tanto

como Frank, lamenté no haber intentado crecer con tanto rigor como Lilly. De hecho, Lilly había enviado el producto de su crecimiento a una editorial de Nueva York. No pensaba decírnoslo, pero tuvo que pedirle dinero a Franny para los sellos.

—Es una novela —dijo Lilly humildemente—. En parte autobiográfica.

—¿Cuánto? —le preguntó Frank.

—Bien, en realidad se trata de una biografía *imaginativa* —declaró Lilly.

—Quieres decir que es *muy* autobiográfica, ¿verdad? —dijo Franny—. ¡Vaya!

—No veo la hora de leerla —dijo Frank—. Apuesto a que aparezco como un verdadero imbécil.

—No —replicó Lilly—. Todos sois héroes.

—¿Todos somos héroes? —pregunté.

—Todos *sois* héroes para mí —dijo Lilly—, de modo que en el libro también lo sois.

—¿Hasta papá? —quiso saber Franny.

—Bueno, él es el más imaginario —dijo Lilly.

Papá tenía que ser el más imaginario porque era el menos real..., el menos real *allí* (de todos nosotros). A veces tenía la impresión de que papá estaba con nosotros menos que Egg.

—¿Cómo se titula el libro, querida? —le preguntó papá.

—*Tratando de crecer* —confesó Lilly.

—¿Qué más? —la interrogó Franny.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó Frank—. Quiero decir, ¿dónde *acaba*?

—Finaliza con el accidente aéreo —contestó Lilly—. Ése es el final.

El final de la realidad, pensé: para mí, el mejor final habría sido poco antes del accidente de aviación.

—Necesitarás un agente —le dijo Frank—. Seré yo.

Frank sería el agente de Lilly; sería el agente de Franny y de papá e incluso el mío... con el tiempo. No por nada se había especializado en economía. Pero yo aún lo ignoraba esa última noche del verano de 1964, cuando dejé a Fehlgeburt —a la pobre Miss Aborto— dormida y sin duda soñando con su espectacular sacrificio. Prácticamente, lo único que pude ver fue su naturaleza *prescindible* cuando me detuve a solas en la Plaza de los Héroes y recordé la forma en que Hitler hizo parecer prescindible a tanta gente ante una muchedumbre de auténticos creyentes. En la serenidad de la noche llegué casi a oír el insensato clamoreo de *Sieg Heil!* y vi la absoluta seriedad expresiva de Schraubenschlüssel cuando ajustaba la tuerca y la arandela en un perno del bloque del motor. ¿Qué más habría ajustado? Vi el brillo opaco de devoción en los ojos de Arbeiter, haciendo declaraciones a la prensa después de su triunfal arresto, y a nuestra maternal Schwanger sorbiendo su *Kaffee mit Schlagobers*, mientras la nata batida resbalaba por su velloso labio superior. Vi la forma en que Schwanger trenzaba la coleta de Lilly, tarareando al tocar su maravilloso pelo tal como había tarareado mamá; vi cómo Schwanger le decía a

Franny que tenía el cutis más terso del mundo y las manos más hermosas del mundo; y yo tenía ojos de alcoba, decía Schwanger..., sería un tipo peligroso, me advirtió. (Después de dejar a Fehlgeburt, no me sentía muy peligroso.) Siempre habría un poco de *Schlagobers* en los besos de Schwanger. Y Frank, decía Schwanger, era un genio..., pero debía prestar más consideración a la política. Schwanger nos inundaba con su torrente de afecto... mientras llevaba una pistola en el bolso. Sentía deseos de ver a Ernst en la posición de la vaca... ¡con una vaca! ¡Y en la posición del elefante! Puede adivinarse con qué. Estaban tan locos como había dicho Old Billig: nos matarían a todos.

Deambulé por la Dorotheergasse hacia la Graben. Entré en el Hawelka a tomar un *Kaffee mit Schlagobers*. Un hombre barbudo de la mesa de al lado le explicaba a una joven (más joven que él) la muerte de la pintura figurativa; describió el cuadro exacto en que había tenido lugar la muerte de toda forma de arte. Yo no conocía esa pintura. Pensé en los Schiele y en los Klimt que Frank me había hecho conocer en el Albertina y en el Belvedere. Lamenté que Klimt y Schiele no pudieran hablar con aquel hombre, pero ahora éste se refería a la muerte de la rima y el metro en poesía; yo tampoco conocía el poema al cual hacía referencia. Cuando pasó a la novela, pensé que lo mejor sería pagar e irme. El camarero que me atendía estaba ocupado, de modo que tuve que escuchar la historia de la muerte del argumento y la caracterización en teatro. Entre las muchas muertes que describió, incluyó la de la compasión. Empecé a sentir que la compasión moría en mi interior cuando por fin el camarero llegó a mi mesa. La siguiente muerte fue la de la democracia; llegó y se fue antes que el camarero me devolviera el cambio. Y el socialismo desapareció antes que yo lograra calcular cuánto debía dejar de propina. Escuchando al barbudo me entraban ganas de levantar pesas; me dije que si los radicales querían hacer volar la Ópera, deberían decidirse una noche en que el único espectador fuese aquel hombre. Al volante, podría ser un buen sustituto de Fehlgeburt.

—Trotski —dijo de pronto la joven que le acompañaba, en el mismo tono que si dijera «gracias».

—¿Trotski? —dije, y me incliné hacia la mesa de ellos, que era pequeña y cuadrada. En aquellos tiempos, yo levantaba 35 kilos en cada brazo, con cada una de las barras cortas. La mesa no alcanzaba ni remotamente ese peso, de modo que la levanté con cuidado, con una mano, y la sostuve por encima de mi cabeza a la manera en que los camareros llevan las bandejas—. Ahora bien, el bueno y viejo de Trotski... —dije—. «Si quieres una vida fácil, te advierto que has nacido en un siglo que no corresponde», ha dicho el bueno y viejo de Trotski. ¿Opinas que es así? —pregunté al barbudo.

El hombre no dijo nada, pero la jovencita le codeó y él se sobresaltó un poco.

—Yo creo que así es —replicó la chica.

—Claro que es así —dije.

Tenía conciencia de que los camareros observaban, nerviosos, las bebidas y el

cenicero que se deslizaban levemente sobre la mesa que sostenía por encima de mi cabeza, pero yo no era Iowa Bob; las pesas ya no se deslizaban por el extremo de la barra cuando practicaba levantamiento. En halterofilia había superado a Iowa Bob.

—A Trotski lo mataron con un zapapico —dijo el barbudo con voz serena, tratando de no parecer impresionado.

—Pero él no está *muerto*, ¿verdad? —inquirí como un loco, sonriente—. En realidad nada ha muerto. Nada de lo que él ha dicho está muerto. Las pinturas que aún podemos ver... no están muertas. Los personajes de los libros... no mueren cuando dejamos de leerlos.

El barbudo tenía la vista fija en el sitio donde se suponía que debía estar su mesa. Su actitud es bastante digna, pensé, y comprendí que yo estaba de mal humor y no era justo; me estaba comportando como un fanfarrón y me sentí avergonzado. Devolví la mesa a la pareja sin haber derramado cosa alguna.

—¡Entiendo lo que quiere decir! —gritó a mis espaldas la chica mientras se iba.

Pero yo sabía que no había dejado vivo a nadie: ni al público de la Ópera, porque sin duda entre ellos estaba aquella forma que Frank y yo habíamos visto en el coche, alejándose entre Ernst y Arbeiter, aquella forma animal de la muerte, aquel oso mecánico, aquella cabeza perruna de laboratorio, aquella descarga eléctrica de lo patético. Y a pesar de lo que Trotski había dicho, estaba muerto; mamá y Egg e Iowa Bob también estaban muertos..., pese *a todo* lo que habían dicho y a todo lo que significaban para nosotros. Salí a la Graben, sintiéndome cada vez más semejante a Frank, más antitodo: había perdido el control. Para un levantador de pesas no es bueno perder el control.

La primera prostituta con la que me crucé no era de las *nuestras*, pero la conocía del Kaffee Mowatt.

—*Guten Abend* —me saludó.

—Que te den por el culo —repuse.

—Igualmente —me dijo.

La mujer entendía el inglés y me sentí como un miserable. Había vuelto a emplear palabrotas, había roto mi promesa a mamá. Fue la primera y última vez que la rompí. Tenía veintidós años y me eché a llorar. Bajé por Spiegelgasse. Allí había prostitutas, pero no las *nuestras*, así que no hice nada. Cuando me decían *Guten Abend*, les respondía *Guten Abend*. Si decían otra cosa, no respondía. Atravesé el Neuer Markt; sentía en mi interior el vacío que ocupaba los pechos de los Habsburgo en sus tumbas. Otra prostituta se dirigió a mí:

—¡Eh, no llores! Un muchachote fuerte como tú...

Pero yo abrigaba la esperanza de no estar llorando sólo por mí, sino por todos. Por Freud, que gritaba nombres que jamás le responderían en la Judenplatz; por lo que papá no sabía ver. Por Franny, a la que amaba... y que quería que me fuese tan fiel como había demostrado serlo Susie el oso. También por Susie, porque Franny me había demostrado que, a fin de cuentas, no era tan fea. En realidad, Franny casi había



logrado convencer a Susie de que no lo era. Por Junior Jones, que estaba padeciendo la primera lesión en la rodilla que le obligaría a retirarse de los Browns de Cleveland. Por Lilly, que tanto se esforzaba, y por Frank, que había llegado tan lejos (para estar más cerca de la vida, decía). Por Inge la Morena, que tenía dieciocho años —y decía que ya tenía «edad suficiente», aunque Annie la Gritona insistía en que no era así— y que antes de que concluyera el año se fugaría con un hombre. Un hombre tan negro como su padre, que la llevó a una población de Alemania que era base del ejército; me han dicho que después se dedicó allí a la prostitución. Y por Annie la Gritona, cuyos alaridos se volvieron algo distintos. ¡Por todos ellos! Por mi condenada Fehlgeburt, incluso por la engañosa Schwanger..., y por los dos Old Billig, que eran optimistas, que eran osos de porcelana. Por todos... excepto Ernst, excepto Arbeiter, excepto aquella *llave inglesa* de hombre, excepto Chipper Dove: a ellos los odiaba.

En la Kärntnerstrasse me crucé con una o dos prostitutas que me hicieron señas. Una alta e imponente —de la liga de nuestras prostitutas de la Krugerstrasse— me envió un beso con la mano desde la esquina de la Annagasse. Seguí andando por la Krugerstrasse sin mirar, sin querer verlas cuando me hacían señas con la mano. Pasé por la puerta del Hotel Sacher..., algo que el Hotel New Hampshire nunca llegaría a ser. Entonces llegué a la Staatsoper, a la casa de Gluck (1714-1787), como diría Frank; llegué a la Ópera, que era la casa de Mozart, la casa de Haydn, de Beethoven y de Schubert..., de Strauss, Brahms, Bruckner y Mahler. La casa que un pornógrafo que jugaba a la política quería hacer volar por los aires. Era enorme; en siete años, nunca había estado en su interior; parecía tener más clase que yo y nunca fui un fanático de la música como Frank, ni un amante del teatro como Franny (Frank y Franny iban siempre a la Ópera: los llevaba Freud. A éste le encantaba escuchar música, y ellos le describían todo lo que ocurría en el escenario). Al igual que yo, Lilly nunca había estado en la Ópera; el recinto era demasiado grande, decía Lilly: la asustaba.

Ahora me asustó a mí. Pensé que era demasiado grande para estallar. No obstante, yo sabía que lo que ellos querían era destruir a la *gente*, y la gente se destruye con más facilidad que los edificios. Lo que ellos querían era un espectáculo. Querían lo que Arbeiter le habría gritado a Schwanger: *Schlagobers* y sangre.

En la Kärntnerstrasse, frente a la Ópera, había un vendedor ambulante de salchichas que llevaba una especie de carrito en el que había diferentes tipos de *Wurst mit Senf und Bauernbrot...*, una salchicha con mostaza sobre una rodaja de pan de centeno. Yo no quería ninguna salchicha.

Sabía lo que quería. Quería crecer de prisa. Después de hacer el amor con Fehlgeburt, le había dicho: «*Es war sehr schön*», pero no era verdad. «Fue muy hermoso», le había mentado, pero no importaba; no había sido nada, no era suficiente. Sólo había sido otra noche de levantamiento de pesas.

Al doblar por la Krugerstrasse, ya había decidido que iría con la primera que se me acercara... aunque fuese Old Billig: aunque fuese Jolanta, me juré en un acto de

valentía. Lo mismo daba: quizá, una por una, fuese con todas. Era capaz de llevar a cabo cualquier cosa que hiciese Freud, y él lo había hecho todo..., tanto nuestro Freud como el otro: los dos fueron tan lejos como pudieron, sencillamente.

En el Kaffee Mowatt no había ningún conocido y no reconocí a la figura que permanecía debajo del cartel de neón rosa: ¡HOTEL NEW HAMPSHIRE! ¡HOTEL NEW HAMPSHIRE! ¡HOTEL NEW HAMPSHIRE!

Es Babette, pensé con cierta repulsión, pero lo que me hizo pensar en ella fue la brisa pegajosa y dulce de la última noche de verano. La mujer me vio y vino a mi encuentro, agresivamente, me dije, y con avidez. Tuve la certeza de que era Annie la Gritona, y por un instante me pregunté cómo me las arreglaría para mantenerme entero durante su famoso orgasmo fingido. Tal vez —dada mi inclinación por los susurros— le pediría que no lo hiciera, le diría que sabía que era falso y que no era necesario que lo fingiera en mi provecho. La mujer era demasiado esbelta para ser Old Billig, aunque demasiado maciza para ser Annie la Gritona, claro; estaba demasiado bien formada para ser Annie. Entonces es Jolanta, pensé: por fin descubriré lo que guarda en su maligno bolso. Dentro de poco —me dije, estremecido—, es posible que tenga que *usar* lo que guarda Jolanta en su bolso. Pero la mujer que se acercaba a mí no era tan sólida como Jolanta; estaba demasiado bien formada en el otro sentido: demasiado suave, demasiado fresca en sus movimientos. Corrió hacia mí por la calle y me estrechó entre sus brazos: su hermosura me quitó el aliento. Era Franny.

—¿Dónde has estado? —me interrogó en tono de reproche—. ¡Desapareciste todo el día y toda la noche! ¡Nos moríamos por encontrarte!

—¿Por qué? —el olor de Franny me mareaba.

—¡*Van a publicar* el libro de Lilly! —exclamó—. ¡Una editorial de Nueva York va a comprarle el libro!

—¿Cuánto? —dije, porque abrigaba la esperanza de que fuera *suficiente*.

Podía ser nuestro pasaje para largarnos de Viena, los billetes que el segundo Hotel New Hampshire nunca nos compraría.

—¡Santo cielo! —se horrorizó Franny—. Tu hermana alcanza un éxito *literario* y sólo se te ocurre preguntar cuánto. Eres como Frank. Eso es lo que él preguntó.

—Bien por Frank —dije.

Todavía temblaba; había buscado a una prostituta y encontré a mi hermana. Tampoco ella quiso soltarme.

—¿Dónde has estado? —me apartó el pelo de la cara.

—Con Fehlgeburt —dije mansamente: nunca le mentiría a Franny.

Mi hermana arrugó la frente.

—¿Y cómo fue eso? —me preguntó, tocándome todavía... pero como una hermana.

—Ninguna maravilla —aparté la mirada—. Horrible —agregué.

Franny me abrazó y me besó. Quería besarme en la mejilla (como una hermana),

pero yo me volví hacia ella, aunque sólo quería volver la cara, y nuestros labios se encontraron. Aquello fue la chispa.

Estábamos a finales del verano de 1964; de repente fue otoño. Yo tenía veintidós años y Franny veintitrés. Nos besamos largo rato. No fue necesario decir nada. Franny no era lesbiana, todavía le escribía a Junior Jones —y a Chipper Dove—, y yo nunca había sido feliz con otra mujer..., nunca, todavía no. Permanecimos en la calle, fuera del radio de luz del neón, para que no nos viera nadie del Hotel New Hampshire. Tuvimos que interrumpir nuestros besos cuando un cliente de Jolanta salió del hotel haciendo eses, y otra vez al oír a Annie la Gritona. Un rato después, su aturdido cliente salió por la puerta, pero Franny y yo seguíamos en la Krugerstrasse. Más tarde, Babette se fue a su casa. Luego lo hizo Jolanta, llevándose consigo a Inge la Morena. Annie la Gritona salió y volvió a entrar, como la marea. Old Billig la prostituta cruzó la calle hasta el Kaffee Mowatt y dormitó en una mesa. Fui con Franny hasta la Kärntnerstrasse y la Ópera.

—Tú piensas demasiado en mí... —empezó a decir Franny, pero no se molestó en terminar la oración.

Volvimos a besarnos. La Ópera se alzaba enorme a nuestro lado.

—La volarán —susurré a mi hermana—. La Ópera... la harán volar por los aires —la abracé—. Te amo tanto...

—Yo también, *maldición* —dijo Franny.

Aunque la atmósfera era otoñal, seguimos allí de pie, custodiando la Ópera. Hasta que amaneció y apareció la gente real camino de su trabajo. De cualquier modo no teníamos adónde ir... y no podíamos hacer —lo sabíamos— absolutamente anda.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas —nos susurramos mutuamente.

Cuando por fin volvimos al Hotel New Hampshire, la Ópera seguía allí indemne, segura. Segura por un tiempo, dije para mis adentros.

—Más segura que *nosotros* —dije a Franny—. Más segura que el amor.

—Permíteme decirte, pequeño —Franny me apretó la mano—, que *todo* es más seguro que el amor.

## Una noche en la Ópera. *Schlagobers* y sangre

—Debemos tener mucho cuidado, chicos —nos dijo papá—. Creo que éste es el *momento crucial*.

Nuestro padre nos habló como si todavíauviésemos ocho, nueve, diez años, y así sucesivamente, y nos estuviera contando cómo conoció a mamá en el Arbutnot-by-the-Sea..., la noche que vieron por primera vez a Freud con *Estado de Maine*.

—Siempre hay un momento crucial —dijo Frank en tono filosófico.

—De acuerdo, supongamos que lo hay —dijo Franny, impaciente—. ¿Cuál es este momento crucial específico?

—Sí —dijo Susie el oso, observando muy atentamente a Franny. Susie era la única que se había dado cuenta de que Franny y yo habíamos pasado fuera toda la noche. Franny le había dicho que había asistido a una fiesta cerca de la universidad con unos amigos a los cuales ella no conocía. ¿Había algo más seguro que llevar como escolta a un hermano levantador de pesas? De todos modos, a Susie no le gustaban las fiestas; si iba vestida de oso no podía hablar con nadie, y si iba de persona, nadie parecía interesado en hablar con ella. La hallé cariacontecida y con un humor de perros—. Por lo que veo, hay mucha mierda de la que ocuparse, y de prisa.

—Ése es —dijo papá—. Ése es el típico momento crucial.

—No podemos perder éste, no creo que me queden muchos hoteles —dijo Freud.

Lo cual podría ser una bendición, me dije, esforzándome por mantener los ojos apartados de Franny. Estábamos en la habitación de Frank, nuestra sala de conferencias, como si el maniquí fuese una presencia tranquilizadora, un callado fantasma de mamá, o de Egg o de Iowa Bob. Se suponía que, de alguna manera, el maniquí irradiaría señales y que nosotros las captaríamos (según Frank).

—¿Cuánto podemos conseguir por la novela, Frank? —preguntó papá.

—La novela es de Lilly, no *nuestra* —intervino Franny.

—En cierto sentido es de todos —dijo Lilly.

—Exactamente. Por lo que yo sé de la industria editorial, ahora la cuestión no está en manos de Lilly. Éste es el punto en que se decide quién caza a quién —explicó Frank.

—Sólo trata del crecimiento. Me sorprende que estén interesados en ella —dijo Lilly.

—Sólo están interesados hasta cinco mil dólares, Lilly —apuntó Franny.

—Para irnos, necesitamos quince o veinte mil, si es que queremos tener la posibilidad de hacer algo allá —acotó papá.

—No olvidéis que sacaremos algo de este hotel —dijo Freud, a la defensiva.

—No después que soplemos lo de esos malditos bombarderos —dijo Susie el oso.

—Habrás tal escándalo que no conseguiremos un solo comprador —opinó Frank.

—Ya os he dicho que la policía caerá sobre *nosotros* si los denunciarnos —nos recordó Freud—. Vosotros no conocéis a nuestra policía, ni sus tácticas dignas de la Gestapo. Además, se les ocurrirá decir que hay algo irregular con las prostitutas.

—Más bien mucho —dijo Franny.

Franny y yo no podíamos mirarnos; cada vez que ella hablaba, yo miraba por la ventana. Vi que Old Billig el radical cruzaba la calle. Annie la Gritona se arrastró rumbo a su casa.

—De ninguna manera podemos dejar de delatarlos —insistió papá—. Si de verdad creen que pueden hacer volar la Ópera, no habrá modo de hablar con ellos.

—Nunca hubo modo de hablar con ellos. Nosotros siempre nos hemos limitado a escucharlos —dijo Franny.

—Siempre han estado locos —le dije a papá.

—¿No lo sabías, papá? —le preguntó Lilly.

Papá bajó la cabeza. Tenía cuarenta y cuatro años y unas distinguidas canas salpicaban la mata de pelo castaño posada alrededor de sus orejas; nunca había usado patillas y llevaba el pelo cortado de manera uniforme, a mitad de las orejas, a mitad de la frente, cubriéndole la nuca; nunca se lo había recortado. Usaba flequillo, como un crío, y su cabellera ceñía con tanta precisión su cabeza que, a lo lejos, a veces creíamos que se había puesto un casco.

—Lo siento, chicos —Papá movió la cabeza de un lado a otro—. Sé que esto no es agradable, pero considero que estamos en el *momento crucial*.

Papá siguió moviendo la cabeza. Parecía perdido para nosotros, y sólo más tarde le recordaría en la cama de Frank en aquel cuarto con un maniquí de modista, muy apuesto y a cargo de todo. Papá siempre fue apto para crear la ilusión de que estaba a cargo de todo: de *Grrr*, por ejemplo. No había levantado pesas como Iowa Bob o como yo, pero conservaba su figura atlética y sin duda su infantilismo, «un exceso de infantilismo», diría siempre Franny. Caí en la cuenta de que debía de sentirse muy solo; en siete años no había salido con una mujer. Y si recurría a las prostitutas, era muy discreto..., y en *aquel* Hotel New Hampshire, ¿quién podía ser tan discreto?

—No es posible que visite a ninguna de ellas —había dicho Franny—. Si lo hiciera, yo lo sabría.

—Los hombres son muy solapados —había respondido Susie el oso—. Hasta los mejores.

—He dicho que no visita a ninguna de ellas —insistió Franny.

Susie el oso se había encogido de hombros y Franny la había golpeado.

Mas ahora, en la habitación de Frank, fue papá quien sacó a colación a las prostitutas.

—Debemos decirles lo que pensamos hacer con esos radicales delirantes *antes* de acudir a la policía —dijo papá.

—¿Por qué? —quiso saber Susie el oso—. Alguna podría delatarlos.

—¿Y por qué harían semejante cosa? —le pregunté.

—Tendríamos que advertírselo para que puedan hacer sus planes —dijo papá.

—Tendrán que cambiar de hotel —observó Freud—. La policía cerrará nuestras puertas. ¡En este país, uno es culpable por asociación! —gritó Freud—. ¡Preguntádselo a cualquier judío!

Preguntádselo al *otro* Freud, pensé.

—Pero suponed que nos convertimos en *héroes* —dijo papá, y todos le miramos.

Sí, eso sería hermoso, me dije.

—¿Como en el libro de Lilly? —preguntó Frank a papá.

—¿Y si la policía pensara que somos unos héroes por haber descubierto el complot? —insistió papá.

—La policía no suele pensar en esos términos —respondió Freud.

—Pero supongamos que, en nuestra condición de *norteamericanos* —dijo papá—, informamos de todo esto al consulado o a la embajada y que algún funcionario transmite la información a las autoridades austriacas... como si toda la cuestión fuese una intriga de alto vuelo, una especie de secreto internacional.

—¡Por estas cosas te adoro, Win Berry! —saltó Freud, y se puso a tamborilear su bate de béisbol al ritmo de alguna melodía interior—. ¡Eres un auténtico soñador! ¡Ésta no es ninguna intriga de alto vuelo! Tenemos un hotel de segunda categoría. Hasta yo soy capaz de verlo..., y por si no te has dado cuenta, soy ciego. Tampoco éstos son terroristas de primera categoría. ¡Ni siquiera son capaces de poner en funcionamiento un coche que es perfecto! —gritó—. ¡Por mi parte, no creo que sepan *cómo* hacer volar la Ópera! De hecho, estoy convencido de que estamos a salvo. ¡Si *tuviesen* una bomba, probablemente caerían escaleras abajo con ella!

—La bomba es el coche —intervine—, o la bomba *principal*..., cualquiera que sea su significado. Me lo dijo Fehlgeburt.

—Hablemos con Fehlgeburt —propuso Lilly—. Confío en ella.

A Lilly le asombraba que la chica que prácticamente había sido su preceptora durante siete años se hubiese convencido de que debía destruirse a sí misma. Y si Fehlgeburt había sido la preceptora de Lilly, Schwanger había sido su niñera.

Pero no volveríamos a ver a Fehlgeburt. Yo creía que me eludía, aunque veía a los demás. A finales del verano de 1964 —mientras asomaba «la temporada otoñal»—, yo hacía todo lo posible por no estar a solas con Franny, y ésta se esforzaba por convencer a Susie el oso de que, aunque nada había cambiado entre ellas, consideraba que era mejor ser «sólo buenas amigas».

—Susie es muy insegura —me había dicho Franny—. Es muy dulce... como diría Lilly, pero estoy intentando dejarla sin que quede socavada la poca confianza que puedo haberle transmitido. Quiero decir que precisamente estaba empezando a gustarse un poco. Casi le he hecho creer que no es tan fea, pero ahora, ante mi rechazo, comienza a convertirse otra vez en un oso.

—Te amo, pero... ¿qué vamos a hacer? —dije a Franny, con la cabeza gacha.

—Amarnos —replicó Franny—, pero *sin hacer nada*.

—¿Nunca, Franny?

—Al menos por ahora, no —dijo, pero su mano se deslizó por su regazo y más allá de sus rodillas juntas hasta mis piernas, donde me apretó el muslo con tanta fuerza que pegué un salto—. Al menos *aquí*, no —susurró en un tono feroz y me soltó—. Tal vez sólo sea *deseo* —añadió—. ¿Por qué no pones a prueba el deseo con otra? Quizá lo que hay entre nosotros se desvanezca.

—¿Qué otra puede haber?

Estábamos en su habitación, a última hora de la tarde. Yo no me atrevía a permanecer allí después de que oscureciera.

—¿En cuál estás pensando? —me preguntó; yo sabía que se refería a las prostitutas.

—Jolanta —dije, y mi mano se separó involuntariamente de mi cuerpo, torciendo la pantalla de una lámpara.

—Tú sabes en quién estoy pensando yo, ¿no es cierto? —me preguntó.

—Ernst —me castañetearon los dientes de frío.

—¿Te parece una buena idea? —me preguntó.

—No —susurré.

—¡Tú y tus malditos susurros! Bueno, a mí tampoco me gusta la idea de que lo hagas con Jolanta.

—Entonces no lo hagamos —dije.

—Sospecho que lo haremos —predijo.

—¿*Por qué*, Franny? —empecé a avanzar hacia ella.

—¡Detente! —gritó, y se movió de tal modo que quedamos separados por su escritorio; había una frágil lámpara de pie en el camino.

Años más tarde, Lilly nos envió un poema. Después de leerlo llamé por teléfono a Franny para comprobar si ella también había recibido una copia; por supuesto que sí. El autor era un excelente poeta, Donald Justice, al que un día oí leer sus poemas en Nueva York. Todos me gustaron, pero durante la lectura contuve la respiración, en parte esperando que leyera el poema que Lilly nos había enviado a Franny y a mí, y en parte temiendo que lo hiciera. No lo leyó. Yo no sabía qué hacer cuando concluyó la lectura. Muchas personas se acercaron a hablar con él, pero parecían amigos... o tal vez fuesen también poetas. Lilly me ha dicho que los poetas siempre tienen aspecto de ser amigos entre sí. Pero yo no sabía qué hacer; si Franny hubiese estado a mi lado, nos habríamos acercado a Donald Justice bailando un vals, y él habría quedado deslumbrado al ver a Franny, al menos así me lo imagino..., a todos les ocurre lo mismo. Justice parecía un verdadero caballero, y no quiero insinuar que se hubiese arrojado sobre Franny. Yo opinaba que, al igual que sus poemas, sería al mismo tiempo cándido y formal, austero, incluso grave... pero abierto y hasta generoso. Parecía un hombre al que se le podía pedir una elegía para un ser amado; creo que

habría sido capaz de hacer una, desgarradora, dedicada a Iowa Bob; y contemplándole después de su lectura en Nueva York, rodeado de admiradores de expresión inteligente, lamenté que no hubiese escrito y recitado algún tipo de elegía para mamá y para Egg. En cierto sentido *escribió* una para Egg, un poema titulado «En la muerte de amigos en la infancia», que personalmente he adoptado como elegía para Egg. A Frank y a mí nos encanta, pero Franny dice que la entristece demasiado.

#### EN LA MUERTE DE AMIGOS EN LA INFANCIA

No los encontraremos barbudos en el cielo,  
ni tomando el sol entre los calvos del infierno;  
tal vez sí en el desierto patio de la escuela, a la hora del crepúsculo,  
formando acaso un corro, o uniendo sus manos  
en juegos cuyos nombres incluso hemos olvidado.  
Ven, memoria, busquémoslos en las sombras.

Sin embargo, cuando vi a Donald Justice en Nueva York, pensé sobre todo en Franny y en el poema «Estratagemas del amor», título del que Lilly nos envió. Ni siquiera sabía qué decirle al autor. Ni siquiera me atreví a estrecharle la mano. Supongo que, si me hubiese animado, le habría dicho que lamentaba no haber leído «Estratagemas del amor» cuando estaba en Viena con Franny, en el callejón sin salida del verano de 1964.

—¿Habría tenido alguna importancia? —me preguntaría Franny más tarde—. ¿Le habríamos creído... entonces?

Ni siquiera sé si en 1964 Donald Justice ya había escrito «Estratagemas del amor». Seguramente sí: parece escrito para Franny y para mí. «No importa», como diría Frank.

De cualquier modo, años más tarde nuestra querida y pequeña Lilly nos enviaría a Franny y a mí por correo «Estratagemas del amor», y una noche nos lo leímos mutuamente en voz alta por teléfono. Yo solía susurrar cuando leía algo bueno, pero Franny lo recitó en voz alta y clara.

#### ESTRATAGEMAS DEL AMOR

Pero estas maniobras para evitar  
el contacto de las manos,  
estos recursos para mantener los ojos ocupados  
en objetos más o menos neutrales  
(tal como por el momento ordena el honor),  
no impedirán la caída.



Son necesarias medicinas más poderosas.  
Ya han descubierto  
que ninguna de sus estratagemas alcanzó el objetivo,  
ni lo alcanzará, no,  
aunque los cegaran,  
aunque les cortaran las manos a la altura del codo.

Eran necesarias medicinas más poderosas, qué duda cabe. Si nos hubiesen cortado las manos a la altura de los codos, Franny y yo nos habríamos tocado con los *muñones...*, con lo que nos hubiesen dejado, ciegos o no.

Pero aquella tarde, en su habitación, nos salvó Susie el oso.

—Ocurre algo —dijo Susie mientras entraba arrastrando los pies.

Franny yo aguardamos: pensamos que se refería a *nosotros...*, pensamos que sabía.

Lilly lo sabía, por supuesto. De algún modo, tenía que saberlo.

—Los escritores lo saben todo —dijo Lilly una vez—. O deberían saberlo. *Tendrían* que saberlo. O deberían callar.

—Lilly debía de saberlo desde el principio —me dijo Franny desde larga distancia la noche que descubrimos «Estratagemas del amor». La conexión no era buena; había interferencias en la línea... como si Lilly estuviese escuchando. O como si estuviese escuchando Frank..., que, como he dicho, había nacido para escuchar cómo otros hacían el amor.

—Ocurre algo —repitió Susie el oso, amenazante—. No pueden encontrar a Fehlgeburt.

—¿Quiénes no pueden encontrarla? —pregunté.

—El rey del porno y su maldita pandilla. Nos han preguntado a nosotros si la hemos visto. Y anoche se lo preguntaron a las prostitutas —dijo Susie.

—¿Nadie la ha visto? —inquirí, y sentí el creciente frío conocido que me subía por la pernera del pantalón, la bocanada de aire muerto que se elevaba desde las tumbas de los descorazonados Habsburgo.

¿Cuántos días habíamos esperado para que papá y Freud discutieran la posibilidad de encontrar comprador para el Hotel New Hampshire *antes* de delatar a los terroristas en ciernes? ¿Y cuántas noches habíamos perdido dilucidando si debíamos comunicárselo al consulado o a la embajada, para que ellos se lo transmitieran a la policía..., o si debíamos decirlo directamente a la policía austriaca? Cuando estás enamorado de tu hermana, pierdes la perspectiva del mundo real. Del maldito *Welt*, como decía Frank.

—¿En qué piso vive Fehlgeburt? —me preguntó Frank—. Tú conoces el lugar. ¿A qué altura vive?

Lilly la escritora aguzó los oídos ante la pregunta de Frank, aunque para mí no

tenía sentido... todavía.

—En el primero —respondí—, sólo está a un piso de altura.

—No es suficiente —dijo Lilly.

Entonces comprendí. No es altura suficiente para arrojar por la ventana, quería decir Lilly. Si Fehlgeburt había decidido *no* pasar de largo ante las ventanas abiertas, tenía que haber encontrado otro método.

—Eso es —dijo Frank, y me tomó del brazo—, si ha decidido hacer de Rey de los Ratones, lo más probable es que siga allí.

Yo sentía algo más que la falta de aliento al cruzar la Plaza de los Héroes y subir por la Ringstrasse en dirección al Rathaus; el trayecto era largo para un *sprint*, pero me encontraba en forma. Sin duda alguna, mi respiración era un tanto fatigosa, mas también me sentía *muy* culpable, aunque no podía tratarse únicamente de mí; yo no podía ser la principal razón para que Fehlgeburt dejara de pasar de largo junto a las ventanas abiertas. Y no había pruebas, dijeron más adelante, de que hubiese hecho muchas cosas después que me marché. Quizá leyó un poco más de *Moby Dick*, porque la policía lo registró todo con tanta minuciosidad como para advertir incluso que había marcado la página. Y yo sé que no lo había hecho cuando me fui. Es curioso, pero había marcado la página en que había dejado de leerme... como si hubiese vuelto a leer toda la noche antes de adoptar la política de ventana abierta. La política de ventana abierta que adoptó Fehlgeburt fue una pequeña y primorosa pistola cuya existencia yo ignoraba. La nota que dejó, sencilla, no estaba dirigida a nadie en particular, aunque yo sabía que era el destinatario.

La noche que  
viste a Schwanger  
no me viste  
a mí. ¡Yo también  
tengo una pistola!  
«Seguimos remando contra...»

concluía Fehlgeburt, citando el final favorito de Lilly.

No volví a ver a Fehlgeburt. Esperé en el pasillo que daba a su habitación. Frank no estaba en tan buena forma y tardó un buen rato en volver a reunirse conmigo. La habitación de Fehlgeburt tenía una entrada privada que daba a una escalera trasera, que los ocupantes de la vieja casa de apartamentos sólo utilizaban cuando sacaban la basura. Supongo que pensaron que el olor provenía de algún cubo. Frank y yo ni siquiera abrimos la puerta de su habitación. El olor que inundaba aquel pasillo era peor que cualquiera de los que nos había prodigado *Patético*.

—Os lo he dicho, ya os lo he dicho —repitió papá—. Nos encontramos en el

momento crucial. ¿Estamos preparados?

Comprendimos que en realidad no sabía qué hacer.

Frank había devuelto el contrato de Lilly a Nueva York. En su condición de «agente» de Lilly, dijo, no podía aceptar una oferta tan poco comprometida por lo que evidentemente era una obra genial... «El genio aún florece», agregaba, aunque todavía no había leído *Tratando de crecer*; Frank destacaba que Lilly sólo tenía dieciocho años. «Aún crecerá mucho», concluía. Cualquier editorial haría bien en entrar en el colosal edificio literario que construiría Lilly (según él)... «desde la planta baja».

Frank pedía quince mil dólares... y la promesa de otros quince mil para publicidad. «No permitamos que un poco de dinero se interponga entre nosotros», razonaba en su propuesta epistolar.

—Si nosotros sabemos que Fehlgeburt está muerta —conjeturó Franny—, los radicales también se enterarán.

—Se huele en el aire —dijo Frank, pero yo no abrí la boca.

—Tengo un posible comprador —dijo Freud.

—¿Hay alguien que quiera este hotel? —se asombró Franny.

—Para convertirlo en oficinas —explicó Freud.

—Pero Fehlgeburt está muerta —dijo papá—. Ahora tenemos que dar cuenta de todo a la policía.

—Hagámoslo esta noche —propuso Frank.

—Será mejor explicárselo mañana a los yanquis —dijo Freud— y a las prostitutas esta noche.

—Sí, tenemos que advertir a las prostitutas esta noche —coincidió papá.

—Entonces, por la mañana *temprano* iremos al consulado... o a la embajada. ¿A cuál de ambos organismos corresponde? —inquirió Frank.

Me di cuenta de que yo tampoco sabía cuál era para qué, ni quién para quiénes. Comprendimos que papá también lo ignoraba.

—Al fin y al cabo somos bastantes —dijo papá humildemente—. Unos podemos ir al consulado y otros a la embajada.

En ese momento vi con toda claridad lo poco que sabía cualquiera de nosotros sobre lo que es vivir en el extranjero: ni siquiera sabíamos si la embajada y el consulado de nuestro país estaban en el mismo edificio... De hecho, por nuestras deducciones, un consulado y una embajada podían ser la misma cosa. También me pareció evidente entonces lo que aquellos siete años habían hecho con papá: habían hecho que perdiera la capacidad de decisión que sin duda tuvo en Dairy, New Hampshire, la noche que llevó a mi madre a pasear por Elliot Park y la agobió con su visión de convertir el Thompson Female Seminary en un hotel. Primero había perdido a *Grrr*, el proveedor de su educación. Y cuando perdió a Iowa Bob, perdió el instinto de éste. Iowa Bob era un hombre entrenado para saltar sobre una pelota suelta... poseía un valioso instinto, especialmente para el negocio hotelero. Y entonces

comprendí lo que *Patético* le había costado a papá.

—Sus canicas —diría Franny más tarde.

—Nunca jugó con la baraja completa —diría Frank.

—Todo saldrá bien, papá —se sintió obligada a decirle Franny aquella tarde en la ex Gasthaus Freud.

—Seguro, papá —agregó Frank—. ¡Volveremos a casa!

—Ganaré millones, papá —dijo Lilly.

—Vamos a dar un paseo, papá —le invité.

—¿Quién se lo dirá a las prostitutas? —inquirió, desconcertado.

—Bastará con decírselo a una para que lo sepan todas —dijo Franny.

—No, a veces son reservadas entre sí. Yo se lo diré a Babette —declaró Freud: Babette era su predilecta.

—Y yo a Old Billig —dijo Susie el oso.

—Yo se lo diré a Annie la Gritona —se ofreció mi padre, que parecía flotar en una nube.

Nadie propuso decirle nada a Jolanta, de modo que me ofrecí yo. Franny me miró, pero logré desviar la mirada. Vi que Frank estaba absorto en el maniquí; esperaba una señal clara. Lilly fue a su cuarto; parece tan pequeña, pensé..., aunque *era* tan pequeña, por supuesto. Debió de ir a su habitación para tratar de crecer un poco más: para escribir y escribir. Cuando celebrábamos nuestras conferencias familiares en el segundo Hotel New Hampshire, Lilly todavía era tan menuda que papá parecía olvidar que tenía dieciocho años; en ocasiones la alzaba, la sentaba sobre las rodillas y jugaba con su trenza. A Lilly no le molestaba; lo único que le gustaba de ser tan pequeña, me había dicho, era que papá la tratara como si fuera una cría.

—Nuestra autora-niña —solía decir Frank para referirse a su hermana pequeña.

—Vayamos a dar un paseo, papá —insistí, pues no estaba seguro de que me hubiese oído.

Atravesamos el vestíbulo; alguien había volcado un cenicero sobre el destartado diván situado frente al escritorio, y supuse que era el día que le tocaba a Susie limpiar el vestíbulo. Susie tenía buenas intenciones, pero era desmañada; cuando le tocaba limpiar a ella, el vestíbulo siempre estaba hecho un revoltijo.

Franny estaba al pie de la escalera, con la vista levantada. Yo no recordaba en qué momento se había cambiado de ropa, pero de repente me pareció engalanada. Se había puesto un vestido. No era de las que siempre van con texanos y camisa —le gustaban las faldas sueltas y las blusas—, aunque tampoco le entusiasmaban los vestidos. Sin embargo, llevaba el verde oscuro, con tirantes finos.

—Ya ha llegado el otoño —le dije—. Ese vestido es de verano. Vas a tener frío.

—No voy a salir —respondió, todavía con la vista fija en la caja de la escalera. Miré sus hombros desnudos y sentí frío por ella. Concluía la tarde, pero ambos sabíamos que Ernst no había dado por terminado el día..., seguía trabajando en el quinto piso—. Sólo iré para tranquilizarle —me dijo, sin mirarme... y sin mirar a papá

—. No os preocupéis, no le diré lo que sabemos..., me haré la tonta. Intentaré descubrir qué sabe él.

—Es un verdadero crápula, Franny —le advertí.

—Lo sé... y tú piensas demasiado en mí.

Salí con papá a la Krugerstrasse. Era demasiado temprano para las prostitutas, pero el día laboral había terminado hacía largo rato: los que vivían en los alrededores ya estaban a salvo en sus suburbios, y sólo poblaban las calles las personas elegantes que hacían tiempo antes de ir a cenar o a la Ópera.

Bajamos por la Kärntnerstrasse hasta la Graben y, como es obligado, admiramos embobados la iglesia de San Esteban. Deambulamos por el Neuer Markt y contemplamos los desnudos de la Fuente Donner. Me di cuenta de que papá no sabía nada sobre aquellos desnudos, por lo que le conté una historia abreviada de las medidas represivas de santa Teresa. Me dio la impresión de que su interés por el relato era auténtico. Pasamos por la lujosa entrada escarlata y oro del hotel Ambassador en el Neuer Markt; papá evitó mirar al Ambassador y se dedicó a observar cómo cagaban las palomas en la fuente. Seguimos andando. Faltaba un rato para que oscureciera. Al pasar por el Kaffee Mozart, papá dijo:

—Parece una cafetería bonita. Mucho más que el Kaffee Mowatt.

—Lo es —respondí, y traté de ocultar mi sorpresa al enterarme de que él nunca había entrado allí.

—Tengo que pensar en venir algún día —dijo.

Yo me esforzaba por que la caminata diera otros resultados, pero fuimos a parar al Hotel Sacher en el preciso momento en que se apagaban las luces del firmamento y se encendían las del Sacher Bar. Nos detuvimos a observar cómo se iluminaba el bar, que en mi opinión es el más hermoso del mundo. «*In den ganzen Welt*», dice Frank.

—Tomemos algo aquí —propuso papá.

Entramos. Yo estaba un poco preocupado por la vestimenta de papá. Mi aspecto era correcto; así voy siempre: correcto. Pero, de súbito, papá me pareció un poco desharrapado. Me di cuenta de que sus pantalones estaban arrugados, que sus piernas se mostraban redondas como tubos de chimenea... aunque con rodilleras; en Viena había adelgazado. La ausencia de comida casera había hecho que adelgazase y no le beneficiaba en nada el hecho de que su cinturón fuera demasiado largo..., el cinturón de Frank, advertí; papá lo había tomado prestado. Llevaba una camisa de rayas grises y blancas, muy desteñida, que era correcta: había sido mía, antes de que las últimas etapas del levantamiento de pesas alteraran mi cuerpo de cintura para arriba; ahora no me caería bien, pero era una buena camisa, aunque desteñida y un poco arrugada. Lo malo era que la camisa tenía rayas y la chaqueta cuadros. Gracias a Dios, papá nunca usaba corbata: me estremecí sólo de pensar el tipo de corbata que sería capaz de ponerse. Pero en ese mismo instante comprendí que en el Sacher nadie se mostraría arrogante con nosotros, porque por primera vez vi lo que en realidad parecía mi padre. Tenía el aspecto de un millonario excéntrico; parecía el hombre más rico del

mundo, a quien todo le importaba un comino. Traslucía la mezcla de generosidad e ineficacia que caracteriza a los acaudalados; podía ponerse cualquier cosa: siempre daría la impresión de llevar un millón de dólares en el bolsillo... aunque éste estuviese agujereado. En el Sacher Bar había personas muy bien vestidas y adineradas, pero, cuando mi padre y yo entramos, le miraron con una especie de envidia conmovedora. Creo que papá también lo vio, aunque era muy poco lo que veía del mundo real y sin duda era ingenuo con respecto a la forma en que le miraban las mujeres. En el Sacher Bar había gente que tardaba una hora en vestirse, y mi padre era un hombre que había vivido siete años en Viena sin dedicar más de un total de quince minutos a comprarse ropa. Se ponía lo que le había comprado mi madre y lo que nos quitaba a Frank y a mí.

—Buenas tardes, señor Berry —le dijo el camarero, y entonces me di cuenta de que papá era un parroquiano asiduo del lugar.

—*Guten Abend* —respondió papá.

Eso era casi todo lo que sabía decir papá en alemán. Además sabía decir *Bitte*, *Danke* y *Auf Wiedersehen*. Y su forma de inclinar la cabeza, para saludar era un portento.

Yo pedí una cerveza y mi padre «lo de siempre». Lo de siempre de papá era un horroroso mejunje que contenía algún tipo de whisky o de ron, pero parecía un helado. Papá no era bebedor; se limitaba a dar un sorbo de vez en cuando y pasaba horas jugueteando con el resto. No iba allí por la bebida.

La gente más elegante de Viena entraba en el local, y los huéspedes del Hotel Sacher hacían sus planes o se reunían con sus compañeros de cena en el Sacher Bar. Por supuesto, el camarero nunca supo que mi padre vivía en el espantoso Hotel New Hampshire, a pocos minutos de distancia... andando muy despacio. Me pregunto de dónde creería el camarero que salía papá. Supongo que de un yate; como mínimo del *Bristol*, o del *Ambassador*, o del *Imperial*. Asimismo me di cuenta de que en realidad papá no necesitaba el smoking blanco para encajar en el papel.

—Bien... —me dijo papá en voz baja, en el Sacher Bar—. Bien, John, soy un fracaso. Os he fallado a todos.

—No, no es verdad —me apresuré a responder.

—Ahora volveremos a la tierra de la libertad —mezcló su nauseabunda bebida con el dedo índice y después se chupó el dedo—. Y basta de hoteles. Tendré que buscar *trabajo*.

Lo dijo en el tono en que uno anunciaría que iba a tener que someterse a una *operación*. Me atormentó ver cómo le cercaba la realidad.

—Y vosotros tendréis que ir a la escuela. A la universidad —agregó, como en un ensueño.

Le recordé que todos habíamos ido a la escuela y a la universidad. Frank, Franny y yo incluso habíamos terminado nuestras carreras universitarias, le dije. ¿Y para qué necesitaba terminar Lilly la suya —en literatura norteamericana—, si ya había escrito

una novela?

—¡Ah! —exclamó—. Entonces tal vez tengamos que conseguir trabajo *todos*.

—Eso no está mal —repliqué.

Me miró sonriendo y se inclinó para besarme en la mejilla. Su aspecto era tan correcto que a nadie en el bar se le habría ocurrido pensar —ni siquiera por un instante— que yo era el joven amante de aquel hombre maduro. Era un beso de padre a hijo, y todos miraron a papá con más envidia aún de la que mostraron al verle entrar.

Tardó una eternidad en terminar de jugar con su bebida. Yo tomé otras dos cervezas. Sabía lo que estaba haciendo papá. Estaba *absorbiendo* el Sacher Bar, estaba echando su última mirada al Hotel Sacher; imaginaba, por supuesto, que él era el propietario, que vivía allí.

—A tu madre le habría encantado todo esto —lo señaló con un breve movimiento de la mano y luego apoyó ésta en la rodilla.

Me pregunté qué sería todo lo que le habría encantado a mamá. ¿El Hotel Sacher y el Sacher Bar? Sí, claro ¿Pero *qué más* le habría encantado? ¿Su hijo Frank, que se había dejado crecer la barba e intentado descifrar el mensaje de su madre —su significado— en su maniquí de modista? ¿Su hija menor, Lilly, que trataba de crecer? ¿Su hija mayor, Franny, que se esforzaba por descubrir todo lo que sabía un pornógrafo? ¿Le habría encantado yo, el hijo que había pulido su vocabulario, si bien lo que más deseaba en el mundo era hacer el amor con su hermana? ¡Y Franny también lo deseaba! Por esa razón había ido a ver a Ernst, naturalmente.

Papá no podía saber por qué me eché a llorar, pero me dirigió las mejores palabras.

—Las cosas no serán tan malas. Los seres humanos somos notables... por las cosas a las que podemos acostumbrarnos —me dijo papá—. Si no nos fortalecieran las pérdidas y todo lo que echamos de menos y todo lo que deseamos y no podemos tener, nunca seríamos *bastante* fuertes, ¿no es cierto? ¿Qué otra cosa nos vuelve fuertes?

Todos los presentes en el Sacher Bar me vieron llorar y observaron cómo me consolaba mi padre. Supongo que ésta es sólo una de las múltiples razones por las que, en mi opinión, es el bar más hermoso del mundo: posee la gracia de que nadie se sienta cohibido por su propia desdicha.

Me sentí mejor con el brazo de papá en mi hombro.

—Buenas noches, señor Berry —se despidió el camarero.

—*Auf Wiedersehen* —dijo papá: sabía que no iba a volver jamás.

Fuera todo había cambiado. Reinaba la oscuridad. Era otoño. El primer hombre con quien nos cruzamos caminaba sin prisas: llevaba pantalones negros, zapatos de etiqueta y smoking blanco.

Mi padre no vio al hombre del smoking blanco, pero me sentí incómodo con semejante augurio, con semejante recordatorio; yo sabía que el hombre del smoking blanco iba vestido para la Ópera. Sin duda caminaba a buen paso para llegar a tiempo. La «temporada otoñal», como me había advertido Fehlgeburt, estaba sobre nosotros. Se la percibía en el aire.

La temporada de 1964 del Metropolitan de Nueva York se abrió con *Lucia di Lammermoor*, de Donizetti. Lo leí en uno de los *libros de Frank* sobre ópera, pero él afirma que duda mucho de que la temporada vienesa se hubiese inaugurado con *Lucia*. Frank dice que probablemente la temporada se inició con algo más vienes.

—Su adorado Strauss, su amado Mozart, incluso ese alemanote de Wagner —dice Frank.

Y yo ni siquiera sé si era la noche inaugural en la que papá y yo nos cruzamos con el hombre del smoking blanco.

Sólo era evidente que ya se había iniciado la temporada.

—La versión italiana de 1835 se estrenó en Viena en 1837 —me contó Frank—. Por cierto, la han repetido pocas veces desde entonces. Quizá sea digno de tener en cuenta —agregó Frank— que la gran Adelina Patti actuaba como protagonista... y sobre todo la noche que se incendió su vestido en el preciso momento en que empezaba a cantar la escena de la locura.

—¿Qué escena de la locura, Frank? —le pregunté.

—Tendrías que verlo para creerlo y aún así resulta increíble. El vestido de la Patti se incendió cuando empezaba a cantar la escena de la locura..., en aquellos tiempos, el escenario se iluminaba con luces de gas y debió de acercarse demasiado a una de ellas. ¿Sabes lo que hizo la gran Adelina Patti?

—No.

—Se arrancó el vestido en llamas y siguió cantando —dijo Frank—. En Viena —agregó—. Ésos eran buenos tiempos.

Y en uno de los libros de Frank sobre ópera, leí que la *Lucia* de Adelina Patti parecía condenada a este tipo de accidentes. En Bucarest, por ejemplo, la famosa escena de la locura se vio interrumpida por la caída de un espectador en el patio de butacas —sobre una mujer—, y en medio del pánico general alguien gritó «¡Fuego!». Pero, a su vez, la gran Adelina Patti gritó «¡Nada de fuego!» y siguió cantando. En San Francisco, un imbécil arrojó una bomba en el escenario, y una vez más la intrépida Patti logró mantener al público pegado a los asientos. ¡A pesar de que la bomba estalló!

—Una bomba pequeña —me aseguró Frank.

Pero no era una bomba pequeña la que Frank y yo habíamos visto encaminarse hacia la Ópera entre Arbeiter y Ernst; aquella bomba era más pesada que *Patético*, grande como un oso. Y es dudoso que la *Lucia* de Donizetti ocupase el escenario de



la Staatsoper de Viena la noche que papá y yo dijimos *auf Wiedersehen* al Sacher. Me gusta pensar que era *Lucia* por razones personales. Hay mucha sangre y *Schlagobers* en esa ópera —hasta Frank está de acuerdo conmigo—, y de alguna manera la delirante historia de un hermano que vuelve loca a su hermana y le ocasiona la muerte porque la entrega a un hombre que ella no ama... Bien, se comprenderá el porqué esta particular versión de sangre y *Schlagobers* me parece especialmente apropiada.

—*Toda* la ópera llamada sería es sangre y *Schlagobers* —me ha dicho Frank.

No conozco lo suficiente sobre ópera como para saber si es cierto; todo lo que sé es que creo que tendrían que haber representado *Lucia di Lammermoor* en la Ópera de Viena la noche que papá y yo volvimos andando al Hotel New Hampshire desde el Hotel Sacher.

—No importa... de qué ópera se trataba —dice siempre Frank.

Yo prefiero pensar que era *Lucia*. Me gusta pensar que la famosa escena de locura aún no había empezado cuando papá y yo llegamos al Hotel New Hampshire. En el vestíbulo estaba Susie —*!sin la cabeza de oso!*—, llorando. Papá pasó a su lado aparentemente sin advertir lo perturbada que estaba —*¡y sin el disfraz!*—, pero mi padre estaba acostumbrado a los osos desdichados.

Subió la escalera directamente. Iba a darle a Annie la Gritona la mala nueva acerca de los radicales, la mala nueva para el Hotel New Hampshire.

—Probablemente está con un cliente o en la calle —le dije, pero me contestó que la esperaría en la puerta de su habitación.

Me senté con Susie.

—Sigue con él —sollozó.

Si Franny se hallaba todavía con Ernst el pornógrafo, significaba que estaba haciendo algo más que *hablar* con él. No tenía ninguna razón para seguir fingiendo que era un oso. Cogí la cabeza de oso en mis manos, me la puse, me la quité. Yo no podía quedarme a esperar a Franny en el vestíbulo como si fuese una prostituta, a que acabara con él y volviera a bajar..., y también sabía que era incapaz de intervenir. Habría llegado tarde, como siempre. Esta vez no había cerca nadie tan veloz como Harold Swallow; no había ningún Brazo Negro de la Ley. Junior Jones volvería a rescatar a Franny, pero ya era demasiado tarde para que la salvara de Ernst... y para mí también lo era. Si me quedaba en el vestíbulo, me pondría a llorar con Susie y aquel día ya había llorado demasiado, pensé.

—¿Le dijiste a Old Billig lo de los terroristas? —pregunté a Susie.

—Sólo se preocupó de sus malditos osos de porcelana —Susie siguió sollozando.

—Yo también quiero a Franny —la abracé.

—¡No como yo! —dijo Susie, ahogando un sollozo.

Sí, *como tú*, pensé. Empecé a subir la escalera, pero Susie me interpretó mal.

—Están en el tercer piso —me dijo—. Franny bajó a buscar una llave, pero no vi a qué habitación correspondía.

Miré el escritorio de la recepción; era fácil adivinar que aquella noche estaba a cargo de Susie el oso, porque aparecía hecho un revoltijo.

—Voy a buscar a Jolanta, no a Franny —le dije.

—Se lo dirás, ¿no?

Pero Jolanta no estaba interesada en que se lo dijera.

—Tengo que decirte algo —susurré desde el otro lado de la puerta.

—Trescientos *schillings* —dijo.

Deslicé el dinero por debajo de la puerta.

—Está bien, entra.

Jolanta estaba sola; aparentemente acababa de marcharse un cliente, porque estaba sentada en el bidé, desnuda salvo por el sostén.

—Si también quieres verme las tetas te costará otros cien *schillings*.

—Quiero *decirte* algo —insistí.

—Eso te costará otros cien —siguió lavándose, con la indiferente falta de energía de un ama de casa que friega los platos.

Le di cien *schillings* más y se quitó el sostén.

—Desnúdate —me ordenó.

Mientras lo hacía dije:

—Se trata de esos estúpidos radicales. Lo han estropeado todo. Piensan volar la Ópera.

—¿Y qué? —Jolanta observaba cómo me desnudaba—. Tu cuerpo es básicamente erróneo — me dijo—. Básicamente eres un tipo pequeño con grandes músculos.

—Quizá necesite pedirte prestado lo que llevas en el bolso —sugerí—, hasta que la policía se haga cargo de todo.

Jolanta no prestó la menor atención a mis palabras.

—¿Te gusta de pie, contra la pared? ¿Lo quieres así? Si usamos la cama, si tengo que tumbarme, serán otros cien *schillings*.

Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos.

—Lo dicen en serio, Jolanta. Fehlgeburt está muerta —la informé—. Y esos chalados tienen una bomba, una bomba enorme.

—Fehlgeburt nació muerta —dictaminó Jolanta.

Se arrodilló y empezó a chupármela. Después me puso un profiláctico. Traté de concentrarme, mas cuando volvió a levantarse y se la metió en su interior, aplastándome contra la pared, me informó que no tenía estatura suficiente para hacerlo de pie. Le pagué otros cien *schillings* y probamos en la cama.

—Ahora no la tienes bastante *dura* —se quejó.

Me pregunté si mi fallo al no tenerla dura me costaría otros cien *schillings*.

—Por favor, que los radicales no se enteren de que lo sabes —le dije—. Quizá lo mejor es que desaparezcas de aquí por un tiempo... nadie sabe qué será de este hotel. Nosotros regresamos a Estados Unidos —agregué.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, apartándose. Se levantó, cruzó la habitación y

volvió a sentarse en el bidé—. *Auf Wiedersehen*.

—Pero no me he corrido —dije.

—¿Y quién tiene la culpa? —siguió lavándose concienzudamente.

Supongo que si hubiese eyaculado me habría costado otros cien *shillings*. Contemplé su ancha espalda balanceándose sobre el bidé; lo hacía con un poco más de intensidad que cuando se había columpiado bajo mi cuerpo. Como me daba la espalda, cogí su bolso de la mesilla de noche y lo registré. Daba la impresión de que Susie el oso lo había estado ordenando. Había un tubo con algún ungüento que se había abierto; el interior del bolso estaba pegajoso. Vi el habitual lápiz de labios, los habituales paquetes de profilácticos (en ese momento advertí que me había olvidado de quitarme el que Jolanta me había puesto), los habituales cigarrillos, unas píldoras, perfume, pañuelos de papel, monedas, un billetero repleto... y pequeños recipientes con diversos potingues. No había ninguna navaja, para no hablar de una pistola. Su bolso era una amenaza vacía, un farol; aquella mujer simulaba el sexo y por lo que parecía... también la violencia. Entonces palpé un bote algo mayor que los demás, de un tamaño francamente incómodo. Lo saqué del bolso y lo observé; Jolanta se volvió y me gritó.

—¡Mi bebé! —chilló—. ¡Suelta a mi bebé!

Casi se me cae el bote. En el oscuro líquido nadaba un feto humano, el minúsculo embrión de puños apretados que había sido la única flor de Jolanta, cortada de raíz. Tal vez de la misma manera que el avestruz esconde la cabeza en la arena, aquel embrión era una especie de arma simulada para Jolanta. ¿Sería eso lo que buscaba en su bolso cuando las cosas se ponían feas? ¿Y qué clase de inverosímil consuelo significaba para ella?

—¡Deja a mi bebé! —avanzó hacia mí desnuda, chorreando agua.

Dejé el bote con el feto sobre la almohada, delicadamente, y huí.

Mientras abría y cerraba la puerta de la habitación de Jolanta, oí a Annie la Gritona anunciar su falso orgasmo. Parecía que papá le estaba dando la mala noticia. Me senté en el descansillo del segundo piso, pues no tenía ganas de ver a Susie el oso en el vestíbulo ni me atrevía a buscar a Franny en el piso de arriba. De la habitación de Annie la Gritona salió papá; me dio las buenas noches apoyándose una mano en el hombro y bajó la escalera para ir a acostarse.

—¿Se lo dijiste? —le pregunté.

—No pareció importarle —dijo mi padre.

Llamé a la puerta de Annie la Gritona.

—Ya lo sé —me dijo cuando vio quién era.

Pero yo no me había corrido con Jolanta y algo se adueñó de mí en la puerta de Annie la Gritona.

—¿Por qué no lo decías? —exclamó Annie la Gritona antes de que yo abriera la boca. Me hizo pasar y cerró la puerta—. De tal palo tal astilla.

Me ayudó a quitarme la ropa; ella ya estaba desnuda. Comprendí la razón por la

que tenía que trabajar tanto: no conocía el sistema de «extras» empleado por Jolanta. Annie la Gritona lo hacía todo por cuatrocientos *schillings* justos.

—Y si no te corres, la culpa es *mía*. Pero te correrás —me aseguró.

—Por favor, si te da lo mismo, preferiría que no te corrieras. Quiero decir que no lo finjas como de costumbre. Te agradecería un final callado —le rogué.

Pero Annie la Gritona ya había empezado a emitir curiosos sonidos bajo mi cuerpo. A continuación llegó a mis oídos uno que me puso los pelos de punta. No se asemejaba a nada de lo que yo le había oído a Annie la Gritona y tampoco era la canción que Susie el oso hacía cantar a Franny. Durante un espeluznante segundo, como el sonido estaba cargado de *dolor*, pensé que era la canción que Ernst el pornógrafo provocaba en Franny, pero enseguida me di cuenta de que era yo quien lo producía, de que era mi lamentable voz. Annie la Gritona se unió a mi canto y, en el vibrante silencio que siguió a nuestro pasmoso dúo, oí con toda claridad la voz de Franny... tan cercana que debía de estar en el rellano del segundo piso.

—¡Por Dios, daos prisa y *acabad con eso!* —gritó Franny.

—¿Por qué lo has hecho? —susurré a Annie la Gritona, que jadeaba bajo mi cuerpo.

—¿Por qué he hecho qué?

—El orgasmo falso —aclaré—. Te pedí que no lo hicieras.

—No era falso —dijo en voz baja, pero antes que a mí se me ocurriese tomarlo como un cumplido, agregó—: *Nunca* finjo un orgasmo. *Todos* son reales. ¿Por qué crees que soy semejante fracaso?

Naturalmente, y por eso no quería que su morena hija ingresara en la profesión.

—Lo siento —susurré.

—Espero que hagan estallar la Ópera en mil pedazos —dijo—. Espero que alcancen también al Hotel Sacher. Espero que barra toda la Kärntnerstrasse. Y la Ringstrasse, y a todos los que pasan por allí. A todos los *hombres* —susurró Annie la Gritona.

Franny me aguardaba en el descansillo de la segunda planta. No parecía estar peor que yo. Me senté a su lado y cada uno le preguntó al otro si estaba «bien». Ninguno de los dos dio una respuesta muy convincente. Le pregunté a Franny qué había descubierto de Ernst y se estremeció. La rodeé con un brazo y juntos nos apoyamos en la barandilla de la escalera. Volví a preguntárselo.

—Creo que lo he descubierto todo —susurró—. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

Franny cerró los ojos, apoyó la cabeza en mi hombro y hundió su cara en mi cuello.

—¿Todavía me amas? —me preguntó.

—Sí, por supuesto.

—¿Y quieres saberlo todo? —contuve la respiración—. ¿La posición de la vaca? ¿Quieres conocer eso? —resistí, pero no pude decir ni una sola palabra—. ¿Y la posición del elefante? —la sentía temblar; Franny hacía esfuerzos por no llorar—. Puedo decirte unas cuantas cosas acerca de la posición del elefante. La principal es que *duele* —se echó a llorar.

—¿Te hizo daño Ernst?

—La posición del elefante me hizo daño —permanecimos callados un rato hasta que Franny dejó de temblar—. ¿Quieres que siga? —me preguntó.

—No sobre ese tema —repliqué.

—¿Todavía me amas?

—Sí, no puedo evitarlo.

—Pobrecillo —dijo Franny.

—Pobrecilla tú también.

Por lo menos existe algo fantástico entre los amantes..., los verdaderos amantes, quiero decir; los que se aman. Aun en los momentos en que se sientan desdichados y tengan que consolarse mutuamente, aun entonces saborearán con paladar sexual todo contacto físico; sentirán la excitación en medio de sus aflicciones. Franny y yo no podríamos haber seguido abrazados en la escalera; nos resultaba imposible rozarnos sin desear acariciarnos de la cabeza a los pies.

Supongo que debo agradecerle a Jolanta el que nos interrumpiese. Iba camino de la calle, en busca de otro de quien abusar. Nos vio sentados en la escalera y me hundió una rodilla en la columna vertebral.

—¡Disculpa! —me dijo, y a continuación se dirigió a Franny—: No te lées con él. Es incapaz de correrse.

Sin decir una palabra, Franny y yo fuimos tras ella hacia el vestíbulo, pero Jolanta lo atravesó y salió a la Krugerstrasse, mientras Franny yo fuimos a echarle un vistazo a Susie el oso. Dormía en el diván sobre el cual había caído el cenicero; su rostro mostraba una expresión casi serena... y no era ni remotamente tan fea como creía. Franny me había contado que aquella broma de Susie de que ella era el modelo original de chica que no-está-nada-mal-si-le-pones-una-bolsa-en-la-cabeza no era tal broma; los dos hombres que la violaron le *pusieron* una bolsa en la cabeza. «Para no tener que verte la cara», le dijeron. Este tipo de crueldad puede convertir en un oso a cualquiera.

—La violación es algo que me deja perplejo —le confesaría más tarde a Susie el oso—, porque a mí me parece la experiencia más brutal a la que es posible sobrevivir; no podemos sobrevivir a nuestro asesinato, por ejemplo. Supongamos que es la experiencia más brutal que puedo imaginar porque no me veo *haciéndoselo* a alguien, no me imagino deseándolo. Por tanto, es una sensación ajena: creo que eso es lo que me parece tan brutal.

—Yo sí me imagino haciéndoselo a alguien —dijo Susie—. Me imagino haciéndoselo a los hijos de puta que me lo hicieron a mí. Pero sólo sería por

venganza. Y violar a un *hombre* no funcionaría, porque es muy probable que el tipo disfrutara con ello. Hay hombres que creen que *nosotras* gozamos de verdad cuando nos violan. Y sólo puede ocurrírseles eso porque imaginan que *a ellos* les gustaría —explicó Susie.

En el ceniciento vestíbulo del segundo Hotel New Hampshire, Franny y yo intentamos reanimar a Susie el oso para que fuera a acostarse. La ayudamos a levantarse y recogimos su cabeza; de su espalda quitamos las colillas (sobre las que había estado echada).

—Vamos, quítate ese traje viejo, Susie —intentó convencerla Franny.

—¿Cómo *has podido* hacerlo... con Ernst? —musitó Susie dirigiéndose a Franny—. ¿Y cómo has podido hacerlo *tú*... con prostitutas? —me preguntó—. No os comprendo. Soy demasiado vieja para esto.

—No, yo soy demasiado vieja para esto, Susie —dijo papá suavemente.

No habíamos notado su presencia en el vestíbulo, de pie detrás del escritorio; creíamos que se había acostado ya. No estaba solo. La amable y maternal radical, nuestra querida *Schlagobers*, nuestra querida Schwanger, estaba con él. Empuñaba la pistola y nos hizo señas de que retrocediéramos hacia el diván.

—Sé bueno —me dijo—, ve a buscar a Lilly y a Frank. Despiértalos con delicadeza —agregó. No seas rudo ni demasiado brusco.

Frank estaba tendido en la cama, con el maniquí a su lado. No tuve que despertarle, pues no dormía.

—Sabía que no debíamos esperar —dijo Frank—. Tendríamos que haber hecho la denuncia de inmediato.

Lilly también estaba completamente despierta: escribía.

—He aquí una nueva experiencia sobre la cual escribir —le dije mientras volvíamos al vestíbulo cogidos de la mano.

—Espero que sólo sea una experiencia *pequeña* —dijo Lilly.

Todos estaban esperándonos en el vestíbulo.

Schraubenschlüssel llevaba su uniforme de conductor de tranvía; su aspecto era muy «oficial». Arbeiter se había vestido para el trabajo: estaba tan bien trajeado que no habría desentonado en la Ópera. Se había puesto un smoking negro. Y allí estaba el *quarterback*, el capitán que los dirigiría: Ernst el tenorio, Ernst el pornógrafo, Ernst la estrella. Sólo faltaba Old Billig, Old Billig el radical. Él cambiaba según la dirección del viento, tal como había observado Arbeiter: Old Billig era lo bastante inteligente como para haberse excluido de ese final del movimiento. Seguiría suelto para el siguiente espectáculo; para Ernst y Arbeiter,

Para Schraubenschlüssel y para Schwanger, aquélla sería la función de gala (y probablemente la última).

—Lilly, ve a buscar a Freud, querida —dijo Schwanger—. También él tiene que estar aquí.

Una vez más, Lilly desempeñó el papel de lazarillo de Freud; trajo al viejo

creyente ciego... que golpeteaba su bate de béisbol delante de él al andar. Todo lo que llevaba puesto era su batín de seda roja con un dragón negro en la espalda («¡Chinatown, New York City, 1939!», nos había dicho a todos).

—¿Qué clase de sueño es éste? —exclamó el anciano—. ¿Qué le ha ocurrido a la democracia?

Lilly se sentó en el diván, al lado de papá; de inmediato Freud golpeó la espinilla de mi padre con el bate de béisbol.

—¡Perdón! —gritó Freud—. ¿De quién es esa anatomía?

—De Win Berry —dijo mi padre en voz muy queda.

Es extraño, pero aquélla fue la única vez que sus hijos le oímos pronunciar su nombre.

—¡Win Berry! —gritó Freud—. Nada demasiado malo puede ocurrir estando cerca Win Berry —nadie parecía tener la misma certeza—. ¡Explicaos! —gritó Freud a la oscuridad que tenía ante sus ojos—. Estáis todos aquí. Os huelo, oigo vuestra respiración.

—En realidad es muy sencillo de explicar —dijo Ernst.

—Elemental —agregó Arbeiter—. Verdaderamente elemental.

—Necesitamos un conductor —explicó Ernst en voz baja—, alguien tiene que conducir el coche.

—Funciona como un sueño —dijo Schraubenschlüssel con expresión devota—. Ronronea como un minino.

—Conduce tú mismo, Llave —dije.

—Calla, querido —me conminó Schwanger.

Me limité a mirar su pistola para confirmar si me apuntaba.

—Cierra el pico, levantador de pesas —me ordenó Llave.

Del bolsillo delantero del pantalón de su uniforme de conductor de tranvía sobresalía una herramienta de aspecto pesado, en la que apoyó la mano como si se tratara de la culata de una pistola.

—Fehlgeburt estaba llena de dudas —comentó Ernst.

—Fehlgeburt está muerta —dijo Lilly, la realista de nuestra familia, la escritora de la familia.

—Fehlgeburt estaba aquejada de un fatal romanticismo —dijo Ernst—. Siempre ponía objeciones a los *medios*.

—Como sabéis, el fin *justifica* los medios —intervino Arbeiter—. Eso es elemental, verdaderamente elemental.

—Eres un retrasado mental, Arbeiter —le dijo Franny.

—¡Y tan hipócrita como cualquier capitalista! —agregó Freud.

—Pero sobre todo un retrasado mental, Arbeiter —dijo Susie el oso—. Un imbécil verdaderamente *elemental*.

—El oso sería un buen conductor —propuso Schraubenschlüssel.

—Que te den por el saco, Llave —dijo Susie el oso.

—El oso es demasiado hostil para confiar en él —reflexionó Ernst con toda lógica.

—Puedes apostar tu precioso trasero —respondió Susie.

—Puedo conducir yo —dijo Franny a Ernst.

—Tú no —intervine—. Ni siquiera sacaste el carnet de conducir, Franny.

—Pero sé hacerlo. Frank me enseñó.

—Yo conduzco mejor que tú —dijo Frank—. Si tiene que hacerlo alguno de nosotros, yo soy el mejor conductor.

—No, yo conduzco mejor —insistió Franny.

—De hecho me has sorprendido, Franny —dijo Ernst—. Dejándote orientar has sido mejor de lo que yo creía... Sabes seguir las instrucciones.

—No te muevas, querido —me dijo Schwanger cuando mis brazos empezaron a agitarse como lo hacen siempre que practico largo rato con la barra larga.

—¿Qué significa eso? —le preguntó papá a Ernst: entendía muy poco alemán—. ¿Qué orientaciones..., qué instrucciones?

—Me llevó al huerto —dijo Franny a papá.

—Quédate quieto —ordenó Llave a papá, acercándose a él con la mano apoyada en la herramienta.

Frank no tuvo más remedio que traducir.

—Quédate quieto, no te muevas, papá.

Freud hacía girar el bate de béisbol como si él fuese un gato y el bate la cola. Golpeteó con él la pierna de mi padre... una vez, dos veces, tres. Comprendí que papá quería ese bate: sabía usarlo.

Algunas veces, cuando Freud dormía la siesta, papá nos llevaba al Stadtpark y nos lanzaba algunas pelotas rasas. A todos nos gustaba atajarlas. Un poco de béisbol americano en el Stadtpark, con papá arrojando pelotas rasas. Incluso a Lilly le gustaba jugar. No es necesario ser corpulento para parar y devolver una pelota rasa. Frank era el peor; Franny y yo éramos buenos cazando y devolviendo la pelota..., nos parecíamos en muchos sentidos. Papá nos arrojaba las más potentes a Franny y a mí.

Pero, ahora, Freud aferraba el bate y lo empleaba para serenar a mi padre.

—¿Te has acostado con Ernst, Franny? —le preguntó papá en voz baja.

—Sí. Lo lamento.

—¿Tú te has llevado a mi hija a la cama? —preguntó mi padre a Ernst.

Ernst lo analizó como si se tratara de una cuestión metafísica.

—Era una etapa necesaria.

Supe que en aquel momento podría haber hecho lo mismo que era capaz de hacer Junior Jones: podría haber hecho un levantamiento del doble de mi peso... tal vez el triple o el cuádruple; podría haber levantado aquella barra como si fuera una pluma.

—¿Mi *hija* era una *etapa* necesaria? —inquirió papá.

—Ésta no es una situación emocional, sino una cuestión técnica —dijo Ernst sin hacer caso de la pregunta de mi padre—. Aunque estoy seguro de que conducirías



muy bien el coche, Franny, Schwanger nos ha pedido que ahorráramos esto a los chicos.

—¿Incluso al levantador de pesas? —preguntó Arbeiter.

—Sí, también él es un ser muy querido para mí —dijo Schwanger, y me sonrió de oreja a oreja... sin soltar el arma.

—¡Si obligas a mi padre a conducir ese coche, *te mataré!* —le gritó Franny a Ernst de improviso.

Llave se acercó a ella con la herramienta; si la hubiese tocado, habría ocurrido algo, pero se limitó a quedarse a su lado. El bate de béisbol de Freud marcaba el compás. Mi padre tenía tantas dificultades para entender el alemán que había cerrado los ojos y los apretaba con firmeza. Debía de estar soñando con pelotas rasas que volaban limpiamente a través del cuadro interior.

—Schwanger nos ha pedido que, además de sin madre, no os dejemos *también* huérfanos de padre, Franny —explicó Ernst con gran paciencia—. No queremos hacerle daño a tu padre. Y no se lo haremos, siempre que alguien conduzca ese coche como corresponde.

Cayó un desconcertado silencio en el vestíbulo del Hotel New Hampshire. Si los menores estábamos excluidos, si había que conservar vivo a papá y no podían confiar en Susie el oso, ¿quería Ernst que condujese una de las prostitutas? En ellas no podía confiarse..., de eso no cabía la menor duda. Sólo se interesaban por sí mismas. Mientras Ernst el pornógrafo predicaba su dialéctica, las prostitutas habían pasado de puntillas por nuestro lado: abandonaron el Hotel New Hampshire. En implícito equipo —amigas en cualquier crisis, unidas como ladronas que eran—, ayudaban a Old Billig a trasladar sus osos de porcelana. Se llevaban sus ungüentos, sus cepillos de dientes, sus píldoras, sus perfumes y sus profilácticos.

—Eran las ratas que abandonan el barco que se hunde —diría Frank más tarde.

No estaban afectadas por el romanticismo de Fehlgeburt; nunca fueron más que prostitutas. Nos dejaron sin decirnos adiós.

—¿Quién conducirá, supermierda? —preguntó Susie el oso a Ernst—. ¿Quién queda?

Ernst esbozó una sonrisa cargada de asco y dirigida a Freud. Aunque éste no podía verlo, de pronto lo adivinó.

—¡Soy yo! —gritó como si hubiera ganado un premio; se exaltó tanto que el bate de béisbol empezó a tamborilear a ritmo acelerado—. ¡Yo seré el conductor!

—Sí, así es —confirmó Ernst, sumamente complacido.

—¡Brillante! —gritó Freud—. ¡El trabajo ideal para un ciego! —el bate de béisbol parecía una batuta dirigiendo la orquesta: la Banda de la Ópera Estatal de Viena, bajo la dirección de Freud.

—Y tú quieres a Win Berry, ¿verdad, Freud? —preguntó Schwanger al anciano con toda amabilidad.

—¡Por supuesto! ¡Como si fuera mi propio hijo! —gritó Freud abrazando a mi

padre, mientras el bate se deslizaba entre sus rodillas.

—Si conduces el coche como corresponde, nada le ocurrirá a Win Berry —le advirtió Ernst.

—Si estropeas las cosas —intervino Arbeiter—, los mataremos a todos.

—De uno en uno —agregó Schraubenschlüssel.

—¿Cómo se las arreglará un ciego para conducir el coche, imbéciles? —gritó Susie el oso.

—Explica cómo funciona, Schraubenschlüssel —dijo Ernst en tono sereno.

Entonces llegó el gran momento de Llave, el momento para el cual siempre había vivido, el momento de *describir* con amoroso detalle la luz de sus ojos. Arbeiter parecía un poco celoso. Schwanger y Ernst le escucharon con expresión benigna, como maestros orgullosos de su mejor alumno. Mi padre no sabía suficiente alemán para entenderlo todo, por supuesto.

—Yo la llamo bomba simpática... —empezó a decir Llave.

—¡Brillante! —gritó Freud, y rió entre dientes—. ¡Una bomba *simpática*! ¡Santo cielo!

—Calla —ordenó Arbeiter.

—En realidad hay *dos* bombas —dijo Schraubenschlüssel—. La primera es el coche propiamente dicho. Todo el coche —nos dedicó una sonrisa astuta—. Sólo es necesario hacerlo detonar a cierta distancia de la Ópera... muy cerca. Si el coche estalla dentro de ese radio, también hará explosión la bomba de la Ópera... podríamos decir que «por simpatía» con la primera explosión. Por esta razón la denomino bomba simpática —explicó Llave con voz de estúpido. Hasta papá comprendió esa parte—. Primero revienta el coche y a continuación, si lo hace lo bastante cerca de la Ópera, estallará la gran bomba, la que está en la sala. La bomba del coche es lo que yo llamo bomba de *contacto*. El contacto es la matrícula delantera. Al ejercer presión sobre la matrícula, el coche volará... al igual que unas cuantas personas de los alrededores —agregó Schraubenschlüssel.

—Eso es inevitable —dijo Arbeiter.

—La bomba de la Ópera —prosiguió Schraubenschlüssel en tono amoroso— es mucho más compleja que una de contacto. La de la Ópera es una bomba química, pero se requiere un tipo muy delicado de impulso eléctrico para ponerla en funcionamiento. La espoleta de la bomba de la Ópera *responde* de manera altamente sensible a una explosión muy específica dentro de su alcance. Casi podríamos decir que la bomba de la Ópera tiene oídos. —Llave rió de sus propias palabras.

Fue la primera vez que le oímos reír, y su risa era repugnante. Lilly empezó a tener arcadas, como si estuviera a punto de marearse.

—*Tú* no sufrirás ningún daño, querida —la tranquilizó Schwanger.

—Todo lo que yo tengo que hacer es conducir el coche, con Freud dentro, por la Ringstrasse hasta la Ópera —continuó Schraubenschlüssel—. Por supuesto, debo tener cuidado de no tropezar con nada y tengo que encontrar un lugar seguro para

frenar a un lado de la calle... y luego apearme. Cuando yo esté fuera del coche, Freud cogerá el volante. Nadie nos pedirá que avancemos hasta que estemos listos: en Viena nadie se atreve a increpar a un conductor de tranvía.

—Sabemos que tú sabes conducir, Freud —dijo Ernst al anciano—. En otros tiempos fuiste mecánico, ¿no es así?

—Así es —respondió Freud: estaba fascinado.

—Yo estaré junto a Freud y le hablaré por la ventanilla —dijo Llave—. Esperaré hasta que Arbeiter salga de la Ópera y cruce la Kärntnerstrasse... hasta el otro lado.

—¡Al lado seguro! —añadió Arbeiter.

—En ese momento le diré a Freud que cuente hasta diez y se lance —se deleitó Schraubenschlüssel—. Ya habré colocado el coche en la dirección correcta. Lo único que tendrá que hacer Freud es lanzarse... a la mayor velocidad posible. Chocará contra algo... casi instantáneamente, al margen de cómo mueva el volante. ¡Es ciego! —gritó entusiasmado—. Tiene que chocar contra algo. Y en ese momento la Ópera volará en mil pedazos: la bomba simpática responderá.

—¡La bomba *simpática*! —dijo mi padre en tono irónico: hasta él comprendía la cuestión de la simpatía.

—La bomba se encuentra en el lugar perfecto y lleva allí mucho tiempo, por lo cual tenemos la certeza de que nadie sabe dónde está —dijo Arbeiter—. Pese a su gran tamaño, es imposible descubrirla —concluyó.

—Está debajo del escenario —agregó Ernst.

—Está *empotrada* en el escenario —aclaró Schraubenschlüssel.

—¡Exactamente en el sitio donde salen a saludar! —explicó Arbeiter.

—Claro que no matará a todo el mundo —dijo Ernst—. Sólo morirán todos los que estén en el escenario, probablemente casi todos los miembros de la orquesta y la mayor parte del público de las primeras filas. Para los que estén sentados lejos del escenario resultará auténticamente operístico. Les proporcionará un espectáculo dantesco muy concreto.

—*Schlagobers* y sangre —Arbeiter se mofó de Schwanger, pero ella se limitó a sonreír... sin soltar el arma.

Lilly vomitó. Cuando Schwanger se inclinó para serenarla, yo podría haber aprovechado la ocasión para quitarle la pistola. Pero mis pensamientos no funcionaban del todo bien. Fue Arbeiter quien cogió el arma, como si —para mi gran vergüenza— él pensara con más claridad que yo. Lilly siguió vomitando y Franny también intentó calmarla, pero Ernst siguió parloteando.

—Cuando Arbeiter y Schraubenschlüssel vuelvan a informarnos del éxito, sabremos que no es necesario hacerle ningún daño a esta maravillosa familia norteamericana —dijo Ernst.

—La familia norteamericana es una institución que los norteamericanos adoran con el mismo sentimentalismo que prodigan a los héroes del deporte y a las estrellas cinematográficas —declamó Arbeiter—; prodigan tanta atención a la familia como a

la comida malsana. Los norteamericanos se vuelven *locos* con la idea de la familia.

—Y después de que volemos la Ópera, después que destruyamos una institución que los vieneses idolatran en el *repugnante* grado que idolatran sus cafeterías, que idolatran *el pasado*; bien..., después que volemos la Ópera, tendremos en nuestras manos una familia norteamericana. Nuestros rehenes serán los miembros de una familia norteamericana. De una *trágica* familia norteamericana, además. La madre y el hijo menor ya han sido víctimas de un accidente. Los norteamericanos adoran los accidentes. Piensan que los desastres son *limpios*. Aquí tenemos a un padre que lucha por criar a sus cuatro hijos supervivientes, y los tendremos a todos con nosotros.

Papá no entendió muy bien esa parte. Franny preguntó a Ernst:

—¿Cuáles son vuestras exigencias? Si nosotros somos los rehenes, ¿cuáles son las demandas?

—No habrá exigencias, querida —dijo Schwanger.

—No queremos nada —explicó Ernst paciente..., siempre paciente—. Entonces ya tendremos lo que pretendemos. Cuando vuele la Ópera y vosotros seáis nuestros prisioneros, tendremos lo que queremos.

—Un auditorio —dijo Schwanger, casi en un susurro.

—Un público amplio, un auditorio internacional —dijo Ernst—. No sólo un público europeo, no sólo un público de *Schlagobers* y sangre, sino también un auditorio *norteamericano*. El mundo entero prestará atención a lo que tenemos que decir.

—¿Acerca de qué? —inquirió Freud, también en un susurro.

—Acerca de todo —replicó Ernst con toda lógica—. Tendremos público para todo lo que tenemos que decir... acerca de todo.

—Acerca del nuevo mundo —murmuró Frank.

—¡Sí! —exclamó Arbeiter.

—La mayoría de los terroristas fracasan porque cogen a sus rehenes y *amenazan* con acciones violentas —razonó Ernst—. Pero nosotros empezaremos por la violencia. Quedará establecido que somos capaces de ejercerla. *Después* hablaremos de los rehenes, para que todo el mundo nos escuche.

Todos le miramos, lo que, por supuesto, le encantó. Era un pornógrafo dispuesto a matar y a mutilar... no por una *causa*, lo que de por sí sería bastante estúpido, sino por un *auditorio*.

—Tú estás loco de atar —le dijo Franny.

—Tú me decepcionas —le contestó Ernst.

—¿Qué significa eso? —gritó papá a Ernst—. ¿Qué le has dicho?

—Ha dicho que le decepciono, papá.

—¡Ella te decepciona! —gritó papá—. ¡Mi hija te decepciona!

—Tranquilo —dijo Ernst dirigiéndose a papá con toda parsimonia.

—¡Te das el lote con mi hija y luego le dices que te decepciona! —se indignó papá.

Mi padre le quitó el bate de béisbol a Freud. Actuó a gran velocidad: cogió el bate como si toda la vida lo hubiese tenido en sus manos, lo hizo oscilar acompañando el movimiento con los hombros y las caderas..., en perfecta línea rasante, a un nivel desde el que seguiría elevándose cuando despejara el cuadro interior. Ernst el pornógrafo, agachándose con excesiva lentitud, puso la cabeza en la posición perfecta de una pelota rápida para el fino movimiento del bate. ¡Crac! Más fuerte que cualquier pelota rasante que Franny y yo fuésemos capaces de atajar. Mi padre dio a Ernst el pornógrafo en la frente, entre los ojos. Lo primero que chocó contra el suelo fue la nuca de Ernst, y a continuación se desplomaron sus talones, primero uno y después otro; pareció transcurrir un segundo desde que la cabeza de Ernst golpeó el suelo hasta que todo su cuerpo se acomodó. Una hinchazón del tamaño de una pelota de béisbol surgió entre sus ojos y manó un poco de sangre de una de sus orejas, como si algo vital pero pequeño —por ejemplo, su cerebro o su corazón— hubiese estallado en su interior. Tenía los ojos desorbitados y comprendimos que ahora Ernst el pornógrafo podía ver todo lo que era capaz de ver Freud. Había salido por la ventana abierta con un golpe de bate.

—¿Está muerto? —gritó Freud.

Si Freud no hubiese gritado, seguramente Arbeiter habría apretado el gatillo y matado a mi padre; el grito de Freud, al parecer, hizo que Arbeiter cambiara de idea. Apoyó el cañón de la pistola en la oreja de mi hermanita Lilly, que se echó a temblar: ya no le quedaba nada que vomitar.

—No, por favor —susurró Franny a Arbeiter.

Papá apretó el bate con firmeza, pero lo mantuvo quieto; ahora el arma estaba en manos de Arbeiter y mi padre tenía que esperar el lanzamiento apropiado.

—Mantened la calma —dijo Arbeiter.

Schraubenschlüssel no podía apartar la mirada de la bola morada en la frente de Ernst, pero Schwanger siguió sonriendo... a todos.

—Tranquilos, tranquilos —canturreó—. Mantengamos la calma.

—¿Qué haréis *ahora*? —preguntó papá a Arbeiter, muy tranquilo.

Papá lo preguntó en inglés y Frank tuvo que traducir.

Durante los minutos siguientes, Frank estuvo muy ocupado como intérprete, porque papá quería saber *todo* lo que ocurría. Era un héroe; estaba en el muelle del viejo Arbuthnot-by-the-Sea, pero él era el hombre del smoking blanco: se ocupaba de todo.

—Devuélvele el bate a Freud —dijo Arbeiter a mi padre.

—Freud necesita su bate —explicó Schwanger a mi padre estúpidamente.

—Suelta el bate, papá —dijo Frank.

Papá le devolvió el bate a Freud y se sentó a su lado; le puso un brazo sobre los hombros y le dijo:

—No tienes por qué conducir ese coche.

—Schraubenschlüssel, lo harás todo tal como estaba planificado —dijo

Schwanger—. Llévate a Freud y pon las cosas en marcha.

—¡Pero yo no estoy en la Ópera! —saltó Arbeiter, presa del pánico—. Aún no estoy allí... para ver si es el intervalo, o para asegurarme de que no lo es. Schraubenschlüssel tiene que verme salir de la Ópera para saber que todo va bien, que es el momento preciso.

Los radicales miraron a su líder muerto como si éste pudiese decirles qué debían hacer: lo necesitaban.

—Tú irás a la Ópera —dijo Arbeiter a Schwanger—. Yo manejo mejor el arma. Me quedaré aquí y tú irás a la Ópera. En cuanto estés segura de que no es el intervalo, sal de allí y haz que Schraubenschlüssel te vea.

—No estoy vestida para ir a la Ópera, el que se ha engalanado eres tú —dijo Schwanger a Arbeiter.

—¡No es necesario que estés vestida para preguntarle a alguien si es el intervalo! —le gritó Arbeiter—. Estás bien para acercarte a la puerta y verlo con tus propios ojos. Sólo eres una vieja... y nadie fastidia a una vieja por la forma en que va vestida.

—Tranquilos... —aconsejó Schraubenschlüssel mecánicamente.

—Bueno, yo no soy exactamente una «vieja» —dijo nuestra amable Schwanger.

—¡Vete a la mierda! —le gritó Arbeiter—. Vamos, en marcha. Te daremos diez minutos. Entonces Freud y Schraubenschlüssel se pondrán en camino.

Schwanger permaneció inmóvil, como si estuviera tratando de decidir si debía escribir otro libro sobre el embarazo o sobre el aborto.

—¡Muévete, imbécil! —chilló Arbeiter—: No te olvides de cruzar la Kärntnerstrasse. Y busca el coche con la vista antes de atravesar la calle.

Schwanger salió del Hotel New Hampshire arreglándose, componiendo la expresión más maternal posible para la ocasión. Jamás volveríamos a verla. Supongo que se fue a Alemania; algún día podría escribir un nuevo libro de símbolos. En otro sitio podría dar a luz un nuevo movimiento.

—No tienes necesidad de hacerlo, Freud —susurró mi padre.

—¡Claro que tengo que hacerlo, Win Berry! —dijo Freud en tono alegre.

Freud se levantó y se encaminó hacia la puerta repiqueteando el bate de béisbol contra el suelo. Teniendo en cuenta la oscuridad total en que vivía, conocía bastante bien el camino.

—¡Siéntate, viejo idiota! Faltan diez minutos —dijo Arbeiter a Freud, y luego se dirigió a Schraubenschlüssel—: y tú no te olvides de bajar del coche, idiota.

Pero Llave seguía con la vista fija en el zaguero muerto. Yo también le contemplé, durante diez minutos. Comprendí lo que es un terrorista. Un terrorista es, creo, otra especie de pornógrafo, sencillamente. El pornógrafo finge que le repugna su trabajo; el terrorista finge que no le interesan los *medios*. Lo único que importa son los *finés*, dice. Pero ambos mienten. A Ernst le encantaba la pornografía y amaba los medios. Nunca es el fin lo que importa, sino los medios. El terrorista y el pornógrafo hacen lo que hacen por los medios. Los medios lo representan todo para ellos. El

estallido de la bomba, la posición del elefante, *Schlagobers* y sangre: adoran todo eso. Su desapego intelectual es un fraude; su indiferencia es fingida. Ambos mienten al decir que los mueven «propósitos elevados». Un terrorista es un pornógrafo.

Durante diez minutos, Frank intentó hacer cambiar de idea a Arbeiter, pero éste no tenía mentalidad suficiente para experimentar un cambio. Sospecho que Frank sólo logró confundirle. Sin ningún género de dudas, me confundió a mí.

—¿Sabes qué representan en la Ópera esta noche, Arbeiter?

—Música, música y canto —respondió Arbeiter.

—Pero es importante que sepas qué ópera representan —prosiguió Frank—. Quiero decir que la de esta noche no es una representación con la sala a tope... supongo que lo sabrás. No es lo mismo que si hubiesen acudido vieneses a *manadas*. No es igual que si se tratara de Mozart o de Strauss. Ni siquiera se trata de Wagner.

—Tanto da. Las primeras filas estarán llenas, como siempre —dijo Arbeiter—. Y los estúpidos cantantes estarán en el escenario. Y la orquesta tiene que estar allí.

—Hoy ponen en escena *Lucia* —le informó Frank—. La sala estará prácticamente vacía. No es necesario ser wagneriano para saber que Donizetti no vale la pena. Confieso que yo soy una especie de wagneriano, pero no es necesario compartir la opinión germánica de la ópera italiana para saber que Donizetti es insípido. Armonías caducas, ausencia del dramatismo apropiado a la música.

—Cierra el pico —ordenó Arbeiter.

—¡Melodías de organillo! —insistió Frank—. Dudo de que haya *algún* espectador.

—Los habrá.

—Sería mejor esperar una representación que atraiga más público, hacer volar la sala otra noche. Esperar una ópera importante. Si estropeas *Lucia* —razonó Frank—, los vieneses *aplaudirán*. Creerán que el blanco era Donizetti o, peor aún..., la ópera *italiana*. Te convertirás en una especie de héroe cultural, y no en el canalla que quieres ser.

—Y una vez que consigas tu auditorio, ¿quién se encargará de hablarle? —dijo Susie el oso.

—Vuestro parlanchín ha muerto —le recordó Franny.

—No creerás que *tú* eres capaz de retener la atención del auditorio, ¿verdad, Arbeiter? —le preguntó Susie el oso.

—Tú calla —replicó Arbeiter—. Existe la posibilidad de meter un oso en el coche con Freud. Es sabido que Freud siente una atracción especial por los osos. No es mala idea que un oso le acompañe... en su último viaje.

—Ahora no vamos a cambiar los planes —intervino Schraubenschlüssel, nervioso— y, según el plan, faltan dos minutos —dijo mirando la hora.

—Vete ahora —dijo Arbeiter—. Transcurrirá un rato hasta sacar al ciego por la puerta y meterle en el coche.

—¡Nada de eso! —gritó Freud—. ¡Conozco el camino! Éste es mi hotel y sé

dónde está la puerta —el anciano echó a andar golpeteando con el bate—. ¡Y habéis dejado aparcado ese maldito coche en el mismo lugar durante años!

—Ve con él, Schraubenschlüssel —dijo Arbeiter a Llave—. Llévale del brazo.

—No necesito ayuda —insistió Freud, alegre—. ¡Adiós, Lilly querida! No vomites, tesoro. ¡Y sigue creciendo! —la estimuló.

Lilly volvió a tener arcadas y se estremeció; Arbeiter apartó la pistola unos centímetros. Evidentemente le daba asco el vómito de Lilly, aunque ésta apenas había dejado un pequeño charco: ni siquiera era una gran vomitadora.

—¡Resiste, Frank! —gritó Freud hacia el interior del vestíbulo—. ¡No permitas que nadie te diga que eres marica! ¡Eres un *príncipe*! ¡Eres mejor que Rodolfo! ¡Eres más majestuoso que todos los Habsburgo juntos, Frank! —le animó Freud. Frank lloraba tanto que no pudo hablar—. Y tú eres encantadora, Franny, noviecita mía —prosiguió en voz baja—. No es necesario verte para saber lo hermosa que eres.

—*Auf Wiedersehen*, Freud —se despidió Franny.

—*Auf Wiedersehen*, levantador de pesas —me gritó Freud—. Dame un abrazo —extendió los brazos, empuñando el bate como si fuese una espada—. Déjame palpar: toda tu fuerza —me acerqué a él y lo abracé—. Cuando oigas la explosión —me susurró al oído—, *mata* a Arbeiter.

—¡Vamos! —dijo Schraubenschlüssel, nervioso, y cogió del brazo a Freud.

—¡Te quiero, Win Berry! —gritó Freud, pero mi padre había hundido la cabeza entre las manos y no levantó la vista; siguió desmoronado en el diván—. Lamento haberte metido en el negocio hotelero. Y en la cuestión osuna —agregó—. ¡Adiós, Susie!

Susie empezó a llorar. Schraubenschlüssel condujo a Freud al otro lado de la puerta. Vimos el coche, el Mercedes que era una bomba; estaba aparcado junto al bordillo, casi delante de la puerta del Hotel New Hampshire. La puerta era giratoria; Freud y Schraubenschlüssel la cruzaron.

—¡No necesito tu ayuda! —se quejó Freud a Llave—. Basta con que me dejes *sentir* el coche, llévame hasta el parachoques. Puedo encontrar la portezuela por mi cuenta, idiota. Basta con que me dejes tocar el parachoques.

Arbeiter tenía la espalda rígida de estar inclinado sobre Lilly. Se enderezó un poco y me miró de reojo, para comprobar dónde me encontraba. Observó a Franny. Movié la pistola.

—¡Aquí está, lo tengo! —oímos gritar a Freud fuera—. Éste es el faro, ¿no? —preguntó a Schraubenschlüssel.

Mi padre levantó la cabeza y me miró.

—Por supuesto es el faro, viejo idiota —le gritó Schraubenschlüssel—. Métete dentro.

—¡Freud! —gritó papá. En ese momento debió de comprender. Corrió hacia la puerta giratoria—. *Auf Wiedersehen*.

Desde la puerta giratoria, papá lo vio todo con absoluta claridad. Freud, tocando



con la mano el faro, se deslizó hacia la parrilla del Mercedes en lugar de dirigirse a la puerta.

—¡Por el otro lado, imbécil! —chilló Schraubenschlüssel.

Pero Freud sabía con exactitud dónde estaba. Se soltó del brazo, apuntó el bate y empezó a balancearlo. Buscaba la matrícula delantera, por supuesto. Los ciegos tienen un don especial para saber dónde están exactamente las cosas que siempre han ocupado el mismo lugar. Sólo necesitó tres movimientos del bate para localizarla, recuerda siempre mi padre. El primero fue un poco alto... más allá de la parrilla.

—¡Más bajo! —gritó papá desde la puerta—. *Auf Wiedersehen!*

El segundo movimiento dio contra el parachoques delantero, apenas a la izquierda de la matrícula. Entonces mi padre gritó:

—¡A tu derecha! *Auf Wiedersehen*, Freud.

Schraubenschlüssel, nos contó papá después, echó a correr. No llegó muy lejos, sin embargo. El tercer movimiento del bate de Freud dio en el blanco. ¡Cuánto hizo ese bate de béisbol en una sola noche! Nunca lo encontraron. Tampoco encontraron todos los despojos de Freud, y la madre de Schraubenschlüssel no logró identificar a su propio hijo. Mi padre salió disparado de la puerta giratoria; el resplandor blanco y los vidrios le dieron en la cara. Franny y Frank corrieron para ayudarlo. Yo rodeé a Arbeiter con mis brazos cuando estalló la bomba... tal como me había indicado Freud.

Arbeiter —con smoking negro, vestido para la Ópera— era un poco más alto que yo y algo más pesado; apoyé con firmeza el mentón entre sus omoplatos y le sujeté los brazos a un costado con los míos. Hizo un disparo que dio en el suelo. Por un instante pensé que me atravesaría el pie, pero ésa era la máxima altura a la que le permitiría llegar. Sabía que así Lilly estaría fuera de su alcance. Disparó dos veces más, también en el suelo. Le abrazaba tan fuerte que ni siquiera pudo localizar mi pie, que estaba inmediatamente detrás del suyo. El siguiente disparo le dio en el pie y empezó a chillar. Se le cayó la pistola. Vi que Lilly la cogía, pero no presté demasiada atención al arma: me concentré en apretar a Arbeiter. Tuve la impresión de que dejé de gritar muy pronto para ser alguien que acababa de recibir un balazo en el pie. Más tarde, Frank me contó que había dejado de gritar porque no podía respirar. Tampoco presté demasiada atención a los gritos de Arbeiter: me concentré en estrecharlo contra mi pecho. Imaginé la barra más grande del mundo. Ignoro qué pensé que le hacía a la barra: si la hacía girar, si hacía un levantamiento de banco, si la trataba como un peso muerto o si la estrechaba, sencillamente, contra mi pecho. No tenía importancia: estaba concentrado en *su peso*. Concentrado de verdad. Logré que mis brazos creyeran en sí mismos. Si hubiese abrazado tan fuerte a Jolanta, se habría quebrado en dos. Si hubiese abrazado tan fuerte a Annie la Gritona, habría logrado que se callara. Una vez había soñado que abrazaba así a Franny. Yo levantaba pesas desde que violaron a Franny, desde que Iowa Bob me enseñó a hacerlo; con Arbeiter en mis brazos, era el hombre más fuerte del mundo.

—¡Una bomba *simpática*! —oí gritar a papá, y supe que estaba transido de dolor

—. ¡Santo cielo! ¿Quién puede creerlo? ¡Una jodida bomba simpática!

Después Franny dijo que lo supo instantáneamente: papá estaba ciego. No sólo a causa del sitio en que estaba cuando estalló el coche, ni del vidrio que se le clavó en la cara mientras permanecía en la puerta giratoria; no por toda la sangre que Franny observó en sus ojos cuando le limpió la cara lo suficiente como para *ver* qué le había ocurrido.

—De alguna manera *lo supe* —dijo Franny—, quiero decir que lo sabía *antes* de ver sus ojos. Siempre supe que era tan ciego como Freud, o que lo sería. Sabía que *llegaría* a serlo.

—*Auf Wiedersehen*, Freud —gritaba papá.

—Quédate quieto, papá —oí decir a Lilly.

—Sí, quédate quieto, papá —le aconsejó Franny.

Frank había corrido Krugerstrasse arriba hasta la Kärntnerstrasse y había dado la vuelta en la esquina, en dirección a la Ópera. Tenía que comprobar si la bomba simpática había respondido... pero Freud demostró tener visión suficiente para ver que el Mercedes aparcado delante del Hotel New Hampshire estaba demasiado lejos de la Ópera como para que la bomba respondiera por simpatía. Schwanger debió de seguir andando. O quizá decidió quedarse a ver el final de la ópera; tal vez era una obra que le gustaba. Quizá quería ver a todos saludando en escena, justo encima de la bomba sin explotar.

Después Frank contó que, cuando salió corriendo del Hotel New Hampshire para ver si la bomba estaba a salvo, advirtió que Arbeiter tenía un color magenta muy vivo, que sus dedos todavía se movían —quizá sólo se crispaban— y que parecía patear. Después Lilly me dijo que, cuando Frank se marchó, Arbeiter había pasado del magenta al azul.

—Un tono azul pizarra —dijo Lilly la escritora—. Del color del mar en un día nublado.

Y Franny me contó que, cuando Frank volvió de la Ópera, Arbeiter estaba completamente inmóvil y de un color blanco mortal... que todo matiz había desaparecido de su cara.

—Tenía el color de una perla —dijo Lilly.

Estaba muerto: lo había aplastado entre mis brazos.

—Ya puedes soltarle —tuvo que decirme Franny—. Todo está en orden, todo se pondrá en orden —me susurró, porque sabía cuánto me gustaban los susurros: me besó en la mejilla y solté a Arbeiter.

Desde entonces nunca he sentido lo mismo al levantar pesas. Aún practico, pero en menor proporción; no me gusta hacerlo a fondo. Sólo un poco de práctica, lo suficiente para empezar a sentirme bien: ya no me gusta extralimitarme.

Las autoridades nos informaron de que la «bomba simpática» de Schraubenschlüssel podría haber funcionado si el coche hubiese estado más cerca. También insinuaron que *cualquier* explosión en la zona podría haber disparado la

bomba simpática en *cualquier* momento. Sospecho que Schraubenschlüssel no había sido tan exacto como creía. Se han escrito muchas tonterías sobre lo que los radicales habían querido decir. Se escribió una increíble cantidad de basura acerca del «mensaje» que intentaban difundir. Pero no se dijo lo suficiente sobre Freud: se dejó constancia de su ceguera, de pasada, y también del hecho de que había estado en un campo de concentración. No se mencionó para nada el verano de 1939, ni a *Estado de Maine*, ni al Arbutnot-by-the-Sea, ni los sueños... ni *al otro* Freud y lo que *él* podría haber opinado acerca de todo esto. Se dijeron muchas idioteces acerca de la *política* de lo que había ocurrido.

«¡La política siempre es idiota!», habría dicho Iowa Bob.

Tampoco se dijo lo suficiente sobre Fehlgeburt y la forma en que era capaz de partirte el corazón cuando leía el final de *El gran Gatsby*. Reconocieron que mi padre era un héroe, por supuesto. Se mostraron amables en cuanto a la reputación de que había gozado nuestro segundo Hotel New Hampshire... «en sus albores», como diría Frank para referirse a aquellos sórdidos tiempos.

Cuando papá salió del hospital le hicimos un regalo. Franny se lo había pedido por carta a Junior Jones. Éste nos había provisto de pelotas de béisbol durante siete años, de modo que Franny sabía que podía contar con él para conseguirle a papá un nuevo bate. Exclusivamente suyo. Lo necesitaría, por supuesto. Papá pareció conmovido por nuestro regalo... por la consideración de Franny, en realidad, pues el bate había sido idea suya. Creo que papá debió de llorar un poco cuando extendió las manos por primera vez y le pusimos en ellas el bate de béisbol. En ese momento se dio cuenta de qué era lo que sostenía. Sin embargo, no pudimos comprobar si lloraba, pues todavía tenía los ojos vendados.

Frank, que siempre había traducido para papá, tuvo que convertirse en su intérprete en otros sentidos. Cuando la gente de la Staatsoper nos rindió un homenaje, Frank se sentó junto a papá —en la Ópera— y le susurró al oído la acción que se desarrollaba en el escenario. Papá no tenía ninguna dificultad para seguir la música. Ni siquiera recuerdo qué ópera representaron, pero sé que no era *Lucia*. Se trataba de una ópera cómica especialmente divertida, porque Lilly había insistido en que no queríamos nada de *Schlagobers* y sangre. Ya habíamos visto *esa* ópera: fue interpretada en el Hotel New Hampshire durante siete años.

Así, al principio de esa alegre farsa —fuera cual fuese la ópera—, el director, los miembros de la orquesta y todos los cantantes señalaron a mi padre, que ocupaba uno de los asientos de la primera fila (había insistido en sentarse allí «para estar seguro de ver», nos había dicho). Papá se levantó e hizo una reverencia: era un portento inclinando la cabeza para saludar. Agitó el bate de béisbol en dirección al público; a los vieneses les encantaba el papel desempeñado por el bate en la historia, y se sintieron conmovidos y aplaudieron durante largo rato. Sus hijos nos sentimos muy orgullosos.

A menudo me pregunto si la editorial neoyorquina que quería el libro de Lilly por

cinco mil dólares habría prestado atención a las exigencias de Frank si no nos hubiésemos hecho famosos..., si no hubiésemos salvado la Ópera y matado a los terroristas a la tradicional manera de una familia americana.

—¿Y qué importa eso? —pregunta Frank con expresión pícaro.

La cuestión es que Lilly no había firmado el contrato por cinco mil dólares, pues Frank apuntaba más alto. Cuando los editores se dieron cuenta de que *aquella* Lilly Berry era la chiquilla a la cual le habían apoyado una pistola en la cabeza, que la pequeña Lilly Berry era el miembro superviviente más joven (y sin duda el más pequeño) de la familia Berry —los que habían acabado con los terroristas, los salvadores de la Ópera—, en ese momento Frank ocupó el asiento del conductor, por supuesto.

«Mi autora ya está trabajando en una nueva obra», dijo Frank al agente. «No tenemos la menor prisa. Por lo que respecta a *Tratando de crecer*, sólo nos interesa la mejor oferta.»

Frank hizo un negocio redondo.

—¿Quieres decir que seremos *ricos*? —inquirió papá.

Al principio de su ceguera, papá tenía una extraña forma de inclinar demasiado la cabeza hacia delante... como si eso pudiera ayudarle a ver. El bate de béisbol fue su compañero siempre inquieto, su instrumento de percusión.

—Podemos hacer lo que nos venga en gana, papá —dijo Franny—. *Tú puedes. Piensa lo que quieras y será tuyo.*

—Sigue soñando, papá —dijo Lilly.

Pero papá parecía estupefacto ante tantas posibilidades.

—¿*Cualquier cosa*? —preguntó.

—Lo que se te ocurra —le dije.

Otra vez era nuestro héroe, por fin era nuestro padre. Estaba ciego, pero controlaba la situación.

—Tendré que pensarlo —respondió papá con prudencia, mientras el bate interpretaba todo tipo de música.

Aquel bate de béisbol en las manos de mi padre era tan complicado como una orquesta, musicalmente hablando. Aunque papá nunca haría tanto ruido como Freud con un bate, le extraía sonidos mucho más variados que los que podía haber soñado Freud.

Así, dejamos nuestro hogar de siete años lejos de nuestro hogar. Frank vendió el segundo Hotel New Hampshire por un precio ridículamente alto. Al fin y al cabo era una especie de hito histórico, argumentó.

«¡Vuelvo a casa!», escribió Franny a Junior Jones.

«¡Vuelvo a casa!», escribió también a Chipper Dove.

—¿*Por qué*, Franny? —le pregunté—. ¿*Para qué escribirle a Chipper Dove*?

Pero Franny se negó a hablar del tema; se limitó a encogerse de hombros.

—Ya te he dicho —me explicó Susie el oso— que tarde o temprano Franny

tendría que enfrentarse con él. *Ambos* tendréis que enfrentaros con Chipper Dove... y también tendréis que enfrentaros recíprocamente —miré a Susie el oso como si no supiera de qué estaba hablando, pero prosiguió—: Yo no soy ciega. Tengo ojos. Además, soy un oso inteligente.

Pero el tono de Susie no era amenazador.

—Vosotros dos tenéis un auténtico problema —nos confió a Franny y a mí.

—No jodas —dijo Franny.

—Somos muy cautos —le dije a Susie.

—¿Durante cuánto tiempo es posible ser *tan* cautos? Aún no han estallado todas las bombas —dijo Susie el oso—. Vosotros tenéis una bomba entre los dos. Debéis ser más que cautos —nos advirtió—. La bomba que hay entre vosotros puede haceros trizas a los dos.

Por una vez, Franny no supo qué decir; le apreté la mano y me devolvió el ademán.

—Te amo —le dije cuando estuvimos a solas... algo que nunca tendríamos que habernos permitido—. Lo lamento, pero te amo.

—Yo te amo desesperadamente —dijo Franny.

Aquella vez nos salvó Lilly; pese a que se suponía que nos estábamos preparando para viajar, Lilly seguía escribiendo. Oímos la máquina de escribir e imaginamos las manitas de nuestra hermana *desdibujándose* sobre el teclado.

—Ahora que me publicarán, tengo que mejorar de verdad —había dicho Lilly con cierta desesperación—. Dios mío, el próximo libro tiene que ser más voluminoso que el primero. Y el siguiente tendrá que serlo aún más.

—Tú pégate a mí —dijo Frank—. Con un buen agente, tendrás el mundo en las manos.

—Pero todavía tengo que hacerlo —se quejó Lilly—. Aún debo escribir. Quiero decir que ahora *se espera* que crezca.

El sonido que producía Lilly tratando de crecer con tanto tesón nos distrajo. Franny y yo fuimos al vestíbulo, un lugar más público..., un lugar en el que nos sentíamos a salvo. En aquel vestíbulo acababan de morir dos hombres, pero para nosotros era un lugar más seguro que nuestros propios dormitorios.

Las prostitutas habían desaparecido. Ya no me importa lo que les pudiera ocurrir. A ellas no les importaba lo que nos pudiera ocurrir a nosotros.

El hotel estaba vacío; un peligroso número de habitaciones nos hacía señas.

—Algún día tendremos que hacerlo —le dije—, y tú lo sabes. ¿O crees que las cosas cambiarán si dejamos pasar el tiempo?

—Las cosas no cambiarán, pero tal vez algún día... seamos capaces de controlarlas. Algún día puede ser un poco más *seguro* de lo que ahora parece —replicó.

Yo dudaba de que alguna vez fuese lo bastante seguro, y estaba a punto de intentar convencerla de que lo hiciéramos, de que *usáramos* el segundo Hotel New

Hampshire para la función a que estaba destinado —para superarlo, para ver si estábamos condenados o sólo perversamente atraídos el uno por el otro—, pero Frank fue nuestro salvador... esa vez.

Dejó caer sus maletas en el vestíbulo, dándonos un susto de muerte.

—¡Santo cielo, Frank! —gritó Franny.

—Lo siento —se disculpó mi hermano.

Frank cargaba con sus habituales mariconerías: sus viejos libros, sus peculiares vestimentas y su maniquí de modista.

—¿Piensas llevarte ese maniquí a Estados Unidos, Frank? —le preguntó Franny.

—No es tan pesado como lo que arrastráis *vosotros dos* —dijo Frank—. Y es mucho *más seguro*.

Nos dimos cuenta de que Frank también lo sabía. En aquella época, Franny y yo creíamos que Lilly lo ignoraba y —con respecto a nuestro dilema— agradecíamos que papá fuese ciego.

—Seguid pasando de largo ante las ventanas abiertas —nos dijo Frank.

El maldito maniquí, colgado como un leño ligero sobre su hombro, poseía un angustioso parecido. Fue *su falsedad* lo que nos llamó la atención a Franny y a mí: la cara desconchada, la llamativa peluca, el busto rígido y descarnado, el pecho falso, el tórax inmóvil, la cintura rígida. Con la mala iluminación del segundo Hotel New Hampshire, Franny y yo pudimos engañarnos y creer que veíamos formas de *Patético*, cuando en realidad no veíamos nada. ¿Pero acaso no nos había enseñado *Patético* a estar en guardia, a buscar en todas partes? *Patético* era capaz de adquirir cualquier forma en cualquier lugar del mundo.

—Tú también sigue pasando de largo ante las ventanas abiertas, Frank —le dije, tratando de no mirar de cerca su maniquí.

—Todos tenemos que estar unidos —dijo Franny.

Entretanto, papá gritó, dormido:

—*Auf Wiedersehen*, Freud.

## Enamorado de Franny; afrentando a Chipper Dove

El amor también flota y, dado que esto es cierto, probablemente se asemeja a *Patético* en otros sentidos.

Volamos a la ciudad de Nueva York en el otoño de 1964. Esta vez, nada de vuelos separados: nos mantuvimos unidos, tal como había aconsejado Franny. La azafata tuvo ciertas dificultades con el bate de béisbol, pero permitió que papá lo llevara entre las rodillas: a pesar de los «reglamentos», se hacen concesiones humanitarias a los ciegos.

Junior Jones no pudo ir a recibirnos. Era su última temporada con los Browns... en un hospital de Cleveland.

—Hombre —me dijo por teléfono—, dile a tu padre que le daré mis ojos si él me cede sus rodillas.

—¿Y qué me darás *a mí* si te doy *mis* rodillas? —oí que le preguntaba Franny.

No oí la respuesta de Junior, pero Franny sonrió y me guiñó un ojo.

Podríamos haber seguido hasta Boston; estoy seguro de que Fritz habría ido a recibirnos y nos habría permitido quedarnos sin cargo alguno en el primer Hotel New Hampshire. Pero papá nos había dicho que nunca quería volver a ver Dairy ni aquel primer Hotel New Hampshire. Por supuesto, papá no lo habría «visto» aunque hubiésemos permanecido allí el resto de nuestra vida, pero comprendimos lo que quería decir. Ninguno de nosotros tenía el valor de volver a ver Dairy y recordar los tiempos en que éramos una familia íntegra..., cuando todos teníamos los ojos abiertos.

Nueva York era territorio neutral y Frank sabía que durante un tiempo la editorial de Lilly nos alojaría y seríamos sus invitados.

—Disfrutad —nos dijo Frank—. Si queréis algo, llamad al servicio de habitaciones.

Papá se portaba como un niño: llamaba al servicio de habitaciones, pedía comida que no probaba y se hacía subir sus acostumbradas bebidas imbebibles. Nunca había estado en un hotel con servicio de habitaciones; de hecho, se comportaba como si tampoco hubiese estado nunca en Nueva York, porque se quejaba de que el personal de servicio hablaba un inglés tan malo como el de los vieneses..., lo cual era lógico si se tiene en cuenta que eran extranjeros.

—¡Son más extranjeros de lo que jamás *soñaron* ser los vieneses! —gritaba papá—. *Sprechen Sie Deutsch?* —chillaba por teléfono—. Santo cielo, Frank, ¿quieres pedir un *Frühstück* correcto? Esta gente no me entiende.

—Esto es Nueva York, papá —decía Franny.

—En Nueva York no hablan alemán *ni* inglés —explicó Frank.

—¿Y qué demonios hablan? —preguntó papá—. ¡Pido *croissants* y café y me traen té con tostadas!

—Nadie sabe qué idioma hablan aquí —dijo Lilly, asomada a la ventana.

La editorial nos instaló en el Stanhope de la calle Ochenta y uno y la Quinta Avenida; Lilly había expresado su deseo de estar cerca del Museo Metropolitano, y yo el de estar cerca de Central Park: quería correr. Corría cuatro vueltas alrededor del Reservoir dos veces al día..., la última etapa exuberante de dolor, la cabeza colgando, los altos edificios de Nueva York cayendo sobre mí.

Lilly se asomaba a las ventanas de nuestra *suite* del piso catorce. Le gustaba ver entrar y salir a la gente del museo.

—Creo que me gustaría vivir aquí —dijo en voz baja—. Es lo mismo que contemplar el cambio de reyes en un castillo. También se puede ver cómo cambian las hojas en el parque —susurró—. Y cuando me visites —me dijo—, puedes correr alrededor del Reservoir y proporcionarme la tranquilidad de que sigue allí. No quiero verlo nunca de cerca —dijo en tono misterioso—, pero es reconfortante que me informes sobre la salubridad del agua, el número de corredores que acuden al parque y la cantidad de bosta que hay en el camino de herradura. Una escritora tiene que estar al corriente de estas cosas.

—Bueno, Lilly, opino que podrás permitirte el lujo de tener una *suite* permanente aquí —intervino Frank—, pero podrías vivir en un apartamento. No tienes por qué *vivir* en el Stanhope. Quizá sea más práctico que tengas tu propio apartamento.

—No. Si puedo permitírmelo, quiero vivir aquí. Estoy segura de que *esta* familia puede comprender por qué me gusta vivir en un hotel.

Franny se estremeció. Ella no quería vivir en un hotel, me había dicho. Pero se quedó un tiempo con Lilly... después que la editorial dejó de pagar las cuentas. Lilly mantuvo su *suite* en esquina del piso catorce, durante una temporada acompañada de Franny.

—Para que tengas una dama de compañía, Lilly —la fastidiaba Franny.

Pero yo sabía que era Franny quien necesitaba una carabina.

—Y tú sabes muy bien para protegerme de quién necesito una carabina —me dijo Franny.

Frank y papá serían mis carabinas; papá y yo nos mudamos con Frank, que encontró un apartamento palaciego en Central Park South. Desde allí, yo podía correr a través de todo Central Park, investigar el estado del Reservoir para Lilly, llegar chorreando sudor y jadeante al Stanhope, informarle sobre la salubridad del agua y todo lo demás, y presentarme ante Franny... para echarle una mirada.

Éstas no serían las residencias permanentes de Franny, de papá ni mías, pero Frank y Lilly llegarían a ser el tipo de neoyorquinos que se fijan a ciertas partes de Central Park y nunca las abandonan. Lilly vivió el resto de su vida en el Stanhope, escribiendo, tratando de crecer hasta alcanzar la estatura del piso catorce; aunque pequeña, era ambiciosa. Frank, el agente, rodaba y negociaba desde su apartamento con seis teléfonos en el 222 de Central Park South. Ambos eran muy industriuosos, y una vez le pregunté a Franny cuál creía que era la diferencia entre ellos.



—Unas veinte manzanas y el zoológico de Central Park —respondió Franny.

Ésa era exactamente la *distancia* entre ellos; pero Franny también sugirió que la *diferencia* entre Lilly y Frank era todo un zoo y más de veinte manzanas.

—¿Y cuál es la diferencia entre *nosotros*, Franny? —le pregunté poco después de nuestra llegada a Nueva York.

—Una de las diferencias entre nosotros es que de alguna manera me recuperaré de ti —me dijo Franny—. Así soy yo: supero las cosas y también me sobrepondré a ti. Pero tú no te recuperarás de mí —me advirtió—. Te conozco, hermano mío, amor mío. No lograrás sobreponerte a mí... al menos sin mi ayuda.

Franny tenía razón, por supuesto; siempre tenía razón... y siempre iba un paso delante de mí. Cuando por fin se acostó conmigo lo maquinó todo. También conocía el motivo exacto por el que lo hacía: como un cumplimiento de la promesa que se había hecho de cuidarnos como una madre desde que mamá no estaba, como la única forma de cuidar de nosotros, como la única forma de salvarnos.

—Tú y yo necesitamos salvarnos, pequeño —dijo—. Pero sobre todo lo necesitas tú. Crees que estamos enamorados y es probable que yo crea lo mismo. Ha llegado el momento de demostrarte que no soy tan especial. Ha llegado la hora de pinchar la burbuja antes de que estalle.

Escogió el momento de la misma manera que decidió *no* acostarse con Junior Jones... «para reservarle», como decía ella. Franny siempre tuvo sus planes y sus razones.

—¡Cristo, hombre! —me dijo Junior Jones por teléfono—. Dile a tu hermana que venga a visitar a esta pobre ruina en Cleveland. Tengo estropeadas las rodillas, pero el resto de mi persona funciona de maravilla.

—Ya no soy una animadora —le dijo Franny—. Si quieres verme, trasládame a Nueva York.

—¡Hombre! —me gritó Junior Jones—. Dile que no puedo *caminar*. ¡Me han puesto dos escayolas! Es demasiada carne para remolcarla con muletas. Dile también que sé la mierda de ciudad que es Nueva York. Si llego a esa ciudad con muletas, algún mequetrefe intentará aplastarme.

—Dile que cuando supere su maldita etapa futbolística tal vez tenga tiempo para mí —dijo Franny.

—¡Hombre! —gritó Junior Jones—. ¿Qué *quiere* Franny?

—Te quiero a ti —me susurró Franny por teléfono... cuando lo tuvo todo decidido.

Yo estaba en el 222 de Central Park South, tratando de atender todos los teléfonos de Frank. Papá siempre se quejaba de los teléfonos, que producían interferencias en la radio, que escuchaba todo el día, y Frank se negaba a tomar una secretaria y mucho más a instalar una oficina en regla.

—No necesito una oficina —decía—. Me basta con una dirección postal y algunos teléfonos.

—Al menos pon un contestador automático, Frank —le sugerí.

Aceptó mi sugerencia a regañadientes... más adelante. Pero eso fue después de que papá y yo nos mudáramos.

En la primera época de Nueva York, yo era el contestador automático de Frank.

—Te deseo terriblemente —me susurró Franny por teléfono.

Ella estaba sola en el Stanhope.

—Lilly asiste a un almuerzo literario —me dijo. Tal vez de esta forma Lilly crezca, pensé: con muchos almuerzos literarios—. Frank está rodando y negociando. Fue al almuerzo con ella. Estarán ocupados durante horas. ¿Quieres saber dónde estoy, pequeño? —me preguntó—. En la cama. Desnuda —agregó— y a catorce pisos de altura... por encima de ti. Te necesito —susurró—. Ven, pequeño. Ahora o nunca. No sabremos si podemos vivir sin esto hasta que lo intentemos —colgó.

Estaba sonando otro de los teléfonos de Frank. Lo dejé sonar. Franny debió de adivinar que yo me había vestido para correr, pues estaba listo para hacerlo.

—Iré a correr —le dije a papá—. Tardaré en volver...

Una carrera de la que quizá nunca volvería, pensé.

—No pienso atender una sola llamada telefónica —dijo papá en tono de cascarrabias.

En aquel entonces, papá tenía problemas para decidir qué hacer. Permanecía en el espléndido apartamento de Frank, con el bate de béisbol y el maniquí de modista, sin dejar de meditar un solo instante.

—¿Cualquier cosa? —seguía preguntándole a Frank—. Con toda sinceridad, ¿puedo hacer *cualquier cosa* que desee? —le preguntaba unas cincuenta veces a la semana.

—Cualquier cosa, papá —respondía Frank—. Yo proveeré.

Frank ya había provisto un contrato por tres libros para Lilly. Había negociado una primera edición inicial de cien mil ejemplares de *Tratando de crecer*. Había dado la opción de los derechos cinematográficos a la Warner Brothers y había hecho un trato por separado con la Columbia Pictures por un guión original sobre los acontecimientos que llevaron al estallido de la bomba delante del segundo Hotel New Hampshire... y a la famosa bomba de la Ópera que nunca hizo explosión. Lilly ya estaba trabajando en el guión. Además, Frank había firmado un contrato para una serie de televisión basada en la vida en el primer Hotel New Hampshire (de la que también sería autora Lilly). La serie estaría inspirada en *Tratando de crecer*, y no se estrenaría hasta después de la presentación de la película. La cinta se titularía *Tratando de crecer* y la serie televisiva «El Primer Hotel New Hampshire» (lo que dejaba lugar, señaló Frank, para futuras transacciones).

Me pregunté quién se atrevería alguna vez a hacer una serie de televisión sobre el segundo Hotel New Hampshire. Franny se preguntaba quién *querría* hacerla.

Si bien Lilly sólo había crecido un poco (como resultado de la creación de *Tratando de crecer*), Frank lo había hecho a gran velocidad... por todos nosotros

(como resultado de la venta del esfuerzo de Lilly). Sabíamos que para Lilly había representado un verdadero esfuerzo. Y nos preocupaba lo mucho que trabajaba, lo mucho que escribía, la inflexibilidad con que trataba de crecer.

—Tómalo con calma, Lilly —le aconsejó Frank—. La corriente de efectivos fluye a toda carrera..., tu *liquidez* es torrencial —dijo Frank, el economista mayor— y el futuro se ve color de rosa.

—Reposa un poco, Lilly —le pidió Franny.

Pero Lilly se tomaba en serio la literatura, aunque ésta nunca se tomó del todo en serio a Lilly.

—Sé que he tenido suerte. Ahora debo ganármela —dijo Lilly, tratando de crecer más arduamente que nunca.

Pero un día de invierno de 1964 —poco antes de Navidad—, Lilly estaba en un almuerzo literario, y Franny me dijo ahora o nunca. Sólo nos separaban veinte manzanas y un zoológico muy pequeño. Cualquier buen corredor de medio fondo puede llegar desde Central Park South hasta la Quinta Avenida y la Ochenta y Uno en muy poco tiempo. Era un día invernal, frío y gris. Las calles y las aceras de Nueva York estaban limpias de nieve, una buena base para una carrera rápida y glacial. La nieve de Central Park aparecía vieja e inerte, pero mi corazón estaba vivo y me golpeteaba el pecho. El portero del Stanhope me conocía..., la familia Berry sería bien recibida en el Stanhope durante muchos años. El recepcionista —un hombre alerta y alegre, de acento británico— me saludó mientras yo esperaba el ascensor (los ascensores del Stanhope suelen ser lentos). Le devolví el saludo mientras frotaba las zapatillas de correr en el felpudo; a lo largo de los años vería cómo aquel hombre se volvía más calvo, pero no menos alegre. Incluso trataba alegremente a quienes iban a quejarse (el europeo a quien Lilly y yo vimos echar chispas por los ojos una mañana, por ejemplo, un individuo corpulento de batín rayado como el cartel de una barbería, lleno de mierda de la cabeza a los pies. Nadie le había aleccionado sobre una de las características del Stanhope: sus famosos inodoros de chorro ascendente. Si alguna vez alguien se alberga en el Stanhope, cuidado con ellos. Después de hacer las necesidades, es aconsejable cerrar la tapa y apartarse... de hecho, es recomendable apretar la palanca con el pie. Aquel corpulento europeo debió de quedarse plantado directamente encima de sus excrementos... con la idea de observar cómo desaparecían, cuando de repente todo fluyó hacia arriba, cubriéndole. Y el hombre siempre alegre de acento británico que ocupaba el escritorio de la recepción, levantó la vista para mirar al excrementado y colérico huésped y le dijo: «Estimado señor, sólo se trata de un poco de aire en las cañerías». Siempre decía lo mismo. «¿Un poco de aire en las cañerías?», rugió el europeo. «¡Un mucho de mierda en mi pelo!» Pero eso fue otro día).

El día que fui a hacer el amor con Franny, el ascensor no llegaba nunca. Decidí correr hasta el piso catorce. Seguramente parecía muy ansioso cuando llegué. Franny abrió apenas una rendija y me miró.

—¡Caray! —exclamó—. ¡Tendrás que ducharte!

—De acuerdo.

Me dijo que mantuviera la puerta apenas abierta y que le diera tiempo para meterse en la cama; no quería que la viera... todavía. La oí cruzar la suite y saltar a la cama.

—¡Ya! —gritó.

Entré y colgué en la parte exterior de la puerta el cartel de NO MOLESTAR.

—¡Pon el cartel de NO MOLESTAR! —me gritó Franny.

—Ya lo puse —dije mientras llegaba al dormitorio y la miraba; estaba escondida debajo de las mantas y parecía un poco nerviosa.

—No es necesario que te duches —me dijo—. Me gustas sudado. Al menos estoy acostumbrada a que lo estés.

Pero yo estaba nervioso y decidí ducharme.

—¡Date prisa, tonto! —me gritó.

Me duché a la mayor velocidad posible y usé con gran precaución el inodoro de chorro ascendente. El Stanhope es un hotel maravilloso, sobre todo si te gusta correr en Central Park y gozas contemplando el Museo Metropolitano y su afluencia de visitantes, pero tienes que cuidarte de los inodoros. Proveniente de una familia acostumbrada a las instalaciones extrañas —los inodoros adecuados para enanos del primer Hotel New Hampshire, los diminutos inodoros que todavía utilizan los enanos de Fritz—, suelo ser comprensivo con los retretes del Stanhope; sin embargo, conozco a algunas personas que dicen que jamás volverán a hospedarse en el Stanhope. ¿Pero qué es un poco de aire en las cañerías o incluso un montón de mierda en el pelo si guardas buenos recuerdos?

Salí del cuarto de baño desnudo; cuando Franny me vio se cubrió la cabeza con la sábana y dijo:

—Santo cielo.

Me deslicé en la cama, a su lado. Me dio la espalda y empezó a reír entre dientes.

—Tienes los cataplines húmedos —me dijo.

—¡Me sequé! —protesté.

—Pues te olvidaste de los cataplines.

—No hay nada mejor que unos cataplines húmedos —dije.

Franny y yo nos echamos a reír como si estuviéramos locos. Lo estábamos.

—Te amo —intentó decirme, pero la risa ahogó sus palabras.

—Te deseo —quise decirle, pero reía tanto que estornudé precisamente mientras le decía que la deseaba, lo que nos hizo reír un rato más.

Así seguimos mientras ella me daba la espalda y permanecíamos como las estereotipadas cucharas del amor, pero cuando se volvió, cuando se echó sobre mí con sus senos contra mi pecho, cuando me hizo una llave de tijeras en las piernas, todo cambió. Si al comienzo había sido demasiado divertido, ahora era demasiado serio y no podíamos parar. La primera vez que hicimos el amor, estábamos en una

posición más o menos convencional..., «nada demasiado tántrico, por favor», me había pedido Franny. Cuando concluimos me dijo:

—Estuvo bien. No fuera de serie, pero bien...

—Fue mejor que bien... para mí —dije—. Pero no fuera de serie..., de acuerdo.

—Estás de acuerdo —repitió Franny, meneó la cabeza y me rozó con el pelo—.

Entonces, prepárate para *uno fuera de serie*.

En algún momento debía de apretarla con demasiada fuerza y me dijo:

—Por favor, no me hagas daño.

—No tengas miedo.

—Tengo un poco.

—Yo también... y mucho—dije.

Es incorrecto describir las escenas de amor con la propia hermana. ¿Basta decir que fue algo fuera de serie, y luego más aún? Y después las cosas empeoraron, por supuesto... más tarde nos sentimos fatigados. Alrededor de las cuatro de la tarde, Lilly llamó discretamente a la puerta.

—¿Es una camarera? —preguntó Franny.

—No, soy yo. No soy camarera, sino escritora.

—Vete y vuelve dentro de una hora —dijo Franny.

—¿Por qué? —quiso saber Lilly.

—Estoy escribiendo algo —respondió Franny.

—No, no estás escribiendo —dijo Lilly.

—¡Estoy tratando de crecer! —persistió Franny.

—De acuerdo —dijo Lilly—. Sigue pasando de largo ante las ventanas abiertas —agregó.

En cierto sentido, Franny estaba escribiendo algo, por supuesto; fue la autora de aquello en lo que se convertiría nuestra relación... por la que asumió una responsabilidad de madre. Fue demasiado lejos..., me hizo demasiado el amor. Me hizo tomar conciencia de que lo que había entre nosotros era *demasiado*.

—Todavía te deseo —murmuró.

Eran las cuatro y media de la tarde. Cuando la penetré, hizo una mueca de dolor.

—¿Estás dolorida? —susurré.

—¡Claro que estoy dolorida! Pero no te detengas. Si te detienes, te mataré.

Más tarde me di cuenta de que me habría matado. En cierto sentido —si hubiese *seguido* enamorado de ella—, habría sido la muerte para mí; habríamos significado la muerte el uno para el otro. Pero Franny exageró: sabía con exactitud lo que estaba haciendo.

—Será mejor que paremos —susurré.

Eran casi las cinco.

—Será mejor que *no* paremos —dijo Franny en tono inexorable.

—Pero estás dolorida —protesté.

—Quiero estarlo más. Y tú, ¿estás dolorido? —me preguntó.

—Un poco —reconocí.

—Quiero que estés *muy* dolorido. ¿Arriba o abajo? —inquirió, con expresión seria.

Cuando Lilly volvió a llamar a la puerta, yo estaba a punto de imitar a Annie la Gritona; si hubiese habido un puente cerca, se habría resquebrajado.

—¡Vuelve dentro de una hora! —gritó Franny.

—Son las siete —se quejó Lilly—. ¡Hace tres horas que estoy fuera!

—Vete a cenar con Frank —sugirió Franny.

—¡Ya he almorzado con él! —gritó Lilly.

—¡Vete a cenar con papá!

—No quiero comer. Tengo que escribir... es la hora de *crecer*.

—¡Tómame una noche libre! —gritó Franny.

—¿Toda la noche? —preguntó Lilly.

—Dame tres horas más —pidió Franny.

Gemí: no creía que me quedaran tres horas.

—¿No tienes hambre, Franny? —preguntó Lilly.

—Puedo llamar al servicio de habitaciones. De todos modos, no tengo hambre.

Pero Franny era insaciable: su hambre de mí nos salvaría a ambos.

—Basta, Franny —le imploré.

Creo que eran cerca de las nueve. Estaba tan oscuro que ya no veía nada.

—Pero me amas, ¿verdad? —me preguntó.

Su cuerpo era como un látigo, como una barra de pesas demasiado pesada para mí. A las diez en punto le susurré:

—Por Dios, Franny. Tenemos que parar. Nos haremos daño el uno al otro, Franny.

—No, mi amor —susurró—. Eso es precisamente lo que nunca nos haremos: daño. Nos pondremos bien. Llevaremos una buena vida —me prometió mientras volvía a introducirme en su interior.

Otra vez. Y otra.

—No puedo, Franny —le susurré.

Me sentía absolutamente ciego de dolor, ciego como Freud, ciego como papá. Y a Franny debía de dolerle más que a mí.

—Sí que puedes, mi amor —susurró—. Sólo una vez más —me animó—. Sé que eres capaz de hacerlo.

—Estoy acabado, Franny.

—*Casi* acabado —me corrigió—. Podemos hacerlo una vez más. Después, ambos habremos terminado con esto. Ésta es la última vez, amor mío. Imagina que tratáramos de vivir todos los días así —susurró apretada contra mí, quitándome el último aliento—. Nos volveríamos locos. No se puede vivir así. Adelante y acabemos con esto —me dijo al oído—. Una vez más, mi amor. ¡La última! —gritó.

—¡Bien! —grité yo también—. Allá voy.

—Sí, sí, amor mío —sentí sus rodillas apretadas contra mi columna vertebral—.

Hola y adiós, amor mío —susurró—. ¡Así! —gritó cuando me estremecí—. Así, así —dijo en tono tranquilizador—. Eso es, eso es lo que ella escribió —murmuró—. Éste es el final. Ahora somos libres. Ahora ha concluido.

Me ayudó a llegar a la bañera. El agua me escocía como si me frotaran con alcohol.

—¿Esa sangre es tuya o mía? —le pregunté.

Franny estaba tratando de salvar la cama... después de habernos salvado a los dos.

—No tiene importancia, amor mío —dijo alegremente—. Se lava.

«Éste es un cuento de hadas», escribiría Lilly con referencia a toda la vida de nuestra familia. Coincidió con ella; Iowa Bob también habría estado de acuerdo.

«¡*Todo* es un cuento de hadas!», habría dicho Entrenador Bob.

Y hasta Freud habría estado de acuerdo con él... *los dos* Freud. *Todo es un cuento de hadas*.

Lilly llegó al mismo tiempo que el carrito con el servicio y el atónito extranjero en Nueva York que nos dejó nuestra comida de varios platos y varias botellas de vino, alrededor de las once de la noche.

—¿Qué estáis celebrando? —nos preguntó Lilly.

—Bueno... John acaba de terminar una larga carrera —dijo Franny riendo.

—No deberías correr en el parque por la noche, John —me reprochó Lilly, preocupada.

—Corrí por la Quinta Avenida —dije—. No había ningún peligro.

—Ninguno —corroboró Franny, y soltó una carcajada.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó Lilly, con la vista fija en Franny.

—Creo que éste es el día más feliz de mi vida —dijo Franny sin dejar de reír.

—Para mí sólo ha sido un pequeño acontecimiento entre muchos —le dije.

Franny me arrojó un panecillo. Ambos reímos.

—¡Santo cielo! —exclamó Lilly, exasperada con nosotros... y aparentemente escandalizada por la cantidad de comida que habíamos pedido.

—*Podríamos* haber llevado una vida muy desdichada —dijo Franny—. ¡Todos nosotros, quiero decir! —agregó.

Atacó la ensalada con la mano. Abrí la primera botella de vino.

—Yo *aún podría* llevar una vida desdichada —dijo Lilly, ceñuda—. Si tuviese más días como el de hoy... —meneó la cabeza.

—Siéntate y pica algo, Lilly —la invitó Franny desde el carrito, ahora dedicada al pescado.

—Sí, no comes lo suficiente, Lilly —le dije mientras me servía unas ancas de rana.

—Hoy almorcé copiosamente —dijo Lilly—. La comida estaba bien, pero las porciones eran excesivas. Sólo necesito una comida diaria.

Pero se sentó a la mesa con nosotros y observó cómo comíamos. Eligió una judía verde excepcionalmente delgada de la ensalada de Franny, comió la mitad y depositó la otra mitad en mi plato de la mantequilla; cogió un tenedor y pinchó mis ancas de rana, pero adiviné que sólo estaba inquieta, que no quería nada.

—¿Y qué escribiste hoy, Franny? —inquirió Lilly.

Franny tenía la boca llena, pero no titubeó:

—Una novela. Algo francamente terrible, pero tenía que hacerlo. Cuando terminé, la tiré.

—¿La tiraste? —preguntó Lilly—. Tal vez valía la pena salvar algo.

—Era mierda pura. De la primera a la última palabra. John leyó un poco —dijo Franny—, pero le pedí que me la devolviera para poder tirarla. Llamé al servicio de habitaciones para que se la llevaran.

—¿Hiciste que la tirase el servicio de habitaciones?

—No soportaba volver a tocarla siquiera.

—¿Cuántas páginas tenía? —preguntó Lilly.

—Demasiadas —respondió Franny.

—¿Y qué opinas tú de lo que leíste? —me preguntó Lilly.

—Basura, en nuestra familia hay una sola escritora.

Lilly sonrió y Franny me dio una patada por debajo de la mesa. Derramé un poco de vino y Franny volvió a reír.

—Me alegro de que confiéis en mí —dijo Lilly—, pero cada vez que leo el final de *El gran Gatsby* me acometen las dudas. ¡Es *tan* hermoso! Creo que si no soy capaz de llegar a escribir *un final* tan perfecto, no tiene sentido *empezar* un libro. No tiene sentido escribir un libro si no *crees* que puede ser tan bueno como *El gran Gatsby*. Quiero decir que no importa si una fracasa, si el libro acabado no es muy bueno..., pero tienes que confiar en que *puede* ser muy bueno antes de empezarlo. Y a veces ese condenado final de *El gran Gatsby* me aniquila antes de empezar.

Lilly había cerrado los puños; Franny y yo nos dimos cuenta de que en uno de ellos aplastaba lo que quedaba de un panecillo. A Lilly no le gustaba comer, pero siempre se las arreglaba para destrozar toda una comida sin obtener de ella la menor nutrición.

—Lilly la aprensiva —dijo Franny—. Pero tienes que *hacerlo*, Lilly —volvió a darme una patada por debajo de la mesa al decir «hacerlo».

Volví al 222 de Central Park South como un herido. De hecho, hasta después de concluir nuestra pantagruélica comida no me di cuenta de que no estaba en condiciones de correr veinte manzanas y un zoológico; incluso dudaba de que pudiera andar. Mis partes pudendas estaban considerablemente doloridas. Vi que Franny hacía una mueca al levantarse de la mesa para coger su bolso; también ella padecía las secuelas de nuestros excesos. Así era como lo había planificado, por supuesto: durante días sentiríamos el dolor de nuestras relaciones sexuales. Y ese dolor nos mantendría cuerdos; el dolor nos convencería de que en esa búsqueda recíproca nos



aguardaba nuestra certera autodestrucción.

Franny buscó dinero para un taxi en su bolso; me lo entregó y me dio un beso muy casto y fraternal. Hasta el día de hoy, no hemos intercambiado ningún otro tipo de beso. Ahora nos besamos como supongo que lo hacen la mayoría de los hermanos. Puede ser monótono, pero es una forma de pasar de largo ante las ventanas abiertas.

Cuando salí del Stanhope —aquella noche cercana a la Navidad de 1964— me sentí verdaderamente a salvo por primera vez. Estaba seguro de que todos nosotros seguiríamos pasando de largo ante las ventanas abiertas, de que todos éramos supervivientes. Supongo, ahora, que Franny y yo sólo habíamos pensado en nosotros, con un poco de egoísmo. Creo que Franny sentía que su invulnerabilidad era contagiosa... casi toda la gente proclive a sentimientos de invulnerabilidad lo cree. Y yo siempre intenté seguir los sentimientos de Franny con la mayor exactitud posible.

Cerca de medianoche cogí un taxi e hice que bajara por la Quinta Avenida hasta Central Park South; a pesar del dolor de mis partes pudendas, estaba seguro de que desde allí podría llegar andando al apartamento de Frank. Además, quería ver las decoraciones navideñas del Plaza. Se me ocurrió desviarme un poco de mi camino para ver los juguetes exhibidos en los escaparates de F.A.O. Schwarz. Pensé cuánto le habrían gustado esos escaparates a Egg: él nunca había estado en Nueva York. Aunque probablemente Egg había imaginado mejores escaparates, pensé, siempre llenos de juguetes.

Me arrastré por Central Park South. El número 222 está entre el lado Este y el Oeste, aunque más próximo al Oeste..., un sitio perfecto para Frank, pensé. Y para todos nosotros, porque todos éramos supervivientes del Simposio sobre Relaciones Este-Oeste.

Hay una fotografía de Freud —del otro Freud— en su apartamento de Viena, 19 Berggasse. Tiene cincuenta y ocho años; transcurre 1914. La mirada de Freud parece decir ya-os-lo-habíadicho; se le ve al mismo tiempo contrariado y preocupado. Parece tan enfático como Frank y tan ansioso como Lilly. La guerra que se iniciaría en agosto de ese año destruyó el Imperio austrohúngaro; esa guerra también convenció a Herr Professor Doktor Freud de que su diagnóstico sobre las tendencias agresivas y autodestructivas en los seres humanos había sido correcto. En la fotografía es dable imaginar de dónde sacó su idea de que la nariz humana era «una formación genital». Freud se inspiró «en el espejo», como dice Frank. Creo que odiaba Viena y, dicho sea en su honor, *nuestro* Freud también la odiaba, como señaló Franny. Ella también detestaba Viena; siempre sería freudiana en su desprecio por la hipocresía sexual, por ejemplo. Y Frank sería freudiano en la medida en que era anti-Strauss... «el *otro* Strauss», puntualizaría mi hermano. Se refería a Johann, el Strauss muy vienés, el que compuso la excéntrica canción *Feliz el hombre que olvida aquello que no puede cambiar* (*Die Fledermaus*). Pero tanto nuestro Freud como el otro estaban morbosamente obsesionados por lo que se olvidaba..., les interesaba lo que se reprimía, lo que soñábamos. Eso es lo que los volvió antivieneses. Y nuestro Freud

había dicho que Frank era un príncipe y que nadie debía llamarle «marica»; el otro Freud también se había granjeado las simpatías de Frank. Cuando alguna madre le escribía al buen doctor para rogarle que curara a su hijo de su homosexualidad, Freud le respondía en tono brusco que la homosexualidad no era ninguna enfermedad, que no había nada que «curar». Muchos grandes hombres del mundo, decía el gran Freud a esa madre, habían sido homosexuales.

—¡A eso le llamo dar en el blanco! —le encantaba gritar a Frank—. ¡Miradme a mí!

—Miradme *a mí* —solía decir Susie el oso—. ¿Por qué no mencionó a las grandes *mujeres* del mundo? Si queréis conocer mi opinión, Freud me parece un poco sospechoso.

—¿*Cuál* de ellos, Susie? —la aguijoneaba Franny.

—Cualquiera de los dos —solía responder Susie el oso—. Escoge. Uno de ellos llevaba un bate de béisbol, el otro tenía esa cosa en el labio.

—Eso era cáncer, Susie —señalaba Frank en tono ceremonioso.

—Por supuesto, pero Freud lo llamaba «esa cosa que tengo en el labio» —decía Susie el oso—. No llamaba cáncer al cáncer, pero decía que todos los demás eran reprimidos.

—Eres muy dura con Freud, Susie —le dijo una vez Franny.

—Es un *hombre*, ¿no?

—Eres muy dura con *los hombres* —insistió Franny.

—Es cierto, Susie —intervino Frank—. ¡Tendrías que probar uno!

—¿Qué tal si pruebo contigo, Frank? —le desafió Susie.

Frank se ruborizó.

—Bueno, yo no funciono así... —tartamudeó—, para serte franco.

—Yo creo que hay alguien más dentro de ti, Susie —declaró Lilly—. En tu interior hay alguien más que lucha por salir.

—¡Vaya! —gruñó Franny—. ¡Quizás en su interior hay un *oso* que quiere salir!

—¡Quizás en su interior hay un *hombre*! —sugirió Frank.

—Quizás en tu interior hay una hermosa mujer, Susie —dijo Lilly.

Lilly la escritora siempre trataría de ver héroes en todos nosotros.

Aquella noche cercana a la Navidad de 1964 me abrí paso dolorosamente por Central Park South; empecé a pensar en Susie el oso y recordé otra fotografía de Freud —de *Sigmund* Freud— que me gustaba. En ésta Freud tiene ochenta años; tres años más tarde estaría muerto. Aparece sentado ante su escritorio del 19 de la Berggasse; transcurre 1936, y poco después los nazis le obligaron a abandonar el viejo estudio de su viejo apartamento... y su vieja ciudad, Viena. En esa foto lleva unas gafas gravemente posadas en la formación genital de su nariz. No mira a la cámara: tiene ochenta años y no le queda mucho tiempo; observa su obra, no pierde

el tiempo con nosotros. Pero alguien nos mira desde la fotografía. Es el perro de Freud, su perrito chino llamado Jofi. Un perro chino se parece de alguna manera a un león mutante, y el de Freud tiene esa mirada vidriosa de los perros que siempre fijan la vista estúpidamente en la cámara. *Patético* solía hacerlo; cuando estaba disecado, siempre contemplaba la cámara, por supuesto. Y el pequeño perro patético del viejo doctor Freud aparece en la foto para decirnos qué ocurrirá después; también podemos reconocer lo que hay de patético en la fragilidad de las chucherías que prácticamente expulsan a Freud de su estudio, del 19 Berggasse y de Viena (la ciudad que odiaba, la ciudad que le odiaba). Los nazis pegaron una esvástica en su puerta: esa maldita ciudad nunca simpatizó con él. El 4 de junio de 1938, con ochenta y dos años, Freud llegó a Londres; le quedaba un año de vida..., en un país extranjero. En esa época a *nuestro* Freud le faltaba un verano para hartarse de *Grrr*; regresaría a Viena en el momento en que todos los suicidas reprimidos de los tiempos del *otro* Freud se convertirían en asesinos. Frank me ha mostrado un ensayo de un profesor de historia de la Universidad de Viena, un hombre muy sabio llamado Friedrich Heer. Y eso es precisamente lo que dice Heer acerca de la sociedad vienesa de los tiempos de Freud (y que, según creo, puede aplicarse a los tiempos de cualquiera de los dos Freud): «Eran suicidas a punto de convertirse en asesinos». Eran todos Fehlgeburts esforzándose por convertirse en Arbeiters; eran todos Schraubenschlüssels que admiraban a un pornógrafo.

Estaban dispuestos a seguir las instrucciones del sueño de un pornógrafo.

—Como sabes, Hitler le tenía pánico a la sífilis —a Frank le encanta recordármelo—. Lo cual es una ironía —agrega en su estilo tedioso—, si recuerdas que provenía de un país en el que siempre ha prosperado la prostitución.

También prospera en Nueva York. Y una noche invernal me detuve en la esquina de Central Park South con la Séptima Avenida, con la vista fija en la oscuridad: sabía que las prostitutas estaban allí. Mi sexo hormigueaba de dolor a causa de los inspirados esfuerzos de Franny por salvarme —por salvarnos a ambos— y supe, por fin, que estaba a salvo de ellas; estaba a salvo de los dos extremos: a salvo de Franny y a salvo de las prostitutas.

Un coche cruzó a bastante velocidad la esquina de la Séptima Avenida y Central Park South; era poco después de medianoche, y ese coche fue el único que vi moverse en las calles. Iba mucha gente dentro y todos coreaban una canción que transmitían por la radio. El volumen era tan alto que oí con toda claridad un fragmento de la canción, aunque llevaban las ventanillas cerradas, para protegerse del frío. No era un villancico y me pareció una canción en desacuerdo con las decoraciones que cubrían toda la ciudad de Nueva York; pero las decoraciones navideñas son temporales y la canción de la que me llegó un fragmento era una de esas canciones *folk* universalmente sensibleras. Expresaba algo trivial y sin embargo auténtico, de manera trivial pero auténtica. Durante el resto de mi vida he escuchado esa canción, pero cada vez que creo que vuelvo a oírla me doy cuenta de que no es la

misma. Franny me fastidia diciéndome que debí de oír *El cielo está a un pecado de distancia*. Por cierto, ésta iría como anillo al dedo; casi cualquier canción como ésta sería apropiada.

Estaban las decoraciones navideñas, ese fragmento de canción, el tiempo invernal, mis partes pudendas doloridas —mi enorme sensación de alivio al ser libre de vivir *mi vida* ahora— y el coche que pasó raudo por mi lado. Cuando me decidí a cruzar la Séptima Avenida, cuando tuve la impresión de que no había ningún peligro en cruzarla, levanté la vista y vi a la pareja que venía en mi dirección. Caminaban por Central Park South hacia el Plaza —iban de Oeste a Este— y era ineludible, pensé tiempo después, que nos encontráramos en la mitad de la Séptima Avenida la mismísima noche de la liberación de Franny y la mía. Iban un poco achispados, me parece..., o al menos estaba achispada la jovencita, y la forma en que se apoyaba en el hombre obligaba también a éste a caminar haciendo eses. Ella era más joven que él; en 1964, al menos, habríamos dicho que era una chiquilla. Reía colgada del brazo de su amigo; él parecía de mi misma edad..., en realidad era un poco mayor. Aquella noche de 1964 debía de rondar la treintena. La risa de la chica era aguda y hendía el gélido aire nocturno como el sonido de carámbanos muy delgados que se separan de los aleros de una casa. Yo estaba de excelente humor, por supuesto, y aunque había algo demasiado elaborado y no lo bastante visceral en la risa fría y zumbante de la chica —y aunque me dolían los cojones y me escocía el pajarito—, miré a aquella elegante pareja y sonreí.

No tuvimos ninguna dificultad en reconocernos... el hombre y yo. Nunca había olvidado la cualidad de zaguero de su cara, aunque no la había vuelto a ver desde aquella noche de Halloween en el sendero que siempre utilizaron los jugadores de fútbol... y que todos los demás habrían hecho bien en dejar que lo utilizaran, en dejar que lo usaran ellos solos. A veces, cuando levanto pesas, aún le oigo decir:

—Eh, pequeño, tu hermana tiene el mejor culo de toda la escuela. ¿Se acuesta con alguien?

«Sí, se acuesta *conmigo*», podría haberle respondido aquella noche en la Séptima Avenida. Pero no le dije nada. Interrumpí mis pasos y me quedé delante de él para asegurarme de que sabía quién era yo. Él no había cambiado; a mis ojos era exactamente igual que siempre. Y aunque yo me imaginaba cambiado —sabía que el levantamiento de pesas había modificado al menos mi cuerpo—, supongo que la constante correspondencia de Franny debió de mantener a nuestra familia en la memoria de Chipper Dove (ya que no en su corazón).

Chipper Dove también interrumpió sus pasos en medio de la Séptima Avenida. Segundos después dijo en voz baja:

—Mira quién está aquí...

Todo es un cuento de hadas.

Miré a la amiga de Chipper Dove y le dije:

—Procura que no te viole.

La amiga de Chipper Dove se echó a reír con esa risa hipertensa como el hielo que se quiebra, esa risa de pequeños carámbanos que se hacen añicos. Dove rió un poco con ella. Los tres permanecimos en medio de la Séptima Avenida; un taxi que se dirigía al centro y giró por Central Park South estuvo a punto de atropellarnos, pero sólo retrocedió la chica... Chipper Dove y yo no nos movimos.

—Eh, estamos en medio de la calle —dijo ella.

Observé que era mucho más joven que él. Corrió al lado Éste de la Séptima Avenida y nos esperó, pero nosotros no nos movimos.

—Siempre me alegró recibir noticias de Franny —dijo Dove.

—¿Por qué no has respondido a sus cartas? —le pregunté.

—¡Eh! —nos gritó su amiga.

Otro taxi que giró hizo sonar el claxon y nos esquivó.

—¿Está también Franny en Nueva York? —me preguntó Chipper.

En los cuentos de hadas, con frecuencia no sabes qué *quiere* la gente. Ahora todo había cambiado. Yo sabía que ignoraba si Franny quería ver a Chipper Dove. Sabía que ignoraba qué le había dicho en sus cartas.

—Sí, está en la ciudad —dije, prudente: Nueva York es una gran ciudad y me parecía que así no corría ningún riesgo.

—Bueno, dile que me gustaría verla —empezó a moverse a mi alrededor—. No puedo dar un plantón a *esa* chica —me susurró en tono de complicidad y me guiñó un ojo.

Le cogí por las axilas y le levanté; para ser un defensa no pesaba mucho. No se debatió y pareció sinceramente sorprendido por la facilidad con que le había levantado. Yo no sabía qué hacer con él; reflexioné un minuto —o debió de parecerle un minuto a Chipper Dove— y volví a dejarle en el suelo. Me limité a volver a situarle frente a mí en mitad de la Séptima Avenida.

—¡Eh, locos! —gritó su amiga.

Dos taxis que parecían empeñados en una carrera pasaron a ambos lados de nosotros... sin que los conductores dejaran de darle al claxon.

—*Dime por qué* te gustaría ver a Franny —le interrogué.

—Tengo la impresión de que has trabajado con las pesas —dijo.

—Un poco —reconocí—. ¿Por qué quieres ver a mi hermana? —insistí.

—Para disculparme... entre otras cosas —murmuró.

Pero yo nunca podría creerle; como siempre, tenía una sonrisa acerada en sus ojos acerados. Le noté escasamente intimidado por mis músculos, y su arrogancia era mayor que el corazón y la mente de la mayoría de la gente.

—Podrías haber respondido a alguna de sus cartas —le dije—. Podrías haberte disculpado *por escrito* en cualquier momento.

—Bien... —pasó el peso del cuerpo de un pie al otro, como un zaguero que se prepara para recibir la pelota—. Bien, es tan difícil de decir.

Estuve a punto de matarle allí mismo; de él podía aceptar casi cualquier cosa,

salvo la sinceridad... oír de sus labios algo que parecía auténtico era casi insoportable. Sentí la necesidad de apretarle —de abrazarle más fuerte de lo que había abrazado a Arbeiter—, pero, por suerte para los dos, cambió de tono. Empezó a impacientarse conmigo.

—Oye, según el *código de prescripciones* de este país, soy inocente. La violación está muy lejos de ser un crimen, por si no lo sabes.

—Muy cerca —dije.

Otro taxi estuvo a punto de atropellarnos.

—¡Chipper! —gritó su amiga—. ¿Quieres que llame a la policía?

—Oye, dile a Franny que me gustaría verla... eso es todo. Aparentemente —dijo, y el acero de sus ojos se deslizó hasta su voz—, aparentemente a ella le gustaría verme. Me ha escrito bastante.

Se está quejando, pensé... ¡como si las cartas de mi hermana le hubieran resultado pesadas!

—Si quieres verla, puedes decírselo tú mismo —sugerí—. Envíale un mensaje... déjalo todo en sus manos... si es que quiere verte. Déjale un mensaje en el Stanhope.

—¿En el Stanhope? ¿Sólo está de paso? —quiso saber.

—No, vive allí. Somos una familia hotelera, ¿recuerdas?

—Sí, claro —rió, y me di cuenta de que pensaba que el Stanhope era todo un progreso con respecto al Hotel New Hampshire... a cualquier Hotel New Hampshire, pensé, aunque él sólo había conocido el primero—. Bien... entonces Franny vive en el Stanhope.

—Ahora somos los dueños del Stanhope —le dije.

No tengo la menor idea de por qué mentí, pero tenía que hacerle *algo*, sencillamente. Pareció un tanto asombrado y ése fue un momento levemente agradable; un coche deportivo verde pasó tan cerca de él que su bufanda ondeó al viento. Su amiga se aventuró a volver a la Séptima Avenida y se aproximó cautelosamente a nosotros.

—*Por favor*, Chipper —dijo en voz baja.

—¿Es el único hotel que tenéis? —me preguntó, haciéndose el indiferente.

—Somos dueños de la mitad de Viena, de la mitad que posee el control —repliqué—. El Stanhope sólo es el primero de muchos... en Nueva York. Tomaremos el poder en Nueva York.

—¿Y mañana en el mundo? —ironizó con su acento acerado.

—Pregúntaselo a Franny —le dije—. Le diré que quizá tenga noticias tuyas.

Tuve que alejarme de él para no hacerle daño, pero oí que su amiga le preguntaba:

—¿Quién es Franny?

—¡Mi hermana! —grité—. ¡Tu amigo la violó! ¡Él y otros dos la violaron!

Esta vez, ni Chipper Dove ni su amiga se rieron; los dejé en medio de la Séptima Avenida. Si hubiese oído el chirrido de neumáticos y frenos, el golpe de cuerpos en contacto con metal o con el pavimento, no me habría vuelto. Sólo cuando reconocí el

dolor de mis partes pudendas como algo que me pertenecía, comprendí que había caminado de más. Había pasado el 222 de Central Park South —estaba en Columbus Circle— y tuve que girar en dirección al este. Cuando volví a ver la Séptima Avenida, Chipper Dove y su amiga habían desaparecido. Por un segundo me pregunté si no los habría soñado.

Creo que habría preferido que así fuera. Me preocupaba cómo enfocaría Franny la cuestión, cómo «la afrontaría», como decía siempre Susie. Incluso me preocupaba mencionar a Franny que había visto a Chipper Dove. ¿Qué sentiría ella en el caso de que él no la llamara nunca, por ejemplo? Me pareció injusto que la misma noche de nuestro triunfo hubiese tenido que encontrar al violador de mi hermana y decirle dónde vivía. Sabía que estaba fuera de mí, que aquello me sobrepasaba... que había vuelto a cero, que no sabía qué quería Franny. Sabía que necesitaba el consejo de algún experto en violaciones.

Frank dormía, y de todos modos no era un experto en violaciones. Papá también dormía (en la habitación que yo compartía con él); vi el bate de béisbol en el suelo, junto a su cama, y comprendí cuál sería su consejo... sabía que cualquier consejo de papá sobre violaciones significaría agitar ese bate. Se despertó cuando me quité los zapatos de correr.

—Disculpa —susurré—. Sigue durmiendo.

—¡Cuánto has corrido! —gruñó—. Debes de estar agotado.

Lo estaba, por supuesto, pero al mismo tiempo completamente despabilado. Fui a sentarme al escritorio, delante de los seis teléfonos de Frank. La experta residente (en el segundo Hotel New Hampshire) sólo estaba a una llamada de distancia; la consejera en violaciones que yo necesitaba residía ahora en Nueva York. Susie el oso vivía en Greenwich Village. Aunque era la una de la madrugada, levanté el teléfono. Por fin, la cuestión se había presentado por sí sola. No importaba que estuviese cercana la Navidad de 1964, porque habíamos vuelto al Halloween de 1956. Finalmente, todas las cartas de Franny sin contestar merecían una respuesta. Aunque el Brazo Negro de la Ley de Junior Jones algún día brindaría sus admirables servicios a la ciudad de Nueva York, Junior todavía se estaba recuperando de las violencias del fútbol; aún estudiaría tres años en la facultad de derecho y pasaría otros seis poniendo en marcha el Brazo Negro de la Ley. Aunque Junior rescataría a Franny, había que contar con que siempre llegaba tarde. La cuestión de Chipper Dove se había presentado *ahora*; aunque Harold Swallow nunca le había encontrado, ahora Dove no estaba oculto. Y yo sabía que para afrontar a Chipper Dove, Franny necesitaría la ayuda de un oso inteligente.

La buena y vieja Susie el oso es ya en sí un cuento de hadas.

Cuando atendió el teléfono a la una de la madrugada parecía un boxeador que saliera rebotado de las cuerdas.

—¡Maldita sea tu estampa, bicho de la nocturnidad! ¡Pervertido! ¿Sabes qué horas es? —rugió.

—Soy yo —dije.

—¡Santo cielo! Esperaba una llamada obscena. Cuando le conté lo de Chipper Dove decidió que *era* una llamada obscena—. No creo que a Franny le caiga bien que le hayas dicho dónde vive. Sospecho que le escribió todas esas cartas para no tener que volver a saber nada de él.

Susie vivía en un lugar sencillamente execrable del Greenwich Village. A Franny le gustaba visitarla, y de vez en cuando Frank se dejaba caer por allí... cuando estaba cerca (había un bar muy del estilo de Frank a la vuelta de la esquina), pero Lilly y yo detestábamos el Village. Era Susie quien subía a vernos.

En el Village, Susie podía ser un oso siempre que le viniera en gana; allí había gente cuyo aspecto era peor que el de un oso. Pero cuando subía a visitarnos tenía que parecer normal; en el Stanhope no le habrían permitido la entrada vestida de oso, y en Central Park South algún policía le habría disparado... creyendo que se había escapado del zoológico. Nueva York no era Viena, y aunque Susie hacía todo lo posible por colgar los hábitos, en el Village podía recuperar su condición osuna y nadie lo notaba. Vivía con otras dos mujeres en un tugurio que sólo tenía un retrete y un lavabo con agua fría; para bañarse, Susie subía al centro... prefería la *suite* de Lilly en el Stanhope al opulento cuarto de baño de Frank en el 222 de Central Park South; sospecho que a Susie *le gustaba* el peligro potencial de los inodoros de chorro ascendente.

En aquellos tiempos trataba de ser actriz. Las dos mujeres con las que compartía su horrendo apartamento eran miembros de algo que se llamaba Taller del West Village. Era un taller para actores, un lugar en donde daban clases para payasos ambulantes. Frank decía que si el Rey de los Ratones hubiera estado vivo habría conseguido ocupación en el Taller del West Village. Pero yo creo que, si en Viena hubiese habido algo semejante, probablemente el Rey de los Ratones seguiría con vida. En todas partes tendría que haber un sitio en el que se pudiera estudiar baile callejero, imitación de animales, pantomima, pedaleo de unicyclos, terapia de gritos y actos de degradación que sólo sean representaciones. Susie decía que ahora el Taller del West Village le estaba enseñando, sobre todo, a tener confianza como oso *sin* el traje de oso. Admitía que el proceso era lento y entretanto —a modo de compensación por si fallaba— se había hecho remodelar el traje de oso por un experto del Village en disfraces animales.

—Tendrías que verlo ahora —me decía siempre—. Quiero decir que si antes decías que parecía un oso de verdad... ahora te caerías de espaldas.

—¡Es fantástico! —me había dicho Frank—. Muestra incluso cierta humedad alrededor de la boca, y los ojos son demenciales. ¡Y qué colmillos! —decía Frank, eterno admirador de disfraces y uniformes—. Los colmillos son formidables.

—Pero todos queremos que Susie supere eso de ser un oso —decía Franny.



—Queremos que aflore *el oso que hay en ella* —decía Lilly, y todos gruñíamos y emitíamos todo tipo de sonidos repulsivos.

Mas cuando le conté a Susie que Franny y yo nos habíamos salvado mutuamente, sólo para volver a tropezar con Chipper Dove, Susie se puso en marcha: era la amiga esencial, la que es capaz de hacer el oso por ti cuando las cosas se ponen feas.

—¿Estás en el piso de Frank? —me preguntó.

—Sí.

—Espérame ahí. Ya salgo. Advierte al portero.

—¿Debo advertirle la llegada de un oso o la tuya, Susie? —le pregunté.

—Algún día, cariño, mi *verdadero* yo te sorprenderá.

Algún día, es verdad, Susie me sorprendería.

Antes que Susie llegara al 222 de Central Park South, me llamó Lilly por uno de los seis teléfonos de Frank.

—¿Qué ocurre? —le pregunté: eran cerca de las dos de la madrugada.

—Chipper Dove —susurró Lilly con su vocecilla temerosa—. ¡Llamó y preguntó por Franny!

Hijo de puta, pensé. ¡Llamaba a una chica a la que había violado sin pensar que a esa hora estaría durmiendo! Sin duda quería cerciorarse de que Franny vivía en el Stanhope. Ahora lo sabía.

—¿Qué le dijo Franny?

—No quiso hablar con él. *No pudo* hablar con él —aclaró Lilly—. Quiero decir que no le salían las palabras. Le dije a Chipper que Franny había salido y él me dijo que volvería a llamarla. Será mejor que vengas. Franny tiene miedo. Nunca la había visto asustada —agregó en un susurro—. Ni siquiera quiere volver a acostarse; se ha quedado mirando por la ventana. Creo que piensa que volverá a violarla.

Fui al dormitorio de Frank y le desperté. Se incorporó en la cama, retiró las mantas y apartó de su lado el maniquí.

—Dove —fue todo lo que susurré—. Chipper Dove —fue todo lo que tuve que decir.

Frank despertó como si todavía estuviese golpeando los címbalos. Dejamos un mensaje para papá en el magnetófono que había al lado de su cama. Sólo le informamos de que estaríamos en el Stanhope.

Papá se las arreglaba bastante bien para hablar por teléfono: contaba los agujeros del disco. Aun así, muchas veces se equivocaba y se ponía tan furioso que invariablemente le gritaba a la persona que atendía el teléfono... como si fuese responsable de que él hubiera marcado un número equivocado.

—¡Santo cielo! —chillaba—. ¡Tiene usted un número que no corresponde!

Así, a su humilde manera, mi padre y su bate de béisbol tenían aterrorizada a una pequeña porción de Nueva York.

Frank y yo nos reunimos con Susie en el portal del 222 de Central Park South. Tuvimos que correr hasta Columbus Circle para encontrar un taxi. Susie no se había

puesto el traje de oso. Llevaba unos pantalones viejos y un jersey encima de un jersey encima de un jersey.

—¡Claro que tiene miedo! —nos dijo a Frank y a mí mientras avanzábamos a toda velocidad—. Pero tiene que afrontarlo. El miedo es una de las primeras etapas, queridos míos. Si logra superar el jodido miedo, alcanzará la ira. Y una vez que alcance la ira, será libre. Basta mirarme —declaró.

Frank y yo la miramos y no dijimos una sola palabra. Aquella situación nos excedía y lo sabíamos.

Franny estaba sentada envuelta en una manta, con la silla cerca del indicador térmico; tenía la vista fija en la ventana. Bajo el frío prenavideño, el Museo Metropolitano parecía un castillo abandonado por sus reyes..., maldito de tan abandonado; hasta los catetos se mantenían alejados.

—Ni siquiera voy a poder salir —me susurró Franny—. Puede estar por ahí en cualquier parte. No me atrevo a salir —repitió.

—Franny, Franny, no volverá a tocarte —le aseguré.

—No le asegures las cosas —me aleccionó Susie—. No es así como se hace. No le asegures nada... pregúntale. Pregúntale qué quiere hacer, por ejemplo.

—¿Qué quieres hacer, Franny? —le preguntó Lilly.

—Haremos lo que tú quieras, Franny —acotó Frank.

—Piensa en lo que quieres que ocurra —le dijo Susie el oso.

Franny se estremeció y le castañetearon los dientes. La atmósfera era sofocante, pero Franny estaba aterida.

—Quiero matarle —dijo en voz baja.

—No digas nada —me susurró Susie al oído.

De todos modos, yo no podía decir nada. Permanecimos en la habitación durante una hora mientras Franny seguía con la vista fija en la ventana. Susie le frotó la espalda para hacerla entrar en calor. Franny evidenció que quería susurrarme algo, de modo que me incliné hacia ella.

—¿Todavía te duele? —susurró, y esbozó una leve sonrisa; yo también le sonreí y moví la cabeza afirmativamente—. A mí también —me sonrió, pero un segundo después volvió a mirar por la ventana y dijo —: Ojalá estuviera muerto —poco después repitió—: No puedo salir, tomaré todas mis comidas aquí... pero uno de vosotros tendrá que acompañarme en todo momento —le aseguramos que lo haríamos—. Matarle —repitió cuando la luz asomaba por encima del parque—. Puede estar por ahí, en cualquier parte —por la ventana contemplaba cómo aumentaba la luz—. ¡Cabrón! —gritó de improviso—. ¡Quiero matarle!

Durante un par de días nos turnamos para hacerle compañía. Inventamos un cuento para papá: Franny tenía gripe y guardaba cama para poder estar bien en Navidad. Nos pareció una mentira razonable. Anteriormente, Franny le había mentado a papá con respecto a Chipper Dove: le había contado que sólo había recibido «una paliza».

Ni siquiera teníamos un plan... si Chipper Dove volvía a llamar, no teníamos la menor idea de cómo quería Franny enfrentarse con la situación.

—Quiero matarle —repetía.

Mientras esperábamos en el vestíbulo del Stanhope la llegada del ascensor, Frank me dijo:

—Tal vez deberíamos matarle. Con eso solucionaríamos el problema.

Franny era nuestra líder: si ella estaba perdida, todos lo estábamos. Necesitábamos su juicio para poder elaborar un plan.

—Quizá no vuelva a llamar —dijo Lilly.

—Tú eres escritora, Lilly —respondió Frank—. Tendrías que saber cómo son las cosas. Llamará.

Frank estaba haciendo una de sus declaraciones antimundo..., expresando una de sus perversas teorías en el sentido de que precisamente ocurrirá lo que no quieres que ocurra. Como escritora, un día Lilly compartiría la *Weltanschauung* de Frank.

Frank tenía razón con respecto a Chipper Dove: llamó. Fue él quien cogió el teléfono. Y no se mostró sereno: cuando oyó la voz acerada de Chipper Dove, se retorció y experimentó un espasmo tan intenso en el diván, que golpeó la lámpara de pie e hizo que se cayera la pantalla. Franny comprendió instantáneamente quién llamaba. Empezó a gritar, salió a la carrera de la sala y se metió en el dormitorio de Lilly (era el escondite más cercano). Susie el oso y yo tuvimos que correr tras ella y sujetarla a la cama de Lilly, tratando de tranquilizarla.

—No, ahora mismo no está —le dijo Frank a Chipper Dove—. ¿Por qué no me dejas tu número de teléfono para que ella pueda llamarte?

Chipper Dove le dio su número a Frank... sus dos números de teléfono: el de su casa y el del trabajo. La idea de que trabajase hizo que Franny recuperara la cordura.

—¿Qué hace? —le preguntó a Frank.

—Sólo me dijo que estaba en la empresa de su tío. Ya sabes cómo se hincha la gente cuando dice «empresa», sea lo que fuere una maldita empresa—dijo Frank.

—Puede ser cualquier cosa, Franny —dije—. Una empresa legal, una empresa comercial...

—Tal vez sea una empresa de violaciones —apuntó Lilly, y recibimos la primera buena señal en muchos días: Franny rió.

—Bravo, Franny —la animó Frank.

—¡Esa mierda de ser humano! —chilló Franny.

—Adelante, Franny —la estimuló Susie el oso.

—¡Ese jodido en la jodida empresa de su tío! —dijo Franny.

—Eso está muy bien Franny —opiné.

—No me interesa matarle —dijo por fin Franny—. Sólo quiero asustarle. Quiero que tenga miedo —de pronto tembló y se echó a llorar—. ¡Me asustó de veras! —gritó—. Todavía le tengo miedo. Quiero asustarle, quiero devolverle el miedo.

—Así se habla —dijo Susie el oso—. Ahora estás afrontando la situación.

—¡Violémosle! —propuso Frank.

—¿Quién querría hacerlo? —inquirió Lilly.

—Yo lo haría... por *la causa* —dijo Susie—. Pero creo que hasta conmigo le gustaría. Los hombres son así de cretinos. Pueden odiar tus entrañas, pero a sus *pichas* les sigues gustando.

—*No podemos violarle* —dijo Franny.

Entonces Franny está bien, pensé. Otra vez era nuestra líder.

—Podemos hacer cualquier cosa que queramos —argumentó Frank..., Frank el agente, Frank el componedor.

—Aunque lográsemos imaginar la forma de violarle —razonó Susie—, aunque encontrásemos al violador perfecto para él, insisto en que no sería lo mismo: el muy cabrón encontraría la forma de gozar.

Entonces tomó la palabra Lilly la escritora, nuestra pequeña Lilly la creadora: era la que tenía más imaginación.

—No gozaría si creyera que le está violando un oso.

—¡Sodomía! —gritó Frank lleno de júbilo y batió palmas..., como si tuviera entre las manos los címbalos que una vez había empleado con Chipper Dove—. ¡Sodomícemos al muy cabrón!

—¡Esperad un minuto! —pidió Susie el oso—. Quizá *él* crea que es un oso, pero yo seguiré sabiendo que es él. Cualquier cosa por *la causa*, cualquier cosa por ti, querida —dijo a Franny—, pero tenéis que darme un poco de tiempo para pensarlo.

—No creo que tengas que hacérselo realmente, Susie —dijo Franny—. Me parece que sería suficiente con que llegaras al límite. Bastará con que *casi* se lo hagas.

—Podrías fingir que eres un oso en celo —sugirió Lilly.

—¡Uno oso en celo! —aulló Frank, deleitado—. ¡Eso es! ¡Un oso en celo enloquece! ¡Podrías meterte los cojones del muy hijo de puta en tu terrible boca de oso! ¡Le harás creer que un oso se la chupará hasta exprimirla! ¡Por última vez! —concluyó Frank.

—Podría llevarle hasta el límite —dijo Susie el oso.

—Nada más que eso, Susie —dijo Franny—. Sólo quiero asustarle.

—Dale un susto de muerte —sugirió Frank, exhausto.

—No tanto —dijo Lilly—, que sea *casi* un susto de muerte.

—Un oso en celo: es una idea brillante, Lilly —dije.

—Tenéis que darme un día —nos advirtió Lilly.

—¿Para qué? —quiso saber Susie.

—Necesito un día para hacer un buen guión.

—Te adoro, Lilly —dijo Franny y la abrazó.

—Tendréis que ser excelentes actores —observó Lilly.

—¡Yo estoy tomando lecciones! —gruñó Susie—. ¡Traeré a mis amistades! ¿Puedes incluir a dos de mis amistades, Lilly?

—Si son mujeres, puedo incluirlas —Lilly frunció el ceño.

—¡Por supuesto que son mujeres! —exclamó Susie, indignada.

—¿Puedo participar yo? —preguntó Frank.

—Tú no eres una mujer, Frank —señalé—. Quizá Lilly sólo quiere que participen mujeres.

—Bueno, yo soy marica —dijo Frank, de mal talante— y Chipper Dove lo sabe.

—Puedo conseguir un disfraz fantástico para Frank —dijo Susie a Lilly.

—¿Sí? —inquirió Frank, excitado: no había tenido posibilidad de disfrazarse desde hacía mucho tiempo.

—Dejadme trabajar en el asunto —dijo Lilly la trabajadora: siempre trabajaría demasiado—. Tendrá que ser perfecto. Para que sea verosímil, tendremos que hacerlo todo a la perfección.

—¿Yo tendré que participar, Lilly? —preguntó Franny de repente.

Comprendimos que no podía hacerlo, o que tenía miedo de intervenir; quería que ocurriera..., creía que quería verlo, aunque no sabía si podría tomar parte en el hecho. Le cogí la mano.

—Tú tendrás que llamarle —le dije, y volvió a temblar.

—Sólo tendrás que invitarle a que venga —le explicó Lilly—. Una vez que esté aquí, no es mucho lo que tendrás que decir. Te prometo que no tendrás que *hacer* nada. Pero tienes que ser tú quien lo llame.

Franny volvió a mirar por la ventana. Le froté los hombros para que se le pasara el frío. Frank le acarició el pelo: tenía la irritante costumbre de expresar su afecto por los seres humanos dándoles palmaditas como si fueran perros.

—Vamos, Franny, *puedes* hacerlo —dijo Frank.

—*Tienes* que hacerlo, encanto —le dijo Susie el oso a media voz, mientras le apoyaba una amistosa zarpa en el brazo.

—Ahora o nunca. ¿Recuerdas? —le susurré—. Superemos esto y todos podremos retornar a nuestros asuntos..., al resto de nuestras vidas.

—El resto de nuestras vidas... —dijo Franny, complacida—. De acuerdo, si Lilly puede escribir el guión, yo puedo hacer esa maldita llamada telefónica.

—Entonces fuera todo el mundo. Tengo que ponerme a trabajar —dijo Lilly, preocupada.

Todos fuimos al apartamento de Frank para reunirnos con papá.

—Ni una sola palabra de esto a papá —pidió Franny—. Mantengámosle al margen.

Yo sabía que papá estaba al margen casi todo el tiempo. Sin embargo, cuando llegamos al piso, descubrimos que había tomado una mínima decisión. Entre la miríada de opciones posibles, papá no había logrado encontrar lo que Iowa Bob habría denominado «plan de juego»; aún ignoraba qué quería *hacer*. La buena fortuna era una opción desconocida para mi padre. Sin embargo, cuando llegamos al

apartamento de Frank con humor festivo, al menos había tomado una minidecisión.

—Quiero un perro lazarillo —dijo.

—Nos tienes a nosotros, papá —le recordó Frank.

—Siempre hay alguien aquí para llevarte a donde quieras —le dije.

—No es sólo eso. Necesito tener un animal a mi alrededor.

—¡Vaya! —exclamó Franny—. ¿Por qué no contratas a Susie?

—Susie tiene que dejar de ser un oso —dijo papá—. No tendríamos que estimularla en este sentido —todos nos sentimos un poco culpables, y Susie sonrió: papá no podía ver nuestras expresiones, claro—. Además, Nueva York es un lugar horrible para un oso. Sospecho que la época de los osos ha quedado atrás —suspiró—. Pero un buen lazarillo..., sería alguien con quien hablar —parecía casi incómodo al reconocer su soledad—. Quiero decir que cada uno de vosotros tiene su vida... o la tendrá. Me gustaría tener un perro, lo digo de verdad. La función de lazarillo no importa, en realidad. Me gustaría tener un hermoso perro. ¿Puedo?

—Por supuesto, papá —dijo Frank.

Franny besó a papá y le prometió que se lo regalaríamos para Navidad.

—¿Tan pronto? No me parece que convenga precipitarse para conseguir un lazarillo. Supongo que sería un problema si no estuviese bien entrenado.

—Todo es posible, papá. Yo me ocuparé de ello —le aseguró Frank.

—¡Por Dios, Frank! —se indignó Franny—. *Todos* nos ocuparemos de ello, si no te molesta.

—Algo más —dijo papá; Susie el oso me apoyó una zarpa en la mano, como si hasta ella supiese lo que vendría—. Sólo una cosa —todos guardamos silencio, pendientes de sus palabras—. No tiene que parecerse a *Patético*. Vosotros tenéis ojos, de modo que tendréis que elegirlo. Cercioraos de que no se parezca en nada a *Patético*.

Lilly escribió el apropiado cuento de hadas y todos desempeñamos nuestros papeles. En consonancia con el cuento de hadas que escribió Lilly, todo salió perfecto. El último día laborable anterior a la Navidad de 1964, Franny respiró hondo y llamó a Chipper Dove a su «empresa».

—Hola, soy yo —le dijo en tono alegre—. *Necesito* almorzar contigo. Sí, habla Franny Berry..., puedes pasar a buscarme en cualquier momento. Sí, en el Stanhope: suite catorce cero uno.

Entonces Lilly le quitó el teléfono a Franny y le dijo con una voz tan hosca como la de cualquier enfermera... y lo bastante alto como para que la oyera Chipper Dove:

—¿A quién llamas ahora? ¡Se supone que no debes hacer más llamadas telefónicas!

Lilly colgó el teléfono y comenzó la espera.

Franny fue al cuarto de baño y vomitó. Al salir, parecía que se encontraba bien.

De hecho, su aspecto era horrible, pero así debía ser. Las dos mujeres del Taller del West Village la habían maquillado: aquellas mujeres eran capaces de operar milagros. Cogieron a una beldad y le causaron estragos; dieron a Franny un rostro con la falta de vida de la tiza, una boca como una cuchillada y agujas en lugar de ojos. Vistieron a mi hermana de blanco, como a una novia. Pensamos que quizá el guión de Lilly resultaría demasiado teatral.

Frank miraba por la ventana, cubierto con sus leotardos negros y un caftán verde lima. Se había aplicado una pizca de lápiz labial.

—No sé... ¿y si no viene? —dijo, inquieto.

También estaban allí las dos amigas de Susie... las mujeres heridas del Taller del West Village. Habían sido *hombres* quienes las habían herido, nos dijo Susie. La negra se llamaba Ruthie y parecía un calco de Junior Jones. Ruthie llevaba un chaleco de piel de carnero sobre su propia piel y unos pantalones bombachos de color verde brillante, encima de los cuales se bamboleaba su tripa. Tenía un largo clavo plateado, casi tan grueso como un perno de vía férrea, pinchado en su disparatada cabellera. En una de sus negras manazas llevaba una larga correa de cuero, al extremo de la cual se hallaba sujeta Susie el oso.

Aquel traje de oso era un triunfo de la imaginación animal. Sobre todo la boca, como había advertido Frank, los colmillos, su aspecto húmedo, y la triste demencia de los ojos. (En realidad, Susie «veía» por la boca.)

Las garras también constituían un toque de perfección; eran lo más auténtico, señalaba Susie con orgullo. De alguna manera, el hecho de que Susie usara bozal realzaba la realidad de todo lo demás. Habíamos comprado el bozal en una tienda de accesorios para perros lazarillos.

Pusimos el termostato en el punto más alto, porque Franny se quejó de que estaba helada. Susie dijo que le gustaba el calor; se sentía más oso si sudaba, y sabíamos que dentro del traje estaba sofocada y chorreando.

—Nunca me he sentido tan oso —nos dijo mientras se paseaba de un lado a otro a cuatro patas.

—Hoy eres puro oso, Susie —le dije.

—Hoy surgirá el oso que hay en tu interior —pronosticó Lilly.

Franny se sentó en el diván; una vela ardía con llama enfermiza en la mesita que estaba a su lado. Había velas encendidas en toda la *suite* y las persianas estaban echadas. Frank había esparcido un poco de incienso, de modo que el olor ambiental era francamente insoportable.

La otra mujer del Taller del West Village era pálida y sencilla, de tipo infantil y de pelo rubio pajizo. Iba vestida con el uniforme convencional de una doncella de hotel —el mismo que usaban las del Stanhope— y tenía una mirada de perfecto aburrimiento inexpresivo, que concordaba con su aburrido empleo. Se llamaba Elizabeth Nosecuánto, pero en el Village la llamaban Escorbuto. Era la mejor actriz que se había graduado en el Taller del West Village..., la reina de los actores del

Washington Square Park. Podría haberle enseñado terapia de gritos a todo un patio trasero lleno de topos; podría haber enseñado a éstos a gritar tan alto que los gusanos habrían huido del terreno. Era lo que Susie denominaba «una histérica número uno de primera clase». «Nadie representa la histeria mejor que Escorbuto», nos había dicho Susie el oso, y Lilly había escrito para ella un papel de histérica número uno de primera clase. Escorbuto estaba sentada, fumaba un cigarrillo y parecía tan inerte como un vago de cualquier banco de plaza.

Yo jugaba con la barra grande en medio del salón. Frank y Lilly me habían untado de aceite; estaba engrasado de la cabeza a los pies y olía como una ensalada, pero el aceite hacía que mis músculos sobresalieran de manera muy especial. Sólo llevaba puesta esa miniprenda de aspecto anticuado, esa especie de traje de baño de una sola pieza que usan los luchadores y los levantadores de pesas.

—Mantente caliente —me instruyó Lilly—, sigue levantando sólo lo suficiente para que sobresalgan las venas. Quiero que, cuando entre, esas venas *estallen* en la superficie de tu piel.

—Si entra —bufó Frank.

—Vendrá —anunció Franny en voz baja—. Está muy cerca —cerró los ojos—. Sé que está muy cerca.

Cuando sonó el teléfono, todos pegamos un salto... todos salvo Franny y la histérica número uno de primera clase llamada Escorbuto: ellas ni se movieron. Franny dejó que el teléfono sonara. Lilly salió del dormitorio, primorosamente vestida con su uniforme de enfermera; al cuarto timbrado hizo una señal, y Franny levantó el teléfono. No abrió la boca.

—Hola. ¿Franny? —le oímos preguntar a Chipper Dove.

Franny se estremeció, pero Lilly siguió haciéndole señas.

—Sube de inmediato —susurró Franny en la bocina—. ¡Sube, que mi enfermera se ha ausentado!

Colgó, se atragantó y por un instante creí que volvería a vomitar al cuarto de baño, pero se dominó: ahora estaba bien.

Lilly se acomodó el ceñido moño gris ratonil de su peluca. Parecía una vieja enfermera de una residencia para enanos; las mujeres del Taller del West Village habían convertido su cara en una ciruela pasa. Entró en el armario más cercano a la puerta principal de la *suite* y se encerró dentro. Desde el salón de la *suite* era fácil confundir el armario con la puerta de entrada y salida.

Escorbuto se puso un montón de ropa de cama limpia sobre el brazo y salió al pasillo.

—De cinco a siete minutos después que entre —le dije.

—No necesito que me lo recuerdes —respondió agriamente—. Esperaré mi señal al otro lado de la puerta —dijo en tono despectivo—: Soy una profesional.

Susie me había confiado que las mujeres del Taller del West Village tenían algo en común: todas habían sido violadas.



Empecé a levantar la barra. Hice unos cuantos levantamientos rápidos para bombear sangre a los músculos. Susie el oso se acurrucó al pie del diván, lejos de Franny, y fingió dormir. Ocultó las zarpas y el morro con bozal; de espaldas parecía un perro dormido; la negra Ruthie —la corpulenta mujerona que parecía clonificada a partir de Junior Jones— se hundió en el centro del diván, cerca de Franny. Cuando el oso en estado de hibernación empezó a roncar, Frank se quitó el caftán y lo colgó del pomo de una puerta. Sólo se dejó puestos los leotardos negros; entró en el dormitorio de Lilly y puso el disco. Desde el salón se veía la cama a través de la puerta abierta. Cuando empezó la música, Frank comenzó a bailar sobre la cama. Él había elegido la música. No tuvo ninguna dificultad para decidirse: escogió la escena de la locura de *Lucia*, de Donizetti.

Miré a Franny y vi que unas lágrimas se deslizaban por los orificios que las maquilladoras le habían dado por ojos; las lágrimas dejaron huellas en su maquillaje endurecido. Cruzó los dedos sobre el regazo. Llamé con suavidad a la puerta del armario y susurré a Lilly:

—Una obra maestra. Tiene todas las características de una obra maestra.

—No estropees tu parte —murmuró Lilly.

Cuando Chipper Dove llamó a la puerta, mis bíceps sobresalían —tal como quería Lilly— y los antebrazos no estaban nada mal. Me corría el sudor sobre el aceite y Lucia empezó a chillar en el dormitorio. Brincando sobre la cama, Frank tenía un aspecto tan increíble que casi no podía mirarle.

—¡Entra! —gritó Franny a Chipper Dove.

Cuando vi que el pomo giraba, cogí la puerta por mi lado y ayudé a entrar a Chipper... a velocidad supersónica. Supongo que tiré de la puerta con más fuerza de la necesaria, pues Chipper Dove fue impelido hacia el interior... a gatas. Colgué el cartel que decía NO MOLESTAR en el pomo del lado del pasillo y cerré la puerta.

—¡Mira quién está aquí! —dijo Franny con su mejor voz acerada.

—¡Cristo! —gritó Frank, de pie encima de la cama, rebotando.

Hice rodar la barra hasta la puerta, pero Chipper se levantó bastante tranquilo. Lucía su imperecedera sonrisa... imperecedera hasta ese momento, al menos.

—¿Qué significa esto, Franny? —le preguntó en tono indiferente, pero ella ya no tenía nada que decir: su papel había concluido. («Mira quién está aquí» era todo su parlamento.)

—Te violaremos —advertí a Chipper Dove.

—Oye, aquello no fue exactamente lo que yo llamaría una *violación* —me dijo, y a continuación se dirigió a Franny—: lamento lo de los otros chicos —la mirada afilada de Franny no expresaba nada—. ¡Mierda! —se volvió en mi dirección—. ¿Quién me violará?

—¡Yo no! —gritó Frank desde el dormitorio, saltando cada vez más alto—. A mí me gustan los charcos barrocos. ¡Siempre lo hago con ellos!

Chipper Dove todavía logró sonreír.

—¿Entonces la que está en el diván? —me preguntó con mirada maliciosa. Observó a Ruthie; debió de recordarle a Junior Jones cuando la miró y ella le devolvió la mirada aunque logró conservar la sonrisa—. No tengo nada contra las negras —Chipper Dove dividía su atención entre Ruthie y yo—. En realidad, no me molesta beneficiarme a una negra de vez en cuando.

Ruthie levantó una de sus enormes nalgas y se tiró un pedo.

—Conmigo no lo harás —le dijo.

Entonces Dove me dedicó toda su atención. Prácticamente su sonrisa había desaparecido, porque creo que empezaba a sospechar *que yo* era el señalado para violarle, y la idea no le gustó nada.

—¡No, *él* no, imbécil! —gritó Frank desde el dormitorio, resollando y saltando... cada vez más alto—. ¡A él le gustan las *chicas*, como a *ti*! ¡Las repelentes, repelentes, repelentes chicas! — Frank se cayó de la cama, pero volvió a encaramarse a ésta y tornó a bailar con frenesí. Lucia parecía una auténtica loca.

—¿Estáis tratando de insinuar que lo hará el perro? —me preguntó Chipper—. ¿Crees que me quedaré quieto por un maldito perro?

—¿Qué perro, hombre? —le preguntó Ruthie, y esbozó una sonrisa tan horripilante como la de él mismo.

—Ese que está allí —señaló a Susie el oso.

Susie estaba hecho un ovillo y roncaba de espaldas a Chipper, con las garras y la cabeza fuera de su vista. Ruthie le hundió un enorme pie descalzo en la ingle y empezó a magrearla. Susie gruñó.

—Éste no es un perro, hombre —dijo Ruthie.

Sonrió y siguió magreando a Susie con el pie. Luego lo introdujo en su entrepierna con cierta brusquedad y el oso despertó emitiendo un rugido; giró sobre Ruthie y la golpeó. Dove vio que el bozal lo contenía y que Ruthie se ponía a salvo de las largas e impresionantes garras. Ruthie arrojó la correa a la cara de Susie y corrió al otro extremo del salón. Susie parecía dispuesta a arremeter contra ella, pero Franny extendió la mano. Tocó a Susie el oso y éste se apaciguó. El oso le apoyó la cabeza en el regazo y empezó a ronronear.

—¡Grrr! ¡Grrr! —gimió.

—¡Es *un oso*! —dijo Dove.

—Puedes apostar tu culo, hombre —confirmó Ruthie.

Frank, que cada vez cantaba en voz más alta la canción de Lucia y aparentemente elevaba su locura por encima de la de ella, chilló:

—¡Un oso *en celo*!

—¡Un oso que te desea! —informé a Chipper Dove.

Cuando éste volvió a mirar al oso, descubrió que Franny tenía sus manos exactamente donde debían estar las partes íntimas de un oso. Franny lo frotaba y de pronto el oso se puso juguetón; dejó caer la cabeza y empezó a producir sonidos repulsivos. El Taller del West Village había operado maravillas con Susie: antes era

un oso inteligente, pero ahora era un oso del que más valía cuidarse.

—Ese oso está tan cachondo que hasta sería capaz de darse el lote conmigo —dijo Ruthie.

—¡Eh, tú! —me llamó Chipper.

Mantenía la ilusión de que yo era el único que estaba cuerdo; constituía su última esperanza. Le teníamos exactamente donde Lilly quería cuando Escorbuto, la doncella, llamó a la puerta. Dejé a un lado la barra, como si no pesara nada. Tiré de la puerta con tanta fuerza que Escorbuto se precipitó en el salón con mayor confusión y desorden que Chipper Dove. Susie el oso gruñó —no le gustaban los movimientos bruscos— y la aterrada doncella me clavó la mirada.

—¡Dice NO MOLESTAR, estúpida! —le grité.

La incorporé y le arranqué la parte superior de su uniforme de doncella. Al instante empezó a gritar como una histérica. La puse patas arriba y la sacudí. Frank aullaba de deleite.

—¡Medias negras, medias negras! —gritaba Frank sin dejar de rebotar sobre la cama.

—Estás despedida —dije a la gimoteante doncella—. No debes entrar cuando ves un cartel en el que se lee NO MOLESTAR. Si no eres capaz de aprender esto, bruta, quedas despedida.

Cabeza abajo, se la pasé a Ruthie. Susie me había dicho que ambas habían estado practicando el numerito. Era una especie de danza apache. Una especie de danza en la que una mujer viola a otra mujer. Ruthie empezó a manosear a Escorbuto allí mismo, delante de Chipper Dove.

—¡No me importa que ustedes sean los dueños del hotel! —sollozaba Escorbuto—. Son unos asquerosos y jamás volveré a limpiar lo que hace ese oso. ¡*Nunca, nunca!* —gimoteó.

De inmediato representó unas sorprendentes convulsiones debajo de Ruthie: se atragantó, escupió, farfulló. Ruthie la dejó encogida y gimiendo... experimentando de vez en cuando un espantoso espasmo. Ruthie se encogió de hombros y me dijo:

—Tienes que conseguir un equipo de doncellas más fuerte que esta basura blanca. Cada vez que el oso viola a alguien, no saben qué hacer. No saben cómo afrontar la situación.

Cuando miré a Chipper Dove vi —¡por fin!— que su mirada acerada le había abandonado. Tenía la vista fija en el oso, cada vez más sensible a los toqueteos de Franny. Ruthie se acercó al oso y le quitó el bozal: Susie nos dedicó una sonrisa dentada. Era más oso que cualquier oso; con esta representación del guión de Lilly, Susie habría convencido a cualquier oso de que era un congénere. Un oso en celo.

Yo ni siquiera sé si los osos se ponen en celo, pero «no importa», como diría Frank.

Todo lo que importaba era que lo creyera Chipper Dove. Ruthie empezó a rascar a Susie detrás de las orejas, con gran cautela.

—¿Lo ves? ¿Ves a ése... ése que está allí? —le dijo Ruthie dulcemente.

Susie el oso empezó a arrastrar los pies, tambaleándose hacia Chipper.

—Eh, oye... —empezó a decir Dove.

—Será mejor que no te muevas —le recomendé—. A los osos no les gustan los movimientos bruscos.

Se quedó petrificado. Susie empezó a olfatearle, tomándose todo el tiempo del mundo. Frank se tumbó en la cama, rendido.

—Te daré un consejo —le dijo a Chipper desde el dormitorio—. Tú me hiciste conocer los charcos barrocos, gracias a lo cual te daré un consejo con respecto a los osos.

—Eh, por favor... —me dijo Chipper en tono quedo.

—Lo principal es *no moverse* —prosiguió Frank—. No te resistas a nada. Los osos no saben apreciar las resistencias de ninguna especie.

—Te conviene seguirle la corriente, hombre —dijo Ruthie con voz aletargada.

Me acerqué a Dove y le desabroché el cinturón; intentó impedírmelo, pero repetí:

—Nada de movimientos bruscos.

Susie el oso hundió el morro en la entrepierna de Dove en cuanto sus pantalones cayeron sobre la alfombra con un sonido sordo.

—Te recomiendo que contengas la respiración —le aconsejó Frank desde el dormitorio.

Ésa era la señal para Lilly. Entró. Dove tuvo que haber creído que ella abrió con su llave la puerta que daba al pasillo.

Todos miramos a la enfermera enana: parecía tener malas pulgas.

—Tuve la sensación de que habías vuelto a las andadas, Franny —dijo Lilly a su paciente.

Franny se acurrucó en el diván, de espaldas a todos.

—Eres su enfermera, no su madre —le espeté a Lilly.

—No es *bueno* para ella... no le sienta bien violar y violar y violar como una lunática a medio mundo —me gritó Lilly—. Cada vez que este maldito oso está en celo, traéis aquí a cualquiera que se os ocurre y le violáis. Insisto en que no es bueno para ella.

—Pero es lo único que le *gusta* —dijo Frank en tono quejica.

—No es *correcto* que le guste —opinó Lilly, como buena y empecinada enfermera que era.

—Bueno, *éste* es especial. ¡Éste la violó a ella! —grité a Lilly.

—¡A mí me obligó a mojar el churro en un charco barroco! —gimió Frank.

—Si podemos violar a éste, nunca más violaremos a nadie —le rogué a Lilly.

—Promesas, sólo promesas —protestó Lilly, y cruzó sus pequeños brazos sobre sus pequeños pechos.

— ¡Lo juramos! —gritó Frank—. Sólo uno más. Sólo *éste*.

—¡Grrr! —roncó Susie.

Creí que Dove se desmayaría. Susie roncó violentamente en su entrepierna. Susie el oso parecía decir que *éste* también le interesaba.

—¡Por favor, por favor! —empezó a gritar Dove. Susie le abrió las piernas y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el pecho de Dove. Le puso una zarpa, una zarpa *real* en las partes pudendas—. ¡Por favor! ¡No, por favor! ¡*Por favor!*

Eso era todo lo que Lilly había escrito. Se suponía que en ese punto interrumpiríamos la función. Nadie debía decir nada más, excepto Lilly, que diría: «No habrá más violaciones, *nunca más...* esto es definitivo». Se suponía que en ese momento yo levantaría a Dove y le arrojaría al pasillo.

Pero Franny se incorporó del diván, nos apartó a todos y se acercó a Dove.

—Basta ya, Susie —dijo; Susie soltó a Dove—. Ponte los pantalones, Chipper —Dove se irguió, pero cayó; se esforzó por levantarse y ponerse los pantalones—. Y la próxima vez que te saques los pantalones por alguien —concluyó Franny—, quiero que pienses en mí.

—Piensa en *todos* nosotros —dijo Frank mientras salía del dormitorio.

—Recuérdanos —le dije.

—Si vuelves a vernos, te aconsejo que cruces a la otra acera —le advirtió Ruthie—. Cualquiera de nosotros podría matarte.

Susie el oso se quitó la cabeza: nunca *necesitaría* volver a usarla. A partir de ese momento, el traje de oso sólo serviría como diversión. Susie miró a Chipper Dove a los ojos. La histérica número uno de primera clase llamada Escorbuto se levantó de la alfombra y también se aproximó a Chipper para observarle. Le miró como si quisiera aprendérselo de memoria; luego se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y desvió la mirada.

—¡No pases de largo ante las ventanas abiertas! —gritó Frank desde el pasillo cuando Dove se marchó apoyándose en la pared.

No pudimos dejar de advertir que se había mojado los pantalones. Se movía como quien busca el lavabo de hombres en un hospital para desorientados, con la débil falta de seguridad de un hombre que no sabe qué experiencia le aguarda en el retrete... incluso como si no estuviera seguro de qué debe hacer al llegar al urinario.

Sin embargo, nos acometió la sensación de decepción que debe quedar documentada en todo estudio objetivo sobre la venganza. A pesar de lo que habíamos hecho, nunca sería tan horrible como lo que él le había hecho a Franny... y si *hubiese sido* igualmente horrible, habría sido demasiado.

Durante el resto de mi vida sentiría que sostenía a Chipper Dove por las axilas... con sus pies a pocos centímetros del pavimento de la Séptima Avenida. En realidad, no había nada que hacer con él, salvo soltarle; nunca habría nada que hacer con él... a los Chipper Dove de este mundo conviene levantarlos y soltarlos, siempre.

Pensaréis que eso fue todo. Lilly se había puesto a prueba con una verdadera

ópera, un auténtico cuento de hadas. Susie el oso había desempeñado su papel, había agotado el papel de oso; guardó el traje sólo por su valor sentimental y para divertir a los niños... y por supuesto para Halloween. Papá tendría un perro guía para Navidad. Sería el primero de sus muchos lazarillos. Y en cuanto tuviese con quien hablar, mi padre lograría dilucidar qué hacer con el resto de su vida.

—Ahora viene el resto de nuestra vida —dijo Franny con una especie de respetuoso afecto—. Por fin llega el resto de nuestra maldita vida.

El día que Chipper Dove abandonó, tambaleante, el Stanhope para volver a su «empresa», parecía que *todos nosotros* seríamos supervivientes... todos los que quedábamos: parecía que lo habíamos logrado. Ahora Franny era libre de vivir su vida, Lilly y Frank ejercían las profesiones que habían elegido... o que los habían elegido a ellos, como suele decirse. Papá sólo necesitaba un poco de tiempo con su aspecto animal... para decidirse. Yo sabía que una licenciatura en literatura americana de una universidad austriaca no me capacitaba para mucho, pero ¿qué *tenía* que hacer, salvo cuidar a mi padre... salvo levantar el peso que pudiera de las espaldas de mi hermano y de mis hermanas siempre que fuera necesario?

Lo que todos habíamos olvidado con las decoraciones navideñas y en nuestro frenesí por afrontar a Chipper Dove, era esa forma que nos acechaba desde el principio. Como en cualquier cuento de hadas, cuando crees que has salido del bosque, descubres que hay más bosque de lo que pensabas; cuando crees que has salido del bosque, resulta que sigues dentro.

¿Cómo pudimos olvidar tan pronto la lección del Rey de los Ratones? ¿Cómo pudimos dejar de lado al perro de nuestra infancia, nuestro querido *Patético*, tan pronto como Susie dobló primorosamente su traje de oso y dijo: «Eso es todo. Ha concluido. Ahora se trata de un nuevo juego».

Hay una canción que cantan los vieneses... una de las llamadas canciones *Heurigen*, que cantan para celebrar el primer vino de la temporada. Típicas de los pueblos que Freud comprendía tan bien, están plagadas de deseos de muerte. Sin duda alguna, el mismísimo Rey de los Ratones la cantó alguna vez.

*Verkauft's mei G'wand, I Fahr in Himmel.*  
(Vende mi ropa vieja, me voy al cielo.)

Cuando Susie el oso se volvió con sus amigas al Village, Frank, Lilly y yo llamamos al servicio de habitaciones y pedimos champán. Mientras paladeábamos la ligerísima dulzura de nuestra venganza con Chipper Dove, a nuestras espaldas apareció nuestra infancia, nítida como un lago. Nos sentíamos libres de todo lo patético. Pero aun entonces, uno de nosotros debió de estar cantando aquella canción. Uno de nosotros tarareaba en secreto la melodía.

¡LA VIDA ES SERIA, PERO EL ARTE ES DIVERSIÓN!

El Rey de los Ratones estaba muerto, aunque no olvidado... para uno de nosotros.

No soy poeta. Ni siquiera he sido el escritor de nuestra familia. Donald Justice llegaría a ser el héroe literario de Lilly: reemplazó incluso ese maravilloso final de *El gran Gatsby* que Lilly nos leía a menudo. Donald Justice ha planteado con gran elocuencia la cuestión que llega al corazón de mi hotelera familia. Dice Donald Justice:

¿Cómo hablar de la fatalidad, y de la nuestra en especial, sino como de algo en común?

Agreguemos, pues, la fatalidad a la lista. Sobre todo en las familias, la fatalidad es «algo en común». *Patético* flota; el amor también, y —a la larga— la fatalidad también flota.

## El síndrome del Rey de los Ratones; el último Hotel New Hampshire

He aquí el epílogo: siempre lo hay. En un mundo donde el amor y lo patético flotan, hay muchos epílogos... y algunos se prolongan y se prolongan. En un mundo donde la fatalidad siempre se introduce por la fuerza, algunos epílogos son breves.

—Un sueño es el cumplimiento *encubierto* de un deseo *reprimido* —nos anunció papá durante la cena de Pascua en el apartamento de Frank en Nueva York, la Pascua de 1965.

—Otra vez estás citando a Freud —le dijo Lilly.

—¿A cuál de ellos? —preguntó Franny, por rutina.

—Sigmund —respondió Frank—. Del capítulo cuarto de *La interpretación de los sueños*.

Yo también tendría que haber reconocido la fuente, porque Frank y yo nos turnábamos para leerle a papá por las noches. Papá nos había pedido que le leyéramos *todo* Freud.

—¿Y qué soñaste, papá? —le interrogó Franny.

—Con el Arbuthnot-by-the-Sea —dijo papá.

La perra guía pasaba todas las comidas con la cabeza apoyada en las rodillas de papá; cada vez que éste buscaba su servilleta, depositaba un bocado en la boca de la perra, que así levantaba la cabeza —momentáneamente—, permitiendo que papá tuviese acceso a la servilleta.

—No tendrías que darle de comer en la mesa —le regañaba Lilly, pero a todos nos gustaba aquella perra.

Era una pastora alemana, con manchones de color dorado-canela bastante subido, que interrumpían el negro de su cuerpo y dominaban el tono de su amable expresión; su cara era especialmente larga y de pómulos altos, de modo que su aspecto no tenía nada que ver con el de un perro labrador. Papá tenía la intención de llamarla Freud, pero consideramos que había entre nosotros suficiente confusión con respecto a cuál Freud nos referíamos cuando hacíamos alguna observación. Convencimos a papá de que un *tercer* Freud nos habría vuelto locos a todos.

Lilly sugirió el nombre de Jung.

—¿Qué? ¡Ese traidor! ¡Ese antisemita! —protestó Frank—. ¿Y quién supo alguna vez de una *hembra* que se llame *Jung*? Eso es algo que sólo podría ocurrírsele al propio Jung —echaba chispas por los ojos.

Entonces Lilly sugirió que la llamáramos Stanhope, en virtud de su cariño por el piso catorce; a papá le encantó la idea de poner a su primer lazarillo el nombre de un hotel, aunque señaló que prefería darle el de uno que le gustara de verdad. Así, todos coincidimos en darle el nombre de Sacher. Al fin y al cabo, Frau Sacher había sido mujer.



La única mala costumbre de *Sacher* era que apoyaba la cabeza en las rodillas de papá cada vez que éste se sentaba a comer; claro que mi padre la estimulaba... de modo que en realidad la mala costumbre era de él. En cualquier otro aspecto, *Sacher* era un lazarillo modelo. No atacaba a otros animales arrastrando a mi padre tras ella, perdido todo control; era muy inteligente en los ascensores; bloqueaba la puerta con su cuerpo para evitar que se cerrara, hasta que mi padre entraba o salía. *Sacher* le ladraba al portero del St. Moritz, pero en general era amable, aunque un poco reservada, con los peatones colegas de papá. Eran los tiempos anteriores a la obligación de limpiar lo que hacía tu perro en la ciudad de Nueva York, de manera que papá se ahorró tan humillante tarea... que por otro lado habría sido casi imposible para él. De hecho, papá temía que aprobaran esa ley años antes que se hablara de ella.

—Si *Sacher* caga en medio de Central Park South, ¿cómo podría *encontrar* su mierda? —decía—. Ya es bastante malo tener que recoger excrementos de perro, pero si no los ves, resulta decididamente arduo. ¡Yo nunca lo haré! —gritaba—. ¡Si algún farisaico ciudadano *intenta* siquiera hablarme de la cuestión, si se le ocurre *insinuar* que soy responsable de las porquerías de mi perro, utilizaré el bate de béisbol!

Pero papá estaba a salvo... por un tiempo. Ya no vivíamos en Nueva York cuando aprobaron la ley. A medida que el tiempo mejoraba, *Sacher* y mi padre salían a pasear sin compañía entre el Stanhope y Central Park South, y mi padre se sentía libre de ser ciego a las cagadas de *Sacher*.

En el apartamento de Frank, la perra dormía en la alfombra que separaba la cama de papá y la mía; a veces me preguntaba, dormido, si oía soñar a *Sacher* o a papá.

—¿Así que soñaste con el Arbuthnot-by-the-Sea? —comentó Franny dirigiéndose a papá—. ¿Cuál es la novedad?

—No, no fue uno de los *viejos* sueños. Quiero decir que no estaba vuestra madre. No éramos otra vez *jóvenes* ni nada de eso.

—¿No aparecía ningún hombre de smoking blanco? —le preguntó Lilly.

—No, no, nada de eso. Yo era viejo. En el sueño era incluso más viejo que ahora —dijo: tenía cuarenta y cinco años—. En el sueño, caminaba por la playa con *Sacher*; estábamos dando un paseo por los alrededores... los alrededores del hotel.

—Los alrededores de las ruinas, querrás decir —le corrigió Franny.

—Bien... —dijo papá en tono malicioso—, por supuesto yo no podía *ver* si el Arbuthnot aún era una ruina, pero tenía la sensación de que estaba restaurado... totalmente acondicionado —dejó caer un poco de comida de su plato sobre las rodillas... en la boca de *Sacher*—. Era un hotel flamante —concluyó con expresión de picardía.

—Apuesto a que tú eras el dueño —le dijo Lilly.

—Dijiste que podía hacer *cualquier cosa*, ¿verdad, Frank? —inquirió papá.

—¿En el sueño eras el dueño del Arbuthnot-by-the-Sea? ¿Y estaba totalmente

restaurado? — le preguntó Frank.

—¿Abierto como de costumbre, papá? —le preguntó Franny.

—Abierto como de costumbre —dijo, y movió la cabeza afirmativamente; *Sacher* también asintió.

—¿Es eso lo que quieres hacer? —le pregunté—. ¿Quieres ser el dueño del Arbuthnot-by-the-Sea?

—Bueno... Por supuesto tendríamos que cambiarle el nombre —sugirió.

—Por supuesto —dijo Franny.

—¡El tercer Hotel New Hampshire! —gritó Frank—. ¡Lilly! ¡Piénsalo! ¡Otra serie de televisión!

—En realidad aún no he empezado a trabajar en la primera —confesó Lilly, preocupada.

Franny se arrodilló junto a papá y le apoyó una mano en la rodilla; *Sacher* empezó a lamer los dedos de Franny.

—¿Quieres intentarlo otra vez? —le preguntó a papá—. ¿Quieres empezar de nuevo? Ya sabes que *no tienes* por qué hacerlo.

—¿Qué otra cosa podría hacer, Franny? —le sonrió—. Es el último... os lo prometo —se dirigió a todos—. Si no puedo transformar el Arbuthnot-by-the-Sea en algo especial, arrojaré la toalla.

Franny miró a Frank y se encogió de hombros; yo hice lo mismo y Lilly puso los ojos en blanco.

—Supongo que será bastante sencillo averiguar quién es el dueño y cuánto cuesta —dijo Frank.

—No quiero verle... si todavía es el propietario —afirmó papá—. No quiero ver a ese cabrón.

Papá siempre nos señalaba las cosas que no quería «ver», y en general nos dominábamos lo suficiente como para no decirle que en realidad él no podía «ver» nada.

Franny dijo que ella tampoco quería ver al hombre del smoking blanco, y Lilly añadió que siempre le veía... en sueños; dijo que estaba harta de verle.

Frank y yo alquilamos un coche y fuimos a Maine; me enseñó a conducir por el camino. Volvimos a ver la ruina que era el Arbuthnot-by-the-Sea. Observamos que las ruinas no cambian mucho: en líneas generales, la capacidad de cambio de una ruina se agota en el considerable proceso de cambio que experimenta para llegar a serlo. En cuanto lo es, una ruina suele conservar su aspecto. Notamos un poco más de vandalismo, pero no debe de ser muy divertido estropear una ruina —supusimos—, de modo que el conjunto tenía casi el mismo aspecto que presentaba en el otoño de 1946, cuando todos fuimos al Arbuthnot-by-the-Sea para ver morir a *Grrr*.

No tuvimos ninguna dificultad para reconocer el muelle donde le habían disparado a *Estado de Maine*, aunque aquel muelle —y los circundantes— habían sido reconstruidos y en el agua se veían muchas embarcaciones nuevas. El

Arbuthnot-by-the-Sea parecía una pequeña ciudad fantasma; pero lo que antaño había sido una pintoresca aldea pesquera y langostera —junto a los terrenos del hotel—, era ahora un pequeño y desaliñado pueblo turístico. Había un puerto deportivo donde se podían alquilar botes y comprar lombrices, además de una playa pública rocosa, al alcance de la vista desde la playa privada que pertenecía al Arbuthnot-by-the-Sea. Puesto que no había quien la vigilara, no podía decirse que la playa «privada» siguiera siéndolo. Cuando Frank y yo visitamos el lugar, vimos a dos familias haciendo una merienda campestre; una de ellas había llegado en bote, pero la otra había llevado su coche hasta la playa. Subieron por el mismo camino «privado» que habíamos recorrido Frank y yo, más allá del desteñido cartel en el que aún se leía: CERRADO DURANTE ESTA TEMPORADA.

Tiempo atrás habían quitado la cadena que antaño bloqueaba aquel camino.

—Costaría una fortuna convertir este lugar en un sitio habitable —comentó Frank.

—Si es que están dispuestos a vender —dije.

—¿Quién podría querer conservarlo? —preguntó.

En la oficina de bienes inmuebles de Bath (Maine), nos enteramos de que el hombre del smoking blanco seguía siendo el propietario del Arbuthnot-by-the-Sea... y de que todavía estaba vivo.

—¿Queréis comprar la propiedad del viejo Arbuthnot? —se asombró el corredor.

Nos encantó saber que existía un «viejo Arbuthnot».

—Yo sólo estoy en contacto con sus abogados —nos informó el corredor—. Durante años han tratado de deshacerse del lugar. El viejo Arbuthnot vive en California, pero tiene abogados en todo el país. El que trata conmigo está casi siempre en Nueva York.

Pensamos que sólo sería cuestión de hacerle saber al abogado neoyorquino que queríamos comprarlo. Sin embargo, una vez en Nueva York, el abogado de Arbuthnot nos informó de que éste quería vernos.

—Tendremos que ir a California —dijo Frank—. El viejo Arbuthnot parece tan senil como uno de los Habsburgo, y no quiere venderlo si no nos conoce personalmente.

—¡Santo cielo! —exclamó Franny—. ¡Es un viaje muy caro sólo para conocer a alguien!

Frank la informó de que Arbuthnot nos pagaría los gastos.

—Lo más probable es que quiera reírse en vuestra cara —nos dijo Franny.

—Lo más probable es que quiera conocer a alguien que está más loco que él —dijo Lilly.

—¡No puedo creer en la buena suerte que tengo! —gritó papá—. ¡Pensar que todavía está disponible!

Frank y yo decidimos no describirle las ruinas... y el desastrado turismo que rodeaba su adorado Arbuthnot-by-the-Sea.

—De cualquier modo, no lo verá —susurró Frank.

Me alegro de que papá no tuviese la posibilidad de ver al viejo Arbuthnot, un residente desahuciado del Beverly Hills Hotel. Cuando llegamos al aeropuerto de Los Ángeles, alquilamos el segundo coche de aquella semana y nos encaminamos al encuentro del caduco Arbuthnot.

En una *suite* con palmar incluido, encontramos al anciano con una enfermera, un abogado (el de California) y lo que resultó ser un caso fatal de enfisema. Estaba sentado en una estrafalaria cama de hospital... y respiraba laboriosamente junto a una hilera de acondicionadores de aire.

—Me gusta Los Ángeles —jadeó Arbuthnot—. Aquí no hay tantos judíos como en Nueva York. O quizá yo me haya vuelto inmune a ellos —agregó.

Salió disparado en ángulo agudo a causa de un acceso de tos que pareció atacarle por sorpresa (y de costado); daba la impresión de que se había atragantado con una pierna de pavo entera y parecía imposible que se recuperara. Parecía que su incurable antisemitismo acabaría con él (tengo la certeza de que esto habría hecho feliz a Freud), pero el ataque le abandonó con la misma prontitud con que apareció. El viejo se tranquilizó. La enfermera le acomodó las almohadas; su abogado colocó unos documentos de aspecto importante sobre su pecho y le entregó una pluma en su temblorosa mano.

—Estoy agonizando —nos dijo Arbuthnot, como si no hubiese sido evidente desde el primer momento.

Llevaba un pijama de seda blanca y parecía centenario; no podía pesar más de veinticinco kilos.

—Dicen que no son judíos —le informó el abogado, señalándonos a Frank y a mí.

—¿Por eso quería conocernos personalmente? —preguntó Frank al anciano—. Podría haberlo averiguado por teléfono.

—Aunque me esté muriendo, no quiero venderles nada a los judíos.

—Mi padre era muy amigo de Freud —dije.

—No del otro Freud —explicó Frank al viejo fósil, que a causa de un ataque de tos ni lo oyó.

—¿Freud? —preguntó Arbuthnot mientras tosía y escupía—. ¡Yo también conocí a un Freud! Era un judío que amaestraba animales. Sin embargo los judíos no son buenos con los animales, y éstos se dan cuenta. Saben percibir cualquier cosa extraña en las personas. El Freud que yo conocí era un domador judío imbécil. Intentó amaestrar un oso, pero el oso se lo comió —bramó encantado... lo que le produjo más tos.

—¿Una especie de oso antisemita? —inquirió Frank.

Arbuthnot rió tanto que creí que la consiguiente tos le mataría.

—Yo intentaba matarle —dijo Frank más tarde.

—Tenéis que estar locos para querer ese lugar —afirmó Arbuthnot—. ¿Acaso no sabéis dónde está Maine? ¡En el quinto infierno! No hay un servicio de trenes

decente, ni un servicio aéreo decente. Un lugar espantoso para ir en coche, tanto desde Nueva York como desde Boston. Para colmo, si uno logra llegar allí, descubre que el agua está helada y que los insectos pueden desangrarte en menos que canta un gallo. Los marinos *de clase* ya no aparecen por allí... me refiero a los que tienen dinero. Si tienes un poco de dinero, en Maine no hay dónde gastarlo. ¡Ni siquiera hay prostitutas!

—Sea como fuere, nos gusta —dijo Frank.

—No son judíos, ¿verdad? —preguntó Arbuthnot a su abogado.

—No.

—Es difícil saberlo con sólo mirarlos —dijo Arbuthnot—. Yo solía detectar a un judío a primera vista —nos explicó—, pero ahora me estoy muriendo.

—Es una pena —dijo Frank.

—A Freud no se lo comió un oso —le aclaré a Arbuthnot.

—Al Freud *que yo* conocí se lo comió un oso—insistió.

—No, el Freud que usted conoció era un héroe —acotó Frank.

—El Freud que yo conocí, no —machacó el viejo Arbuthnot en tono petulante.

La enfermera recogió un escupitajo que le chorreaba por la barbilla y le limpió con la misma indiferencia con que podría haber quitado el polvo a una mesa.

—El Freud que tanto usted como nosotros conocimos, salvó la Ópera Estatal de Viena — declaré.

—¡Viena! —chilló Arbuthnot—. ¡Viena está llena de judíos!

—En Maine hay más que antes —dijo Frank para fastidiarle.

—En Los Ángeles también —agregué.

—De cualquier modo, me estoy muriendo... gracias a Dios —dijo el viejo.

Firmó los documentos que tenía sobre su pecho y su abogado nos los entregó. Así fue como, en 1965, Frank compró el Arbuthnot-by-the-Sea y diez hectáreas de la costa de Maine. «Por una bicoca», decía Franny.

Un lunar de color azul cielo sobresalía en la cara del viejo Arbuthnot y tenía las orejas pintadas con una mezcla de púrpura vivo y violeta de genciana, un anticuado fungicida. Daba la impresión de que un hongo gigantesco consumía a Arbuthnot de dentro hacia fuera.

—Un momento —dijo cuando nos marchábamos... Su pecho emitió un eco acuoso de sus palabras. La enfermera volvió a arreglarle las almohadas, y el abogado cerró la cartera; el frío de la habitación, producido por los ronroneantes acondicionadores de aire, nos recordó a Frank y a mí la tumba (la *Kaisergruft*) de los descorazonados Habsburgo en Viena—. ¿Qué planes tenéis? ¿Qué demonios haréis con semejante lugar?

—Lo convertiremos en un Campo de Instrucción de Comandos Especiales para el Ejército Israelí —respondió Frank.

Vi que el abogado de Arbuthnot esbozaba una sonrisa, el tipo de sonrisa que más tarde nos llevó a Frank y a mí a buscar su nombre en los documentos que nos había

entregado. Se llamaba Irving Rosenman y, pese a que era oriundo de Los Ángeles, Frank y yo estábamos convencidos de su origen judío.

El viejo Arbuthnot no esbozó ninguna sonrisa:

—¿Comandos israelíes?

—*Rata-ta-ta-ta-ta* —dijo Frank, imitando el ruido de una ametralladora.

Creímos que Irving Rosenman se arrojaría contra los acondicionadores de aire para ahogar una carcajada.

—Los osos los cogerán —predijo Arbuthnot en tono extraño—. Al fin, los osos cogerán a *todos* los judíos —el estúpido aborrecimiento reflejado en su rostro era tan vívido como el violeta de genciana de sus orejas.

—Que pase una buena muerte —le deseó Frank.

Arbuthnot empezó a toser otra vez; intentó decir algo más, pero la tos se lo impidió. Hizo señas a la enfermera de que se acercara, y ésta pareció interpretar sus toses sin dificultad: estaba acostumbrada. Nos indicó que saliéramos de la habitación; a continuación salió ella y nos transmitió lo que le había dicho Arbuthnot.

—Nos ha dicho que tendrá la mejor muerte que pueda comprar el dinero —lo cual, agregó la enfermera repitiendo las palabras de Arbuthnot, era más de lo que lograríamos Frank y yo.

A nosotros no se nos ocurrió ningún mensaje para que la enfermera se lo transmitiese. Nos contentamos con que se quedara con la idea de los comandos israelíes en Maine. Nos despedimos de la enfermera y de Irving Rosenman y volvimos en avión a Nueva York, con el tercer Hotel New Hampshire en el bolsillo de Frank.

—Y allí tendrías que dejarlo, Frank, en el bolsillo —le espetó Franny.

—Nunca podrás convertir eso en un hotel —dijo Lilly a papá—. Ya ha pasado su momento.

—Nosotros empezaremos modestamente —le aseguró papá.

El «nosotros» a que se refería éramos él y yo. Le prometí que iría con él a Maine y le ayudaría a ponerlo en marcha.

—Entonces tú estás tan loco como él —me había dicho Franny.

Pero yo tenía una idea que nunca compartiría con papá. Si, como decía Freud, un sueño es el cumplimiento de un deseo, lo mismo se aplica a los chistes (como también dice Freud). Un chiste también es el cumplimiento de un deseo.

Yo tenía que gastarle una broma a papá. Ahora llevo quince años gastándosela. Puesto que papá ya tiene más de sesenta años, me parece justo decir que el chiste «salió bien»: es justo decir que lo he conseguido.

El último Hotel New Hampshire nunca fue —y nunca será— un hotel. Ésta es la broma que le he gastado a papá durante todos estos años. La primera obra de Lilly, *Tratando de crecer*, produjo dinero suficiente para poder restaurar Arbuthnot-by-the-

Sea; cuando hicieron la versión cinematográfica, también podríamos haber recuperado la Gasthaus Freud. Tal vez podríamos habernos permitido incluso el lujo de comprar el *Sacher*; al menos podríamos haber comprado el Stanhope. Yo sabía que no era necesario que el tercer Hotel New Hampshire fuera un *verdadero* hotel.

—Al fin y al cabo, los dos primeros tampoco fueron *verdaderos* hoteles —decía Frank.

La verdad es que papá siempre había sido ciego, o que la ceguera de Freud resultó ser contagiosa.

Hicimos limpiar los escombros de la playa. Remodelamos más o menos «el terreno», lo que quiere decir que volvimos a cortar el césped, e incluso arreglamos una de las pistas de tenis. Muchos años después instalamos una piscina, porque a papá le gustaba nadar y a mí me ponía nervioso que lo hiciera en el mar; siempre tenía miedo de que girara donde no correspondía y se dirigiera a aguas profundas. ¿Y los edificios que habían sido dormitorios del personal... donde en otros tiempos habían residido mamá, papá y Freud? Nos limitamos a eliminarlos; llamamos a los demolidores, que los derribaron y se lo llevaron todo. Hicimos nivelar el terreno y lo pavimentamos. Le dijimos a papá que era un aparcamiento, aunque nunca había muchos coches por allí.

Dedicamos todos nuestros afanes al edificio principal. Pusimos un bar donde antes estaba la recepción; convertimos el vestíbulo en una inmensa sala de juegos. Pensábamos en los dardos y en las mesas de billar del Kaffee Mowatt, de modo que corresponde aclarar —como dice Franny— que convertimos el vestíbulo en una cafetería vienesa. Esa zona daba a lo que había sido el restaurante del hotel y la cocina; eliminamos algunas paredes y convertimos todo el espacio en lo que el arquitecto denominaba «una especie de cocina campestre».

—Una especie enorme —opinó Lilly.

—Una especie extraña —dijo Frank.

La restauración del salón de baile fue idea de Frank.

—Por si damos una gran fiesta —argumentó, aunque nunca daríamos una fiesta tan grande como para que la así llamada cocina campestre no pudiese albergarnos a todos.

Incluso eliminando varios cuartos de baño, aun dedicando la planta alta a almacén y la segunda a biblioteca, podíamos dormir treinta y tantas personas —en completa intimidad— si hubiésemos comprado camas suficientes.

Al principio, papá parecía desconcertado por el silencio.

—¿Dónde están los huéspedes? —preguntaba.

Le extrañaba sobre todo en verano, con las ventanas abiertas, cuando esperaba oír a los niños..., sus voces agudas y ligeras subiendo desde la playa, mezcladas con los gritos de las gaviotas y las golondrinas de mar. Le expliqué a papá que en verano nos iba tan bien que no necesitábamos abrir el hotel en invierno; pero algunos veranos me interrogaba sobre el silencio circundante, orquestado por la constante percusión del

mar.

—Según mis cálculos, no debe de haber por aquí más de dos o tres huéspedes... a no ser que también me esté volviendo sordo —decía papá.

Le explicamos que nuestro hotel tenía tanta clase que no era necesario llenarlo, que cobrábamos tanto por una habitación que no necesitábamos que todas estuviesen ocupadas para que aquello fuese un negocio redondo.

—¿No os parece fantástico? Siempre supe lo que podía ser este lugar —nos recordaba—. Sólo necesitaba la proporción adecuada de categoría y democracia. Siempre supe que podía llegar a ser un hotel *especial*.

Mi familia era un modelo de democracia, por supuesto; primero Lilly ganaba el dinero, luego Frank lo ponía en funcionamiento, así el tercer Hotel New Hampshire tenía montones de huéspedes que no pagaban. Queríamos tener alrededor la mayor cantidad posible de gente, porque su presencia —tanto sus expresiones de alegría como sus altercados— contribuían a que mi padre se hiciera la ilusión de que por fin habíamos logrado un conjunto distinguido. Lilly pasaba allí todo el tiempo que era capaz de soportar. Nunca le gustó trabajar en la biblioteca, aunque le ofrecimos que ocupara todo el segundo piso.

—Hay demasiados libros en la biblioteca —decía.

Sentía, cuando escribía, que la presencia de otros libros empequeñecía sus esfuerzos. Incluso una vez intentó escribir en la sala de baile... aquella espaciosa estancia que esperaba música y pies graciosos. Lilly escribió y escribió allí, pero sus diminutos picoteos en la máquina de escribir nunca llenarían la pista de baile desierta..., aunque lo intentó. ¡Vaya si lo intentó!

Franny se escondía de la curiosidad pública; utilizaba nuestro tercer Hotel New Hampshire como lugar de recogimiento. Franny se hizo famosa... más que Lilly, sospecho. En la versión cinematográfica de *Tratando de crecer*, Franny se representó a sí misma. Al fin de cuentas, es la protagonista del primer Hotel New Hampshire. Sin duda alguna, en la película es la única de todos nosotros que resulta auténtica. Pintaron a Frank como un estereotipado homosexual cimbalista y taxidermista; hicieron «mona» a Lilly, pero su pequeñez nunca fue mona para nosotros. Me temo que sus dimensiones siempre nos parecieron un esfuerzo fallido... sin la menor monería en el proceso ni en el resultado. Exageraron a Egg: Egg el desgarrador... era realmente «mono».

Encontraron a un actor veterano del oeste para encarnar el papel de Iowa Bob (Frank, Franny y yo recordábamos haber visto a aquella calamidad salir disparada de un caballo millones de veces); cuando levantaba pesas parecía que estuviera zampándose un plato lleno de tortillas: era muy poco convincente. Ni que decir tiene que cortaron todos los tacos. Un productor le dijo a Franny que las palabrotas sólo ponían de relieve la pobreza de vocabulario y la falta de imaginación. A Frank, a Lilly, a papá y a mí nos encantaba preguntarle a Franny qué había respondido a eso.

—¡Imbécil carcamal lleno de mierda! —le había dicho al productor—. ¡Métsela



donde le quepa... y también en la oreja!

Sin embargo, a pesar de las limitaciones impuestas a su lenguaje, en *Tratando de crecer*, Franny se encontró a sí misma. Aunque representaron a Junior Jones de tal modo que parecía un tímido bufón que solicitaba una prueba como músico de una banda de *jazz*, aunque los actores que hacían de mamá y de papá eran insípidos y confusos, aunque el que se suponía que era yo..., ¡válgame Dios!, incluso con tantas desventajas, Franny se lució. Cuando filmaron la película, ya tenía más de veinte años, pero era tan hermosa que representaba muy bien los dieciséis.

—Creo que se suponía que el zoquete que eligieron para hacer tu personaje —me dijo Franny— debía rezumar una combinación de dulzura y estupidez absolutamente inerte.

—Bueno, eso es lo que rezumas de vez en cuando —me provocó Frank.

—Como una especie de tía solterona levantadora de pesas —me dijo Lilly—. Así te representaron.

Durante los primeros años que atendí a papá en el tercer Hotel New Hampshire, así me sentía la mayor parte del tiempo: una especie de tía solterona levantadora de pesas.

Con un título de licenciado en literatura norteamericana por una universidad de Viena, podría haberme convertido en algo peor que el cuidador de las ilusiones de mi padre.

—Necesitas una hermosa mujer —me decía Franny desde larga distancia..., desde Nueva York, desde Los Ángeles, desde la perspectiva de su creciente estrellato.

Frank discutía con ella, insinuando que quizá lo que yo necesitaba era un hermoso hombre. Pero yo era cauto. Me sentía feliz edificando la fantasía de mi padre. Según la tradición establecida por la condenada Fehlgeburt, disfrutaba leyéndole a papá por las noches; leerle a alguien en voz alta es uno de los placeres de este mundo. Hasta logré interesar a papá por la halterofilia: no es necesario ver las pesas para levantarlas. Ahora, papá y yo pasamos un rato maravilloso en la sala de baile todas las mañanas. Tenemos esteras desparramadas por todas partes y un banco adecuado para los correspondientes levantamientos. Tenemos barras de todo tipo para cada ocasión... y el espléndido panorama del océano Atlántico. Aunque papá no puede verlo, se anima con la sensación de la brisa marina sobre su cuerpo mientras levanta pesas. Como ya he dicho, desde que aplasté a Arbeiter no me entrego como antes al levantamiento, y papá se ha vuelto lo bastante experto como para darse cuenta; me reprende un poco por ello, pero yo gozo con sólo un poco de entrenamiento liviano en su compañía. Ahora dejo que él haga el trabajo pesado.

—Sé que todavía estás en forma, pero no a la misma altura del verano del sesenta y cuatro — me aguijonea.

—No se puede tener veintidós años toda la vida —le recuerdo.

Seguimos practicando un rato. En esas mañanas, cuando la bruma de Maine aún no se ha extinguido y la humedad del mar se instala entre nosotros, imagino que

empiezo de nuevo todo el viaje... y llego a creer que estoy echado en la alfombra que tanto le gustaba al viejo *Patético*, y que a mi lado está Iowa Bob dándome instrucciones, en lugar de ser yo quien da instrucciones a mi padre.

Rondaría los cuarenta antes de intentar vivir con una mujer.

El día que cumplí los treinta, Lilly me envió un poema de Donald Justice. Le gustaba el final y le parecía que se aplicaba a mí. En ese momento estaba malhumorado, y envié a Lilly una nota en la que decía: «¿Quién es ese Donald Justice y cómo es posible que todo lo que dice se aplique a *nosotros?*». Pero es un final hermoso para cualquier poema, y la verdad es que así me sentía a los treinta años.

Hoy, a los treinta, vi  
los árboles fulgarar levemente  
como las velas de un pastel  
mientras el sol descendía en el firmamento,  
un destello momentáneo;  
pero hubo tiempo para un deseo  
antes que se extinguiera la luz,  
si hubiese sabido qué desear,  
como alguna vez debí saberlo  
inclinado sobre el limpio mantel  
iluminado por las velas,  
para apagarlas de un solo soplo.

Y cuando Frank llegó a los cuarenta, le envié un saludo de cumpleaños al que adjunté el poema «Los hombres a los cuarenta», de Donald Justice.

Los hombres a los cuarenta  
aprenden a cerrar con suavidad  
las puertas de las habitaciones  
a las que nunca volverán.

Frank me envió una esquela en la que me hacía saber que había dejado de leer el maldito poema en ese punto. «¡Cierra tus propias puertas!», me escribió Frank. «Pronto tendrás cuarenta años. En lo que a mí respecta, doy un portazo y vuelvo a las habitaciones cada vez que me viene en gana.»

¡Bravo, Frank!, pensé. Siempre pasaba de largo ante las ventanas abiertas sin el menor asomo de temor. Eso es lo que hacen todos los grandes agentes: que el consejo más increíble e ilógico parezca razonable, que sigas adelante sin miedo, y de ese

modo lo logras, consigues más o menos lo que quieres, o al menos consigues algo; al menos no terminas con las manos vacías cuando sigues adelante sin temor, cuando te sumerges en la oscuridad como si estuvieses ejecutando el consejo más acertado del mundo. ¿Quién habría pensado que Frank se volvería tan encantador? (Era un chico inaguantable.) Y no le reprocho que presionara a Lilly.

—Fue Lilly quien empujó demasiado a Lilly —decía siempre Franny.

Cuando a los malditos críticos les gustó *Tratando de crecer...*, cuando se mostraron condescendientes a través de sus formas superiores de alabanza, diciendo que, *a pesar de* ser quien era, o sea, *la* Lilly Berry de aquella famosa familia salvadora de la ópera, en realidad «no era mala escritora», en realidad era muy «prometedora»..., cuando parloteaban y parloteaban acerca de la *frescura* de su voz, todo lo que significó para Lilly fue que debía seguir adelante, que tenía que ponerse seria.

Sin embargo, nuestra pequeña Lilly escribió su primera obra casi por accidente; ese libro sólo fue un eufemismo de tratar de crecer, aunque hizo que creyera que era una escritora cuando quizá sólo era una lectora sensible y amorosa, una amante de la literatura que creía que quería escribir. Opino que fue la escritura lo que mató a Lilly, porque la escritura es capaz de matar. La quemó; Lilly no era lo bastante grande para asumir la autocrítica, para aceptar el desgaste constante... de sí misma. Después que la versión cinematográfica de *Tratando de crecer* hiciera famosa a Franny, y de que la serie televisiva de *El primer Hotel New Hampshire* convirtiera a Lilly Berry en un nombre conocido, supongo que Lilly «sólo quería escribir», como siempre dicen los escritores. Supongo que sólo quería ser libre de escribir *su* obra ahora. El problema fue que su segunda obra no resultó un buen libro. Se titulaba *La noche de la mente*, título inspirado en un verso que robó a su gurú, Donald Justice.

Ahora llega la noche de la mente.

Aquí están las luciérnagas, retorciéndose en la sangre;

y así sucesivamente. Habría sido más prudente que hubiese tomado el título y escrito su libro a partir de otro verso de Donald Justice:

El tiempo curva un arco con su certero fracaso.

Podría haber puesto al libro el título de *Certero fracaso*, porque eso es lo que resultó. Era más de lo que Lilly podía abarcar: la superó. Se refería a la muerte de los sueños, a las dificultades con que mueren. Era un libro valiente, en el sentido de que se apartaba de cualquier cosa directamente relacionada con la pequeña autobiografía de Lilly, aunque hacia un país demasiado extranjero para que ella pudiese aprehenderlo; escribió un libro *confuso*, que reflejaba lo extraño que era para ella el

lenguaje que sólo estaba visitando. Cuando uno escribe confusamente, siempre es vulnerable. Se sintió herida cuando los críticos —cuando los malditos críticos, con sus pesadas y laboriosas ingeniosidades— cayeron sobre ella.

Según Frank, que en general acertaba con respecto a Lilly, padeció la vergüenza de escribir un mal libro que fue adoptado como *heroico* por un grupo bastante influyente de malos lectores. Cierta tipo analfabeto de estudiante universitario se sintió *atraído* por la vaguedad de *La noche de la mente*; este tipo de estudiante universitario experimentó un enorme alivio al descubrir que la oscuridad absoluta no sólo era publicable, sino también que, aparentemente, se identificaba con la seriedad. Lo que más les gustó de la obra a algunos de ellos, señaló Frank, fue que Lilly la odiaba casi en su totalidad: sus exámenes de conciencia que no conducían a nada, su falta de argumento, sus personajes que se desdibujaban y perdían carácter, su ausencia de trama. De alguna manera, entre determinada población universitaria, el hecho de que el fracaso sea evidente confirma que lo que cualquier tonto conoce como defecto puede arreglarse, por medio del arte, para que parezca una virtud.

—¿De dónde demonios sacaron esos universitarios semejante idea? —se quejaba Franny.

—No todos piensan lo mismo —observaba Frank.

—Creen que lo que es forzado, prolijo y *difícil* con *D* mayúscula es mejor que lo sencillo, fluido y comprensible —gritó Franny—. ¿Qué mierda le sucede a esa gente?

—Sólo algunos son así, Franny —insistió Frank.

—¿Sólo los que han hecho un culto del fracaso de Lilly?

—Sólo los que escuchan a sus maestros —respondió Frank con suficiencia..., feliz con una de sus humoradas antitodo—. ¿Dónde crees que *aprenden* a pensar así los estudiantes universitarios, Franny? Lo aprenden de sus maestros.

—¡Santo cielo! —solía concluir Franny.

No solicitó un papel en *La noche de la mente*; de todos modos no había forma de hacer una película de ese libro. Franny se convirtió en estrella con mucha más facilidad que Lilly en escritora.

—Ser estrella resulta fácil —decía Franny—. No hay que hacer nada, salvo ser una misma y confiar en caerle bien a la gente; una se limita a confiar en que accederán *al yo interior*. Basta con relajarse y abrigar la esperanza de que aparezca el yo interior.

Supongo que, en un escritor, el *yo interior* necesita más nutrición para surgir. Siempre quise escribirle una carta a Donald Justice sobre esta cuestión, pero creo que haberlo visto —una sola vez y de lejos— es suficiente. Si lo mejor y más claro de él no apareciese en sus poemas, no sería un buen escritor. Y dado que algo bueno y sólido de él surge en sus poemas, es probable que conocerle resultara decepcionante. No quiero decir que sea un pobre hombre; probablemente es un hombre estupendo. Pero no puede ser tan preciso como sus poemas; sus poemas resultan tan impresionantes, que personalmente sería un chasco. En el caso de Lilly lo fue su obra,

sin duda alguna..., y ella lo sabía. Sabía que su obra no era tan encantadora como ella, y Lilly habría preferido que las cosas fueran a la inversa.

Lo que salvó a Franny no fue únicamente el hecho de que ser estrella es más fácil que ser escritora. Lo que además salvó a Franny fue que no necesitaba estar sola para ser una estrella. Y lo que sabe Donald Justice es que hay que ser escritor a solas, tanto si uno *vive* como si no.

No me reconocerías.

El mío es el rostro que florece  
en los húmedos espejos de los lavabos  
cuando buscas a tientas la llave de la luz.

Mis ojos tienen la expresión  
de las estatuas, con sus gélidos ojos,  
que ven cómo retornan sus palomas  
de las migas que tus manos les dan.

—¡Santo cielo! —dijo Franny—. ¿Quién querría conocerle?

Pero era un encanto conocer a Lilly..., excepto, quizá, para sí misma. Lilly quería que sus palabras fueran encantadoras, pero sus palabras la defraudaron.

Es extraño que alguna vez Franny y yo hayamos pensado en Frank como en el Rey de los Ratones; le habíamos interpretado mal. Desde el principio le subestimamos. Era un héroe, pero llegaría el momento en que firmaría todos nuestros talones y nos diría cuánto podíamos gastar en tal y cual cosa, para que le reconociéramos como el héroe que siempre había sido.

Nuestro Rey de los Ratones era Lilly.

—¡Tendríamos que haberlo sabido! —gemía y gemía Franny—. ¡Era demasiado pequeña!

Así, ahora se nos fue Lilly. Era lo patético que nunca entendimos del todo; nunca supimos verla a través de sus disfraces. Tal vez, Lilly nunca creció lo suficiente como para que la viéramos.

Dio a luz una obra maestra a la que nunca atribuyó el mérito que merecía. Escribió el guión para la película con Chipper Dove en el papel de protagonista; fue autora y directora de aquella ópera en la gran tradición de *Schlagobers* y sangre. Supo exactamente hasta dónde llegar con esa historia. Fue *La noche de la mente* la que no estuvo a la altura de sus expectativas, y las dificultades tratando de empezar de nuevo..., tratando de escribir el libro que se habría titulado, ambiciosamente, *Todo después de la niñez*. Éste ni siquiera es un verso de Donald Justice; fue idea de Lilly, pero tampoco pudo estar a la altura de las circunstancias.

Cuando Franny bebe de más, se enfurece por el poder que tenía Donald Justice sobre Lilly; a veces Franny se emborracha lo suficiente como para responsabilizar al

pobre Donald Justice de lo que le ocurrió a Lilly. Pero Frank y yo somos siempre los primeros en asegurarle a Franny que lo que mató a Lilly fue la *calidad*; fue el final de *El gran Gatsby* —que no era el suyo—, un final que no estaba a su alcance. Una vez Lilly había dicho:

—¡Maldito sea ese Donald Justice! ¡Ha escrito todo lo bueno!

Quizás escribió la última línea que leyó mi hermana Lilly. Frank encontró su ejemplar de *Luz nocturna*, de Donald Justice, abierto en la página veinte —la página muchas veces marcada—, y la primera línea de la parte superior estaba varias veces señalada..., una con lápiz labial, otra con varios tonos distintos de tinta de diversos bolígrafos, e incluso una con un modesto lápiz.

No creo que los finales puedan ser acertados.

Ése debió de ser el verso que llevó a Lilly al desenlace.

Era una noche de febrero. Franny estaba en la Costa Oeste: no podría haberla salvado. Papá y yo vivíamos en Maine, y Lilly sabía que nos acostábamos temprano. Entonces papá iba por su tercer perro lazarillo. *Sacher* había muerto, víctima del exceso de comida. La perrita rubia de ladrido descarado y chillón, la que fue atropellada por un coche —su vicio consistía en perseguir coches, afortunadamente *no* cuando papá iba con ella—, también había desaparecido. Papá la llamaba *Schlagobers*, porque tenía el temperamento de la nata montada. El tercero era un pedorrero, pero sólo en este sentido tenía un desagradable parecido con *Patético*; era otro pastor alemán, esta vez un macho, y papá insistió en llamarlo *Fred*. Ése era el nombre del hombre para todo del tercer Hotel New Hampshire, un langostero jubilado, un sordo que se llamaba Fred. Cada vez que papá llamaba a cualquier perro —cuando llamaba a *Sacher*, cuando llamaba a *Schlagobers*—, Fred gritaba «¿Qué?» desde cualquier lugar del hotel donde estuviera trabajando. Aquello irritaba tanto a papá (y tácitamente los dos recordábamos a Egg) que siempre amenazaba con llamar *Fred* al siguiente perro.

—Ya que ese imbécil de Fred contestará cada vez que llame al perro, cualquiera que sea el nombre de éste... —gritaba papá— ¡Santo cielo, si siempre vamos a estar oyéndole decir *qué*, lo mejor será gritar su nombre!

De modo que el lazarillo número tres se llamó *Fred*. Su única mala costumbre consistía en querer cargarse a la hija de la mujer de la limpieza cada vez que se apartaba de su madre. *Fred* sujetaba a la niña contra el suelo y empezaba a fastidiarla, hasta que chillaba:

—¡No, *Fred*!

—¡Basta, *Fred*! —gritaba la mujer de la limpieza, y golpeaba a *Fred* con la fregona o con la escoba, o con lo primero que encontraba a mano.

Papá oía el estrépito, comprendía lo que ocurría y gritaba:

—¡Maldito seas, *Fred*, cachondo hijo de perra! ¡Ven aquí, *Fred*!

Y el factótum sordo, el langostero jubilado, nuestro *otro* Fred, gritaba:

—¿Qué? ¿Qué?

Y yo tenía que encontrarle (Papá siempre se negaba a hacerlo) y decirle:

—¡TÚ NO, FRED! ¡NO ES A TI, FRED!

—¡Ah! —decía él, y volvía a su trabajo—. Creí que alguien me llamaba.

Es decir, que habría sido inútil que Lilly nos telefonara a Maine. No habríamos podido hacer mucho más por ella que gritar ¡Fred! unas cuantas veces.

Lo que sí intentó Lilly fue llamar a Frank. Él no estaba lejos de ella; podría haberla ayudado. Ahora le decimos que podría haberla ayudado *aquella* vez, pero sabíamos que, a la larga, el destino aciago flota. La atendió el contestador automático de Frank, que había reemplazado su servicio viviente por uno de esos artefactos mecánicos, en el que había grabado su exasperante mensaje:

¡HOLA! SOY FRANK... PERO EN REALIDAD NO ESTOY AQUÍ (JA, JA). EN REALIDAD, ESTOY FUERA. ¿QUIERES DEJARME ALGO DICHO? ESPERA LA SEÑAL Y EXPRESA TUS SENTIMIENTOS.

Franny dejó varios mensajes que enfurecieron a Frank.

—¡Vete a tomar por el culo con una rosquilla, Frank! —gritaba Franny al repulsivo aparato—. Me cuesta *dinero* cada vez que este asqueroso artefacto me contesta... ¡Estoy en *Los Ángeles*, imbécil, cabrón, mierdecilla! —luego producía todo tipo de sonidos ventosos y de besos líquidos.

Frank me llamaba, asqueado como de costumbre.

—Francamente, no entiendo a Franny —me decía—. ¡Me deja mensajes repugnantes en el magnetófono! Yo sé que ella cree que es divertida, ¿pero acaso ignora que ya hemos oído suficientes vulgaridades en sus labios? A su edad, no resulta muy apropiado..., si es que alguna vez lo fue. Tú has pulido tu vocabulario, te ruego que hagas un esfuerzo por limpiar el suyo.

Y así sucesivamente.

El mensaje de Lilly debió de asustar a Frank. Probablemente no llegó mucho después de la llamada de ella; puso el magnetófono en marcha y escuchó los mensajes mientras se lavaba los dientes, preparándose para acostarse.

En su mayoría eran asuntos comerciales. El tenista a quien representa se había metido en dificultades con el anuncio de un desodorante. Un guionista había llamado para informarle de que un director le estaba «manipulando», y Frank tomó nota mentalmente... en el sentido de que ese escritor necesitaba mucha «manipulación». Una famosa coreógrafa se había atascado en su autobiografía; le confió a Frank que estaba bloqueada en la infancia. Mi hermano siguió lavándose los dientes. Se enjuagó la boca, apagó la luz del cuarto de baño y entonces oyó la voz de Lilly.

—Hola, soy yo —dijo Lilly, como disculpándose... ante el aparato.

Frank, sonriendo, preparó la cama; siempre metía el maniquí dentro antes de acostarse. Hubo una larga pausa, y pensó que el magnetófono se había estropeado, lo que ocurría con frecuencia. Pero entonces Lilly agregó:

—Sólo soy yo.

Algo en la fatiga de su voz hizo que Frank mirara la hora y que prestara atención con cierta ansiedad. Frank recuerda que en la pausa que siguió susurró su nombre.

—Adelante, Lilly —susurró.

Lilly cantó su pequeña canción, apenas el fragmento de una canción; era una de las canciones *Heurigen...*, una canción triste y tonta, una canción del Rey de los Ratonés. Frank la conocía de memoria, por supuesto.

*Verkauft's mei G'wand, I Fahr in Himmel.*  
(Vende mi ropa vieja, me voy al cielo.)

—¡Cristo, Lilly! —susurró Frank al magnetófono y empezó a vestirse a toda prisa.

—*Auf Wiedersehen*, Frank —dijo Lilly cuando concluyó su pequeña canción.

Frank no le devolvió el saludo. Bajó corriendo hasta Columbus Circle y cogió un taxi. Aunque Frank no era un corredor, estoy seguro de que logró una buena marca; yo no lo habría hecho mejor. Aunque hubiese estado en casa cuando Lilly llamó, le digo siempre, cualquiera tardaría más en cubrir veinte manzanas y un zoológico que en caer desde una altura de catorce pisos... la distancia que media entre la ventana de la *suite* en esquina del piso catorce del Stanhope y la calzada de la Ochenta y uno con la Quinta Avenida. El trayecto de Lilly era más corto que el de Frank... y de cualquier modo habría llegado a su destino antes que él. No podría haber hecho nada. Aun así, no dijo (ni siquiera pensó) «*Auf Wiedersehen*, Lilly» hasta que le mostraron su pequeño cadáver. Lilly dejó una nota mejor que la de Fehlgeburt. Lilly no estaba loca. Dejó una nota suicida seria.

Lo siento, no he dado la talla.

Lo que más recuerdo son sus manecitas: la forma en que saltaban sobre su regazo cada vez que decía algo serio... y Lilly siempre era seria.

—No había suficiente risa en ella, hombre —dijo Junior Jones.

Las manos de Lilly no se contenían; danzaban ante cualquier cosa que ella creía oír... tal vez se trataba de la misma música que ponía ritmo al bate de béisbol de Freud, de la misma canción que papá oye ahora cuando balancea graciosamente el bastón entre sus pies. Mi padre, el caminante ciego: camina por todas partes, recorre los alrededores del Hotel New Hampshire durante horas enteras todos los días, en invierno y en verano. Primero le guió *Sacher*, después *Schlagobers*, y más adelante



*Fred*; cuando *Fred* adquirió la costumbre de matar mofetas, tuvimos que deshacernos de él.

—Me gusta *Fred* —dijo papá—, pero entre los pedos y las mofetas, espantará a los huéspedes.

—*Los huéspedes* no se quejan —respondí.

—Porque son educados. Demuestran que tienen clase; pero en verdad es repugnante, una verdadera imposición, y si alguna vez se le ocurre atacar a una mofeta estando yo *con él*... te aseguro que lo mataré con el bate de béisbol.

Buscamos una buena familia que quisiera un perro guardián; no eran ciegos, pero no les importó que *Fred* se tirara pedos y apestara como una mofeta.

Ahora, papá hace sus caminatas con Lazarillo Número Cuatro. Nos hartamos de ponerles nombres y, al morir Lilly, papá perdió un poco más de su alegría.

—Ya no estoy para ponerle nombre a otro perro —dijo—. ¿Quieres ocuparte tú de éste?

Pero yo tampoco estaba para bautizar a un perro. En ese momento, Franny rodaba una película en Francia, y a Frank —que fue el más afectado cuando Lilly nos abandonó— le irritaba la sola idea de los perros. Había algo demasiado patético en su mente y no estaba de humor para buscarle un nombre al perro.

—Santo cielo —dijo Frank—. ¿Por qué no le llamáis Número Cuatro?

Mi padre se encogió de hombros y quedó decidido un simple *Cuatro*. Ahora, al atardecer, cuando papá busca a su compañero de andanzas, le oigo gritar el número cuatro.

—*¡Cuatro!* —ruge—. ¡Maldito seas, *Cuatro!*

El viejo Fred, el hombre para todo, todavía grita:

—¿Qué?

Papá sigue con su «*¡Cuatro! ¡Cuatro! ¡Cuatro!*». Como si recordara un juego infantil: aquel en que se arroja la pelota y se grita el número de alguien que tiene que tratar de cogerla antes que toque el suelo.

—*¡Cuatro!* —oigo que grita papá, e imagino a una criatura que corre con los brazos extendidos en busca de la pelota.

Algunas veces, la criatura es Lilly, y otras Egg.

Cuando, por fin, papá encuentra a *Cuatro*, miro por la ventana mientras éste le conduce cuidadosamente hasta los muelles; bajo la luz decreciente es posible confundir a mi padre y su lazarrillo con un hombre mucho más joven... acompañado de un oso, quizá; tal vez están pescando abadejos en el embarcadero.

—No es divertido pescar si no ves salir el pez del agua —me ha dicho papá.

Por eso papá se limita a quedarse sentado en el muelle, con *Cuatro*, dándole la bienvenida a la noche, hasta que los feroces mosquitos de Maine le obligan a retornar al Hotel New Hampshire.

Incluso hay un cartel: HOTEL NEW HAMPSHIRE. Papá insistió en ello, y aunque no puede verlo —y no se daría cuenta si yo fingiera que hay un cartel—, es una

concesión que le hago, encantado, aunque a veces resulta una molestia. En ocasiones, los turistas se pierden y nos encuentran; ven el cartel y creen que están en un hotel. Le he explicado a papá un sistema muy complicado, que podemos permitirnos gracias a nuestro «éxito» en *este* negocio hotelero. Cuando los turistas perdidos nos encuentran y nos piden habitaciones, les preguntamos si han hecho la correspondiente reserva.

Responden que no, por supuesto, pero invariablemente miran a su alrededor, contemplan el silencio, la paz que hemos logrado en el tercer Hotel New Hampshire... y dicen:

—Sin duda quedan habitaciones libres...

—No hay plaza —respondemos siempre—. Si no hay reserva, no hay plaza.

A veces papá discute conmigo esta cuestión.

—Estoy seguro de que tenemos plaza para ellos. Parecen buena gente. Hay uno o dos niños, los oigo pelear, y la madre da la impresión de estar cansada... con toda probabilidad han hecho un viaje muy largo.

—Las normas son normas, papá —le digo—. ¿Qué pensarían de nosotros los demás huéspedes si fuéramos tan liberales en esta cuestión?

—Es demasiado elitista —murmura, perplejo—. Quiero decir que siempre *supe* que éste era un lugar muy especial, pero nunca soñé que... —por lo general interrumpe la oración en este punto, sonrío y agrega—: ¡A tu madre le habría encantado todo esto! —mueve el bate de béisbol, mostrándole el conjunto a mamá.

Sin el menor tono de reserva en la voz, respondo:

—Estoy seguro, papá.

—Aunque no todo, al menos esta parte —concluye mi padre en tono reflexivo—. Al menos el final.

El final de Lilly, a pesar de los seguidores de su culto, fue tan sereno como deseábamos. Lamento no haber tenido el coraje de pedirle una elegía a Donald Justice, pero fue, dentro de lo posible, un funeral familiar. Junior Jones estaba sentado junto a Franny, y no pude dejar de advertir con cuánta perfección se entrelazaban sus manos. A veces es necesario un funeral para hacerte ver quién ha madurado. Observé que Junior había sumado algunas arrugas bondadosas alrededor de sus ojos; ahora era un abogado muy tesonero... apenas habíamos sabido de él cuando estudiaba en la facultad de derecho; desapareció en ésta casi tan completamente como en otros tiempos había desaparecido bajo un montón de Browns de Cleveland. Sospecho que la facultad de derecho y el fútbol son experiencias igualmente miopes. Jugar al fútbol, decía siempre Junior, le había preparado para la facultad de derecho: trabajo duro, pero aburrido, aburrido, aburrido.

Ahora Junior dirigía el Brazo Negro de la Ley, y yo sabía que Franny se alojaba con él cuando estaba en Nueva York.

Los dos eran estrellas, y quizá por fin se encontraban cómodos entre sí, pensé. Sin embargo, en el funeral de Lilly, todo lo que pude pensar fue cuánto le habría gustado a ella verlos juntos.

Papá, sentado al lado de Susie el oso, tenía el bate de béisbol y lo balanceaba suavemente. Cuando echó a andar —del brazo de Susie, del brazo del ex oso lazarillo de Freud—, empuñaba el bate con gran dignidad, como si fuese un resistente bastón.

Susie estaba destrozada, pero se dominó durante el funeral... supongo que por papá. Adoraba a mi padre desde aquel milagroso balanceo del bate..., el fabuloso e instintivo oscilar que había abatido para siempre a Ernst el pornógrafo. En la época del suicidio de Lilly, Susie el oso estaba cerca. Había abandonado la Costa Este por la del Oeste, pero luego había vuelto aquí. Durante un tiempo dirigió una comuna en Vermont.

—Hasta hacer que se viniera abajo —nos contó riendo.

Fundó un servicio de asesoramiento familiar en Boston, que se transformó en un hospital de día (porque éstos eran muy necesarios), el cual, a su vez, se transformó en un centro para crisis por violación (en cuanto hubo hospitales de día por todas partes). El centro para crisis por violación no fue bien recibido en Boston, y Susie reconoce que no toda la hostilidad era externa. Por todas partes había amantes de la violación y enemigos de las mujeres, por supuesto, y una serie de gente estúpida dispuesta a suponer que las mujeres que trabajaban en un centro para crisis por violación *tenían* que ser lo que Susie llamaba «tipas duras y feministas resentidas». Los bostonianos le hicieron pasar un mal rato a Susie y a su primer centro para crisis por violación. Aparentemente, como forma de salirse con la suya, llegaron a violar a una de las empleadas del centro. Sin embargo, hasta Susie lo reconoce, algunas de las mujeres del personal *eran*, en aquellos primeros tiempos, «tipas duras y feministas resentidas» que odiaban de verdad a los hombres, de modo que *algunos* de los problemas del centro fueron internos. Algunas de esas mujeres eran, sencillamente, filósofas antisistema —aunque sin el sentido del humor de Frank—; y si el personal encargado de hacer cumplir las leyes fue antagonista de las mujeres que pedían justicia contra las violaciones —para variar—, las mujeres eran antagonistas de la ley, en general, y de hecho nadie pensaba en el bien de la víctima.

El centro para crisis por violación que creó Susie en Boston se disolvió cuando una de las enemigas de los hombres castró a un supuesto violador en un apartamento de Back Bay. Susie tuvo que volver a Nueva York... y al asesoramiento familiar. Se especializó en niños maltratados —en «afrontar», como decía ella, tanto a los niños como a quienes los maltrataban—, pero estaba hastiada de la gran urbe (alegaba que no era divertido vivir en Greenwich Village si no eras un oso) y se convenció de que tenía un futuro en las crisis por violaciones.

Conociendo su papel en el Stanhope, en 1964, no pude menos que estar de acuerdo con ella; Franny siempre decía que había sido una actuación mejor que cualquiera de las suyas... y Franny es muy buena actriz. La forma en que se dominó

durante su pequeño papel para afrontar a Chipper Dove debió de proporcionarle la confianza necesaria. De hecho, en todas sus películas, Franny revive aquella frase: «Mira quién está aquí». Siempre encuentra la forma de encajarla. No usa su verdadero nombre, por supuesto. Las estrellas de cine casi nunca lo hacen. Y Franny Berry no es precisamente un nombre que llame la atención de la gente.

Su nombre hollywoodense es conocido. Ésta es la historia de nuestra familia, y sería incorrecto por mi parte utilizar el nombre artístico de Franny... pero sé que la conocéis. Franny es la que siempre deseasteis, la mejor aunque haga el papel de una indeseable; siempre es el verdadero personaje, incluso cuando muere, incluso cuando muere por hacer el amor... o peor aún, por hacer la guerra. Es la más hermosa y la más inaccesible, pero también la más vulnerable... y la más dura. (Es la razón por la que vas al cine, o por la que te quedas en el cine.) Otros sueñan con ella ahora..., ahora que me ha liberado de soñar con ella de manera tan devastadora. Ahora puedo vivir con lo que yo sueño sobre Franny, pero debe de haber entre su público quienes no viven tan bien con lo que sueñan acerca de ella.

Se adaptó a la fama con gran facilidad. Lilly jamás podría haber alcanzado semejante adaptación; pero a Franny le resultó fácil... porque siempre fue la estrella de nuestra familia. Estaba acostumbrada a ser la principal atracción, el centro de la atención de todos... aquella a la que se espera, aquella a la que se escucha. Había nacido para el papel de protagonista.

—Y yo nací para ser un miserable *agente* —dijo Frank en tono desdichado, después del funeral de Lilly—. Hasta he hecho de agente de esto —se refería a la muerte de Lilly—. ¡No estaba a la altura de toda la mierda que la obligué a hacer! —se echó a llorar; intentamos animarle, pero prosiguió—: ¡Yo soy siempre el maldito *agente*! Yo creé todo esto... ése soy yo. ¡Basta fijarse en *Patético*! ¿Quién lo disecó? ¿Quién inició toda la historia? —no podía dejar de llorar—. ¡Yo soy el maldito agente! —balbuceó.

Pero papá se acercó a él con el bate de béisbol a modo de antena y le dijo:

—Frank, Frank, hijo mío, *tú no eres* el agente de las dificultades de Lilly. ¿Quién es el soñador de la familia, Frank? —todos miramos a papá—. Yo... yo soy el soñador. Y Lilly soñó más de lo que podía, Frank. *Heredó* los malditos sueños... de mí —concluyó papá.

—Pero yo era su agente —insistió Frank, estúpidamente.

—Sí, pero eso no importa, Frank —intervino Franny—. Quiero decir que lo que realmente importa es que seas *mi* agente..., de verdad que te necesito. Pero *nadie* podía ser el agente de Lilly.

—No tiene importancia, Frank —le dije... porque eso era lo que él siempre me decía a mí—. No tenía importancia quién era su agente.

—¡Pero era yo! —exclamó en tono de empecinada indignación.

—¡Caray, Frank! —reaccionó Franny—. ¡Es más fácil hablar con tu contestador automático!

Por fin, estas palabras permitieron que Frank se recuperara y volviera a ser él mismo.

Durante un tiempo tuvimos que soportar el muro de las lamentaciones de sus devotos admiradores: el culto al suicidio de Lilly. Fueron sus admiradores quienes consideraron que el suicidio de Lilly fue su declaración definitiva, la prueba de su seriedad. Esto es paradójico en el caso de Lilly, pues Frank, Franny y yo sabíamos que su suicidio —desde la perspectiva de ella misma— fue el reconocimiento último de que no era lo bastante seria. Pero esa gente insistía en quererla por lo que ella menos quería de sí misma.

Un grupo de admiradores del suicidio de Lilly llegó incluso a escribirle a Franny para solicitarle que viajara por los campus universitarios de todo el país haciendo lecturas de la obra de Lilly... en el papel de Lilly. Apelaron a Franny la actriz: querían que interpretara el papel de Lilly.

Entonces recordamos el único papel de Lilly como escritora invitada y su relato de la única reunión del Departamento de Literatura a la que asistió. Durante la reunión, el comité informó de que sólo quedaba dinero suficiente para dos visitas de poetas relativamente conocidos, o una sola visita de un escritor o poeta famoso; *también* podían dedicar *todo* el dinero restante a la considerable suma exigida por una mujer que recorría los campus «haciendo de» Virginia Woolf. Aunque Lilly era la única persona de ese departamento que daba clases con algunas obras de Virginia Woolf, descubrió que fue quien más se resistió a los deseos del departamento de invitar a la intérprete de la escritora.

—Creo que Virginia Woolf habría preferido que el dinero fuese a manos de un escritor vivo —dijo Lilly—. De un *verdadero* escritor —agregó.

Pero el departamento insistió en ofrecer todo el dinero a la mujer que «hacía de» Virginia Woolf.

—Bien —dijo por último Lilly—. Daré mi acuerdo, mas sólo si esa mujer lo hace *todo*. Si va hasta el final.

Se produjo un silencio en la reunión del Departamento de Literatura, hasta que alguien le preguntó si hablaba en serio... si podía tener tan «mal gusto» como para sugerir que esa mujer fuera al campus a suicidarse. Y mi hermana Lilly respondió:

—Vuestra actitud es lo que mi hermano Frank calificaría de repugnante. Me refiero al hecho de que, como profesores de literatura, gastéis dinero en una actriz que imita a una escritora muerta cuya obra no enseñáis, en lugar de gastarlo en un escritor vivo cuya obra probablemente no habéis leído. Sobre todo si consideramos que la mujer cuya obra no se enseña y cuya persona se imita, estaba prácticamente *obsesionada* por la diferencia entre grandeza y pose. ¿Y vosotros queréis pagarle a alguien para que pose en su lugar? Tendríais que avergonzaros. Adelante, invítad a esa mujer. Yo le daré las piedras que ha de ponerse en los bolsillos y la conduciré al

río.

Esto es lo que Franny narró al grupo que quería que hiciera de Lilly en los campus.

—Tendríais que avergonzaros —les dijo—. Además, soy demasiado alta para hacer el papel de Lilly. Mi hermana era *muy baja*.

Los admiradores del suicidio interpretaron esto como insensibilidad por parte de Franny... y por asociación, en diversos aspectos de las crónicas, nuestra familia fue calificada de indiferente a la muerte de Lilly (por nuestra falta de disposición a participar en ese tipo de *poses* de Lilly). Frustrado, Frank se ofreció para hacer de Lilly en una lectura pública de obras de poetas y escritores suicidas. Naturalmente, ninguno de los escritores o poetas leerían su propia obra; varios lectores contratados, simpatizantes de la obra de los difuntos —o peor aún, simpatizantes de su «estilo de vida», que casi siempre significaba «estilo de muerte»—, leerían la obra de los suicidas como si fuesen ellos mismos redivivos. Franny tampoco quiso saber nada de esto, pero Frank se ofreció como voluntario. Le rechazaron.

—Por «falta de sinceridad». Supusieron que no era sincero. ¡Vaya si lo era! —gritó Frank—. ¡Sólo estaban en condiciones de aceptar una sobredosis de sinceridad!

¡Y Junior Jones se casó con Franny... por fin!

—Éste es un cuento de hadas —me dijo Franny desde larga distancia—, pero Junior y yo hemos decidido que, si no seguimos conservándolo, no nos quedará nada que valga la pena conservar.

Franny rozaba los cuarenta en ese momento. El Brazo Negro de la Ley y Hollywood al menos tenían en común *Schlagobers* y sangre. Supongo que Franny y Junior Jones impresionarían a la gente —con su vida en Nueva York y en Los Ángeles— como «atractivos»; pero a menudo pienso que la así llamada «gente atractiva» sólo es gente muy ocupada. Junior y Franny estaban consumidos por su trabajo y sucumbieron a la comodidad de poder caer exhaustos el uno en brazos del otro.

Me sentí realmente feliz por ellos y sólo lamenté que anunciaran que no tendrían tiempo para tener hijos.

—No quiero hijos si no puedo ocuparme de ellos —afirmó Franny.

—Ídem, hombre —dijo Junior Jones.

Una noche, Susie el oso me dijo que ella tampoco quería hijos, pues los niños que pudiese dar a luz serían feos, y ella no traería al mundo un niño feo... bajo ninguna circunstancia. Me aseguró que ésa era la vida más cruel que uno podía brindarle a un niño: la discriminación que sufre la gente que no es bien parecida.

—Pero tú no eres fea, Susie —le dije—. Cuesta un poco acostumbrarse a ti, pero, si quieres saber mi opinión, te diré que te considero muy atractiva —era verdad: consideraba una heroína a Susie.

—Entonces estás enfermo. Tengo facciones enjutas, como si las hubieran grabado con un cincel, y un cutis desastroso. Además, mi cuerpo parece una bolsa de papel. Una bolsa de papel llena de harina de avena —dijo Susie.

—A mí me pareces hermosa —le dije sinceramente; Franny me había demostrado lo encantadora que era Susie el oso, y yo había oído la canción que le había enseñado a cantar a Franny; soñaba algunas cosas interesantes en las que Susie me enseñaba a cantar una canción semejante—. Creo que eres muy hermosa —repetí.

—Entonces tu *cerebro* es como una bolsa de papel llena de harina de avena —respondió—. Si de verdad crees que soy hermosa, eres un enfermo.

Una noche en que no había huéspedes en el Hotel New Hampshire, oí un peculiar rumor deslizante; papá caminaba tanto de noche como de día... porque para él siempre era de noche, por supuesto. Por otra parte, siempre que papá salía, arrastraba el bate de béisbol tras él o lo utilizaba para tantear delante, y a medida que envejecía su andar era más semejante al de Freud, como si hubiese desarrollado una cojera psicológica... una forma de afinidad con el viejo intérprete de los sueños. Además, siempre que papá salía, Lazarillo Número Cuatro iba con él. Éramos bastante negligentes en cuanto a cortarle las uñas, de modo que entre los dos producían bastante estrépito.

El viejo Fred, el hombre para todo, tenía una habitación en el tercer piso y dormía como un tronco; dormía tan profundamente como las encañizadas abandonadas, estropeadas por las focas y ahora hundidas en los bajíos embarrados, ahora enjuagadas por la marea. El viejo Fred dormía desde la caída del sol hasta el alba; como era sordo, decía, no le gustaba estar despierto por la noche. Sobre todo en verano, las noches de Maine vibran de ruido... al menos si se las compara con los días de Maine.

—Todo lo contrario de Nueva York —solía decir Frank—. En Central Park South sólo hay silencio a las tres de la madrugada. Pero en Maine, el único momento en que se oye algo es a las tres de la madrugada. La maldita naturaleza cobra vida.

Noté que eran aproximadamente las tres de la madrugada... una noche estival, un hervidero de insectos; las aves marinas estaban bastante tranquilas, pero el mar bramaba inquieto. Entonces oí ese peculiar rumor deslizante. Al principio me resultó difícil determinar si entraba a través de mi ventana —abierta de par en par, aunque protegida por una tela metálica— o si provenía de la puerta que daba al pasillo. La puerta de mi habitación también estaba abierta, y las del Hotel New Hampshire que daban al exterior nunca se cerraban: había demasiadas.

Un mapache, pensé.

Pero entonces algo mucho más pesado que un mapache arrastró los pies por el suelo desnudo del descansillo de la escalera y se encaminó a pasos quedos por el pasillo alfombrado, hacia mi puerta; percibí *el peso* de lo que avanzaba: hacía suspirar las tablas del suelo. Hasta el mar pareció sosegarse, hasta el mar pareció prestar atención. Era el tipo de rumor que se oye por la noche y que hace que la

marea se detenga, que los pájaros (que nunca vuelan de noche) floten hacia lo alto y queden suspendidos como si estuvieran pintados en el firmamento.

—¿Cuatro? —susurré, pensando que el perro podía estar merodeando, pero lo que estaba en el pasillo era demasiado vacilante para ser Lazarillo Número Cuatro. *Cuatro* conocía el pasillo y no se habría detenido ante cada puerta.

Lamenté no tener el bate de béisbol de papá, pero cuando el oso se asomó a mi puerta me di cuenta de que en todo el Hotel New Hampshire no había un arma lo bastante potente para protegerme de *aquel* intruso. Me quedé inmóvil, fingiendo que dormía... con los ojos abiertos. Bajo la suave luz mate y borrosa previa al amanecer, el oso parecía enorme. Recorrió la habitación con la mirada y la fijó en la cama, como una vieja enfermera que hace su recorrido en un hospital; traté de contener la respiración, pero el oso sabía que yo estaba allí. Olisqueó con empeño y luego entró graciosamente en mi habitación, sobre sus cuatro patas. Pensé: ¿y por qué no? Un oso dio comienzo al cuento de hadas de mi vida; está bien que un oso le ponga fin. El oso hundió su tibio rostro cerca del mío y me husmeó; en una resuelta inspiración pareció analizar la historia de mi vida... y en un ademán parecido a la conmiseración apoyó su pesada zarpa en mi cadera. Era una noche de verano bastante calurosa —tratándose de Maine—, y yo estaba desnudo, apenas cubierto por una sábana. El aliento del oso era caliente y un poco picante —tal vez acababa de comer arándanos silvestres—, pero sorprendentemente agradable, aunque no del todo fresco. Cuando el oso quitó la sábana y me contempló, sentí la punta de iceberg del miedo que debió de experimentar Chipper Dove cuando creyó que un oso *en celo* le deseaba. Pero este oso resopló con muy poco respeto ante lo que vio.

—¡Grrr! —dijo el oso.

Me empujó con cierta brusquedad; hizo lugar para su cuerpo a mi lado y se metió en la cama. Sólo cuando me abrazó e identifiqué el componente más distintivo de su extraño y penetrante aroma, sospeché que no se trataba de un oso corriente. Mezclado con el placer de su aliento frutal y la acritud verde mostaza del sudor veraniego, detecté un olor evidente a bolas de naftalina.

—¿Susie?

—Creí que nunca lo adivinarías.

—¡Susie! —grité, me volví hacia ella y le devolví el abrazo: nunca me había alegrado tanto de verla.

—Baja la voz —me ordenó Susie—. No despiertes a tu padre. Me he arrastrado por todo este maldito hotel para encontrarte. Primero encontré a tu padre y a alguien que decía «¿qué?» en sueños; luego tropecé con un perro idiota que ni siquiera se dio cuenta de que yo era un oso... ¡el muy imbécil meneó la cola y volvió a dormirse! ¡Vaya perro guardián! Y el tonto de Frank me indicó el camino... no creo que deba confiarse en él para orientar a alguien que quiera llegar a Maine y mucho menos a esta minúscula porción del maldito estado. ¡Cristo! Sólo quería verte antes que hubiera luz, quería llegar a ti mientras reinara la oscuridad; salí de Nueva York ayer a



mediodía y ahora está amaneciendo. Para colmo, estoy agotada —se echó a llorar—. Estoy sudando como un cerdo con este maldito traje, pero huelo tan mal y estoy tan horrible que no me atrevo a quitármelo.

—Quítatelo, hueles muy bien.

—Sí, claro... —ironizó, sin dejar de llorar.

Pero la convencí de que se quitara la cabeza de oso. Se ensució de lágrimas con las zarpas, pero yo las aparté a un lado y la besé en la boca. Creo que había acertado en lo tocante a los arándanos silvestres; así sabe Susie para mí: a arándanos silvestres.

—Sabes muy bien —le dije.

—Sí, claro... —refunfuñó.

Pero me dejó que la ayudara a quitarse el resto del traje. El interior parecía una sauna. Me di cuenta de que Susie tenía la estructura de un oso y que estaba tan resbaladiza por el sudor como un oso recién salido de un lago. Comprendí cuánto la admiraba: por su condición osuna, por su complejo coraje.

—Me gustas mucho, Susie.

Cerré la puerta y volví a meterme en la cama con ella.

—Date prisa, que pronto habrá luz y entonces verás lo fea que soy —dijo.

—Ahora te veo y opino que eres encantadora.

—Te costará mucho convencerme —dijo Susie el oso.

Hace varios años que estoy tratando de convencer a Susie el oso de que es encantadora. Es lo que pienso, por supuesto, y espero que dentro de unos años Susie esté de acuerdo conmigo. Los osos son criaturas tozudas pero sanas; una vez que te ganas su confianza, nunca huirán de ti.

Al principio, Susie estaba tan obsesionada por su fealdad que tomaba todas las precauciones concebibles para evitar un posible embarazo, convencida de que lo peor que podía hacer era traer a una pobre criatura a este mundo cruel para que sufriera el trato que por lo general se da a los feos. Cuando empecé a dormir con ella, tomaba la píldora y también usaba diafragma; aplicaba tanta jalea espermicida al diafragma que yo tenía que dominar la sensación de que estábamos unidos en un acto de matanza excesiva... del esperma. Con el propósito de aliviar esta peculiar angustia, Susie insistió en que yo usara un profiláctico.

—Ése es el problema de los hombres —solía decir Susie—. Tenéis que armaros tan pesadamente antes de atreveros a usarlos que a veces perdéis de vista el objetivo.

Pero, en los últimos tiempos, Susie se ha calmado. Parece darse cuenta de que *un* método de control de la natalidad es suficiente. No puedo dejar de abrigar la esperanza de que, si ocurre un accidente, lo acepte con valentía. Por supuesto, no la presionaré para que tenga un hijo si no lo desea; quienes obligan a tener hijos a la gente que no los desea, son ogros.

—Aunque no fuese muy fea —protesta Susie—, soy demasiado vieja. Quiero decir que, después de los cuarenta, una puede tener todo tipo de complicaciones. Podría no sólo tener un hijo feo, sino también un no-bebé... podría dar a luz una

especie de plátano. Después de los cuarenta es bastante arriesgado.

—Pamplinas, Susie —le digo—. Te pondremos en forma... un poco de trabajo liviano con las pesas y correr un poco. Eres joven de alma. El *oso que hay en ti* todavía es un *cachorro*.

—Convénceme —me dice, y comprendo lo que quiere decir.

Ése es nuestro eufemismo... cada vez que queremos hacer el amor. De repente me dice:

—Necesito que me convenzas.

O yo le digo a ella:

—Susie, creo que necesitas un poco de convicción.

Otras veces me dice «¡Grrr!» y sé exactamente cuáles son sus intenciones.

Cuando nos casamos, eso fue lo que contestó cuando llegó el momento de decir: «sí, quiero».

—¡Grrr!—dijo Susie.

—¿Qué? —preguntó el pastor.

—¡Grrr! —dijo Susie mientras movía afirmativamente la cabeza.

—Sí, *quiere* —le dije al pastor—. Eso significa que quiere.

Sospecho que ni Susie ni yo nos sobrepondremos nunca a Franny, pero tenemos en común nuestro amor por ella, y eso es mucho más de lo que suelen tener en común la mayoría de las parejas. Y si Susie fue en otros tiempos los ojos de Freud, ahora yo veo por mi padre, de modo que también tenemos en común la visión de Freud.

—Tu matrimonio se ha hecho en el cielo, hombre —me dijo Junior Jones.

La mañana siguiente a la noche que hice por primera vez el amor con Susie el oso, llegué algo tarde a reunirme con mi padre en la sala de baile, para nuestra sesión de levantamiento de pesas. Él ya estaba entrenándose cuando entré, tambaleante.

—Cuatrocientas sesenta y cuatro —le dije, porque ése era nuestro saludo tradicional: en memoria del viejo granuja Schnitzler, papá y yo pensamos que era una forma muy divertida de saludo entre dos hombres que vivían sin mujeres.

—¡Cuatrocientas sesenta y cuatro, un huevo! —gruñó papá—. ¡Cuatrocientas sesenta y cuatro... infiernos! Te estuve oyendo la mitad de la noche. Santo cielo, es posible que sea ciego, pero oigo muy bien. Según mis cálculos, han sido aproximadamente cuatrocientas cincuenta y ocho. Ya no te quedan cuatrocientas sesenta y cuatro..., ya no. ¿Quién diablos es ella? ¡Nunca imaginé que existiera semejante *animal*!

Sin embargo, cuando le conté que había estado con Susie el oso y que esperaba que se quedara a vivir con nosotros, papá se mostró encantado.

—¡Eso es lo que nos faltaba! —gritó—. Me parece perfecto. No se puede pedir nada mejor para un hotel. ¡Opino que has manejado con brillantez este negocio, pero necesitamos un oso! ¡Todo el mundo necesita un oso! Y ahora que lo tienes, eres libre, John. Ahora, por fin has escrito el final feliz.

No tanto, pensé. Pero teniendo en cuenta todo lo demás —lo patético, la fatalidad,

el amor—, creo que las cosas podrían ser mucho peores.

¿Qué falta, entonces? Sólo un niño, creo. Falta un niño. He deseado un hijo y todavía lo deseo. Pensando en Egg, pensando en Lilly, todo lo que ahora añoro son los niños. Aún puedo convencer a Susie, por supuesto, pero Franny y Junior me darán mi primer hijo. Ni siquiera Susie tiene miedo de ese hijo.

—Será una belleza —dice—. Un niño hecho por Franny y por Junior no puede fallar.

—¿Pero cómo podríamos fallar *nosotros*? —le pregunto—. Créeme que, en cuanto lo tengas, será hermoso.

—Piensa en el *color* —dice Susie—. Dado que lo han hecho Junior y Franny, ¿no te parece que tendrá un color absolutamente espléndido?

Sé, como me ha dicho Junior Jones, que el bebé que esperan puede tener *cualquier* color. «El espectro va del café a la leche», le gusta decir a Junior.

—Un bebé de *cualquier* color será un bebé de un color absolutamente espléndido —le digo a Susie—. Y tú lo sabes.

Pero Susie necesita mayor convencimiento. Creo que, cuando *vea* al bebé de Junior y Franny, deseará tener uno. Eso es lo que espero... porque tengo casi cuarenta años y Susie ya ha cruzado el puente, y si hemos de tener un hijo, no deberíamos esperar mucho más. Sospecho que el bebé de Franny resolverá la cuestión; hasta papá coincide..., hasta Frank.

¿Y no es muy propio de Franny ser tan generosa como para ofrecerse a tener un hijo para mí? Quiero decir que desde aquel día que en Viena nos prometió que se ocuparía de todos nosotros, que sería nuestra madre, a partir de ese día, Franny se mantuvo en sus trece... la heroína que hay en ella sigue funcionando, la heroína que hay en Franny es capaz de levantar todo un salón de baile lleno de barras de pesas.

Fue el invierno pasado, después de la gran nevada, cuando Franny me telefoneó para decirme que tendría un hijo... para mí. Entonces mi hermana tenía cuarenta años; me dijo que tener un hijo significaba cerrar la puerta de una habitación a la que no volvería. Cuando llamó era tan temprano que Susie y yo creímos que sonaba el teléfono rojo del centro para crisis por violación. Susie saltó de la cama pensando que tenía otra crisis entre manos, pero resultó que sonaba el otro teléfono y era Franny... desde la Costa Oeste. Ella y Junior se habían quedado levantados hasta muy tarde celebrando una fiesta para dos; todavía no se habían acostado, dijeron... y nos hicieron observar que aún era de noche en California. Parecían un poco achispados y decían tonterías: Susie se enfadó con ellos; les dijo que a nadie, salvo a la víctima de una violación, se le ocurriría llamar a semejante hora y me pasó el teléfono.

Tuve que darle a Franny el habitual informe sobre la marcha del centro para crisis por violación. Franny había donado bastante dinero al centro y Junior nos había ayudado a conseguir un buen asesoramiento legal en nuestra zona de Maine. Sólo el

año pasado, el centro de Susie proporcionó consejo médico, psicológico y legal a noventa y una víctimas de violaciones o de abusos afines a la violación. Como dice Franny, no está mal para Maine.

—En Nueva York y Los Ángeles —informa Junior Jones—, hay alrededor de noventa y una *mil* víctimas anuales. De *todo* —agrega.

Susie no tardó mucho en convencerse de que todas esas habitaciones vacías del Hotel New Hampshire podían usarse para algo. Tenemos instalaciones más que adecuadas para un centro de crisis por violación, y Susie ha capacitado a varias mujeres de la facultad de Brunswick, de modo que siempre tenemos aquí a alguna de ellas para atender al teléfono rojo. Susie me ha dicho que nunca debo atender ese teléfono.

—Lo último que quiere oír la víctima de una violación, cuando llama para pedir ayuda, es la voz de un hombre —me ha dicho Susie.

Por supuesto, ha resultado un poco complicado para papá, que no puede ver cuál es el teléfono que suena. Por lo tanto, cuando el timbrazo le coge con la guardia baja, aunque suene a su lado, ha adquirido la costumbre de gritar:

—¡Teléfono!

Sorprendentemente, aunque papá todavía cree que el Hotel New Hampshire es un hotel, no se desenvuelve nada mal como asesor en casos de violación. Él sabe que las crisis son la ocupación de Susie... pero ignora que es nuestra *única* ocupación; a veces inicia una conversación con una víctima que pasa unos días con nosotros en el Hotel New Hampshire —para recuperarse— y la confunde con lo que él cree que es uno de los «huéspedes».

Alguna vez tropieza con la víctima, que se está serenando en uno de los muelles; mi padre golpeteará su bastón y *Cuatro* meneará la cola para hacerle saber que hay alguien allí. Entonces papá empezará a charlar.

—Hola, ¿quién eres? —pregunta.

Quizá la víctima de la violación responde:

—Yo, Sylvia.

—¡Ah, sí, Sylvia! —dice papá como si la conociera de toda la vida—. ¿Te gusta el hotel, Sylvia?

La pobre Sylvia pensará que ésa es la forma amable e indirecta que emplea mi padre para referirse al centro —«el hotel»— y seguirá conversando con él.

—Para mí ha significado mucho —dirá ella—. De verdad necesitaba hablar, pero no quería sentirme obligada a hacerlo hasta estar preparada. Lo hermoso de este lugar es que nadie te presiona, nadie te dice lo que tienes que sentir o hacer, pero te ayudan a alcanzar esos sentimientos con más facilidad que si tuvieras que hacerlo por tu cuenta. No sé si entiendes lo que quiero decir —dirá Sylvia.

—Por supuesto que entiendo lo que quieres decir, querida —responderá papá—. Hace años que estamos en esto y ésa es precisamente la misión de un buen hotel: proporcionarte el espacio y la atmósfera que *necesitas*. Un buen hotel convierte el

espacio y la atmósfera en algo generoso, en algo comprensivo... un buen hotel hace esos gestos similares a tocarte o a decirte una palabra amable justo cuando la necesitas... y *sólo* cuando la necesitas. Un buen hotel estará presente —dirá mi padre mientras dirige con su bate de béisbol la letra y la música de su canción—, pero nunca tendrás la sensación de que se te echa encima.

—Sí, supongo que es eso —dirá Sylvia, o Betsy, o Patricia, Columbine, Sally, Alice, Constance o Hope—. De alguna manera extrae todo de mi interior, pero no por la fuerza.

—Nunca por la fuerza, querida mía —coincidirá mi padre—. Un buen hotel no debe obligar a nada. A mí me gusta decir que operamos en un espacio *simpático* (mi padre nunca reconocerá su deuda con Schraubenschlüssel y su bomba simpática).

—Aquí todos son amables —dirá Sylvia.

—¡Eso es lo que me gusta de un buen hotel! —se exaltará papá—. Todo el mundo es delicado. En un *gran* hotel —le dirá a Sylvia o a quien quiera escucharle— tienes derecho a *esperar* esa delicadeza. Llegas a nosotros, disculpa que te lo diga, como alguien que ha sido mutilado, y nosotros te hacemos de médicos y de enfermeras.

—Sí, es cierto —dirá Sylvia.

—Si llegas a un gran hotel dividida en *partes* —proseguirá mi padre—, al marcharte serás otra vez un ser íntegro. Nosotros nos limitamos a reunir tus partes, algo que se logra de manera casi mística... a esto me refiero cuando digo espacio simpático, porque no se puede *obligar* a nadie a recomponerse; cada uno tiene que crecer a su manera. Nosotros proporcionamos el espacio —dirá papá, bendiciendo a la víctima con el bate, como si de una varita mágica se tratara—, el espacio y la *luz* —dirá mi padre como si fuera un santo que bendice a otro.

Y así debe tratarse a la víctima de una violación, asegura Susie; son santas y hay que tratarlas de la misma forma que un hotel trata a sus huéspedes. Todo huésped de un gran hotel es un huésped de honor, y toda víctima de una violación, en el Hotel New Hampshire, es un huésped de honor... y una santa.

—De hecho, es un buen nombre para un centro de crisis por violación —dice Susie—. Hotel New Hampshire... tiene cierta clase.

—Si alguna está realmente jodida, la envío al muelle a ver al ciego y a Lazarillo Número Cuatro —me ha confiado Susie—. Lo que él les dice funciona. Al menos, hasta ahora ninguna ha dado el salto.

—Pasa de largo ante las ventanas abiertas, querida mía —dirá mi padre, prácticamente a cualquiera—. Eso es lo más importante.

Sin duda es Lilly quien presta tanta autoridad al consejo de mi padre. Siempre nos aconsejó bien a sus hijos..., incluso cuando no sabía qué era lo que andaba mal.

—Quizá *sobre todo* cuando no sabe nada —dice Frank—. Quiero decir que *todavía* ignora que soy marica y sin embargo siempre me da buenos consejos.

¡Qué don!

—Está bien, está bien —me dijo Franny por teléfono el invierno pasado, después de la gran nevada—. No te he llamado para enterarme de los pormenores de todas las violaciones de Maine..., por lo menos *esta vez*, pequeño. ¿Aún quieres tener un bebé?

—Por supuesto. Todos los días intento convencer a Susie.

—¿No te gustaría uno mío?

—Pero *tú* no quieres tener un hijo, Franny —le recordé—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Junior y yo hemos tenido un desliz. En lugar de apelar al método en boga, pensamos que conocemos a los padres perfectos para un bebé.

—Sobre todo en estos tiempos... Maine puede ser el último refugio, muchacho —me dijo Junior desde el otro teléfono.

—Todos los niños deberían criarse en un hotel extraño, ¿no te parece? —preguntó Franny.

—Lo que yo pensé es que todo niño debería contar al menos con un progenitor que no haga nada. No quiero insultarte, pero tú eres un tipo perfecto de *cuidador*, muchacho —me dijo Junior—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Quiere decir que tú cuidas a todo el mundo —intervino Franny dulcemente—. Quiere decir que ése parece ser tu papel. Eres un padre perfecto.

—O una madre —agregó Junior.

—Y en cuanto Susie tenga un bebé a su alrededor, quizá vea la luz —conjeturó Franny.

—Tal vez adquiriera la valentía suficiente para decidirse —insinuó Junior Jones.

Franny rió: evidentemente hacía tiempo que venían cocinando esta llamada.

—¡Eh! —gritó Franny—: ¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿Estás ahí? ¡Hola, hola!

—¿Te has desmayado? —inquirió Junior.

—¿Te tiene cogido un oso por los cojones? —me preguntó Franny—. Te estoy preguntando si quieres mi bebé.

—Una pregunta nada frívola, muchacho —aportó Junior.

—¿Sí o no, pequeño? Ya sabes que te adoro —agregó Franny—. No tendría un hijo para *cualquiera* —yo era tan feliz que no podía pronunciar palabra—. ¡Te estoy ofreciendo nueve meses de mi vida! ¡Te estoy ofreciendo nueve meses de mi hermoso *cuerpo*, pequeño! —bromeó—. ¿Lo tomas o lo dejas?

—¡Muchacho! —exclamó Junior—. Tu hermana, cuyo cuerpo es deseado por millones, se ofrece a cambiar su silueta por ti. Está dispuesta a parecer una maldita botella de coca-cola sólo por darte un hijo. No sé cómo voy a soportarlo, pero tú no ignoras que los dos te queremos. ¿Qué dices? ¿Lo tomas o lo dejas?

—¡Te *amo*! —añadió Franny con ferocidad—. Estoy tratando de darte lo que necesitas, John.

Susie el oso me quitó el teléfono de la mano.

—¡Válgame Dios! —dijo a Franny y a Junior—. ¡Nos despertáis a una hora que me hace suponer que se trata de otra violación, hacéis que se ponga rojo como un

tomate y le dejáis mudo! ¿Qué demonios ocurre esta mañana?

—Si Junior y yo tenemos un hijo, ¿tú y John os ocuparéis de él? —le preguntó Franny.

—Puedes apostar tu trasero, encanto —dijo mi buena Susie el oso.

Así quedó decidida la cuestión. Todavía estamos esperando. Es muy propio de Franny tardar más tiempo que cualquiera.

—Este bebé será tan grande que necesita un poco más de tiempo que los demás en el hornillo —dice Junior.

Y debe de ser así, porque ya hace casi diez meses que Franny lleva en su seno a mi bebé.

—Tu hermana está tan corpulenta que podría jugar para los Brown —se queja Junior.

Yo la llamo todas las noches para que me informe de los progresos.

—¡Santo cielo! —me dice Franny—. Me paso el día entero echada en la cama, presta a *estallar*. ¡Estoy tan aburrída! ¡Las cosas que sufro por ti, mi amor! —me dice, y compartimos una risilla de complicidad.

Susie da vueltas cantando *En cualquier momento* y papá levanta pesas con frenesí estos días. Está convencido de que el bebé *nacerá* levantador de pesas y dice que tiene que estar en forma para recibirle como corresponde. Todas las mujeres del centro de crisis por violación se muestran muy pacientes conmigo... por la forma en que me precipito sobre el teléfono cada vez que suena (cualquiera que sea el que suene).

—Es el teléfono rojo —me advierten—. Relájate.

—Probablemente sólo se trata de otra violación, cariño —me tranquiliza Susie—. No es tu bebé. Sosiégate.

No es que esté ansioso por saber si es niño o niña. Por una vez estoy de acuerdo con Frank: no importa. Hoy, con todas las pruebas preventivas que hacen —sobre todo con una mujer de la edad de Franny—, ya conocen el sexo de la criatura; mejor dicho, alguien lo conoce. Franny, no: no quiso saberlo. ¿Quién quiere saber esas cosas con anticipación? ¿Quién ignora que la mitad del placer reside en la maravilla de la esperanza ilusionada?

—Sea lo que fuere, será aburrido —dice Frank.

—¡Aburrido! —se indigna Franny—. ¿Cómo te atreves a decir que mi hijo será aburrido?

Pero Frank se limita a expresar una opinión típicamente neoyorquina sobre el significado de crecer en Maine.

—Si el bebé se cría en Maine, *tendrá* que ser aburrido —insiste.

Sin embargo, le aseguro a Frank, la vida nunca es aburrida en el Hotel New Hampshire. Ni en el despreocupado primer Hotel New Hampshire, ni en la oscuridad del sueño que fue el segundo Hotel New Hampshire, ni en nuestro tercer Hotel New Hampshire..., en *el gran* hotel que por fin hemos construido. Nadie se aburre. Por

último, Frank no tiene más remedio que estar de acuerdo: al fin y al cabo es un huésped asiduo y siempre bien recibido. Asume el poder de la biblioteca del segundo piso de la misma manera que Junior Jones domina las barras del salón de baile cuando nos visita, de la misma manera que la hermosura de Franny embellece todas las habitaciones cuando viene. Franny lo embellece todo: hasta el aire de Maine, hasta las frías aguas del mar. Espero que su hijo tenga una influencia similar.

Para consolarla, traté de leerle por teléfono un poema de Donald Justice, el que se titula «A un hijo de diez meses».

Rezagado: a nadie  
se le ocurriría reprocharte  
tanta vacilación.  
¿Quién no retrocedería  
al extender la mano para llamar  
a una puerta tan extraña como ésta?

—Detente —me interrumpió Franny—. Basta de Donald Justice, por favor. Ya he oído suficientes poemas suyos como para quedar embarazada de ellos, o al menos como para que se me revuelva el estómago.

No obstante, Donald Justice tiene razón, como de costumbre. ¿Quién no vacilaría antes de entrar en este mundo? ¿Quién no aplazaría todo lo posible este cuento de hadas? El hijo de Franny ya demuestra una notable perspicacia, una rara sensibilidad.

Ayer nevó; en Maine aprendemos a tomarnos el clima como una cuestión personal. Susie estaba investigando la supuesta violación de una camarera en Bath y me preocupaba que tuviese que volver conduciendo bajo la tormenta, pero llegó a casa sana y salva antes que oscureciera. La tormenta nos recordó a los dos la gran nevada del invierno pasado, el día que Franny llamó para hablarnos de su regalo.

Papá juega en la nieve como si fuera un niño.

—La nieve es una maravilla para los ciegos —nos dijo ayer.

Entró en la cocina cubierto de nieve; había estado en los ventisqueros, rodando con Lazarillo Número Cuatro... Los dos volvieron cubiertos de nieve. La tormenta era atroz; a las tres y media de la tarde tuvimos que encender todas las luces. Alimenté el fuego de dos de las estufas de leña. Un pájaro, deslumbrado por la nieve, se precipitó a través de una ventana en la sala de baile y se rompió el pescuezo. *Cuatro* lo encontró junto a las barras y lo paseó por todo el hotel antes que Susie lograra arrebatárselo. La nieve de las botas de papá se derritió y mojó el suelo de la cocina. Resbaló en un charco y me dio en las costillas con el bate de béisbol... que agita violentamente cada vez que pierde el equilibrio. Tuvimos un altercado por esta cuestión. Al igual que un niño, no se sacude la nieve de las botas antes de entrar.



—¡No la veo! —protesta infantilmente—. ¿Cómo voy a sacudirme la nieve si no la veo?

—Cerrad el pico —nos dijo Susie el oso—. Tendréis que dejar de *gritar* cuando haya un niño en esta casa.

Preparé un poco de pasta con una ingeniosa máquina que Frank trajo de Nueva York: aplasta la masa en láminas y corta la pasta de la forma que deseas. Si vives en Maine, es importante tener este tipo de juguetes. Susie cocinó una salsa de mejillones para la pasta. Papá picó las cebollas, tarea que, al parecer, no hace que le escuezan los ojos. Cuando oímos ladrar a *Cuatro*, pensamos que había descubierto otro pájaro. Nos asomamos y vimos un Volkswagen que intentaba abrirse paso por nuestra calzada en medio de la tormenta; el vehículo patinaba y se deslizaba de un lado a otro. El conductor, o estaba muy excitado («Otra violación», dijo Susie instintivamente) o era de otro estado. Ninguna persona de Maine tendría tantas dificultades para conducir por la nieve, pensé, aunque no estábamos en la temporada turística. El coche no logró llegar hasta el aparcamiento, pero se acercó lo bastante como para que yo viera la matrícula de Arizona.

—No me extraña que no sepa conducir —dije, en una frase típica de la opinión de la gente de Maine con respecto a los forasteros.

—Con toda probabilidad, tú parecerías un idiota en un desierto de Arizona —especuló Susie.

—¿Qué es un desierto? —inquirió papá.

Susie se echó a reír a carcajadas.

El conductor de la furgoneta de Arizona empezó a andar por la nieve en nuestra dirección; ni siquiera sabía caminar por la nieve: a cada momento se caía.

—Ha habido una violación en Arizona, Susie —le dije—. Eres tan famosa que han venido hasta aquí sólo para hablar contigo.

—¿No saben que éste es un hotel de *turismo*? —inquirió papá de mal humor—. Les diré que esta temporada está cerrado.

El hombre de Arizona se sintió desalentado al enterarse. Nos explicó que creía estar orientado hacia la montaña, en donde pretendía esquiar —algo que él y su familia nunca habían hecho—, pero le informaron mal o se había perdido en la tormenta, y de pronto se había encontrado frente al océano.

—No es buena época para el mar —señaló papá.

El hombre ya se había dado cuenta. Parecía simpático, pero estaba agotado.

—Tenemos bastante sitio —me susurró Susie.

Yo no quería aceptar huéspedes; de hecho, lo que más me gustaba de *este* Hotel New Hampshire era que los únicos huéspedes estaban en la imaginación de papá. Pero cuando vi aparecer a los niños del Volkswagen y empezar a jugar con la nieve, cambié de idea. La madre también parecía fatigada..., bonita pero fatigada.

—¿Qué es *eso*? —preguntó uno de los niños.

—Un océano, creo —respondió la madre.

—¡Un océano! —se admiraron los niños.

—¿Y hay playa? —quiso saber uno de ellos.

—Supongo que debajo de la nieve... —dijo la madre.

Invitamos al hombre, a su mujer y a los cuatro niños a quedarse en el Hotel New Hampshire, aunque «estaba cerrado durante esta temporada». Es fácil preparar más pasta, es fácil estirar una salsa de mejillones.

Papá evidenció cierta confusión al tratar de mostrar sus habitaciones a nuestros huéspedes. Era la primera vez que teníamos que acompañar a alguien a una habitación en *este* Hotel New Hampshire; mientras buscaba la ropa de cama en la biblioteca, se dio cuenta de que no sabía dónde guardábamos las cosas. Tuve que ayudarle, naturalmente, y no me fue del todo mal fingiendo que siempre acompañaba a los huéspedes a sus habitaciones.

—Tendrán que disculparnos si parecemos poco profesionales —dije al padre de aquella agradable familia—, pero cuando tenemos cerrado, perdemos la práctica.

—Han sido muy amables aceptándonos —dijo la joven madre—. Los chicos sufrieron una gran decepción porque no encontramos las pistas de esquí, pero tampoco han visto nunca el mar, de modo que es un regalo para ellos. De cualquier manera, mañana podrán esquiar.

A mí me dio la impresión de que era una buena madre.

—Yo también espero un hijo... nacerá en cualquier momento.

Sólo más tarde, Susie me hizo ver que mi observación debió de resultarles extraña, pues era evidente que ella no estaba embarazada.

—¿Qué habrán pensado? —dijo Susie.

Pero todo fue bien. Los chicos tenían un hambre canina. Después de cenar les enseñé a hacer pastel de manzana. Mientras se horneaba el pastel los llevé a dar un paseo glacial por la playa y los muelles cubiertos de nieve; les mostré cómo las violentas olas aporreaban los cordones de hielo que bordeaban la orilla, y que, durante una tormenta, el mar es una gran ondulación gris de agua que rueda, que rueda sin cesar. Por supuesto, mi padre habló con el joven matrimonio de Arizona acerca del fabuloso espacio de simpatía que proporciona un gran hotel. Susie me contó que les describió nuestro hotel como si fuese el *Sacher*.

—Para él es como si fuese el *Sacher* —dijo mi cálido oso anoche, entre mis brazos, mientras la tormenta arreciaba y caía la nieve.

—Sí, amor mío.

Por la mañana fue maravilloso haraganear en la cama oyendo las voces de los niños; habían descubierto las barras de pesas en la sala de baile y papá les daba instrucciones. A Iowa Bob le habría encantado *este* Hotel New Hampshire.

Entonces desperté a Susie y le pedí que se pusiera el traje de oso.

—¡Grrr! —refunfuñó—. Soy demasiado vieja para seguir siendo un oso.

Por la mañana temprano, mi querida Susie suele ser bastante oso.

—Por favor, Susie, hazlo por los niños. Piensa en lo que significará para ellos.

—¿Quieres que asuste a esos críos? —me preguntó.

—No, nada de eso, no quiero que *los asustes* —dije.

Todo lo que quería era que se pusiera el traje de oso y caminara por la nieve alrededor del hotel, hasta que yo gritara: «¡Mirad! ¡Hay huellas de oso! ¡Y son recientes!»

Y la gente de Arizona —grandes y pequeños— saldría y se maravillaría por el *desierto* al que habían ido a parar, como si estuvieran soñando, y entonces yo gritaría: «¡Mirad! ¡Allí está el oso! ¡Al lado del montón de leña!».

Susie se detendría allí —tal vez lograría convencerla de que nos ofreciera algún grrr—, desaparecería detrás de la pila de leña a su manera osuna, se deslizaría sin ser vista por una de las puertas traseras, se quitaría el disfraz y entraría en la cocina diciendo: «¿Qué es lo que dices sobre un oso? Rara vez se ve un oso por aquí».

—¿Pretendes que salga a pasearme por la maldita nieve? —me preguntó.

—Por los chicos, Susie. Sería un regalo para ellos. Primero el mar y después un oso. Todo el mundo tendría que ver un oso —dije.

Accedió, por supuesto. Protestó un poco, pero eso mejoró la representación: Susie ha sido siempre un oso admirable, y ahora se está convenciendo de que también es un ser humano adorable.

Con que obsequiamos a los forasteros de Arizona con el espectáculo de un oso, a modo de *souvenir*. Cuando se iban, papá los saludó agitando la mano desde el salón de baile y después me dijo:

—¿Un oso, eh? Susie podría morir congelada, o por lo menos pescar una buena pulmonía. Y nadie tiene que estar enfermo, ni siquiera resfriado... cuando llegue el bebé. Entiendo de críos mucho más que tú. Un oso... —hizo un gesto dubitativo.

Pero yo sabía que la gente de Arizona se había ido convencida: Susie el oso es una obra maestra de convicción.

El oso que interrumpió sus pasos junto a los leños, su aliento como niebla en la mañana fría y brillante, sus zarpas que mellaban la nieve fresca e intacta —como si fuese el primer oso sobre la tierra y aquélla la primera nevada del planeta—: *todo* había sido convincente. Como muy bien decía Lilly, *todo es un cuento de hadas*.

Así seguimos soñando. Así inventamos nuestras vidas. Nos adjudicamos una madre santa, hacemos un héroe de nuestro padre; y el hermano mayor o la hermana mayor de alguien se convierten también en... nuestros héroes. Inventamos lo que deseamos y lo que tememos. Siempre hay un hermano estupendo a quien hemos perdido... y una hermana menor perdida también. Y seguimos soñando: el mejor hotel, la familia perfecta, la vida mundana. Y nuestros sueños se nos escapan casi tan vívidos como los hemos imaginado.

En el Hotel New Hampshire estábamos atornillados de por vida... ¿pero qué es un poco de aire en las cañerías o un mucho de mierda en el pelo si guardas buenos

recuerdos?

Espero que éste sea un final acertado para ti, mamá... y para ti, Egg. Es un desenlace consciente del estilo de tu final predilecto, Lilly; aquél que nunca fuiste lo bastante crecida para escribir. Quizás en este final no hay suficientes pesas para satisfacer a Iowa Bob ni suficiente fatalismo para Frank. En ese final, tal vez no esté incluida la exacta dosis de ensueño para papá ni para Freud. Y quizá le falte capacidad de adaptación para Franny. Supongo que no es lo bastante feo para Susie el oso, y probablemente no sea lo bastante grande para Junior Jones. Sé que no es ni remotamente lo bastante violento como para complacer a algunos de los amigos y de los enemigos de nuestro pasado; quizá ni merezca un gemido de Annie la Gritona... dondequiera que se encuentre gritando ahora.

Pero esto es lo que hacemos: soñamos, y nuestros sueños se nos escapan casi tan vívidos como los imaginamos. Eso es lo que ocurre, nos guste o no. Y puesto que eso es lo que ocurre, esto es *lo* que necesitamos: un buen oso inteligente. El intelecto de algunas personas es tan bueno que pueden vivir por sí mismas: su *intelecto* puede ser para ellas su buen oso inteligente.

Creo que es el caso de Frank: su intelecto es un buen oso inteligente. No es el Rey de los Ratones con quien al principio le confundí. Y Franny tiene un buen oso inteligente que se llama Junior Jones. Además, sabe mantener a raya lo patético. Y mi padre tiene sus ilusiones, que son muy fuertes. Las ilusiones de mi padre son su buen oso inteligente. Lo cual me deja a mí con Susie el oso, claro, con su centro para crisis por violación, con mi hotel de cuento de hadas... de modo que yo también estoy bien. Uno tiene que estar bien cuando espera un hijo.

Entrenador Bob lo supo siempre: tienes que obsesionarte y mantener la obsesión. Y pasar de largo ante las ventanas abiertas.

# Notas

[1] *Dairy* significa textualmente «vaquería» o «granja vacuna». (N. de la T.) <<

[2] Aproximadamente «semen masculino». (*N. de la T.*) <<

[3] *Quarterback*: es el jugador que dirige al equipo en el campo, el líder. (N. de la T.)

<<



[4] *Swallow* significa, literalmente, «golondrina». (*N. dea la T.*) <<

[5] *Dove* significa, literalmente, «palomo». (N. de la T.) <<

[6] En lenguaje vulgar y coloquial, atornillar (*screw*) también significa «joder». (*N. de la T.*) <<

[7] *Blaze* significa «llamarada». (N. de la T.) <<

[8] *Nasty* significa, literalmente, «antipático» o «desagradable». (N. de la T.) <<

[9] *Bitty* significa, aproximadamente, «cosita». (N. de la T.) <<

[10] *Titsie* significa, aproximadamente, «tetas». (N. de la T.) <<

[11] *Egg* significa, literalmente, «huevo». (N. de la T.) <<